

MUSEO DE LA CIUDAD DE MEXICO



MUSEO DE LA CIUDAD DE MEXICO

TESORO
DE ORATORIA
SAGRADA
XXIV

MUSEO DE LA CIUDAD DE MEXICO



MUSEO DE LA CIUDAD DE MEXICO

MUSEO DE LA CIUDAD DE MEXICO
DE NUESTRO
SEÑOR JESUCRISTO

BV4217

T4

v. 24

1871-93

008552



1080015290





TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA
TOMO XXIV

CUARTA PARTE

MISTERIOS, VIDA, PASIÓN, MUERTE, RESURRECCIÓN, ASCENSIÓN, ETC.,
de Nuestro Señor Jesucristo.

EUCARISTÍA, SAGRADO COBAZÓN Y NOVENARIO DE ÁNIMAS.

TOMO I

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA

Ó SEA
BIBLIOTECA DE PREDICADORES

COLECCIÓN ESCOGIDA
de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados, sacados de los más sobresalientes autores nacionales y extranjeros, en especial modernos.

CUARTA PARTE

MISTERIOS, VIDA, PASIÓN, MUERTE, RESURRECCIÓN, ASCENSIÓN, ETC.,
DE
Nuestro Señor Jesucristo.

EUCARISTÍA, SAGRADO COHAZÓN Y NOVENARIO DE ÁNIMAS

POR EL

R. Dr. D. Joaquín de Cots y de Cots.

Catedrático de sagrada Teología en este Seminario Conciliar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TOMO I

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

BARCELONA

PONS Y C.^ª EDITORES CATÓLICOS, CALLE DE CERVANTES, NÚM. 5.

1893

Con reserva de todos los derechos según los tratados.

45183

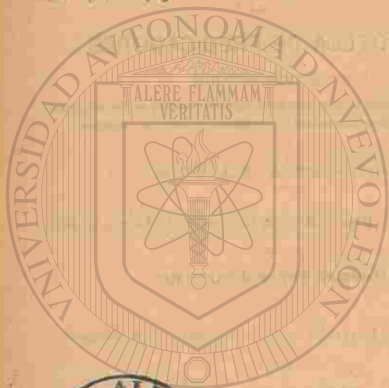


BV4217

T4

V. 24

1871-93



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Barcelona. — Imprenta á c. de Fidel Giró, Paseo de San Juan, 168.

PRÓLOGO

El Verbo hecho carne, Jesucristo, he aquí la piedra angular, el fundamento, la razón última de toda la obra divina, el principio y la consumación de los designios del Altísimo, el Alfa y la Omega. Al hacerse Dios hombre, en el momento en que el Verbo se revistió de nuestra carne, los cielos y la tierra de consuno exclamaron en un transporte de entusiasmo y regocijos: *consumatum est*.

Era realmente el designio de Dios unirse á una criatura y por ella cual por misteriosa cadena enlazar los mundos y de esta manera levantándoles de su nativa bajeza elevarlos hasta sí mismo. Esta criatura fué el hombre, y por esto el Verbo no tomó á los ángeles sino á la simiente de Abraham (Ad. Hebr., II, 16.) En efecto, el hombre, centro de todas las creaciones y reuniendo en sí todos los mundos, podía elevarlos hasta Jesucristo, y Jesucristo hasta Dios. En esta ascensión graduada estaba el plan divino; y así pudo decir el Apóstol: *todas las cosas son vuestras y vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios. Omnia vestra sunt. Vos autem Christi. Christus autem Dei.* (I ad Corin., III, 22, 23.) Así por medio de la humanidad elevada y dedicada en el Verbo, se eleva la creación entera y se une de nuevo con Dios. *Todas las cosas son vuestras: ved al mundo inferior elevado hasta el hombre. Vosotros sois de Cristo: ved ahí al hombre elevado hasta Dios por la humanidad unida al Verbo con perfección infinita. Sólo faltaba que el Apóstol nos señalara la consumación de esta grande obra divina. Por esto, traspasando todos los siglos y señalándonos el momento aquel en que termina la serie de las obras del Ex-celso, nos representa al Hombre-Dios, mediador, sometiendo á Dios Padre el mundo santificado, 'ennoblecido y como' dedicado por él. Y cuando todo le estuviere sujeto, entonces, aun el mismo hijo, estará sometido á aquel que sometió á él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos. Ut si Deus omnia in omnibus.* (I ad Corin., XV, 28.) ¡Oh término magnífico! ¡oh espléndido resultado! El universo como sumergido en el océano de la divinidad, según aquello: *para que todos seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei.* (Ad Eph., III, 15.)

Este es, pues, el sacramento escondido desde todos los siglos en Dios, en frase de la divina Escritura. Por esto San Pablo se consideraba sobera-

000552

namente engrandecido por haber recibido la gracia de predicar las inapreciables riquezas de Cristo, en quien reside la plenitud de la divinidad visiblemente manifestada en la tierra. (Ad Eph., III, 8.)

De esta suerte el hombre es por Jesucristo conducido al perfecto conocimiento de Dios. Con razón ha dejado consignado un profundo escritor de nuestros días: Dios es una verdad más brillante que un rayo del sol, una santidad más pura que la luz, una justicia cuya mirada penetra hasta los últimos pliegues del alma, y un amor que no quiere ni desear otra cosa sino llevar á todas partes la misericordia, la gracia, la paz, y la bienaventuranza. Pues bien, eso mismo es Jesucristo. Y á la verdad, si no poseyéramos ningún conocimiento de Dios, debiéramos figurárnoslo según la imagen de Jesús; y si Dios existe, debe haberse manifestado necesariamente en la persona de Jesucristo. Jesús es la imagen visible de lo invisible, la fuerza y la sabiduría del Padre, y el esplendor de su eterna majestad. (Ad Hebr., I, 37.) Y uno de los más grandes críticos y obstinados escépticos de nuestra época, en un lucido interludio de convicción, ha tributado á Jesús este espléndido homenaje: «aunque no hubiera profecías sobre Jesucristo y no hubiera realizado milagros, hay algo tan divino en su doctrina y en su vida, que no puede menos de electrizarlos, y así como no existe ni verdadera virtud, ni rectitud de corazón sin amor á Jesucristo, tampoco existe inteligencia, ni delicadeza de sentimientos, sin admirar á Jesucristo.»

Por esto Jesucristo es el gran libro abierto á todas las generaciones, para que en él lean todos, estudien y aprendan todo cuanto les conviene saber. ¡Con cuánta razón, pues, el Apóstol de las gentes protestaba no querer tener otra ciencia que la de Jesús, no predicar otra cosa que Jesucristo!

Ved ahí, pues, la importancia de esta última parte del *Tesoro de oratoria sagrada* que hablamos anunciado. Lleváramos ya publicada la primera parte, ó sea el *Diccionario apostólico*, que comprende 12 tomos, la segunda ó *Tesoro Mariano* en 7 tomos; y la tercera, *Tesoro de pasajes bíblicos de los santos*, 4 tomos, cuando Dios llamó á mejor vida al sabio é ilustrado R. P. Ramón Buldú, bajo cuya acertada dirección estaba la referida obra. Por lo tanto, tuvo que suspenderse la conclusión de dicha publicación. Mas últimamente, cediendo á repetidas instancias de reverentes sacerdotes y respetables personas, que deseaban tener completo el *Tesoro de oratoria sagrada*, hemos logrado darle feliz remate publicando los dos tomos que forman la cuarta y última parte, bajo la dirección del Rdo. Dr. D. Joaquín de Cots y de Cots, Pbro., catedrático de Sagrada Teología en este Seminario. A nadie podrá ser desconocida la importancia de esta última parte, aun prescindiendo de lo que dejamos expuesto en este prólogo, por la abundancia y riqueza de materiales predicables reunidos en los dos volúmenes.

Cristo Verbo increado en el seno del Padre; Cristo, Verbo creador, principio y ejemplar del universo, fin de la creación, primogénito y heredero de todas las cosas; Cristo anunciado por los profetas y preexistente en la nación hebrea; en una palabra, lo que ha sido, es y será Cristo: Cristo Verbo encarnado en el seno de María, Cristo Dios y Hombre, conversando con los hombres y dándoles pruebas de su divinidad; Cristo redentor de la raza humana y pacificador de todas las cosas;

Cristo glorificado con todo su triunfo y esplendor; Cristo cabeza de su cuerpo místico, la Iglesia; Cristo con nosotros en la Eucaristía y en el misterio de su amor, ó sea de su santísimo corazón. Todo esto y aun más se encuentra en los dos tomos que completan la obra.

Hemos adoptado una división que nos ha parecido la más útil y lógica. El primer tomo contiene los sermones desde Cristo anunciado por los profetas, hasta Cristo en el cenáculo ó institución de la Eucaristía. El segundo tomo desde la Pasión hasta la venida del Espíritu Santo, Eucaristía, Sagrado Corazón y novena de almas.

El primer tomo puede ser considerado como dividido en cinco secciones: 1.ª Cristo en general; 2.ª Encarnación, nacimiento, infancia y vida oculta de Jesús; 3.ª Preparación inmediata á la vida pública; 4.ª Vida pública; 5.ª Misterios que precedieron al comienzo de su pasión. El segundo tomo comprende como cuatro partes: 1.ª Pasión; 2.ª Misterios gloriosos; 3.ª Eucaristía y corazón de Jesús; 4.ª Novena de almas.

Siguiendo el criterio y método en las tres partes publicadas, hemos procurado que los sermones, al par que la elevación y mérito, reunieran la cualidad de que, por el estilo y la forma, fuesen verdaderamente útiles y prácticos; todo lo cual unido á la extensión proporcionada y cómoda que les hemos dado, los hará utilizables al momento sin trabajo de parte del predicador.

Es verdad que hemos conseguido reunir sermones de muy distintos autores, á fin de que hubiese variedad en el estilo y en la forma, como puede observarse igualmente en los dos ó tres que ponemos sobre cada Misterio; no obstante, con preferencia hemos escogido los sermones de aquellos autores que se han inspirado de un modo especial en la Escritura y en los Santos Padres, por reunir ellos la sencillez y utilidad práctica al par que la sublimidad, tan propia de la oratoria sagrada.

Para conseguir todo esto, excusado es decir que en muchos de los sermones de los autores que hemos adaptado, hemos tenido que suprimir, variar y refundir mucho, según las circunstancias lo exigían.

Permitásenos, antes de concluir, decir alguna palabra sobre la manera de aprovecharse de esta última parte que damos á luz.

Es de advertir que el sacerdote ó predicador encontrará no sólo materia ó sermones sobre los misterios de Cristo que se celebran durante el año, sino también tendrá en ella materia para predicar en el Adviento, Cuaresma, novenario, sermones morales, etc., etc.

En efecto; qué más apto para un Adviento que alguno de los sermones de la primera parte del tomo 1.º? Para que hubiese sermones propios para la Cuaresma, hemos procurado que en la cuarta parte se encontraran los Evangelios de las dominicas de Cuaresma. Si conviene predicar algún novenario sobre virtudes y vicios, que se acuda á la misma parte, donde se encontrará abundante materia, así como para sermones sobre la Iglesia, en las parábolas y aun para muchos sacramentos en los misterios de Cristo.

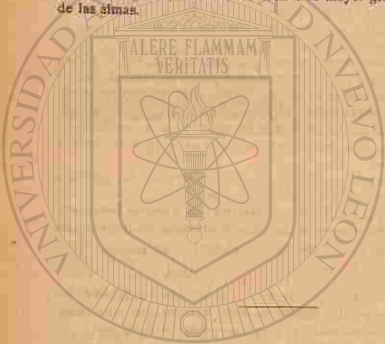
Respecto á la Eucaristía, hemos reunido bastantes sermones, de manera que en el orden de materias están dispuestos de suerte que puedan tomarse de tres en tres para triduos, ó bien reunirlos para un octavario. También hay materia para prácticas de comunión. Además, en los sermones de Pasión hemos escogido lo mejor que se ha dicho sobre dicho

punto. No sólo damos sermones sobre la Pasión en general sino sobre todos los misterios y pasos de la misma, no faltando la explicación de las siete palabras de Cristo en la cruz.

Finalmente, hemos creído conveniente añadir al último un novenario de almas para dejar completa la obra.

Con todo lo dicho hasta aquí, si se considera lo económico de los tomos por contener tantos materiales para la predicación, aparecerá evidente que no hemos omitido trabajo alguno para corresponder á la deferencia que nos ha demostrado el respetable clero.

Otra cosa no deseamos sino abjurar á los sacerdotes en el ministerio de la predicación, redundando todo á la mayor gloria de Dios y bien de las almas.



CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECÍAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

REFERENTES Á NTRQ. SR. JESUCRISTO

*Scripturam scripturas, quia vos putatis
in ipsa vitam eternam habere. Et illos
scit que testimonium perhibet de me.
Examinad cuidadosamente las escri-
turas en las cuales con razón creéis tener
la vida eterna. Ellas son las que dan tes-
timonio de mí.*

(Ev. S. JUAN, c. 5, v. 39.)

Con esta firmeza y seguridad, hermanos míos, hablaba Jesucristo á los Escribas, á los Fariseos, á los más obstinados contradictores de su doctrina, á los más encarnizados enemigos de su persona. Acababa entonces Jesús de curar, por la sola virtud de su omnipotente palabra, aquel enfermo que, treinta años hacia, esperaba su curación cerca de la piscina probática. Este milagro que no podían negar, porque ellos mismos lo habían presenciado, avivó la envidia y excitó el furor de los que se decían intérpretes de la ley. Jesucristo procura disipar el enceno, calmar las pasiones de aquellos hombres; recuérdales el testimonio que de su persona dió Juan, el Bautista, en las orillas del Jordán, mucho más claro aun, si cabe, que aquel que habia dado en el mismo lugar el Padre Eterno. Les declara que es el Hijo de Dios, el Mesías, el Libertador prometido á las naciones.

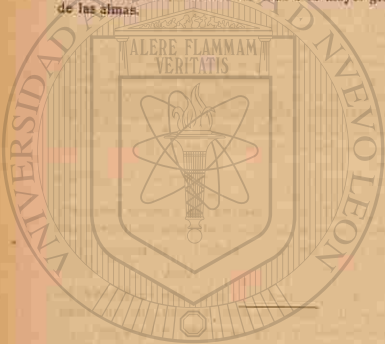
Lo prueba con las obras milagrosas que ha realizado ante los ojos de sus contradictores; les anuncia que hará todavía más estupendos milagros; los cuales atestiguarán, todos; que el poder en cuya virtud los opera es el poder del mismo Dios; que este poder lo comparte con Dios mismo, y que, por tanto, el no forma con Dios más que un ser único, que es Dios como Dios; se le niega esta cualidad, y Jesús recurre al último, al más poderoso de todos los medios. Consultad, les dice, leed con atención una y otra vez los libros sagrados que han sido dados á vuestros padres; esas profecías divinas que contienen la

punto. No sólo damos sermones sobre la Pasión en general sino sobre todos los misterios y pasos de la misma, no faltando la explicación de las siete palabras de Cristo en la cruz.

Finalmente, hemos creído conveniente añadir al último un novenario de almas para dejar completa la obra.

Con todo lo dicho hasta aquí, si se considera lo económico de los tomos por contener tantos materiales para la predicación, aparecerá evidente que no hemos omitido trabajo alguno para corresponder á la deferencia que nos ha demostrado el respetable clero.

Otra cosa no deseamos sino abjurar á los sacerdotes en el ministerio de la predicación, redundando todo á la mayor gloria de Dios y bien de las almas.



CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECÍAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

REFERENTES Á NTRQ. SR. JESUCRISTO

*Scripturam scripturas, quia vos putatis
in ipsa vitam eternam habere. Et illos
scit qui testimonium perhibet de me.
Examinad cuidadosamente las escri-
turas en las cuales con razón creéis tener
la vida eterna. Ellas son las que dan tes-
timonio de mí.*

(Ev. S. JUAN, c. 5, v. 39.)

Con esta firmeza y seguridad, hermanos míos, hablaba Jesucristo á los Escribas, á los Fariseos, á los más obstinados contradictores de su doctrina, á los más encarnizados enemigos de su persona. Acababa entonces Jesús de curar, por la sola virtud de su omnipotente palabra, aquel enfermo que, treinta años hacia, esperaba su curación cerca de la piscina probática. Este milagro que no podían negar, porque ellos mismos lo habían presenciado, avivó la envidia y excitó el furor de los que se decían intérpretes de la ley. Jesucristo procura disipar el enceno, calmar las pasiones de aquellos hombres; recuérdales el testimonio que de su persona dió Juan, el Bautista, en las orillas del Jordán, mucho más claro aun, si cabe, que aquel que habia dado en el mismo lugar el Padre Eterno. Les declara que es el Hijo de Dios, el Mesías, el Libertador prometido á las naciones. Lo prueba con las obras milagrosas que ha realizado ante los ojos de sus contradictores; les anuncia que hará todavía más estupendos milagros; los cuales atestiguarán, todos; que el poder en cuya virtud los opera es el poder del mismo Dios; que este poder lo comparte con Dios mismo, y que, por tanto, el no forma con Dios más que un ser único, que es Dios como Dios; se le niega esta cualidad, y Jesús recurre al último, al más poderoso de todos los medios. Consultad, les dice, leed con atención una y otra vez los libros sagrados que han sido dados á vuestros padres; esas profecías divinas que contienen la

historia de vuestra nación desde sus primeros días hasta la consumación de los siglos; allí hallaréis escritas, con el relato de acontecimientos ya realizados, las verdades que yo os anuncio. Precisamente esas profecías son las que dan de mí el testimonio más irrefragable: *Ille aut que testimonium perhibet de me*. Electivamente, hermanos míos; el predecir, el anunciar, el escribir de antemano la historia de acontecimientos que no han de verificarse hasta muchos siglos después de anunciados y escritos, esta muy por encima del alcance de la inteligencia y de la sabiduría humanas. Sólo Dios puede conocer y revelar las cosas futuras; sólo él es el rey del tiempo; para él no hay pasado ni porvenir; todo está presente á su eternidad. Descubridnos lo que ha de suceder en lo futuro; decía el profeta Isaías, y reconoceremos que sois dioses. La profecía es, pues, el sello inalienable de la divinidad.

Consultemos, hermanos míos, esos libros sagrados; busquemos, reconozcamos en cada uno de los caracteres que atribuyen al Libertador prometido, los rasgos que constituyen la vida de Jesucristo; leamos su historia con todos sus pormenores, con todas sus más minuciosas circunstancias en libros escritos tantos siglos antes de su nacimiento. *Ave María*.

Apenas la paz y la inocencia, hermanos míos, se dejaron ver en la tierra, cuando hallándose el mundo (reciente todavía y que acababa de salir de las manos de su criador) sumergido repentinamente en un piélago de miserias y pecados, no se conocía á sí mismo; pero el día de su ruina fue para él el mismo tiempo día de salud; y aquellas primeras lágrimas que derramo, se las enjugó inmediatamente la promesa que se le hizo de un Salvador. Esta dulce esperanza, pues, derivada con tanta fidelidad de padres á hijos en la sucesión de las primeras generaciones, iba á hundirse y perderse en las tinieblas de la idolatría, cuando entre todas las naciones eligió una á quien hizo depositaria de los sagrados oráculos.

Tú, pues; oh posteridad de Abraham, de Isaac y de Jacob, tú serás el pueblo de Dios, y con más razón de Jesús; pues por eso eres el pueblo de Dios, porque eres el pueblo de Jesús; y como advirtió San Pablo en la Epístola á los Romanos, tu primera y principal gloria proviene de la elección que hizo de ti aquel que te confió el depósito de sus promesas: *quod ergo amplius Judaeis? (Primum quidem quod creata sunt illi eloquia Dei* (1). De aquí nació la separación de este

pueblo de los demás pueblos. Si Abraham no hubiera salido de su patria, si las ceremonias legales no hubieran mantenido un muro de división entre la generación santa y las generaciones profanas, amortiguándose poco á poco la esperanza del Mesías por la confusión de las familias, por la mezcla de las naciones y por la uniformidad del culto, se hubiera borrado enteramente de la memoria de los hombres; ó bien no estando ligada la promesa á pueblo alguno en particular, hubiera sido difficilísimamente tener noticia de ella para reconocer al Salvador prometido al mundo. De aquí provino que en la misma nación encargada de enseñar y anunciar á Jesús al universo, fué preferida la tribu de Judá á las demás tribus para poseer el cetro y suprema autoridad, y producir la salud de Sión. De aquí en la misma tribu preferida, una familia distinguida de las demás familias, la rama de David, digo, destinada para sentarse en el trono, y trasladar á Jesús sus derechos sobre la casa de Israel y de Judá. De aquí provino que en el pueblo destinado á conservar la esperanza de las naciones, todo anuncia á Jesús, y por todas partes se advierte la sombra y la representación de Jesús. Isaac salvado por un ángel del cuchillo de Abraham en el acto del sacrificio, y constituido allí mismo como cabeza de una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar; Josef vendido por sus hermanos á unos extranjeros, adornado después con la púrpura, dando leyes á un vasto imperio, y hecho redentor de los mismos que intentaron perderle; Moisés, libertado al nacer de la muerte, que se ejerció en tantos niños de Israel, y redimiendo después al pueblo de la esclavitud; Jonás, arrojado al mar para aplacar la indignación divina, y libertado de la profundidad de las aguas y enviado á predicar á una nación que no era herencia de Jacob; David, Salomón, Josías, Isaías, Daniel, figuras todas de Jesús tan expresas, que no admiten sombra ni obscuridad alguna. De aquí provino la alianza entera con su ley; su templo, su sacerdocio, sus pontífices, sus ceremonias, sus sacrificios, sus expiaciones, sus fiestas, sus solemnidades, su pascua, no era todo más que una representación de Jesús; esto es lo que San Pablo explica admirablemente en la Epístola á los Hebreos; y teniendo que el pueblo no entendiérase bien este lenguaje de sombras y figuras. Jesús es anunciado continuamente por los Profetas, los cuales le pintan tan al vivo, que no tanto parecen Profetas que le vaticinan, cuanto Apóstoles que le vieron, trataron y conversaron con él.

Y ahora, cristianos, no dudo yo provocar á la incredulidad más obstinada para que considere atentamente el hilo y la serie de las sagradas Escrituras, examinando aquellos monumentos de cuya auten-

(1) *Ad Rom.*, c. 9, v. 1 & 2.

ficidad y de cuyas épocas hace fe la misma mano por donde nós han venido; puesto que estos divinos libros que han profetizado á Jesús, los hemos recibido de la nación más enemiga de Jesús; y vera á Jesús tan conocido de los Profetas que le precedieron, como de los discipulos que le siguieron; porque no se oye sola la voz de un Profeta, sino que se nota una serie de varones santos é inspirados del cielo, que se suceden unos á otros en el ejercicio del ministerio profético; y no anuncian un solo hecho, no algunos sucesos que la casualidad pudo haber dictado y comprobado después, sino la historia completa de Jesús, su cuna y su sepulcro, su vida y su muerte, sus discursos y sus acciones, sus abatimientos y su gloria, sus virtudes y sus calamidades, sus milagros y sus penas, las ignominias y el triunfo de su cruz: en fin; anuncian á todo Jesús, pintándole en el antiguo Testamento con aquellos colores con que se manifestó en el Nuevo.

David le ve entre resplandores santos engendrado antes de la aurora en el seno del Padre; ve al hijo de Dios hecho hijo del hombre; vele su hijo y su Dios al mismo tiempo, su sucesor y su señor; vele desconocido por su pueblo, vendido por uno de sus discipulos, desamparado de sus Apostoles, colmado de baldones, plagado de tormentos: ve sus pies y manos taladradas, reparadas sus vestiduras, su túnica por suerte adjudicada, amargada su boca con hiel y vinagre; ve á sus enemigos que, seducidos de su sangre, rugen rabiosos al rededor de él, se congratulan de su bárbara victoria, se mojan de sus virtudes, profocan su poder y su divinidad; ve que libre en la estancia de los muertos, sale del sepulcro sin contraer la menor corrupción, y que se sienta á la diestra del Altísimo; que como Pontífice eterno y único, vencedor del mundo y del infierno, recoge la herencia de las naciones sujetas á su imperio, y frustra el odio furor del mundo conjurado en vano contra él.

Isaías profetiza la virginidad de su madre; contéplale el hombre más abatido, varón de dolores, víctima sacrificada por nuestros pecados, la escoria y la salud del mundo, llevado al patibulo en compañía de maldichores, y constituido en virtud de su muerte padre de una posteridad innumerable; él ve las naciones santificadas é ilustradas por la fe, y los castigos del cielo ejecutados en Israel incrédulo; él ve á Jesús desconocido y despreciado por la nación que le buscaba y esperaba, y ballado y adorado por las naciones que ni le esperaban ni le buscaban.

Jeremías anuncia que será por él instituido un nuevo pacto, fundada una nueva alianza, y abolida la antigua; que bañados los Judíos en su sangre sacrilegamente vertida, andarán errantes sin rey,

sin tabernáculo, sin altar, sin profetas, llevando consigo de provincia en provincia el baldón y la marca de su pecado; esperando de día en día á su libertador, y no queriendo reconocerle.

Zacarías describe el triunfo modesto de un rey pobre que entra pacíficamente en Jerusalén; ve herido al pastor, y espantadas las ovejas; cuenta los treinta dineros que pesados en la balanza del odio de los Fariseos y de la traición del discipulo, han de valer más que la inocencia de Jesús; descende á señalar el campo que se ha de comprar con el dinero, á cuyo precio compra la Sinagoga la ocasión y la libertad de cometer un delicto.

Daniel penetra con la perspicacia de su vista la obscuridad de muchos siglos, y cuenta los años que han de correr desde la libertad de reedificar á Jerusalén hasta la venida del Mesías; él, dando un paso más adelante, señala el tiempo preciso que ha de consumir Jesucristo en predicar, instruir á su pueblo, en obrar el perdón de los pecados; él determina el reino inmutable de la justicia, y el cumplimiento absoluto de las profecías; y como la serie de tantos años podría causar alguna confusión sobre los cálculos y cronología formada por el profeta, los fija y liga á un acontecimiento de que siendo testigo todo el universo, previene toda duda, y excusa la necesidad de formar cálculos: anuncia aquello mismo que vemos, es á saber, la muerte del Santo de los santos, á que se siguió la abolición entera de los sacrificios, la ruina del templo, la destrucción de Jerusalén, que cayó sin esperanza de levantarse, la espantosa desolación del pueblo, á quien niega Jesucristo en castigo de haber sido negado por él: en una palabra, cuantos por el discurso de diez y seis siglos hablan en nombre del Altísimo, hablan de Jesús, y pintan á Jesús con tan parecidos colores, que sólo la ceguera más voluntaria puede desconocerle. Uno representa á Belén, ciudad la menos populosa de Judá, emblecida con el nacimiento del Mesías; donde se da á conocer por el hijo de David, por la vara de José, sobre quien descansará el espíritu del Señor. Otro pondera el dolor y lágrimas que derrama Raquel sobre sus hijos, víctimas sacrificadas á las soberbias de un rey cruel. Aquí veréis á Jesús, que andando fúgitivo en tierra extraña, desampara á Egipto y se restituye á su patria; allí veréis al Angel del Testamento, al deseado de las naciones, entrar en el segundo templo. Un profeta se sucede á otro profeta, y lo que sólo habia insinuado el primero, acaba de explicar y declarar el segundo: vense comprobadas en el Evangelio todas las profecías; y todo el Evangelio se halla con anticipación en las profecías, con tal individualidad y tan circunstanciado, que igualmente se sabe la historia de Je-

sus leyendo los escritos de sus discípulos, que los de sus profetas.

¡Oh pueblo dichosísimo, instruido por diez y seis siglos de oráculos y figuras! Cumple, cumple aprisa con tu ministerio, predica a Jesús al mundo que no le conoce. Mas, ¿qué es lo que veo? Ya, ya viene acercándose aquel conquistador formidable, cuya mano armó Dios del rayo de sus iras, ya caen en su presencia las murallas de las ciudades, ya Jerusalén aislada y reducida a pavesas, llora y lamenta en vano á sus hijos, que prisioneros y cautivos son trasladados á regiones distantes. ¿Pues qué! ¿va á perecer este pueblo y á sepultar con su muerte las promesas del Altísimo? No lo temáis, fieles, todas son disposiciones de Dios, que por caminos incomprensibles á la salubridad humana, lo obra y dispone todo por Jesús: conviene que Israel, apartado de Jnda, habite en las orillas del Eufrates, para instruir á sus monarcas, para comunicárses su esperanza e introducir y excitar el deseo de Jesús en los últimos términos del mundo. Entretanto Jerusalén, aquella ciudad santa, vuelve á levantarse de sus propias ruinas. Dios llama por su propio nombre á Ciro antes de nacer este príncipe; El fortalece su brazo para postrar la soberbia de los vencedores y vengar sobre Babilonia los gemidos de Jerusalén; amparado Jnda de su patrocinio vuelve á morar en la tierra de sus padres; todo se hace por consejo del Altísimo, que va aproximando á su pueblo á aquellas regiones donde se han de levantar unas grandes monarquías, que rendidas á Jesús, le han de subyugar el universo. Mirad ya cómo entra Alejandro en la carrera que Daniel le ha señalado, conducido en las alas de sus continuas victorias; no con otro fin discurre por tantos reinos y provincias, sino para facilitar en la Grecia y en Egipto la introducción de los libros y oráculos de los judíos, y ponerlos delante de los ojos de uno de sus más políticos y benéficos sucesores, para que trasladadas sus Escrituras en la lengua de sus vencedores, señores que eran del Oriente, anuncien á las naciones los días de salud y de gracia. Levántase en fin sobre los vestigios de los troncos asolados la cuarta monarquía, aquel imperio de hierro que absorberá todos los reinos de la tierra, el imperio digo de Roma. Entonces los judíos, amigos unas veces, enemigos otras de las águilas romanas, pero siempre á su sombra, aunque dispersos entre todas las naciones, bien que separados de todas ellas, llaman la atención del mundo entero sobre sus profecías. Informado el universo de sus esperanzas, está esperando que los sucesos comprueben y justifiquen sus oráculos; de este modo los señores de Egipto y Siria, los reyes de Persia y Media, los héroes de Roma y Grecia, aquellos conquistadores tan alabados en los fastos de los primitivos tiempos, y

lan levantados aun hoy día después de tantos siglos, esto es, los Ciro, los Asueros, los Alejandros, los Cesares, todos, todos, sin entenderlo ellos, no hacían más que pelear para facilitar su imperio, que triunfar para llenar el mundo de la gloria de su nombre y de la esperanza de su gloria; de modo, que aun no había nacido Jesús, y ya era el Dios de las batallas, ya decidida la fortuna de los hombres, y ya dependía de su mano la decadencia ó la grandeza de los imperios.

¿Que viene pues á ser, si no es Dios verdadero, aquel Jesús, cuya historia empieza con la historia del mundo? Aquel Jesús, con quien tienen una relación tan íntima y esencial todas las edades y principales sucesos que le preceden, que sólo manifiestan á Jesús, y sólo hablan de Jesús; que si los separáis de Jesús, los priváis de su trabazón y serie, de su fin y objeto; privaislos de cuanto encierra de grande e importante, y de cuanto encierran de más digno y sublime, que es haber sido Dios autor de ellos, y haber tenido á bien el ser su historiador. De suerte que es del todo ignorante y enteramente ciego en las sagradas escrituras cualquiera que no vea en ellos lo que veía el discípulo amado, á Jesús, digo, sacrificado desde el principio del mundo, á Jesús objeto y fin de la Ley y de las Escrituras: *Agni qui occisus est ab origine mundi* (1). Y en efecto, ¿una sabiduría que no hubiese ordenado todos los siglos y todos los sucesos, proponiéndose á un hombre, y con respecto á un hombre, tendríamosla nosotros por sabiduría de un Dios? Cuatro mil años consumidos en anunciarle y prepararle antes de nacer, ved ahí la grandeza de la esperanza y de preparación, que sólo es propia de un hombre Dios.

Esto basta, hermanos míos, para que podamos exclamar con el Centurión y los judíos, testigos de la muerte de Jesús: *Verus filius Dei erat iste*. Este Libertador, este Mesías prometido desde el principio de los siglos, no puede ser otro que el Hijo de Dios; para que formulemos en la convicción de nuestras almas y en la sinceridad de nuestros corazones esta confesión de San Pedro: Jesús, Hijo único del Padre, Dios de Dios, engendrado antes de todos los siglos, vos sois el Mesías prometido al género humano desde el principio del mundo; hijo de David según la carne, en el tiempo prescrito por los decretos de vuestra sabiduría eterna, habéis tomado carne en el seno de una virgen sin mancha, habéis vivido con los hombres y los redimisteis con el precio infinito de vuestro sacrificio. A costa de toda vuestra sangre, los habéis conquistado un reino espiritual y eterno

(1) Apoc. c. 18, v. 8.

como vos, y ese reino se lo habéis legado en herencia. Vos, y sólo Vos, sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo: *Tu es Christus, Filius Dei* vivo. Vos sois el camino, la verdad y la vida. Vos, sólo vos, poseéis las palabras de la vida eterna: *Verba vite eterne habes*. ¡Ah, hermanos míos! Si ya por la sola aplicación a nuestro Salvador de algunas entre las muchas profecías, nuestras inteligencias quedan iluminadas y convencidas, ¿qué sería cuando os desarrollara ante vuestra vista toda la serie de los profetas? Cuando os hiciera leer en sus escritos, publicados tantos siglos antes del nacimiento de Jesucristo, todas las acciones, todas las circunstancias, todas las particularidades, aun las más insignificantes, de su vida, como si los profetas hubieran sido de ella testigos oculares, entonces comprenderíais todas las ventajas de la instrucción cristiana. Entonces conoceríais por una santa y saludable experiencia, hasta qué punto puede aumentar y fortalecer la fe la lectura y la meditación de las divinas escrituras, especialmente de las profecías. Pero no nos limitemos, hermanos míos, a consideraciones especulativas; meditémos, y meditémos con frecuencia, en ese reino eterno que Jesucristo nos ha conquistado y quiere compartir con nosotros; no olvidemos jamás que su posesión debe empezar por el establecimiento de su reino espiritual en nuestros corazones. Meditémos asiduamente hasta el día misterioso que debe recordarnos todos los beneficios de su advenimiento; meditémos y practiquemos la recomendación que nos hacia al principio de aquellos saludables días de misericordia el santo precursor: *Parate viam Domini*, prepara el camino del Señor, enderezad y allanad los caminos que ha de recorrer para llegar a vosotros. Purificad vuestros corazones por medio de una saludable penitencia; que una confesión general, sincera, y acompañada de todas las cualidades de un santo arrepentimiento los purifique de todo el veneno con que los había impregnado la culpa. Adornadlos de todas las virtudes que puedan fijar sobre vosotros los ojos de su misericordia, y ya veréis cómo entráis en posesión del Salvador, enviado de Dios, el cual vendrá a establecer entre vosotros su reino espiritual, para continuarlo y perpetuarlo en la eternidad: *Et videbit omnis caro salutare Dei*. Amén.

EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECÍAS

PRUEBA LA DIVINIDAD DEL SALVADOR

Scrutinavit scripturas, quia eas putatis in ipse vitam aeternam habere. Et ille stultus qui testimonium perhibet de me.
Examinad cuidadosamente las escrituras en las cuales con razón creéis tener la vida eterna. Ellas son las que dan testimonio de mí.

(Ev. S. Juan, c. 5, v. 39.)

Las acciones todas del Salvador sobre la tierra, parece no tenían otro fin que el de ilustrar a los hombres acerca de la misión que de su eterno Padre había recibido. Al efecto, y para despertar al pueblo judío del moria letargo en que la incredulidad le tenía sumergido, no solamente obra en su presencia portentos y maravillas que anuncian su divinidad, sino que también, revistiéndose á veces de aquel carácter de autoridad suprema que como á Dios le pertenecía sobre los hombres, hace delante de ellos cosas que, sin reconocerle por tal, parece no podían explicarse.

Es de notar, sin embargo, que los judíos en su generalidad permanecieron obstinados, y á pesar de ver todos los días nuevas señales, que venían en apoyo de lo que los santos profetas habían dicho del carácter y cualidades del Mesías, ciegos á tanto resplandor, le desconocen, y oyéndole no le escuchan, verificándose en ellos mismos otra predicción, no menos digna de atención que las demás: *ut videntes non videant et audientes non intelligant*, (1) para que viendo no vean y oyendo no entiendan.

De aquí ha nacido el que los incrédulos modernos, apoyados en la obstinada perfidia de los judíos, han pretendido establecer que las

(1) Luc. c. 7, v. 10.

predicciones que leemos en los Libros santos; nada prueban en favor de la divinidad de Jesucristo, ni dicen relación á él. De otro modo, añaden, el pueblo judío, depositario de estos vaticinios, no hubiera podido resistirse á su testimonio y hubiera creído en el Salvador de Israel. Contra esa aserción, pues, me propongo demostrar en el presente discurso, que la incredulidad de los judíos, lejos de convencer al cristiano de la falsedad de las profecías, es por el contrario una demostración irrefragable de su autenticidad, y que en ellas se hallan marcados todos los caracteres de la divinidad de nuestro Salvador.

*Ave María. ALERE FLAMMAM
VERITATIS*

Inútil sobre inoportuno sería entrar en este momento en la cuestión de conveniencia y necesidad de las profecías relativas á Jesucristo y á su prodigiosa obra, la Religión católica. Hay en esta Religión misterios tan profundos y superiores á la humana inteligencia, que el hombre por sí mismo jamás hubiera podido llegar ni aun á sospecharlos. Tales son indudablemente la aparición del Salvador en el mundo en carne mortal, la unión de las dos naturalezas divina y humana en un solo supuesto, y otros mil misteriosos prodigios, de que se halla sembrada la vida y muerte del Hombre-Dios. Nada, pues, más digno de la infinita sabiduría del Eterno y de su bondad inefable, que el preparar al mundo para el cumplimiento de estos prodigios por medio de santas revelaciones, que le instruyesen acerca de lo que debía tener efecto en la plenitud de los tiempos. Por eso el Señor, usando con los hombres de una misericordiosa condescendencia, apenas se hubo consumado en el Paraíso el crimen de rebelión que separó al hombre de su Dios, compadecido de su desgracia, anuncia un futuro reparador á la raza proscrita, y desde aquel día una tradición no interrumpida en el espacio de cuarenta siglos, va pasando de generación en generación, haciéndose de cada vez más clara, en proporción que se aproximan los días señalados á la aparición del Deseado de los collados eternos. Acrecentándose progresivamente las ansias de la humanidad y sus deseos de ver al que debía venir á salvar las reliquias de Israel; y por otra parte, siendo necesarios al completo desarrollo del plan divino nuevos y más vivos recuerdos de este acontecimiento sorprendente, para evitar sin duda el que los tiempos ó las pasiones pudieran hacer olvidar ó oscurecer la antigua tradición, el Señor suscita por todas partes profetas que, inspirados por él, descubren el porvenir en términos que no dejan lugar á la duda á cuantos se hallan animados de buena fe.

Sentidos estos antecedentes, abramos las sagradas páginas y lea-

mos las sublimes revelaciones de la Biblia acerca de Jesucristo nuestro Salvador. El primero que ocurre en este momento á mi imaginación, es el profeta Miqueas. Ved cómo se expresaba este hombre inspirado, 650 años antes de la venida de Jesucristo: *¡Oh Belén! ¡oh Efrata! pequeña eres entre las ciudades de Judá; pero de ti saldrá el que debe reinar en Israel, cuya generación data desde el principio de la eternidad* (1). Ved aquí designado el sitio donde debía nacer el Salvador del mundo. Las circunstancias de su nacimiento ya las había cantado Isaías (2) muchos años antes: *Levántate, oh Jerusalén; he aquí la luz brillante que va á derramarse sobre ti.... Los reyes caminan presurosos en pos de los resplandores de tu majestad.... Tus hijos vendrán de los más remotos climas; los hombres más grandes se humillarán en tu presencia. Los aramedarios de Madán y de Efa inundarán tu recinto. Vendrán los reyes de Arabia y de Saba, y te ofrecerán el oro y el incienso, y cantarán las alabanzas del Señor. Muchísimo antes de esto, á saber, 1800 años antes de Jesucristo, el patriarca Jacob en el lecho de su muerte, reuniendo sus doce hijos, dirige su voz á Judá, é ilustrado de la divina luz, le anuncia que en la tribu de su nombre habría siempre ya reyes, ya capitanes, ya magistrados, hasta el día en que el Mesías tan deseado de las naciones se dejase ver. *No saldrá, dice, de Judá el cetro, y se verán siempre en su posteridad conductores del pueblo, hasta la venida de Aquel que debe ser enviado y que es la esperanza de las naciones* (3). No pueden ser, católicos, más precisos los términos de estas profecías, ni más exacto su cumplimiento. Sin embargo, aun tenemos una que designa hasta los días mismos en que debía verificarse el advenimiento de Jesucristo y su sacrificio por la redención del universo. Hablo de la célebre predicción de Daniel, que leemos en el capítulo IX, en donde refiere que, estando un día orando y llorando sus pecados y los del pueblo de Israel, se le apareció Gabriel, el varón á quien había visto en el principio de la visión, el cual, tocándole en la hora del sacrificio de la tarde, le dijo: Daniel, yo he venido á ti para instruirte acerca de lo que ha de suceder. Abreviado se han setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que fenezca la prevaricación y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea traída justicia perdurable, y sea unguido el Santo de los santos. Sabe, pues, y nota atentamente: desde la salida de la palabra para que Jerusalén sea otra vez reedificada, hasta Cristo príncipe, serán siete semanas y sesenta y dos semanas; y de nuevo será edificada la plaza y los muros en tiempo de angustia;*

(1) *Mec.* c. 5, v. 2. (2) *Isaí.* c. 60, v. 1 á 6. (3) *Gen.* c. 49, v. 10.

y después de sesenta y dos semanas, será muerto el Cristo, y no será más suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario, y después del fin de la guerra vendrá la desolación decretada; y afirmará su alianza con muchos en una semana, y en medio de ésta cesará la hostia y el sacrificio, y será en el templo la abominación de la desolación, y la desolación durará hasta la consumación y el fin. Hasta aquí el profeta; y ¡juicio, católicos, por poco que reflexione, dejará de reconocer que Jesucristo es el mismo de quien habla Daniel en su célebre predicción? ¿Qué otro sino el Salvador ha sido justamente llamado el *Santo de los santos*, el *Cristo* y el *Unigénito del Señor*? ¿Quién sino él ha destruido el pecado, ha sido mediador de una nueva alianza entre Dios y los hombres, y por medio del sacrificio de la cruz ha hecho inútiles las oblationes y cesar los sacrificios de la ley antigua? En aquellas palabras, *El pueblo que negará al Cristo, no será más su pueblo*, ¿no veis clara y distintamente designados los judíos, que dando muerte al Salvador conjuraron contra sí la cólera del cielo? ¿Y quien que tenga alguna tintura de la historia, podrá dudar un momento, que en aquel pueblo que Daniel profetizó *deba venir con su caudillo á destruir la ciudad y el santuario*, se designaban las legiones romanas acudilladas por Tito, hijo del emperador Vespasiano, las cuales cuarenta años después de la muerte de Jesucristo sitiaron á Jerusalén, la destruyeron é incendiaron el templo, sin que bastasen los esfuerzos del mismo Tito para librarlo de la voracidad de las llamas? ¿Quién no ve verificada la desolación anunciada por Daniel en aquella guerra espantosa, en que murieron un millón y cien mil personas, ora al filo del acero, ora á impulso del hambre más atroz, siendo los restos de esta desgraciada nación víctimas de la más odiosa esclavitud? ¿Quién no ve esas tristes reliquias de la raza de Abraham, llevadas donde quiera marcado el sello de su reprobación, por haber desconocido á su Dios, sin reyes, sin leyes, sin sacerdotes, y hecho el objeto del desprecio de las naciones?

¡Oh, cuán inútilmente se afana la impiedad en querer demostrar que este estado lamentable, á que condujo á los judíos su obstinación en no reconocer al Mesías, no fué sino una desgracia ordinaria que se podía prever con las luces naturales! No; el estado de esa nación reprobada es demasiado singular, único en su línea, para que haya podido ser el mero resultado de ciertas circunstancias, hijas del curso ordinario de las cosas. Porque ¿dónde se vio jamás una nación célebre, culta, ilustrada con acontecimientos sorprendentes y magníficos, cuales nunca se habían visto, ser lanzada en su totalidad de su

patria y desarraigada; por decirlo así, de su propio suelo, y llevar una vida errante en todos los reinos y provincias de la tierra? ¿Qué fenómeno tan singular no ofrece á nuestra vista un pueblo entero, despreciado, aborrecido, mirado con prevención por todos los pueblos, cualquiera que sea su carácter y religión; por el cristiano como por el infiel, por el adorador del Dios único no menos que por el insensato adorador de los ídolos, por el hombre civilizado, de igual modo que por el bárbaro y salvaje? ¿Una nación ciega, hasta el punto de conservar como un sagrado depósito el mismo libro que contiene los fundamentos de aquella Religión, que ella se obstina en desconocer? ¿Vióse jamás un pueblo tan fuertemente adherido á las pruebas de la Religión verdadera, y al mismo tiempo tan enemigo de esa Religión? ¿Despojada cerca de dos mil años ha de sus templos, de sus altares, de sus sacrificios, de sus sacerdotes y de su religión, y sin embargo tan firme é inmutable en ella? Consúltense los anales del mundo, léanse las historias de todas las naciones, examínense los fastos de todos los imperios, investigúese la naturaleza y la marcha de los acontecimientos humanos, y díganse entonces si jamás la tierra fué teatro de un espectáculo semejante. ¿Quién, pues, á vista de estas razones tan luminosas podrá abrigar la menor duda acerca de la incontestable autenticidad de las profecías, y de su referencia á los objetos que señalamos?

Pero si la crítica suspicaz de los enemigos del Crucificado no se satisficé con estas pruebas, lean con reflexión los libros proféticos, y especialmente á Isaías y Jeremías, y hallarán marcadas hasta las más minuciosas circunstancias de la pasión y muerte de Jesucristo. Allí verán vaticinado que debía ser entregado por un amigo en manos de sus enemigos y comprado por éstos por treinta dineros; allí le verán pintado como un cordero inocente, enmudado en presencia de falsos testigos; allí le verán ofreciendo su mejilla al golpe cruel de una mano alevé, saciado de oprobios, clavado de pies y manos, crucificado en medio de dos criminales, abroado con hiel y yinagre, sordeadas sus vestiduras, jidiendo por sus perseguidores, atravesado con una lanza, y cargando con todos los pecados del mundo, para curar con sus llagas las que el pecado había abierto á toda la humanidad. Si, católicos, todo esto se halla vaticinado con la mayor precisión y claridad en los profetas, muchos siglos antes de su acontecimiento, todo conforme sucedió, y en los mismos términos que lo ha reconocido el universo. Y esto ¿no prueba hasta la evidencia la divinidad de Jesucristo?

¡Ah! En vano los judíos, condenados por la precisión de los tex-

tos que acabamos de referir, han tomado el partido de negarlos. ¡inconscientes! ¿Por qué antes de la venida de Jesucristo, á quien ellos crucificaron, entendían del Mesías todas las palabras de los profetas, sobre que los cristianos fundamos nuestra fe? ¿Cómo es que recordando las palabras de Jacob, que arriba referimos, esperaban al Salvador, al rey prometido, en el momento mismo en que apareció en el mundo conversando entre los hombres? Los mismos Magos de Herodes, preguntados por los reyes de Oriente dónde había nacido el rey de los judíos, ¿no respondieron que, según las profecías, debía ser en Betán de Judo? Luego creían en las profecías, y su testimonio era para ellos entonces indudable. ¿Hay, pues, buen sentido, hay raciocinio, hay lógica en negar ahora lo que entonces creyeron? ¡Ah! ellos no han querido cargar con el peso de la ignominia de la muerte del Justo; pero la sangre de este ha caído sobre ellos y sobre sus hijos. «¿Qué es lo que has hecho, oh pueblo ingrato?» exclama aquí el gran Bossuet (1). «Eslavo de todos los países y de todos los principos, no árvos á los dioses extranjeros; ¿cómo, pues, Dios, que te había escogido tan particularmente, ha podido olvidarte de esta suerte? ¿Dónde están, qué se hicieron para ti sus antiguas misericordias? ¿Qué crimen es ese que hace pesar sobre ti tan horroroso castigo? ¡Ah! Acuérdate de aquel grito que lanzaron un día tus padres: *¡Que su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* Y de aquella otra palabra: *Nosotros no reconocemos otro rey que el César.* Por eso, ¡oh pueblo infornunado! por eso Jesucristo jamás será tu rey. Guarda, pues, lo que voluntariamente escogiste; permanece en buen hora esclavo de los cesáres y tributario de los reyes, hasta que llegue el día en que la plenitud de los gentiles haya entrado en el gremio de su Dios; y sea salvo todo el pueblo de Israel: *Donec plenitudo gentium intraret, et sic omnis Israel salvus fiet* (2).»

En vano, pues, repito, se esfuerzan los judíos en querer desmentir las profecías, que antes reconocían como verdaderas. Su exacto cumplimiento ha esparcido una luz que, si no la ven, es porque quieren cegarse voluntariamente. Ciegúense en buen hora; mas nosotros les diremos siempre que ellos se han mentido á sí mismos, incurriendo en una contradicción tan monstruosa, que los condena y hace aparecer los hombres más insensatos del mundo. Y si no que nos digan: ¿por qué Jeselo, salido de la raza sacerdotal, aplicaba la profecía de Jacob al emperador Vespasiano, sino porque estaba general-

(1) *Discurso sobre la Historia Universal*, 2.^a parte, núm. 19. (2) *Rom.* c. 11, v. 26 y 28.

mente reconocido que el Deseado de las naciones debía venir á poner sobre la cabeza de un pagano las magníficas promesas del Cielo? ¿Por qué durante todo el siglo que siguió á la muerte del Salvador, se perpetuó la opinión de que el Mesías iba á aparecer, porque eran ya cumplidos los días de su venida? ¿Por qué en la desesperación de no poder hallar un personaje ó un hombre que pudiesen reconocer como objeto de estos misteriosos vaticinios, adoptan la extraña resolución de decir en el segundo siglo, que el Cristo había venido ya, pero que era invisible al mundo y que esperaba á Elias para que le consagrara? ¿Por qué nos dejan leer en el Talmud, que son pasados ya los tiempos profijados á la venida del Mesías, y que debe maldecirse á cuantos computan los años de su aparición? En suma, si las profecías no dicen relación al Salvador, ¿qué significaba la solicitud con que todos le esperaban puntualmente en el tiempo en que se dejó ver en el mundo? Borrea, pues, si les es posible, esos libros sagrados, depositarios de las profecías, las pruebas que de ellos sacamos para evidenciar la divinidad de Jesucristo, no serán menos ciertas ó incontestables.

Pero oigamos las palabras de un celebre judío, que por su ciencia y conocimientos se ha merecido la atención de todos los verdaderos sabios. Hallo, señores, del ilustre israelita Mr. Drach, que convertido á la Religión católica, era por sus escritos uno de los que más honraban aquel plantel de la verdadera ciencia. Refiriendo la impresión que en su alma y en su razón produjo la lectura de las profecías, dice estas memorables palabras: «En este atento examen del sagrado texto, yo he visto claramente que todas las profecías no forman, si así puede decirse, sino un vasto círculo de la circunferencia de cuatro mil años, cuyos radios vienen á terminar á un centro común, que es Jesucristo, y no puede ser otro sino él. El Redentor del género humano, culpable desde el pecado de Adán, es el objeto, el término único de todas las profecías, que concurren á designarle de una manera que no deja lugar á desconocerle. Las predicciones forman en su conjunto y totalidad el mas perfecto cuadro. Los profetas más antiguos trazan el primer bosquejo. En proporción que se suceden, van perfeccionando los rasgos que sus antecesores habían dejado imperfectos. Cuanto más se aproximan al acontecimiento, tanto más se van animando los colores, y cuando el cuadro está terminado, los artistas desaparecen. El último de todos, al retirarse, tiene un cuidado sumo en indicar el personaje que debe descubrir el velo de este gran misterio. He aquí, dice, que yo os envío á nombre del Eterno al que es más que Elias (Juan Bautista) an-

tes que llegue el día grande y temible del Señor: *Eccc ego mittam vobis Eliam prophetam, antequam veniat dies Domini magnus et horribilis* (1).

¿Qué bien dice este israelita, convertido al Cristianismo! El centro a donde van a terminarse todas las profecías es Jesucristo, y sólo Jesucristo. Para convencerse de esta verdad, no hay más que comparar el nuevo Testamento con el antiguo. En éste, no menos que en aquél, el asunto principal ó exclusivo es el Salvador, su vida, su muerte, con todas las circunstancias, las más extraordinarias é increíbles. No hay más diferencia entre ambos Testamentos, sino que el antiguo anuncia que Jesucristo debe venir: al paso que el nuevo anuncia que le ha visto y oído. Pero esta reunión de caracteres que designan al Mediador, el cumplimiento de todos los oráculos de la Judea en la persona augusta del Hijo de María, ¿prueban que Jesucristo es Dios? Indudablemente, porque de Dios vienen las solemnes profecías que acabamos de examinar, sin que puedan venir de otro origen que no sea divino. Considerad si no la distancia que separa á los profetas de los acontecimientos que anunciaban: el más moderno vivía cinco siglos antes de la aparición de nuestro Señor; los demás distaban mucho más: algunos, como dije antes, 1800 años. Siendo de notar que ellos no sólo han profetizado las cosas más sorprendentes en términos precisos, claros é indudables, sino que también han anunciado misterios profundísimos y prodigios que exceden á la capacidad del hombre. Y ¿cómo hubiera podido jamás imaginar por sí solo el humano entendimiento, que el Mesías había de obrar esos prodigios que raticaron, y que se han cumplido exactamente? Luego este conocimiento es sobrenatural, efecto de Dios únicamente. Ahora bien: si se admite que las profecías vienen de Dios, ¿qué resta sino reconocer y admitir la divinidad de aquél á quien se refiere? En efecto, ¿cuál era, según los profetas (más bien, según Dios que les inspiraba), la misión de Jesucristo sino dar á los hombres una nueva ley, como don precioso del cielo á la tierra? Luego los hombres debían tener fe en esta ley. Y ¿cuál es el primer dogma de esta ley nueva y su base fundamental? La divinidad de Jesucristo. Luego fuerza es confesarla, so pena de revolverse contra Dios. Además, el Mesías debía hacer milagros en testimonio de su misión: él los ha multiplicado extraordinariamente en todas las ciudades y pueblos de la Judea; luego era Dios, como lo había anunciado; de otro modo, preciso sería acusar á la Divinidad de nuestro error. Últimamente las

(1) *Malach. c. 4, v. 5.*

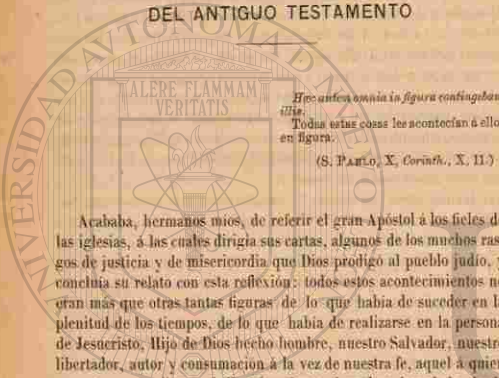
profecías anuncian que sería Dios y que en este concepto recibiría las adoraciones de los reyes. Y ¿no es verdad que Jesucristo lleva un nombre divino, y que en su misma cuna recibió las adoraciones de los Magos de Arabia y Saba, y que al nombre de Jesús todo tiembla en el cielo, en la tierra y en los abismos?

En suma, señores, cosa extraña por cierto! ¿quién creería que los testimonios de los profetas judíos se habían de hallar en perfecta conformidad, acerca de la divinidad, con las tradiciones de todos los pueblos? Pues así es: la China, no menos que la India, sabía que una virgen daría á luz un hijo, y que el Señor, el Santo, el que conoce todas las cosas, cuyas palabras instruyen y cuyos pensamientos son verdad, nacería de ella y sería holocausto digno de su majestad. Los siameses y los habitantes del Japón esperaban un Dios: los ojos de los hombres del Occidente se volvían hacia el Oriente, de donde debía venir el libertador; la misma Grecia había oído decir á su Platón que era necesario un Dios por legislador; y la América, en fin, lanzando sus miradas hacia el Oriente, polo de la esperanza, llamaba á grandes voces al Rey santo que había de venir.

Católicos, ¿cuánto se complace nuestra alma al considerar esta conformidad de las tradiciones de los pueblos con los sagrados Libros! ¿Qué testimonio tan irrefragable nos suministra este eco de todas las naciones en favor de la divinidad de nuestro salvador Jesús! ¿Quién osaría ya admitir la menor duda acerca de esta verdad fundamental del Cristianismo, que estriba en unas profecías tan sublimes, apoyadas en una tradición tan universal, y sostenidas con un cumplimiento tan exacto? ¿Qué les resta ya á los incrédulos, sino abandonarse al más imbecil escepticismo, ó reconocer la divinidad del Salvador? ¿Osarán, acaso, recurrir á subterfugios para oscurecer la verdad? Pero la verdad no necesita de más pruebas que las que llevamos enunciadas. Si á pesar de éstas se obstinase todavía el entendimiento humano en negar la divinidad del Salvador, día vendrá en que esclareciéndose la vista del hombre, conocerá las cosas como son en sí; y entonces se verán obligados los incrédulos á exclamar aunque con despecho: errado hemos; y experimentando el condigno castigo de su error, entrarán en el camino de la desesperación, que no tendrá fin por toda una eternidad.

JESUCRISTO ANUNCIADO EN LAS FIGURAS

DEL ANTIGUO TESTAMENTO



Hæc antequam omnia in figura contingebant illis.
Todas estas cosas les acontecían á ellos en figura.

(S. PABLO, X, Corint. X, 11.)

Acababa, hermanos míos, de referir el gran Apóstol á los fieles de las iglesias, á las cuales dirigía sus cartas, algunos de los muchos rasgos de justicia y de misericordia que Dios prodigo al pueblo judío, y concluí su relato con esta reflexión: todos estos acontecimientos no eran más que otras tantas figuras de lo que había de suceder en la plenitud de los tiempos, de lo que había de realizarse en la persona de Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, nuestro Salvador, nuestro libertador, autor y consumación á la vez de nuestra fe, aquel á quien por esta razón llama el Espíritu Santo el cordero inmolado desde el principio del mundo: *Agnus qui occisus est ab origine mundi*. Así que, según el Apóstol de las gentes y como es fácil convencerse leyendo atentamente las divinas escrituras contenidas en el Antiguo Testamento, todo se refiere, en la antigua ley, á un objeto principal y único. Todo en él recuerda la caída y degradación del hombre, todo demuestra las consecuencias de esta caída y degradación. Pero, al recordarla y demostrarla, hácelo sólo para animar á los hombres á la consideración de otra verdad que se encuentra con evidencia también grabada en cada página: la esperanza de un libertador, de un reparador prometido. Y no bastaba por parte de Dios, en los designios de su sabiduría, que los profetas, animados de su espíritu, hubieran escrito, con tantos siglos de anticipación, rasgo por rasgo la vida, las acciones, los sufrimientos y la muerte de Jesucristo. Era preciso, además, que una nueva especie de profecías nos presentara, en no interrumpida serie de cuadros animados, ya los considerásemos en conjunto, ya los examináramos en particular, nos presentara,

digo, la totalidad y los detalles de aquella vida enteramente santa, obligándonos así á proclamar con tanto júbilo como certeza la divinidad de nuestro adorable Redentor.

Jesucristo mismo es quien nos revela esta verdad, asegurándonos que las Escrituras se referían á Él en todos sus pasajes. No rindiéndose los judíos ante la evidencia de sus discursos y de sus milagros, remítelos á las Escrituras, de las cuales, dicen ellos, que son su ley. No soy yo, les dice, quien debe acusaros ante mi Padre, sino Moisés, al cual tanto aparentáis respetar, y á quien, no obstante, no creéis. Porque si le creyerais, me creeríais también á mí, pues de mí ha escrito él, y yo soy el profeta á quien os manda escuchar: *De me enim ille scripsit*. Profundizad y meditad las Escrituras, en las cuales creéis con razón encontrar la vida eterna, estudiadas y meditadas, y reconoceréis que dan testimonio de mí: *Scrutamini scripturas, illæ sunt quæ testimonium præbent de me*.

Sigamos respetuosamente, hermanos míos, este divino consejo; busquemos en las divinas Escrituras nuevos rayos de luz que iluminen, que fortifiquen nuestra fe, que den á nuestra esperanza más ancha base, que inflamen nuestros corazones en más ardiente caridad. Un solo obstáculo encontraremos en esta tarea; el de la elección de los numerosísimos rasgos que, en cada página de las divinas Escrituras, en el largo transcurso de esa historia de cuatro mil años, caracterizan más ó menos palpablemente á Jesucristo. Pero antes imploremos el auxilio divino. *Ave Maria*.

Desde los primeros días del mundo, hermanos míos, desde el momento mismo de la creación del primero de los mortales, esta ya Jesucristo representado en la persona de Adán. Dios forma Adán de una tierra virgen, no estigmatizada aún con el sello de la maldición; y Jesucristo á la vez nace de una virgen pura, no manchada por culpa alguna capaz de atraer la cólera del Señor. Del primer Adán habian de descender todos los hombres según la carne; en el segundo, habian de renacer según el espíritu. El uno debía tener dominio sobre todos los animales de la tierra; al otro fueron sometidos no sólo los hombres todos, sino también todos los espíritus del cielo. El primero fué creado á imagen y semejanza de Dios; Jesucristo es el esplendor de la gloria de Dios, su sabiduría, su Verbo eterno, en todo semejante á Él. Adán estuvo algún tiempo, mientras Dios no le dió una compañera, sin ver nada semejante á él en la naturaleza; antes de la redención, la sabiduría eterna no reconoció en la humanidad los rasgos de la imagen de Dios, totalmente desfigurada por los vicios que deshonran al hombre.

Adán adormecido, y Eva formada de una de sus costillas: he aquí, en efecto, un símbolo admirable de la muerte y de la resurrección de Jesucristo, del nacimiento de su Iglesia, á la cual ha dado vida con la efusión de su propia sangre. La abertura hecha en el pecho de Jesús por la lanzada que en la cruz recibió poco después de su muerte, ¿no fué, como en el primer Adán, la puerta por donde vino al mundo la Iglesia, esa esposa de Jesucristo formada en su propio corazón y purificada con la misma sangre de su divino fundador?

El justo Abel convirtiérase en objeto de envidia y rencor para su hermano, quien no puede sufrir el visible testimonio con que el cielo acepta la pureza de los sacrificios de Abel. Cain lleva á su hermano á un lugar solitario, y sus manos se manchan en la sangre del inocente.

Á imitación suya, los judíos, de quienes Cain era figura, inmolaron víctimas sin cuento, con el solo objeto de dar cumplimiento á la letra de una ley cuyo espíritu desconocieron. Hermanos, según la carne, de Jesucristo, autor y principio de toda justicia, le odian, le persiguen, no pueden soportar ni la pureza de su vida y de su doctrina, ni los milagros que hace en demostración de que Dios está con él; demandan con furor insano su muerte, le arrastran fuera de Jerusalén y le crucifican.

La sangre inocente de Abel clama ante Dios, que le escucha y la vengó; él que la ha vertido es herido de la maldición divina. La sangre de Jesucristo, aunque destinada á ser la reconciliación de los hombres, pide venganza contra la nación ingrata que la ha derramado; contra la nación bárbara que ha querido que sobre ella y su posteridad cayera la sangre del justo.

Un estigma del divino anatema impreso en el rostro de Cain, delata públicamente su crimen. Siente que se ha convertido en objeto de horror para todos los hombres. El pavor y el espanto hacen presa en él; no sabe dónde refugiarse; á donde quiera que va, conoce que sólo por conmiseración se tolera su presencia, y su alma es agitada por todo género de sentimientos, excepto el sentimiento de la penitencia. ¿No es precisamente esta la situación de los judíos desde la muerte de Jesucristo? Todo el enorme peso de la maldición de Cain ha caído manifiestamente sobre este pueblo, esparcido y errante por toda la tierra; sin patria, sin altares, en todas y por todas partes aborrecidos y despreciados, los judíos no existen, dice San Agustín, más que para llevar detrás de sí y sin verla la antorcha que ilumina á los cristianos, es decir, los libros proféticos del Antiguo Testamento, en los cuales se lee el decreto de su condenación, y las

pruebas auténticas que demuestran la divinidad de Jesucristo y la verdad de la religión cristiana.

Isaac, hijo único de Abraham, nacido de un padre centenario y de una madre estéril, fruto inesperado de una fecundidad completamente debida á la gracia, jefe prometido á un pueblo que debe llenar toda la tierra; y ser la cuna del Mesías; hijo tanto más querido cuanto que era único y en él se concentraban todas las bendiciones que Dios había de derramar sobre la tierra; Isaac, cuando contaba sólo la edad de veinte años, convirtiérase para el más cariñoso de los padres en objeto del más cruel, pero también del más heroico, de los sacrificios.

¿Quién de vosotros, hermanos míos, no experimenta la imperiosa necesidad de aplicar á Jesucristo, tan expresivamente representado en Isaac, todas las circunstancias de este sacrificio? Isaac es hijo único, hijo queridísimo; Jesucristo es también hijo unigénito del Padre celestial, el objeto de su amor y de todas sus complacencias. Isaac sube la montaña llevando sobre sus hombros la leña para el sacrificio; Jesucristo atraviesa Jerusalén y sube al Calvario cargado con el peso de su cruz; para que la semejanza sea aún más completa y admirable, la montaña en que Isaac sufrió virtualmente el sacrificio fué la de Moria, una de las que componen la cordillera del Calvario en donde Jesucristo consumió su sacrificio. Isaac se sometió sin la menor observación á la voluntad divina; Jesucristo no exhaló la más leve queja, y si sus ojos vertieron lágrimas, fué para llorar las desgracias que amenazaban á sus verdugos. Por último, Isaac debía ser inmolado por la mano de un padre que le amaba más que á sí mismo; la voluntad soberana del Padre celestial, entregando á Jesucristo á la muerte para la salvación de los hombres, fué la cachilla que terminó y consumió su sacrificio.

Las obras divinas de Jesucristo, sus sacramentos, su gracia; están representadas en los acontecimientos que narra el Antiguo Testamento. El paso del mar Rojo, que sustrae los judíos de la tiranía de Faraón, destruye el ejército de este príncipe infiel y los sepulta á todos en las olas amargas de aquel mar; el paso del mar Rojo, decia, representa el sacramento del bautismo, que nos sustrae del dominio del demonio. El maná que alimentó á los israelitas en el desierto, figura la adorable Eucaristia, verdadero pan de vida, descendido del cielo para alimento espiritual de nuestras almas. La roca de Horeb, dando paso, al ser tocada por la vara de Moisés, á un torrente de agua viva, en la cual apagaron su sed en el desierto las amotinadas turbas de Israel, esa roca y las aguas que superabundantes de ella

brotan, representan y anuncian á Jesucristo, pues como dice San Pablo, *Petra autem erat Christus*. Y añade el gran Apóstol, que todas estas cosas sucedían á los judíos en figura y como anuncio de acontecimientos infinitamente más extraordinarios que habían de realizarse más adelante: *Hoc omnia in figura contingebant illis*. Los amalecitas atacan al pueblo de Israel; Josué sale á pelear contra ellos. Durante la batalla, Moisés ora sobre la montaña por el triunfo de sus hermanos, extendidos los brazos en cruz; la duración de la lucha obligale á bajar los brazos para tomar unos momentos de descanso. Bien pronto se echa de ver que durante estos momentos la victoria se inclina del lado de los amalecitas: Aarón y Hur sostienen los brazos de su hermano, y sólo entonces logran los israelitas un triunfo completo sobre sus enemigos.

¿Por qué Moisés, para implorar la victoria de su pueblo, sube á la cumbre de la montaña y ora allí con los brazos extendidos? ¿por qué atribuir el triunfo de los israelitas á una posición que por sí nada significa? ¿Habrá quien no vea aquí la imagen de Jesucristo crucificado sobre la montaña del Calvario, la representación del triunfo que su Iglesia alcanza por la virtud de la cruz?

Los judíos, cuando ya estaba próxima su entrada en la tierra de promisión, pecan contra Dios y se hacen merecedores de los castigos de su cólera. Dios envía entre ellos numerosas serpientes, cuyas venenosas mordeduras producen acerbos dolores y ocasionan la muerte á muchos de los hijos de Israel; castigados por este azote, recurren á Moisés, confiesan su culpa y le ruegan que interceda por ellos. Moisés supplica y el Señor le responde: haz construir una serpiente de bronce, y colocala en un sitio elevado en medio del campo; esto será signo de salud para los hijos de Israel: todo aquel que sintiéndose herido, lije la vista en este monumento de mi misericordia, quedará curado. La orden se ejecuto, el remedio fué eficaz, e Israel quedó salvo.

¿Qué virtud podía tener la vista de una serpiente de bronce para curar las mordeduras de verdaderas serpientes? A esto, hermanos míos, responde con el profeta autor del libro de la Sabiduría: no era la vista de aquella serpiente lo que curaba; erais vos, Señor, el Salvador de todos los hombres, quien restituíais la salud y la vida á los que la miraban: *Qui enim conversus est, non per hoc quod videbat sanabatur, sed per te, Salvatorem omnium*.

Claros son, como acabáis de ver, hermanos míos, las imágenes, las representaciones que anuncian y simbolizaron, muchos siglos antes de que se realizara, la virtud divina del sacrificio de Jesucristo,

y las circunstancias en que este sacrificio había de realizarse. ¿Queremos una profecía figurativa de su muerte, de su resurrección? El profeta Jonás nos la facilitará.

Ordénale Dios que vaya á Nínive, y anuncie al pueblo que la voz de sus crímenes subió hasta el Cielo, que está amenazado de próxima ruina, si no hace pronta y severa penitencia. Jonás, en vez de obedecer, embarcarse en Joppe, con el propósito de huir á Tarse, en la Cilicia. Pero, durante el viaje, suscita el Señor una violenta tempestad, y el navio corre inminente riesgo de sumergirse, sepultando en el mar á todos sus tripulantes. Jonás reconoce entonces la enorme falta de su desobediencia; para apaciguar al Señor, es arrojado al mar por los marineros, é inmediatamente la calma reina en las embravecidas olas; Dios ha preparado una ballena para tragar á Jonás, y el profeta, aprisionado en el vientre del cetáceo, conserva la vida y permanece tres días y tres noches en tan horrenda cárcel; allí rogó al Señor, quien le escuchó, y ordenó al monstruo que devolviera su presa y la depositara sobre la orilla. Vuelto Jonás á la luz del día, marchó á Nínive, predicó allí la penitencia y convirtió á Dios aquella populosa ciudad.

Antes de la submersión de Jonás, el mar bulle, se agita, se encrespa; apenas es lanzado al agua, la calma mas completa sucede á la más deshecha borrasca. Antes de la muerte de Jesucristo, la indignación y la cólera de Dios contra los hombres, no podrán ser por nada ni por nada apaciguadas; pero, apenas expira, truécanse en misericordia. Jonás entra en el vientre de la ballena, permanece allí tres días y tres noches como muerto; su nombre no es ya contado en el número de los vivos. Jesucristo expira sobre el Gólgota, su alma baja á los infiernos, su cuerpo es bajado de la cruz, encerrado en un sepulcro; la muerte le ha devorado. Pero, tres días después, sale de la tumba lleno de vida, rompe las puertas del infierno, y muéstrase victorioso de la muerte que le había engullido en sus abismos insondables.

— ¡Ah! que no me sea dado recurrir con vosotros todos los libros sagrados del Antiguo Testamento! ¿Qué multitud de testimonios encontraríamos allí en cada página, que nos demostrarían hasta la evidencia la certeza de esta verdad! Pero, es preciso que abreviemos; la mina es demasiado rica para que pudiéramos agotarla. Terminemos con un último ejemplo que condense y reasuma todos los caracteres gloriosos que concurren en nuestro adorable Salvador. Sea la historia del patriarca José, hijo de Jacob, la que nos proporcione este ejemplo.

Jacob ama a José más que a ninguno de sus otros hijos. Dios ama a todos los hombres, particularmente a sus elegidos, pero declara auténticamente que Jesucristo es su hijo bien amado, el tierno objeto de todas sus complacencias. Los hermanos de José odian a éste abiertamente, no pueden hablarle con dulzura. Los judíos, hermanos de Jesucristo según la carne, muestranse envidiosos de su santidad, no hablan con él más que para injuriarle y tenderle asechanzas, contradicen su doctrina, niegan sus milagros, imputanle todos los crímenes, tratanle de poseso y atacan varias veces contra su vida.

Las revelaciones que anuncian a José su elevación futura sobre sus hermanos, irritan más y más la envidia de éstos y encienden su furor. Los judíos acusan a Jesucristo de blasfemo, cuando se proclama Hijo de Dios, y les anuncia que un día le verán, sentado a la diestra de su Padre, venir sobre las nubes del Cielo, para juzgar el mundo. Estas palabras deciden su sentencia de muerte.

Por orden de Jacob, José va en busca de sus hermanos, inquiera donde apacientan sus rebaños, se fatiga buscándolos y no descansa hasta encontrarlos. El Padre celestial es quien envía a Jesucristo a la tierra en busca de las ovejas descarriadas de Israel; en cumplimiento de este encargo recorre toda la Judea, y no se ocupa, durante su vida, en otra cosa que en la salvación de los hijos de Jacob.

Los hermanos de José le ven venir hacia ellos; sus pasiones se inflaman, y deciden la muerte del niño. Dios no permite que realicen tan atroz designio; despojan a José de sus vestiduras y las empapan en la sangre de un cabrito, para hacer crecer a Jacob que las fieras han devorado a su hijo predilecto; precipitan a éste en una cisterna y lo abandonan allí a una muerte casi segura; pero, arrepentidos, lo sacan luego de la cisterna y lo venden á unos mercaderes ismaelitas, quienes lo conducen á Egipto. Desde que Jesucristo se dio á conocer á los judíos, por su doctrina y sus milagros, conciertan éstos su muerte, procuran realizarla, pero Dios les detiene en su criminal proyecto. La hora del dominio de las tinieblas no había sonado aún. Al fin, Jesús entrega su vida, desciende al sepulcro, pero sale de él lleno de vida, como José de la cisterna, con la diferencia, empero, de que la resurrección da á Jesús una vida inmortal, y ésta no convenía á José. Mas este último, símbolo de Jesucristo, es libertado para pasar á un estado más brillante del que hasta entonces disfrutara; como José, fue Jesús despojado de su túnica, y teñida fué ésta en su sangre adorable. Por dinero fué también vendido á unos hombres cuyas pasiones les hicieron enemigos suyos, y vendido por Judas al cual honraba con el título de hermano.

Encerrado en una prisión, entre dos criminales, José predice al uno que había de volver á la gracia de su señor, al otro su condenación. Aquí el paralelo no puede ser más exacto; parecemos ver á Jesucristo en la cruz perdonando al buen ladrón.

José, después de tres años de cautiverio, ve romperse sus cadenas, reconocida su inocencia. Desde el día mismo en que sale de la cárcel, entra en la carrera de gloria que le está reservada. Conviértese en confusión para sus enemigos; es la admiración, el pasmo de todo el Egipto, la esperanza de cuantos le conocen y no han sido causa de sus infortunios. Jesucristo, desde el momento en que sale del sepulcro, muéstrase á sus discípulos, fortalece sus almas, contradadas, vacilantes, abatidas, é infunde en ellas la esperanza. Únicamente en la sinagoga reina la vergüenza, la consternación y el furor.

Aquí comienza ya á dibujarse ante nuestra vista la gloria del misterio de la triunfante Ascensión de Jesucristo, y de sus consecuencias.

Detengámonos ya, hermanos míos, y suspendámos esta aplicación tan fácil, tan natural de las figuras que contiene la antigua ley. Las profecías habían anunciado á Jesucristo y escrito su historia; las figuras contenidas en el Antiguo Testamento le pintan, rasgo por rasgo, y muchos centenares de años antes de su venida á la tierra, nos le representan ya vivo, obrando, en una serie de cuadros animados. Porque no son algunas pinceladas oscuras, diseminadas, las que, enlazadas con arte, constituyen esos cuadros en los cuales Jesucristo se reconoce tan fácilmente. No es de una profecía ambigua y susceptible de diversas interpretaciones, de donde se deduce la necesidad de su sacrificio y de su muerte. Échase de ver, estudiando las divinas Escrituras, que todas ellas concurren á un mismo designio, á un objeto único: anunciar á Jesucristo, representarle de antemano, y con muchos siglos de anticipación, darle á conocer, caracterizarle por sus títulos divinos de Salvador, de Redentor, de Mediador de los hombres, de Hijo de Dios encarnado: tal era, dice San Pablo, el fin de las Sagradas Escrituras: *Finis enim legis Christus*. Y estas divinas Escrituras son la palabra infalible de un Dios que no puede engañarse ni engañarnos. Así, pues, Jesucristo, Dios y hombre á la vez, Hijo de Dios, consubstancial, en todo igual á su Padre, engendrado antes de todos los siglos, encarnado en el casto seno de una Virgen fecundada, Dios eterno, hombre en el tiempo, descendido á la tierra para redimir las culpas de los hombres y reconciliarlos con su Padre: he aquí el inmenso misterio de gracia y amor que el Espíritu Santo ha

declarado y justificado a los hombres: *Magnam pietatis sacramentum justificatum est in Spiritu*. Adóremosle, hermanos míos, pongamos en sus divinos méritos nuestra absoluta confianza. Que su meditación, que su contemplación sean la base que nos sirva de apoyo en medio de los vientos y de las tempestades de esta vida. Que el recuerdo del grandioso sacrificio que su misericordia ha impuesto a su gloria, nos recuerde continuamente cuanto debemos a un Padre tan cariñoso, a un tan celoso Maestro. Amémosle, hermanos míos, y con eso le pagaremos todas nuestras deudas; amémosle, pero amémosle de todo corazón y sobre todas las cosas; amemos al Señor nuestro Dios, que tanto nos ha amado, que ha sido el primero en amarnos. Así sea.



PREEXISTENCIA DE JESUCRISTO

EN LA NACIÓN HEBREA

Finitis enim legitur Christus.
Porque Cristo es el fin de la ley.
(S. PABLO A LOS ROMANOS, C. X, v. IV.)

Todo ser, excepto Dios, hermanos míos, se preexiste en su germen, y el hombre señaladamente se preexiste en sus abuelos; y cuanto más importante es el destino que la Providencia le reserva, más importante es también la acción preparadora de sus antepasados. Jesucristo, como hombre, debía pues preexistirse del modo como los hombres se preexisten, y como superior a todos ellos por su destino, debía preexistirse de un modo eminente, propio de El solo. Sabido es, además, que los abuelos guardan razón con la posteridad, y así es que Jesucristo debió preexistirse en sus antepasados con incomparable grandeza; por lo mismo, hermanos míos, siendo la Iglesia católica la posteridad de Jesucristo, el fruto de su venida, debe descubrirse algo que prepare dignamente aquella su Iglesia y que encierre a Jesucristo entre un tiempo pasado y un futuro, no sin

duda iguales uno a otro, pero equilibrados de tal suerte, que lo que fue antes que El no tenga igual en el mundo, así como lo que fue después no tiene cosa que le iguale.

El pueblo judío llenó estas condiciones. Además, hermanos míos, de que el pueblo judío fué la obra social y religiosa más considerable de los tiempos anteriores a Jesucristo, como la Iglesia católica lo es de los tiempos nuevos, quiero que fijéis vuestra atención en otro hermoso y sublime pensamiento, a saber: que así como Jesucristo es el alma de la Iglesia católica, donde se perpetúa su vida, así fué el alma del pueblo judío, en el cual se preexistió. Pasemos a su demostración, a fin de rennir en la cabeza de Cristo-Jesús los rayos promulgadores de su divinidad. *Ave Maria*.

Entre las particularidades del pueblo judío, hay una que sobrepaja a todas las demás. Hablo, hermanos míos, de la idea mesiánica que circulaba por las venas de este pueblo, como su sangre más pura, y sin la cual es imposible explicar su fe ni sus destinos, siendo verdaderamente Jesucristo el alma de esta nación.

La idea mesiánica se componía de cuatro elementos. Bajo su influencia creía el pueblo judío, en primer lugar, que el Dios uno y criador que él adoraba, llegaría a ser algún día el Dios de toda la tierra. Creía además que esta revolución la verificaría un solo hombre llamado el Mesías, el santo, el justo, el salvador, el deseado de todas las naciones. Creía que este hombre sería judío, de la tribu de Judá y de la casa de David. Creía, en fin, que este hombre predestinado sufriría y moriría para llevar a cabo la obra de transformación que le había encargado la Providencia.

Que tal fuese la ley del pueblo judío, fácil es saberlo por él mismo, puesto que esta vive y que, a pesar de cuatro mil años de una esperanza que a sus ojos aún no se ha realizado, no ha cesado de rendir un imperturbable testimonio a la esperanza de sus abuelos. Pero no nos contentemos, señores, con su palabra presente; abramos los monumentos de su historia, y sigámos en ella los progresos de la idea mesiánica al través de las principales fases que marcan el desarrollo de la nación misma, tales como su nacimiento, su formación en verdadero pueblo, el punto de su madurez, su decadencia, su cautividad y su renacimiento al pie del segundo templo edificado por Zorobabel.

Heos aquí en los campos de Caldea con Abraham, donde vamos a oír la primera palabra, que fué como la semilla de la raza hebraica. Advertid, señores, que no se trata de saber si es verdadera esta

palabra, y si fué Dios quien la dijo; se trata sólo de probar la idea que tenía el pueblo judío de sí mismo y de su misión en el mundo. Si se engañaba ó no en esta idea, es otra cuestión que juzgaremos más adelante.

Dios, pues, según los monumentos hebraicos, dijo á Abraham: «Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostrare; y hare de ti una nación grande, y te bendeciré y hare tu nombre magnifico, y serás bendito. Bendeciré á los que te bendigan, maldeciré á los que te maldigan, y en ti serán bendecidas todas las naciones de la tierra.»

Así vino al mundo, al tiempo y de una manera inseparable, dos mil años antes de Jesucristo, el pueblo judío y la idea mesiánica, la idea de que lleva en su seno una bendición, que se derramará sobre todo el universo.

Abraham sale de la Caldea, y va á establecerse en la tierra prometida á su posteridad. Espera allí hasta una edad centenaria al hijo, á quien debe transmitir la herencia mesiánica; dáselo este hijo; y cuando el hijo ha llegado á toda la gracia de una feliz juventud, pide Dios al patriarca que se lo sacrifique en holocausto sobre una montaña misteriosa. El anciano, con una fe incontrastable en la sabiduría y la bondad de Dios, levanta la mano sobre su único y muy amado hijo, y oye esta segunda palabra más fuerte y más clara que la primera: «Lo he jurado por mí mismo, porque has hecho esto y no has perdonado á tu hijo único á causa de mí, yo te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena, que está en la ribera del mar. Tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos, y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra.» Añadióse el juramento á la fuerza de la promesa, y se indicó más claramente que la bendición mesiánica se derramará sobre el género humano, no por el mismo Abraham, sino por medio de su posteridad.

Isaac, hijo de Abraham, oye la misma promesa y la misma profecía, las cuales se repiten á Jacob, hijo de Isaac. Las tres primeras generaciones hebraicas, confirmadas así en la esperanza del Mesías, se extienden en doce patriarcas, padres también de doce tribus, y Jacob, próximo á la muerte, los reúne en torno de su lecho para cerrar la primera edad mesiánica con una profecía solemne, que resume las precedentes, dándoles nueva precisión. Rodeado, pues, de sus doce hijos, anuncia á cada uno de ellos, con algunos rasgos característicos, cual será su papel en lo porvenir, y al llegar á Judá, le dice estas palabras memorables: «Judá, tus hermanos te alabaran, tu

mano estará sobre la cabeza de tus enemigos, y los hijos de tu padre te adorarán. Judá es el cachorro de un león; tú has subido, hijo mío, para coger tu presa, te has tendido para el reposo como un león y una leona; ¿quién le despertará? No será quitado el cetro de Judá, ni un jefe de su estirpe, hasta que venga el que ha de ser enviado y que será la esperanza de las naciones.» Así, en el momento en que se subdivide la herencia patriarcal en doce ramas, se designa la rama en que ha de nacer el Mesías; esta rama será la de Judá, y se designa el día predestinado de la aparición mesiánica con un signo que la posteridad reconocerá facilmente.

La sangre de Abraham, de Isaac y de Jacob es en adelante fecunda; multiplicase en una tierra que le ha dado hospitalidad, y llegando á ser en breve objeto de temor y de celos, pasa del destierro á la servidumbre, para hacer en la tribulación un aprendizaje necesario á sus altos destinos. Se cree perderla, y se la avigora; Israel es un pueblo; Moisés le saca de Egipto, y le lleva por medio del desierto al pie del Sinai, de donde bajan las leyes que deben gobernarlo. Seguid, católicos, seguid esa marcha profunda de un pueblo tan grande; vuestros ojos de niño vieron en otro tiempo sus maravillas: miradlas de nuevo con la inteligencia del hombre ya formado. De campamentos en campamentos llega Israel en frente del Jordán, á las fronteras del territorio que habitaron sus primeros antepasados, y cuya posesión está prometida á su posteridad. ¿Qué importa que encentre allí á todo un pueblo sobre las armas esperando á estos aventureros que han despojado al Egipto, y cuya marcha ha resonado desde el Desierto hasta las colinas de la Judea? Presentase Israel con sus soldados y levitas, y guiados por el tabernáculo del Dios que acababa de librarles en el Sinai, de victoria en victoria, entre portentos y maravillas, bajo la protección de Jehová, derrotan aquellas razas perversas y aguerridas, y desalojándolas de sus territorios, se establecen en aquella tierra para reinar Israel, como tantas veces se lo había Dios anunciado.

David y Salomón marcaron el punto más elevado de la monarquía hebraica; y con ellos comienzan esos himnos nacionales y religiosos conocidos con el nombre de salmos. Cantados en el templo de Jerusalén en los días de las grandes solemnidades, expresaban de una manera pública el sentimiento interior, las esperanzas y los votos de toda la nación. Ahora bien, fácil es reconocer en ellos la idea mesiánica ahiriéndose paso de continuo en el alma del poeta y del pueblo. Leyéndolos, advertiréis en ellos pasajes como éste: «Todas las naciones de la tierra se acordarán del Señor, y se convertirán á él; todas

las familias de los pueblos adorarán en su presencia, porque el reino será del Señor, y el mismo gobernará las naciones. Todos los grandes de la tierra le conocerán y adorarán, todos los que bajan al sepulcro se inclinarán ante él.»

Mas adelante aún, al aproximarse la decadencia y el cautiverio, y no obstante setecientos años antes de Jesucristo, toma la idea mesiánica en Isaías una claridad y una abundancia de expresiones que es imposible detallar, porque sería preciso citarlas páginas que os fatigarían por su número y extensión. El es quien ve al Mesías salir de la raza de Jessé, padre de David, y quien describe al mismo tiempo, como si estuviera en el Calvario y en el Vaticano, el esplendor de la pasión y de los triunfos de Jesucristo.

Pero en Babilonia, durante el cautiverio, seiscientos años antes de Jesucristo, fue donde la idea mesiánica se revistió de una claridad y precisión matemáticas. ¿Os recordare la profecía de Daniel? Oídla, pues: «Setenta semanas han sido abreviadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que la preparación se consuma, y se acabe el pecado, y la iniquidad sea destruida, y llegue la justicia eterna, y la visión se cumpla con la profecía, y sea unido el Santo de los Santos. Pero basta, hermanos míos; solo quiero que oigáis al pie del segundo templo, quinientos años antes de Jesucristo, estas últimas palabras del profeta Aggeo:

«De aquí á poco tiempo, dice el Señor de los ejércitos, moveré el cielo y la tierra, y la mar y el desierto, y el Descalzo de todas las naciones vendrá, y llenará esta casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos.... La gloria de esta segunda casa será mayor que la gloria de la primera, y dará la paz en este lugar.»

¿Qué serie, oh católicos, á través de tantos siglos y acontecimientos! ¿Qué fidelidad á una misma idea de parte de tantos hombres separados por los siglos! Pero la idea mesiánica ni aun se encerró en la tradición particular del pueblo judío; pasó el Jordán, el Eufrates, el Indo, el Mediterráneo, todos los Océanos, y llevada en las alas invisibles de la Providencia, penetró en los pueblos más diversos y remotos, para crear en ellos una esperanza uniforme y un recuerdo universal.

Es por tanto cierto, señores, que la idea mesiánica fue el alma del pueblo judío en el espacio de los dos mil años que precedieron á Jesucristo; y esta idea se habia divulgado en todos los pueblos del mundo con tal unanimidad, que ni aun es posible explicarla por las comunicaciones de los hebreos con los gentiles, sino que es preciso suponer una difusión de esta idea aun anterior á Abraham. Y esta

idea mesiánica, tan extraordinaria en su universalidad, su progreso, su perseverancia y precisión, ¿se realizó por fin? Si, se realizó: el Dios uno y creador de la Biblia hebrea ha llegado á ser el Dios de toda la tierra, y hasta las naciones que no le han aceptado todavía le rinden homenaje por cierto número de adoradores que la Providencia elige en su seno. ¿Y quién ha efectuado esta revolución increíble? Un solo hombre, Cristo. ¿Y de dónde era Cristo? Era judío, de la tribu de Judá, de la casa de David. ¿Y cómo realizó esta prodigiosa revolución social y religiosa? Padeciendo y muriendo, como David, Isaías y Daniel lo habian anunciado.

Decidme ahora, os ruego, señores, ¿qué os parece de esto? Ved ahí dos hechos paralelos y que se corresponden, ambos á dos ciertos, ambos á dos de una magnitud colosal: el uno que duró dos mil años antes de Jesucristo, el otro que dura mil ochocientos años después de Jesucristo; el uno que anuncia una revolución considerable é imposible de prever, el otro que es su realización, entrambos teniendo á Jesucristo por principio, por término, por centro de unión. ¿Qué os parece, vuelvo á decir? ¿Tomaréis el partido de negar? Pero qué es lo que negaréis? ¿Acaso la existencia de la idea mesiánica? Pero ella está en el pueblo judío, que vive; está en toda la serie de los monumentos de su historia, en las tradiciones universales del género humano, en las confesiones más formales de la más profunda incredulidad. ¿Será por ventura la anterioridad de los pormenores proféticos? Pero el pueblo judío, que crucificó á Jesucristo, y tiene un interés nacional y secular en robarle las pruebas de su divinidad, os afirma que sus escrituras eran antiguamente lo que son hoy; y para más seguridad, doscientos cincuenta años antes de Jesucristo, en tiempo del rey de Egipto, Tolomeo Filadelfo, y por su orden, todo el antiguo Testamento, traducido en griego, cayó en posesión del mundo griego, del mundo romano, de todo el mundo civilizado. ¿Os volveréis al otro polo de la cuestión, y negaréis la realización de la idea mesiánica? Pero la Iglesia católica, hija de esta idea, está á vuestra vista, os ha bautizado. ¿Buscaréis vuestro punto de apoyo en el punto de reunión de esos dos formidables acontecimientos? ¿Negaréis que Jesucristo verificó en su persona la idea mesiánica, que fue judío, de la tribu de Judá, de la casa de David, y el fundador de la Iglesia católica sobre la doble ruina del judaísmo y de la idolatría? Pero las dos partes interesadas, y enemigas entre sí irreconciliables, convienen en todo esto. El judío dice: sí; y el cristiano dice: sí. ¿Diréis que esta coincidencia de sucesos colosales, en el punto preciso de Jesucristo, es efecto de la casualidad? Pero la casualidad, si la hay, no es

más que un accidente breve y fortuito; su definición excluye la idea de continuación; no hay casualidad de dos mil años y de mil ochocientos años sobre los dos mil. ¡Diréis, en fin, que es esto el resultado de una larga conspiración, con que el pueblo judío, ambicioso y teólogo, ha procurado crearse en el mundo una gran existencia? ¡Cómo! ¡Una conspiración de dos mil años, fundada en un jefe, que sesenta generaciones deberían aguardar, y que será preciso crear después de haberle tan pacientemente esperado! ¡Ay! harto difícil es conspirar en favor de un hombre vivo; ¿qué será en favor de un hombre que no existe, y que se supone ha de nacer en una época indeterminada? Y observad que, llegado este hombre, los judíos lo crucificaron, sin duda porque el suplicio formaba parte de la conspiración. Notad además que le negaron, así después como antes del suplicio, sin duda por asegurar el éxito final de la conspiración y de todo el triunfo de ambición y de teología que de ello se prometían.

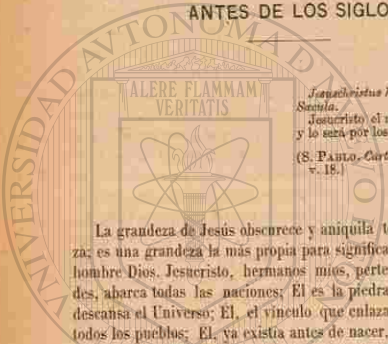
Señores, cuando Dios trabaja, nada hay que hacer contra él. Las proporciones de Jesucristo en los tiempos que le precedieron, son aún más admirables que las proporciones totalmente divinas de su vida y su sobrevida. Porque al fin, él que vive tiene un poder, una acción, y es posible concebir, que ciertas circunstancias han favorecido á un hombre de genio singular, y le han dado un ascendiente inmenso sobre sus contemporáneos. Aun después de muerto, quedan amigos, discípulos, el recuerdo de una vida real, y, por consiguiente, un medio superviviente de acción. Pero sobre lo que nos ha precedido, sobre lo pasado, ¿qué podemos? ¿Quién de nosotros, por eminente que sea, puede formarse un antepasado? ¿Quién de nosotros, queriendo establecer una doctrina, se creará una vanguardia de generaciones, sielles ya á una palabra que aún no exista? ¿Quién de nosotros presentará al mundo sus abuelos doctrinales, si no es verdaderamente hijo de una doctrina anterior á él? ¡Ah! lo pasado es una tierra cerrada; lo pasado ni aun es un lugar en que Dios pueda obrar, como no obre allí de antemano preparándolo. Si Jesucristo hubiera sido como uno de nosotros, nacido sin una preexistencia providencial entre lo pasado y lo futuro; en vano hubiera pedido á la historia realizada ya, un pedestal que le retrajese veinte siglos atrás de su propia cuna. Pero á su vez, Abraham, Isaac, Jacob, David, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, un pueblo entero, el mismo género humano, vienen á reconocerle y saludarle en los brazos del anciano Simeón, que exclama á nombre de todo lo pasado de que es el último representante: «Ahora, Señor, despíde á tu siervo, según tu palabra, en paz, porque han visto mis ojos tu salud, la cual has preparado ante

la faz de todos los pueblos, para que sea la luz reveladora de las naciones, y la gloria de tu pueblo Israel!»

Esto es el culmo, señores: Jesucristo se nos muestra como el móvil, así de lo pasado como de lo futuro; como el alma, así de los tiempos que le precedieron, como de los que le son posteriores. Se nos presenta en sus antepasados, apoyado en el pueblo judío, que es el mayor monumento social y religioso de los tiempos antiguos; y en su posteridad; apoyado en la Iglesia católica, que es la mayor obra social y religiosa de los tiempos nuevos. Se nos presenta, llevando en su mano izquierda el antiguo Testamento, libro el más grande de los tiempos que le precedieron, y llevando en su derecha el Evangelio, el mayor libro de los tiempos que le son posteriores. Y sin embargo, precedido y seguido de esa manera, es aún más grande en sí mismo que sus antepasados y su posteridad, que los patriarcas y los profetas, que los apóstoles y los mártires. Llevado por cuanto hay de más ilustre antes y después de él, su fisonomía resalta aun sobre este fondo sublime; y sobrepujando á cuanto parecía superior á todo, nos revela al Dios que no tiene modelo ni igual. Por ello, á vista de esa triple señal de la Divinidad, ante, durante y después, en los antepasados, en la posteridad y en el tiempo mismo de su vida, levantémonos, hermanos míos, levantémonos todos juntos, quien quiera que seamos, creyentes é incrédulos. Si creyentes, levantémonos con el respeto, la admiración, la fe, el amor para con un Dios que se ha mostrado á nosotros con tanta evidencia, y que nos ha elegido entre los hombres para hacernos depositarios de ese esplendor magnífico de su verdad. Y los que no creáis, alzaos igualmente; pero con temor, con ansiedad, como hombres que con vuestro poder y raciocinio sois muy pequeños en presencia de los hechos que llenan todos los siglos, y que tan llenos están también del imperio y de la majestad de Dios!

LO QUE HA SIDO JESUCRISTO

ANTES DE LOS SIGLOS



La grandeza de Jesús oscurece y aniquila toda humana grandeza; es una grandeza la más propia para significar y caracterizar a un hombre-Dios. Jesucristo, hermanos míos, pertenece a todas las edades, abarca todas las naciones; El es la piedra fundamental donde descansa el Universo; El, el vínculo que enlaza todos los tiempos y todos los pueblos; El, ya existía antes de nacer, y aunque nació, pasados muchos siglos, vivía ya en los designios de Dios, en la esperanza del mundo, en la historia de las naciones. No advierta, enhorabuena, el hombre carnal en los fastos del Universo, en las mudanzas y sucesiones de los imperios sino bullicios y alborotos de pasiones humanas, ni descubra en él sino efectos felices de la política y del valor; estragos sangrientos de la ambición; antojos y caprichos de la fortuna; que el cristiano verdadero no fija su atención en la corteza y superficie de los acontecimientos, sino que ilustrado por la fe, penetra hasta el principio y origen de las cosas; y por todas partes y en todas ellas ve a Jesús, de quien está escrito que es el primero y el último, el principio y el término de los caminos eternos, y que así como todas las cosas fueron hechas por El, así también fueron todas hechas para El.

Hoy, pues, hermanos míos, al hablaros de Cristo Jesús, lo haré, valiéndome de una idea tomada de las palabras del Apóstol: *Jesucristo el mismo que ayer es hoy, y lo será por los siglos de los siglos*, idea tau vasta, que no cabe en el mundo, que traspasa los tiempos, y que es inexplicable si ha de analizarse con exactitud y desenvolverse en

toda su extensión. Concretándome en estos momentos a la primera parte de la misma, os manifestaré lo que fué Jesucristo ayer, esto es, antes de todos los siglos. Mas antes imploremos el Auxilio Divino. *Ave María.*

*Jesuchristus heri: Jesucristo ayer, esto es: Jesucristo antes de los siglos; Jesucristo desde la eternidad preexistente a la creación del universo. Esta es la primera época en que hemos de estudiar a Jesucristo; en el principio antes de todas las cosas era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Estaba el Verbo en Dios desde la eternidad, y todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que fué hecho, se hizo sin él. En él estaba la vida. Esto y sólo esto pudo decir San Juan, y ni esto podemos entender ni explicar dignamente; sabemos que la persona de Cristo es el Verbo eterno engendrado por el Padre en el hoy de la eternidad de su misma naturaleza, consubstancial a él; sabemos que este Verbo es la segunda persona de la beatísima Trinidad, que no existe fuera de su Padre, sino en el mismo Padre, porque su esencia es la esencia del Padre, y su existencia es su esencia misma. Sabemos que este Verbo Hijo del Padre es la sabiduría del Padre, y que esta sabiduría concibió al universo, y lo crió de la nada. Esta es la única glosa que la teología católica nos da de aquellas sublimes expresiones del Águila de los evangelistas. Pero ¿quién es capaz de investigar lo qué es esta sabiduría de Dios que preexistió a todas las cosas? *Sapientiam Dei procedentem omnia quis investigavit?* El único medio de que podemos valerlos para alcanzar algo de lo que era Jesucristo, sabiduría sustancial del Padre en la eternidad, es poner la vista en esta obra suya, que es el universo; pues que por la grandeza y hermosura de las criaturas nos dice el Espíritu Santo, que puede rastreadse la belleza y magnitud del Criador. Y aunque en Dios, en esta sabiduría, el idear su obra es un acto sólo de su entendimiento, sin trabajo, sin estudio, sin reflexión, ni reparo ni emienda, sin combinar ni discutir, sin necesidad de ordenar las partes unas después de otras; y el pensarlo, el quererlo y el hacerlo, cuando le plugo fue todo una misma cosa; con todo, el Espíritu Santo, para traducirnos este modo de obrar simplísimo de Dios en un lenguaje en que nosotros podamos entenderlo, nos representa al Verbo eterno ocupado en bosquejar allá en la eternidad el diseño del mundo, en tirar sus líneas y tomar sus medidas en el espacio. El Señor, nos dice el Verbo mismo, el Señor, esto es, mi Padre eterno, me poseyó en el principio de sus caminos, antes de echar mano a su obra. Yo estaba con él, cuando*

preparaba los cielos, cuando fijaba las leyes á que habían de obedecer los cuerpos esparcidos por los abismos del espacio, cuando compaseaba las órbitas que había de describir cada astro, cuando nivelaba las aguas sobre el aire y sobre la tierra, cuando las encerraba en los mares, fijando el equilibrio que debían guardar en los continentes, cuando echaba la plomada para sentar los cimientos de este globo; entonces estaba con mi Padre ordenándolo y arreglándolo todo; esta era la ocupación en que me recreaba en aquellos eternos días: *delectabar per singulos dies*, festivo y gozoso en su compañía por toda aquella eternidad que precedió á la creación, *ludens coram eo omni tempore*, delectábase contemplando el diseño tan acabado y perfecto de mi obra: *ludens in orbe terrarum*; pero sobre todo me complacía considerando al hombre, obra prima y maestra de mis manos. *Deliciae meae esse cum filiis hominum*. Ni es extraño ni impropio de la majestad del Verbo este divino gozo, este eterno deleite al mirar y remirar el diseño de su obra; porque si después de fabricada le agradó tanto, que la tuvo por muy buena; si aun ahora se alegra y se complace en ella, ¿qué tanto más se alegraría y se complacería contemplándola dentro de sí mismo, donde la imperfección de los materiales no había menoscabado la belleza del original, donde todo era vida, todo era ser, todo era divino? Nosotros, siguiendo el estilo del Espíritu Santo, rastremos algún tanto la sabiduría del Artífice por la belleza y perfección de la obra; aprendamos á conocer al Verbo contemplando con una ojeada este universo. ¿Qué unidad tan exacta en un plan tan vasto! ¿Qué contrastes tan variados, manejados con qué destreza! ¿Qué armonía tan graciosa en la combinación de las partes! ¿Qué sencillez en los resortes que mueven esta mole! ¿Qué fecundidad en los resultados del juego recíproco de los seres unos con otros! Cada ser ocupa su lugar, cada cosa está colocada en su sitio. No hay un rasgo de pincel débil. El dibujo es la regla de toda exactitud, aun en los trozos que parecen más descuidados. La expresión es vida, movimiento, alma que exhala sentimientos dulces, respira gracias, y jamás se debilita ni cansa, siempre inmutable, joven y vigorosa y nueva. El colorido tiene tan vivas tintas y tan fuertes, como suaves y delicadas degradaciones. El claro-oscuro pone maravillosamente cada cosa á la luz que se la debe dar para que haga su efecto. Todo se encuentra fácil, todo inimitable en este cuadro inmenso. ¡Bendita mil veces la mano que guió tal pincel! Pero hablemos más claro: si tuviéramos ojos para ver y oídos para oír todo lo que nos dice ese cielo mudo, pero elocuente, callado, pero suavísimamente armonioso; si pudiéramos observar las ocultas y admirables opera-

ciones que se están de continuo haciendo en este globo para producir los primeros elementos de nuestra subsistencia; cómo la luz y el calor animan y conmueven las partes más inertes y brutas, y componen con ellas los aires, los vapores, las aguas y las tierras; si penetráramos por las entrañas de esta gran masa, y descubriéramos y siguiéramos sus arterias y venas por donde corren los raudales que forman las fuentes y los rios; si colocados, como allá fingía Tulio á su Escipión, á proporcionada altura en la atmósfera, viéramos ir pasando por delante de nuestra vista toda la superficie del globo: allí bañada de mares espaciosos poblados de innumerables peces, aquí erizada con ásperas cordilleras de montañas altísimas, acá cubierta de bosques espesísimos de carpulentos árboles, acullá extendida en prados y llanuras inmensas esmaltadas de flores, las blancas nieves de los polos contrastando con los tostados arenales de la zona torrida, y todo animado de aves, de fieras, de reptiles, de insectos; si nos deteniéramos al cabo contemplando al hombre, dueño y esclavo de la naturaleza, el ser más fuerte, la criatura más débil, el primor más rematado del poder supremo... ¡qué magníficas son, Señor, tus obras! ¡Obras son de tu sabiduría animadas de tu divino ser! Esta es la obra por la que se nos da á conocer el Verbo su Artífice, enseñándonos que es incomprendible. *Hoc quod est, Deum estimari fecit, Deum estimari non capit*, como agudamente decía Tertuliano.

Mas ¿para qué crió Dios este universo? En esto es donde más se descubre la grandeza de Cristo. Había Dios determinado criar el mundo para darse á conocer, y hacerse amar y alabar de sus criaturas; y para que este conocimiento, este amor, estas alabanzas fuesen dignas de Dios, debían tributársele por persona proporcionada á su majestad infinita; pero no lo era criatura alguna. En la serie de estas, por más que se acercasen á la perfección, como el hombre y el querubín, quedaba siempre una distancia inmensa, hasta llegar á Dios. Faltaba en la cadena el principal eslabón, que debía unir lo infinito á lo finito, lo increado á la criatura; y así como en todo el resto de la naturaleza no hay salto alguno, no hay corte que separe unas cosas de otras de golpe y sin orden, tampoco podía haberlo de la criatura al Criador. Por eso en el principio de los consejos de Dios, *in capite libri*, estaba resuelto, como el primero y principal de sus secretos, que ese mismo Verbo, por quien era hecho el universo, se uniese á nuestra naturaleza, y haciéndose hombre enlazase maravillosamente al Criador con todas las criaturas. Sin esto el universo habría sido lo que un hombre sin cabeza y sin alma. Y pues estamos viendo que la cabeza es el principal de todos los miembros del cuer-

po humano, y que todos los demás miembros parece se han hecho para servirla. así Cristo es el primero, el principal miembro del universo; y el universo entero y todas sus partes y cada una de ellas se criaron y dispusieron para su servicio y ornato correspondiente á su majestad. *Ta ornamentum majestatis sue*, que es la expresión de Tertuliano. Este mundo que vemos no es más que el palacio de Cristo, este es el alcázar del Verbo. El Padre, al enviarle al mundo hecho hombre, desplega delante de él la luz y los astros; y forma de los cielos el rico pabellón de su Hijo; desarrolla este globo, y las alfombras de flores son preciosos tapices que le sirven de pavimento. Esas nubes de nácar recamadas de oro son el trono que le prepara para que desde él residencie á los hombres. El trueno y los rayos son la orquesta é iluminación que anuncian su venida; los bramidos de las ondas del mar y los ríos son las palmadas de regocijo con que lo aplauden las aguas; las rocas y montañas, descuajadas por los vaivenes del terremoto, festivas saltan y bailan también á su modo para celebrarlo; los árboles tronchados por el huracán se posturan para recibirlo humillados; los peces, las aves, todos los animales celados por su mano, reconocen festivos á su Dios en Cristo, y Jesucristo es ayer como hoy el principio y el fin de todas las cosas, porque él hizo el mundo, y el mundo se hizo para él. *In ornamentum majestatis sue*.

He aquí, hermanos míos, lo que ha sido Jesucristo, antes de todos los siglos, Verbo eterno, artífice del Universo: ¡Oh, Jesús mío, tú fuiste ayer para nosotros Criador; sed hoy, durante nuestra vida, luz, gracia y sostén, para que con nuestros actos te glorifiquemos á fin de ser dignos algún día de que seas tú nuestro galardón y felicidad eterna por los siglos de los siglos. *Jesuchristus heri et hodie: ipse et in sacula*.

LO QUE HA SIDO Y ES JESUCRISTO

DESDE EL

PRINCIPIO HASTA EL FIN DE LOS SIGLOS

Jesuchristus heri et hodie: ipse et in sacula.

Jesucristo el mismo que ayer es hoy; y lo será por los siglos de los siglos.

(S. PABLO. Carta á los Hebreos, c. XIII, v. 16.)

Al enviar el Eterno Padre á su Hijo al mundo, unido á nuestra humana naturaleza, para redimirnos, hermanos míos muy amados, lo adorna y reviste de gloria, gloria tal cual correspondía al Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad; pone todas las cosas en sus manos, lo hace depositario de su omnipotencia; y durante el curso de muchos siglos, envía personajes ilustres que le precedan y anuncien su venida, hasta que, acercándose ésta, viene el Bautista, manifestando á su pueblo que Aquel á quien esperaron sus padres, y que les habían prometido los profetas, vivía ya entre ellos, Juan da testimonio y declara á todo el pueblo, que allí tienen al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, señalándolo con el dedo en las riberas del Jordán, y publica que había visto descender sobre él el Espíritu Santo y oído la voz de Dios Padre, que desde los cielos le declaraba Hijo amado suyo, en quien se complacía desde la eternidad. Finalmente, en el monte Tabor, se repite la misma escena y delante de Moisés y de Elías, de Pedro, Santiago y Juan, suena la misma voz del Padre, y estos tres apóstoles dan testimonio de haberlo oído, en su predicación, en sus epístolas y en su evangelio.

Mas á pesar de la brillantéz y majestad con que recibe Jesucristo unas credenciales tan irrecusables, que acreditaban su origen y misión divina, todavía el mundo no le conoce, y viniendo á habitar en su casa no le reciben en ella los suyos; misterio de ceguedad digno,

ciertamente, de admiración, arcano profundo de ingratitud del pueblo hebreo, que hizo exclamar al mismo Jesucristo: *Te adoro y te venero, Padre mío y Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y á los prudentes, y las revelaste á los pequeños.*

¿Y nosotros, hermanos míos, somos del número de estos últimos, conocemos bien á Jesucristo? Sabéis ya, como os demostré, lo que fué Jesucristo antes de todos los siglos, ayer (1). Vamos ahora, á fin de conocerle más y más, á explicaros lo que es hoy, desde el principio del mundo hasta el fin de los siglos. Por vos, ¡oh, Señora! el Verbo del Padre, tomando en vuestras virginales entrañas nuestra naturaleza; y dándose á conocer hecho hombre, se hizo sensible á los ojos de nuestra carne; haced que hoy, por Vos, se dé á conocer á los ojos de nuestro espíritu. *Ave Maria.*

Jesuchristus hodie. Jesucristo hoy. Este hoy es el hoy del tiempo, desde el principio del mundo hasta el fin de los siglos. Para saber lo que es Jesucristo hoy, debemos subir al principio de los tiempos. Cuando el mundo, apenas había salido de las manos de su autor, entonaban los espíritus celestiales los primeros cánticos en alabanza suya, y los astros y todas las criaturas, cada una á su modo, celebraban su gloria: *Cum me laudarent simul cetera multitudo et jubilarent omnes filii Dei.* Luego se desconcierta una parte de aquellos espíritus, rebelándose contra su Dios, y precipitados de la cumbre de felicidad en que fueron criados, pagan su delito reducidos al mayor abatimiento y miseria, y no sólo eso, sino que envidiosos de la suerte del hombre inocente, lo seducen para hacerlo participante de su desgracia, haciéndolo cómplice de su culpa. Con estos desórdenes todo se trastorna; se frustran los planes del Criador, quien habiéndose propuesto hacer ostentación de su bondad en sus criaturas, no le dan estas sino motivo para desplegar su justicia. Era necesario reparar la obra entera, si había de servir para lo que se hizo; nadie podía repararla sino su Artífice; y Jesucristo, sabiduría increada del Padre, que la había hecho, unido á nuestra naturaleza, es su reparador. Para repararla se propone formar en la tierra un reino suyo, entresacando de la naturaleza viciada los que quiso para vasallos suyos. Reino que empezó en los desgraciados padres del género humano, y abarca á los hombres de todos los siglos. Este reino es la Iglesia de Jesucristo, y por de contado se echa ya de ver en este plan de reparación, que todo el

(1) Véase el sermón anterior.

universo es para la Iglesia, y en la Iglesia todo es para Jesucristo.

No quiero, decía San Pablo, que ignoreis este gran misterio, que abraza toda la economía del gobierno de Cristo en la reparación del género humano, y se reduce á estas dos palabras: que encerró Dios á todos los hombres en la incredulidad, para mostrarse misericordioso con todos. *Conclusit omnia in incredulitate ut omnium miseretur.* Dejó Dios al hombre pecador en las tinieblas, en que se había sumido, y permite que se precipite á los más horribles desórdenes; su entendimiento padece una ignorancia asombrosa; su voluntad es esclava de las más infames pasiones. Ciego y frenético, cada vez mas obstinado en sus errores y más sin freno en sus crímenes, corre desbordado de generación en generación por espacio de veinticinco siglos, sin que sean capaces de contenerlo ni las aguas del Diluvio, ni el fuego de Sodoma, ni algún otro de los terribles castigos, con que el Señor intentaba reprimir su osadía, y hacerle entrar dentro de sí mismo para enmendarse. En el Sinaí comienza á abrirle los ojos del entendimiento por el ministerio de Moisés, y en el Calvario aplica á su alma la medicina de su gracia, fruto de su preciosa sangre; en el Sinaí graba su ley en dos tablas de piedra, en el Calvario se la escribe en el corazón con el dolo de su Espíritu; en el Sinaí habla solamente al pueblo de Israel, en el Calvario llama á su reino al pueblo gentil; en la primera época todo el género humano es incrédulo, á excepción de muy pocas familias; en la segunda es general la incredulidad en todas las naciones, á excepción de la hebrea; en la tercera incurre esta en la incredulidad de las otras naciones, y estas entran en el reino de Cristo por medio de la fe. Llegará después de estas épocas otra más feliz, en la cual el Señor se compadecerá de todos, todos los pueblos entrarán á constituir su reino; habitará el folo gentil con el cordero israelita, y de todas las naciones formará Cristo su rebaño, y el solo será su pastor. Y así como el pueblo gentil incrédulo recibió la gracia de la fe por la incredulidad del pueblo hebreo en la venida de Cristo al mundo, así el pueblo hebreo se hizo entonces indigno de esta misericordia para poderla alcanzar algún día. *Isti non crediderunt in vestram misericordiam, ut et ipsi misericordiam consequantur.* Tal es el plan sobre que trazó el Redentor la reparación de su obra: plan de profunda e incomprensible sabiduría, que hacía exclamar al apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios! ¡Cuán investigables son sus caminos! Tanto mal era necesario sin duda, para que el hombre prevenciador conociese su enfermedad y el valor de la medicina; que él nada traía de bueno á la Iglesia, y que

su predestinación, su vocación, su justificación eran enteramente gratuitas. Por eso decía yo, que todo en el universo es para este reino de Cristo: las ignorancias y los errores sirven para buscar la luz y apreciarla; los crímenes y desórdenes sirven para sentir la depravación de la voluntad, y solicitar la medicina. Malos y buenos, incrédulos y creyentes, justos y pecadores, todos, sin querer unos, y otros queriendo, trabajan por la prosperidad de este reino. Nabuco y Ciro, Antioco y Tolomeo; Augusto y Nerón, Constantino y Juliano, Arrio y Atanasio, Agustín y Pelagio, Lutero y Colón, todos engrandecen la Iglesia, todos la consolidan, todos la adornan con nuevos trofeos de gloriosos triunfos: unos persiguiéndola, la ennoblecen con mártires; otros combatiéndola, la ilustran con doctores; unos muriendo en su defensa, la presentan invencible; otros defendiéndola, la hacen aparecer columna y firmamento de verdad. De esta manera sirven a la Iglesia los malos para corrección de los buenos, y malos y buenos cumplen la voluntad de Dios, que todo lo hizo para sus escogidos. *Omnia propter electos.* Todo para su Iglesia; y ésta para Cristo.

Jesucristo es el alma, el Pontífice, el Esposo de la Iglesia. Cristo es el alma, esto es, el principio de todas las acciones sobrenaturales, que hacemos todos los miembros del cuerpo de su Iglesia. Así como el alma del hombre por medio de los nervios difundió por todos los miembros del cuerpo humano su virtud y su vida, así Jesucristo por medio de su gracia comunica a todos los miembros de su Iglesia el vigor y fuerza necesaria para obrar bien en el orden sobrenatural: la constancia a los mártires, la ciencia a los doctores, la pureza a las vírgenes; por su gracia creemos, por su gracia esperamos, y su Espíritu divino difundido en nuestros corazones, enciende en ellos la caridad. Sin él no podemos hacer cosa buena, y todas nuestras buenas obras son obras de su gracia hechas libremente por nuestra voluntad. *Omnia opera nostra operatus es nobis.* Cristo es el Pontífice eterno de los bienes futuros, según el orden de Melquisedec, que forma en el corazón de sus fieles aquellos gemidos, que son las oraciones de su Iglesia, que se entrega a ella para ser su víctima y su sacrificio, y que habiendo entrado en el santuario de su Padre, bañado en su sangre, asiste a su diestra para ofrecerle estas mismas oraciones, este sacrificio, que por eso es aceptable a Dios, porque es de su Hijo. Su Hijo clama por nosotros, cuando oramos nosotros; su Hijo es la víctima misma que le ofrecemos; su Hijo es el Pontífice que la ofrece en aquel ara sublime, y la presenta ante la majestad divina; Cristo es el Esposo de su Iglesia. De su costado salió durante el sopor de su muerte en la cruz, bañada en su sangre y purificada en las aguas del san-

to bautismo. Esposa a quien ama con toda la inmensa ternura de su corazón, por la que se entregó a sí mismo para santificarla y hermosearla y hacérsela semejante a sí para que fuese digna de él.

Esposo fidelísimo, que asiste a su Esposa sin separarse de ella, y la alimenta de sus carnes y la fortalece y recrea con su misma sangre; en una palabra, es para ella Pastor y pasto el solo hasta la consumación de los siglos.

Si, hermanos míos, Jesucristo, así como fué ayer Verbo eterno, artífice del Universo, es hoy Dios y hombre, reparador del mismo Universo, por la formación de su Iglesia. Reconozcamos tan inmensa bondad; aprovechémonos de tan inefables beneficios, de Jesucristo, que es para nosotros misericordia en esta vida, para ser después gloria y premio eterno. *Jesuschristus heri et hodie ipse et in secula.*

LO QUE SERÁ JESUCRISTO POR TODA LA ETERNIDAD

Jesuschristus heri et hodie ipse et in secula.

Jesucristo el mismo que ayer es hoy; y lo será por los siglos de los siglos.

(S. Panto. Carta a los Hebréos, c. XIII, v. 18.)

San Pablo, hermanos míos, que había estudiado a Jesucristo en el tercer cielo, y que se gloraba de no saber otra cosa, que Jesucristo, mirando como superfluo todo otro estudio, se aplicaba, sin embargo, a conocerlo más y mejor cada día, y tenía en poco todo lo que había adelantado en la ciencia de Cristo, comparado con lo que le restaba saber. Si pues, el Santo Apóstol no se daba por satisfecho, ni se tenía por consumado en esta ciencia, ¿qué pensemos de nosotros mismos? Por eso penetrado yo, católicos, de la importancia de la ciencia de Cristo, que es el fundamento de la vida eterna, asombrado de su

profundidad, sublimidad, anchura y longitud inconmensurables á todo humano entendimiento, y admirado de los nuevos tesoros que se descubren en Jesucristo, á medida que lo vamos estudiando y conociendo mejor, puesto que en El están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, no me cansaré jamás de explicaros algun punto de esta doctrina; doctrina cristiana, por excelencia, deseando con San Pablo á los de Efeso, que lleguéis á cobrarle afición, y os apliquéis á sentir el amor infinito, la dulzura inexplicable que encierra en sí este estudio, llenándoos de toda la plenitud de Dios. *Ut impleamini in omnia plenitudinem Dei.* Así es, hermanos míos, que para completar el estudio acerca de Jesucristo; siguiendo la grandiosa idea del Apóstol de las gentes, consideremos lo que será Jesucristo por toda la eternidad (1). Para ello necesitamos la luz de la Divina gracia. *Ave María.*

Cuando se acabe el tiempo, hermanos míos, Jesucristo será por toda la eternidad, el mismo que ha sido desde antes y hasta el fin de los siglos, *ipse et in aevada.* De los cielos descenderá su esposa la Iglesia triunfante ya, como se le manifestó á San Juan, tan ataviada y tan bella, tan pura y amorosa, como la esposa viene á recibir á su esposo en el día de sus desposorios. Porque en todo este tiempo, que vive en la tierra, suspira continuamente por aquel dulcísimo beso que de sus divinos labios recibirá entonces cuando vuelva su Esposo de juzgar á los hombres sobre tronos de inmensa gloria rodeado y servido de millones de ángeles, como le vió Daniel, y acompañado de todos los predestinados se presente ante el antiguo de días, que es su Padre, y reciba de él el poder y el honor y el reino; *Dedit ei potestatem et honorem et regnum.* Poder eterno, que nadie arrancará jamás de sus manos, con el cual pondrá á todos sus enemigos bajo de sus pies, sin que puedan jamás rebelarsele, encerrándolos en los abismos, y entregándolos á los ángeles prevaricadores, que serán eternos ministros de su justicia. Hasta entonces sirvieron como instrumentos y como aprovechan los tablonces de los andamios para la construcción y perfección de su obra; entonces, ya inútiles serán arrojados sin resistencia al fuego inextinguible. Hasta entonces peleaban unidos los reyes de la tierra y los príncipes de las tinieblas contra el Señor y contra su Cristo, y se creyeron á veces triunfantes y cantaban ya la victoria; entonces Jesucristo desde el cielo á la diestra de su Padre se burlará de ellos, cuando vean frustrados todos sus pro-

(1) Véanse los dos sermones anteriores.

yectos y aniquiladas para siempre sus fuerzas. Entonces les hablará en su ira, y los aterrará en su furor; les dirá con voz de majestad y de espanto: Veisme aquí constituido rey por mi Padre, rey sobre Sion, monte santo suyo, en el más sublime trono de su gloria. Oíd su decreto irrevocable; oíd su voluntad, la palabra que me dirige. Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado. Pídemle, ahí tienes á tu disposición las naciones y pueblos de todos los siglos; tuya es la tierra y todos sus linderos del Boreas hasta el Austro, de occidente á oriente, todo es tuyo, gobiérnalos con cetro de hierro, desmientázalos, pues no quisieron someterse al suave gobierno de tu cayado, y despreciaron las propuestas de paz que les hiciste para su bien. Tal será el poder de Cristo después de los siglos. Y ¿cuál será el honor con que lo engrandecerá su Padre? Honor dado por Dios, honor que da á su Hijo, Dios como su Padre. El que estaba sentado en el trono, dijo: He aquí, todo lo hago nuevo; que es decir, que para estos desposorios de Cristo, para este reino suyo de majestad y gloria se crían, como dice Isaías, nuevos cielos y nueva tierra; y si tales son los que crió para que fuesen el alcázar y palacio de su Hijo, cuando éste venía pobre y humilde, y como de incógnito, ¿qué serán aquellos cielos nuevos, aquella nueva tierra, morada eterna de la justicia, que nos hace esperar San Pedro? Cielos y tierra dignos de Jesucristo glorioso y triunfante, y proporcionados á su divina exaltación y triunfo. Si tal salió esta obra de sus manos cuando la crió, ¿cómo será cuando la retoque? Todas sus partes, todas las criaturas recibirán nuevas perfecciones, y los ángeles y los predestinados viéndolas á otra luz, descubrirán en ellas gracias y primores inexplicables. Y así como en las criaturas racionales no aparecerá desorden alguno, apurada la maldad de los pecadores, así brillarán las insensibles y las animadas sin menoscabo ni imperfección alguna. Tal será la carroza de Dios para su hijo Cristo, en la que le harán corte millares de millones de espíritus sublimes y de almas bienaventuradas, que alegres sin temor ni recelo de mal alguno, poseerán con júbilo celestial sin fin á su amor Jesucristo. Allí enjugará este amorosísimo Esposo las lágrimas de su esposa; allí la esposa embelesada con la belleza divina de tal Esposo, olvidará los trabajos y angustias, los dolores y peligros que sufrió en Babilonia, en casa de sus padres. El Esposo la amará tiernamente enamorado de la hermosura y dotes con que la ha ennoblecido, y las almas felices seguirán á su Rey en contento y regocijo eterno. Este será el reino de Cristo en el fin de los siglos y por toda la eternidad.

Reino suyo, porque lo ha conquistado con su preciosa sangre, reino que pondrá á disposición de Dios y su Padre, ofreciéndole al

pie de su trono los despojos de sus triunfos; encadenado el demonio, el mundo vencido, destruido el pecado, y, por último, acabada la muerte. *Novissima autem inimica destruetur mors*. Reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de todas tres personas en una sola esencia, en el cual se cumplirá con toda perfección de un modo que ahora no podemos penetrar, lo que pedía Jesús en el cenáculo a su Padre, en la víspera de su pasión: que todos sus escogidos fuesen uno, como tú, Padre mío, decía, estás en mí, y yo en vos; del mismo modo ellos con nosotros sean uno como lo somos vos y yo. Yo estaré en ellos, y vos en mí, para que haya una unidad perfecta y consumada: *ut sint consummati in unum*. De esta suerte Dios será en todas las cosas, y Cristo lo será todo en todos sus escogidos: porque ni las almas poseerán cosa alguna fuera de Dios, y Dios será para ellas todas las cosas que ellas pueden imaginar y apetecer: *Erit Deus omnia in omnibus*. Cristo será todas las cosas para todos, porque así como su Padre se conoce en él, y el Padre y el Hijo se aman en el Espíritu Santo, á ese modo aquellas almas, que no pueden entrar en parte de las operaciones de Dios dentro de sí mismo, las imitarán divinamente, conociendo á Dios en el entendimiento de Cristo, amando á Dios en la voluntad de Cristo; y esta alma divina, unida hipostáticamente al Verbo, será el medio proporcionado por el que se hará la unión íntima que ha de haber entre Dios y Cristo, entre Cristo y su Iglesia y entre Dios y la Iglesia misma: *Omnia et in omnibus Christus*.

Templo de Dios, atrio de la naturaleza, santuario de la gracia, tabernáculo de la gloria, todo para Cristo. Jesucristo ayer, Verbo eterno, Artífice del universo, Jesucristo hoy, Dios y Hombre, reparador del universo por la formación de su Iglesia. Jesucristo por todos los siglos, vencedor de todos sus enemigos y rey y Señor, Dominador pacífico y eterno de todo lo criado! ¡Ay, Redentor y Padre de pues, almas! Tú fuiste ayer para nosotros Criador; tú eres hoy para nosotros Redentor. Sé tú para nosotros glorificador por toda la eternidad. Amén.

DE LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

Deiit eis potestatem filios Dei fieri.
Les dió poder de ser hechos hijos de Dios.

(S. JUAN, c. 1, v. 12.)

Aunque el hombre por su naturaleza sea inferior á los ángeles, ha sido, no obstante, elevado por gracia á tal grado de exaltación y de grandeza, que excede, en cierta manera, la perfección y dignidad de aquellas sublimes inteligencias. En efecto, hermanos míos, gloria infalible es la del hombre el haber recibido el privilegio de llamarse con toda verdad hijo de Dios, viniendo á ser, por adopción, lo que Jesucristo por naturaleza. Elevación incomprendible cuyo origen y principio es el misterio augusto de la encarnación del Verbo. Esta es la verdadera escala, figurada en la de Jacob, por la cual descendió hasta nosotros, asociándonos á su naturaleza divina y dándonos la potestad de ser sus hijos. Pues al modo que los mares y los ríos, según la comparación de un sabio, menan á las naciones más remotas, haciendo pasar las riquezas del Oriente al Occidente, y las del Aquilón al Mediodía, para que sean comunes los bienes del universo; así el Verbo encarnado, hablando con la debida proporción, vino á ser como un profundo mar de aguas saludables, sobre las cuales se eleva la nave de la Iglesia hasta lo alto de la montaña santa, emporio admirable del comercio establecido entre Dios y el hombre.

Figurais, hermanos míos, aquellas aguas, que saliendo de los canales en que el arte las ha enerrado, conservan aún la impresión ó impulso de su primer movimiento, y suben tan altas como su origen, y hallaréis cierta semejanza de estas aguas divinas, que bebemos en las fuentes sagradas del Salvador, fuente de agua viva, que salta hasta el cielo; origen de todas las gracias, que tienen virtud de sanar, pues saliendo de este canal divino, se remontan hasta la Divinidad, de donde descienden y dan al hombre, á quien han reengena-

drado, la potestad de ser hijo de Dios: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri.*

He aquí, señores, el grande, el inefable bien concedido al hombre en el misterio adorable de la Encarnación que celebramos este día. Mas como las obras de Dios en el orden de la gracia exigen para su perfecto cumplimiento la cooperación del hombre, juzgo à propósito para vuestra instrucción exponeros, en primer lugar, lo que Dios hizo por el hombre en el misterio de la Encarnación, y en segundo, lo que nosotros debemos hacer para cumplir con los designios que tiene Dios sobre nosotros en este misterio. Imploremos la asistencia del Espíritu Santo por la poderosa intercesión de su augusta Esposa y madre nuestra, *¡Ave María!*

Nada más despreciable que el hombre abandonado à sí mismo; pero nada más elevado que este mismo hombre unido à Dios. A pesar del fondo de miseria que encierra, sus sentimientos de grandezza y de elevación no tienen límites. Lleno de una viva y secreta impresión de su origen, se halla en un estado de violencia mientras se considera en situación inferior al principio de donde ha descendido. Hecho à imagen de Dios, sólo en Dios puede ser feliz, y sólo Dios es capaz de saciar completamente su apetito de gloria y de grandezza. El Verbo, en efecto, halló el medio de llenar esta capacidad sin límites del corazón humano, tomando carne en el vientre virginal de María y haciéndose hombre, para que el hombre viniese à ser Dios.

El deseo, pues, que tiene el hombre de elevarse, cuando es inspirado por el amor propio, ó dirigido por los apetitos criminales, es el origen de su perdición y su ruina. Mas si este apetito de elevación y de grandezza tiene su origen en Dios y es sostenido por su gracia, conduce à la vida eterna. Así, cuando el demonio envidioso de la felicidad del hombre, quiso arrastrarle al precipicio en que él mismo había caído, despertó en su corazón el amor de su propia excelencia. Lisongéjole con la esperanza imaginaria de ser como Dios, quitándole su verdadera grandezza por medio de una promesa falsa: *Eratis sicut dii.* Pero el Verbo divino, oponiendo las adorables invenciones de su amor à los nocivos artificios del espíritu tentador, se sirvió del mismo sentimiento de elevación, impresso en el corazón del hombre, para sacar la reparación de su infelicidad, de lo que había sido su causa. ¡Hombre inobediente y soberbio! tú te habías perdido por aspirar à una semejanza con Dios, orgulloso é independiente; pero tú serás salvo por el deseo sincero de una semejanza santa, religiosa y sumisa à este Dios mismo, cuyo secreto y medios te ha manifestado en el adorable misterio de su encarnación.

Para formar alguna idea de este misterio, no debemos perder de vista que la unión de la persona del Verbo con nuestra naturaleza es denotada por el término *unción*. Cristo en efecto significa el ungido del Señor, para darnos à entender que la naturaleza divina es como un sagrado óleo, con que la humana, para decirlo así, ha sido toda unguida y penetrada por medio de esta unión inefable; por manera que sin mutación de una naturaleza en otra, tomó el Verbo las enfermedades humanas, y al hombre se comunicaron las perfecciones divinas. De Cristo en efecto se dice con verdad que fué pobre, súbdito, obediente, pasible y mortal, sin dejar de ser inmortar, infinito, independiente, omnipotente y señor universal.

Y ¿cuál otro ha sido su designio en este adorable misterio, sino extender en el modo posible esta comunicación inefable à todos los hombres? Pues aunque la substancia de este óleo celestial sólo ha sido inmediatamente derramada sobre la humanidad de Jeruserito, que recibió la plenitud de la divinidad, sin embargo, el perfume de esta unción adorable y de esta divina esencia se extendió sobre la tierra. El vaso que contenía este precioso bálsamo se quebró sobre la cruz, para que su buen olor llenase à todo el universo por medio de la gracia de la redención, cuyo inefable misterio tuvo origen en el de la encarnación. Esta gracia, pues, es como una sutil participación de la divinidad, ó como una preciosa levadura que purifica toda la masa corrompida de Adán, cuando se le mezcla por la aplicación de los méritos de Jesuserito, de quien se revisten los que reciben esta gracia por el canal de los sacramentos y por los actos de la Religión, quedando en cierto modo divinizados. Y he aquí lo que hizo decir al evangelista, que el Verbo haciéndose carne, había dado à todos los hombres la potestad de ser hijos de Dios.

Si queréis, pues, formar alguna idea asimismo del sublime grado de gloria à que os ha elevado el misterio de la encarnación, considerad la sagrada piscina del bautismo, en que habéis sido reengendrados, à manera del seno de María, en que se concibió el Verbo divino. Aquí toma el Señor una naturaleza humana, y en el bautismo se nos comunican dones de una naturaleza divina. La operación del Espíritu Santo hizo fecunda à una virgen en el misterio de la encarnación, y esta operación misma da en el bautismo una ininidad de hijos espirituales à la Iglesia. La operación del Espíritu Santo hizo que naciese un Dios de una doncella, y la misma operación hace que nazcan espiritualmente de Dios los hombres. ¡Qué alteza! ¡qué dignidad, señores! Recibida una nueva vida en estas aguas saludables, no consideréis ya la masa impura ni la senda ignominiosa por donde se ha

multiplicado la posteridad de Adán. Vosotros no sois ya en este feliz estado hijos de ira y de miseria, porque habéis entrado en los derechos de hijos de Dios; participáis en cierto modo de sus inefables perfecciones; sois herederos de sus riquezas; y bajo este respecto no sois ya hijos de la carne y de la sangre, sino del mismo Dios.

La inefable gloria que recibe la naturaleza humana por su unión con el Verbo, se extiende sobre la posteridad de Adán, que viene á ser en cierto modo la familia de Jesucristo. La operación divina del Espíritu Santo, que da una vida humana al Salvador del mundo, da asimismo una vida divina á todos los que renacen por su gracia en el sacro bautismo.

¿Qué más? Cuando nacemos al mundo, recibimos con la vida natural la imagen y semejanza de la Divinidad; pero al renacer por la gracia en el bautismo, recibimos el Espíritu de Dios. Marcados con el carácter inefable de hijos suyos, como hermanos de Jesucristo, coherederos de su gloria y templos vivos del Espíritu Santo: ¿Señor! ¿Quién es el hombre, ó qué has visto en él, que tanto le engrandeces (1)?

¿Cómo es que por vuestra encarnación le habeis coronado de gloria y de honor, constituyéndole sobre todas las obras de vuestras manos? Reconoced, señores, reconoced vuestra altísima dignidad de hijos de Dios por gracia y por adopción; y si aspiráis á ser eternamente felices, corresponded con gratitud á tan singulares beneficios. Después de haber considerado lo que Dios ha hecho por el hombre en el misterio de la encarnación, es necesario meditéis bien lo que el hombre debe hacer por Dios, para corresponderle agradecido.

Con dos fines principalmente propone la santa Iglesia á sus hijos el beneficio de la encarnación del Verbo. En primer lugar, para que renueven los votos y oraciones de los antiguos patriarcas; y en segundo, para que imiten las disposiciones y sentimientos de María Santísima, cuando le fue anunciado este misterio. He aquí el modo de corresponder con gratitud á tan singular beneficio. Meditad pues en este santo día las figuras divinas, las adorables profecías de tan sublime misterio.

Esta es, señores, la ocupación digna que la Iglesia exige de vosotros, la que desea resucitar en sus augustos templos, la que pone en boca de sus ministros y la que sirve de materia á sus oraciones y cánticos. Renovad pues á los pies de los altares los votos y oraciones de los santos patriarcas. Meditad aquellas admirables palabras que canta la Iglesia nuestra madre con tanta solemnidad, devoción y ter-

(1) *Psalm.* 8, v. 5.

nura á fin de inclinár á su divino Esposo, á que descienda y renazca espiritualmente en el corazón de sus hijos. Entrad, os ruego, en los sentimientos de los patriarcas, que llenos en su espíritu de la idea de tan sublime misterio, lograron recibir en la antigua ley las bendiciones de la nueva.

El Señor, en efecto, toma en las santas Escrituras el nombre de Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y quiere ser apellidado con esta bella denominación por todas las generaciones. Nombre inefable, que conviene particularmente al Verbo encarnado, cuyas más brillantes figuras fueron aquellos patriarcas. Abraham vió desde lejos el día del Señor, y fué transportado en alegría, cuando le fué revelado el gran misterio que acababa de representar tan vivamente, en el acto mismo de querer sacrificar á su hijo Isaac, en quien le habian sido hechas las promesas. Isaac le tenia presente en el espíritu, cuando engañado por el misterioso artificio de Rebeca, dió su paternal bendición á Jacob, que cubierto de pieles y de los vestidos de Esau, representaba al vivo á Jesucristo, cubierto con la apariencia del pecado, sin incurrir en su malicia. Jacob asimismo penetrado de tan gran misterio, y estando para morir, al dar á sus hijos las bendiciones proféticas, cuando llegó á Judá, de cuya tribu debía nacer el Salvador del mundo, pronunció la célebre profecía en que le llama *Esperación de las gentes*. Llenó Moisés de esta misma idea, y queriéndose excusar de ir á la presencia de Faraón de parte de Dios, que le habia elegido para libertar de la esclavitud de Egipto al pueblo de Israel, teniéndose por indigno de tan alto ministerio, exclama: envid, Señor, al que debéis enviar; hacéd descienda del cielo el verdadero Salvador de vuestro pueblo y la esperanza de Israel, que nosotros deseamos.

¡Dichoso pues el cristiano, que en este día solemne renueva en su corazón con el fervor posible los ardientes deseos de aquellos santos patriarcas, diciendo con la Iglesia: ¡oh sabiduría eterna, que saliste de la boca del Altísimo, y que dispones todas las cosas con fuerza y con dulzura, ven á enseñarnos la prudencia de la salud! ¡Oh Adonai, jefe de la casa de Israel, que apareciste á Moisés entre las llamas de la zarza, y le diste la ley sobre el monte Sinai, ven á librarnos, extendiendo tu brazo omnipotente, para sacarnos de la esclavitud! ¡Oh raíz de Jesé, dada en signo á los pueblos, en cuya presencia los reyes guardarán silencio, y á quien las naciones dirigirán sus votos, date prisa á venir, y no retardes el momento feliz de nuestra libertad! ¡Oh llave de David, que abres, y nadie cierra, que cierras, y nadie abre, ven á abrir la prisión y quebrar los hierros que tienen

al hombre esclavo! ¡Oh celestial Oriente, esplendor de la luz eterna, sol de justicia, ven á iluminar á los que yacen en tinieblas y entre las sombras de la muerte! ¡Oh Rey de las naciones, piedra angular, que reunes en un mismo cuerpo la sinagoga y la Iglesia, ven á salvar al hombre que sacaste del barro para formarle á tu imagen y semejanza! ¡Oh Emmanuel, rey nuestro y legislador, deseo y esperanza de los pueblos, ven á obrar la salud que esperamos de ti, que eres nuestro Dios y nuestro único religio!

Así debe explicarse el alma fiel que desea celebrar dignamente el adorable misterio de este día y aplicar á sus necesidades particulares estas oraciones universales de la Iglesia, y en medio de sus tribulaciones clamar al Señor con los acentos de los patriarcas y profetas. Mas para ello es preciso entrar en los sentimientos de Maria desde el momento en que el ángel le anunció la encarnación del Verbo en sus entrañas. Esta es la principal disposición que Dios exige de vosotros.

¡Cuanto desearia, señores, poderme elevar sobre mi propia debilidad, para trazaros una viva imagen de tan inefable misterio, fecundo manantial de las gracias y dones del Altísimo; para representaros aquel momento feliz en que el Verbo, para regocijo del cielo y de la tierra, tomó nuestra humanidad en el seno de la más pura de las vírgenes, y quebrantó las cadenas que tenían cautivo al hombre bajo el yugo del demonio!

Habia ya llegado el tiempo en que el Mesias debía aparecer sobre la tierra; la casa de Judá veía trasladado á otras manos su cetro; la corona de sus reyes legítimos ceñia la cabeza de un usurpador. Todo denotaba el fin de aquellos dias misteriosos que habia vaticinado Daniel. La Sabiduría eterna, pródiga de sus gracias, las habia derramado con profusión sobre Maria, para prepararse un templo digno de su habitación. Esta incomparable Virgen habia correspondido con una fidelidad sin igual á una gracia sin ejemplo. Ella unia la sangre de los reyes al esplendor de las virtudes. La gracia que recibió en el primer momento de su concepción, y que siempre fué creciendo, habia en fin llegado á este grado de excelencia, que debía servir de última preparación á la encarnación del Verbo en sus entrañas. ¡Qué momento, señores! Los cielos se inclinan; las nubes llueven al Justo; el Señor desciende sobre su tabernáculo; conducido el Altísimo sobre las alas de los vientos, vuela del cielo á la tierra y nace en el tiempo el Eterno.

Considerad á Maria en el momento de la anunciación del ángel, penetrada de los gemidos de la naturaleza humana. ¡Ah! ¿Quién no

ve á esta miserable esclava del pecado postrarse en este instante á los pies de Maria, manifestándole sus llagas y esperando el consentimiento decisivo, de donde pendia nuestra redención? Avivad aquí vuestra fe para oír aquel grande *fiat, ó hágase*, aun más maravilloso que el de la creación del cielo y de la tierra; pues por medio de él vino en aquel momento á ser la verdadera madre de un Dios-Hombre, salvador del mundo.

¡Quién pudiera, señores, penetrar la santa obscuridad de esta nube misteriosa que envuelve la gloria del Altísimo! ¡Quién pudiera descubrir las operaciones del Espíritu Santo en su esposa Maria! ¡Quién pudiera ver á los cielos abrirse y destilar al Salvador en aquel seno virginal, como una preciosa gota de rocío que cae sobre una flor! ¡Quién pudiera ver el respeto y veneración con que recibió esta Señora aquel precioso depósito que el cielo le confiaba! ¡Con qué humildad tan profunda postrábase en espíritu ante la presencia de este Dios anonadado! ¡Con qué santa impaciencia no suspiraba por el momento feliz de dar á luz á Cristo, Sol de justicia, del cual habia sido ella constituida por el Señor pura y hermosa aurora!

¡Ah! ¡luzes limitadas de nuestro entendimiento! ¡débiles expresiones del espíritu humano! ¡cuán incapaces sois para entender y expresar la dignidad, y penetrar la profundidad de estos adorables misterios! ¡Oh, cuánto seria de desear que, ocupando los ángeles el lugar de los hombres, tratasen de estos grandes asuntos de un modo digno y cual desean los fieles! Pero qué digo? Haz, Señor, que cada uno de mis oyentes se hable á sí mismo. Juzga, te ruego, de lo que pasa en el interior de Maria, llevando en sus entrañas el precio inestimable de nuestra redención, y esperando el momento deseado de manifestarlo al mundo; juzga, digo, de su espíritu por aquel cántico admirable del *Magnificat*, en que igualmente resplandeció su humildad, que su reconocimiento y gratitud á los beneficios del Señor. Ni pierdas de vista la conversación que tuvo en la montaña con Santa Isabel su prima; conversación divina, dice San Ambrosio, en que dos madres, animadas del espíritu de sus hijos, pronunciaron tantos oráculos como palabras; y he aquí lo que yo os propongo por materia digna de vuestra meditación en este día.

Así debemos preparar las sendas del Señor y disponernos á recibir la gracia de un nacimiento espiritual. Entrad pues, os ruego, en el espíritu de la religión, y para dar gracias á Dios, que os ha elevado á la altísima dignidad de hijos suyos por el misterio de la encarnación, corresponded á tan incomparable beneficio por medio del amor y de la caridad.

¡Señor! dignate dar en este momento eficacia á tu divina palabra. Ella empieza á formarte en las almas; por ella obraste nuestra creación y consumaste la obra de nuestra redención; ella encierra el germen de esta divina adopción, á que fuimos destinados por este adorable misterio. Haz, pues, que esta santa palabra prepare la tierra de nuestros corazones, á fin de que produzcan frutos de vida eterna. Tú, Señor, comenzaste tu imagen al criarnos; tú la reparaste redimiéndonos del pecado; perfecciónala santificándonos; acaba tu obra, y después de habernos hecho racionales por la naturaleza, hijos adoptivos por misericordia; santos por tu gracia, dignate hacernos participantes de tu gloria. *Amen.*

EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

*Et hoc à Domino Deo exercituum exivit,
ut mirabile fueret consilium.*

Y esto salió del Señor Dios de los ejércitos para hacer maravilloso su consejo.

(ISAÍAS, c. 28, v. 22.)

Dios no ha querido manifestar á la razón humana los designios de su misericordia y los secretos de su eterna sabiduría. Un Dios anónimo y revestido de la forma de esclavo, ha querido hacerse el autor de una ley nueva, que contradice todas las perversas inclinaciones de los hombres, y que propone como objeto de nuestra fe, dogmas y verdades que no puede alcanzar la humana razón. ¿Este legislador ¿no es el problema más incomprensible, la paradoja más difícil de sostener? Pero á quien ha querido el Señor manifestar los consejos de su sabiduría, haciéndole participe del misterio de su encarnación? Adoremos, hermanos míos, los altos é impenetrables juicios del Señor. El hombre sencillo, guiado por una obediencia ciega, ilustrado por una fe pura, sostenido por una confianza sin límites, convencido de que la luz de su propia razón no le ofrece sino tinie-

blas y ceguera, ansioso de husear la verdadera luz sólo en aquel que puede iluminar á todo hombre que viene á este mundo (1), es á quien se concede este beneficio. El cristiano fiel, es á quien Dios comunica hoy sus grandes secretos, revelándole el mayor de sus prodigios; pero ya que sabemos sus designios sobre nosotros, consideremos también las obligaciones que nos impone, y lo que debemos hacer para entrar en el espíritu de este misterio; y pues que en alguna manera lo hace el alimento de nuestra fe, también nos permite meditarlo, con tal que nuestra curiosidad se abstenga de toda vana investigación, y que nuestro orgullo no entre en discusiones dirigidas á otro fin: de manera que Jesucristo, que es el objeto esencial de este misterio, es hoy la antorcha que nos puede hacer sondear su profundidad. Por tanto, abandonando en esta materia las flores y los adornos de la elocuencia, me ceñiré, para alimentar el espíritu de piedad, á exponer con palabras claras y sencillas las instrucciones, los consuelos y los prodigios que encierra el misterio de la encarnación. Imploremos la asistencia, etc. *Ave Maria.*

Entre la multitud de atributos que forman la esencia de la Divinidad, la Religión nos habla más frecuentemente de la justicia y de la misericordia; á causa sin duda de la relación íntima é indispensable que tienen estas dos cualidades con nuestra santificación. El Profeta, hablando de estos atributos, se sirve de una comparación digna de aplicarse á la materia que me he propuesto. Supone, al parecer, que la misericordia y la verdad, la justicia y la paz han estado por algún tiempo desunidas la una de la otra, y ciertamente, considerando la situación de la naturaleza humana antes de Jesucristo, nada tiene de incomprensible esta especie de desunión entre la misericordia y la justicia; pero penetrado el mismo Profeta de los efectos de este inefable misterio, nos dice que la misericordia y la verdad se han salido al encuentro, y que se besaron la justicia y la paz. La unión de estos dos atributos es la que debemos considerar en este misterio. La justicia de Dios exige una víctima proporcionada á la ofensa y digna del ofendido; y entonces la justicia recobra todos sus derechos: el hombre tiene necesidad de un mediador, cuyo mérito y excelcencia borren toda su fealdad y hajeza, y entonces la misericordia le pondrá otra vez en el goce de sus derechos. Veamos ahora estas dos ventajas en el misterio de este día.

¿Cuál es el mérito, hermanos míos, de la víctima y el precio del

(1) *Joann. c. 1, v. 9.*

sacrificio que prepara? ¿Hasta qué punto habían llegado los hombres con sus pecados? ¿No se habían precipitado en el abismo más vergonzoso? ¿No habían reunido todos los crímenes que el orgullo, la inocuidad y el desprecio podían inspirarles contra su Dios? ¿No había toda carne corrompido sus caminos, como dice el Espíritu Santo? Pero juntemos á esto el grito de todos los pueblos, de todas las generaciones de la tierra; reunamos en un mismo punto de vista la empresa temeraria, de los que construyeron la torre de Babel, las infames prostituciones de los habitantes de Sodoma, las frecuentes deserciones y monstruosas ingratitudes de Israel, las extravagantes idolatrías y las ridículas supersticiones de tantos pueblos que vivían en la sombra de la muerte; penetremos, en las generaciones que se sucedieron después de la venida, de Jesucristo, y traigamos á la memoria las sangrientas persecuciones, los cismas, las herejías; demos una ligera ojeada sobre los desórdenes de nuestro siglo; y toda esta serie de sucesos tan extraños y horribles nos demostrará el estado en que se hallaba el mundo antes de la venida del Mesías, y los motivos gravísimos que la prepararon. Sin embargo, esto todavía no es bastante, para conocer hasta qué punto había subido la indignación de Dios contra la criatura. Ya llegaban á su colmo los ultrajes hechos á los más santos atributos de la Divinidad; se habían despreciado sus ordenes más positivas; se habían insultado sus llamamientos más tiernos y sensibles; y tantos pecados habían levantado entre Dios y el hombre una muralla de separación. ¿Quién, pues, tendrá fuerza bastante para derribarla? El hombre, dice el Profeta, es incapaz de obrar su propia redención; y hallándose cargado de pecados, y teniendo tan ofendida la Divinidad, ¿podrá constituirse por intercesor de los demás hombres? ¿Sus ruegos podrán aplacarla? En este conflicto se presenta una víctima que el hombre no conocía, y que Dios admira muy gustoso, revestida de todos los caracteres de una verdadera hostia inocente: santa, inmaculada y justa. Por su dignidad, es igual en todo á la dignidad que aplaca, y tan superior á la ofensa, que aunque se hubiera multiplicado infinitamente mas, nunca se hubiera extinguido ni agotado su mérito. La excelencia de su naturaleza no la dispensa de la obediencia más perfecta; y en el momento mismo que se comete el primer pecado, ya se dispone para ser inmolada. Esta hostia santa, que se ofrece en sacrificio por nuestros pecados, resituye los altares del Señor, restablece su culto, le presenta en nuestro nombre ofrendas dignas de su majestad, y le forma por la virtud de su sangre adoradores en espíritu y en verdad.

Nada es más propio, hermanos míos, para realzar nuestra baja

que la idea del sacrificio de Jesucristo; pero esta idea no dará fruto, si no produce en nosotros un reconocimiento activo, realzado con la imitación más perfecta. El Apóstol nos dice, que no hasta conocer los méritos de Jesucristo, sino que es preciso imitarlos. Todos los méritos que reúne su oblación se pierden, si abandonamos las virtudes, por ejemplo, la obediencia, con la cual se emprenden las cosas más difíciles y opuestas á nuestros gustos ó inclinaciones; la humildad, que nos hace sacrificar las propias lúces, las graeias, que hemos recibido de la naturaleza, y los frutos de nuestros propios talentos; el espíritu de penitencia, que encuentra sus delicias en las obras que mortifican la carne y someten el espíritu; el fervor en la oración, que inspira la desconfianza de si mismo y la confianza en Dios. El exigir de vuestra parte, hermanos míos, el espíritu de fidelidad y de penitencia, no es poner limites á la mediación de Jesucristo; pero estas disposiciones se conforman admirablemente con las de nuestra víctima. La reparación de todos los ultrajes que ha recibido el Padre, supone de su parte el odio de todas las prevaricaciones que podían renovarlos; pero también exige de todos los que quieren participar de los beneficios de su mediación, un odio universal del pecado. Entre todos los caracteres con que el profeta Daniel señala la venida del Mesías, se distingue principalmente su mediación. Aunque fija la época de su nacimiento y su sacrificio, los cálculos más sabios de los judíos apenas alcanzaban para determinar el tiempo de este feliz suceso; pero cuando dice: *el pecado será abolida, y la justicia será restituida para siempre* (1), ya no queda la menor duda de la época del reino del Santo de los santos.

¿Pero el profeta no podía prever que la malicia de los hombres crecería con los siglos? ¿que la corrupción llegaría hasta lo infinito? ¿Dónde está, pues, la abolición total del pecado? ¿Dónde ese reino inmutable de la justicia, que anunciaba para el consuelo de su pueblo? Este pueblo mismo ¿no es el que más se aleja de la justicia eterna, el que está marcado mas visiblemente con el sello del pecado? Todo esto lo veía Daniel, hermanos míos; pero también veía el reino de la justicia y la abolición del pecado, en la disposición de la víctima que no debía conocer, amar, practicar y enseñar sino lo que fuese justo y perfectamente conforme á la voluntad de su Padre, que es la soberana justicia; lo veía en los efectos de su mediación, en los méritos superabundantes á todos los pecados, á todas las injusticias, y que encierran en si el germen de toda justicia y de toda santidad; lo

(1) Dan. c. 9, v. 24.

veía en la fidelidad de sus escogidos, que animados bajo la mano de su gracia con sus ejemplos y estimulados con sus promesas, se dedicarían á corresponder á su elección con sus buenas obras; lo veía en esa multitud infinita de naciones, que aunque estaban separadas de su reino, debían acercarse á él por la virtud de su sangre; en ese número casi infinito de pecadores, que aunque obstinados en sus pecados, debían corresponder un día á sus invitaciones; lo veía quizá en vosotros mismos, hermanos míos, que envueltos en costumbres tan vergonzosas y criminales, y mortificados con los crueles remordimientos de la conciencia, pedis ahora por mi boca con tanta solicitud y ardor la destrucción de vuestros pecados. Probad, cristianos, con humilde docilidad que el reino de la justicia no ha venido inútilmente para vosotros; temed que el oráculo de Daniel, que predijo la abolición del pecado y el establecimiento de la justicia eterna, no se cumpla sobre vosotros de una manera espantosa, envolviéndoos en el anatema que debe confundir para siempre á los pecadores. Pero en esta solemnidad, en que todo respira consuelo, no debemos hablar de otra cosa que de los designios de misericordia del Dios que anunciamos, porque si la mediación llena con respecto á Dios todas las miras de su justicia, también obra con relación á nosotros prodigios de misericordia y de reconciliación. Por tanto me represento á Jesucristo bajo el título de un mediador perpetuo, ocupado en pedir por nosotros favores que no podríamos alcanzar jamás. Si, hermanos míos, Jesucristo ruega por nosotros, y á la dignidad de su persona junta todos los títulos capaces de mover la clemencia de Dios; á saber, el título de Hijo, igual á su Padre, imagen de su poder y de su majestad, y objeto de sus delicias; el título de víctima pura y sin mancha, universal, viva, eterna y verdadera; el título de hermano, libre de la mancha que ha venido á lavar; pero lleno de la caridad que ha venido á derramar en los corazones; el título de pontífice superior á todos los que han ofrecido sacrificios, porque está más elevado que los mismos cielos; el título de amigo compasivo, que ha experimentado todas las enfermedades de nuestra naturaleza, para conocer mejor el remedio; y que aunque no ha conocido el pecado, está abrasado del amor más vivo para curar esta llaga. Dejemos otros títulos, cuya enumeración sería de mucho consuelo para otra más larga meditación; pero reflexionemos cuánto debe interesar la misericordia de Dios la mediación de Jesucristo; y si todavía queda en nuestros corazones alguna desconfianza sobre intercesión tan poderosa, elevémonos con el apóstol San Pablo hasta el santuario eterno, para ver este gran pontífice que ha penetrado los cielos, á fin de abrirnos el camino; y

que para allanar los obstáculos que pudieran impedirnos la carrera, presenta sin cesar á su Padre la sangre que ha derramado, solicitando la misericordia de la manera más eficaz y sensible. Unidos á Jesucristo por la virtud de esta sangre, hablemosle con seguridad y confianza: no temamos la voz de nuestros pecados, sino mientras que los amemos; y aun entonces conviene levantar el grito al que manda á las olas y al mar. No estáis, no, pecadores, excluidos eternamente del derecho de hablar en nombre de Jesucristo. Si conocéis que no ha venido para los sanos, sino para los enfermos, manifestadle vuestras llagas; presentádele al que ha venido á curar las enfermedades de Israel, y no temáis por esto su indignación. Si, vuestro Dios no ve ya en estas llagas la corrupción, si procuráis rociarlas con la sangre de Jesucristo; ya no os echará en cara como en otro tiempo á Babilonia, que habiendo tentado la curación, no ha podido conseguirla.

¿Qué diferencia, hermanos míos, entre el hombre abandonado á sí mismo, sin otro apoyo que su propia debilidad, ni otros títulos para con Dios que la inmedumbre de sus pecados, ni otro intercesor que el grito de sus injusticias; qué diferencia, digo, entre este hombre y el cristiano, que habla en el nombre de Jesucristo, que se cubre con los méritos de Jesucristo, y que se apoya para con Dios sobre todos los derechos de Jesucristo! El primero, si consulta su propio corazón, no oye otra cosa que una voz de muerte; el segundo, si atentamente escucha la voz de su Mediador, está seguro de oír las palabras de vida. Aquél lleva en su corazón la prenda de su reprobación eterna; éste halla fuera de sí fuentes de agua viva, que resaltan hasta la bienaventuranza. El hombre abandonado á sí mismo no tiene derecho sino á la muerte y á la perdición; el cristiano revestido de Jesucristo lo tiene á la resurrección y á la vida. Así el último efecto de misericordia que produce la encarnación del Verbo, es mover al Señor para que atienda nuestras oraciones, para que se compadezca de nuestras desgracias, y para que alivie nuestra indigencia; y esto es lo que le hacia decir á San Pablo: *lo puedo todo en aquel que me fortifica* (1). ¿Quién hubiera jamás imaginado, hermanos míos, que una criatura frágil, impotente, pecadora, víctima mil veces de su flaqueza, pudiese hablar de esta manera? Pero basta conocer el misterio que le autoriza, para saber que podía expresarse así. Todo lo puedo, no por los esfuerzos de mi propia naturaleza; no por los efectos y la dignidad de mi oración, no por el mérito y el crédito de mis obras, sino por el poder y la disposición del Dios á quien invoco. Sé que mis súplicas

(1) *Philíp.* c. 4. v. 18.

han de ser bien atendidas, porque se apoyan sobre méritos que les han de dar eficacia, y que reparan toda la injusticia de mis deseos e inclinaciones.

Por tanto, hermanos míos, es indispensable que nos penetremos de esta verdad, siempre que nos hayamos de dirigir al Señor. La confianza es el alma de la oración: ella no vive, y por consecuencia no puede llevar frutos, sino cuando está animada por este motivo. El conocimiento de un Dios hecho hombre es el principio de esta vida de la oración; y así pensad, cristianos, sobre la utilidad de este estudio, y considerad cuán insensato es el que no procura instruirse en este misterio. ¿Qué fruto podrá esperar de sus súplicas? ¿Qué motivo encontrará en sí mismo, que sea bastante eficaz para animarle?

Entrad pues, hermanos míos, en el espíritu de este misterio; unámonos con un corazón bien dispuesto á aquel, que hoy se ha hecho nuestro mediador y nuestra víctima; puestos á los pies del trono de la misericordia, dejemos que hable por nosotros este Hombre-Dios, que ha tomado nuestra carne; y penetrados de las disposiciones de dependencia y de sacrificio que manifiesta á su Padre, digamos con él y por él: Dios mío, vos habéis desechado todas las oblationes, reprobado todos los sacrificios y desconocido todas las víctimas; aquí hay una que no la desconoceréis, porque la habéis escogido Vos mismo. Vos le habéis formado un cuerpo, y hecho la propia para el holocausto; habéis formado sus oídos, y los habéis perfeccionado, haciéndolos dóciles á vuestra voz; por tanto, Dios mío, preferid esta obediente hostia á tantos holocaustos insuficientes, que se ofrecen por el pecado; ved, Señor, como habiendo dicho en el principio: *he aquí que vengo para hacer la voluntad de Dios*, lo ejecuta en la plenitud de los tiempos, y lo continuará hasta la consumación de los siglos. Vos sois su Dios; y esta víctima adorable no hará más que obedecer vuestros preceptos. Por esto pondrá vuestra ley en medio de su corazón, y reformará mi rebelde indocilidad. Desde sus primeros pasos anunciará vuestras justicias, y sólo callará cuando las haya dado á conocer á todos los pueblos, borrando de esta suerte todos mis pecados. Vos, Señor, sois el que ha de desatar la lengua de este Niño, que hoy hace su entrada en este mundo; sus labios publicarán vuestras grandezas, nos enseñarán vuestras verdades en el tiempo, y nos revelarán vuestra salud y vuestra gloria en la eternidad. Así sea.

LA NATIVIDAD DE JESUCRISTO

Et hoc nobis signum: Invenietis Infantem panibus involutum, et positum in praesepe.

La señal en que conoceréis al Salvador que os ha nacido es ésta: Hallaréis un Niño envuelto en unos pañales, y puesto en un pesebre.

(SAN LUCAS, c. 2, v. 12.)

¿Es verdad que el Hijo de Dios destinado para salvarnos, que el mediador de los hombres, y el Hijo único del Padre manifestándose y viniendo al mundo, debió ser reconocido por los pañales en que estaba envuelto, y por el pesebre en que estaba reclinado? ¿Es verdad que éstas debían ser las señales de su venida, y que el Mesías, de quien los Profetas tan magníficamente habían hablado, el Mesías enviado de Dios para tan importante designio, no debía distinguirse en su nacimiento sino por la humildad y la pobreza? Esto es, hermanos míos (dice San Agustín), lo que ocasionó el escándalo de los judíos. Ellos esperaban un Salvador, pero suponían que este Salvador vendría con el esplendor de la Majestad; que sería rico, poderoso, feliz, que restablecería visiblemente en la tierra el reino de Israel, y que colmaría á sus vasallos de bienes y prosperidades. Preocupados con estas esperanzas, se les anuncia que el Salvador había nacido en la obscuridad de un establo, y esto es lo que no solamente los turbó, sino que los ha exasperado y rebelado. Este mismo escándalo ha cundido hasta la cristiandad. La niñez y el pesebre de un Dios son el motivo por el que entre los cristianos ha empezado la infidelidad de la herejía. Quitadme, decía el impío Marción, como refiere Tertuliano, quitad allá esos pañales y vergonzosas envolturas, y el pesebre indigno del Dios que adoro: *Aufer á nobis pannos, etc., dura praesepia*. Así hablaba aquel herejía, tan injusta y falsamente preocupado contra las hajeas aparentes de Jesucristo al na-

cer. Esto que escandalizó a los judíos, y que ha servido de fundamento al error de los primeros herejes, es lo que aun en el día nos turba y altera. Porque esta es la señal, que nuestro orgullo rechaza interiormente, esta la que ofende nuestro propio amor y contra la que se rebela, esta la que aun nuestra razón misma tiene dificultad en no reprobár; y en una palabra, esta es la señal que debe ser, según el Profeta, y que será siempre para el mundo un motivo de contradicción: *Signum cui contradicatur* (1). No obstante, hermanos míos, a esta señal está unida nuestra salvación, y de ella dependen los frutos de gracia que debemos sacar de este misterio. Obligación es mia justificar (si se me permite hablar así) esta señal digna de nuestras adoraciones.

Todo mi designio consiste, pues, en manifestar la conformidad de esta señal con la cualidad del Salvador, y su virtud en los milagros que ha obrado desde el nacimiento del Salvador. Saludemos antes con veneración y respeto a la Virgen Madre del recién nacido Jesús. *Ave Maria.*

Es verdad, hermanos míos, que el santo y glorioso Niño, cuyo nacimiento celebramos, estaba prometido al mundo en cualidad de Salvador; pero, según los principios de la fe, no había de serlo, y aun en el orden de la justicia, no lo podía ser sino con dos condiciones; la una de expiar el pecado, y la otra de reformar al hombre pecador. Era, pues, necesario que Jesucristo para obrar esta salvación, y hacer el oficio de Salvador, esto es, de mediador entre Dios y el hombre, diese a Dios por una parte toda la satisfacción que se le debía, llevando sobre sí la pena del pecado, y por otra corrigiese en el hombre los desarreglos y desórdenes de la culpa.

Pasenmos con el espíritu hasta Betlén, y a ejemplo de los Pastores, contemplando con los ojos de la fe lo que allí vemos hoy y lo que Dios nos manifiesta, procuremos formarnos la idea de uno de los más grandes misterios de nuestra religión.

Como Salvador, el Hijo de Maria debía expiar el pecado y ser la víctima de él. Pues, podía a este fin manifestarse al mundo en un estado mas conveniente, que aquel en que la Providencia le hizo nacer; ó, por mejor decir, que aquel en que por su propia elección quiso nacer? En el establo de Betlén, fué donde abrasado de celo por los intereses de Dios, dió fin a los antiguos sacrificios, y como soberano sacerdote de la ley de gracia, instituyó uno nuevo; aquí fué

(1) Luc. c. 2, v. 34.

donde sirviéndole el pesebre de altar, hizo a Dios por la primera vez la oblación solemne de su persona. Aquí fué (como dice el sagrado Texto) donde sirviéndole su humanidad de tabernáculo, y de tabernáculo vivo, no hecho por manos de hombres, sino por obra del Espíritu Santo, se dejó ver, no bañado con sangre de animales que se sacrificaban, sino con su propia sangre. Aquí fué donde se constituyó en la obligación de ser el Cordero de Dios, aquel Cordero sin mancha, que por sí mismo y a su costa debía satisfacer a la justicia divina.

Sí, hermanos míos; en su santo nacimiento, este Verbo hecho carne, empezó el sacrificio que había de consumir en el Calvario. Venía a reparar con sus humillaciones y abatimientos todos los ultrajes, que el orgullo y soberbia de los hombres habían hecho y habían de hacer en lo sucesivo a Dios. Venía a restablecer el imperio del Señor, dándole toda la gloria que el pecado le había quitado, a fin de atraer sobre la humanidad la plenitud de las misericordias celestiales. Venía a expiar todos nuestros delitos, nuestras rebeldias contra Dios, nuestras desobediencias a su santa ley, nuestras obstinadas resistencias a las divinas inspiraciones, nuestras ingratitudes para con Dios, y nuestra tibieza y relajación respecto a su culto. Venía a pagar las muchas deudas de que éramos responsables a la justicia de Dios, y ved lo que nos anuncia con la señal de su pobreza, de su humildad y de su mortificación: *Et hoc vobis signum.*

Y, en efecto: ¿qué otra cosa nos enseña este estado pobre a que se reduce, este estado humilde en que se manifiesta y este estado de mortificación en que nace, sino que viene a hacer penitencia por nosotros y a enseñarnos a hacerla?

Pero decidme: ¿cómo nos enseña esta penitencia? ¡Ah! cristianos, elevad vuestro espíritu sobre las aparentes bajezas de este misterio. El llora nuestros pecados, que nosotros mismos no lloramos, y los llora más amargamente, porque nosotros no los lloramos. Misterio es éste, digno de nuestra adoración, y capaz de excitar en nuestros corazones los sentimientos de una contrición eficaz y grande. Porque (observad, hermanos míos, esta reflexión de San Bernardo) si Jesucristo al nacer llora en el pesebre, no llora como los demás niños, ni por el mismo motivo que ellos: *Plorat quippe Christus, sed non ut ceteri: aut certe, non quare ceteri.* Los demás niños lloran por flaqueza, y éste llora por razon, por amor y por compasión; los demás lloran sus propias miserias y éste llora las nuestras; los demás lloran porque traen consigo la pena del pecado, y éste llora porque viene a destruir la culpa y a lavarla con sus lágrimas.

Después de haber expiado el pecado, debía salvar Jesucristo y reformar al hombre pecador, ó más bien, debía salvar al hombre pecador, y reformarle expiando nuestra culpa, y satisfaciendo á Dios por ella. *Quia natus est vobis hodie Salvator*. No miremos ni contemplemos este Niño envuelto en los pañales, como al esplendor de la gloria del Padre, como al Criador del Universo, como al Señor de toda la tierra, como al Rey de los siglos, y como al Juez de vivos y muertos. Todo esto es; pero no acaba de nacer bajo ninguna de estas cualidades. Mirémosle como á Salvador y reformador del hombre, y veámos, si la señal que escogió para anunciarnos su venida, es entre todos los signos la más conveniente y conforme al designio que se propuso. Este es un Dios que ha nacido para salvarnos, y lo que nos perdía, ó por mejor decir, lo que aún nos pierde todos los días, vosotros sabéis muy bien, que es una inclinación y apego culpable á los honores, á las riquezas y á los placeres del siglo. Tres causas de corrupción y tres principios de la reprobación de los hombres. ¿Qué hace, pues, Jesucristo? Viene al mundo con el signo de la humildad, de la pobreza y de la mortificación. Atended, pues: digo que viene con el signo de una humildad sin límites, para oponerla á la ambición desmesurada, que nos hace solicitar los honores del siglo, y que es una de nuestras pasiones más dominantes. Digo que viene con el signo de una pobreza voluntaria, para oponerla al deseo insaciable de los bienes de la tierra y de las riquezas del siglo, de que estamos poseídos. Digo, finalmente, que viene con el signo de una entera mortificación, para oponerla á esta delicadeza y blandura, que nos corrompe, y que nos hace esclavos de nuestros sentidos. ¿Puede manifestarnos mejor, que es por excelencia el Salvador, que ha de libertar á su pueblo de la esclavitud del infierno y de la tiranía del pecado? ¡Oh adorable conducta de nuestro Dios! Si este Dios Salvador se hubiera manifestado al mundo con señales opuestas á las que tomó para declararnos su nacimiento, ¿nos hubiera jamás persuadido estas grandes verdades, á que por nuestra confesión propia está ligada y unida la salvación nuestra? Me explicaré. Si hubiera tomado por señal de su venida, en lugar de la obscuridad del establo y de la pobreza del pesebre, el esplendor y la gloria, la opulencia y comodidades de la vida ¿nos hubiera jamás persuadido la humildad y pobreza de corazón, y el desapego y aborrecimiento de nosotros mismos? Y reflexionándolo según otros respetos, sin persuadirnos todo esto, ¿nos hubiera salvado? Viéndole rico y con abundancia, viéndole sobre el trono y con grandeza, y viéndole con ostentación y pompa, ¿nos hubieran movido las máximas de su Evangelio, del Evangelio digo,

que había de condenar nuestro propio amor? Por más lecciones que nos hubiera dado para el desprecio y renuncia del mundo, ¿le hubiéramos creído? Por más seguridades que nos hubiera dado de la felicidad de los que padecen y lloran, ¿nos hubiéramos fiado de sus palabras? ¿De su doctrina no hubiéramos apelado á su ejemplo? Y aunque la consecuencia de su ejemplo á su doctrina no fuese justa respecto de nosotros, ¿tendríamos tanta equidad que no nos valdriamos de ella?

Porque en fin, amados oyentes míos, aunque discurremos como queramos, esta señal de la humildad de un Dios confundió hoy á pesar nuestro todo el orgullo del mundo; y por poca Religión que nos haya quedado, es imposible que á la vista del Pesebre, mantengamos la enorme contradicción que se halla entre esta soberbia del mundo y nuestra fe. Que un judío, ó un pagano, se entregue á los deseos de una ambición desarreglada, no me admira: pues es una consecuencia natural de la incredulidad del uno y de la vanidad del otro; pero que un católico, que profesa adorar un Dios humillado y anonadado; digámoslo mejor; que un católico, que en la persona de su Dios profesa adorar la misma humillación y abatimiento, sea en su propia persona idolatra de los honores del mundo, ni piense sino en proporcionárselos, ni tenga otra mira sino el aumento de su fortuna, ni pueda sufrir cosa superior á él; se glorie de aspirar á todo, no se ceba jamás, ni ponga término á sus pretensiones, y diga siempre en su corazón: *Ascendit* (1). ¡Que un católico, digo, con la fe de este gran Misterio que celebramos tenga el corazón lleno de estos sentimientos, haga de ellos la regla de su vida, y se crea prudente y habil por seguirlos! ¡Ah! amados oyentes míos: estas son contradicciones que no comprendo. Pero ¿de qué nacen estas contradicciones, sino de una oposición secreta á este venerable signo de la humildad de un Dios que nace? Si esta señal hallara en nuestros espíritus toda la docilidad que pide la fe, estas contradicciones se acabarían, y nuestra ambición se destruiría para siempre. En el instante que esta señal destruya en nosotros la ambición, no podemos ya dudar que es la señal de un Dios Salvador.

Esta señal de la pobreza de un Dios, confundió la ciega codicia de los hombres, y no hay rico alguno del mundo, que, como aun le quede un poco de religión, no se turbe hoy, no se sobresalte, y no esté consiernado con este pensamiento: el Dios que yo adoro ha venido á salvarme, renunciando las riquezas, y su pobreza es la señal que me ha dado de mi salvación.

(1) *Zaí. 14, v. 14.*

Esta señal de la humildad de un Dios, confunde hoy la blandura y delicadeza del mundo, y no hay alma alguna, por sensual que sea, y por poca capacidad que tenga para recibir las santas impresiones de la gracia, que aplicándose esta señal, y considerándola, no se avergüence de sus delicadezas, y aun las renuncie para siempre. Si hubierais venido, oh Dios mío, para ser el Salvador de los Angeles, puede ser que esta señal no hubiera sido propia para ellos; pero era muy propia para hombres soberbios, llenos del amor de sí mismos, y dominados y corrompidos con la avaricia: *Et hoc vobis signum*. Esta señal del Pesebre (dice Tertuliano) respecto de mi Dios parece indigna de su grandeza; pero lo que me parece indigno de él, es necesario para mí: lo que en la apariencia causa su confusión, es el remedio de mis culpables vanidades, y lo que es la señal de su abstinencia, es el Sacramento de mi salvación.

Verdaderamente, hermanos míos, juzgado por la experiencia y por lo acaecido, amee Dios (aun siendo como es tal) ha dado a los hombres señal más eficaz, ni de virtud más admirable, que la que nos da en el nacimiento de su Hijo. Porque, no obstante las oposiciones y contradicciones del mundo, esta señal ha santificado el mundo y todos los estados de él. Milagro de que no quiero más prueba que el establo de Belén; pues en él, a pesar de la infidelidad del mundo, esta señal de la infancia de Jesucristo llenó a los ignorantes y sencillos de la ciencia de Dios, y redujo a los sabios y doctos a la obediencia de la fe; en él, a pesar de la codicia del mundo, esta señal de la pobreza de Jesucristo hizo a los pobres amar su miseria, y a los ricos desprenderse de sus riquezas; y en él, a pesar del orgullo del mundo, esta señal de los abatimientos de Jesucristo ha elevado en el orden de la gracia a sujetos viles y despreciables, y ha persuadido a los grandes y poderosos del siglo a hacerse pequeños y humildes delante de Dios. Aclaremos estos pensamientos. ¿Qué habéis vosotros comprendido, cuando he dicho que el mundo está santificado en todos los estados, sino estas mudanzas del todo divinas y estos efectos sobrenaturales que ha obrado el nacimiento del Hijo de Dios, en tantos estados y clases como dividen al mundo? Esto es, que la sencillez está ilustrada, y la prudencia humana obligada a renunciar a sus propias reflexiones; la pobreza tenida por felicidad, y la opulencia consagrada a la piedad y a la Religión; la bajeza y vileza hecha capaz de servir a Dios de instrumento para las mayores empresas, y la grandeza sujeta a Dios por la gracia del Evangelio y dedicada al culto de Dios. Estas son las maravillas que nos descubre evidentemente el establo de Belén, por una parte en los Pastores, y

por otra en los Magos; y esto es también lo que yo llamo el milagro de la santificación del mundo. En los Pastores vemos hombres groseros, que han llegado a ser espirituales e inteligentes; y en los Magos, hombres inteligentes y espirituales que han llegado a ser dóciles y fieles; los Pastores pobres dando gloria a Dios y teniendo por ricos; y en los Magos unos ricos pobres de corazón, que se despojan sin dificultad de sus tesoros; en los Pastores, sujetos despreciables según el mundo, pero escogidos para ser los primeros Apóstoles de Jesucristo; y en los Magos, grandes de la tierra, humillados y postrados a los pies del recién nacido Mesías. Milagro que subsiste, y que desde el establo de Belén se ha esparcido por otro nuevo milagro en todo el mundo católico. Milagro que va a manifestaros la virtud poderosa de esta señal, con que el Angel anuncia hoy la venida del Salvador: *Natus est vobis hodie Salvator, etc., hoc vobis signum*. Atended a esto, amados oyentes míos, que todo ello contiene en sí instrucciones muy sólidas e importantes.

Sencillos e ignorantes (que pues Jesucristo en el Misterio de este día les ha dado la preferencia, llamándolos los primeros a su cuna, es justo empezar por ellos), sencillos, iluminados por Dios, y pobres dando gloria a Dios, y creyendo ser ricos en su estado, es lo que se manifiesta en los Pastores, y lo que la señal de la pobreza de Jesucristo obró divinamente en sus personas. Ellos pasaban la noche (dice el Evangelista) en guardar sus rebaños, cuando de repente se vieron rodeados de una luz celestial que los sorprende: *Et claritas Dei circumfulsit illos* (1). Admirados de esta claridad, y conmovidos interiormente, se dicen los unos a los otros: Vamos, veamos lo que ha sucedido, y sepamos lo que el Señor quiere manifestarnos aquí. Vienen a Belén, entran en el establo, y descubren al niño en el Pesebre, y a vista de esta señal, comprenden que aquel es el Verbo de Dios, el Verbo increado, pero hecho hombre para salvar a los hombres: *Videntes cognoverunt de Verbo, quod dictum erat illis de puero hoc* (2). Atended a esto: la señal del Pesebre no les altera, no les ofende, no les escandaliza; antes por el contrario, por ella distinguen y discernen el don de Dios, y por ella se sienten movidos a bendecir, y alabar al cielo. Ellos miran a este Dios que nace, no sólo como su consuelo, sino como su gloria; se creen honrados y felices en ser a él semejantes, y descubren en él su felicidad y las muchas prerrogativas de su estado. Movidos de esta señal adoran en Jesucristo la pobreza, que hasta entonces había sido el motivo de sus disgustos y quejas.

(1) Luc. 2, v. 9. (2) Luc. c. 2, v. 17.

Ellos se vuelven llenos de alegría, contentos con lo que son, y llorando la suerte de los ricos de Jerusalén en lugar de envidiarla; y dichosos, pues por pobres han sido escogidos por Dios, pobre como ellos, por primicias de su redención: *Et reversi sunt glorificantes, et laudantes Deum* (1). Aun no se contentan con haber conocido á este Dios pobre, sino que le anuncian en todas partes, publican las maravillas de su nacimiento, y todos los que les escuchan quedan absortos y admirados: *Et omnes qui audiverunt mirati sunt* (2). ¿Qué es todo esto, pregunta San Juan Crisostomo? ¿Por qué medio estos Pastores han llegado en un instante á ser tan sabios y espirituales? ¿De dónde les ha venido este don de penetración y esta ciencia de Dios de que están llenos? ¿Cómo la han adquirido tan presto, y dónde han aprendido el secreto de comunicarla á los demás con tanta facilidad y perfección? ¡Ah! hermanos míos; reconozcámos en esto la providencia, y tributémosla con corazones dóciles las veneraciones y respetos de nuestra fe. Todo esto es maravilloso efecto del Pesebre del Salvador; advertid cómo ha sido y atendid con gusto á esta doctrina tan esencial de la religión cristiana que profesáis.

La pobreza (dice San Bernardo) abundaba en la tierra, pero se ignoraba su valor, no obstante que de ella dependía la salvación de la mayor parte del mundo; pues en el orden de los consejos de Dios, á la mayor parte del mundo había de tocar la pobreza, como su parte y herencia. ¿Qué hace, pues, Jesucristo? Viene á enseñar al mundo cuánto debe estimarla. La pobreza era un tesoro oculto que los hombres poseían sin conocerle, ó, por mejor decir, que los hombres mundanos y carnales enteramente poseían á pesar suyo y contra su voluntad, y viene á darles una justa idea de ella y á manifestarles su valor. En efecto, apenas se manifestó con las preciosas señales de la pobreza, cuando se hallaron los hombres, aunque carnales, persuadidos del precio inestimable de este tesoro, gozosos por haberlo hallado, prontos y dispuestos á dejar y desposeerse de todo por asegurar su posesión, y alabando á Dios por haberle llegado á conseguir. Hablemos con más claridad. La pobreza abundaba en la tierra, pero (como añade San Bernardo) no era ella la que había de beatificar á los hombres, ni darles derecho para la herencia del reino de Dios. ¿Qué pobreza era la que reinaba en la tierra? Una pobreza que sentían, de que se avergonzaban y de la que murmuraban; y la que nos había de conducir al reino de Dios, había de ser una pobreza aceptada con sumisión, tolerada con resignación y convertida por un santo uso de

(1) *Luc.* v. 20. (2) *Ibid.* v. 18.

ella en bendición. Esta es, pues, de la que el Hijo de Dios levanta hoy bandera, proponiéndonos la señal de su Pesebre; y bien sabéis con cuánto fervor y celo se han alistado muchos y seguido este ostentarte.

Salgamos del establo de Belén, y por otra prueba aún más clara y casi evidente, quedemos convencidos de esta verdad. ¿Quién ha hecho en la Iglesia de Dios tantos pobres voluntarios, cuya santidad, igualmente que su profesión, es en nuestros días la gloria y ornamento de la Cristiandad? La consideración del Pesebre de Jesucristo. Esto es lo que ha llenado el mundo católico de tantos pobres evangélicos, que con el espíritu de la fe han tenido por una felicidad y por un gran mérito dejarlo todo y despojarse de todo. El mundo profano los ha tratado de locos, necios é insensatos; pero con la consideración del Pesebre han tenido por honor ser reputados por locos, necios é insensatos en la idea y estimación del mundo profano, con tal que hayan tenido la ventaja de ser en esto mismo más conformes á este Dios que nace. Millares de fieles, siendo muy ricos, han renunciado por seguirlo toda la fortuna del siglo; hombres llenos de bienes, han preferido (á ejemplo de Moisés) las miserias de este Dios Salvador y las de su pueblo, á todas las riquezas de Egipto; virgenes ilustres por su sangre han sacrificado, por llegar á ser sus esposas, las más grandes esperanzas de establecerse en el siglo; príncipes, finalmente, por hacerse en la casa de Dios humildes siervas, han abandonado y despreciado todas sus pretensiones y derechos. Éste es el milagro de que nosotros somos testigos; y á pesar de la iniquidad del mundo, este milagro subsistirá siempre hasta el fin de los siglos, porque hasta el fin de los siglos habrá pobres perfectos, herederos del reino celestial, y coherederos de Dios pobre, que ha venido á mostrarles el camino y á llamarlos á sí.

Pobres, cuantos me escucháis, esto es lo que debe llenaros de una confianza cristiana y lo que debe consolaros: vosotros profesáis una religión que ensalza vuestra baja, que honra vuestra pobreza, que beatifica vuestras miserias y os descubre sus utilidades en la persona de vuestro Dios.

Escuchad, pues, por el contrario vosotros, grandes del mundo, sabios, ricos y poderosos del siglo; ved vuestra humillación y lo que os debe hacer caminar por los caminos del Señor con temor y temblor. Como la virtud de esta señal se manifestó en los pequeños, elevándolos á las más altas funciones del Apostolado, en los sencillos ilustrándolos é iluminándolos con las más vivas luces de la fe, y en los pobres enriqueciéndolos con los más preciosos dones de la gracia,

asi también por un otro prodigio esta misma señal del Pesebre manifestó su virtud en los grandes, obligándolos á humillarse delante de Jesucristo; en los sabios, sometiéndolos á la sencillez de la fe, y en los ricos desprendiéndolos de sus riquezas y haciéndolos pobres de corazón. De esto tenemos la prueba en el ejemplo de los Magos, y una prueba, con la que desafío á los corazones más obstinados y endurecidos, si se aplican á profundizar y conocer toda su fuerza. Jesucristo nació en la Judea, y los Magos, esto es, los hombres sabios, los poderosos, los opulentos del siglo, y aun los reyes también, vienen desde lo más remoto del Oriente á buscarle. Después de haber dejado por esto sus Estados, después de haber tolerado las fatigas de un largo viaje; y después de haber experimentado mil peligros, llegan á Belén, entran en el establo, ¿y qué es lo que hallan en él? Un Niño recostado en un Pesebre. Pero, decidme: ¿este Niño es el Dios que ellos vienen buscando? Sí, católicos: el mismo es, y justamente por esta señal del Pesebre le reconocen. Sin deliberar, y sin examinar nada, luego que le descubren, se postran ante él, y no contentos con sacrificarle sus tesoros, ofreciéndoselos, le sacrifican su razón, adorándole.

Ah, católicos! Acabemos de instruirnos en este excelente modelo que Dios nos propone. Es verdad que los Magos no ven más que un pesebre y un Niño; pero la maravilla de Dios está en que esta señal de la niñez y pesebre de Jesucristo, tenga bastante poder sobre sus espíritus, para hacerles adorar en este Niño lo que parece menos digno de sus adoraciones: que haga tanta impresión en sus corazones, que pueda arrancar de ellos en un instante las pasiones más vivas, más envejecidas y radicadas; y que sea tan eficaz, que los humille bajo el yugo de la fe. A vista de esto ¿dudaremos que es esta señal, la señal de Dios Salvador? Hay más aún, católicos; yo sostengo que este solo milagro de la conversión de los Magos es un testimonio el más auténtico y manifiesto de cuanto Jesucristo hará después; y que ni los ciegos de nacimiento curados, ni los muertos resucitados después de cuatro días, serán señales más auténticas de su divinidad y de su misión, que lo que pasó en Belén: esto es, que los grandes, los ricos y los sabios del mundo se miren sometidos al imperio de Dios. Gran milagro es que hombres sencillos é ignorantes, como los pastores, lleguen de repente á tener conocimiento de los más altos misterios y estén llenos de las luces divinas; pero sin contradicción es un milagro mucho mayor, que hombres versados en las ciencias humanas, é idolatras de su falsa prudencia, la renuncien para no seguir ya sino las reflexiones y consideraciones oscuras de la fe.

Ved aquí, amados oyentes míos, cuanto ha podido obrar la señal del pesebre, y lo que aún debe obrar en cada uno de vosotros, si queréis que sea para vosotros una señal de salvación. Es menester que corrija todos vuestros errores, y que os haga seguir máximas del todo contrarias á la sabiduría del mundo; es menester que apague el fuego de la avara codicia que os consume, y que os liberte de toda afición á los bienes perecederos del mundo; y es menester que contenga y refrene vuestros ambiciosos deseos, y que destierre de vuestro corazón todas las vanidades y pompas del mundo. Aplicaos, hermanos míos, á que así suceda para gozar de una eternidad bienaventurada. Esto es lo que os deseo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

NATIVIDAD DE NTR. SR. JESUCRISTO

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.
El Verbo hecho carne, y habitó entre nosotros.

(JOAN. 1.)

El Verbo divino, Hijo unigénito del eterno Padre, vivo rayo de su luz, imagen substancial de su bondad, y espejo purísimo de su eterna gloria; el Verbo divino, representado por las figuras, prometido por los Profetas, esperado por los Padres y deseado de todas las gentes; el Verbo divino, para exaltar nuestra naturaleza, para expiar nuestro pecado y sujetar á nuestros espirituales enemigos (¡oh poder de la gracia! ¡oh prodigio de la misericordia divina!); el Verbo divino, digo, concebido hace nueve meses por obra del Espíritu Santo en las virginales entrañas de María, va á nacer dentro breves días en carne visible y en forma humana y mortal: *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* Lanzóse del monte, según la expresión de la Escritura, lanzóse del monte sin intervenir mano de hombre, aquel

asi también por un otro prodigio esta misma señal del Pesebre manifestó su virtud en los grandes, obligándolos á humillarse delante de Jesucristo; en los sabios, sometiéndolos á la sencillez de la fe, y en los ricos desprendiéndolos de sus riquezas y haciéndolos pobres de corazón. De esto tenemos la prueba en el ejemplo de los Magos, y una prueba, con la que desafío á los corazones más obstinados y endurecidos, si se aplican á profundizar y conocer toda su fuerza. Jesucristo nació en la Judea, y los Magos, esto es, los hombres sabios, los poderosos, los opulentos del siglo, y aun los reyes también, vienen desde lo más remoto del Oriente á buscarle. Después de haber dejado por esto sus Estados, después de haber tolerado las fatigas de un largo viaje; y después de haber experimentado mil peligros, llegan á Belén, entran en el establo, ¿y qué es lo que hallan en él? Un Niño recostado en un Pesebre. Pero, decidme: ¿este Niño es el Dios que ellos vienen buscando? Sí, católicos: el mismo es, y justamente por esta señal del Pesebre le reconocen. Sin deliberar, y sin examinar nada, luego que le descubren, se postran ante él, y no contentos con sacrificarle sus tesoros, ofreciéndoselos, le sacrifican su razón, adorándole.

¡Ah, católicos! Acabemos de instruirnos en este excelente modelo que Dios nos propone. Es verdad que los Magos no ven más que un pesebre y un Niño; pero la maravilla de Dios está en que esta señal de la niñez y pesebre de Jesucristo, tenga bastante poder sobre sus espíritus, para hacerles adorar en este Niño lo que parece menos digno de sus adoraciones: que haga tanta impresión en sus corazones, que pueda arrancar de ellos en un instante las pasiones más vivas, más envejecidas y radicadas; y que sea tan eficaz, que los humille bajo el yugo de la fe. A vista de esto ¿dudaremos que es esta señal, la señal de Dios Salvador? Hay más aún, católicos; yo sostengo que este solo milagro de la conversión de los Magos es un testimonio el más auténtico y manifiesto de cuanto Jesucristo hará después; y que ni los ciegos de nacimiento curados, ni los muertos resucitados después de cuatro días, serán señales más auténticas de su divinidad y de su misión, que lo que pasó en Belén: esto es, que los grandes, los ricos y los sabios del mundo se miren sometidos al imperio de Dios. Gran milagro es que hombres sencillos é ignorantes, como los pastores, lleguen de repente á tener conocimiento de los más altos misterios y estén llenos de las luces divinas; pero sin contradicción es un milagro mucho mayor, que hombres versados en las ciencias humanas, é idolatras de su falsa prudencia, la renuncien para no seguir ya sino las reflexiones y consideraciones oscuras de la fe.

Ved aquí, amados oyentes míos, cuanto ha podido obrar la señal del pesebre, y lo que aún debe obrar en cada uno de vosotros, si queréis que sea para vosotros una señal de salvación. Es menester que corrija todos vuestros errores, y que os haga seguir máximas del todo contrarias á la sabiduría del mundo; es menester que apague el fuego de la avara codicia que os consume, y que os liberte de toda afición á los bienes perecederos del mundo; y es menester que contenga y refrene vuestros ambiciosos deseos, y que destierre de vuestro corazón todas las vanidades y pompas del mundo. Aplicaos, hermanos míos, á que así suceda para gozar de una eternidad bienaventurada. Esto es lo que os deseo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

NATIVIDAD DE NTR. SR. JESUCRISTO

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.
El Verbo hecho carne, y habitó entre nosotros.

(JOAN. 1.)

El Verbo divino, Hijo unigénito del eterno Padre, vivo rayo de su luz, imagen substancial de su bondad, y espejo purísimo de su eterna gloria; el Verbo divino, representado por las figuras, prometido por los Profetas, esperado por los Padres y deseado de todas las gentes; el Verbo divino, para exaltar nuestra naturaleza, para expiar nuestro pecado y sujetar á nuestros espirituales enemigos (¡oh poder de la gracia! ¡oh prodigio de la misericordia divina!); el Verbo divino, digo, concebido hace nueve meses por obra del Espíritu Santo en las virginales entrañas de María, va á nacer dentro breves días en carne visible y en forma humana y mortal: *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* Lanzóse del monte, según la expresión de la Escritura, lanzóse del monte sin intervenir mano de hombre, aquel

peñasco que ha de ocupar el universo; hlovieron los cielos, y de las nubes descendió el Justo; abrióse la tierra y apareció el Salvador: la vara de Jesé brotó el oloroso retoño, sobre el que reposa abundantemente el espíritu del Señor: *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* ¡Oh nuevo rasgo de infinita bondad! ¡Oh motivo poderosísimo de universal alegría! Rogocijos, santos ángeles, á quienes se prepara un nuevo objeto de beatitud; consolaos, pecadores, para quienes se acerca la hora de la redención; congratulaos, oh justos que moráis en las sombras de la miseria, y á quienes se aproxima el momento de la suspirada libertad; y sólo vosotros temblad y desesperaos, oh demonios, para quienes se prepara la derrota, la ignominia y la confusión. Y nosotros, ¿qué haremos, oyentes míos? Por mi parte puedo deciros con San Bernardo que una insólita y confusa mezcla de reverencia, de amor y júbilo, y hasta de temor, agita de mil diversas maneras mi espíritu, y entre los varios objetos que la fe me presenta en este misterio, no sé á cual aficionarme más particularmente, ni cual seguir de los muchos afectos que la Religión excita en mi corazón. Ora me vuelvo á Jesús, y adoro su humildad; ora contemplo á María y admiró su exaltación; elevome por fin hasta Dios, y el exceso de su bondad me confunde; descendiendo luego hasta el hombre, y me consuela el exceso de su felicidad. Pero, en la necesidad de resolverme, me dedicaré con San Pablo, más bien que á excitar tiernos afectos en los corazones devotos, á demostrar la grandeza, sublimidad y excelencia de este importante asunto, es decir, á manifestar en cuanto yo alcance las adorables verdades que encierra, para que de este modo logremos todos consolidar nuestra fe y acrecentar nuestra piedad. Con tal objeto, desearia, á tener tiempo, abrazar los tres puntos principales que forman y comprenden toda la extensión de este misterio. Estos tres puntos son: el objeto, el fin, y el medio de la encarnación divina. El objeto, es decir, la generación del Hombre-Dios; el fin, esto es, la salvación del hombre pecador; el medio, á saber, la fecundidad de la Virgen Madre. La generación del Hombre-Dios, ¿qué arcano tan profundo! La salvación del hombre pecador, ¿qué beneficio tan inestimable! La fecundidad de la Virgen Madre, ¿qué privilegio tan singular! Aspirar á la comprensión de este misterio, de este beneficio y de este privilegio en la sola luz de la razón, es una locura; pero procurar instruirse de él con la luz de la fe, es un acto de piedad y religión. Con el auxilio de esta luz, pareceme ya que me levanto y vuelvo sobre mí mismo para contemplar la inenarrable generación del divino Verbo en la plenitud de los tiempos; seguidme vosotros con vuestra benévola é incansable aplicación. *Ave María.*

Entre los venerables dogmas del Cristianismo, el de la Encarnación del Hijo de Dios es tan superior al entendimiento y comprensión de los hombres, que la más sabia filosofía por sí sola no ha llegado nunca á descubrir ningún vestigio, ni á dar el más leve indicio de él; y aunque, según San Agustín y otros Padres, se observe en los escritos de los platonicos algún vislumbre ó especie de la eterna generación del Verbo, sin embargo ninguno de aquellos filósofos indicó jamás que éste, algún día, debiera hacerse hombre y unir su divina naturaleza á la nuestra en una misma persona. A la fe estaba, pues, reservado el descubrimiento de la admirable unión de las dos tan diversas naturalezas de Jesucristo; cuya unión inefable tomaré hoy por tema de este mi discurso, aplicando con la autoridad de San Agustín, á la divina y á la humana generación del Verbo, aquella exclamación de Isaías: *Generationem ejus quis enarrabit?*

Ciertamente es un misterio superior á nuestra comprensión, que el Hijo del Padre nazca realmente en Dios por un acto de pura inteligencia; que sea distinto del Padre en la persona, é idéntico al mismo en la naturaleza; que el Padre haya engendrado la persona del Verbo; y que éste no sea inferior al Padre en esencia, ni en autoridad, ni en gloria; que todas las perfecciones del Padre sean comunes al Hijo, y sin embargo el Hijo carezca de la fecundidad del Padre para producir en sí mismo otro Verbo, y á este tenor todas las demás verdades tocantes á la divina generación, que debemos creer ciegamente. Pero ¿podrá comprenderse con más facilidad que este mismo Verbo, que desde toda la eternidad es Dios en el seno del Padre, se haga hombre en el seno de una mujer, y que habiendo sido engendrado antes del alba, esto es, antes del tiempo, en la gloria, en el esplendor de los Santos, vuelva á nacer en el tiempo, á semejanza de los pecadores? *Generationem ejus quis enarrabit?* Verdaderamente este segundo nacimiento es cuando menos tan admirable como el primero, y por esto la exclamación de Isaías se refiere tanto á la generación eterna del Verbo como á la temporal: á la eterna, que se eleva por encima de la humana inteligencia, y á la temporal, que descende hasta más allá de lo que la comprensión humana puede alcanzar. Aquella es un abismo de gloria; ésta es un abismo de humildad: la primera se hace inaccesible á causa de los resplandores de la Divinidad; la segunda se hace impenetrable á causa de la obscuridad de la carne. Allí, la demasiada luz deslumbra la razón; aquí las grandes tinieblas la ofuscan. El Verbo increado en el seno del Padre ha tomado el sol por tabernáculo, y los ojos del hombre son demasiado débiles para soportar su eterna luz: el Verbo encarnado en el seno

de la Madre ha escogido por retiro las tinieblas, y la vista humana no es bastante perspicaz para penetrar en su oscura y temporal mansión; de manera que nosotros somos en esta parte semejantes á los israelitas, que no podían ver la majestad del Señor, ni cuando aparecía entre relámpagos en el Sinai, ni cuando se ocultaba entre oscuras sombras en el Templo. *Generationem ejus quis enarrabit?*

Mas por recóndito que sea este misterio, á ningún cristiano es lícito ignorar que la Sabiduría del eterno Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el único y verdadero Hijo de Dios tomó carne semejante á la nuestra, y reunió ambas naturalezas, divina y humana, haciéndolas subsistir en la sola persona de Jesucristo. ¿Podrá suponerse con Basíldes, que la carne del Verbo sea ideal y su cuerpo aparente, como el que tomaba el ó un ángel en su lugar cuando aparecía sensiblemente, á los patriarcas y profetas? No; porque el Verbo tomó una naturaleza humana verdadera y singular de la estirpe de Adán, y dotada de las mismas potencias y afecciones que la nuestra, excepto el pecado. ¿Será de creer que con la naturaleza haya tomado la persona del hombre, como lo afirmaba Nestorio, y se la haya apropiado, colimiándola de sus dones con preferencia á los demás justos, y que su unión con Jesucristo sea de amor, de voluntad y de consentimiento, como lo es la de la amistad entre los hombres? No; porque el Verbo tomó, no la persona sino la naturaleza del hombre, y su unión es un conjunto real, intrínseco y substancial de dos naturalezas en una sola é indivisible subsistencia divina; del mismo modo que la unión recíproca del alma y del cuerpo forma en nosotros una sola é indivisible subsistencia humana. ¿Podrá creerse últimamente, con Eutiques, que una de estas naturalezas se haya mudado y confundido totalmente en la otra, de suerte que de las dos haya resultado otra tercera, no divina ni humana, sino compuesta y participante de entrambas? No; pues permanecieron y permanecen distintas entre sí, sin cambiarse ni confundirse en lo más mínimo, conservando cada una sus atributos ó propiedades, y ejerciendo una las operaciones divinas y otra las humanas. San Agustín, en contraposición á los expresados errores, define la doctrina de la Iglesia en los siguientes términos: *Christus Deus et Homo, idem Deus qui Homo, et qui Deus idem Homo, non confusione natura, sed unitate substantie*. (Serm. CLXXXV de Nat. Domini, 2-62, de div. n. 1). Cristo Dios y hombre, Dios el mismo que el hombre, y el hombre el mismo que Dios, no por la confusión de la naturaleza, sino por la unidad de persona.

Con esta llave, siguiendo los pasos de San Bernardo, debemos

siempre entrar espiritualmente en el pesebre para descubrir las expresadas riquezas que se encierran en el nacimiento de Jesucristo, y excitar en nosotros su piadosa memoria: *videns parvulum, cogita magnum*. (Hom. IV sup. *Missus est*, n. 13.) Esio supuesto, pregunto: ¿quién es aquel que veis en la choza de Belén? A juzgar por la impresión de los sentidos, es un tierno niño, que no se distingue de los otros hijos de los hombres sino por la mayor pobreza y humildad de su nacimiento, y el cual, luego que ha nacido, ha sido anunciado por los ángeles á los pastores, envuelto en miserables pañales y tendido en un pesebre, en cuyo triste y lastimoso estado excita la compasión de cuantos le contemplan: *videns parvulum*.

Pero apartad la vista de esta humilde escena, y elevándoos sobre vosotros mismos, reconoced con los ojos de la fe en el recién nacido al antiguo y memorable Niño, de quien predijo Isaías que llevaría su principado sobre sus hombros: esc es el admirable, el consejero, el príncipe de la paz, el padre del futuro siglo, el fuerte, el prudente, el Dios poderosísimo: *cogita magnum*. La necesidad extrema á que está reducido, la pobre paja sobre que yace, la choza ruínosa en que se alberga, la inclemencia y los rigores de la estación á que está expuesto, no son obstáculo para que os remontéis con el espíritu hasta el alto y luminosísimo trono, donde su eterno Padre le hizo sentar á su diestra en el cielo, hasta que venciese y stupetase á todos sus enemigos, y en el cual permanecerá eternamente. En una palabra, bajo la cubierta visible de la carne adorada la verdad y la presencia del Verbo, que en el principio era con Dios, y Dios era el mismo Verbo; el cual habiendo tomado naturaleza humana en Jesucristo, mora en ella corporalmente con la plenitud de su divinidad, mediante la íntima é incomprendible unión que la fe nos enseña y que los teólogos llaman hipostática; unión la más constante, indisoluble é inmediata (después de la que existe entre las tres Personas y la naturaleza divina) que la mente de los hombres ó de los ángeles puede imaginar. La más constante, porque mientras Dios será Dios, será también aquel hombre concebido en María, cuyo nacimiento esperamos, y lo será eternamente. La más indisoluble, porque si bien al morir Jesucristo, su cuerpo se separará de su espíritu, esto no obstante, ni el uno ni el otro se separará jamás de la divinidad. La más inmediata, porque en virtud de aquella que las escuelas llamaron comunicación de idiomas, es decir, de los respectivos atributos, adaptanse al hombre las perfecciones de Dios, y á Dios las imperfecciones del hombre; de manera que, en concepto del citado San Bernardo; debemos creer que cuantas maravillas y grandezas obra Dios en Jesucristo, las obra

el hombre, y debemos decir que cuantas penalidades y miserias padece el hombre, las padece Dios: *Quidquid in eo Deus fecit, linus fecisse credatur, quidquid linus pertulit, Deus in illo pertulisse dicatur.* (Serm. III in vig. Nativ. n. 8.) ¡Oh novedad inaudita! ¡Oh venerabilísima unión! ¡Oh estupendo misterio, sorprendente, magnífico y portentoso a los ojos de los mismos ángeles!

Pero ¿qué aprecio hacen los hombres de este misterio, y qué esfuerzos para instruirse, de él? ¿Dónde están los afectos de religión sincera y de fervorosa piedad de que deberíamos estar penetrados en presencia de tan santo y venerable objeto? ¿Dónde los actos de fe viva para someter, en obsequio de Jesucristo, nuestro entendimiento y nuestra voluntad a la creencia de una verdad tan sublime? ¿Dónde el honor, el culto y el respeto debidos al Hombre-Dios? ¿Dónde, si por desgracia en nuestros días son tantos los que lo desconocen, tantos los que lo desprecian y tantos ¡ay de mí! los que hasta se atreven a renegar de él? Estos desdichados, imbuidos en sus necias preocupaciones, blasfeman de todo lo que no entienden, y la sublimidad del misterio, en vez de humillarles a creerlo, hace que lo nieguen orgullosamente, y que con libros y discursos procuren borrar su creencia. ¡Oh siglo nuestro, infeliz y tenebroso! ¿Cómo te atreves a usurpar el título de ilustrado, si cierras los ojos a la verdadera luz que ilumina a todo hombre al venir al mundo, y niegas con tus errores una verdad revelada, en términos tan claros por el Espíritu Santo? *Et Verbum caro factum est.* ¿De qué te servirán tus exagerados progresos en las ciencias humanas, si ignoras las primeras fundamentales nociones de la Religión divina? Si a lo menos los que profesan esta Religión pusieran más empeño en conocer a su Fundador, y no se contentaran de tener una fe superficial y abstracta, sin tomarse el trabajo de considerar atentamente su dignidad y grandezza. ¡Oh ciegos e insensatos! ¿A quién tributaréis vuestro culto y vuestros homenajes, si no los tributáis a Jesucristo? ¿Cuál será, si no es Jesucristo, el objeto de vuestros pensamientos? Séalo, pues, principalmente en los presentes días consagrados a la memoria de su nacimiento temporal, y así como en vista de los pañales, de los vagidos y otros irrefragables testimonios creéis en su humana naturaleza, creed también en su naturaleza divina y adoradla humildemente. Estas son las primeras disposiciones necesarias para celebrar debidamente el misterio del Dios-Hombre, y alcanzar que así como nació corporalmente en Belén, renazca ahora espiritualmente en nuestros corazones. *Amen.*

CIRCUNCISIÓN DE JESUCRISTO

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer, coactum est nomen eius Iesus.

Quando llegó el día octavo, en que debía circuncidarse el Niño, se le puso por nombre Jesús.

(SAN LUCAS, c. 2, v. 21.)

El ángel no fué más que un ministro escogido por Dios para traer del cielo el nombre de Jesús: que su autor fué el mismo Dios; ni otro que Dios lo pudo ser. Es decir, que Dios sólo podía imponer al Niño que acababa de nacer el nombre de Salvador, no solamente porque era necesaria para esto una autoridad superior á la de los ángeles y de los hombres, sino porque sólo Dios podía comprender perfectamente todo el sentido y toda la extensión de este santo nombre. Nombre divino, que no puede ser pronunciado con respeto sino por un movimiento particular del Espíritu Santo. Nombre venerable, á quien toda rodilla se dobla, y le adora, y al cual se humilla toda grandeza. Nombre sagrado, al que el infierno tiembla, y que hasta para hacer huir á los demonios. Nombre lleno de poder y fortaleza, y en virtud del cual se han hecho los más auténticos y más prodigiosos milagros. Nombre saludable, del cual saquen toda su eficacia los Sacramentos de la Ley nueva. Nombre todopoderoso para con Dios, y cuyo mérito grande obliga al Padre celestial á escuchar las oraciones y súplicas de los hombres. Nombre glorioso, llevado en triunfo por los apóstoles á los gentiles y á los reyes de la tierra. Nombre, por cuya confesión han tenido los Santos por un honor y una felicidad padecer las más crueles afrentas, y ser expuestos á todos los ultrajes. En fin, nombre incomparable y único, pues no hay otro debajo del cielo, por el cual podamos ser salvados. Tal es el nombre, amados oyentes míos, que recibe hoy el Hijo de María. Pero ¿por qué este nombre tan augusto (pregunta San Bernardo) está unido á la Circuncisión, pues parece

que la Circuncisión conviene más bien al que necesita ser salvado, que no al mismo Salvador? ¿Qué conexión hay entre estos dos misterios? ¿Por qué se espera á que sea circuncidado el Niño para darle el nombre de Salvador? ¿Y qué relación puede tener el nombre de Salvador, con la circuncisión del Niño? Esta es la importante cuestión que intento resolver, y que servirá de fundamento á este discurso, en el que voy á instruirlos de las verdades más esenciales de la cristiandad. Para esto necesito la protección y socorro del cielo, y no puedo alcanzarla sino por la intercesión de Maria, que fué llena de gracia. *Ave Maria.*

Para hacer que prontamente comprendáis el misterio que celebramos, y para daros de él una idea justa, me represento hoy al Hijo de Dios con dos cualidades diferentes, que la Escritura le atribuye, y que reunidas en su persona han hecho (si se me permite explicar de este modo) todo el plan de su Religión. Yo lo considero con San Pablo, como que da fin y perfección á la antigua Ley, y como que funda é instruye la Ley nueva. Como que da fin y perfección á la antigua Ley, obedece á la Ley; y como que funda una Ley nueva, establece y pone su Ley. Como que da fin y perfección á la antigua Ley, perfecciona y cumple perfectamente con la circuncisión de los judíos; y como fundador de la Ley nueva, viene á publicar otra circuncisión más perfecta, que es la de los verdaderos cristianos. En una palabra, como que da fin y perfección á la antigua Ley, el mismo es circuncidado según la carne; y como fundador de la Ley nueva, nos enseña y obliga á ser circuncidados en el espíritu y en el corazón. Ved, amados oyentes míos, á lo que está reducido todo el misterio de este día. Porque es cierto, que sujetándose Jesucristo á la circuncisión de los judíos, empezó desde entonces á hacer de su parte todo lo que podía hacer un Dios-Hombre para salvarnos; esta es mi primera proposición; y porque es igualmente cierto que, estableciendo la circuncisión evangélica, nos enseña, como legislador y Maestro, todo lo que debemos hacer de nuestra parte para merecer nosotros ser salvados; esta es mi segunda proposición.

Sujetándose á la circuncisión de la antigua Ley, se manifestó el Hijo de Dios verdaderamente Salvador; y hablando propiamente, en el misterio de este día empezó á ejercer el oficio de tal. Escuchad las pruebas de ello. En el instante que fué circuncidado, se halló en una disposición próxima y necesaria para poder ser la víctima del pecado. En el instante que fué circuncidado, ofreció á Dios las primicias de su preciosa sangre, que había de ser el remedio del pecado. En el

instante que fué circuncidado, y en virtud de su circuncisión, se obligó á derramar esta misma sangre más abundantemente en la cruz para la reparación entera del pecado. A estas tres cosas estaba vinculada la redención del mundo, y de ellas, como nos asegura la fe, dependía la salvación de los hombres.

En el instante en que el Hijo de Dios fué circuncidado, se halló con la disposición próxima y necesaria para poder ser la víctima del pecado, y, de consiguiente, para ser perfectamente Salvador; porque para salvar al hombre, que había incurrido en la desgracia de su Dios, era necesario satisfacer á Dios según todo el rigor de justicia; Dios lo quería así, y este es un punto de Religión que no puede disputarse. Para ofrecer á Dios esta satisfacción rigurosa, era necesario que hubiese un sujeto capaz de padecer y morir; la cruz y la muerte eran los medios escogidos á este fin en el consejo de la sabiduría eterna. Todas las Escrituras nos enseñan esto. Para ser capaz de padecer y morir, era necesario á lo menos tener la señal del pecado; este es un punto evidente, sobre el cual se funda toda la teología de San Pablo. Esta señal del pecado no había de ser impresa en la inocente carne de Jesucristo sino por la circuncisión santa; y con efecto la circuncisión, por más santa que la concebimos en la persona del Salvador, era por sí misma, y según la institución divina, el Sacramento y sello de la justificación de los pecadores. ¿Qué se infiere de esto? Nosotros adivináis ya mi pensamiento. De esto se infiere, que antes que Jesucristo fuera circuncidado, le faltaba (explicándolo de este modo) una condición sin la cual no podía ser la víctima del sacrificio sangriento y doloroso, que exigía Dios para nuestra redención.

Para salvar á los pecadores (esto os admirará, católicos; pero es nuestra religión la que expongo), para salvar á los pecadores era necesario un justo; pero un justo (dice San Agustín) sobre el cual pudiera recaer la maldición que trae consigo el pecado, y el castigo que le corresponde. Este justo era Jesucristo: él no había de ser pecador, porque como tal hubiera sido despreciado por Dios; no era bastante que fuese justo, porque como tal, no hubiera podido ser objeto de las venganzas de Dios; sino en calidad de mediador, debía aunque exento del pecado, y aunque impecable por sí mismo, tener una especie de medio entre la inocencia y el pecado; y este medio entre la inocencia y el pecado (añade San Agustín) era que tuviese la señal del pecado. Así era necesario que Jesucristo en la realidad fuese justo, y que en la apariencia fuera pecador; que en la realidad fuese justo para poder justificar á los hombres, y que en la apariencia fuera pecador para poder atraer sobre sí los castigos de Dios. Porque Dios,

aunque estaba tan irritado contra los hombres, no podía tomar satisfacción en Jesucristo, mientras no veía en él más que justicia y santidad; y esta santidad irreprochable de Jesucristo, por más deseos que tuviera de expiar nuestras culpas, le hacía incapaz de padecer por nosotros la pena. ¿Que hace pues? Toma la forma y semejanza de pecador, y de este modo se pone en estado de ser sacrificado por los pecadores; y por esto dice San Pablo, que le envió Dios vestido de una carne semejante á la del pecado: *Deus Filium suum mittens in similitudinem carnis peccati* (1). De esta expresión se valían los maniqueos para inferir que Jesucristo no había tenido sino una carne aparente, pero al contrario los Padres se valían de las mismas palabras para combatir la herejía de los maniqueos, y para probar contra ellos la verdad y la realidad de la carne de Jesucristo. En efecto (como discurre San Agustín) el Apóstol no dice precisamente que Dios envió á su Hijo con la semejanza de la carne: *In similitudinem carnis*. Entonces se seguiría que Jesucristo no había sido verdaderamente hombre; y esto sólo derribaba el fundamento de toda la cristiandad: sino dice, que Dios le envió con una carne semejante á la del pecado: *In similitudinem carnis peccati*, para manifestar que la carne de Jesucristo tuvo la apariencia y señal del pecado, sin haber jamás contraído la mancha de él, y esto es lo que debemos creer. No era necesario más (continúa San Agustín) para que Jesucristo estuviese en estado de padecer por nosotros; porque hay (dice este santo doctor) entre Dios y el pecado una oposición tal, que la apariencia sola de la culpa fué bastante para obligar á Dios á no perdonar aun al santo de los santos, y para determinarse á ejection en la carne inocente de Jesucristo la sentencia de nuestra condenación. Si, hermanos míos, porque este Dios-Hombre está cubierto con la sombra de nuestras iniquidades le entregará Dios á la muerte, y á muerte de cruz; y porque ha consentido en parecer culpable, será tratado como si lo fuese. Vosotros diréis al escuchar la Escritura, que Jesucristo á consecuencia de este misterio, no solamente fué pecador, sino el pecado mismo, por que tomó el carácter y señal de él: *Eum, qui non nocerat peccatum, pro nobis peccatum fecit* (2). Estas son las expresiones de San Pablo, que entendidas á la letra pudieran escandalizarnos; pero en un sentido católico expresan una de las verdades más cristianas y de mayor edificación. Aquel que no tenía pecado fué por nosotros hecho pecador; esto es, aquel que no tenía pecado, pareció delante de Dios como si hubiera sido el pecado mismo, y fué tratado por Dios como pudiera merecer serlo el mismo pecado, que subsistiera.

(1) *Rom.* 8, v. 3. (2) *2. Cor.* 5, v. 21.

¿En qué instante de la vida del Salvador se vió exacta y especialmente cumplida la verdad de esta proposición que tanto nos admira; y cuándo puede decirse que Jesucristo se presentó á los ojos de su Padre por la primera vez, como si hubiera sido el pecado mismo? En el instante de su circuncisión. Desde su nacimiento era hombre, pero entonces nada tenía de común con los pecadores. Su encarnación fué la obra por excelencia del Espíritu Santo; su generación en las entrañas de una doncella siempre virgen, y su entrada milagrosa en el mundo, todo esto apartaba de él las menores apariencias del pecado. Pero hoy (dice San Bernardo) que se sujeta á la Ley de la circuncisión, parece pecador, porque esta Ley no fué hecha sino para los pecadores. Este es el modo con que el Hijo de Dios, queriendo ser circuncidado, se pone en la disposición próxima y necesaria para salvar á los hombres.

Pero ¿se contenta con esto? No, cristianos; su caridad se extiende á más; no se contenta con hallarse en estado de salvarnos, pues quiere desde hoy hacer la prueba y ensayo de ello; y en su circuncisión halla el medio. ¿Y de qué modo? Ofreciendo á Dios las primicias de su sangre, que ha de ser el precio de nuestra salvación. Es verdad (dicen los teólogos) que la menor acción del Hijo de Dios, atendida la dignidad de su persona, podía bastar á redimirnos y rescatarnos; pero en el orden de los decretos divinos, y de esta rigida satisfacción á que se había sujetado, era necesario que le costase su sangre. Así estaba determinado en el Consejo de Dios, que él pacificaría con su sangre el cielo y la tierra, y que con su sangre nos reconciliaría con su Padre, y que el tratado de paz entre Dios y nosotros, no empezaría á ratificarse, sino cuando hubiera empezado á correr la sangre del Redentor. Por eso él mismo la llamaba la Sangre de la nueva alianza. Por esto estaba dispuesto que en la misma Ley de gracia no sería perdonado pecado alguno sin la efusión de sangre, que sola la sangre de Jesucristo tendría la virtud de purificarnos y lavarnos. *Sanguis Jesu-Christi Filii ejus emundat nos ab omni peccato* (1). Por eso nos enseña la fe que la Iglesia, como Esposa de Dios Salvador, debía pertenecerle y tocarle por el derecho de conquista; pero que este derecho no estaría fundado sino en la adquisición que hubiera hecho de él con su sangre. *Ecclesiam quam acquisivit sanguine suo* (2). Aquí es, pues, donde se ejecuta y realiza la condición, y cuando veo de laje del enchillo de la circuncisión á este Dios recién nacido, puedo decirnos mucho mejor que Moisés: *Hic est sanguis foederis, quod pepigit Dominus vobiscum* (3). Esta es la sangre

(1) *1. Joan.* 1, v. 7. (2) *Act.* 20, v. 28. (3) *Exod.* 24.

del Testamento y de la alianza que Dios ha hecho en nuestro favor, Propiamente es en este día, cuando empieza la redención del mundo, y cuando el Hijo de Dios toma posesión de la cualidad de Salvador, pues que en este día hace las primeras funciones de tal, y entra en el Santuario, no ya con la sangre de las víctimas, sino con su propia sangre, verificándose a la letra estas palabras del Apóstol: *Per propriam sanguinem introiit in sancta*. Los profetas y sacerdotes de Baal, en la reciente disputa que tuvieron con Elías, se herían a sí mismos para honrar a su Dios con un rito supersticioso, hasta quedar bañados y cubiertos de su sangre. Pero hoy vemos a un Dios, que por el exceso de una caridad ardiente se hace circuncidar para salvar a su pueblo. ¡Oh! y qué oposición se halla entre Jesucristo y Baal, ó más bien entre los adoradores de Baal y los del verdadero Dios! En el templo de Baal, los hombres derramaban su sangre por su Dios; y en el templo del verdadero Dios, el mismo Dios derrama su sangre por los hombres. Allí un pueblo idólatra despedazaba sus carnes para agradar y complacer a una divinidad falsa, y aquí el Dios encarnado no perdona su propia carne para hacer un pueblo fiel. Una sangre impura ofrecida á Baal es el misterio de la impiedad, y la sangre de un Dios que nos purifica, es el misterio del divino amor. Jesucristo nada dejó de hacer para salvarnos, porque era nuestro Dios; y no podemos dudar que sea nuestro Dios, porque á costa de su misma sangre ha querido salvarnos.

No obstante, me diréis que la salvación del mundo no estaba unida á la circuncisión del Hijo de Dios, sino á su muerte. Convego en ello, amados oyentes míos; pero confesad también, y acordaos de lo que yo añadí, esto es, que la circuncisión fué para el Hijo de Dios un empeño y obligación de morir. Acordaos de que en el instante que fué circuncidado, se obligó solemnemente á consumir sobre la cruz el sacrificio sangriento, del que entonces no cumplía sino la primera obligación, y por esto reconoceréis conmigo, que la salvación del mundo tuvo una conexión esencial con nuestro misterio. El cumplimiento, pues, de la ley, respecto de Jesucristo, era la muerte del mismo, porque Jesucristo era el fin de la Ley: *Finis enim Legis Christus* (1). Y no debía ser el fin de la Ley, sino por la consumación del sacrificio de su santa humanidad. Por eso, desde el instante que se sujetó á ser circuncidado, se obligó por un pacto solemne á ser crucificado y á morir, y la razón es, porque su crucifixión y su muerte eran el término y como la disolución de toda la Ley cuyo peso se im-

(1) Rom. 10, v. 4.

ponía, y de la que (según la expresión del Apóstol) venía á ser por su circuncisión deudor universal: *Debitor universis legis faciendo*.

Concluycamos, según San Bernardo, con que el nombre de Jesús se le ha dado con justicia. Jesucristo empieza á tomar la cualidad de Salvador en el instante mismo que empieza á ejercerla. En el instante mismo que nace se entrega para la salud de los suyos, y para adquirirse un nombre inmortal, que es el nombre de Jesús. Por esto ha amado tanto este nombre; este nombre ha sido para él una recompensa proporcionada á todos los abatimientos de su circuncisión y á todos los trabajos de su vida. Por esto quiso tenerle sobre la cruz, como una diadema de honor; y habiendo sufrido que los judíos le rehusasen delante de Pilatos el título de rey, no permitió jamás que le disputasen el nombre de Jesús. Por esto hizo extender y publicar por toda la tierra este santo nombre, este nombre grande y este nombre augusto; porque nada hay más natural que gloriarse de los nombres que se han adquirido con su virtud y mérito, mucho más que de los que se tienen por casualidad ó por la fortuna del nacimiento. El Hombre-Dios alcanzó y tiene el nombre de Jesús á título de conquista: él se lo mereció salvando á los pecadores, y empezó á salvarnos queriendo derramar su sangre y sufrir la ley de la circuncisión.

¡Pero qué, Dios mío! ¿Era tanta gloria para vos el rescatar á unos esclavos viles? ¿Halláis tanta grandeza en abatiros tan profundamente por ellos? ¿Valen los hombres el precio de una sangre como la vuestra? Si, amado cristiano, esto es lo que valia tu alma, y lo que valia en el juicio de tu Dios; así la estimó, y dando su sangre por ella, no creyó dar demasiado; porque su amor, aunque es tan liberal, no es pródigo. Siempre gobernado por su sabiduría, conforma los medios con el fin, y pues un Dios padece por nuestra salvación, es necesario que nuestra salvación sea el precio justo de los trabajos de un Dios. ¿Pero qué debemos hacer para esto? Cooperar con Jesucristo á la obra de nuestra salvación. ¿Y de qué modo ha de ser esto, me diréis? No salgamos de nuestro misterio para aprenderlo; porque si Jesucristo empezó en este misterio á salvarnos, por la obediencia que tuvo á la ley de la antigua circuncisión, nos dio también en él un medio seguro para ayudarnos á que nosotros mismos nos salvemos en la ley que ha establecido de la nueva circuncisión.

Una circuncisión no solamente exterior, sino que penetra (por decirlo así) hasta lo más interior del alma. Una circuncisión que no se hace por mano de hombres, sino que es obra de Dios, y que santifica al hombre delante de Dios. Una circuncisión que no consiste en per-

der ni despojarse de la carne, sino en la renuncia a los vicios y concupiscencias de la carne. Una circuncisión, de la que el espíritu y el corazón son los dos principios, igualmente que los dos objetos; los dos principios, porque la han de hacer ellos; y los dos objetos, porque en ellos se hace; esto es, una circuncisión del corazón que se hace no según la letra, sino según el fervor del espíritu. Estas son, amados oyentes míos, las santas, pero elegantes y vivas expresiones de que se valió el grande Apóstol para definir lo que yo llamo *nueva circuncisión* ó *circuncisión evangélica*. Esta es la idea que de ella ha concebido; y por esto, dice San Juan Crisóstomo, nos ha manifestado la esencial diferença y grande perfección del culto cristiano, comparado con el de los judíos y paganos; porque los paganos (dice este Padre) observan y dan un culto á un tiempo mismo carnal y falso; los judíos en sus ceremonias observaban uno igualmente grosero que carnal; los cristianos tienen la ventaja en su religión de tener juntamente un culto verdadero y espiritual. De esta verdadera circuncisión es de la que voy á hablaros. Os pido que antes atendáis un instante. ¿Qué es lo que hace hoy el Hijo de Dios para enseñarnos cómo debemos cooperar á la obra de nuestra salvación? El nos propone un medio tan divino como indispensable y necesario, cual es esta misteriosa pero real circuncisión del espíritu y del corazón. De esta circuncisión nos hace una ley, cuyo precepto nos explica y cuyo uso nos facilita; las cosas que son para nosotros otras tantas gracias que nunca estimaremos como se debe, y por las cuales le debemos un eterno reconocimiento.

El nos propone la circuncisión del corazón y nos hace una ley de ella; porque no abolió la antigua circuncisión, ó para hablar con más exactitud, la antigua circuncisión no acabó en él, sino porque estableció la nueva; y como dice San Agustín, no tomó la sombra y la figura, sino porque llevaba la luz y la verdad. La luz y la verdad era, el que todos nosotros fuéramos circuncidados en el corazón, así como los judíos lo eran según la carne. Circuncisión del corazón, es decir, que debemos dejar enteramente los deseos vagos é inútiles, los deseos inquietos y extravagantes, los deseos desatregados y sin moderación, los deseos carnales y mundanos, y los deseos culpables é ilícitos, que nacen en el corazón y le corrompen. Así lo entendió San Pablo; y porque estos deseos perniciosos nacen en nosotros de los vanos objetos que nos emblesan, de los falsos intereses que nos ciegan, y de las ocasiones peligrosas que nos arrastran y pervierten; esta circuncisión del corazón debe ser una entera separación de estos objetos, una renuncia perfecta de estos intereses, un desvío y separación saludable de estas ocasiones.

El nos propone la circuncisión espiritual ó la circuncisión del corazón como un medio que indispensablemente se requiere para la salvación; porque ¿qué cosa es más necesaria para la salvación que arrancar, sofocar, mortificar y destruir en nosotros el origen y principio de nuestra condenación? El origen de nuestra condenación está en nuestro corazón, y cualquiera que lo busque en otra parte, no le conoce, ni se conoce á sí mismo. Del corazón (decía á sus discípulos nuestro divino Maestro, explicándoles la parábola cuyo sentido no entendían), del corazón nacen los malos pensamientos, las acciones viles y los deseos injustos y violentos; del corazón nacen las traiciones, las alevosías y homicidios, los robos y falsos testimonios, las murmuraciones, las desevolturas y los adulterios. En el corazón es donde todo esto se forma y engendra, y esto es lo que pierde al hombre y le condena: *De corde exeunt cogitationes, adulteria, furta* (1). Es menester, pues, que el corazón sea circuncidado, si queremos hacerle un corazón cristiano, un corazón purificado de la iniquidad del siglo, y un corazón capaz de participar de la gracia de la redención; y es necesario que todo lo corrompido, maligno, vicioso y contagioso, que hay en este corazón, se separe y destruya por una mortificación sólida, y que estemos bien persuadidos, á que sin esto es un corazón reprobado por Dios. Esto es también, amados oyentes míos, lo que me manda Jesucristo que os anuncie en su nombre. Es verdad que San Pablo, instruyendo á los gentiles que se convertían á la Cristianidad, les decía que si se hacían circuncidar, aunque Jesucristo habia venido á salvarlos, de nada les serviría: *Ecco ego Paulus dico vobis, quoniam si circumcidamini, Christus vobis nihil proderit* (2). Porque, en efecto, después de la publicación del Evangelio, la circuncisión de la carne les era á lo menos un obstáculo para su salvación. Pero, con todo, yo os digo lo contrario hablando de la circuncisión del corazón; esto es, que si no la practicáis generosamente, y si no la observáis con fidelidad, este Jesús que invocáis hoy, aun siendo como es Dios y Salvador, no os salvará y no será para vosotros Jesús.

La mortificación universal de las pasiones, la mortificación sin reserva y sin restricción alguna, es á lo que yo llamo circuncisión en Jesucristo: *In quo est circumcisi sumus*. Este es el precepto nuevo que establece. Esta es la admirable y santa ley de que habia de ser legislador, esto es, la ley de la circuncisión de los corazones. Pero no se contentó con establecerla, quiso explicarla con su ejemplo, y esto es lo que hace en este misterio de un modo enteramente divino.

(1) *Mattá. c. 15, v. 19.* (2) *Galat. 5, v. 2.*

En efecto, me preguntaréis: ¿á qué se reduce esta circuncisión nueva y tan necesaria para la salvación? Para comprenderlo bien, consideremos por menor lo que pasa en la circuncisión del Salvador. Su ejemplo nos manifiesta lo que principalmente debemos nosotros cercenar en nosotros mismos, ó más bien, lo que la gracia debe disminuir en nosotros á costa de la naturaleza y de las inclinaciones corrompidas de nuestro corazón. En la circuncisión de Jesucristo hallamos las cuatro pasiones más dominantes y más difíciles de vencer, perfectamente sacrificadas y sujetas á Dios; como son, la de la libertad; la del interés, la del honor y la del deleite: la de la libertad, en la obediencia que da este Hombre-Dios á una ley que no le obligaba (os pido que no olvidéis esta circunstancia); la del interés, en el despojo y desnudez en que quiere manifestarse; la del honor, en el carácter ignominioso del pecado cuya afrenta quiere pasar; y, en fin, la del deleite, en esta operación sangrienta y dolorosa que sufre. Tales son, amados oyentes míos, las obligaciones más esenciales de una circuncisión cristiana; comprendedlas bien. Para tí ¡oh mundano! consiste esta circuncisión del espíritu en separar de tu corazón el amor de la independencia y el desorden de una voluntad libre, que á nada quiere sujetarse, que sigue sólo sus ídeas y capricho, á quien la regularidad más dulce y suave viene á ser insoportable, desde que es una cosa arreglada; principalmente consiste esta circuncisión en separar de vuestra conducta y proceder la facilidad infeliz de dispensarse á su antojo de las leyes, de interpretarlas á su favor; de creer que son para los demás y no para nosotros; de suavizar su yugo con mil artificios que el espíritu del mundo sabe sugerir muy bien; ponerle límites y no querer observar de él sino lo muy preciso y necesario, y abandonar toda perfección, contentándose precisamente con lo que es obligación; máxima que en nada puede sostenerse, y que es la más perjudicial para la salvación. Porque sin haceros reflexionar cuán indigno es tratar con Dios de ese modo; sin hacer que temáis la consecuencia funesta á que os exponéis, obligando á Dios por este medio á que os trate con todo rigor, y que no os conceda sino aquellas gracias comunes que su providencia general no niega aun á sus mayores enemigos; sin hablar de la consecuencia terrible que se seguiría de esta negación de las gracias especiales y auxilios extraordinarios, que Dios está mucho menos obligado á darla, que lo estamos nosotros á hacer en servicio suyo lo que llamamos obra de supererrogación: sin decir nada de todo esto, cristianos, intento convenceros de que queriendo hacer todo lo que la ley os permite, no evitaréis jamás exponeros á mil cosas que la ley no os permite. Y la razón es, por

que en el discernimiento que hagáis de las cosas permitidas y no permitidas, os lionjearéis, os cegaréis y os engañaréis á vosotros mismos, y porque para mí es evidente que, aun cuando no os engañéis, os arrastrará vuestra pasión y no tendréis toda la fortaleza, ni seréis jamás tan dueños de vosotros mismos, que os contengáis exactamente en lo que os permite la ley, sin pasar á más. Pero éste (me diréis) es un comercio y un tratado inocente, es un entretenimiento honesto y es una diversión que nada tiene de pecaminosa; no importa eso, amados oyentes míos; cortadla y separaos de ella. Cuando un cirujano hábil quiere curar una llaga encanecada, hace cortar también la carne viva para que el contagio no se comunique. Y vosotros no debéis tener menos cuidado con la salud de vuestra alma, que el que se tiene con la salud y sanidad del cuerpo.

Es necesario que os arméis con este cuchillo ó espada, que el mismo Salvador del mundo ha traído á la tierra; ó para hablar más sencillamente, ved á lo que debe extenderse esta circuncisión, de que Jesucristo ha querido ser el modelo: sin ella no hay medio alguno de salvarse.

Luego para salvarse es necesario morir á sí mismo. ¿Dudáis de esto, amados oyentes míos? ¿No nos lo declaró expresamente el Hijo de Dios, cuando nos dijo que para ser sus discípulos y dignos de ser suyos, era necesario renunciarlo todo y llevar su cruz? ¿San Pablo no nos dice, que sin la mortificación cristiana no se puede tener parte en la herencia de Dios, ni reinar con Jesucristo? ¿Y no es esto lo que nos hace comprender admirablemente San Agustín en el libro trece de la *Ciudad de Dios*? Las palabras de este padre son dignas de toda atención. Habla allí de la obligación que tenían los martires de morir por su fe; pero lo que dice conviene perfectamente á mi asunto, y puede aplicarse con mucha naturalidad á la muerte de las pasiones. Si, hermanos míos (asi se explica este santo doctor), necesario es morir al mundo para vivir con Dios. En otro tiempo se dijo al primer hombre, tu morirás si pecas; pero ahora se dice á los fieles, morid para no pecar. Lo que entonces era necesario temer para no pecar, es menester desecharlo ahora y ejecutarlo para preservarse del pecado. La fe nos enseña que si nuestros primeros padres no hubieran pecado, no hubieran muerto, y la misma fe nos enseña que aun los más justos pecarán, si no mueren. Aquellos murieron porque quisieron pecar, y éstos no pecan porque quieren morir. Así, pues (concluye San Agustín), Dios ha dado tantas bendiciones á nuestra fe, que la muerte misma, que destruye la vida, ha llegado á ser un medio para entrar en la vida.

No ignoro, finalmente, que esta circuncisión que os pido tiene sus dificultades y cuesta trabajo; es verdad que es difícil; convengo en ello; pero como Jesucristo nos hace de ella una ley y nos explica su obligación, nos facilita también el uso de ella, y esto lo ejecuta por la virtud misma de la sangre que empieza a derramar. Porque esta divina sangre lleva consigo una duplicada gracia; esto es, una gracia interior y otra exterior. La gracia interior es la gracia del Salvador, la gracia que el mismo Salvador de los hombres nos ha traído; la gracia que nos ilumina el espíritu y nos hace conocer nuestras obligaciones; que nos mueve el corazón y nos las hace amar, y la gracia fuerte y victoriosa que refrenaba en San Pablo el estímulo de la carne, que con tanta violencia le atormentaba; que sostenía a los mártires contra todo el horror de los tormentos, y que sola ella basta para fortalecer nuestra flaqueza. La gracia exterior es la de este mismo ejemplo con que Jesucristo nos explica su ley, nos anima a cumplirla; porque a la vista de la sangre que él ha derramado, ¿con qué pretexto podemos paliar nuestra flojedad y tibieza? ¿Qué nos pide, que iguale a lo que ha hecho? Y, como dice San Bernardo, el remedio que nos presenta no puede parecerse amargo, después que el mismo lo ha tomado antes que nosotros y por nosotros.

Tiempo es ya, cristianos, de que despertemos del profundo sueño en que nuestra fe se halla sepultada. Santifiquemos este año, y hagamos que sea para nosotros un año de salvación. Él pasará; pero lo que jamás pasará, es la recompensa eterna que os está prometida, y que yo os deseo. *Amén.*

DE LA CIRCUNCISIÓN

Postquam circumcissus sunt dies octo, ut circumcidere tur puer, euentus est nomen eius Jesus.

Y después que pasaron los ocho días para la circuncisión del Niño, se le impuso el nombre de Jesús.

(S. Lucas, c. 2, v. 21.)

¿Qué cosa de mayor humillación para Jesucristo, que su obediencia a la ley de la circuncisión? La independencia es propia de la Divinidad; y como el Verbo eterno, en cuanto Dios, ni es inferior, ni está sujeto al Padre, se hizo hombre para obedecerle y poderle decir con verdad: yo soy tu siervo é hijo de tu sierva: *Ego servus tuus, et filius ancilla tuae* (1). Así desde su primera entrada en el mundo dice al Padre celestial: heme aquí pronto a hacer vuestra voluntad; yo la abrazo y la obedezco con todo mi corazón. Mas en el misterio del día hace pasar esta ley de su corazón hasta su cuerpo, y grabándola con caracteres de sangre, se conforma a llevar de por toda su vida la muestra vergonzosa de pecador y de esclavo.

¡Oh alteza de los misterios del Señor! Protesta por boca de David, que a ninguno cederá su gloria; y vemos, sin embargo, que él Hijo de Dios se despoja de ella en cierto modo en la circuncisión, donde se humilla mucho más, para decirlo así, que por la muerte de cruz. En efecto, en esta ocasión sufre y padece como una víctima inocente, inmolada por la salud del pecador; pero en la circuncisión los caracteres aparentes del pecado le deshonran en el concepto de los hombres. Padece como si fuera culpable, obedece como si fuera pecador, se sujeta, como si fuese criminal, al remedio del pecado, derramando las primicias de su sangre por precio inestimable de la redención del hombre.

(1) *Psalm.* 115, v. 16.

Dos cosas principalmente debemos aquí reflexionar, que no sólo son á propósito para descubrir el fondo del misterio del día, sino para instruirnos en el espíritu de la moral cristiana. La primera es la incisión dolorosa que sufre nuestro Salvador; y la segunda, el nombre de Jesús que se le da. ¡Nombre misterioso! tan conforme al ministerio de quien lo recibe, como la ceremonia que lo acompaña. En efecto, esta circuncisión exterior ¿qué otra cosa denota que el carácter interior que imprime el bautismo en la substancia de nuestras almas? El nombre asimismo de Jesús ó Salvador ¿qué otra cosa indica, que la conformidad que debe haber entre el carácter y la vida del cristiano? Renuñando pues estas ideas os haré ver, primero, que los signos exteriores de la circuncisión judaica nos representan los caracteres de la circuncisión evangélica; y segundo, que como el Salvador del mundo cumplió perfectamente con los deberes propios del nombre de Jesús, nosotros debemos observar las obligaciones inseparables del nombre de cristianos; dos breves reflexiones dignas de esta cátedra y de vuestra atención. Pidámos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesión de María Santísima. Saludémosla humildes con el ángel. *Ave María.*

Ordeneó Dios la circuncisión al padre de los creyentes Abraham, como un signo eterno de la alianza que con él hacia. Mandó se extendiese á su posteridad, como una señal indeleble que los distinguiera de los demás pueblos; y como el antiguo Testamento no fué más que figura del nuevo, según el Apóstol, la circuncisión, ceremonia tan notable en la ley de Moisés, debía figurar en la de gracia una excelente realidad. Ella, en efecto, dice San León, denotaba la circuncisión interior que debe hacer en su corazón todo fiel cristiano; pues sin todo el aparato exterior de sacrificios, libaciones y holocaustos, que ordenó Dios en el levítico observaran los judíos, debía ir acompañado de aquel espíritu interior, sin el cual no hay religión, ¿entando más en la ley de gracia deberemos adorar al Señor en espíritu y verdad? En ella la realidad ha sucedido á las figuras y á las sombras, y en lugar de la letra que mata, según el Apóstol, ha adoptado el espíritu que vivifica; ha abolido, digo, la circuncisión judaica, pero sin abolir la cristiana; tanto más excelente, cuanto lo es la ley nueva respecto de la de Moisés. Esta circuncisión evangélica consiste en la mortificación de los sentidos y en el desprendimiento del espíritu del mundo.

La circuncisión del corazón consiste principalmente, según los Padres, en la destrucción del hombre animal, y en la mortificación

de esta concupiscencia, que el Apóstol llama *cuerpo del pecado* (1); de esta ley de los miembros, que se opone á la del espíritu; de este horno de Babilonia, como se explica San Cipriano, cuyas vivas llamas causan notable ruina á nuestras almas. Los infantes eran circuncidados, dice este Padre, para que la sangre corrompida de Adán, que corria por sus venas, fuese purificada por la que derramaban en aquella santa ceremonia; y para que por medio de esta primera prueba de sufrimiento, que se les hacía sentir desde la cuna, aprendiesen á combatir el placer de los sentidos por medio del dolor y la austeridad de una vida mortificada.

He aquí, señores, en suma, la idea de la circuncisión interior que os predico, cuya obligación no es menos urgente que lo era la exterior ó judaica en la ley de Moisés. Echad la vista sobre las páginas del Evangelio, y las hallaréis sembradas de pruebas de esta verdad. *El que no lleva mi cruz*, dice el Salvador (2), *no es digno de mí.* El Apóstol nos dice, *que la viuda que vive en delicias, está muerta* (3); nos intima asimismo, que *mortifiquemos nuestros miembros sobre la tierra* (4); y el castigo rigurosamente su cuerpo, y lo reduce á servidumbre (5). Declara, en fin, que todos los discípulos de Jesucristo deben crucificar su carne con sus concupiscencias: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitis et concupiscentiis* (6).

Además, ¿cuál fué el pecado de aquella ciudad abrasada con fuego del cielo? decía Ezequiel á la casa de Judá. Hijas del siglo, que os lisonjeáis de poder hermanar esta vida muella y sensual, en que estáis sumergidas, con el nombre de cristianas, oid con estremecimiento las terribles palabras de este profeta: ¿Cuál fué la iniquidad de esta ciudad, cuyo nombre solo causa horror, sino el orgullo y exceso de las mesas, la abundancia y ociosidad de sus hijas? Ellas no alargaban su mano al indigente y al pobre; se llenaron de soberbia, y cometieron abominaciones en mi presencia (7).

¿Con cuánta razón, pues, podria yo renovar el lamento de Jeremias, cuando dice que todos los de la casa de Israel son incircuncisos de corazón! ¡Insaciable concupiscencia! tú exaltas la ambición de éste; tú obras secretamente bajo la aparente modestia del otro; tú nutres la envidia oculta de los unos; tú fomentas el orgullo de los grandes, y causas las murmuraciones del plebeyo; tú... Para corregir estos crímenes, clama la Iglesia en este día: *la gracia de nuestro Salvador se ha manifestado, para que renunciando de la impiedad, y de*

(1) *Rom.* c. 6, v. 6. (2) *Matth.* c. 10, v. 38. (3) *I. Timoth.* c. 5, v. 6. (4) *Colos.* c. 3, v. 5. (5) *I. Cor.* c. 9, v. 27. (6) *Galat.* c. 5, v. 24. (7) *Ezech.* c. 17, v. 49 et 50.

seos del siglo, vivamos sobrios y castos, circuncios de corazón y en perfecta caridad.

¿Pero qué mundo es éste, podrá decir alguno, cuya renuncia y desprendimiento tantas veces se proclama, y a quien Jesucristo en su Evangelio cubre de anatemas? Oíd a San Agustín. Este mundo, dice, es la reunión de los amadores del mundo. Este mundo es todo aquello que puede tener en nuestro corazón el lugar que debe ocupar sólo Dios. Mundo criminal! mundo réprobo! mundo por el cual no oró Jesucristo. ¿Mas cómo conoceremos, añadís, si amamos este mundo detestable? Ah! nada más fácil, señores. Los que vivís en una condición mediana, suspiráis y anheláis por las grandezas y honores que no poseéis? Vosotros sois de este mundo. ¿Meditáis con amargura los caminos de enriqueceros y elevaros? Vosotros sois de este mundo. ¿Os dejáis arrastrar de las pompas y vanidades del siglo? Vosotros sois de este mundo. ¿Estáis prontos á aceptar la persona del rico en perjuicio del pobre, ó miráis con desprecio á los que yacen en oscuridad y hajeza? Vosotros sois de este mundo. ¿Miráis con desprecio á los que han renunciado de las pompas del siglo, de sus vanidades y diversiones profanas? Vosotros sois de este mundo. ¿Incensáis á los ídolos que os habéis formado en vuestras pasiones, ó hincáis una rodilla á Dios y otra á Baal? Vosotros sois miembros de este mundo réprobo, y vuestra aparente justicia, vuestro celo estoico es objeto de abominación á los ojos de Dios, y sólo á propósito para conducirlos al abismo. Vosotros sois arboles infructuosos y estériles; ocupáis en vano la tierra, y á pesar de vuestra frondosidad aparente y exterior religioso, sólo sois apios para el fuego eterno.

Temblad pues los que aplicados únicamente á las observancias exteriores de la Religión y celosos de vuestras tradiciones, violáis el gran precepto del amor divino, que prohíbe expresamente servir á dos dueños, porque el Señor nuestro Dios es muy celoso de su honra, y á nadie cede su gloria. Vendrá un día en que esta cizaña desgraciada, que tan profundas raíces ha echado en el campo de la Iglesia, será atada en manos y arrojada por pábulo de las llamas eternas, al paso que el buen grano será encerrado en los graneros del padre de familias.

Mas para obtener esta felicidad y evitar el último fallo de la cizaña, es necesario, señores, que circuncidéis vuestro corazón por la penitencia, por la renuncia del mundo réprobo, de sus pompas, vanidades y soberbia de la vida. Este es el sacrificio que debéis hacer, teniendo presente á Jesucristo, que recibe en este día la mortificación de la circuncisión judaica, para instruirnos en los cargos que impone

la ley evangélica. Ni perdamos de vista, que recibiendo el nombre de Jesús, que se interpreta Salvador, derrama las primicias de su preciosa sangre, para enseñarnos á cumplir los deberes de cristianos, que votamos en el sacro bautismo, como cumplió el mismo las obligaciones de Mesías. Segunda reflexión, que expondré con la brevedad posible.

El hombre nuevo empieza á nacer dentro de nosotros por el bautismo, y tenemos obligación de perfeccionar continuamente este nuevo hombre, que el primero de los sacramentos ha formado en nuestras almas. Por esto es llamado sacramento de la regeneración. Para hacernos conocer Jesucristo su indispensable necesidad, nos dice que *el que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de Dios* (1); y esta es la razón, por que el Apóstol llama hijos engendrados en Jesucristo á los que habia convertido á la fe.

Aquel Espíritu que apareció sobre la cabeza del Salvador, cuando fué bautizado en el Jordán, denotaba que en este sacramento recibiríamos algo de su plenitud. Así lo vaticinó Ezequiel diciendo (2): *derramaré sobre vosotros aguas puras, que purificarán vuestras manchas, y recibiréis un espíritu y un corazón nuevo*. Este nuevo espíritu que se nos confiere en el bautismo, estaba, según los Padres, figurado en la circuncisión.

Mas aunque la comunicación del Espíritu se haga en esta medida, y la mano de Dios imprima estos caracteres en el hombre nuevo, que llama á la gracia del bautismo, es necesario que nosotros por medio de la fidelidad á esta gracia nos perfeccionemos en este principio de nueva criatura, hasta adquirir el grado de aumento y de fuerzas, que constituyen al hombre interior en su plenitud, y digno de que Jesucristo sea enteramente formado en el alma, conforme á la sentencia del Apóstol.

Según estos principios, que son los de nuestra Religión, los que extinguendo en sí mismos este espíritu santo, *no sembrán sino en la carne, sólo recogerán de la carne la corrupción*, que es su efecto; y por el contrario, como se explica San Pablo (3), *los que sembraren en este espíritu, recogerán la vida eterna, de la cual es germen*. Llamo sembrar en espíritu, hacer que en nuestro corazón el espíritu triunfe de la carne, el Evangelio del mundo, la Religión de las máximas del siglo, Jesucristo del demonio, la gracia de la concupiscencia. Esta carne, este mundo, esta concupiscencia son el hombre viejo, que es necesario destruir. Este espíritu, este Evangelio, esta Religión son el

(1) Joann. c. 3, v. 5. (2) Ezech. c. 36, v. 25. (3) Galat. c. 5, v. 8.

hombre nuevo, que es menester edificar. A esto se reduce todo el cristianismo, y este es el gran sacramento de la voluntad de Dios en orden á nuestra salud. Quiere, pues, que, conducidos por el espíritu de Jesucristo y del Evangelio, cautivemos el entendimiento en obsequio de la fe, y la voluntad en obsequio de la ley, para darnos alguna parte en la obra de nuestra santificación. He aquí los principales deberes que estamos obligados á desempeñar en calidad de cristianos, para imitar á Jesucristo, que cumplió cabalmente las obligaciones anexas al nombre de Jesús.

Como este adorable nombre debía producir la mayor gloria de la Iglesia, determinó Dios se compusiese del suyo propio *Tetragrammaton*, el cual era figurado y representado del modo más brillante en la ley de Moisés. El estaba escrito con letras de oro sobre el racional del sumo pontífice. A este únicamente era permitido entrar en el Sancta sanctorum, y pronunciar una vez al año el sagrado nombre de *Jehová*, entre tanto que los sacerdotes y todo el pueblo prostrados oían este nombre venerable con un estremecimiento religioso. Este santo nombre, designado por el Profeta, fué llevado del cielo á la tierra por San Gabriel, cuando anunció á María la encarnación del Verbo; y el Salvador del mundo lo recibe hoy en el templo con la ceremonia de la circuncisión, figura del bautismo, donde todos los hijos de la Iglesia participan de este bello nombre, recibiendo el de cristianos.

Jesucristo, asimismo, después de haberlo hecho célebre en la Judea por los oráculos de su doctrina, por las maravillas y santidad de su vida, quiso llevarlo sobre la cruz, signo de sus trofeos y victorias; esto es, quiso que este santo nombre, escrito en tres lenguas originales, le diese á conocer á todas las naciones del mundo que se hallaron presentes al espectáculo de su muerte. Aquí fué donde el demonio creyó haber triunfado, pues viéndote crucificado y cubierto de ignominia entre dos ladrones, se persuadió haber borrado la gloria del Redentor entre los hombres. Mas ¡oh! ¡cuán vanas fueron sus esperanzas! Sobre esta cruz adorable consiguió la más completa victoria de todos sus enemigos. Aquí, en efecto, el nombre de Jesús entre los clavos, las espinas, las heridas y la sangre, apareció con más esplendor que entre el oro, las perlas y pedrería del racional del sumo sacerdote. El sol eclipsado en este momento, el choque de las piedras, el velo del templo rasgado de alto abajo, los muertos resucitados, hicieron decir á los testigos de estos prodigios: verdaderamente este Jesús era el Hijo de Dios: *Fere Filius Dei erat iste*. El horror del sepulcro parece debía abolir este glorioso nombre, que no había po-

dido deshonrar el oprobio de la cruz. Mas la resurrección, manifestada á todos sus discípulos y predicada bien presto en Jerusalén, puso en todo su esplendor el nombre de Jesús. En vano los fariseos y sacerdotes prohiben á los apóstoles que lo prediquen al pueblo. Ellos salen de la sinagoga llenos de gozo, por haber sido dignos de padecer oprobios y afrontas por el nombre de Jesús.

Pero no basta que este divino nombre triunfe en Jerusalén. Saulo, que sólo respira persecución, venganza y suplicios contra los adoradores de Jesús, cae en el camino de Damasco al eco de una voz que le dice: *yo soy Jesús, á quien tú persigues*. ¡Ah! qué mutación tan extraña! La boca de este apóstol de las gentes viene á ser en lo sucesivo un vaso de elección, escogido para llevar este nombre sagrado delante de los reyes y naciones, que debían rendirle homenaje. Este nombre celestial, anunciado por los apóstoles, resuena en breve desde el Oriente al Occidente, y del Aquilón al Mediodía. En vano las potestades del mundo y del infierno pretenden abolir su memoria: *Eradamus nomen ejus de terra*. Este nombre victorioso de todos sus adversarios, sale de la boca de una infinidad de mártires, testigos fidedignos de su divinidad. Los príncipes de las naciones se conjuran contra su Señor y contra su Cristo, que desde la diestra del Padre se burla de los proyectos de sus enemigos.

¡Oh adorable Providencia! ¿qué ocultos son tus caminos! ¿qué investigables tus sendas! ¿Quién vió jamás que donde son más los muertos, sea mayor el número de los vencedores? La sangre de los mártires, decía Tertuliano, era abundante germen de nuevos cristianos, y el nombre de Jesús, derramado sobre la tierra como un óleo sacro, hizo enmudecer á los demonios, que pretendían sepultarlo en el olvido. El Padre celestial, pues, para relevar á su Unigénito de la profunda humillación á que se sujetó circuncindándose, le dió un nombre superior á todo nombre, disponiendo que en su presencia se postrasen los cielos, la tierra y los abismos (1). Nombre verdaderamente adorable, que después de haber puesto en derrota completa á los demonios, nos hace invencibles en los combates de la religión: nombre inefable, en cuya virtud hicieron tan grandes conquistas los apóstoles: nombre divino, que fortaleció á tantas vírgenes delante de los tiranos, haciéndolas incorruptibles y superiores á toda violencia: nombre en fin que ha poblado de anacoretas los desiertos, de penitentes los claustros; y que se ha extendido sobre la faz del universo para iluminar á los que yacen en tinieblas, y entre las sombras de la muer-

(1) *Philip.* c. 2, v. 9 et 10.

te eterna. Así cumplió Jesús con los deberes de Mesías y Salvador del mundo, con arreglo a la voluntad de su eterno Padre.

Resta, hermanos, que nosotros le imitemos observando exactamente las obligaciones de cristianos, y que por medio de una circuncisión espiritual, mortifiquemos nuestra carne y la reduzcamos a servidumbre con la oración, el ayuno y la penitencia. Para esto es necesario proponernos por modelo la vida de Jesucristo, y que su adorable nombre resuene siempre en nuestro corazón y en nuestros labios; porque, como nos enseña San Pedro (1), no se nos ha dado otro nombre que el de Jesús para ser salvos. ¡Felices de nosotros si este sagrado nombre viene a ser nuestra fuerza y nuestra dulce esperanza en la hora de la muerte! Honrado pues como fieles cristianos en esta vida, para gozar de Dios en la eterna. *Amén.*



EL NOMBRE DE JESÚS

IMPUESTO EN LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer, vocatum est nomen eius Jesus.

Después que cumplieron los ocho días, para que se circuncidara el Niño, se llamó su nombre Jesús.

(S. Luc. c. II, 21.)

Comprendió en pocas palabras el Santo Evangelista San Lucas, la santa y venerable solemnidad de este día, diciendo: *Después que se consummaron, esto es, se completaron, los ocho días, para que se circuncidara al Niño, se llamó su nombre Jesús.* En estas palabras comprendo dos nobilísimos misterios; pues en esta brevisima oración descen-

(1) Actos. c. 4, v. 12.

dió la circuncisión del Señor y su nombre gloriosísimo; y de ellos os he de predicar yo en el Sermon de este día. ¿Mas de dónde podré tomar el principio de mi oración, de donde copia de decir, si el Espíritu del Eterno Padre no me sugiere lo que tengo de hablar, rige mi mente y agita mi lengua, para que pueda exponer el misterio de la Circuncisión, y el grande y magnifico nombre de Jesús, impuesto desde la eternidad? Pues todos a una ¡imploremos con humildad su auxilio por la intercesión de la Sacratísima Virgen. *Ave María.*

Hermanos míos, al tratar de la circuncisión del Señor, lo primero que se nos ocurre preguntar es, por qué causa quiso ser circuncidado. Tres principalmente fueron las causas por que este inocentísimo Señor quiso este cauterio, o bien remedio del pecado. La primera, como dice el Apóstol, por la verdad de Dios para confirmar las promesas de los padres. Se había prometido a los padres un redentor de su raza ó semilla, cuando á Abraham y su posteridad se dijo (1): En tu semilla serán bendecidas todas las gentes de la tierra. Pues para que constara claramente, que Cristo descendía de la raza de Abraham, debió ser circuncidado, que era el símbolo ó señal de su posteridad, para que de este modo finalmente constara con toda claridad la verdad de la promesa divina. Y cumplida esta promesa de Dios, no hay ya causa por que estemos nosotros obligados á la ley de la circuncisión. Porque, como ella fué instituida en señal de la promesa divina, debió ciertamente cesar, cumplida esta promesa; al modo que vemos que se devuelven las prendas y se rasga la escritura del resguardo, cuando se paga aquella deuda que se contenía en el recibo. Pues esta fué la primera causa de la circuncisión del Señor.

Fuó la segunda; porque nuestro Salvador apenas había nacido, cuando se dignó dar principio felizmente á su oficio de Salvador, el cual se había de proporcionar con el derramamiento de sangre. Porque al modo que los mercaderes que compran mercancías preciosas, antes de pagar todo su importe, ofrecen alguna parte de su precio, ya en solución de la deuda, y ya en señal de la paga futura, así claramente este mercader celestial, que había venido al mundo con el fin de redimir nuestras almas de la cautividad del diablo, hoy recién nacido, derramando su sangre, lo uno ofreció el precio de nuestra salud, y lo otro dió señal de la futura paga. Porque cuál había de ser en adelante este infante lo declaró hoy. ¿Para qué esta tan apresura-

(1) Gen. c. 22.

da celeridad. Jesús y Señor? ¿Por qué tanto te aceleras á derramar tu sangre? ¿No podías esperar un poco más para que tuvieras mayor copia de sangre que ofrecer y más robusta la firmeza de tu cuerpo, para que por causa nuestra pudieras sufrir los trabajos? ¿Tan pronto eliges el pescire duro, el humilde establo y la cruel llaga del cuerpo, el odio de Herodes, la huida á Egipto, el destierro y morada entre los extraños? Cuánto te adaptan aquellas palabras del profeta (1): pobre soy yo, y en trabajos desde mi juventud, y aun desde mi infancia. ¿Que harás en una edad y fuerzas mayores, cuando de recién nacido eliges de tu voluntad tantos trabajos?

Consideren esto los que dilatan su conversión á los últimos espacios de su vida, y desistiendo toda su juventud á los deseos juveniles é inútiles cuidados, guardan para Dios la última parte de la vida. Dime, te ruego, quién te dio la postad sobre los días y tiempos, para que pudieses destinar ciertos espacios de tu vida ahora en unos usos y luego en otros? ¿Por cuánto no temas que anidando en este ánimo, te se diga aquello que se dijo á aquel, que deliraba del mismo modo y contaba así los espacios de su vida (2): necio, esta noche te pedirán tu alma: lo que has preparado, de quién será?

Mas no quiero tratar con vosotros con razones. Para mí me basta poner á vuestra vista el ejemplo de nuestro Salvador. Si este infante Señor de los cielos y de los ángeles, y que no tenia necesidad ni del cielo, ni de la tierra, ni de los obsequios de los ángeles, ni de los hombres y á quien nada se le podía acrecer por el trabajo de esta tan grande obra; sin embargo, por su excesiva caridad para con el linaje humano, desde la cuna y pechos de su madre comenzó á tratar el negocio de nuestra salud, á purgar nuestros delitos, y para lavarlos derramar su sangre y fatigar sus miembros tiernos con todo género de trabajos, y pagar las penas que no merecían, como nosotros, cuya causa se trata, cuyos pecados se lavan y á quienes viene toda su utilidad de esta obra tan grande; cómo, vuelvo á decir, vivimos tan relajada y perdidamente, despreciamos tanto los beneficios divinos, estamos tan ciegos y entorpecidos para entender estos tan profundos misterios y ocultos Sacramentos, somos tan rebeldes é ingratos para con Dios, tan cruces y enemigos de nosotros mismos, cuando desatendemos y despreciamos con prodigalidad nuestra salud, que se adquirió á costa de tantos trabajos de Cristo y nos ofrece de balde? ¿Qué cosa puede haber, ni más demente ni más detestable? ¿Por que de este solo argumento no coliges, miserable, cual negocio sea aquel,

(1) *Psalm. 87.* (2) *Luc. c. 12.*

por el cual la virtud misma y sabiduría de Dios trabaja y suda tanto y tan largo tiempo? Pues esta causa segunda de la circuncisión del Señor nos da materia de un justísimo temor.

A estas dos causas se añade la tercera, y es, que de este modo el Señor nos quiso dar un ejemplo efficacísimo de su profunda y alta humildad. Porque aunque toda su vida fué un cierto absolutismo ejemplar de humildad, con todo, nunca acaso se anonadó y abatió tanto aquella suprema majestad. Porque en su encarnación es cierto que se abatió tanto, que tomó la imagen de hombre; mas aquí marcado con el canterio del pecado, tomó la imagen del pecador. Y aunque en el bautismo mostró también la imagen de pecador, cuando quiso como impuro bautizarse entre los pecadores (1); con todo, en aquel tiempo se abrieron sobre él los cielos, y se oyó la voz del Padre, y descendiendo sobre el Espíritu Santo en especie y figura de paloma, declaró su inocencia y pureza de paloma (2). También en su pasión, aunque mostró la forma de un pecador y criminoso, cuando el Cordero inocentísimo estuvo pendiente y puesto en la cruz entre facinerosos y ladrones, sin embargo, estando así crucificado, el cielo se cubrió de unas horribles tinieblas, la tierra tembló; las piedras se partieron y todos los elementos dieron inuestras lagubres de dolor y tristeza. De aquí sucedió, que muriendo de esta conformidad no faltaron quienes dijeron: verdaderamente este hombre era justo; esto es, está muy distante de la forma e imagen de pecador en que se nos presenta. Y así casi nunca se abatió en esta conformidad el Señor, porque inmediatamente los prodigios celestiales declararon con magnificencia su gloria y su inocencia. Mas la circuncisión, que es señal de pecado, no se ilustra con milagro alguno. Pues considerad, hermanos, cuánto es lo que aquella suma rehsitud se abatió por causa nuestra. Lo sumo que hay en el mundo es Dios, el cual es sobre todas las cosas; y lo infimo el pecado, que está bajo de todas ellas. Y porque era imposible que el Señor se abatiera hasta el pecado, sin embargo descendió lo más proximo que pudo á él, respecto de que aquel que no podía ser pecador, tomó la imagen de pecador. Porque así como la cisura ó cortadura de orejas muestra al ladrón, y el sambenito, ó vestidura que usan los herejes penitenciaricos, declara el pecado de perfidia, así claramente la circuncisión aclama y publica pecador y pecador. Pues qué más se pudo inclinar aquella suma majestad, que llevar el traje y señales de pecador, el que estaba lejos de todo pecado? Pues porque la enfermedad del linaje humano habia comenzado por la soberbia, su medicina debió salir de la humildad.

(1) *Matt. c. 3.* (2) *Luc. c. 23.*

Pero aunque en la circuncisión del Señor faltaron (como se ha dicho) los milagros, y no se ilustró con ellos, sin embargo no careció del premio que era debido á esta tan grande humildad. Este premio lo declara el nombre de glorioso que por orden y autoridad de Dios se le impuso este día, el que significa Salvador. La gloria de este nombre y su oficio lo declara el Apóstol á los filipenses cuando dice (1): Dios lo exaltó y le dió nombre, el cual es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús hinquen las rodillas los del cielo, los de la tierra y los del infierno. Aquel, pues, que se humilló bajo todas las cosas, y se hizo el novísimo, esto es, el más ínfimo de todos los hombres, debió ciertamente ser exaltado sobre todas ellas; de manera, que cualesquiera que estén ó en el cielo ó en la tierra, confiesen su gloria, prediquen sus alabanzas, y atribuyan á él la salud recibida. Porque los que están en el cielo por el son bienaventurados, y los que son justos en la tierra, son tales principalmente por su gracia y sus méritos. Y los que estando en el purgatorio esperan la vida y el descanso, ciertamente que por sus méritos lo esperan. Porque así como ninguna estrella resplandece en el cielo que no reciba su luz del sol, así ninguno ni en el cielo ni en la tierra es justo que no reciba de este sol de justicia la claridad de su virtud y santidad. Porque de su plenitud, como de una fuente inagotable de todas las gracias, hemos bebido todos. Por tanto es una cosa justa y debida, que todos cuantos han sido por él santificados, enriquecidos, ennoblecidos y destinados á la vida eterna, sean los que ya están en el cielo, ó los que todavía están en la tierra, todos alaben, prediquen, veneren este nombre, y le hinquen las rodillas, no solamente del cuerpo, sino también del corazón.

Pero acaso preguntará alguno: ¿por qué al solo nombre de Jesús hincamos la rodilla, y no también á otros nombres suyos, que son muchos y magníficos? Porque Jesucristo se llama también Hijo de Dios, y San Juan en su *Apocalipsis*, dice (2), que su nombre es el Verbo de Dios. ¿Por qué, pues, no hincamos la rodilla á estos sus nombres tan ilustres, y sí al nombre de Jesús? A esto, pues, responde, cierto teólogo, que esta señal y muestra de honor se da á Jesucristo, no solo por reverencia, sino en significación de un ánimo agradecido por el beneficio de nuestra redención y de nuestra salud (3). Pero en los otros nombres de Jesucristo se denota sola la gloria de Jesucristo, y no nuestra salud. Porque ser el Verbo de Dios; y el Hijo de Dios, y el rey ungido, pertenece principalmente á su gloria. Mas el nombre de

(1) *Philip.* c. 2. (2) *Cap. I6.* (3) *Alex. de Alex.*

Jesús suena Salvador, en el cual nombre se contiene su gloria y nuestra salud, y por esto con razón á este saludable nombre nos levantamos é hincamos la rodilla, reverenciando y venerando la majestad divina, y dándole gracias por la salud que nos dió por su sagrado nombre. Este nombre muestra y lleva en sí la salud, el remedio y perdón de los pecados y la gracia; y así atraída la esposa de la dulzura de este nombre, decía en los cantares (1): aceite derramado tu nombre, por esto las jovencillas te amaron. ¿Por qué amaron? Porque en este nombre saludable de aceite conocieron la justicia, la gracia, la gloria, y la eterna salud y felicidad que les dió Jesucristo. En este lugar San Bernardo, entre otras muchas cosas, dice: que se debe advertir y considerar, que siendo dobles ó de dos maneras los nombres de Dios, unos que significan la majestad, otros la misericordia; Cristo Señor, disimulando la majestad, se apropia los nombres de la misericordia, cuando no solamente quiso llamarse Jesús, sino también Manuel, esto es, Dios con nosotros. Antiguamente éste repetía con frecuencia en la ley estas palabras: yo el Señor, yo el Señor, que ponían miedo á los hombres: ahora se complace en el nombre de padre, y así nos manda que en la oración le llamemos padre. Pero ¿qué es lo que dice que este nombre es aceite derramado? ¿Qué hay que extrañar, dice el mismo San Bernardo, el que el nombre sea derramado, si el también fué derramado? ¿Qué caro el aceite! ¿cuán vil! Vil, pero saludable. Y así como vil, se derrama, pero como saludable, sana. Pero consideremos por qué este nombre se compare al aceite. A saber, porque entre el nombre de Jesús y el aceite hay alguna similitud en algunas cualidades del aceite: estas son, que luce, que apacienta, que unta. Porque fomenta la luz, nutre la carne, y mitiga el dolor. Es, pues, luz, comida, medicina. ¿Por ventura todo esto no nos lo da el nombre de Jesús? ¿Por ventura el mismo no se llama luz del mundo, pan vivo, y médico de los enfermos? ¿Qué cosa, pues, más saludable que este nombre? ¿Qué más amable? ¿Qué más suave? Esta snavidad al fin parece habia experimentado San Bernardo, cuando decía: ¿qué es Jesús, sino miel en la boca, melodía en el oído y júbilo en el corazón?

Pues si con tanta religión y piedad se ha de venerar este nombre saludable, de qué castigo se hacen dignos todos aquellos, que con tanta desvergüenza abusan de la majestad de él, cuando á cada paso por cosas de ningún momento juran y perjuran: no solamente los hombres sino también las mujeres, y por el mal ejemplo de éstos los

(1) *Cant.* c. 1.

niños y los infantes, que sabiendo apenas hablar claro, saben ya jurar y perjurar, porque lo aprendieron de sus padres. Mucho es de temer á la verdad que tengan compañeros en la pena, á los que tuvieron maestros del error. Antiguamente en la ley nadie osaba tomar en su boca el nombre de Dios de cuatro letras, sino el sumo sacerdote, y esto en el templo, y en día solemne, y vestido de las vestiduras sagradas; y ahora no se avergüenzan aun los niños y niñas hollar y ensuciar frecuentemente este nombre venerable, por el cual vino la salud al mundo; San Francisco antes de su muerte hizo testamento, en el cual dejó á sus hijos ciertos preceptos familiares que habian de observar, entre los cuales se cuenta éste principalmente. En cualesquiera parte que se encuentren los santísimos nombres de Dios, quiere que se cojan y se coloquen en un lugar honesto. ¡Ved, os ruego, qué cuidado solicitaba á la hora de su muerte el pecho de este varón santísimo! Porque, olvidado en cierto modo de sí, estaba solícito de la reverencia que se había de dar á este sagrado nombre. Mas nosotros, miserables, á ninguna otra cosa cuidamos menos, acaso porque todavía no hemos perdido aquella salud, que vino y se trajo al mundo por este nombre. Ruegos, hermanos, respecto de que hoy es el día primero de este año, y día festivo de este sagrado nombre, que por reverencia siya cada uno proponga en su interior firmemente el abayentac muy lejos de sí, de sus hijos y demás familia esta injuria del divino nombre; y de él en adelante usemos como un socorro común y general para todas nuestras miserias, y no para confirmación de nuestras mentiras. El modo como hemos de invocar este nombre nos lo enseña San Agustín con su ejemplo, en estas palabras: ¿Qué es Jesús, sino Salvador? Luego por tí mismo sedme Jesús. No quieras, Señor, no quieras atender el mal mio, de modo que te olvides del bien tuyo. Oh buen Señor, aunque yo he cometido culpas, por las que me podéis condenar, tú no has perdido por eso por donde puedes y sueles salvar. Así, pues, sucedera que valiéndonos religiosamente del socorro de este nombre, no para abuso de jurar, sino de pedir auxilio, mereceremos finalmente conseguir por él la salud eterna y la gloria de la inmortalidad.

DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS

In nomine Jesu omnia gesta fiuntur caelestium, terrestrium et infernorum.
Al nombre de Jesús toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en los infernos.

(S. PABLO Á LOS FILIP., c. 2, v. 10.)

¡Con cuánta energía expresan las sagradas páginas, y en especial los libros proféticos, las excelencias y grandezas del santo y adorable nombre de Dios! *Adonai, Jehová, Sabaoth*; ¡qué nombres tan magníficos! ¡qué nombres tan respetables! ¡qué nombres tan terribles! Parece oír todavía el eco formidable del Señor, cuando dirigiéndose á Moisés, candelero y conductor del pueblo escogido, le decía: *Yo soy el que soy; es, pues, y di á los hijos de Israel, que el que es por esencia, te envía á ellos* (1); *yo soy el Dios que apareció á Abraham, Isaac y Jacob, y que aún no les he manifestado mi nombre terrible de Adonai* (2).

Pero estos nombres tan sublimes y otros muchos que se hallan esparcidos en el antiguo Testamento, sólo parece estaban destinados á dar á los hombres una idea del poder, de la magnificencia, del furor y de la justicia de un Dios irritado por los crímenes, con que toda la tierra se hallaba contaminada. Todavía no se había manifestado sino un Dios de venganza, como le llama el Profeta rey, un Dios celoso que castigaba con mano fuerte los delitos de los padres en sus hijos hasta la cuarta y quinta generación. No había llegado aun la plenitud de los tiempos, en que el Eterno había de enviar á su Unigenito hecho hombre, para librar á los hombres de la ley de esclavitud, en que habían incurrido por la culpa. Por eso al aproximarse este día venturoso, en que el Verbo ó la Palabra eterna debía aparecer sobre el hemisferio como un Dios de amor y de indulgencia, ya los profetas se apresuraron á pintar al Deseado de las naciones con los nombres más ilustres, y que bosquejaban, aunque imperfectamente, la misión sublime

(1) *Ezod.* c. 5, v. 14. (2) *Ezod.* c. 5, v. 3.

niños y los infantes, que sabiendo apenas hablar claro, saben ya jurar y perjurar, porque lo aprendieron de sus padres. Mucho es de temer á la verdad que tengan compañeros en la pena, á los que tuvieron maestros del error. Antiguamente en la ley nadie osaba tomar en su boca el nombre de Dios de cuatro letras, sino el sumo sacerdote, y esto en el templo, y en día solemne, y vestido de las vestiduras sagradas; y ahora no se avergüenzan aun los niños y niñas hollar y ensuciar frecuentemente este nombre venerable, por el cual vino la salud al mundo; San Francisco antes de su muerte hizo testamento, en el cual dejó á sus hijos ciertos preceptos familiares que habian de observar, entre los cuales se cuenta éste principalmente. En cualesquiera parte que se encuentren los santísimos nombres de Dios, quiere que se cojan y se coloquen en un lugar honesto. ¡Ved, os ruego, qué cuidado solicitaba á la hora de su muerte el pecho de este varón santísimo! Porque, olvidado en cierto modo de sí, estaba solícito de la reverencia que se habia de dar á este sagrado nombre. Mas nosotros, miserables, ninguna otra cosa cuidamos menos, acaso porque todavía no hemos perdido aquella salud, que vino y se trajo al mundo por este nombre. Ruegos, hermanos, respecto de que hoy es el día primero de este año, y día festivo de este sagrado nombre, que por reverencia siya cada uno proponga en su interior firmemente el abnyentac muy lejos de sí, de sus hijos y demás familia esta injuria del divino nombre; y de él en adelante usemos como un socorro común y general para todas nuestras miserias, y no para confirmación de nuestras mentiras. El modo como hemos de invocar este nombre nos lo enseña San Agustín con su ejemplo, en estas palabras: ¿Qué es Jesús, sino Salvador? Luego por tí mismo sedme Jesús. No quieras, Señor, no quieras atender el mal mio, de modo que te olvides del bien tuyo. Oh buen Señor, aunque yo he cometido culpas, por las que me podéis condenar, tú no has perdido por eso por donde puedes y sueles salvar. Así, pues, sucedera que valiéndonos religiosamente del socorro de este nombre, no para abuso de jurar, sino de pedir auxilio, mereceremos finalmente conseguir por él la salud eterna y la gloria de la inmortalidad.

DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS

In nomine Jesu omnia gesta fiuntur caelestium, terrestrium et infernorum.

Al nombre de Jesús toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en los infernos.

(S. PABLO Á LOS FILIP., c. 2, v. 10.)

¡Con cuánta energía expresan las sagradas páginas, y en especial los libros proféticos, las excelencias y grandezas del santo y adorable nombre de Dios! *Adonai, Jehová, Sabaoth*; ¡qué nombres tan magníficos! ¡qué nombres tan respetables! ¡qué nombres tan terribles! Parece oír todavía el eco formidable del Señor, cuando dirigiéndose á Moisés, candelero y conductor del pueblo escogido, le decía: *Yo soy el que soy; et, pues, y di á los hijos de Israel, que el que es por esencia, te envía á ellos* (1); *yo soy el Dios que apareció á Abraham, Isaac y Jacob, y que aún no les he manifestado mi nombre terrible de Adonai* (2).

Pero estos nombres tan sublimes y otros muchos que se hallan esparcidos en el antiguo Testamento, sólo parece estaban destinados á dar á los hombres una idea del poder, de la magnificencia, del furor y de la justicia de un Dios irritado por los crímenes, con que toda la tierra se hallaba contaminada. Todavía no se habia manifestado sino un Dios de venganza, como le llama el Profeta rey, un Dios celoso que castigaba con mano fuerte los delitos de los padres en sus hijos hasta la cuarta y quinta generación. No habia llegado aun la plenitud de los tiempos, en que el Eterno habia de enviar á su Unigenito hecho hombre, para librar á los hombres de la ley de esclavitud, en que habian incurrido por la culpa. Por eso al aproximarse este día venturoso, en que el Verbo ó la Palabra eterna debia aparecer sobre el hemisferio como un Dios de amor y de indulgencia, ya los profetas se apresuraron á pintar al Deseado de las naciones con los nombres más ilustres, y que bosquejaban, aunque imperfectamente, la misión sublime

(1) *Ezod.* c. 5, v. 14. (2) *Ezod.* c. 5, v. 3.

que le confiaría su eterno Padre. *Se le dará*, dice Isaías (1), *el nombre de Admirable, de Consejero del Altísimo, Dios fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz.* ¿Podrán concebirse nombres más gloriosos? *Si*, dice el padre San Bernardo: *hay un nombre que incluye en sí todos esos nombres, y que es mucho mayor que todos ellos.*

¿Y cual es este nombre augusto? ¡Ah, católicos! no oséis pronunciarlo sin haber antes doblado vuestras cerviceras, sin estar poseídos de antemano de los sentimientos del más profundo respeto. ¿Y osará proferirlo mi lengua? ¡Ángel del cielo, emisario divino cerca de la corte del supremo Rey, tú que fuiste el enviado a los hombres para anunciarles aquel nombre, en que estaban vinculadas las esperanzas de todo el género humano, préstame tus auxilios! ¡*Jesús*! he aquí el nombre incomparable con que el mismo Eterno quiso fuese honrado, su unigénito Hijo; y el que el paranteo celestial indicó al afligido José, cuando, ocupado éste de los más tristes pensamientos acerca de su virginal esposa, le apareció y le dijo: lanza el temor, ahuyenta las sospechas que oprimen tu corazón; tu esposa dará á luz un hijo, á quien darás el nombre de *Jesús*, porque él es el que ha de salvar á su pueblo del cautiverio de la culpa (2). Luego este nombre es un nombre de salvación, nombre de paz, nombre de clemencia, nombre que á ningún otro pudo convenir, sino al eterno Verbo, puesto que él solo pudo llenar debidamente su significado y sostener su dignidad.

Y á la verdad, que un Josué fuese llamado Jesús, porque combatiendo al frente de soldados aguerridos, había de exterminar á los enemigos del pueblo de Dios, y establecer á éste en el patrimonio de sus mayores, poniéndole en posesión de la tierra prometida; que este nombre fuese dado al hijo de Josedeer, porque había de romper las duras cadenas con que vacía aherrado el pueblo judío en la ominosa cautividad de Babilonia; todos éstos, como ratiocina admirablemente el gran Tertuliano, no eran sino figuras destinadas á representar al verdadero Jesús; no eran sino imágenes de redención que alentaban y sostenían las esperanzas de los mortales, hasta que llegase el positivo y verdadero Redentor del género humano; y éste no era otro sino Jesús, hijo de María, á quien estaba reservado el despedazar el yugo del pecado, hajo el cual gemía el universo desde la prevaricación de su primer padre, exterminar el imperio del enemigo común de los hombres, y franquear á éstos las puertas del cielo, reintegrándolos en el goce de los derechos á la bienaventuranza que perdieron en el paraíso.

(1) *Isai.* c. 9, v. 6. (2) *Matth.* c. 1, v. 21.

No os admiréis ya, señores, si este nombre, á todas luces grande y magnífico, pudo formar las delicias de los hombres muchos millares de años antes que apareciese sobre el hemisferio el que con él debía ser condecorado en la plenitud de los tiempos. ¿Qué maravilla, pues, que el profeta Habacuc, atravesando las distancias inmensas de los siglos, se llenase de júbilo y rebosase de gozo al saber que el Verbo encarnado había de llamarse Jesús, pues que sabía bien que á el solo estaba reservada aquella obra grande, que él llamó por excelencia *el negocio de Dios*, y que debía realizarse en medio de los años? ¡Ah! que el Dios de las justicias (exclamaba) ostente todo el poder de su diestra en castigar al fementido Israel; que haga conmovier los fundamentos del orbe; que cubra la superficie del globo de la más espantosa infecundidad; que sus rayos vengadores llenen de terror á todas las naciones; yo siempre me alegraré en mi Dios y Señor, y me llenaré de júbilo en Jesús mi Salvador: *Ego autem in Domino gaudeo et exultabo in Deo Jesu meo* (1).

Así habló este santo profeta; ¿y qué podremos y deberemos decir nosotros de este nombre excelso? Digámoslo de una vez con San Pablo, repitiendo llenos de confianza, que el nombre de Jesús es un nombre superior á todo nombre, ante quien todos encorvan la rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos: *in nomine Jesu omne genua flectatur caelestium, terrestrium et infernorum*. Sin salir, pues, de estas palabras del Apostol, voy á deciros que el dulce nombre de Jesús forma las delicias del cielo, las esperanzas de la tierra y la confusión del infierno. Una sola y breve reflexion inclinará estos tres puntos, que os facilitarán el asunto de profundas meditaciones. Ayudadme á implorar los auxilios del Eterno por la mediación de la Virgen, saludandola con el angel. *Ave María*.

No me detendrá, señores, en probar que el nombre dulcísimo y adorable de Jesús forma las delicias del cielo. Para persuadirnos de esta verdad, basta que nos traslademos con el discípulo amado á la isla de Patmos, á presenciar aquella maravillosa vision que le fué manifestada, y que él refiere en los capítulos cuarto y quinto del *Apocalipsis*. Resagense repentinamente las azuladas bóvedas del cielo; una voz semejante al eco de una trompeta resuena en todos los ambitos de aquel sagrado recinto; y de repente he aquí un magnifico trono ocupado por un personaje; cuyo aspecto radiante asemejaba al jaspe y á las piedras preciosas de Sardia. Un iris de color de esme-

(1) *Habac.* c. 8, v. 18.

ralda sirve de escalab á este trono majestuoso; en su redor odoraprecen veinticuatro ancianos adornados de vestiduras, cuya candidez ofusca á la misma nieve, y ceñidas sus sienes de coronas de oro purísimo. Multitud prodigiosa de relámpagos salen del trono, y sus brillantes luces vienen á confundirse con los resplandores de los siete espíritus celestes que asisten en su presencia. La numerosa turba de ángeles que componen su corte, forman con el esplendor de su brillantez un mar transparente semejante á los más nítidos cristales. Animales misteriosos cubren con sus alas el solio y no cesan de repetir: santo, santo, santo, el Señor Dios omnipotente, el que era, el que es y el que ha de venir. En esto aparece á la diestra del que estaba sentado en el trono, un libro cerrado con siete sellos. Un ángel clama á grandes voces: ¿quién es digno de abrir el libro y de desatar sus siete sellos? Y ninguno podía ejecutarlo ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra. Cuando he aquí que un venerable anciano exclama de repente: ¡vence el león de la tribu de Judá, la raíz de David, que abraza el libro y desatará sus siete sellos! En efecto, un cordero se deja ver en medio del trono; toma el libro, lo abre, y á su vista precipítanse y caen prosternados delante del cordero los cuatro animales y los veinticuatro ancianos. La suavidad de los más exquisitos perfumes inunda el cielo; el melodioso acento de las harpas infunde un respetuoso silencio, y oyéanse por todas partes los cánticos armoniosos que repiten sin cesar: digno eres, Señor, de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste sacrificado y nos has redimido con tu sangre, y adquiriéndonos el reino celestial. A estos acontos respondían millares de millares de ángeles, de ancianos y de animales que decían en alta voz: digno es el cordero de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y bendición: y en el cielo, y en la tierra, y en el mar, no se oía sino gloria, honor, bendición y poder al cordero por los siglos de los siglos.

¿Dónde estoy, mi Dios? ¡Ah! fuerza es, católicos, despertar de este éxtasis maravilloso á que os he conducido, y preguntaros lleno de admiración: ¿pue habéis visto en este prodigioso rapto? ¿Cuál es ese libro misterioso que sólo es dado abrir al cordero, y quien ese cordero á quien se prodigan en el cielo tantos loores, y que llena de entusiasmo á toda la corte del Emperio? ¡Oh! no es posible lo ignoreis! Jesús, he ahí el cordero de Dios, el cordero sin mancha, que sólo pudo realizar por sí mismo los arcanos inefables del Eterno, encerrados en el libro de su infinita sabiduría; el sólo fué quien, sacrificándose y haciéndose víctima de propiciación por todo el género

humano, fué capaz de franquear á los hombres las puertas del cielo, que el pecado del primer hombre les habia cerrado para siempre; el fué en suma el único que pudo manifestar, abriendo el libro de la vida, aquel nombre que estaba escrito en el principio de sus páginas, según la frase de un profeta, que es el nombre de aquel á quien el Apóstol llama *cabeza de los predestinados*; nombre excelso, nombre grande, nombre divino, nombre dado por el Eterno en herencia á su unigenito Hijo; nombre al que se dirigen aquellos suaves cánticos que poco la tenían suspensa vuestra alma y absortos vuestros sentidos; nombre... ya lo dije, que forma las delicias del cielo. ¿Qué extraña, pues, que el forme también las esperanzas de toda la tierra?

Dulce es al arriesgado navegante, que ha perdido el rumbo y se mira hecho triste juguete de las encrespadas olas, viendo abiertos á su vista los abismos en que va á ser sumergido, llegar á percibir al través de un negro horizonte la tierra, que puede salvarle de una horrorosa é inevitable muerte. Dulce es al medroso caminante, que en medio de una lóbrega noche se halla descarrado en lo más espeso de un bosque, cuando á la repentina luz del relámpago descubre la senda que ha perdido y le conduce á su hogar deseado. Dulce es al anciano y afligido padre que, ausente del hijo único que formaba sus más puras delicias, logra sin cesar la pérdida de su cara prenda, llegar á recobrarle de repente al cabo de muchos años, hallándose, cuando muchos lo esperaba, estrechado entre sus tiernos brazos. Dulce es al misero cautivo, que desde su más tierna edad ha gemido en una hedionda mazmorra, donde está ya próximo á exhalar su último suspiro, sentir que se abren las puertas, y tocar la mano del hombre benéfico que sacándole de aquel sepulcro, le hace ver la luz, le alienta, le conforta y le conduce al seno de su cara patria. Y cuán dulce es para este miserable, cuando sus plantas llegan á pisar los umbrales de la casa do morán los que le dieron el ser, y que escuchado el semblante, arrasadas de agua sus mejillas y apoyada sobre un baculo su fragil existencia, ve aparecer á su tierna madre que desfallece á su vista, que... No puedo proseguir, señores, trazando un cuadro tan tierno y sensible. Pues ved, mucho más dulce, mucho más tierno, incomparablemente más suave que todo esto, es para el hombre la idea del dulce nombre de Jesús. Dulce por los recuerdos que le reproduce, dulce por los consuelos indecibles que le causa, dulce, en fin, por las utilidades que le proporciona.

Recuerdos tiernos dije. Yo me trasladé al paraíso, y ahí á mi pesar presencié la escena más amarga; ahí oigo la sentencia que me proscribte y condena á la más horrorosa esclavitud; ahí me veo des-

pojado de los derechos á la herencia de mi padre celestial: la ignorancia, el error, la muerte, forman mi patrimonio; errante, fugitivo, anatematizado, sin consuelo, sin paz, sin esperanza, á do quiera que tiendo la vista, no hallo sino la espada amenazadora del Dios de Sabaot, que vibra sus rayos vengadores. En vano mis ojos se elevan hacia el cielo: ¡triste de mí! me digo, ¡ya no es allí mi patria! y las lágrimas son mi único alimento en esta región del dolor. Abismado en estas amargas reflexiones, una dulce voz hiere mis oídos: *Jesús!* y al oír de este nombre, la esperanza se derrama por mis venas, una alegría inefable sucede al más profundo dolor, las celestiales bóvedas se ostentan risueñas á mi aules turbada vista, y veo descender al Unigénito del Padre, á la Palabra eterna, al Verbo humanado, que me habla y con voz placentera me dice: no temas; despierte el dolor; yo he vencido al mundo, y mis penalidades, y mis fatigas, y mis trabajos, y mi muerte afrentosa, y mi sangre que por ti he derramado, son una garantía segura de tu eterna salvación. Yo soy la llave de David, que te abra y franquee las puertas de aquel reino, de que habías sido desheredado, por la culpa; yo soy de hoy más tu padre, tu abogado, tu defensor, tu salvador, título que adquirí con el nombre inefable con que mi padre me honró en tiempos; porque á mi solo fué dado el salvar á los hombres del cautiverio del pecado. Todo esto me recuerda el dulce y adorable nombre de Jesús; y de aquí ¡qué consuelos tan inefables recibe el alma de quien lo pronuncia! Ahí «El es, dice el padre San Bernardo, semejante al nombre del Esposo de los cánticos; esto es, un aceite derramado que hace correr la suavidad y la unción en los corazones; él es para la lengua que lo pronuncia, la miel más exquisita; para el oído que lo escucha, la melodía más armoniosa; para el corazón que lo ama, la más pura y la más inocente alegría. El es la luz, el alimento, la medicina de los mortales. En los días tenebrosos, en los momentos de amargura, en las grandes aflicciones, ¿á dónde colocara el hombre sus esperanzas? ¿A quién invocara? No lo dudéis, prosigue el santo doctor; en estos instantes de crisis y de peligro, pase de vuestro corazón á la boca el amable y dulcísimo nombre de Jesús, y en el momento, días serenos de paz y de bonanza sucederán á los más atribulados y tristes.» Pero nada mejor podrá deponer en favor de estas verdades que los beneficios que en todos tiempos ha proporcionado y proporciona la invocación de este dulce nombre.

No os presentaré á la vista los nombres ruidosos y célebres de aquellos que en diferentes siglos hicieron canudecer al orbe con la rapidez de sus conquistas, con la celebridad de sus hechos heroicos.

No repetiré los nombres pomposos de los Antiochos, de los Círos, de los Alejándros, de los Filipos, de los Césares, de los... no; su ominosa memoria, que un día arrancó los aplausos de la antigüedad fanática, ya no ofrece á los ojos de la humanidad ilustrada por el cristianismo sino escenas de horror; de sangre, de exterminio. Insultaron al cielo en su orgullosa arrogancia, cayeron, y en su horrorosa caída no se encontraron sino con una cruel desesperación, que acompañada del odio público, precipitó sus hediondos cadáveres en el sepulcro, transmitiendo á los siglos venideros sus nombres cubiertos de infamia.

Abriré, pues, los monumentos preciosos de la historia, y contaré las glorias de aquel nombre adorable, cuyas grandezas han hecho eco en todos los ángulos del globo, y que en todas partes ha dejado impresos vestigios indelebles de su beneficencia. No hablemos ya de aquel hombre baldado que yace en el pórtico de Jerusalén, y que al nombre poderoso de Jesús recobra el movimiento de sus miembros, y entra gozoso en el templo á expresar su gratitud al Autor de prodigio tan insolito. No hagamos mención de las maravillas de toda especie, que se obran por los discípulos de Jesús con sólo pronunciar su nombre adorable. Todos sabemos que el Salvador les había prometido como un carácter distintivo, la potestad de suspender el curso natural de las leyes del universo con sola la invocación de este nombre, en cuya virtud los enfermos recobran la salud, los venenos perdian su nociva actividad, las serpientes deponian sus ponzoñosos influjos y los malos espíritus eran lanzados de los cuerpos. Pasemos á los siglos posteriores, y preguntemos á aquel joven que, habiendo bebido la ponzoña de una letal filosofía que le condujo á un estado funesto de desesperación, estaba ya armado del instrumento que iba á poner término á una vida llena de crueldades inquietudes, para dar principio á otra de eternos tormentos; preguntémosle á quien es deudor de la vida que disfruta, de la paz que se deja ver en su rostro, y de la esperanza que le anima; y os dira, que el nombre dulcísimo de Jesús que ocurrió á su memoria en el instante fatal, cuya invocación hizo renacer en él la confianza, y con la confianza el arrepentimiento, y con éste la calma de su corazón. Preguntad á aquel otro, que arrastrando una cruel é insoportable existencia, en lo más profundo de un hediondo y lóbrego calabozo, agobiado con el peso de duras cadenas, exhausto y cadavérico, gemia sin consuelo víctima de una injusticia atroz, sin que los gritos de la justicia, ni los lamentos de una esposa inconsolable, ni la orfandad y miseria de sus tiernos hijos pudieran doblegar el corazón de unos jueces venales é inhumanos; preguntad-

le, repito, ¿quién rompió sus hierros, quién hizo triunfar su inocencia, quién le restituyó al seno de su familia, quién le arancó en suma de una muerte infeliz é inevitable? Y vereis que sus párpados se humedecen, su lengua se traba, su corazón se oprime, y con voz débil y casi imperceptible os dice lleno de gratitud, que el dulce nombre de *Jesús*, invocado con fervor y fe sincera, fué quien le salvó de la opresión, enjugo su llanto y le restituyó la libertad. Preguntad... ¿mas para qué cansaros? Consultad aquella propensión tan natural al hombre de invocar el nombre del Señor en sus mayores infortunios; sentimiento que siendo como innato aun en el centro de la gentilidad, dió motivo á un Tertuliano para que lo llamase *testimonio del alma naturalmente cristiana*; consultad, repito, esa propensión inherente al cristiano, y que forma como su carácter distintivo. Advertid bien á quien invoca en sus aflicciones, á quien llama en sus dudas, á quien busca en sus angustias. ¿No lo oís á cada instante? *Jesús*; he aquí el nombre que su lengua pronuncia, tal vez sin advertirlo, porque no falta el alma otro suspiro que mas simpatice con su natural tendencia al cielo. *Jesús* exclama el afligido en sus más tristes momentos; *Jesús*, grita el indigente en su más extrema necesidad; *Jesús*, clama el navegante en medio de un mar enfurecido, presto á ser víctima de sus enrespadas olas; á *Jesús* llama el enfermo desde el lecho de su dolor; á *Jesús* el perseguido en sus más terribles conflictos; á *Jesús* el misero cautivo desde lo más profundo de la obscura mazmorra; *Jesús*, dice una y mil veces el desgraciado padre, rodeado de una numerosa familia que ve perecer víctima del hambre más cruel; *Jesús*, repite el ciego que, en el silencio de la triste noche, sale del rincón de un pobre y desmantelado albarque, en que yace una madre expirante abrazada con el tierno objeto de su cariño; *Jesús*, repiten todos; y á esta voz poderosa enjúganse las lágrimas, renace la esperanza, ahuyéntase el temor, romperse las cadenas, recobrase la salud, la mendicidad se ve socorrida, los odios cesan, el corazón se calma, alhrese las cárceles y el hombre vuelve á disfrutar de la amada libertad.

¿Lo dudareis, católicos? Mas no estas verdades, consignadas en todos los ámbitos del orbe con los caracteres de la más luminosa autenticidad, sólo pueden ser contestadas por esa raza de hombres (si tal dictado merecen), que glorijándose de un imbécil escepticismo, hacen profesión de cerrar los ojos á toda luz y de negar sin criterio, cuantas verdades no estén en armonía con sus principios desorganizadores. ¿Vano proyecto por cierto! la verdadera y sólida ciencia ha manifestado ya con toda claridad lo ridículo de sus teorías, y con la

antorcha de la historia en la mano hecho ver á todos los pueblos las glorias del dulcísimo nombre de Jesús.

Concluyamos ya manifestando cuán terrible es este nombre glorioso para las potestades del averno. Si volvemos nuestra vista hacia los primeros días del cristianismo, y contemplamos las rápidas conquistas y los agigantados triunfos que Satanás había reportado sobre el universo en los cuarenta siglos que precedieron á la venida del Mesías, podremos tal vez apreciar en su justo valor la victoria singular que el nombre augusto y terrible de Jesús consiguió del furor de este enemigo común de los mortales. Señoreábase en efecto como soberano hasta en los más remotos confines del orbe; había subyugado los pueblos, y en el exceso de su soberbia, llegó á conseguir que se le tributasen honores y sacrificios como á una divinidad. Consagráronsele templos, dedicáronsele altares, sacrificáronsele víctimas; quemáronsele incienso; en una palabra, él era el objeto de las adoraciones de toda la tierra, según el sentir del Profeta rey: *Omnes dii gentium demonia* (1). Pero llegado era el tiempo en que su imperio debía sucumbir, y desaparecer su poder tiránico. Jesús aparece entre nosotros, y á la vista de esta luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene a este mundo, las densas tinieblas del error y de la ignorancia se disipan; la verdad aparece en todo su esplendor, Jesús triunfa, en una palabra, y los ídolos son despedazados, y sus templos reducidos á cenizas; desaparecen las prácticas del paganismo, el infierno tiembla, y Satanás, confuso y avergonzado, se ve ignominiosamente alherrojado al carro victorioso de Jesús. ¿Y no tendremos razón, católicos, para exclamar con la misma confianza del Profeta rey, que el infierno se ponga en armas contra nosotros, que agote cuantos recursos pueda inspirarle su furor, nosotros, Señor, nada temeremos, pues con vuestro dulce nombre, nos burlaremos de sus asechanzas (2). Pero hay momentos en que este poder del nombre dulcísimo de Jesús se hace tan ostensible, que no puede dejar la menor duda, antes debe por el contrario inspirarnos la más sólida confianza; hablo de la hora terrible de la muerte. No me detendré en haceros una pintura de la horribilidad de aquellos últimos momentos; yo me acerco al lecho del hombre expirante, y le veo luchar con la eternidad; pálido, yerto, insensible, mira con languidez en su rededor, fija sus ojos ya eclipsados en alguno de los objetos que se le presentan, los vuelve á cerrar, busca, quiere hablar, su lengua se traba... ¡qué horror! Entre tanto el enemigo común de los mortales cienye solícito en torno del moribundo,

(1) *Psalm.* 96, v. 5. (2) *Psalm.* 48, v. 6.

por ver si puede hacerle víctima de su rabia; presenta á su imagen la gravedad de las culpas pasadas, la incertidumbre del porvenir, la rectitud de un juez inexorable; nada omite para sumergirle en el abismo de la desconfianza. Parece oír al moribundo exclamar con voz enronquecida, cual otro David (1): *Me han circundado los dolores de la muerte, osaltado me han los peligros del infierno; y no hay quien me ayude; ¿no hay quien en estos tristes momentos derrame sobre mi corazón una gota de bálsamo consolador? Non est qui adjuvet.*

Más en este instante el amigo de la humanidad, el ministro de Jesucristo se acercará á su lecho, y pronunciando á sus oídos el nombre dulcísimo de Jesús, la esperanza lutirá en su pecho; Jesús te acompañe, Jesús te reciba, Jesús sea tu recompensa, proseguirá el sagrado ministro; Jesús, dirá mil veces la desconsolada esposa, los hijos amorosos, los amigos anegados en amargo llanto; Jesús, repetirán los ámlitos de aquel lugubre recinto; Jesús, exclamará en su corazón el moribundo; y á este nombre de dulzara, de paz y de salvación, no lo dudés, el infierno quedará inerte; sus designios serán sin resultado, el Salvador no será insensible al alma que le invoca; aparecerá cual luminosa aurora, ahuyentando las diabólicas sugestiones, le tenderá sus amorosos brazos, le protegerá, le defenderá, le salvará; y de este modo se verificará que este dulce y adorable nombre no sólo forma las delicias del cielo, si que también colma las esperanzas de la tierra y llena de confusión al infierno: *In nomine Jesu omne genuflectatur coelestium, terrestrium et inferiorum.*

Regójese por tanto el pueblo cristiano, llénese de júbilo la Iglesia santa, y que todos los ámbitos de este sagrado recinto repitan el eco de las alabanzas de este dulce nombre. El judaísmo tiembla y se avergüenza, viendo á su pesar que este nombre adorable, escrito sobre la empuñada del Gólgota á la extremidad del patíbulo, que el miró como un monumento de ignominia, y nosotros reverenciamos como el monumento de nuestra libertad, recibe hoy las adoraciones de todo el universo. Los pueblos se alegran, los templos se ven inundados de un numeroso concurso. Las sagradas bóvedas repiten melodiosos himnos, dedicados á glorificar este santo y dulce nombre, y las criaturas todas lo adoptan como el símbolo de su salvación. Repetid sin cesar, amados oyentes míos, este dulce nombre, pero sea, llenos del más profundo respeto; invocadle á cada hora, á cada momento, en todo lugar, en toda ocasión, en vuestras adiciones, en vuestras dudas, en todos vuestros apuros acudid al nombre dulcísimo

(1) Psalm. 17, v. 5 et 6, et Psalm. 21, v. 12.

de Jesús, pues, como dice San Agustín, él solo es capaz de llenar todas vuestras necesidades. «Si teméis la muerte, él es la vida; si suspiráis por el cielo, él es el camino; si os sentís devorados por la fiebre ardiente, él es la salud. ¿Necesitáis alimento? él es el verdadero manjar: ¿estáis agobiados del trabajo? él es el reposo: ¿tenéis que sostener grandes combates? él es vuestra corona; él es en suma el que formando en esta vida vuestra verdadera y sólida felicidad, os servirá de recompensa en la bienaventuranza de la gloria.

DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS

Humillavit amplexum factus obediens usque ad mortem... Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen, ut in nomine Jesu omnes genua flectatur.

Se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte... Por lo cual Dios también lo exaltó, y le dió un nombre, que es sobre todo nombre; para que al nombre de Jesús, se doble toda rodilla.

(S. PABLO Á LOS FILIP. c. 2, v. 8, 9 y 10.)

¡Con qué satisfacción no vengo á hablaros hoy desde esta augusta catedral! Todo cuanto se presenta á mis ojos y á mi espíritu, me infunde la más sólida confianza. Si atiendo á mis oyentes, veo un pueblo numeroso y fiel, postrado á los pies de los altares, para dar honor y gloria á Jesucristo; y si vuelvo los ojos á lo que es hoy el digno objeto de sus cultos, veo un augusto nombre superior á todo nombre, sin cuya virtud nadie puede salvarse, y en cuya presencia se postran los cielos, la tierra y los abismos; hablo del adorable nombre del salvador único de las almas, Jesucristo, verdadero Dios y hombre, nuestro redentor.

Mucho desearía poderos hablar con extensión de todos los augustos nombres que á este Deseado de las gentes atribuyen las santas

Escrituras; pero como la materia es tan extensa, no puede cómodamente reducirse á los estrechos límites de un discurso. No hablo, pues, de sus gloriosos títulos de Omnipotente, Infinito, Eterno, Inmenso, que convienen á este Verbo humanado, en cuanto Dios. Tampoco vengo á hablaros de aquellos nombres metafóricos, que le atribuyen las Escrituras: Cordero, por ejemplo, León de Judá, Piedra angular, Vid, y otros semejantes, que caracterizan sus acciones. Limitome por esta vez á tratar del nombre propio y esencial del Hombre-Dios, es decir, del nombre de Jesús, que se interpreta Salvador, haciéndonos ver que es el más digno de vuestras adoraciones; primero, por su excelencia; segundo, por su virtud, y tercero por su piedad; tres breves reflexiones que encierran su verdadero elogio, objeto de vuestras atenciones y de mis endebles propósitos. Ayudadme todos á pedir la gracia, postrándoos con sumisión y rendimiento ante el augusto trono de Jesús sacramentado. Para conseguirla imploremos la protección de su Madre, saludándola con el ángel. *Ave María.*

Por poco que paremos nuestra consideracion en el augusto nombre de Jesús, propio y peculiar del Verbo humanado, hállese un nombre proclamado por el ángel antes de ser concebido en el vientre virginal de su Madre, según el Evangelio, y permanente antes que el sol, como Davud se explica. ¿Quién no inferirá de este principio su mayor sublimidad y excelencia?

En efecto, si examinamos todo el antiguo Testamento, sus leyes, sus ceremonias, sus oraciones, sus sacrificios, no son otra cosa que figuras de un Cristo Jesús ó Salvador del género humano. Este inefable nombre incluye todos aquellos que atribuyeron los profetas al Hombre-Dios ó Mesías verdadero. Oid, os ruego, á Isaías (1): *He aquí, dice, una Virgen concebirá y parirá un hijo, y tendrá por nombre Manuel; que se interpreta Dios con nosotros, porque en él nos movemos, vivimos y somos,* según el Apóstol.

¿Osaremos, señores, negar estas atribuciones á Jesús? ¿No confesamos como católicos, que está con nosotros como Verbo del Padre, que tomó nuestra humanidad en el seno virginal de María por obra del Espíritu Santo, para ostentar nuestra naturaleza y elevarla á la diestra del Altísimo? ¿No está Jesús con nosotros hasta la consumación de los siglos en el augusto Sacramento de nuestros altares, para consuelo de nuestra peregrinacion en este valle de lágrimas; para defensa y escudo inexpugnable contra todos nuestros enemigos visi-

(1) *Isai.* c. 7, v. 14.

bles é invisibles; para comunicárenos por alimento, haciéndonos participantes de todo lo que es en sí, á fin de que seamos una cosa consigo mismo, como él lo es con su Padre celestial? ¿No está Jesús con nosotros cuando somos reengendrados en las aguas saludables del sacro bautismo, haciéndonos vivas imágenes suyas por medio de su gracia, templos vivos del Espíritu Santo, hijos adoptivos de Dios y coherederos del reino inmortal con el mismo Jesucristo?

Mas no limitemos nuestra atención al nombre de *Manuel*, igualmente característico del Mesías, que propio y esencial de Jesús. Recordamos sumariamente los demás caracteres del Descadado de las gentes. Arrebatado un profeta en éxtasis divino (1), le denomina *Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la Paz;* nombres verdaderamente sublimes, pero contenidos en el de *Jesús.*

En efecto, ¿qué cosa más admirable que este agosto nombre en la conversión del género humano? ¿Qué eras, oh mundo criminal, al tiempo de la venida de Jesús? Una olla encendida con el fuego inextinguible y voraz de la concupiscencia, en un caos horroroso de las más espesas tinieblas en materia de religión y de costumbres. El culto del verdadero Dios se hallaba pospuesto á las más viles criaturas; los vicios más vergonzosos eran divinizados, y adorados los animales más inmundos; al demonio mismo se ofrecían sacrificios cruentes de víctimas humanas. ¡Qué horror! ¿qué ignorancia! ¿qué crueldad!

Mas Jesús eleva el glorioso estandarte de su cruz; clama desde ella, y su voz penetrante destronca poderosamente los cedros del Líbano, hace que se estremezcan los montes y atrae á sí todas las naciones. El misterioso Egipto, la Grecia ingeniosa, la Escitia bárbara, la Persia sensual, la India feroz, la soberbia Roma, las gentes todas doblan su alta cerviz al oír el nombre de Jesús, y la cruz, hasta entonces despreciable, ahora bien presto la frente de los más poderosos monarcas.

Este inefable nombre resuena con magnificencia hasta la extremidad de la tierra. ¿Qué mutacion tan extraña! Los soberbios se humillan; cesan los sacrificios inhumanos; caen por tierra los ídolos, no con menor impulso que Dagón á presencia del Arca, y sus templos son demolidos ó consagrados al nombre de Jesús, que fué el admirable y verdadero Consejero en toda la grande obra de la conversión del género humano.

¿Qué de máximas de vida eterna no sembró Jesús por todo su Evangelio! Como descendió del cielo por nuestra salud, todo cuanto

(1) *Isai.* c. 9, v. 6.

dijo y obró sobre la tierra, se dirigió á este fin. Las gracias que nos mueven, que nos incitan, que nos inclinan al bien y nos hacen presentes las promesas de la vida futura, ¿no son otros tantos dones y consejos saludables de nuestro amabilísimo *Jesús*, en cuyo nombre únicamente podemos ser salvos, como dice el apóstol San Pedro? (1).

Mas ¿qué digo? ¿No le confesamos por verdadero Dios y hombre? Dios, por toda la eternidad como su Padre celestial, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de esencia y trinidad de personas. Y hombre en el tiempo, hecho, según San Pablo, semejante á nosotros para que nos compadeciese como á hermanos, y intercediese por nosotros al Altísimo, que siempre le oye por la reverencia que le es debida, y porque desde luego le dió toda potestad en el cielo y en la tierra.

De aquí la irresistible fortaleza del nombre de *Jesús* para ahuyentar los demonios, triunfar de sus astucias, evitar sus lazos y domar las más rebeldes pasiones. ¿Qué no podría yo decirnos aquí de la constancia de los mártires y sufrimiento de los confesores entre los más creelos tormentos? ¿De dónde esta fortaleza? Del dulce nombre de *Jesús*, por quien padecían y á quien de todo corazón invocaban. ¿De dónde la generosa resolución de los apóstoles en la conquista espiritual del universo? Del nombre de *Jesús* que predicaban y de cuyo divino Espíritu estaban llenos. ¿De dónde su dominio sobre las enfermedades y su potestad sobre los demonios? Del nombre de *Jesús*, en cuya virtud caraban y lanzaban los espíritus infernales.

¿Qué más? Este Padre del siglo futuro, que vivió entre nosotros y padeció muerte afrentosa para consumir nuestra redención, reconciliándose á sí mismo, se hizo garante de nuestra resurrección á un reino inmortal, que consiste en verle y gozarle eternamente. Este era el fin de la misión de *Jesús*, anunciado en las Escrituras con los nombres de *Manuel*, *Admirable*, *Consejero*, *Dios fuerte*, *Padre del siglo futuro* y *Príncipe de la paz*; porque reconciliados ya con su Padre celestial por medio de su preciosa sangre, nos abrió las puertas de la mística Jerusalén, este reino eterno de Dios, que no tendrá fin, alteración ni discordia, sino una suma paz, reposo y perpetua tranquilidad, á la cual somos llamados y tenemos un derecho incontestable, por la inmensa caridad del Hombre-Dios, que se humilló por obediencia hasta la muerte, y por eso le fué dado el nombre de *Jesús*, superior á todo nombre, como dice el Apóstol.

El, en efecto, se eleva sobre el de todos los grandes héroes, así

(1) Act. c. 4, v. 12.

de este siglo como del futuro, según la expresión de Tertuliano; por él reinan los reyes y administran los poderosos la justicia, pues por derecho inviolable es Rey de reyes y Señor de los que dominan. Pero ¿qué mucho, si es más elevado que los cielos, como afirma San Pablo? Los más poderosos monarcas, los conquistadores más famosos son nada en su presencia; *Jesús* se eleva sobre todo, sobre los ángeles, arcángeles, serafines, querubines, Tronos, Dominaciones, Potestades, cuya felicidad consiste en cantar incesantemente la gloria y divinidad del Salvador al rededor del solio de Dios. Este fué, según el Apóstol, el precepto que el Señor les impuso, cuando introdujo en el mundo á su Primogénito; conviene á saber, que adorasen á *Jesús* luego los ángeles como criaturas suyas.

Pero no es esto lo más, sino que el inefable nombre de *Jehová* ó *Dios*, no es superior al de *Jesús*. Formemos el paralelo. *Jehová*, dice un célebre orador, significa *Yo soy el que soy*, para dar á entender que es criador; *Jesús* es criador y salvador; *Jehová*, fuente y origen del ser; *Jesús*, origen de la gracia y de la gloria; *Jehová*, destructor de Faraón; *Jesús*, vencedor del demonio y del infierno; *Jehová*, legislador de los judíos; *Jesús*, de los cristianos; *Jehová*, conductor de los hebreos por el Mar rojo y el desierto á la tierra de Canaan; *Jesús*, por medio de su sangre, conductor de los fieles al cielo, verdadera tierra de promisión.

Todo conspira á persuadirnos que el nombre de *Jesús* estaba representado en el de *Jehová*, ó por mejor decir, que *Jehová* era enigma del de *Jesús*, y *Jesús* declaración del de *Jehová*. De donde infiere un grave expositor, que el que ofende y blasfema del nombre de *Jesús*, comete mayor pecado que el que injuria el nombre de *Dios*, porque ante el nombre de *Jesús*, propio y esencial del Hombre-Dios, y superior á todo nombre, como dice San Pablo, deben postrarse los cielos, la tierra y los infiernos. Los cielos, esto es, las más sublimes inteligencias que le sirven de trono y son fieles ministros de sus voluntades; la tierra, es decir, los hombres de todas condiciones y estados, que deben reconocer la soberanía de *Jesús* y doblarle sumisos la rodilla; los infiernos, quiero decir, los réprobos y ángeles apóstatas, que á pesar de su rebelión y soberbía, creen, estremeciéndose, que *Jesús* es Hijo de Dios vivo, criador del cielo y de la tierra, y salvador del género humano.

¿Pero qué mucho, si aun las mismas cosas inanimadas é insensibles manifiestan su gloria y reverencian su omnipotencia? El nombre de *Jesús* es loado desde el Oriente al Occidente, según el vaticinio de David, por los reyes de la tierra, por los príncipes y jueces del

universo; los cielos revelan su gloria, y el firmamento anuncia las obras de sus manos. El sol mismo se detuvo un día en su carrera, porque reverencia, dice San Juan Crisóstomo, el nombre de *Jesús* en el de *Josué*; y si el reloj de Acaz volvió hacia atrás diez líneas, fue para dar muestra y verdadera señal de la venida al mundo del Salvador de las naciones.

¿Pero qué digo? En la lucha de los mártires ¿no vimos muchas veces postrarse rendidas las bestias más feroces al oír pronunciar el nombre de *Jesús*? ¿No vimos disolverse las más horribles máquinas y extinguirse los más voraces elementos? ¿No podré yo concluir de aquí, que el angusto nombre de *Jesús* incluye todos los nombres atribuidos al Mesías, y que es superior á todo nombre, porque todo se postra en su presencia, según la expresión del Apóstol?

Igualmente cierta es su mayor excelencia, atendida su virtud, por medio de la cual nos libró del poder del demonio, sanó nuestras dolencias, y nos suministró los medios de salvarnos. Seguidme atentos. Por el pecado de origen, como la fe nos enseña, perdido el derecho de hijos de Dios y la opción á su reino inmortal, quedamos hijos de ira y esclavos del demonio, adictos á una muerte y á una pena eterna. Pero la inmensa caridad de nuestro Dios se compadeció del linaje humano; arrojó una mirada favorable sobre el hombre su enemigo, y queriéndole redimir de la dura esclavitud de Satanás y del imperio de su muerte eterna, venida la plenitud del tiempo, envió al mundo á su Unigénito, para que fuese el *Jesús* ó Salvador; nombre que le había dado antes de ser concebido en las entrañas virginales de su Madre, para que con su virtud deshiciera el imperio de las tinieblas y reconciliara el cielo con la tierra.

¿Con cuánta anticipación no anunció el Señor la venida misericordiosa de este Descado de las gentes! En efecto, desde que la astuta serpiente engañó en el paraíso á nuestros primeros padres, le injurió Dios la maldición de andar siempre arrastrando su pecho por el suelo, haciéndole saber que el hijo de una mujer, esto es, Jesús, hijo de María, quebrantaría su cabeza, sin quedarle más arbitrio que poner secollanas á su calcañar. Este es el angusto personaje que se presentaba á Moisés y á los hijos de Israel, cuando cantaban sobre Elim (1): *mi fortaleza y mi alabanza es el Señor, y se ha convertido en mi Salvador. No temáis, ciudades de Judá, dice un profeta; he aquí á vuestro Dios* (2). Escuchad, corazones endurecidos, el *Justo, el Salvador* ó *Jesús está próximo* (3).

(1) *Ezod.* c. 15, v. 2. (2) *Isai.* c. 40, v. 9. (3) *Isai.* c. 61, v. 9.

¿Qué más? Este es el Dios-Hombre, que *Isaias* y *Ezequiel* prometen como pastor de Israel; *Zacarias* como sacerdote y rey; el ángel del Testamento que lleva la salud sobre sus alas, y sol de justicia, según el profeta *Malacías*; el que amenaza la ruina de la muerte y del infierno por *Oseas*; el Dios máximo del *Eclesiástico*, destinado para salvador de sus escogidos y redentor de todo el mundo. *Daniel* le vió acercarse al más anciano de días, y recibir de su mano una potencia eterna y un reino inmortal, compuesto de todas las naciones del universo, cuyo soberano imperio reconoce *San Pablo*, y lleno de admiración exclama: vos, oh mi Dios, habéis puesto bajo sus pies todas las cosas, dándole un nombre superior á todo nombre, y ante quien tiemblan los abismos. Su voz formidable, que conmovió los desiertos de *Cades*, y destruyó á los fuertes y robustos de *Moab*, triunfó é hizo enmudecer á todos los oráculos del demonio. Los simulacros del *Egipto*, su mansión favorita, cayeron por tierra al acercarse á sus confines *Jesús*, fugitivo de *Herodes*, conforme al vaticinio de un profeta.

Añadid á estos oráculos la confesión de los mismos espíritus infernales, cuando acercándose *Jesús* á la región de los *gerasenos*, le salieron dos endemoniados al encuentro, clamando á grandes voces: ¿Qué tenemos que ver contigo, *Jesús, hijo de Dios*? ¿Has venido para atormentarnos antes de tiempo? Seria infinito si quisiera referir por menor todos los gloriosos triunfos conseguidos del demonio en virtud del inefable nombre de *Jesús* por los héroes de nuestra augusta religión. Consultad las vidas de los *Antonios*, *Macarios*, *Hilarios* y *Benitos*, y hallaréis muchos testimonios auténticos de esta verdad.

¿Mas ¿para qué me canso? ¿no es éste el nombre único en que podemos obtener la salud de nuestras dolencias, ya sean las corporales, ya las espirituales? Arrojad por un momento la vista sobre las santas Escrituras, y hallaréis curados por la virtud omnipotente de *Jesús* los leprosos, los tullidos, los lunáticos, los endemoniados, los fabricantes, y resucitados los muertos. La *Cananea*, los ciegos de *Jericó*, el paralítico, la hija de *Jairo*, la suegra de *San Pedro*, el ciego de nacimiento, el hidrópico de la casa del príncipe de los fariseos, el enfermo de la piscina, el hijo de la viuda de *Naim*, *Lázaro* y otros muchos, ¿no son testimonios indubitable de que *Jesús* no vino á curar sanos, sino enfermos, y á establecer la salud en el universo?

¿Mas no limitemos su virtud á las dolencias del cuerpo. Este médico soberano lo es principalmente de la salud de las almas. El publicano, la *Magdalena*, la *Samaritana* y otros grandes pecadores, in-

ficionados del contagio de la culpa, ¿no obtuvieron por la virtud de Jesús la salud espiritual?

¡Feliz Judea, que lograste ser visitada de este médico omnipotente! ¡Oh, si tú universalmente hubieses reconocido esta visita! Mas conoció el buey á su dueño y poseedor, en el tiempo mismo que Israel desconoció á su Dios, según la expresión de un profeta (1). Tú viste á tu maestro, á tu Salvador, á tu Padre al frente de un pueblo fiel que le seguía, ansioso de su doctrina, por las calles, los montes y desiertos, glorificando á Dios que había enviado á Jesús, salud de las naciones.

¿Y terminaron, con la vida, los aciertos de este médico soberano? ¿Se extinguió por su muerte la virtud del nombre de Jesús? ¿Cesó por su crucifixión la salud de su pueblo? ¡Ah, señores! aquí fué donde se estableció con permanencia la muerte, el infierno y el pecado fueron víctimas de la muerte misma de Jesús; y por ella fué arrojado del mundo y ligado en el abismo el príncipe de las tinieblas su tirano. ¡Si, oh mi buen Jesús! clavado sobre el árbol sacrosanto de la cruz, atrápaiste á vos todas las cosas, según vuestra infalible predicción. Aquí consumasteis el sacrificio cruento por la salud del género humano. Deshecha la sinagoga, suprimido el antiguo sacerdocio, derogada la antigua ley, sus ritos, sus sacrificios y ceremonias, cesaron las figuras á presencia de la realidad, y en nuevos sacramentos, con ceremonias más nobles y gracias más abundantes, nos preparasteis los medios más eficaces de conseguir la salud eterna.

¡Hablo yo por entusiasmo, señores? ¿No salieron místicamente los sacramentos, que son los únicos medios de nuestra salud, del costado de Jesús, que abierto de una lanzada sobre la cruz, arrojó al instante sangre y agua? ¿No fué Jesús autor de los sacramentos, por los cuales nos comunica la fe, la gracia santificante, el augusto carácter de cristianos, haciéndonos participantes hasta de su misma divinidad? ¿No son ellos el único medio de salvarnos del diluvio del pecado, en que naufragó nuestra naturaleza desde la culpa original? ¿No son un efecto de la virtud omnipotente de Jesús estas gracias victoriosas, abundantes y misericordiosas, que nos solicitan, nos mueven, nos inclinan, nos convierten, nos reconcilian con Dios, sin las cuales nada podemos, y con las cuales lo podemos todo en el orden espiritual? ¿Se nos ha dado por ventura otro nombre que el de Jesús, en que podamos ser salvos?

¡Oh admirable piedad de nuestro Salvador! ¡oh bondad inefable!

(1) *Isaí*, c. I, v. 3.

Tú fuiste el origen de su beneficencia en orden á nosotros. Sus obras todas fueron efecto de su ardiente amor. El reinó siempre en su corazón, en sus labios y en sus manos. Aún necesitó de vuestra atención por un momento. Jesús quiere ser glorificado en sus obras, y excitar vuestra gratitud.

Si yo hablase á un pueblo increíble de los misterios de Jesucristo, me sería muy fácil presentaros los testimonios más auténticos de la divinidad de su religión y los irrefragables monumentos de su piedad con nosotros. Pero como tengo el honor de predicar á unos oyentes fieles, en cuyo corazón han grabado altamente sus padres las verdades del catolicismo, me creo dispensado de ilustrar por principios la materia. Bastará, pues, traerlos sumariamente á la memoria algunas de sus principales obras, para demostraros la piedad de Jesús.

En efecto ¿qué pudo mover al Verbo eterno á descender sobre la tierra, sin dejar el seno de su Padre, y tomar nuestra mortalidad? Su piedad infinita, que le hizo abreviar los días, para ser Jesús ó Salvador del hombre, á quien miraba como sus delicias. ¿Qué pudo mover á este Dios humanado, siendo más elevado que los cielos, á nacer desconocido, en el mayor abandono, reclinado entre animales en un pobre pescador? Su inmenso amor al hombre, cuya soberbia y altivez venía á curar á costa de humillaciones. ¿Qué pudo estimularle á padecer frío, sed, hambre, persecuciones y todo género de trabajos, desde su juventud hasta morir crucificado, sin tener dónde reclinár su cabeza, y cubierto de oprobios en un duro leño? Su inefable misericordia, que le hacía mirar la cruz con gozo, por la gloria de ser Jesús ó Salvador del hombre.

Reflexionad sobre todas las palabras que hablo durante su vida mortal, y constan de los Evangelios, y vereis como respiran piedad y amor á la criatura, y como se encaminan todas á dirigirla por las sendas de la justificación. La penitencia, la humildad, la dulzura, el amor á Dios y al prójimo, y las obras de misericordia para conseguir el reino inmortal, son siempre el digno objeto de sus sentencias y discursos. Admirable efecto de su ardiente caridad, que acreditó en todas sus obras con el fin de salvar al hombre.

Su vida, sus trabajos, su pasión, sus milagros, su muerte, su resurrección, sus sacramentos, su gloriosa ascensión, la venida del Espíritu Santo, ¿no son otros tantos monumentos auténticos é irrefragables, de que todas las acciones y misterios que obro Jesús, antes y después de subir á la diestra de su eterno Padre, fueron y son efectos de su piedad, de su ardiente amor al linaje humano, y de un deseo sincero de nuestra salud?

¿Qué no podría yo añadir aquí en confirmación de esta verdad; si quisiese referiros el pormenor de los rasgos de su piedad en orden á los pecadores? ¿No aboga incesantemente por ellos ante su Padre celestial, manifestándole las llagas que recibió para salvarlos? ¿No llora por ellos su espíritu divino con gemidos inenarrables? ¿No hace descender sobre nosotros sus dones soberanos y gracias abundantes, que nos excitan á penitencia, y nos confirman en sus divinas promesas?

Todo, señores, conspira á persuadirnos, que el inefable nombre de Jesús es el más digno de vuestras adoraciones, por su excelencia, que encierra la de todo nombre; que se eleva sobre todo nombre, y ante quien se postran los cielos, la tierra y los infiernos; por su virtud que vence al demonio, cura todas nuestras dolencias, y nos prepara los medios de nuestra salvación; por su piedad y clemencia, que siempre animó su corazón, sus manos y sus labios á favor del pecador. Títulos verdaderamente adorables, y que exigen de justicia nuestro reconocimiento y fiel correspondencia.

Sería en efecto roo de la mayor ingratitude el que no se diese por obligado á tantos beneficios. ¡Ah hermanos! los días son breves, la eternidad se acerca y el juicio de Dios llega. Huid con tiempo de la ira futura y del castigo que de todas partes os amenaza. ¿Hasta cuándo, os ruego, seréis duros é infrecuentes de corazón? ¿Cuándo doblareis vuestra altiva cerviz con sumisión al suave yugo de la religión y de la moral cristiana? ¿Cuándo reconocieris lo que debéis á Jesús; es decir, ¿cuándo amaréis con toda vuestra alma, vuestra mente y potencias á Jesús, vuestro salvador y redentor, que habiéndoos siempre llevado en su corazón, en sus labios y en sus manos, se dignó amaros hasta el fin, quedando sacramentado entre vosotros hasta la consumación de los siglos? Ofrecedle pues el sacrificio de amor y de alabanza que de justicia exige de vosotros, derramando vuestro corazón en su presencia. ¿Cuán digno es Jesús, este cordero inmaculado, que quita los pecados del mundo, de recibir de todas las naciones el honor, la gloria, la divinidad y la acción de gracias por su excelencia, virtud y piedad!

Vos, ¡oh mi buen Jesús y adorable Salvador! dignaos por vuestra inmensa caridad arrojar en este momento una mirada favorable sobre este pueblo. Congregados en este augusto templo, en el cual presidís en medio de nosotros, os pedimos con lagrimas de compunción, con corazón contrito y humillado, por la exaltación de nuestra fe católica y extirpación de todas las herejías; por la paz y concordia entre los estados y príncipes cristianos; por la conversión de los pecadores á verdadera penitencia, y de todos los iníeies, herejes y cismáticos al gre-

mio de nuestra santa Iglesia; por la salud de sus pastores y de nuestros gobernantes; por la remisión en fin de nuestros pecados, para que libres de los obstáculos que pueden retardarnos vuestra gloriosa vista, logremos pronto la dicha de gozar de vos, que con el Padre y el Espíritu Santo vivís y reináis, Dios por todos los siglos de los siglos. *Amén.*

EPIFANÍA

— Cum natus esset Jesus in Bethlehém Judæ in diebus Herodis Regis.

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá en el tiempo que reinaba Herodes,

(S. MATTEO en el c. 2, v. 1.)

Hoy, cristiano auditorio, se ven cumplidas las palabras de Simcon, cuando teniendo en sus brazos á Jesús Niño, dijo á María su Madre: este Niño será la ruina y resurrección de muchos: *Ecce pater noster est hic in ruinam, et in resurrectionem multorum* (1). Los magos que salieron del Oriente para venir á adorar á este divino Salvador, son aquellos para cuya resurrección empieza á manifestarse al mundo; y el impío Herodes, turbado con su venida, y con sola la noticia de su nacimiento, nos manifiesta por el contrario á los otros, para los que ha de ser motivo y ocasión de ruina. Ved, pues, el efecto de lo que el mismo Hijo de Dios dijo á sus discípulos, después del célebre milagro que hizo curando al ciego de nacimiento: *In judicium venti in hunc mundum, ut qui non vident videant, et qui vident cæci fiant* (2). Yo he venido al mundo para hacer en el un juicio, á consecuencia del cual los ciegos verán, y los que ven se quedarán ciegos. Hoy es cuando este juicio se ve cumplido y se verifica á la letra. Los magos en medio de las tinieblas de la gentilidad son iluminados con las

(1) *Luc. 2, v. 34.* (2) *Juan. c. 9, v. 39.*

mas claras luces de la gracia. Herodes, y con él los judíos, se hallan en el centro de la verdadera religión poseídos de una ceguera espantosa. Misterio asombroso, en el que debemos adorar con respeto los consejos de Dios. Y misterio impenetrable, en el que no se nos permite profundizar; pero en el que no obstante he de hallar ocasión y motivo para instruirlos. A este fin, amados oyentes míos, me detengo en las dos primeras consideraciones que se ofrecen á primera vista, y que parece dividen nuestro Evangelio. Por una parte vemos en él á los magos que vienen á buscar á Jesucristo, y por la otra vemos á Herodes que conspira contra Jesucristo. En los magos, vemos representada la idea de la verdadera sabiduría, que consiste en buscar á Dios, y en Herodes vemos la idea de la falsa sabiduría, que consiste en buscarse á sí mismo. En esto es, pues, en lo que me paro y de lo que quiero sacar dos grandes instrucciones, que serán el asunto de este discurso, después que hayamos dicho *Ave Maria*.

Jamas dio la Providencia al mundo un modelo mas perfecto de la verdadera sabiduría, que consiste en buscar y hallar á Dios, que el que nos propone en la persona de los magos. Examinemos todos los caracteres de su fe, en su principio, en sus progresos y en su perfección. En sus principios, esto es, en la prontitud con que se determinan á seguir la vocación divina, que se les manifiesta por la estrella, y en la intrepidez y valor que manifiestan, abandonándolo todo por obedecer á Dios. En sus progresos, esto es, en la constancia de que dan testimonio, cuando se les oculta la estrella, informándose con cuidado del lugar en que la nació el Niño que buscan, reconociéndole por Rey de los judíos en medio de Jerusalén, y aun en la misma corte de Herodes, y declarando con una libertad santa, que ellos han venido á rendirle sus veneraciones y respetos. En su perfección, finalmente, esto es, en el admirable discernimiento que hacen de Jesucristo, no escandalizándose del estado pobre y humilde en que le hallan; antes bien, por el contrario, infiriendo de esto mismo, que él es su Salvador, adorándole en espíritu y en verdad, y por los misteriosos presentes que le ofrecen, le dan otras tantas pruebas de su religión, y de estar á él perfectamente sacrificados. Buscad vosotros, amados oyentes míos, con sinceridad y de buena fe á Dios. ¿Queréis saber como se le halla? Ved aquí toda la ciencia y todo el secreto de hallarle. Supuesto el excelente modelo que Dios nos pone á la vista, nuestros errores en el asunto de la salvación no pueden ya tener excusa; y si, no obstante tantas luces, somos tan desgraciados que no hallamos á Dios, y nos perdemos, á nuestra infidelidad,

á nuestra cobardía, á nuestra inconstancia, á nuestros respetos humanos, á nuestro orgullo, á nuestra avaricia, á nuestra inclinación y apego demasiado á los bienes del mundo, y, en fin, á nosotros mismos es á quien debemos imputar nuestra desgracia.

Prontitud en seguir la vocación del cielo. Este fué el primer efecto de la fe de los magos, y el primer rasgo de esta sabiduría excelente, que por una mudanza del todo divina, siendo infieles, les puso en estado de hallar á Dios Salvador. Luego que vieron su estrella, salieron para ir á él: *Vidimus Stellam ejus, et venimus*. Ellos no dudaron, no deliberaron, ni se detuvieron en formar vanos proyectos, ni en hacer grandes preparativos. Atentos sólo á la estrella que les iluminaba, y únicamente ocupados en buscar á aquel que la estrella les anunciaba, se dieron prisa en marchar, y la razón fué, porque estaban ya llenos de aquel espíritu y sabiduría sobrenatural, que conduce y guía á los escogidos de Dios. Luego (como observa San Juan Crisostomo) buscar á Dios de un modo eficaz y sólido según le busca un alma fiel, no es ponerse á discurrir ni á deliberar, sino á ejecutar y obrar; de lo que se infiere (dice este santo doctor) que cuando se delibera, cuando se consulta y cuando se discurre, aunque se tenga la intención que se tuviera de hallar á Dios, buscándole siempre, ó, por mejor decir, lisonjeándose siempre de hallarle, no se le halla jamás. Ved sobre lo que estivo fundada la prontitud de los magos. Ellos vieron la estrella, y animados con una fe viva, y apresurados con un deseo activo de llegar al término á que los llamaba la estrella, nada escucharon, ni á nada atendieron de cuanto podía detenerles.

Vidimus et venimus. Nosotros hemos visto y hemos venido. Palabras (añade San Juan Crisostomo) que expresan admirablemente la eficacia y operación de la gracia; pues es cierto, que en el asunto de la salvación todo depende de ciertas circunstancias á que está unida la gracia, ó, por mejor decir, en las que consiste la misma gracia: *Ambulate dum lucem habetis* (1). Caminad (decía el Hijo de Dios) mientras tenéis la luz. Esto es lo que ejecutaron al pie de la letra estos sabios de la gentilidad, que estaban predestinados. Ellos caminan, porque una luz secreta penetra interiormente y mueve sus corazones, al tiempo mismo que un astro nuevo brilla exteriormente á sus ojos. Ellos caminan, porque esta duplicada luz les hace conocer el nacimiento de un Dios y de un Salvador; de un Dios, que no contentándose con ser conocido en la Judea, quiere recibir la veneración y respeto de todas las naciones; y de un Salvador, que los ha escogido

(1) Juan. 12, v. 35.

y quiere empezar á manifestar en ellos, que no ha venido solamente para Israel, sino para todos los pueblos de la tierra. Ellos caminan, finalmente, y la grande diligencia con que lo ejecutan, es una prueba, tanto de su sabiduría como de la actividad de su celo; ellos se apresuran en buscar su salvación, buscando al Autor de ella, y al que bien presto ha de consumarla: *Vidimus et venimus*.

¡Ah! sigamos esta luz favorable, que ahora nos alumbra; caminemos, no sea que las tinieblas nos alcancen; y no dilatemos para otro tiempo lo que en todos debe tener la preferencia, ó, por mejor decir, lo que siempre debe ser el asunto de nuestra consideración. Prontitud en seguir la voz de Dios, luego que Dios nos la hace oír, es la primera instrucción que nos da el ejemplo de los magos; valor é intrepidez para vencer todas las dificultades que contra ello se presenten y ocurran, es la segunda.

Para seguir la estrella y para corresponder á la vocación del cielo, los magos se vieron obligados, como Abraham, á dejar y abandonar su país, sus casas, sus familias, y, según la común tradición, sus reinos y sus estados. Ellos debieron hacer desde entonces lo que San Pedro y los apóstoles hicieron después, esto es, debieron dejarlo todo por Jesucristo; y tuvieron derecho para decir los primeros como San Pedro, y aun en algún sentido con más mérito que San Pedro: *Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te* (1). Y así su valor en tomar una resolución semejante, su desinterés y heroico desapego, separándose de lo que más querían, experimentando las fatigas é incomodidades de un viaje dilatado, y sacrificando para esto su descanso y comodidad, es lo que yo puedo considerar como el segundo paso de su fe recién nacida, y como una nueva prueba de aquella eminente sabiduría, que les hizo hallar á Jesucristo. Es fácil (dice San Juan Crisostomo) seguir el movimiento de la gracia, cuando nada cuesta á la naturaleza, y obedecer á la inspiración de Dios, cuando en ello no se encuentra obstáculo alguno de parte del mundo. El mérito de la fe y de la sabiduría cristiana está en renunciar, cuando es necesario, á lo que se ama con más ternera, en dejar sus costumbres, en romper sus lazos, en privarse de las comodidades y delicias de la vida, y en hacerse ciertas violencias, sin las cuales no se llega á conseguir el reino de Dios. Volvamos á nuestro modelo, y veamos los progresos de la fe de los magos.

Llegan á Jerusalén, y la estrella que hasta allí les había servido de guía, se les oculta repentinamente por una providencia de Dios

(1) *Matth.* 10, v. 27.

muy particular. ¿Qué no podían pensar? ¿Qué no debían temer? Su fe no pudo vacilar, turbarse y desconcertarse? Pero no, cristianos; la tentación más peligrosa, la prueba más repentina y menos esperada, y el pretexto más especioso que ella les pudo dar para pensar en volverse, nada les hace mudar de resolución. A cualquiera costa que sea, quieren hallar al Dios que buscan. Ellos han visto su estrella, y han sentido el impulso de su gracia, y esto es bastante: Si la estrella no parece más, es un secreto de la Providencia que ellos adoran, pero no toman de él un motivo de escándalo; es una ocasión en que Dios los pone para que le manifiesten su fidelidad, y comprendan que en semejantes ocasiones es necesario sostenerse con la constancia. Sin turbarse, pues, y sin disgustarse, ellos esperaban, del mismo modo que Abraham, contra la esperanza misma; y continuaban su camino, seguros de que Dios los ha llamado, y fiando en que, á falta de la estrella, el mismo Dios les manifestará el camino.

En esto aparece el don de sabiduría, de inteligencia y de consejo de que están llenos; y ved, amados oyentes míos, cómo nuestro Dios se porta todos los días con nosotros. Después de habernos atraído á su servicio, y de habernos empeñado en él, suele retirar por algún tiempo algunas gracias sensibles con que en el principio nos había prevenido. Nosotros no experimentamos ya aquellos secretos movimientos que nos hacían amar su yugo, y nos obligaban á correr, como á David, con una alegría santa por el camino de sus mandamientos. Desamparados de este modo en medio de nuestra carrera, y (para decirlo así) abandonados á nosotros mismos, llegamos á postrarnos en un estado de obscuridad, de tinieblas, de seguridad y de disgusto; y Dios entonces, no solamente nos prueba, sino que quiere que nosotros mismos nos probemos. Discurrir de este modo, y á pesar de la falta de complacencia y consuelo interior, seguir siempre el mismo camino y obrar del mismo modo, es, cristianos, en lo que yo reconozco la sabiduría del Evangelio, y lo que no podemos admirar bastante en los magos.

No obstante, qué es lo que hacen para suplir la falta de la estrella que no ven ya? Se valen de los medios naturales que la Providencia les suministra. Saben que el Dios que buscan se complace, en efecto, en ser buscado, y que á los que le buscan se descubre y manifiesta con más voluntad. Por esto se informan exactamente del lugar de su nacimiento; por esto recurren á los sacerdotes y doctores de la ley, como á los que suponen más instruidos y más capaces por su carácter de instruidos; y por esto hablan, por esto consultan, y por esto no se conceden reposo ni descanso alguno. Esta es otra prue-

ha de su sabiduría, de la que es necesario que nos aprovechemos. Porque en cualquier estado de cegueda y de obscuridad que yo caiga, en cualquiera ignorancia de los caminos de Dios que yo pueda tener, y en cualquier desorden en que se halle mi fe, si busco á Dios con sencillez de corazón, seguramente le hallaré. El mismo me lo ha dicho, y su palabra es expresa: *In simplicitate cordis querite illum; quoniam invenitur ab his, qui non tentant illum* (1). Esto es, si le busco sinceramente, y con una intención pura y recta, si le busco con confianza y con perseverancia, es seguro que no quedaré confundido.

Los magos nos enseñan alguna cosa más, ¿y cuál es? Buscar á Dios con un generoso desprecio de todos los respetos humanos, y con una libertad digna de la santidad de la religión cristiana que profesamos. ¿Hubo jamás un ejemplo semejante? En medio de Jersalén, y en presencia de Herodes, preguntan: ¿en dónde ha nacido el nuevo rey de los judíos? Sin ningún temor, respeto humano, ni reserva política, publican que han venido á adorarle. Ocupados en este solo pensamiento, no se detienen en las demás consideraciones del mundo que pudieran entibiar su fervor. Que Herodes se ofenda de ello y se turbe; que la sinagoga se escandalice y lo murmure, y que se juzgue y hable de ellos cuanto se quiera; ni la censura de los judíos, ni la malicia de Herodes, ni el temor de ofenderle, ni el riesgo que les amenaza, nada les impedirá el que den á este Salvador y á este Dios que nace, el culto que se le debe. ¿Es así, amado oyente mío, como tú le honras y veneras? ¿Es así como tú practicas las obligaciones de tu religión? Este punto de moral necesitaba un discurso entero; pero le omito, y para haceros ver la sabiduría de los magos con toda claridad, paso á lo que yo llamo perfección de su fe.

Entremos con ellos en el establo de Belén; porque, en fin, aquí llegaron los magos después de tantos trabajos y peligros. ¿Qué espectáculo para unos reyes? ¿ver un Niño recostado sobre unas pajas en un pesebre! Pero debajo de estas exterioridades tan viles y despreciables, le conocieron como á su Salvador por medio de aquella su excelente sabiduría, en medio de la pobreza, en la miseria, en la infancia, en la flaqueza y enfermedad, en la inmundicia y en el abatimiento más profundo. Bien lejos de que este estado en que le hallan altere su fe, se comueven por ello, y quedan edificadas; y penetrando el misterio, descubren bajo de estos oscuros velos al Mesías prometido al mundo. Si hubieran tenido una fe débil é inconstante, el establo, el pesebre y los pañales de este Niño les hubieran causado disgus-

(1) *Sap.* 1, v. 1, y 2.

to; su razón se hubiera rebelado, y su sabiduría entonces del todo mundana les hubiera inspirado el desprecio del Salvador, que se había reducido á tal infelicidad. Hubieran dicho lo que dijeron después los judíos: *Nolumus hunc cognare super nos* (1). No queremos un Señor sin bienes, sin fuerzas, sin poder, sin nombre, y desnudo de todo: que aparezca sobre el trono, que se nos manifieste vestido de gloria y de majestad, y nos sujetaremos á él. De este modo hubieran hablado y pensado. Pero como estaban animados de una fe viva, de una fe perfecta y de una fe divina, juzgan muy de otro modo. Inferen que Jesucristo es rey por sí mismo; esto es, que para hacerse buscar y obedecer como rey, no tiene necesidad alguna de las señales exteriores, ni de los adornos de la pompa humana. Si los demás reyes estuvieran despojados de esto, ¿los rodeara la multitud de criados, y la numerosa corte que llena sus palacios? Es verdad que no está fundada su dignidad real sobre este lucimiento y aparente grandeza; ella procede de Dios, que les ha dado parte de su poder; pero si su dignidad atrae tantos respetos, y si el mundo les rinde tantos honores, es porque está acompañada de un esplendor y de una magnificencia, que se lleva los ojos; pero sin nada de esto, este rey que nuevamente ha nacido, se hace respetar y honrar de los reyes mismos. Inferen que es rey de los espíritus y de los corazones, pues tan milagrosamente les ha ilustrado, inspirado y movido. Los mayores reyes de la tierra no tienen este poder; ellos reinan sobre nosotros, dice San Jerónimo; pero Jesucristo reina en nosotros, y nadie puede sino é insinuarse en las almas como quiere, y hacer en ellas la impresión que quiere. Inferen que es rey universal, rey del cielo, pues en él hace nacer y lucir un nuevo astro; y rey de la tierra, donde hace sentir su soberanía y su presencia aun á las naciones más remotas; rey de los judíos y de los gentiles, y de todos los estados y condiciones, pues de todos los estados y condiciones ha llamado á sí, á los grandes y á los pequeños. Esto es, digo, lo que una sabiduría del todo celestial les hace conocer; y con la misma sabiduría y la misma fe, cualquier alma que por una correspondencia sincera, y por un entero sacrificio se une desde hoy á este Salvador, y le vuelve á hallar, le dice cómo aquellos dichosos magos (porque yo no puedo dudar, que sería éste su sentimiento) *Rex Regum, et Dominus dominantium* (2). Vos sois el rey de los reyes y el Señor de los señores; y vos lo seréis mío con particularidad. Vos reinaréis en mi corazón, y sobre mi corazón; Vos sólo reinaréis en él, y Vos sólo arreglaréis todos sus deseos, todas sus

(1) *Luc.* 19, v. 14. (2) *Apoec.* 19, v. 16.

intenciones y todos sus designios. Así lo pensaron los magos, y así, amados oyentes míos, debéis decirlo vosotros, y mucho más bien pensarlo.

No contentos con adorar á Jesucristo como al soberano monarca del mundo, le adoran como á su Dios. No contentos con darle un culto exterior postrándose delante de él, *Et procedentes*, le dan también un culto interior, y le adoran en espíritu y en verdad: *Adoraverunt eum*. Pues éste fué un culto religioso, y para serlo debe salir del corazón. ¿Cuántos falsos adoradores hay en la cristiandad? El verdadero Dios es el que adoran, pero sin adorarle como el verdadero Dios debe ser adorado; y la razón es, porque le adoran de ceremonia, y por no sé qué exterioridades á que no quieren faltar; pero su corazón tiene en otra parte todos sus pensamientos y todos sus votos; esto es, son cristianos en la apariencia, pero en efecto no lo son como empezaron los magos á serlo.

Además de adorar los magos á Jesucristo, le presentan también sus dones; y siguiendo la explicación de los padres y expositores, ¿cuántos misterios se encierran en los tres dones que le hacen? Todo cuanto es Jesucristo está expresado en ellos de un modo sensible; su divinidad, su humanidad y su soberanía. Su divinidad, en el incienso, que no se debe dar sino á Dios; su humanidad, en la mirra, que servía para embalsamar y conservar los cuerpos; y, en fin, su soberanía en el oro, que es el tributo común que pagamos á los príncipes y monarcas. Estas grandes consideraciones debieron á una sabiduría superior á toda la sabiduría del siglo; y entonces pudo decir el Salvador de los hombres, que no había hallado tanta fe en todo Israel: *Non inveni tantam fidem in Israel* (1). En efecto, (pregunta San Agustín) ¿qué debemos admirar más, la fe de los magos ó la ceguera ó infidelidad de los judíos? Los judíos tenían en medio de ellos al Mesías, y no le conocían; los magos estaban distantes, y no obstante la mucha distancia de los lugares, vienen á buscarle á la Judea, y tienen la felicidad de hallarle. Los judíos le renunciaron, aunque había nacido en su país; y los magos, aunque extranjeros, le adoraron. Los judíos poco después le crucificaron, aun cuando obraba los mayores milagros; y los magos, aun siendo Niño, se le ofrecen y se rinden á él, cuando aún no estaba en estado de hablar una palabra. Ellos le vieron sobre las pajas, reducido á la condición más vil de los hombres, y no obstante se humillaron delante de él, como delante de un Dios; y aquellos, testigos de las mayores maravillas que obró, aun-

(1) *Matth.* 8, v. 10.

que le vieron obrar como Dios, no observaron con él las obligaciones de justicia y de caridad, que no se pueden sin culpa negar á un hombre. Señal evidente (dice San Agustín), pero efecto terrible de su obstinación.

¿Qué es ahora la fe de los cristianos? ¿Aquella fe tan pura, tan firme, tan generosa y tan activa en los magos, pero en nosotros tan tibia, tan perezosa, y tan lenta, tan estéril y tan vacía de todas las obras que deben acompañarla, y que la vivifican delante de Dios? Volvamos á animar nuestra fe, y sigámosla; ella es nuestra guía y nuestra estrella; no la perdamos jamás de vista. Caminemos á Dios, y no caminemos á él con las manos vacías. El incienso que le debemos ofrecer, es (según la explicación de San Gregorio) el fervor de nuestras oraciones; la mirra que debemos tributarle, es (según el pensamiento del mismo padre) la mortificación de nuestros cuerpos y la austeridad de la penitencia, y el oro que espera de nosotros, son nuestras buenas obras. De este modo le hallaremos nosotros como los magos; y, como he dicho, éste es el fin y objeto de la sólida sabiduría de los escogidos. Veamos ahora, en el ejemplo de Herodes, cuál es la ciega sabiduría de los ímpios y réprobos.

Es oráculo del apóstol, y de consiguiente un oráculo de eterna verdad, que la sabiduría de este mundo es enemiga de Dios. Pero, así como la sabiduría mundana es enemiga de Dios, del mismo modo es Dios enemigo de ella; el mismo Señor se declara así por uno de sus profetas: *Perdam sapientiam sapientium* (1). Yo confundiré la prudencia de los prudentes del siglo. Ved (dice San Juan Crisóstomo) los dos caracteres de esta falsa sabiduría que reina entre los ímpios, y es el principio de su conducta. Ella se levanta contra Dios, y Dios la confunde; hace guerra á Dios, y Dios la reprueba; ella quisiera destruir á Dios, y Dios la destruye y aniquila.

En efecto, si la sabiduría del mundo es enemiga de Dios, Dios no es menos enemigo de ella, y aquí es, cristianos, donde os pido que pongáis una atención particular. ¿Qué hace Jesucristo, cuando nace, para confundir la infeliz política de Herodes? En primer lugar, la turba: *Audens autem Herodes Rex, turbatus est*. Este Dios de paz que venia á pacificar el mundo, empieza á espantar en él el asombro y el terror; ¿pero cómo? Ved la maravilla: con sólo su nombre, con la noticia de su venida, y con la duda de si ha nacido. Cosa extraña es (dice San Juan Crisóstomo). Jesucristo aún no se ha manifestado, aún no ha hecho milagros, aún no ha salido del establo de Belén; es

(1) *1. Cor.* 1, v. 19, ex *Isai.* 10, v. 14.

un Niño puesto en un pescbre, que llora y padece, y, no obstante, Herodes está ya desconcertado: vedle ya combatido de sospechas y temores: *Audians autem Herodes Rex, turbatus est.*

Además, católicos, el Hijo de Dios no solamente turba desde que nace la política y falsa sabiduría del mundo, la hace también odiosa. Herodes, como perseguidor de Jesucristo, llegó a ser el horror del género humano. El lo sacrificó todo á su ambición; pero su memoria está llena de abominación. Nada perdonó por satisfacer la pasión que tenía de reinar; pero, por lo mismo, su reinado (según refieren los historiadores profanos), fué un reinado monstruoso. Creyó que para estar seguro tenía que derramar aquella sangre; pero aquella sangre derramada clamará eternamente contra él, y Dios hasta el fin de los siglos vengará aquella sangre inocente, con haber impreso en el nombre solo de Herodes un carácter de ignominia que no se borrará jamás. Inevitable destino del sabio mandano hacerse odioso, á pesar suyo, cuando él más mira por sí. ¿Qué cosa hay más odiosa en el mundo que un hombre interesado, ambicioso y envidioso?

Por más que Herodes buscaba al rey de los judíos, no le halló; por más artificios que usó, disimulando con los magos para que volvieran á darle noticias, los magos tomaron otro camino, y no volvieron más á Jerusalén. Por más destrozo y víctimas que hizo entre los niños que había en las cercanías de Belén, el que buscaba no fué comprendido en ellos. El degollará mil por uno solo, y este solo de quien quiere asegurarse, será el que se libre y defienda; y la razón es, porque está escrito que no hay consejo ni prudencia contra el Señor: *Non est prudentia, non est consilium contra Dominum* (1).

En fin, viniendo al mundo el Salvador, hace servir á los designios de Dios la política del mundo, á pesar de ella. Observad cómo. Era necesario que el nacimiento de Jesucristo se publicara y extendiera; y la violencia y tiranía de Herodes le hizo público. Quería oscurecer el nombre de este nuevo rey de Israel, y él mismo le da á conocer. Quería que no se tomase en boca; y el medio que para esto toma, es justamente el más propio para que no se hable de otra cosa en todo el mundo y por todos los siglos. En efecto, ¡qué confusión y qué alboroto! ¡Qué movimientos tan varios y qué espanto tan grande, cuando tantas víctimas inocentes se arranean sin piedad del seno de sus madres y se sacrifican á su vista! ¡Qué clamores confusos y qué gemidos no se oyen por todas partes! *Vox in Rama audita est, ploratus, et ululatus multus* (2). ¿Y era posible que una acción

(1) *Prov.* 21, v. 30. (2) *Matth.* 2, v. 18.

tan ruidosa estuviere oculta? ¿Era posible que de la Judea no pasase bien presto la noticia á los pueblos y países inmediatos, y de éstos á las naciones más remotas? ¿Era posible que no quisieran todos saber el motivo, y que no tuvieran cuidado de averiguarlo bien? Y, de consiguiente, ¿no era bastante motivo para hacer célebre á Jesucristo, y para hacer admirar su poder, cuando se sabía que magos y reyes habían venido á adorarle, que Herodes había tenido celos de ello, que con el exceso de su furor y enojo había hecho los esfuerzos para perder aquel Niño; y que, no obstante todos sus proyectos y actividad, aquel Niño sin armas y sin defensa, había sabido libertarse de sus golpes y malas intenciones? ¡Oh sabiduría adorable de mi Dios! Así os burláis de la sabiduría de los hombres cuando ésta se rebela contra Vos, y así os valéis para que se cumplan vuestros inmutables decretos, de aquello mismo que, según nuestras cortas y débiles luces, debería estorbarlos. Así también se verifica aquella amenaza que nos habéis hecho por boca de vuestro Apóstol: *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobo* (1). Yo destruiré la sabiduría de los sabios del siglo, y yo la reprobaré. ¿Cuántas pruebas de ello tenemos en las pasadas edades, y cuántas tenemos aun en la nuestra? ¿Cuántas veces el impio (según el lenguaje de la Escritura), ha visto caer sobre sí su impiedad misma, y cuántas veces se ha hallado, por una disposición secreta de la Providencia, cogido en el mismo lazo en que quería que cayesen los otros?

Renunciemos, amados oyentes míos, y renunciemos para siempre, pero de buena fe y con sinceridad, esta sabiduría reprobada que se busca y se ama á sí misma, y nada más quiere ni busca que á sí propia. Buscándonos á nosotros mismos, nos perdemos. Yo me engaño, y he dicho mal en lo que digo: buscándonos á nosotros mismos, nos hallaremos; pero la mayor de todas nuestras desgracias, es hallarnos á nosotros mismos; porque hallándonos, no podemos hallar otra cosa más que lo que somos; esto es, confusión, desorden, miseria y culpa. Busquemos á Dios, y sin pensar en nosotros nos hallaremos santa, segura y dichosamente en Dios. Busquemos á Dios, y desde esta vida hallaremos nuestro soberano bien, que no puede hallarse sino en Dios. Y porque Dios no puede hallarse desde ahora sino en Jesucristo, á ejemplo de los magos, para hallar á Dios busquemos á Jesucristo. Y pues ni al mismo Jesucristo se puede hallar sino en los estados á que ha querido reducirse para servirnos de modelo, no le busquemos en otra parte; esto es, puesto que á Jesucristo no se le puede

(1) *Cor.* 1, v. 15.

hallar sino por el camino de una humildad sincera, de una obediencia fiel, y de una renuncia verdadera del mundo, no le busquemos por otros caminos sino por éstos. Esta es la ciencia que nos ilustrará, que nos santificará y que hará de nosotros hombres perfectos en la tierra y bienaventurados en el cielo.

LA ADORACIÓN DE LOS REYES

Magi ab Oriente venerunt Jerusalem, dicentes: ubi est qui natus est rex judaeorum?

Vinieron los Magos de Oriente a Jerusalem, diciendo: ¿dónde está el que ha nacido rey de los judíos?

(MATEO, c. 2, v. 2.)

Mucho quisiera, amados oyentes míos, hallarme con la ciencia suficiente, para explicar como se merece el asunto de la festividad que hoy celebra la Iglesia, poseyendo la elocuencia y la sabiduría de un San Jerónimo, o alguno de esos patriarcas fundadores de las religiones regulares, que con el poder de su palabra y la unción que les prestaba la divina inspiración, arrancaban la convicción de cuantos los escuchaban, aumentando el número de fieles servidores del Señor. Pero si no me es dado poseer sus altas dotes, puedo poseer su intención, y procurar haceros comprender el suceso, cuyo aniversario celebramos, supliendo con ella la parte que me falta de su sabiduría y elocuencia.

Los acontecimientos de que tratan las Escrituras del antiguo y nuevo Testamento, y en especial los que se refieren á nuestro Señor Jesucristo, tienen un sentido material y un sentido moral. En el primero está sólo la simple exposición de un hecho histórico, ó de alguna acción rara y distinguida; y en el segundo está embebida siempre una lección moral puesta en relación mística con los sucesos

pasados, presentes ó futuros, que miran al culto debido á Dios y á las resoluciones de su justicia.

Entre estos sucesos llama muy especialmente la atención el de la adoración de los reyes magos, tanto en su parte material, como en la parte moral y mística; por eso la Iglesia lo celebra con tanta pompa, y entre los fieles suele ser tenido por tan grande como el del nacimiento del Hijo de Dios.

Asunto de esta naturaleza bien merecería ser celebrado por otro sacerdote más digno que el que ocupa esta cátedra; pero empeñado en llenarlo como sea posible á mis cortas facultades, me servirá de auxilio la atención y buena voluntad con que me escuchéis, en la inteligencia de que no voy á ser más que el intérprete de las doctrinas que sobre el nos enseña nuestra madre la Iglesia, ya en el Evangelio, ya en las exposiciones de los santos padres que lo han ilustrado. Os referiré el hecho material en sí; os explicaré su significación, y de uno y otro inferiréis la doctrina sublime que en sí encierra y la necesidad de que todos adoremos, como lo merece, al Dios del cielo y de la tierra, según lo hace el santo rey David en las palabras de uno de sus salmos: *Adoremus Dominum qui fecit nos*; adoremos al Señor que nos ha criado.

Y para hacerlo dignamente, implemos la gracia de su divina Madre, la cual á la manera que consiguió por su ruego que Jesucristo convirtiese en vino las vasijas llenas de agua en las bodas de Caná, conseguirá que me preste su divina gracia, para cumplir dignamente mi misión en este día. Con este objeto espero que uniendo vuestras súplicas á las mías, nos postremos juntos de rodillas, y la saludemos con el ángel, diciendo: *Ave María*.

El suceso, cuyo aniversario celebra la Iglesia, en la festividad de hoy, es de aquellos, que ya sean considerados en la parte material, ya en la parte mística, indica una religiosidad y bondad de carácter, que hacen á los reyes magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, unos varones dignos de consideración y de respeto.

Luego que nació Jesús, apareció en la Arabia, que está al Oriente de Judea, una estrella, que llamando la atención de los reyes magos ó sabios, que habitaban en aquel país, determinaron cada uno de por sí seguirla, movidos de divina inspiración.

Para mejor entender la venida de estos tres reyes magos ó sabios, es preciso tener presente que el territorio de Asia, en aquella parte conocida del imperio romano, estaba dividida en pequeños principados, ya con el nombre de reinos, ya con el de tetrarquías, ya con el

hallar sino por el camino de una humildad sincera, de una obediencia fiel, y de una renuncia verdadera del mundo, no le busquemos por otros caminos sino por éstos. Esta es la ciencia que nos ilustrará, que nos santificará y que hará de nosotros hombres perfectos en la tierra y bienaventurados en el cielo.

LA ADORACIÓN DE LOS REYES

Magi ab Oriente venerunt Jerusalem, dicentes: ubi est qui natus est rex judaeorum?

Vinieron los Magos de Oriente a Jerusalem, diciendo: ¿dónde está el que ha nacido rey de los judíos?

(MATEO, c. 2, v. 2.)

Mucho quisiera, amados oyentes míos, hallarme con la ciencia suficiente, para explicar como se merece el asunto de la festividad que hoy celebra la Iglesia, poseyendo la elocuencia y la sabiduría de un San Jerónimo, o alguno de esos patriarcas fundadores de las religiones regulares, que con el poder de su palabra y la unción que les prestaba la divina inspiración, arrancaban la convicción de cuantos los escuchaban, aumentando el número de fieles servidores del Señor. Pero si no me es dado poseer sus altas dotes, puedo poseer su intención, y procurar haceros comprender el suceso, cuyo aniversario celebramos, supliendo con ella la parte que me falta de su sabiduría y elocuencia.

Los acontecimientos de que tratan las Escrituras del antiguo y nuevo Testamento, y en especial los que se refieren á nuestro Señor Jesucristo, tienen un sentido material y un sentido moral. En el primero está sólo la simple exposición de un hecho histórico, ó de alguna acción rara y distinguida; y en el segundo está embebida siempre una lección moral puesta en relación mística con los sucesos

pasados, presentes ó futuros, que miran al culto debido á Dios y á las resoluciones de su justicia.

Entre estos sucesos llama muy especialmente la atención el de la adoración de los reyes magos, tanto en su parte material, como en la parte moral y mística; por eso la Iglesia lo celebra con tanta pompa, y entre los fieles suele ser tenido por tan grande como el del nacimiento del Hijo de Dios.

Asunto de esta naturaleza bien merecería ser celebrado por otro sacerdote más digno que el que ocupa esta cátedra; pero empeñado en llenarlo como sea posible á mis cortas facultades, me servirá de auxilio la atención y buena voluntad con que me escuchéis, en la inteligencia de que no voy á ser más que el intérprete de las doctrinas que sobre el nos enseña nuestra madre la Iglesia, ya en el Evangelio, ya en las exposiciones de los santos padres que lo han ilustrado. Os referiré el hecho material en sí; os explicaré su significación, y de uno y otro inferiréis la doctrina sublime que en sí encierra y la necesidad de que todos adoremos, como lo merece, al Dios del cielo y de la tierra, según lo hace el santo rey David en las palabras de uno de sus salmos: *Adoremus Dominum qui fecit nos*; adoremos al Señor que nos ha criado.

Y para hacerlo dignamente, implemos la gracia de su divina Madre, la cual á la manera que consiguió por su ruego que Jesucristo convirtiese en vino las vasijas llenas de agua en las bodas de Caná, conseguirá que me preste su divina gracia, para cumplir dignamente mi misión en este día. Con este objeto espero que uniendo vuestras súplicas á las mías, nos postremos juntos de rodillas, y la saludemos con el ángel, diciendo: *Ave María*.

El suceso, cuyo aniversario celebra la Iglesia, en la festividad de hoy, es de aquellos, que ya sean considerados en la parte material, ya en la parte mística, indica una religiosidad y bondad de carácter, que hacen á los reyes magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, unos varones dignos de consideración y de respeto.

Luego que nació Jesús, apareció en la Arabia, que está al Oriente de Judea, una estrella, que llamando la atención de los reyes magos ó sabios, que habitaban en aquel país, determinaron cada uno de por sí seguirla, movidos de divina inspiración.

Para mejor entender la venida de estos tres reyes magos ó sabios, es preciso tener presente que el territorio de Asia, en aquella parte conocida del imperio romano, estaba dividida en pequeños principados, ya con el nombre de reinos, ya con el de tetrarquías, ya con el

de procuraciones ó gobiernos, siendo algunos de sus jefes, unos tributarios del imperio, y otros absolutamente independientes.

En Judea reinaba Herodes, que era de los príncipes más famosos de aquel país, y que se distinguía, como la mayor parte de los guerreros, por un carácter ambicioso y celoso de su autoridad. Residía en Jerusalén, y á esta ciudad santa fueron conducidos por la estrella, aparecida en el Oriente, los reyes magos. Luego que entraron en la ciudad, principiaron á preguntar: ¿dónde está el que ha nacido rey de los judíos? No dejó de chocar en la ciudad judía, que hombres de tal representación y de condición gentil viniesen á preguntar por el que ha nacido rey de los judíos, para tributarle adoraciones. Todos se maravillaban, porque entendiendo la palabra rey de los judíos en el sentido material, no conocían más que á Herodes, y mucho más cuando aseguraban haber sido conducidos por una estrella y movidos por una inspiración divina. Cierto es que Jesucristo, no sólo era rey de los judíos y de todo el mundo, por ser el mismo Dios encarnado en la persona del Hijo, sino que podía serlo también como descendiente de David por parte de José y de María, como nos enseña San Mateo en el capítulo primero de su Evangelio.

Entendido el nacimiento de Jesús por los judíos como rey temporal, y no como fundador del nuevo reino de los siglos, hacían extrañas conjeturas, y no acertaban ni podían acertar quién fuese el recién nacido que buscaban los magos; pues reducida la descendencia de David, por la cautividad de Babilonia, á la pobreza que hemos visto en San José y María, á quienes Dios se dignó elegir por ascendientes, no podían imaginar pretensiones al reino temporal en sujeto tan humilde; y en cuanto al reino espiritual, estaban demasiado ciegos para pensar en la venida del Mesías, á pesar de que así lo anunciase la paz universal en que estaba entonces el mundo: *Toto orbe in pace composito.*

Habiendo tenido noticia el rey Herodes de la llegada de los magos y del objeto que traían, trató de indagar el fundamento y el origen de aquel suceso, y al efecto hospedó con magnificencia á los reyes magos, y devorando dentro de sí mismo el temor de que naciese quien le quitase la corona, que con complacencia del emperador de Roma obtenía, les hizo muchas preguntas acerca de la estrella que les había traído á Jerusalén, y del tiempo en que les apareció. Informado por los magos, que con la sencillez y verdad de hombres de buena fe nada le ocultaron, convocó el sanedrín ó concilio de los judíos, compuesto del sumo pontífice, los príncipes de los sacerdotes, ancianos, escribas, fariseos y doctores de la ley, y les consultó sobre

la voz que habían extendido los reyes de la Arabia, diciendo que venían guiados de una estrella en busca del rey de los judíos que acababa de nacer, según ellos.

Los pontífices y doctores, habiendo examinado las sagradas Escrituras, no descubrieron la venida de otro rey más que la del Mesías, y que éste había de ser descendiente de la casa de David y nacer en Belén, según anunciaba el profeta Miqueas, cuando dice en el capítulo quinto: *y tú, Belén, tierra de la tribu de Judá, no eres la más pequeña entre las ciudades, porque de ti saldrá el que ha de ser Señor de Israel.* Oída esta respuesta por Herodes, dijo á los magos que en Belén era donde había de nacer el rey de los judíos que buscaban, y á quien traían intención de adorar; y les advirtió que si le hallaban, como parecía por el anuncio de la estrella y la inspiración divina que los había traído á Jerusalén, volviesen á darle conocimiento de dónde residía, porque él también quería adorarle. Así hablaba Herodes; pero otros eran sus sentimientos, porque él solo pretendía descubrir dónde estaba Jesús para asesinarle. ¡Ah malvado Herodes! ¡qué bien mereciste las tribulaciones y castigos que sufriste en los últimos días de tu vida, y las desgracias que acabaron después con toda tu descendencia! Así les sucederá á todos aquellos que, movidos de la ambición y del deseo de mandar, buscan los que creen han de servirles de estorbo en su tiránica dominación, y por inocentes que sean tratan de clavarles un puñal asesino.

Habiendo salido de Jerusalén los reyes magos, se les apareció la estrella que los había guiado hasta aquella ciudad, y les fué precediendo como antes, hasta llegar al establo de Belén, donde se paró esparciendo una luz más viva y resplandeciente. Contemplando los magos este fenómeno, y sintiendo renacer en su corazón una alegría divina, imaginaron entrar y adorar á Jesús en aquella habitación humilde, obrando como verdaderos sabios que eran, y no deteniéndose á la vista del pobre aspecto del albergue, donde residía aquel á quien iban á buscar. Bien pueden aprender en los santos reyes los hombres llenos de vanidad, que tienen reparo de entrar en la habitación del pobre, temiendo que su categoría quede rebajada, porque para ellos la categoría no está en las dotes espirituales, sino en las riquezas y pompas exteriores, que la mayor parte de las veces suelen ocultar mucha podredumbre y corrupción de espíritu.

Mostraron también en esta decisión los santos magos que no venían á buscar un rey temporal rodeado de fausto y vanidades, sino al verdadero Mesías, que había de venir al mundo para reinar en espíritu sobre todas las gentes.

Entrando, pues, en el establo, encontraron al niño Dios, á quien hallaron acompañado de su madre Maria y su esposo José, y le adoraron como á Dios y le reconocieron por su rey. Entónces fue cuando abriendo sus cofres y derramando sus tesoros, le ofrecieron oro, mirra é incienso, cosas preciosas y tenidas en grande estima por su valor material, y que simbolizan la caridad, la oración y la mortificación, según la opinión del sumo pontífice San Pio V.

Graves consideraciones se ofrecen á la vista del espectáculo que presenta un niño pobre, recién nacido en un establo, recibiendo las ofrendas de los reyes extranjeros; y mayores se hacen todavía, al ver que estos reyes no pertenecen al pueblo ni á la religión de los judíos, que era entónces reconocida como la verdadera y la mejor; infiriéndose de aquí la parte mística y religiosa de este acontecimiento. Me ocuparé en explicar las ideas, que sobre este asunto enseñan los santos padres de la Iglesia, cumpliendo como mejor pueda el ofrecimiento que hice para la segunda parte de mi propósito.

Á la primera vista se conoce que en este suceso ha influido la mano poderosa del Dios de las alturas: á cuya voz se desatan las tempestades, tiembla la tierra, siguen los astros su curso y se renueva el firmamento; porque la estrella que guió á los magos, fué un suceso extraordinario y milagroso; lo fué también la inspiración divina que los llevó á los pies de Jesucristo, y lo fué la calidad de los dones que se pusieron á los pies del recién nacido; oro, mirra é incienso, que significan, como os dije con San Pio V, la caridad, la oración y la mortificación.

Según los padres de la Iglesia, en la estrella que apareció á los magos, se descubre esa luz del Evangelio tan pura y tan brillante, que si la seguimos sin perderla de vista, nos llevará derechos á los pies del Salvador, haciéndonos agradables en su presencia; para que nos dispense la gracia de recibir los dones á sus pies. ¿Quién siguiendo la luz de la doctrina evangélica, como los magos siguieron la estrella que los guió á los pies del rey de los reyes, no está seguro de alcanzar, tarde ó temprano, la gloria inmortal de gozar de la presencia del Justo por excelencia? ¡Ah! no lo dudéis, hermanos myentes; si desechando las pasiones del mundo; si separándonos de esas ciudades que hoy pueblan por desgracia nuestra nación de vicios é iniquidades, cual era la Jerusalén dominada por los escribas y fariseos, nos proponemos seguir el buen camino, auxiliados por la luz del Evangelio, lograremos, como los reyes magos, llegar á la presencia del Señor.

La circunstancia de ser inspirados por Dios unos reyes extranje-

ros, en lugar de los judíos que pertenecían á la religión, que era entónces la verdadera, fué nacida de que Jesucristo quiso manifestar que, aunque nació judío y descendía de judíos, no se limitaba su venida á la salvación sola del pueblo judaico, sino que se extendía á la de todas las gentes que habitaban la tierra. Su caridad ha sido en esto, como en todas las virtudes que manifestó, infinita.

La inspiración que tuvieron los reyes magos para venir á adorarle, fué benéfica para los pueblos encomendados á su cuidado, porque así principiaba á destruirse la idolatría, que tenia corrompidos la mayor parte de los pueblos de la tierra.

Naciendo pobre, obscuro y desconocido para los judíos, y presentándose Dios y Rey á los reyes que vinieron á adorarle, quiso significar también el estado de ceguera de los judíos y gentes de su país, que no hubieran cedido á la verdad, aunque se les hubiera presentado una estrella, y una voz interior los hubiera inclinado á seguirla.

La confianza que mostró Jesucristo á los gentiles es semejante (si puede haber semejanza entre Dios y los hombres) á la confianza que solemos mostrar á nuestros amigos y extraños, con preferencia á los de nuestra propia familia; pensamiento que se expresa también en el Evangelio, cuando dice: *Nemo est propheta in patria sua*; ninguno es profeta en su patria.

Parece que un instinto fatal impulsaba á las gentes principales que gobernaban al pueblo judío, para declararse contrarios á cuanto viniere por parte de Jesucristo. Cuando los fariseos y escribas contestaron á Herodes que en Belén habia de nacer el Mesías, y que habia de ser rey de los judíos, le ocultaron que este Mesías habia de ser Hijo de Dios, tenerosos de que creyendo en él, le adorase como los magos, y siguiendo las doctrinas del nuevo venido, persiguiese las iniquidades y monopolios que ellos hacían en el templo con las ofrendas del altar, mostrándose en esto más perversos que el tirano Herodes, porque ellos podían saber que el rey recién nacido debía ser Dios, y Herodes creía solo ver en él un pretendiente á su corona. ®

Teniendo, pues, tales jefes la religión judaica, no era difícil que el pueblo que administraban, se mostrase incrédulo, vicioso é incorregible; porque si un ciego guía á otro ciego, los dos caerán en el hoyo.

Huyamos de seguir la conducta de los infames fariseos, si no queremos ver crecer nuestra malicia y nuestra ceguera hasta el punto que creció en ellos, cuando á sabiendas, y por sólo satisfacer intereses mundanos, renunciaron á la luz, y no quisieron conocer al Mesías que vino al mundo. Bien se infiere que los gentiles tenían más fe,

como lo demostraron los magos; porque éstos fueron á adorar á Dios movidos por un impulso interior, y los judíos no quisieron adorarle, á pesar de que veían escrita su venida en los libros de los profetas, y que por los signos que aparecían, y consumación del tiempo predichó por ellos, el rey que buscaban los magos no podía ser otro que el Mesías, anunciado como redentor y salvador del género humano.

Examinemos ahora los ricos dones que se ofrecieron por los magos en el establo de Belén, como una ofrenda tributada á Dios en quien creían. Era uno de ellos el oro, y ya consideremos este precioso metal como instrumento de caridad, con nuestros semejantes, ya como un signo de poder, porque poderoso es en la tierra el que lo obtiene; encontraremos que no sólo era precioso materialmente, sino por el símbolo que representaba. Si es la caridad, es la primera de las virtudes; y si es un signo de potestad, es como si se ofreciesen á sus pies las testas coronadas de la tierra.

El incienso, ese precioso aroma que se prodiga en los altares, es una materia estimada por sí, y lo es mucho más por el símbolo que representa. Considerése representante del sacerdote que transmite á Dios las peticiones de los pueblos, ó considerése como la oración misma, cuando el hombre se pone en comunicación con su Criador, por medio de las palabras ó por medio de éxtasis, es también una ofrenda digna de Dios, porque representa lo más sagrado entre los hombres, que es el sacerdote, y lo más divino del espíritu, que son los éxtasis de la oración y de la contemplación.

La mirra, representante de los dolores y de la mortificación en la tierra, parece ser ese signo de expiación y penitencia, que esparcido por la naturaleza, cumplen todas las criaturas, obedeciendo la ley fatal, que heredaron los hombres, desde que la desobediencia de nuestro primer padre Adán, hizo nacer el pecado original y nos legó el terrible castigo que Dios transmitió á los hombres, cuando le dijo: *in sudore vultus tui vesceris panem*; comerás el pan con el sudor de tu rostro (1).

No es holocausto menor en el sentido místico aquel en que ofrece el hombre la mortificación de sus miserias y de sus padecimientos, porque los méritos que alegamos los hombres en la vida para hacernos aceptables á los ojos de aquel, que ha de compensar nuestros afanes en cualquier sentido que sea, son las mortificaciones que padecemos con el fin de purificarnos expiando nuestras culpas.

Os he demostrado con la simple relación histórica del suceso, en

(1) Gen. c. 3, v. 19.

que los reyes magos, guiados por una estrella, fueron á adorar al Salvador, ofreciendo á sus pies oro, mirra é incienso, y con las interpretaciones místicas, de acuerdo con las doctrinas de los santos padres, la excelencia de los símbolos que representan las personas y objetos que concurrieron á la adoración de Jesús: acontecimiento grande, magnífico, digno de ser celebrado por la Iglesia, y que demuestra de una manera evidente, que desde el nacimiento de nuestro divino Redentor hasta su pasión y muerte, todo es interesante y digno de contemplación.

Pensad, si no, en un niño pobre y desvalido, con un establo por mansión y un pesebre por cuna, y los reyes de la tierra derramando á sus pies los más preciosos dones. Este espectáculo, si no es nada para un Dios, que mira siempre desde su alto trono la nada de las testas coronadas, y las infinitas generaciones que nacen, viven y dejan de existir, es para el hombre raro y extraordinario, porque no acostumbramos á ver á los poderosos de la tierra dotados de la humildad y de la fe, que tuvieron los santos reyes magos en tal día como hoy. Generalmente vemos vacilar al rico y al poderoso antes de entrar en la casa del pobre, y con más frecuencia los vemos todavía vacilar en la fe que debemos á los preceptos é inspiraciones del Evangelio.

Pero no sigamos tan errados caminos, amados oyentes; sigamos la luz del Evangelio, cual los magos siguieron la estrella que se presentó en el Oriente: obedezcamos los preceptos de la ley de Dios, como obedecieron los impulsos divinos los gentiles que llevaron al Señor los dones, que le negaron los que poseían la ley de Moisés y los escritos de los profetas. Si por este medio conseguimos no perder de vista el camino recto, practicaremos la humildad y la piedad que demostraron los santos magos, y nos haremos aceptos á Dios, adquiriendo méritos en esta vida, para conseguir la gloria que os deseo á todos. *Amén.*

PRESENTACIÓN DE N.RO. SR. JESUCRISTO EN EL TEMPLO



Et postquam impleri sunt dies purgationis que secundum legem Moyses, tulerunt illius in Jerusalem, ut referat eum Dominus.

Y después que fueron cumplidos los días de la purificación de María, según la ley de Moisés, lo llevaron á Jerusalem para presentarlo al Señor.

(S. Lucas, c. 2, v. 22.)

Al paso, hermanos míos, que Jesucristo avanza en edad, se cumplen sucesivamente las profecías que le anunciaban en la tierra. Hoy aparece por primera vez en su templo el Dominador, ese Ángel del Testamento, anunciado por Malaquías. Hoy llega el Deseado de las naciones á llenar de gloria su morada, y concede al segundo templo un honor, que el primero no recibió nunca. Pero no se ostenta con el brillo de su gloria, ni inunda el templo de un luminoso vapor, que ofusque la vista de los sacerdotes, ni los turbe en las funciones de su ministerio, como cuando tomó posesión de él en tiempo de Salomón. Se presenta solo, conducido en los brazos de una madre tímida y modesta, y en el estado más pobre. Pero ¡cuánta majestad y cuánta grandeza están encerradas en aquella humillación aparente! El Eterno, rodeado de todo su esplendor, recibe en el cielo los homenajes, la adoración y los transportes de respeto, renovados sin cesar, de los espíritus bienaventurados; pero hoy se le tributa sobre la tierra un honor mucho más grande, porque es un Dios el que viene á prosternarse y á confundirse ante él, trayéndole con sus votos la ofrenda de toda su persona. Contemplemos este espectáculo imponente, de un Dios adorando á Dios. ¡Qué sentimiento tan profundo nos hará concebir de la Majestad divina! Pero no nos detengamos á mirar la parte exterior de esta solemnidad; penetremos en su espíritu, y considéramosla como cristianos, no cual una teoría inútil, sino estudiando las

instrucciones que encierra; porque nuestros sublimes misterios, por su naturaleza, no sólo ofrecen á nuestra fe verdades que profesar, sino que envuelven en sus verdades augustas las más importantes lecciones y las reglas más saludables para vivir como Dios manda. En nuestra divina religión, los dogmas y los preceptos están esencialmente unidos; la doctrina más elevada es el fundamento de la moral más pura, y lo que se nos manda practicar es siempre una consecuencia de lo que debemos creer. Sigamos en espíritu á Jesús en el templo de Jerusalén, y meditando sobre la augusta ceremonia que allí se cumple, fijemos nuestra consideración en la sumisión de Jesucristo, modelo de la sumisión que nosotros debemos tener, y en la ofrenda hecha de Jesús á Dios, imagen de la que debemos hacerle de nosotros mismos. *Ave María.*

En la obediencia de que Jesús nos da hoy un ejemplo, encontraremos todos los caracteres que debe tener la nuestra. En cuanto á la obediencia pronta, Jesús no hace más que nacer, y ya le vemos sometido á todas las observancias prescritas á su nación. De este modo confunde todas las dilaciones que afectamos cuando, no pudiendo absolutamente sustraernos á la ley, retardamos cuanto nos es posible el cumplimiento de sus preceptos; dilaciones que concluyen casi siempre por apartarnos de su observancia. Si consideramos esta obediencia de Jesús en lo que tenía de voluntaria, vemos que él mismo es ofrecido, como lo habia anunciado un profeta; porque tal fue su voluntad. En la efusión de su alma, dice á su Padre: «Los holocaustos no te son agradables; he aquí que yo vengo. Está escrito de mí que yo cumpliré tu voluntad; yo lo quiero, ¡oh Dios mío! y llevo tu santa ley en medio de mi corazón.» Nosotros debemos, pues, no una sumisión servil, á la que los divinos preceptos arrancan por fuerza prácticas penosas y repugnantes, sino una obediencia espontánea, que produzca el sentimiento del deber, que sostenga el de la gratitud, y que despierte, anime e inflame el del amor. Nosotros debemos, uniendo nuestra voluntad á la de Dios, no arrastrarnos con disgusto, sino volar con las alas de la caridad por el camino de los mandamientos. En cuanto á ser su obediencia absoluta, vemos que el Espíritu Santo ha dicho, por boca del apóstol Santiago, que faltar á un solo punto de la ley es violarla completamente; y la razón es muy sencilla; porque con cualquiera falta se desconoce, se ultraja y se ofende á la autoridad que ha dictado la ley. Cuando Jesús observa con una fidelidad escrupulosa hasta los menores preceptos del judaísmo, ¿cómo tenemos valor para sostener la temeridad de nuestras desobe-

diciencias á la ley cristiana? Si queremos ser cristianos, es preciso ser verdaderos discípulos ó imitadores de Jesucristo: como discípulos, debemos observar completamente todos sus mandatos; como imitadores, debemos seguir sin distinción todos sus ejemplos.

«Santificame, había dicho el Señor, todo primogénito entre los hijos de Israel, tanto hombres como animales, porque todas las cosas son mías.» Esto nos descubre, así el motivo de la ofrenda, que es el dominio soberano de Dios, como su objeto, que es el de reconocerle. Dios tenía derecho sin duda á exigir que se le ofreciese todo, porque todo le pertenece; pero se había contentado con mandar que se le hiciera la ofrenda de los primogénitos, como, en prenda y señal perpetua de su propiedad universal. Todas las madres venían á presentarle, en reconocimiento de este dominio, lo que tenían de más precioso, que era el primer fruto de su fecundidad. El primogénito, el jefe de cada familia, era en esta ceremonia el representante de la familia entera. Consagrado á Dios por esta ofrenda especial, se consideraba como el gerente de toda la familia, y quedaba como en rehenes de la dependencia que ésta debía tener. Así se perpetuaba en la Sinagoga el pensamiento del soberano dominio que Dios ejerce, y que solo él debe ejercer sobre todos los hombres.

Sometiéndose Jesucristo á esta ley, reconoce por sí y por toda la familia de que es el jefe, el soberano dominio de Dios. Pero la oblación que hoy se hace de su persona es de un orden mucho más elevado que la de todos los demás primogénitos de Israel, y su ofrenda mucha más excelente que la de éstos. Consideremos este misterio augusto; que cuanto más penetremos en él, descubriremos más grandeza y mayores testimonios de la bondad infinita de nuestro Dios.

Jesús es ofrecido hoy, hermanos míos, no sólo como el primogénito de María, sino como el jefe de una nueva raza, que principiará en ella: como jefe de toda la raza humana. Jesucristo viene á tomar posesión de su título de primogénito de toda criatura, de primogénito entre todos los mortales, y se presenta en el templo de Jerusalén, para constituirse en jefe del cuerpo de la Iglesia, hacerse su origen y ocupar en todo el primer lugar. ¡Idea sublime de San Pablo, y muy honrosa para nosotros! Jesucristo nos hace á todos hermanos suyos; no formamos con él más que una sola familia, de que él es el primogénito, y en el misterio que hoy se celebra ejerce la primera función propia de este título. Ese niño débil, aislado, pobre y en extremo humilde es el representante de todo el género humano, y al ofrecerse á Dios como el primogénito entre nosotros, nos ofrece á todos con él, y de este modo venimos á formar parte de su ofrenda. En esta ce-

remonia, á los ojos de su eterno Padre, todas las generaciones pasadas, presentes y futuras constituyen su cortejo, y él se presenta al frente de la humanidad, ante el ara sagrada, para depositar allí la confesión de su dependencia y el homenaje debido al dominio soberano de Dios sobre todas las criaturas.

En la ofrenda que hoy se hace de Jesús descubrimos también otro carácter, que la distingue de todas, colocándola en una categoría especial. Todas las demás oblationes eran por su naturaleza propia insuficientes. Por precioso y estimado que pudiera ser el objeto ofrecido, no expresaba sino de un modo muy imperfecto la dependencia de la criatura. Diremos más: todas las criaturas reunidas y ofreciéndose á un mismo tiempo, no podían presentar á Dios un homenaje proporcionado á su grandeza. Por grandes que fueran sus esfuerzos, por muchos que fuesen los votos y sacrificios que llegaran á ofrecerle, quedaría siempre una inmensa distancia entre los honores que se le pueden tributar y los que Dios merece; por grande y fervoroso que fuese su culto, quedaría siempre un inmenso vacío, que jamás podrían llenar. Pero Jesucristo, presentado á su Padre, salva toda la distancia. Bajo ese velo de humanidad, que le oculta á todos los ojos que no sean los de la fe, es un Dios el que se ofrece, y el Dios Padre recibe al fin en este día por vez primera un homenaje digno de su grandeza. Su dominio supremo es reconocido tan plena y perfectamente como lo debe ser, y el holocausto que se le ofrece es tan sublime, tan puro, tan grande, tan perfecto y tan infinito como el mismo Dios. ¡Misterio admirable, que excede á todos nuestros pensamientos, porque llena completamente la medida de nuestra obligación hacia la Divinidad! Hombre como nosotros, Jesucristo presenta á su Padre, por nosotros, el homenaje de nuestra sumisión; Dios, como su Padre, le tributa un homenaje igual á su soberanía.

Ese Sol de verdad, caminando hacia su horizonte, disipa por grados todas las sombras en que se hallaba envuelta la ley mosaica. El nos da á conocer, en el misterio de este día, cuál era el objeto y el término de la oblación de los primogénitos de Israel. Esta oblación era la figura y el símbolo de la que un día debía hacer de su persona el primogénito de las naciones; él que, viniendo para reunir las á todas en una sola religión, las ofrecía todas en él y con él. Estaba prescrita, para que el Hijo de Dios se encontrase comprendido en la ley, y el Dios Padre pudiese al fin recibir una ofrenda proporcionada á su majestad suprema.

Esta ofrenda de Jesucristo nos presenta todavía una consideración muy importante. Ella parece no tener nada de riguroso. Jesús es lle-

vado al templo, presentado á Dios, rescatado á precio de dos tortolillas, y en seguida vuelven á llevarle á la casa de José. Toda la exterioridad de la ceremonia no anuncia nada de excesivamente severo; pero penetremos en su interior, y examinemos el espíritu con que Jesús se ofrece á su Padre. Él se ofrece con el pleno y distinto conocimiento de todo cuanto esta oblación debe llevar en pos de sí, se ofrece para ser el hombre del dolor y para reunir en su persona todos los males procedentes de la venganza divina. Al ofrecerse, confirma el empeño que había contraído en su circuncisión, de cumplir todo cuanto de él había sido profetizado. Se hace la víctima de nuestras culpas y comienza sus sacrificios. Todo sacrificio comprende dos cosas esenciales y distintas: la oblación y la inmolación. La inmolación se verificará un día sobre el Calvario; la oblación se verifica hoy en el templo. Existe una relación íntima entre la presentación y la crucifixión, y es que existe la misma víctima, el mismo pontífice, el mismo Dios y el mismo sacrificio, que comienza en este día y será consumado entonces. Cuando Jesús, cumpléndolo, exclame desde lo alto de su cruz, dirigiéndose al universo entero y á todas las futuras generaciones: "Todo se ha concluido", acercará los dos términos de su holocausto, y reunirá en estas palabras toda la grande y penosa obra que comienza hoy y se obliga á terminar.

Al ofrecerse Jesús por nosotros á su Padre, no nos ha dispensado de ofrecernos nosotros mismos. Por el contrario, nos lo impone como obligación y hace de ello un deber general. Ya no son, como en la ley de Moisés, sólo los primogénitos los que deben ser ofrecidos á Dios; Jesucristo, llenando las observancias legales, las ha hecho cesar todas, lo mismo ésta que las demás. Como él ha sido su cumplimiento, también ha sido su término. Desde el instante en que la verdad se ha mostrado, las figuras, ya inútiles, han debido cesar y desaparecer. Pero si nosotros no conocemos ya esa oblación ceremoniosa de los primogénitos de cada familia, otra oblación, mucho más sagrada, hace que nos consagremos todos al Señor. Nuestro bautismo nos ha dedicado á él por el doble sello de la adopción que ha hecho de nosotros, y del empeño que nosotros hemos contraído. Yo os conjuro por la misericordia de Dios, decía el grande Apóstol á los romanos, para que ofrecéis vuestras personas como una hostia viviente, santa y agradable á Dios. Nosotros debemos esta ofrenda bajo dos conceptos: por ser criaturas de Dios y por ser hijos suyos. Como criaturas de Dios, no podemos negar que, siendo él el Autor de nuestro ser, también es el árbitro de nuestro destino. El tiene sobre nosotros (y esta comparación, muy débil todavía para expresar su dominio su-

premo, es de San Pablo) el poder que el alfarero tiene sobre la arcilla que con sus manos labra; él puede, según su pura voluntad, hacer de nosotros vasos de honor ó de ignominia. Es, pues, un deber para nosotros, como lo era para los judíos, el reconocer esa autoridad absoluta, y hacer la humilde confesión de nuestra completa dependencia. Todo lo que somos, todo lo que tenemos, nos viene de él y es de él. Esta máxima, en que fundó el Señor el mandato de que le ofreciesen los primogénitos, *todas las cosas son mías*, es una máxima tan cierta en el cristianismo como en el judaísmo. Dios es dueño de disponer de todo á su antojo y según los designios de su providencia. La elevación ó la humildad, la fortuna ó la pobreza, la salud ó las enfermedades, la prosperidad ó la desgracia, la alegría ó el dolor; los bienes ó los males; él distribuye y otorga todo lo que quiere, á quien quiere, cuando quiere y como quiere. Nosotros no podemos responder á sus decretos, por rigurosos que nos parezcan, sino lo que respondía el gran sacerdote Helic: «El es el Señor; que haga lo que es bueno ante sus ojos.» En nuestra cualidad de cristianos, le pertenecemos más especialmente todavía y por un título mucho más precioso. Hechos por nuestro bautismo hijos suyos y hermanos de Jesucristo, le debemos la misma sujeción que Jesucristo le ha manifestado, el mismo homenaje que el Salvador le ha rendido; es decir, la ofrenda absoluta de nuestras personas y de todo lo que poseemos.

La ofrenda de nosotros mismos es la que principalmente debemos hacer á Dios. En efecto, de todo cuanto poseemos, lo que menos nos pertenece y lo que más pertenece á Dios somos nosotros. Nuestros bienes, nuestros honores, nuestros empleos y nuestros conocimientos pueden considerarse, hasta cierto punto, como nuestra propia obra, porque hemos contribuido, en cuanto estaba de nuestra parte, á proporcionárnoslos; pero nuestras personas son completa y absolutamente obra de Dios. El solo las ha formado por su poder y él solo las conserva por su acción continua. Sólo Dios se pertenece á sí mismo, porque sólo él existe por su propia virtud. De ese dominio esencial de Dios sobre nosotros y sobre nuestro propio ser resulta necesariamente el homenaje que estamos obligados á rendirle de nuestras personas, y sólo para con él tenemos esta obligación. Nosotros podemos deber á los hombres todo lo demás, nuestros cuidados, nuestros servicios, nuestros bienes, nuestra libertad, y alguna vez hasta nuestra vida; pero la ofrenda de nuestro propio ser, de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos, no podemos ni debemos hacerla más que á Dios. El se ha reservado de una manera especial ese fondo de

nosotros mismos, lo quiere para sí, y nos manda que se lo consagremos á él, pero á él solo.

Esta oblación de nuestras personas á Dios tiene por regla que Jesucristo hace hoy de la suya, y por medida la del dominio de Dios sobre nosotros; es decir, que debe ser absoluta y completa, sin condición ni limitación alguna. Jesucristo se ofrece todo entero al sacrificio mas doloroso. ¿Osaremos exceptuar alguna cosa de nuestro homenaje, cuando él no exceptúa nada del suyo? El dominio de Dios sobre nosotros es universal; luego, la ofrenda que sirve para consagrarlo, también debe serlo. No le hacemos en ello ninguna donación, sino una ofrenda que él se digna agradecer, aun cuando lo que se le ofrece es suyo. La reserva de un solo interés, de un afecto, de una pasión, haceu nuestra ofrenda, no sólo insuficiente, sino hasta criminal. Este es el hurto en el holocausto, que Dios aborrece, como formalmente lo declara. Nuestra oblación debe comprender todo lo que él nos ha dado, y por lo tanto debe consistir en todo lo que tenemos y en todo lo que somos.

Este es el espíritu que nos debe guiar al meditar sobre esta augusta ceremonia. Jesucristo, ofreciéndose como el primogénito entre nosotros, nos ofrece á todos á su Padre. Unámonos á su oblación y ofrezcámonos con él y como él. Sometámonos con la misma resignación á todos los rigores que la voluntad divina nos envíe; contraigamos al pie del altar el empeño que contrajo allí Jesucristo, de recibir con sumisión las tribulaciones, los pesares, las pérdidas, los dolores, las enfermedades, las calumnias, las persecuciones, todos los males, en fin, con que tenga á bien alligarnos. Y aun no es esto todo. La ofrenda de nuestras personas á Dios comprende esencialmente la promesa de ser suyos con fidelidad y constancia, y de apartarnos completamente de todo cuanto pudiera alejarnos de él. Nosotros le consagramos todas nuestras facultades; nuestra inteligencia, para que él sea el objeto principal y el último fin de nuestros pensamientos; nuestro corazón, para que él sea el centro de todas nuestras afecciones; nuestra voluntad, para que ella sea siempre conforme á la suya; nuestra memoria, para resumir continuamente nuestra obediencia por el recuerdo de sus preceptos, y nuestra gratitud por el de sus beneficios; nuestro talento, en fin, para que hagamos de él continuamente el uso que él nos prescribe.

Todavía hay otra circunstancia en la oblación de Jesucristo, á la cual nos importa mucho conformar la nuestra, y es, que quiere ser ofrecido por María. Nosotros, á ejemplo del Redentor, hagamos por medio de ella nuestra ofrenda. Sus brazos maternos, que llevaron

á Jesús al altar, sean los que nos lleven á nosotros, que también somos sus hijos, al pie del altar celeste. Nuestro homenaje, presentado por ella, adquirirá un precio infinitamente mayor; se purificará al pasar por sus manos, y nuestros votos alcanzarán todos nuestros deseos cuando vayan unidos á los suyos, que no son otros que merecer algún día ser presentados en la eterna mansión de la gloria. *Amén.*

JESUCRISTO EN BRAZOS DE SIMÉÓN

Et que accepit eum in ulnis suis et benedixit Deum.

Entonces él mismo lo tomó en sus brazos y bendijo á Dios.

(S. LUCAS, c. 2, v. 28.)

Vengo, hermanos míos, en estos momentos á llamar toda vuestra atención acerca de las últimas palabras del Evangelio, en que se nos refiere la presentación de Cristo en el templo. Este Evangelio nos muestra á un santo anciano, Simeón, á quien el cielo revelara que no moriría sin haber visto al Mesías, y que al encontrarse en el templo con la Sagrada Familia, reconociendo por inspiración de lo alto, al prometido de las gentes, en el niño que cobijara el establo de Belén, tomando en su brazos al recién nacido, le contempló extasiado, y dijo llorando de placer: *Ya, Señor, morirá en paz vuestro siervo, según vuestra santa promesa, pues he alcanzado la dicha de ver al Salvador, que concedió al mundo, al que destináis para ser expuesto á la faz de todos los pueblos, como luz de las naciones y gloria de Israel.* Entremos, hermanos míos, con verdadero espíritu de fe y recogimiento en la consideración de estas últimas palabras del Evangelio, puesto que en nuestra divina religión la doctrina más elevada es el fundamento de la moral más pura, y lo que se nos manda practicar es siempre consecuencia de lo que debemos querer. *Ave María.*

Acto sublime y momento de gozo fué aquel, hermanos míos, en que un anciano venerable, reverenciado más por sus virtudes que por su avanzada edad, y animado por el Espíritu divino, distinguido, entre todos los niños que eran llevados diariamente al templo, á aquel que sólo se diferenciaba de los demás por su pobreza, y levantándole y estrechándole contra su corazón, manifestó su alegría y reconocimiento. La Escritura nos hace notar cómo había merecido la dicha que en aquel gran día disfrutaba. El esperaba con una fe ardiente, enteramente confiado en la palabra divina, al que debía ser el consuelo de Israel, y suspiraba por el feliz momento en que apareciera en la tierra su libertador. Lo que era el objeto de su fe y de su esperanza es hoy su recompensa. El Mesías por quien suspiraba, es al fin visto por él y reconocido al través de los velos que le ocultan. Ya lo tiene cerca de sí, lo estrecha entre sus brazos, y penetrado del sentimiento de su felicidad, la manifiesta por sus transportes de júbilo.

¿Tenemos nosotros la fe viva de que aquel venerable anciano nos da tan sublime ejemplo? ¿Estamos nosotros animados del fervor que á él le transporta? Aquel Jesús, objeto de todos sus deseos, ¿lo es también de los nuestros? ¿Es nuestro Salvador, como lo era de aquel anciano? Nosotros tenemos aún más motivos que él para ser inflamados en el amor del Redentor. Lo que para Siméon fué sólo una promesa, para nosotros es una realidad; nosotros poseemos y disfrutamos lo que él esperaba. El no conoció á Jesús más que en la aurora de su infancia; nosotros conocemos toda su vida, la doctrina admirable que enseñó al mundo, los milagros con que asombró á la Judea, y su amor hacia nosotros, de que nos ha dado pruebas tan brillantes y multiplicadas, hasta el punto de sufrir por nosotros una muerte tan ignominiosa como cruel. ¿Por qué entonces nuestra fe es tan débil y tan tibia? Reanimémosla con el ejemplo de aquel anciano venerable; trasladémonos en espíritu al templo de Jerusalén, en el momento en que tiene lugar aquella interesante escena. Contemplemos el maravilloso contraste del anciano y del niño; del anciano, que en el niño que tiene en sus brazos reconoce á su Dios, le adora y le celebra por medio de sus cánticos. Aquel Jesús, que excita los interesantes transportes de Siméon, está continuamente en medio de nosotros. Si se oculta á nuestras miradas bajo las especies eucarísticas, como se ocultaba á las suyas bajo el velo de la infancia, también se revela á nuestra fe, como se reveló á aquel sacerdote. Recibámosle, pues, con los sentimientos de gratitud y de amor de que aquel hombre santo estaba animado; y dichosos como él de poseer el bien supremo, repitamos con el mismo fervor su cántico admirable.

Ahora, Señor, despíde yo en paz á tu siervo, según su palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has aparejado ante la faz de todos los pueblos. Luz para ser revelada á los gentiles y gloria de tu pueblo, Israel. Las primeras palabras de Siméon son la expresión de una alegría, demasiado abundante para que el pudiese contenerla dentro de sí. No parece sino que reune en sí solo toda la alegría que debiera experimentar el género humano. Al fin obtiene cuanta felicidad había deseado en el mundo; ya nada espera en él, porque aquel momento acaba de colmar los deseos de toda su vida, y no pudiendo ya disfrutar de otra ventura, después de la que goza en aquel momento, no aspira á otra cosa que á abandonar la tierra. Habiendo recibido ya en ella todo el premio que podían esperar sus virtudes, no le queda más que ir á recoger el que le aguarda en el cielo. Después de haber visto á su Dios con los ojos corporales, el único bien digno de sus deseos es que su alma vaya á reunirse con el por toda una eternidad.

El santo anciano celebra al niño que en sus brazos lleva, como al que debe ser la luz que esclarecerá á todas las naciones, y será la gloria de la nación israelita. Así Isaías, contemplando en espíritu el día que Siméon estaba viendo en realidad, exclamaba: *El pueblo que caminaba entre tinieblas ha visto una gran luz; los que habitaban en la región de las sombras de muerte, han visto nacer la luz sobre ellos.* Así el sacerdote Zacarías, viendo la aurora de aquel día grande en el nacimiento de su hijo, había dicho pocos meses antes: *El sol naciente nos ha visitado desde la altura de los cielos, y viene á iluminar á los que están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte.* El vivo resplandor que Jesucristo ha derramado por el universo ha disipado completamente todas las tinieblas esparcidas en él por el espíritu del error: tinieblas que se habían condensado al cabo de tantos siglos. A la luz del sol de la verdad se desvanecen todas, así las tinieblas de la idolatría, como las del fanatismo, las de la superstición y las de las pasiones. Al resplandor de su luz bienhechora el hombre ha visto todo lo que le importaba ver sobre la naturaleza de Dios y sus infinitas perfecciones; y ha visto con más claridad aún su propia naturaleza, su origen, su fin y sus relaciones con Dios y con sus semejantes. A Jesucristo es á quien el universo debe esos dogmas sublimes, que asombran la razón sin rebelarla, y que la exceden sin contradecirla; esa moral pura, que alcanza sobre todos los puntos la perfección, sin excederla en ninguno, y ese culto majestuoso, que anima á la piedad sin hacerla degenerar nunca en superstición. Todo lo que el género humano posee en materia de luces y en los objetos más esenciales á

la virtud y á la felicidad, nos lo ha venido á traer ese niño, presente hoy en el templo. El ha reformado las nociones falsas, ha rectificado las que adolecían de inexactitud, ha perfeccionado las defectuosas, ha completado las insuficientes, ha fijado las inciertas y ha dado claridad á las oscuras. El es, en una palabra, según la expresión de su evangelista, *la verdadera luz, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.*

Israel es el que ha tenido la gloria de dar al universo esa luz brillante; gloria sublime, que sólo á él pertenece; prerrogativa insigne, de que ningún otro pueblo ha tenido la dicha de participar. Otras naciones han podido dar á la tierra conquistadores que la hayan devastado; la Judea le ha dado un Dios, que la ha reconciliado con el cielo, y la ha sometido sin violencia alguna á sus leyes benéficas. Y este pueblo ciego ha desconocido toda su elevación, se obstina todavía en desconocerla; no ve que todo lo que tiene de celebridad le proviene de Jesús, y teniendo entre sus manos las Santas Escrituras, no comprende que ha sido formado sólo para Jesús, ni se quiere convencer de que Abraham no fue instituido padre de una gran nación, sino para que todas las demás naciones fuesen benditas en su raza. Abra al fin los ojos, y contemple la revolución obrada por Jesús en el universo; revolución la más extendida en sus consecuencias y realizada por los medios más inconcebibles. *Ve*, por último, un culto nuevo, nuevas verdades, nuevos principios, y hasta nuevos imperios y nuevos intereses; en una palabra, la faz de la tierra enteramente cambiada á la voz de Jesús. De aquel rincón de la tierra, casi ignorado, de aquel pueblo, separado por sus leyes y por sus costumbres de todos los demás pueblos, es de donde todo esto ha salido. ¡Y él es, sin embargo, el único que cierra los ojos á tantas maravillas! Insensible á su gloria, es también insensible á su humillación. En medio de la ruina de su ciudad y de su templo, predica por Jesús, en el estado de oprobio á que hoy se halla reducido, se obstina todavía en no reconocer la mano que sobre él pesa y que perpetúa el castigo de su decidido.

Si Jesús es, como dice Simón, la gloria del pueblo judío, no lo es menos del pueblo cristiano. Lo que somos, ó, por mejor decir, lo que deberíamos ser; á él se lo debemos. Por él somos hijos de Dios y herederos de su gloria. Reconoced, cristianos, decía un santo padre, la dignidad de vuestro estado; y hechos partícipes de la naturaleza divina, no degeneréis de ese alto grado de elevación. Sirvanos de lección provechosa la terrible ceguedad del pueblo judío. No perdamos jamás de vista, como lo ha hecho él, el principio de nuestra verda-

dera gloria. Sosténganos á la altura del estado á que Jesucristo nos ha querido elevar, el pensamiento de la dignidad con que nos honra, y sirvanos el sentimiento de nuestra grandeza, y la esperanza de nuestro eterno destino para no hacer cosa alguna que sea indigna del Señor.

HUIDA DE JESÚS Á EGIPTO Y DEGOLLACIÓN DE LOS INOCENTES

*Surgit et accipit puerum, et matrem ejus, et fugit in Egyptum.
Levántate, y toma al niño y á su madre, y huye á Egipto.*

(MATHEO, c. 2, v. 13.)

¡Cruel Herodes! ¿Por qué temes que venga un Dios á reinar entre los hombres bajo una forma visible? *Cruelis Herodes, Deum regem venire quid times?* ¡Ah! no viene por coronas perecederas el que trae á los hombres una corona inmortal; *Non eripit mortalia, qui regna dat caelestia.* Y sin embargo, apenas ha sabido que el rey de reyes acaba de aparecer para reinar en Israel y ocupar el trono de David: *Audit tyrannus anaxius adesse Regem principum, qui nomen Israel regat, tenetque David regiam;* apenas, digo, ha oído hablar del reinado de Jesús, cuando vivamente conmovido, fuera de sí mismo, y exaltado por el furor; ved aquí, exclama, ved aquí un competidor que viene á disputarme la corona y á suplantarme; todo está perdido, vedme destronado, mi reinado se ha concluido. Ministro de mis venganzas, acude, vuela, armate con la espada, é inunda de sangre todas las cunas: *Exclamat amens nuntio, successor instat, pellimur, satelles, i, ferrum rapt, profundo canas sanguine.* Pero ¿de qué le sirve á Herodes tan profunda maldad, dureza tan atroz? En medio de semejante carnicería, entre tantas víctimas, uno sólo se libra del furor del monstruo, y

ese es justamente el que quería hacer padecer. *Quid proficit tantum nefas, quid crimen Herodem querat? Unus tot inter funera impune Christus tollitur.*

En cuanto á vosotros, benditos seáis, flor y primicias de los mártires; alabanza y gloria os sean tributadas, ¡oh vosotros que en vuestra aurora fuisteis segados por el hacha perseguidora como rosas nacientes por impetuoso torbellino! *Salvete, flores martyrum: quos lucis ipso in timore, Christi insectator sustulit, conturbo, nascentes rosas? Vos otras, tiernas víctimas, vosotras, rebaño de corderos inmolados por el nombre del Salvador, vosotras tan sencillas é inocentes, vosotras reposáis en el altar sagrado, esperando que venga el día del triunfo, jugando con las palmas y las coronas que habéis conquistado sin saberlo por vuestra muerte gloriosa. Vos prima Christi victima, grex inmolatorum tener; aram sub ipsam simplices palma et coronis luditis.*

Estos maravillosos acontecimientos que canta anualmente la Iglesia en sus himnos sagrados, van á sernos referidos en este día por el historiador del Evangelio.

Comencemos. Pidamos antes los auxilios de la gracia. *Ave María,*

La Santa Familia, hermanos míos, había vuelto á su patria. La ciudad y la dichosa casa de Nazaret habían, pues, recobrado al huesped incomparable que bajado del cielo de una manera invisible á su afortunado recinto, se había asentado de allí para producirse y ver la luz del día en otra parte. María y José tenían por fin la satisfacción de poder ofrecer al divino Niño una camita, una cuna, ciertas comodidades que les había sido imposible procurarle en el establo de Belén. Ya recibían las visitas, las felicitaciones, las bendiciones de sus amigos, de sus parientes, y de todos aquellos á quienes atraían la belleza, la gracia y no sé qué cosa divina que resplandecía en el rostro, en la traza y los modales de aquel amable Niño. Ricos con este tesoro, María y José eran felices en tal situación, y su casa era para ellos un paraíso anticipado. Yo no podría decir cuánto duró esta felicidad completa; pero es seguro que duró pocos días, porque una noche, mientras José reparaba sus fuerzas de las fatigas del día, en la calma de un sueño pacífico, el ángel del Señor se le presenta y le dice: «Levántate, coge al niño y á la madre, huye á Egipto y no salgas de allí hasta que yo te avise; porque Herodes manda ahora buscar á ese Niño para hacerlo morir.» ¡Oh Dios! ¡huir! ¡Y huir hasta Egipto! ¡Huir por librar de la muerte al Salvador de la vida! ¡Huir por sustraer de las asechanzas y de la cólera de un rey mortal al rey del cielo y de la tierra! ¡Ah! ¿por qué no descarga antes el rayo en la

cabeza del impío Herodes? ¿Por qué la espada de la venganza celeste no hiere esas manos sacrílegas que osan atentar contra la vida de un Dios? ¿Por qué?... ¿Por qué buscar la razón de los impenetrables pero siempre sabios designios de un Dios, que habiéndose dignado tomar forma humana, no se desdén de emplear para la conservación de sus días, las precauciones, los medios ordinarios de la prudencia humana?

Con la terrible nueva que el ángel le anuncia, José se despierta, sale de su lecho, y sin perder momento, corre á despertar á su esposa, y la informa de la dura necesidad de proveer sin tardanza á la salvación de su querido Hijo. ¡Oh! ¡quién podría expresar, yo no diré la inquietud, la agitación y el terror de esta Madre tierna, sino la prontitud de su fe en las palabras del ángel y de José, su obediencia, su celo, su valor, la generosidad en fin con que se prepara sin la menor duda ni dilación á un viaje largo y penoso á través de un país desconocido! Sólo piensa en las cosas que son necesarias para su divino Hijo; y mientras José se encarga del pequeño equipaje, y une á el los objetos que encuentra á la mano y que podrán ser más útiles durante el viaje, y en particular el oro de los magos, recurso precioso en tal coyuntura, María saca de la cuna al divino tesoro, y cubriéndolo lo mejor que puede, lo pone en sus brazos y lo estrecha sobre su corazón.

¡Adiós de nuevo, patria, casa de Nazaret, adiós hasta que la divina providencia disponga que volvamos á cobijarnos bajo tu techo! La noche está todavía cerrada, y cubre á la naturaleza con tenebroso velo. Los dos augustos esposos parten sin ser notados con el alma puesta en Dios; aceleran su marcha cuanto pueden, para que no los sorprenda la aurora en un sitio ó en un camino donde puedan ser reconocidos, y fuera ya de peligro, no dejan ya de alejarse más y más; cada hora les parecía un año, hasta verse fuera del territorio sometido á la dominación del tirano que los persigue.

Pero en este punto, cristianos, me figuro que alguno de vosotros desea saber algunos detalles propios, es verdad, para satisfacer la piedad, pero que es imposible comprobar con certeza. Y en primer lugar, María tan joven, tan tierna y delicada, que á menudo si no siempre habrá llevado en sus brazos su amantísimo Hijo, y que de vez en cuando habrá querido nutrirlo con su leche virginal, ¿hizo á pie tan largo viaje? ¿No lo hizo sentada, como la habéis visto con frecuencia en los cuadros que representan su fuga, sentada sobre una apacible cabalgadura que conducía José con su mano, ó la de un ángel bajado del cielo para este fin? Esta suposición, amados oyentes

mios, no tiene más fundamento que el de la posibilidad del hecho, y sólo ha sido inspirada por el deseo de disminuir, cuanto fuese posible, las incomodidades de esta Madre cariñosa durante su viaje. Por lo demás, José, tan prudente como afectuoso, no habrá dejado de pararse todas las veces que su tierna esposa haya tenido necesidad de descanso, y de prodigarle los auxilios que fueran capaces de aliviar las fatigas de tan larga peregrinación. Pero ¿qué de accidentes, qué de peligros, qué de molestias, qué de sufrimientos no habrán temido, ¡ay! Indudablemente habrán necesitado atravesar desiertos, vastas soledades, ríos y torrentes caudalosos; quizá les habrá sido necesario alojarse en malas hospederías, ó pasar las noches sin cama y sin abrigo; tal vez habrán carecido de viveres ó de agua en medio de ardientes arenas; quizá también, porque sólo pueden hacerse suposiciones, todas verosímiles, todas permitidas á la piedad; quizá... Pero, hermanos míos, la Santa Familia fugitiva estaba bajo el ojo vigilante y bajo la mano paternal de la providencia! ¿Qué tenia, pues, que temer? ¿Y debe causar admiración el que haya cruzado este gran trayecto sin accidente, y que haya llegado felizmente al término de su viaje?

Pero el Egipto es vasto; hacia qué parte se dirigió José, y en qué ciudad fijó su residencia? Yo no podría decirlo, cristianos, y sobre esta materia sólo veo en los autores que la han tratado, conjeturas é incertidumbres. Después, cuando entró Jesús en aquel país infiel y pagano, ¿no sucedió ninguna cosa extraordinaria? Dícese que los ídolos fueron derribados de sus altares y hechos pedazos por el suelo; se habla de una legión de demonios que se vio huir de los templos profanos que les estaban dedicados; y se hace mención de un árbol llamado Perseo, de una altura prodigiosa, que dobló hasta la tierra la cima de sus ramas para adorar á Jesús, cuando entraba en Hermópolis. Todas estas particularidades, cristianos, son muy inciertas, porque sólo se apoyan en opiniones populares que no pueden dar á la creencia un sólido fundamento. Dejemos ahora á esta familia bendita descansando en paz en la tierra del destierro, y volvamos al tirano que acaba de perder la presa que codiciaba su furor.

Herodes había aguardado con impaciencia la vuelta de los magos. Viendo, por último, que hacia ya mucho tiempo que debían haber regresado, tomó informes, con el sigilo necesario para no revelar la violenta ira que abrigaba su pecho, y habiendo sabido que habían tomado otro camino diferente para restituirse á su país, intentó tal vez calmar su despecho, lisonjeándose con que los magos habían visto defraudadas sus esperanzas; con que no habiendo encontrado

lo que buscaban, y no atreviéndose á confesarle que su profecía, su estrella y su esperanza no eran más que una ilusión, una quimera, habían resuelto ocultar su confusión y tomar secretamente el camino de su país. Este pensamiento calmó un poco los temores, y apaciguó hasta cierto punto la cólera del tirano. Pero he aquí que á los cuarenta días del nacimiento del Niño, y con motivo de su presentación en el templo, acontecieron grandes prodigios; indudablemente el público no debió tardar en saber lo que Simeón y Ana, estos dos venerables ancianos, estos dos profetas tan respetables, habían dicho acerca de este Niño admirable en presencia de un concurso tan numeroso. Apenas llegó esto á noticias de Herodes, se exaltó de nuevo su enojo y su furor. Entonces conoció que los magos no habían temido faltar á su palabra, y que lo que habían dicho del nuevo rey de Israel era por desgracia suya demasiado cierto. Pero ¿en dónde vivía este temible competidor que venia á disputarle su corona? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Cuál era su familia? Por más investigaciones que mandó hacer, le fué imposible el averiguarlo. ¿Qué va, pues, á hacer? Lo que jamás ha imaginado el más cruel y sanguinario de los reyes. Para hacer perecer á un solo niño que no conoce, va á mandar degollar á todos los de su edad que se hallan en el territorio en que ha nacido el que es objeto de su celosa rabia. Resolución muy digna de un príncipe que no se horrorizó de mojar sus manos en la sangre de sus hijos, por la simple sospecha de que querían suplantarle; y con este motivo, según Macrobio, César Augusto decía que valía más ser puerco de Herodes que hijo suyo, puesto que estos animales, que los judíos no mataban, no tenían que temer el furor de aquel príncipe sanguinario. Herodes, pues, da la orden bárbara de degollar en el recinto y hasta los confines del territorio de Belén á todos los niños de dos años abajo, según el tiempo que le había sido indicado por los magos.

¿Pero será menester decir que en virtud del informe de los magos han transcurrido dos años desde que apareció la estrella, y por consiguiente desde el nacimiento del rey de los judíos que Herodes procura hacer morir? Débil argumento, hermanos míos; porque, dice San Crisóstomo, este exceso de precaución le fué inspirado por su despecho y por el temor de que se librase de la degollación el Niño contra quien se dirigía; el motivo que le hizo traspasar los límites del lugar, le hizo traspasar igualmente los de la edad; y en efecto, si creía que el Niño había nacido dos años hacia próximamente, ¿por qué comprende en su bárbaro decreto á los niños de un año, y aun á los que sólo tienen algunos meses ó días?

Ya estamos pues, cristianos, en la degollación de los Inocentes, en esta degollación de horrible memoria, que desoló tantos corazones é hizo verter tantas lágrimas. El territorio de Belén es invadido en el mismo día y á la misma hora por los verdugos, que habian conquistado por su culpable adhesión la confianza de aquel monstruo. En todas las casas donde hay niños de esa edad, aparecen de repente aquellas figuras siniestras y feroces, llevando en la mano el puñal homicida; nada se oculta á sus furiosas miradas; todo lo exploran, todo lo recorren; sus manos crueles se sumergen en los lechos y en las cunas, arrancando del pecho mismo de sus madres á los tiernos objetos de su cariño; ellos degellan á sangre fría á aquellas criaturas inocentes, clavando su daga en sus delicados miembros.

¡Oh Dios! ¿quién podría contemplar sin horror aquella horrible carnicería, aquellas heridas atroces, aquella sangre que corre, aquellos cuerpecitos atravesados, esparcidos por todas partes, mojados en su sangre? ¿Quién podría, sobre todo, contemplar á aquellas pobres madres, testigos de tan horrible catástrofe? ¿Cómo pintar las angustias, los llantos, los gritos, las lamentaciones que se levantan al cielo, invocando la justicia divina, llamando el rayo de la venganza contra aquel rey impío y los ministros de su crueldad? ¡Oh! ¿con qué heroico esfuerzo luchan las unas contra aquellos feroces asesinos! ¿con qué abnegación las otras protegen y defienden á sus hijos con sus manos, sus brazos y sus pechos! Estas procuran sustraerlos, ocultarlos, cubrirlos, pero en vano, porque sus gritos inocentes les hacen traición; aquéllas, por el contrario, luchan contra los verdugos, arrancan á sus hijos de su mano homicida, y los oprimen érgicamente contra su corazón.

«Déjame, exclama una, déjame, bárbaro, el fruto de mis entrañas, ¿por qué me separáis de aquel á quien yo he dado existencia? Monstro, dice esta, apenas ha visto la luz, y ya quiere sumirlo en las tinieblas de la muerte! ¡Híereme á mi primero, mátame, pero, por piedad, perdóna á este inocente!» Y al mismo tiempo quizá, de todos aquellos labios sale la misma oración:

«Salvador tan deseado, ¡ah! si es cierto que ya os halláis entre nosotros, ¿por qué no nos salváis? ¿Por qué os ocultáis de esta persecución? Vos no tenéis nada que temer, porque sin vuestra voluntad no puede suceder mal alguno. Dignaos, pues, de mostraros, y conservad así la sangre y la vida de nuestros hijos.» Así, dice San Agustín, se mezclaban y confundían las dolorosas lamentaciones de las madres, mientras que la sangre inocente subía hacia el trono de Dios, como un sacrificio de agradable olor.

Ni el texto sagrado, ni ninguno de los antiguos padres no nos dicen cuál fue el número de aquellas santas víctimas. El número de catorce mil que hallamos en el Menólogo griego y la liturgia ctiopie es muy exagerado. ¿Quién podría, en efecto, creer que entre los confinados tan estrechos de Belén hubiese nacido un número tan crecido de niños varones en el espacio de dos años? Por esto Bollandus tiene con razón por fabulosa esta evaluación. No sucede lo mismo con la opinión de Pedro de Alejandria, expresada en sus *Chronos eclesiásticos*, que fueron adoptados por el sexto concilio general; opinión que no es de despreciar ciertamente, y según la cual Juan Bautista, hijo de Zacarías, habria sido comprendido entre los niños condenados á muerte por Herodes; pero habiendo sido sustraído por su madre que lo ocultó en la falda de un monte, Herodes, defraudado en sus esperanzas, habria, según este parecer, hecho morir al padre Zacarías entre el templo y el altar para vengarse y satisfacer su furor. Es verdad que Juan Bautista, nacido y habitando en Hebrón, estaba fuera del distrito de Belén, libre por esta causa del sanguinario edicto; pero como, dice muy bien Baronius, Herodes, agitado por las sospechas que despertaba en él la venida del rey de los judíos recién nacido, y habiendo sabido las circunstancias prodigiosas de la concepción y el nacimiento del hijo de Isabel, pudo muy bien temer que fuese aquella criatura la que viniera á apoderarse de su corona, y que enviara á Hebrón la orden cruel de matarlo.

Después de haber presenciado tan cruel é injusta degollación, sólo nos resta aliviar nuestro oprimido corazón con algunas reflexiones consoladoras acerca de la gloria inefable que ganaron en este sangriento sacrificio, no solo el Señor, sino más todavía las víctimas que fueron inmoladas por su nombre y por su gloria.

Respiremos.

Que Baquel inunde de lágrimas su tumba; que Hene á Roma de gritos y lamentos que arranque de su pecho la degollación de sus numerosos hijos, tan tiernos é inocentes; que las madres desdichadas que presenciaban la bárbara carnicería de sus hijos se entreguen á la desolación y hagan resonar con sus quejidos sus ensangrentadas habilitaciones; por eso no dejará de ser cierto, como lo dice San Agustín, que nunca aquel rey impío, aquel monstruo desnaturalizado, no hubiera podido, con su protección y dones regios de toda clase, hacer tanto bien á aquellas criaturas como les hizo con la horrible matanza que decretó su implacable enojo. Estos niños perdieron, es verdad, una vida apenas comenzada; pero ellos la cambiaron por otra nueva, gloriosa, inmortal y soberanamente feliz. Sacrificados por odio al

Cristo, fueron los primeros que le tributaron el más honroso testimonio, y, sin saberlo ellos, fueron los primeros mártires, las perlas más brillantes de la Iglesia cristiana. ¡Oh! ¡cuán resplandecientes de gloria y con qué admiración y regocijo fueron recibidos por los antiguos justos, cuando bajaron al seno de Abraham, llevando en sus manos palmas gloriosas, y en su frente coronas de luz! ¡Qué circundados iban de gloria, y qué santa emulación despertaron en el corazón de aquellos millares de justos, cuando se levantaron más tarde para acompañar al Salvador resucitado y triunfante! ¡Y qué dicha los embriagó, cuando se juntaron con la ilustre falange de aquellos escogidos que, bautizados con su propia sangre, lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero inmaculado, y vírgenes á la vez y mártires, acompañan á todas partes al divino Cordero, dichosos porque pueden entonar en honor suyo el nuevo cántico de triunfo que sólo ellos pueden cantar en aquella corte celestial! ¡Oh almas inocentes, qué dicha ha sido la vuestra, qué tesoro de gloria y de felicidad os ha valido la sangre que habéis derramado por el Cristo!

¡Ay! si nos viéramos nosotros, cristismos hermanos, obligados á sacrificar por el Señor una vida de que gozamos tanto tiempo hace, y que hemos tal vez empleado en detrimento de nuestras almas más bien que en provecho suyo, una vida que hemos empleado quizá en ultrajar á Dios en lugar de glorificarlo, ¿con qué ojos contemplaríamos esta necesidad? ¡Ah! ¡dignese la bondad divina no sujetarnos á tan terrible prueba! ¡Cuántos, en efecto, entre los discípulos de Jesucristo serían bastante cobardes é indignos del nombre de cristianos para mirar esta necesidad, como una insigne desgracia y causa legítima de un dolor inconsolable! ¡Como! ¡morir por Jesucristo sería una desgracia! ¡Sería una desgracia morir por no ofenderlo, morir por darle una muestra de nuestro amor, de nuestra fidelidad y de nuestra gratitud! ¡Sería una desgracia morir por merecer en el cielo una corona de gloria y un trono brillante entre los confesores, entre los más felices habitantes de la celeste Jerusalén! Adoradores del Cristo que me escucháis, quizá á ninguno de nosotros nos sea concedida una gracia tan inefable; pero si no nos es permitido hacer por Jesucristo el sacrificio de nuestra vida, ¿por qué al menos vacilaríamos en sacrificarle un placer, una ganancia mezquina, un vil interés, una posición, un destino que nos expone á faltarle á la fidelidad que le debemos, y á perder la vida eterna? ¡Ah! antes de ofender la infinita bondad suprema, y de perder el bien supremo de nuestra salvación eterna, renunciamos á todo honor, á todo interés, á todo placer; sacrificamos por el Señor la última gota de nuestra sangre!

JESÚS EN EL TEMPLO

Defuncto autem Herode, ecce angelus Domini apparuit in somnis Joseph, in Egypto.

Logo después de la muerte de Herodes un ángel del Señor apareció en sueños á José, en Egipto.

(MATEO, c. 2, v. 13.)

¿Por qué se han estremecido las naciones? ¿Por qué los pueblos seducidos han meditado vanas conjunciones? *Fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania?* ¡Cuántas veces los reyes y los príncipes de la tierra se han alzado y coaligado contra el Señor y su Cristo! Ellos han dicho: «Romparamos los lazos que Dios y su Cristo nos han impuesto, y rethacemos el yugo que nos oprime: *Dirumpamus vincula eorum, et proficiamus a nobis jugum ipsorum.* Aquel que habita en el cielo se reirá de ellos, el Señor se burlará de sus vanos esfuerzos: *Qui habitat in caelis, iridebit eos, et Dominus subsannabit eos.* Él les hará oír el rugido de su cólera y sembrará en sus ánimos la turbación y el espanto: *Tunc loquetur ad eos in ira sua, et in furore suo conturbabit eos.* Yo soy, dice el Cristo, á quien Dios ha hecho rey de Sión, su montaña santa, para anunciar á los pueblos su ley: *Ego autem constitutus sum rex ab eo super Sion montem sanctum ejus, predicans praeceptum ejus.* A mí me ha dicho el Señor: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado en la eternidad, y te engendro hoy mismo: *Dominus dixit me: Filius meus es tu, ego hodie genui te.* Pideme lo que te plazca, porque yo te daré las naciones por patrimonio, y la tierra para que imperes en ella. *Postula me, et dabo tibi hereditatem gentes et possessionem tuam terminos terra.* Tú despedazarás á tus enemigos con un cetro de hierro, tú los reducirás á polvo como á un vaso de arcilla, tú los pondrás bajo tus pies: *Reges eos in virga ferrea, et tanquam vas figuli confringes eos.* Y ahora, ¡oh reyes, jueces de la tierra! vosotros, todos los que sois enemigos de Dios y de su Cristo, instruíos, temed y temblad: *Et nunc reges intelligite: erudimini qui judicatis terram;*

servile Domino in timore, et exultate ei cum tremore. Carísimos oyentes: Jesucristo, perseguido y condenado á muerte desde su nacimiento, se libra de toda persecución; vive, reina y reinará eternamente. El perseguidor, por el contrario, el tirano que intenta hacerlo morir, cae, la muerte lo arrebató, y perece por toda la eternidad.

Apresurémonos á tratar un asunto tan á propósito para interesarnos. *Ave Maria.*

Estaba decretado en los consejos de Dios que el divino Niño no permaneciera en Egipto más que hasta la muerte de Herodes. Jesús permaneció, pues, en aquella tierra de destierro tanto tiempo como vivió Herodes después de la degollación de los Inocentes. El uno da á Herodes un año de vida—después de la huida del Salvador; el otro tres años, éste cinco, aquel seis, según los diferentes cálculos y suposiciones en que se fundan. Siendo de poca importancia esto en el fondo, me abstendré de entrar en estas cuestiones cronológicas; bástenos saber lo que nos dice acerca de este punto el Evangelio, es decir, que Herodes murió, y que inmediatamente el ángel, conforme á su promesa, hizo conocer á José que debía regresar á la tierra de Israel.

Murió, pues, aquel rey impío; murió aquel monstruo de crueldad, el primer perseguidor de Jesucristo, y su muerte fué horrible, tal como la merecían sus crímenes execrables, y especialmente el de haber atentado, con tanta impiedad, contra la vida de un hombre Dios. Después de haberse manchado con la sangre de tantos niños, con la de su verno, la de tres de sus hijos y una esposa inocente que había él amado con ternura, no fué por falta de voluntad si no mojó sus manos en la sangre de los judíos más distinguidos. En efecto, durante su última enfermedad, los había mandado encerrar en el Hipódromo con orden de degollarlos cuando lanzara su postrer suspiro: para obligar de aquel modo á la Judea á cubrirse de luto á la muerte de su rey, porque estaba convencido de que sin tal barbarie, el último de sus días sería uno de júbilo y alegría en toda la Judea; dichosa con verse libre del más abominable de los tiranos. Pero después de tantos crímenes, Herodes fué al fin castigado aun antes de morir, de una manera terrible, por una enfermedad cuya descripción no puede leerse sin horror en Josefo, autor judío. Un fuego lento quemaba sus entrañas y consumía su carne y su piel. Atormentado por un hambre que no podía saciar, veía sus miembros devorados por la podredumbre y por gusanos asquerosos que no lo dejaban descansar; añádase á esto: la fiebre, la disenteria, la gota, el

asma sofocante, una hediondez insoportable, convulsiones frenéticas, un dolor, en fin, tan vivo y penetrante, que intentó arrancarse la vida con sus propias manos. Tales fueron el fin de la vida y el principio del infierno de aquel rey impío; ejemplo terrible que ofrece el cielo á los tiranos; á los que se deleitan en hacer perecer á sus semejantes, á los que aborrecen y persiguen á Jesucristo.

Vamos ahora á incorporarnos con Jesucristo para volver con él, libre felizmente de todo peligro, bastante crecido tal vez para no necesitar venir ya en los brazos de su madre. El ángel se ha presentado á José durante su sueño, y le ha invitado á levantarse pronto. Observad aquí, hermanos míos, que nada obligaba á darse tanta prisa; sin embargo, para que conozcamos cuán hermosas y propias para el trabajo son estas horas primeras del día, que tantas personas dedican á la molicie y al reposo, y cuánto conviene no desperdiciar las primicias de la mañana; el ángel ordenó á José que se levantara sin dilación y se preparara muy temprano para el largo viaje que va á emprender: «Levántate, le dice el espíritu celeste, toma al niño y á su Madre, y vuelve á Israel, porque los que querían quitar la vida al Niño, han muerto.» Parece que otros personajes, quizá los cortesanos y los ministros de aquel rey cruel, habían sido arrebatados por la muerte y precipitados en los infiernos.

El buen José, á quien llena de consuelo esta noticia, se apresura á comunicarla á su querida esposa, y se prepara en seguida á volver á su patria con su amable compañera. ¡Oh! qué hermoso viaje, amados oyentes míos, el que se hace con Jesús, María y José! En todas partes se está bien con tan santa compañía! Y si nosotros queremos, ¿no está en nuestra mano el vivir siempre unidos con el espíritu y el corazón á esta angusta familia? Es verdad que no tenemos la dicha de tenerlos presentes ante nosotros; pero eso, ¿qué importa? No nos ven ellos á nosotros? ¿No oyen nuestras palabras? ¿No se ponen á nuestro lado apenas queremos conversar con ellos, bendecirlos, alabarlos ó invocarlos? ¡Ah! Supuesto que nosotros deseamos tan ardentemente, supuesto que pedimos en nuestras oraciones que vengan á nosotros y nos protejan en el terrible trance de nuestra muerte, ¿por qué no procuramos merecer ese favor tan señalado, manteniéndonos cuanto nos sea posible en su santa compañía, figurándonos día y noche, durante el descanso ó el trabajo, que estamos junto á Jesús, María y José?

Sigamos ahora sus pasos. Sin motivo, en efecto, para apresurarse, caminan exentos de todo temor, y se acercan á los confines de la Palestina. José, el jefe de esta angusta familia, dudaba si debía fijar

su residencia en la Judea propiamente dicha, cuyo gobierno había sido confiado por César Augusto á Arquelao, uno de los hijos de Heródes (quien sin embargo no tenía el título de rey), ó bien si debía dirigirse á Galilea, que erigida en principado independiente, había tocado en la partición á Herodes Antipas, hermano de Arquelao. Este último había heredado la ambición y la crueldad de su padre, y José lo sabía antes de partir á Egipto.

El carácter de este príncipe le hacía pues temer que Jesús no estaría seguro en el territorio de su dominación. Agitado por la duda y el temor se durmió durante la noche, y (¡oh tierna solicitud del Padre celestial en favor de su Hijo hecho hombre!) el ángel del Señor le aconseja á José en su sueño que vuelva á Galilea y entre en su casa de Nazareth. José obedece, y desde este momento el Salvador va á pasar en esa pequeña ciudad afortunada, no sólo algunos meses sino muchos años, hasta que arripin para él los tres últimos de su laboriosa vida. Por eso ha sido llamado con razón el Nazareno, puesto que se ha encarnado y ha habitado tanto tiempo en Nazareth. A medida que crecía en edad, crecía también, ó parecía que crecía también, en sabiduría y gracia á los ojos de Dios y de los hombres. Hasta el duodécimo año de Jesús, ninguna nube vino á turbar la calma y la serenidad, de que gozaban las santas almas de María y de José; pero Dios los amaba muy tiernamente para dejarlos más tiempo sin enviarles alguna aflicción. ¡Escuchad, almas fieles, y ojalá que mis palabras puedan consolaros en vuestras tribulaciones!

María y José, religiosos observadores de la ley, iban todos los años de Nazareth á Jerusalén para celebrar en el templo del Señor la Pascua, y llevaban consigo á su hijo Jesús. Ahora bien; cuando Jesús llegó á los doce años de edad, se dirigieron allí según su costumbre, y transcurridos los días de la fiesta, llegado el momento de regresar, parieron, y sin que ellos lo observaran, Jesús se quedó en Jerusalén. No es fácil, en verdad, explicar semejante inadvertencia. ¡Cómo! ¡María y José pierden de vista al divino Niño, y no advierten que lo dejan solo! Según el texto sagrado, ellos creyeron que Jesús estaba con los parientes y amigos que volvían de Jerusalén á Nazareth. Yo contemplo cómo cierta esta virencia; pero ¿cómo no se aseguraron de ello? ¿Cómo María, María especialmente, madre tan cariñosa, que no veía, por decirlo así, más que por los ojos de su Hijo, cómo puede ella resolverse á partir sin él, sin llevarlo consigo? ¿Cómo puede pasar un día completo sin verlo, sin hablarle?... Se responde que como ella era tan buena, cediendo á veces á las instancias de sus parientes y amigos, les permitía guardar á su querido Hijo, y que por

esta misma causa pudo persuadirse fácilmente de que lo habían guardado esta vez consigo para disfrutar durante su viaje de su amable compañía. Añádese que ella conocía muy bien á su Hijo para no estar enteramente tranquila respecto de él, cualquiera que fuese la compañía á que se hubiera agregado. Se responde también que, según el uso establecido, los hombres hacían este viaje religioso separados de las mujeres, y que los niños iban indistintamente con su padre ó con su madre.

Estas diversas explicaciones, hermanos míos, y en particular la última, no son despreciables. Confieso, sin embargo, que no me satisfacen plenamente, que no puedo entender naturalmente, ni explicar esto, y que para hacerlo necesito recurrir á una disposición sobrenatural y divina. Si, yo creo que Dios permitió, que Dios quiso que María y José descansasen en esta idea de que Jesús iba en compañía de sus parientes y amigos; y Jesús, que para conformarse con la voluntad del Padre celeste quería quedarse en Jerusalén, se separó de María y de José, y se ocultó de tal suerte, que no pudieron notarlo ni sospechar que se había quedado en Jerusalén.

De este modo María, bien fuese en compañía de las otras mujeres, ó en la de su esposo, llegó al fin del día, de aquel día que debió parecerle tan largo, separada de su Jesús; entró en la hospedaría, donde tenía costumbre de pasar la noche, al regresar de Jerusalén á Nazareth. Imaginad con qué afán se informó de José ó de los parientes en cuya compañía juzgaba que venía Jesús. ¡Oh Dios! ella ve á éstos, pero no á su Hijo; ella pregunta, y todos se sorprenden, manifiestan su admiración, y dicen que no saben nada acerca de Jesús. ¡Cómo! ¡Jesús no ha venido con vosotros?—No. Tal vez venga con otros amigos que deben llegar de un momento á otro... Pero éstos llegan, y tampoco tienen noticia de Jesús. ¡Oh cariñosas madres que me escucháis! vosotras podéis, como nadie, figuraros cuán vivamente debió conmoverse el corazón de una madre sensible. María palideció sin duda, tembló, y estuvo á punto de desmayarse de dolor; pero el primer movimiento que le inspiró su maternal amor tan cruelmente herido, fué ciertamente volver atrás sin dilación, recorrer otra vez el camino que había andado, y votar en busca de su único y saberoso bien perdido.

José confuso, intranquilo, mezcla sus suspiros con los de su esposa, y agitado por mil pensamientos aflictivos, no sabe qué decirle, no sabe qué resolución tomar. Preciso sin duda era retroceder y buscarlo hasta dar con él. ¿Pero durante la noche? ¿Sin aguardar al nuevo día? ¿Y si se hubiera refugiado en alguna casa fuera del camino,

si algún amigo lo hubiese llevado á alguna posada distante?... El Evangelio no dice expresamente lo que determinaron; pero diciendo que no lo hallaron hasta el tercero día, da á entender, que juzgando inútil y aun contrario á su objeto el buscarlo en medio de las tinieblas de la noche, aguardaron la aurora y pasaron la noche en la hostedería. ¡Oh noche de angustias, sollozos y llanto! Ellos saben que el Niño cuya pérdida lloran, es un niño Dios; pero saben también que obra en todas las cosas como los demás hombres, que sufre como ellos, que quiere como ellos someterse á las necesidades, á los peligros y desgracias de la vida. ¡Ah! repite cien veces esta pobre madre: ¿dónde está mi hijo? ¿Quién me dirá lo que hace, lo que sufre? ¡Yo te he perdido, luz de mis ojos, mi tesoro, mis delicias, mi corazón, mi vida! Perdiéndote á ti, lo he perdido todo! Tal vez ahora llamas á tu madre, buscas á tu madre... ¡Y tu desgraciada madre no te responde y se arroja hacia ti para estrecharte contra su corazón! Hijo mío, por piedad, haz que te halle pronto, porque no puedo vivir sin ti. Lo que aumenta más todavía el dolor de esta tierna madre, de este guardador tan afectuoso, es la duda y el temor de que esta pérdida haya sido ocasionada por su culpa, por negligencia suya. Tal vez se reprochaban mutuamente esta pérdida tan dolorosa, y no podían explicarse cómo habían permitido que se separara de su lado su querido Niño... ¡Ah! ¿quién podría decir todos los sentimientos que sugiere un amor paternal herido, un dolor que se funda en la ternura de una madre?

Por fin pasó aquella noche de tristeza y de lágrimas, y mucho antes de la aurora ya estaban dispuestos María y José para ponerse en camino. Apenas comenzaba á despuntar el alba, bajan al camino de Jerusalén para recorrerlo de nuevo. ¡Ah! indudablemente no tropiezan con nadie, no dejan atrás una casa, sin preguntar por Jesús. *Nam quem diligit anima mea vidistis?* Por favor, ¿no habéis visto al objeto de mi amor, á mi hijo Jesús? ¿No ha venido aquí? ¿No ha pasado en compañía de otros? *Nam quem diligit anima mea vidistis?* Y siguen caminando sin descanso, sin pensar en reparar sus fuerzas con un poco de alimento. ¡Ah! ¡El amor y el ardiente deseo de recobrar el bien perdido sostienen sus fuerzas! Entretanto, el camino que tenían que recorrer y las numerosas investigaciones que hacen absorben todo el día, de modo que ya es cerrada la noche cuando entran en Jerusalén. De seguro lo han buscado en las posadas; pero todo ha sido inútil. No les queda más esperanza que la de hallarlo al día siguiente, en el santo templo. ¡Ah! si se ha quedado en Jerusalén, no puede estar más que en el templo del Señor.

Nunca pareció una noche más larga que aquella; nunca la aurora fué aguardada con impaciencia mayor. Ya María y José están á la puerta del lugar sagrado, esperando el momento en que se permite la entrada al pueblo. En otra parte se habían reunido los doctores de la ley, y sentados formando un círculo se ocupaban en discutir acerca de las cosas divinas. Allí se dirigían los esposos con toda precipitación, con el corazón agitado por la esperanza y el temor. ¡He! allí en fin! ¡Oh momento feliz! ¡Oh alegría verdaderamente inefable! Contemplan á Jesús en medio de aquellos sabios, de aquellos graves y encanecidos doctores. Sentado debajo de ellos, prestaba atención á sus lecturas; los interrogaba acerca de los puntos más difíciles y oscuros; respondía á su vez á todas las preguntas, y esto con tal madurez, tal sabiduría, tal claridad, que todos aquellos hombres que habían profundizado las divinas Escrituras, todos aquellos maestros de Israel, fijando sus miradas en aquel niño de doce años, inmóviles de admiración, parecía, dice el texto griego, que estaban fuera de sí mismos.

Transportados con la alegría de haberlo hallado, María y José se sorprendieron además grandemente, viéndolo por la vez primera hacer en público como un ensayo de su divina sabiduría. Disuelta la asamblea, y cuando María vió alejarse á los ancianos que rodeaban á Jesús y lo colmaban de caricias, se acercó á él, y no pudiendo prescindir de reconvenirle afectuosamente por la inquietud y el pesar que les había causado su ausencia: ¡Ah! hijo mío, le dijo besándole con ternura, ¿por qué te has portado así con nosotros? *Fili, quid fecisti nobis sic?* ¡Oh! ¿con cuánto dolor te hemos buscado tu padre y yo! *Ecce pater tuus et ego dolentes querebamus te.* A esta queja tan amorosa, Jesús respondió con la dignidad conveniente á aquel cuya alma está llena de los más sublimes pensamientos: «Por qué me habéis buscado con tanta inquietud y agitación? *Quid est quod me querebatis?* ¿No sabíais que yo debo estar dónde me llaman las cosas y la voluntad de mi Padre?» Tales son las primeras palabras que el Evangelio nos refiere del Salvador, palabras muy dignas de un Hombre Dios; María y José, sin comprenderlas bien, adoraron con fe viva el sentido profundo de esta respuesta divina. Comprendieron, y esto bastaba para su instrucción, que Jesús no se inquietaba, y no debía inquietarse, de la carne ni de la sangre, cuando se trataba del servicio y de la gloria de Dios. Habiéndolo colocado en medio de los dos, y apretándole, me imagino que con más afecto que nunca, sus dos manos divinas, lo volvieron á llevar consigo á Nazareth. ¡Oh! ¡que alegres y risueñas les parecían ahora las casas que guardaban el camino que volvían á recorrer!

Lo que hizo Jesús desde los doce hasta los treinta años de su vida, lo veremos en pocas palabras.

Habiéndose restituido y permaneciendo Jesús en Nazareth con su madre y su padre putativo, ¿en qué se ocupaba durante los años que pasaron desde el duodécimo hasta el trigésimo de su vida? ¿En qué empleó tan largo periodo de tiempo? La historia sagrada se contenta con decirnos que estuvo sometido y fué obediente á María y José: *Et erat subditus illis*. Jesús, pues, hizo en Nazareth una vida privada, oculta, obscura y menospreciable á los ojos del mundo. Pero ¿cómo! ¿No podía, á lo menos cuando salió de la infancia y llegó á la época de la juventud, no podía entrar en la lustre carrera que debía recorrer más tarde, darse á conocer, anunciar su celestial doctrina, crearse discípulos, atraerse las gentes, y comenzar á fundar el nuevo reino que habia venido á establecer en la tierra? ¿No podía ya convertir á los pecadores, ahuyentar á los demonios, sanar los enfermos, volver la vista á los ciegos, y resucitar los muertos?...

¡Ah! sí; bien podía hacerlo, pero aquella no era todavía la voluntad de su Padre celestial, y Jesucristo no queria ni tenia más regla de conducta que el cumplir los mandatos de su Padre: *Ego qui placita sunt ei, facio semper*. ¡Grande lección para nosotros, amados hermanos míos! La regla de nuestra vida, de nuestros pensamientos, de nuestras acciones, ¿qué digo? la regla de toda virtud, de toda santidad, de toda perfección, no es ni puede ser otra más que la voluntad de nuestro soberano Señor, la voluntad de Dios: *Et erat subditus illis*.

Así Jesús, en su pobre casa, ayudaba á sus pobres padres en sus faenas y ocupaciones diarias, según sus necesidades y su deseo; y puesto que José era un artesano, puesto que era carpintero, según la opinión más general, ¿quién rehusará el creer que Jesús trabajaba con sus manos en un humilde taller? ¡Oh! maravilloso espectáculo para el cielo y la tierra, el ver á ese divino Niño manejando los instrumentos de un arte mecánico con las mismas manos que crearon el sol y las estrellas del firmamento, el verlo atento á las instenciones y señales de su augusto guardador, participando del trabajo como un aprendiz, y mojado con el sudor de su rostro el pan de sus modestas comidas! *Et erat subditus illis*. ¡Cómo! ¡El Hijo de Dios se somete y obedece á sus criaturas!... ¿Y cómo puedes mirar tú semejante espectáculo, orgulloso mortal, tú que aborreces tanto la dependencia, la sujeción; tú que no reconoces autoridad divina ni humana, por antigua y augusta que sea, tú que ni siquiera te dignas someterte á los autores de tus días, á los que te han dado el ser y la vida? *Erbresco,*

superbe cinis, dice San Bernardo; ruborízate, polvo orgulloso, á la faz de un Dios que únicamente por tu amor, únicamente por tu bien, se ha hecho obediente, á la vista de un Dios que se ha dignado obedecer y someterse á una pobre mujer y á un pobre artesano: *Erbescet, erubescet, superbe cinis*.

JESÚS EN NAZARETH Y EN EL JORDÁN

Eccc testem populus dedit- sum, autem ac praeceptorem gentibus.

Le he ávido como testigo de la verdad á los pueblos; como maestro y jefe á las naciones de la tierra.

(ISAÍAS, c. 55, v. 4.)

Del Hijo unigénito del Padre celestial, de Jesucristo, nuestro Redentor, es de quien, por boca del profeta Isaías, dijo el Padre eterno estas divinas palabras. El profeta las escribió 700 años antes del nacimiento del Salvador, y ellas anuncian á la vez, la autoridad divina que Jesús habia de ejercer como Hombre-Dios, y la benigna y saludable influencia que habia de tener su encarnación en el éxito de la misión que venia á realizar. Autoridad divina, potentísima en los admirables é inauditos prodigios que realizó durante los tres años de su vida evangélica. Las leyes de la naturaleza suspendidas á su arbitrio y según los diversos actos de su voluntad omnipotente; las enfermedades más inveteradas, las más desesperadas, curadas á la sola indicación de su palabra; los muertos resucitados; el mismo resucitado por su propio poder, de entre los muertos, y, lo que es aún más admirable, este inmenso poder suyo comunicado, después de su desaparición de la tierra, á centenares de hombres que usaron de poder tan omnimodo, con la misma facilidad que él, y como él obraron los prodigios más sorprendentes; y, según su promesa, más maravillosos aún que los por él mismo realizados.

Lo que hizo Jesús desde los doce hasta los treinta años de su vida, lo veremos en pocas palabras.

Habiéndose restituido y permaneciendo Jesús en Nazareth con su madre y su padre putativo, ¿en qué se ocupaba durante los años que pasaron desde el duodécimo hasta el trigésimo de su vida? ¿En qué empleó tan largo periodo de tiempo? La historia sagrada se contenta con decirnos que estuvo sometido y fué obediente á María y José: *Et erat subditus illis*. Jesús, pues, hizo en Nazareth una vida privada, oculta, obscura y menospreciable á los ojos del mundo. Pero ¿cómo! ¿No podía, á lo menos cuando salió de la infancia y llegó á la época de la juventud, no podía entrar en la lustre carrera que debía recorrer más tarde, darse á conocer, anunciar su celestial doctrina, crearse discípulos, atraerse las gentes, y comenzar á fundar el nuevo reino que habia venido á establecer en la tierra? ¿No podía ya convertir á los pecadores, ahuyentar á los demonios, sanar los enfermos, volver la vista á los ciegos, y resucitar los muertos?...

¡Ah! sí; bien podía hacerlo, pero aquella no era todavía la voluntad de su Padre celestial, y Jesucristo no queria ni tenia más regla de conducta que el cumplir los mandatos de su Padre: *Ego qui placita sunt ei, facio semper*. ¡Grande lección para nosotros, amados hermanos míos! La regla de nuestra vida, de nuestros pensamientos, de nuestras acciones, ¿qué digo? la regla de toda virtud, de toda santidad, de toda perfección, no es ni puede ser otra más que la voluntad de nuestro soberano Señor, la voluntad de Dios: *Et erat subditus illis*.

Así Jesús, en su pobre casa, ayudaba á sus pobres padres en sus faenas y ocupaciones diarias, según sus necesidades y su deseo, y puesto que José era un artesano, puesto que era carpintero, según la opinión más general, ¿quién rehusará el creer que Jesús trabajaba con sus manos en un humilde taller? ¡Oh! maravilloso espectáculo para el cielo y la tierra, el ver á ese divino Niño manejando los instrumentos de un arte mecánico con las mismas manos que crearon el sol y las estrellas del firmamento, el verlo atento á las instenciones y señales de su augusto guardador, participando del trabajo como un aprendiz, y mojado con el sudor de su rostro el pan de sus modestas comidas! *Et erat subditus illis*. ¡Cómo! ¡El Hijo de Dios se somete y obedece á sus criaturas!... ¿Y cómo puedes mirar tú semejante espectáculo, orgulloso mortal, tú que aborreces tanto la dependencia, la sujeción; tú que no reconoces autoridad divina ni humana, por antigua y augusta que sea, tú que ni siquiera te dignas someterte á los autores de tus días, á los que te han dado el ser y la vida? *Erbresco*,

superbe cinis, dice San Bernardo; ruborízate, polvo orgulloso, á la faz de un Dios que únicamente por tu amor, únicamente por tu bien, se ha hecho obediente, á la vista de un Dios que se ha dignado obedecer y someterse á una pobre mujer y á un pobre artesano: *Erbescere, erubescere, superbe cinis*.

JESÚS EN NAZARETH Y EN EL JORDÁN

Eccc testem populus dedit- sum, autem ac praeceptorem gentibus.
Le he ávido como testigo de la verdad á los pueblos, como maestro y jefe á las naciones de la tierra.

(ISAÍAS, c. 55, v. 4.)

Del Hijo unigénito del Padre celestial, de Jesucristo, nuestro Redentor, es de quien, por boca del profeta Isaías, dijo el Padre eterno estas divinas palabras. El profeta las escribió 700 años antes del nacimiento del Salvador, y ellas anuncian á la vez, la autoridad divina que Jesús habia de ejercer como Hombre-Dios, y la benigna y saludable influencia que habia de tener su encarnación en el éxito de la misión que venia á realizar. Autoridad divina, potentísima en los admirables é inauditos prodigios que realizó durante los tres años de su vida evangélica. Las leyes de la naturaleza suspendidas á su arbitrio y según los diversos actos de su voluntad omnipotente; las enfermedades más inveteradas, las más desesperadas, curadas á la sola indicación de su palabra; los muertos resucitados; el mismo resucitado por su propio poder, de entre los muertos, y, lo que es aún más admirable, este inmenso poder suyo comunicado, después de su desaparición de la tierra, á centenares de hombres que usaron de poder tan omnimodo, con la misma facilidad que él, y como él obraron los prodigios más sorprendentes; y, según su promesa, más maravillosos aún que los por él mismo realizados.

Influencia benigna y saludable, atestiguada por la admirable revolución que se operó en los espíritus, la extinción del paganismo que había invadido toda la tierra, la abolición de la ley judaica y de las supersticiones que la desfiguraban, la conversión del género humano que, después de tres siglos de combates sangrientos librados contra la verdad, de la cual Jesucristo era á la vez apóstol y testimonio, cae vencido al pie de la cruz y adora y reconoce por su Dios á aquel, á quien el Altísimo desde toda la eternidad, había constituido maestro y jefe de todas las naciones del mundo: *Ecce testem populus dedit eum, tunc ac proceptorum gentibus.*

Desde hoy, y para instrucción nuestra, vamos á ver al Salvador de los hombres comenzar el ejercicio de este ministerio de paz, de misericordia y de omnipotencia que ha venido á realizar sobre la tierra. Y para que cuanto antes disfrutemos de sus divinos ejemplos y de las celestiales instrucciones que salieron de su divina boca, apremiémonos á entrar en el curso de la historia de su vida mortal. Sigámosle, hermanos míos, en espíritu á Jesús, desde su regreso de Egipto hasta el momento en que se presentó en las riberas del Jordán para recibir de Juan el bautizo. *Ave María.*

A su regreso de Egipto, hermanos míos, se retiraron con el niño Jesús á Nazareth, y vivieron allí en la obscuridad y la pobreza. La ley de Moisés ordenaba á los judíos la celebración de la gran fiesta de la Pascua con el sacrificio é inmolación de las victimas que la misma ley establecía. Pero este sacrificio no podía efectuarse más que en el templo que el Señor se había por sí mismo elegido y santificado, y en toda la tierra no había más que un solo templo, el de Jerusalén, consagrado al verdadero Dios. José y María, como buenos y fervorosos israelitas, no dejaban jamás de cumplir con aquel religioso deber; así nos hacen notar los santos Evangelios, que todos los años iban los santos esposos á Jerusalén á celebrar la Pascua.

En uno de estos viajes fué cuando el divino Niño quiso anticipar la época de su manifestación y comenzar, de manera proporcionada á su edad, el ejercicio de su misión divina. Contaba entonces Jesús doce años é iba acompañado de María y José. Terminada la solemnidad de la Pascua, José y María emprendieron el viaje de regreso á Nazareth, en compañía de los que con ellos habían venido á la fiesta; y aunque jamás perdían de vista aquel precioso Niño, Dios permitió que Jesús se detuviera en Jerusalén, sin que lo advirtieran sus padres. Estos caminaron todo un día, creyendo que Jesús marchaba también confundido entre la multitud de los peregrinos. San

Epifanio nos dice que, en estos viajes, los hombres marchaban en grupos separados de las mujeres; que José creyó que iba en compañía de su madre, y la Virgen creía que iba con José, pues la corta edad del Niño le daba el privilegio de hacer el viaje con el grupo de uno ú otro sexo indistintamente. Cuando, llegada la noche, se reunieron las familias, notaron José y María la falta de su hijo; fácil es imaginarse cuán grande habrá sido entonces su inquietud y su dolor. Al amanecer retrocedieron, y al día siguiente, el tercero después de su salida de Jerusalén, encontraron al Niño en medio de un gran número de doctores, sentados en una de las galerías que circundaban el templo, en las que acostumbraban reunirse los doctores de la ley para celebrar sus conferencias y responder á las preguntas y dificultades que se les proponía. Allí el divino Infante enseñaba á los doctores de Israel, tanto por su modestia y su dulzura, cuanto por la sabiduría, la sutileza de sus preguntas y la prudencia y precisión de sus respuestas. Todos los asistentes, los maestros mismos de Israel, aquellos hombres tan envanecidos y orgullosos de su ciencia, estaban admirados; preguntábase si era un niño ó un ángel quien hablaba: *Stupabant autem omnes qui eum audiebant super prudentia et responsis ejus.*

María y José, apenas conocidos en Jerusalén y en quienes nadie se fijó, confundidos como estaban entre la muchedumbre, oyeron lo que Jesús había dicho y lo que decían de él. Extrañáronse de verle mostrarse tan pronto á los hombres, él que hasta entonces no había hecho otra cosa que obedecerlos, callar y ocultarse. Disuelta la asamblea, y reunido Jesús con María y José á la salida del templo, creyóse su santa Madre con derecho á lamentarse del misterio con que les había ocultado sus designios, y de los temores é inquietudes que con su ausencia les ocasionara. Hijo mío, le dijo con respetuosa ternura, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¿No ves que hace tres días te buscábamos sumidos en la mayor inquietud y en el más profundo dolor? ¿Y por qué alligeros y burlarme? le respondió Jesús con bondad. ¿No sabéis vosotros, que tan bien me conocéis, no sabéis que no debo ocuparme sino en lo que interesa á la gloria de mi Padre? *¿Nescidistis quia in his, quae patris mei sunt, oportet me esse?*

¿Qué de reflexiones nos sugiere, hermanos míos, el episodio de la vida de Jesucristo que acabáis de oír, porque todo en ella ha sido dispuesto para nuestra enseñanza y ejemplo! Para no detenernos en un campo tan fértil, no voy á hacer más que indicároslos.

Jesucristo conocía perfectamente la pena que con su ausencia había de ocasionar á María y José; no podía menos de participar de di-

cha pena; pero quiso enseñarnos que, cuando se trata de ejecutar la voluntad de Dios, es preciso no consultar ni escuchar los sentimientos de la naturaleza.

Nada hay en el mundo más querido para María y José que Jesús; ¿nos sorprenderá, pues, que, habiéndole perdido, le buscaran con tanto ahínco y constancia? ¡Ah! Cristianos, ¿procedéis vosotros así cuando habéis perdido á Jesucristo? ¿Le buscáis con el mismo afán? ¿Desplegáis el mismo ardor para encontrarle de nuevo? José y María no han perdido más que su presencia, y vosotros, por el pecado, habéis perdido su amistad y su gracia.

Almas fieles, el Señor os oculta alguna vez su presencia para probar vuestra fe, vuestro amor; pero no dejéis de buscarle; le encontraréis sin duda después de algunos días de aflicciones y de lágrimas. En el templo, en el ejercicio de la oración y de la penitencia, es donde encontraréis de nuevo á Jesucristo.

Se admira la sabiduría de Jesucristo en las preguntas y respuestas que da á los doctores. Pero, ¿cuál es el fruto de esta justa admiración? Jesús se retira á Nazareth, y allí vive desconocido, ignorado, como antes. Admirar la doctrina de Jesucristo cuando se la conoce es muy sencillo é indispensable; pero, generalmente, nos limitamos á admirar sus divinas lecciones, sin ponerlas en práctica. Quizá tanto valdría, ó más aún, ignorarlas, que dejar de practicarlas.

Jesucristo regresa á Nazareth con José y María, y habita en aquella ciudad hasta la edad de treinta años, en los ejercicios de la vida más obscura, la más ignorada, desconocido del mundo, obedeciendo á María y á José. Aquel hijo de Dios, dueño soberano del cielo y de la tierra, se somete á compartir los penosos trabajos de sus padres, para sobrelevar su miseria y subvenir á las necesidades que no desdenó imponerse al revestirse de nuestra naturaleza.

Llegado el tiempo en que Jesucristo debía manifestarse al mundo por su doctrina y sus milagros, el Espíritu Santo hizo salir del desierto á Juan el Bautista, le condujo á las orillas del Jordán, para predicar á los judíos la penitencia y para anunciarles el Mesías prometido tantos siglos antes. Apenas este hombre extraordinario se presentó en las márgenes del Jordán, cuando los habitantes de Jerusalén, de toda Judea, de todos los países que el Jordán riega, vinieron á él. Los fariseos, los más orgullosos, los saduceos, los más impíos de entre los judíos, cedieron al movimiento general y fueron también á escuchar la palabra de Juan el Bautista. El Santo precursor decía á todas aquellas muchedumbres: Los tiempos predichos por los oráculos de los profetas están cumplidos; el Mesías que esperáis tantos siglos ha,

se halla en medio de vosotros. Se presentará muy pronto; tiene ya la criba en la mano y se dispone á limpiar cuidadosamente su cosecha; reunirá su grano en el granero, es decir, pondrá los justos en el cielo; pero quemará también la paja, esto es, los pecadores, en un fuego que no ha de extinguirse jamás. Encargado yo por su Padre celestial de anunciaros su venida, debo asimismo instruirlos de las disposiciones, sin las cuales las gracias que él os trae, lejos de seros útiles, os resultarán fatales. Yo os bautizo, yo, pero sólo en el agua, para recordaros la obligación en que estáis de hacer penitencia é induciros á la práctica de este santo ejercicio. El Mesías os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego de su caridad divina, que derramará en vuestros corazones para purificaros de vuestros pecados. Preparaos á recibir sus gracias, y para ello convertíos, haced dignos frutos de penitencia. Todavía es tiempo; pero el hacha de su justicia toca ya la raíz de los malos árboles, y todo árbol que no dé buenos frutos, será cortado y echado al fuego. Yo no le conozco; ni siquiera le he visto jamás. Mas, he aquí la señal que, para reconocerle, me ha dado su Padre celestial, quien me envió para bautizaros en el agua: Aquel sobre cuya persona viéres descender y permanecer el Espíritu Santo, ese será quien bautice en el Espíritu Santo: *Super quena videris Spiritum Sanctum descendentem et manentem, hic est qui baptizat in Spiritu Sancto.*

Y la muchedumbre se prosternaba á sus pies, confesaba sus pecados y recibía el bautismo. Toda la Judea se aprestaba á ver aparecer muy pronto el Mesías. La autoridad, la santidad de la vida de Juan el Bautista, el imperio que ejercía sobre las muchedumbres, el concurso y la veneración de los pueblos hicieron conjeturar si sería él el Salvador prometido. Jerusalén quiso asegurarse de esta conjetura y envió á él legados de sacerdotes y levitas para preguntarle si era él el Mesías. Á esta pregunta, sorprendido é indignado el Bautista, exclamó: «Yo el Mesías! No, no lo soy, os lo digo en verdad; yo no soy el Cristo. El Mesías está en medio de nosotros, pero no le conocéis aún; aunque yo he aparecido antes que él, él existe entre que yo, y no soy digno siquiera, prosternado á sus pies, de desligar las correas de sus zapatos. Yo no soy ni Elias, ni un profeta; soy la voz que clama en el desierto: Preparad los caminos del Señor que está ya entre vosotros. Haced penitencia, corregid los desórdenes de vuestra vida. De esta suerte cumplo yo el ministerio que me ha sido confiado y que estaba ya anunciado por vuestros profetas Isaías y Malaquías.»

¡Qué celo por la gloria de Jesucristo, y qué firmeza la de Juan

el Bautista: ¡Cómo condenan estas dos virtudes del Santo precursor nuestra laxitud indolente, nuestros respetos humanos! ¡Qué profunda humildad, si la comparamos con nuestro orgullo! ¡Ah! si él se humilla así, nosotros deberíamos aniquilarnos, porque, ¿en dónde colocarnos, pecadores como somos, si el más santo de los hijos de los hombres no merece siquiera estar á los pies de Jesucristo ni desligar las ataduras de su calzado? ¡Ah! practiquemos sin demora los consejos que nos da. Convertámonos, hagamos dignos frutos de penitencia, preparémos los caminos del Señor, allanemos las sendas por donde ha de entrar en nuestros corazones: *Facite ergo fructus dignos poenitentia. Parate viam Domini, rectas facite genitas ejus.*

Mientras Juan bautizaba en el Jordán, Jesucristo acudió allí, se confundió con los pecadores, y pidió el bautismo. Había ya Jesús en su encarnación tomado la carne del pecador; había tomado en la circuncisión su semejanza y su pena, como la tomara también en las obras de penitencia que después practicó, y para identificarse en cierta manera más aún con los pecadores, quiso ser bautizado con ellos. Quiso, además, autorizar la predicación y el bautismo de San Juan, santificar las aguas del Jordán y darles la fecundidad espiritual que habían de tener en lo sucesivo, en el bautismo de los cristianos, á fin de que, habiendo adquirido por el contacto con su cuerpo divino exento de pecado, una pureza que no tenían por sí mismas, pudiesen después borrar los pecados de los demás hombres. Quiso, en una palabra, dar á conocer que venía á tomar sobre sí los pecados de los hombres y á expiarlos, dándonos con esto un nuevo ejemplo de humildad, puesto que él, el Santo de los Santos, iba á hacerse pasar por pecador como la multitud del pueblo que recibía el bautismo.

El Bautista reconoció al Salvador antes que el Espíritu Santo descendiera sobre este en figura de paloma, lo cual demuestra que esta señal no se le había dado para que él reconociera al Mesías prometido, sino para autorizar ante el pueblo el testimonio que daba de Jesucristo.

Difícil era que un alma tan santa como la de Juan no le reconociera desde el primer momento. El, que estando aún encerrado en el claustro materno, había sentido la presencia de su bien amado, ¿podía desconocerle al verle por sus propios ojos?

El Bautista, embargado por la veneración y el respeto, se oponía á bautizar á aquel que sabía era su Salvador y su Dios, el que venía á borrar los pecados del mundo. Corrió, pues, á él y le dijo: «¿Qué hacéis, Señor? mi bautismo no lo necesitáis vos; y aun en el caso de

que quisierais recibirlo ¿he de ser yo quien os lo administre? El siervo es quien debe ser bautizado por el Señor, y sois Vos quien venis á mí; indudablemente habéis querido probarme, y no pretenderéis que yo os obedezca en esto.»

Lo quiero, respondió Jesús; déjame hacer lo que hago, y haz por tu parte lo que te ordeno. Es preciso que se cumpla toda justicia; es necesario que yo dé al mundo este ejemplo de humildad y penitencia. San Juan obedeció y le bautizó, porque los Santos no siguen sus propias inclinaciones, más que cuando no les es conocida la voluntad divina; pero, en cuanto la conocen, se someten completamente á ella y no piensan más que en ejecutarla, sin pretender conocer los motivos que Dios tiene para obrar de aquella manera, y respetando profundamente sus inexcusables designios. Limitóse, pues, el Santo precursor á dar á conocer á Jesús á la inmensa muchedumbre que le rodeaba. Ved aquí, les dijo, ved aquí á vuestro Salvador; he aquí el Hijo de Dios de quien tantas veces os he hablado. Este, á quien acabo de bautizar, es aquel de quien os decía todos los días: No comenzará á predicar sino después de mí; pero él es mucho antes que yo; está encargado de un ministerio infinitamente superior al mio, al que yo ejerzo entre vosotros. Esta distinción entre él y yo le era debida, porque yo no soy más que el siervo creado en el tiempo, y él es el Hijo único, coeterno con Dios, su padre.

Hablaba todavía Juan cuando Jesús abandonó las orillas del río, y atravesando por entre la multitud, fué á orar en un lugar algo apartado. Apenas se encontró solo y entregado á la oración, se vio abrirse el cielo y descender de él una paloma que, revoloteando, fué á detenerse sobre la cabeza de Jesús. Era el Espíritu Santo, el cual, bajo esta forma visible de su invisible existencia en el alma de Jesús, le daba un testimonio auténtico del amor del Padre hacia su Hijo. Ante este testimonio demostrativo, ya anunciado por el Bautista, éste, mostrando al pueblo á Jesús, exclamó: Ved ahí al Corcelero de Dios, ved ahí al que quite los pecados del mundo. El Padre Eterno confirmó este testimonio por medio de una voz que salió de las nubes y dijo estas palabras: Este es mi Hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias: *Et vox de celo facta est: tu es filius meus dilectus, in te complacui mihi.*

El Santo de los Santos se humilla, se confunde con los pecadores, descendiendo hasta aplicarse, sin que de ello tenga la menor necesidad, los remedios instituidos para la expiación del pecado; sufre la confusión que el pecado ocasiona, y llama á este acto de humildad tan profunda el cumplimiento de toda justicia. Nosotros, en cambio, preva-

ricadores ingratos; nosotros que tanto tenemos que expiar y tanto que temer de los rigores de la justicia divina, nosotros tratamos de eludir los saludables preceptos de una ley de misericordia y de amor, eximiéndonos de aquellos actos, de aquellas prácticas, que creemos afectan á nuestra vanidad, á nuestro amor propio. ¡Ah! ¡Qué lejos estamos de acercarnos al divino modelo, el cual no se hizo semejante á nosotros más que para llamarnos á sí!

El Salvador, después de honrar la humildad de su precursor, poniéndose á sus pies para recibir su bautismo, vió que el cielo se abría para recompensar su abnegación con los prodigios más estupendos y con los más gloriosos testimonios. Jesucristo es el objeto eterno de las complacencias de su Padre; pero su Padre, dándole este testimonio de su amor en el momento en que su humildad le confunde con los pecadores, nos enseña la virtud, por medio de la cual podemos también nosotros en alguna manera hacernos objeto de sus complacencias, ya que Jesucristo, hermanos míos, se complace en los humildes, derramando sobre éstos sus gracias, para concederles después el premio eterno en la gloria. — *Amén.*

EL BAUTISMO DE JESUCRISTO

Vox Domini super aquas, Deus majestas intonuit, Dominus super aquas multas, vox Domini in virtute, vox Domini in magnificentia.

Vox del Señor sobre las aguas, tronó el Dios de la majestad, el Señor sobre muchas aguas, voz del Señor con poder, voz del Señor con magnificencia.

(PSAL. 29, v. 3 y 4.)

Estas sublimes y poéticas palabras con que el real profeta anunció las maravillas y los prodigios que la voz del Señor había de obrar sobre las aguas al tiempo de la redención, se cumplieron literalmen-

te, dice San Pedro Crisólogo, en el misterio del bautismo, que Jesucristo recibió en el Jordán por mano de su Precursor, porque entonces fué cuando el Señor dió á las aguas, con su presencia, una virtud divina, é instituyó el primero de los sacramentos. Entonces fué cuando el eterno Padre ofreció el espectáculo magnífico del cielo abierto y resplandeciente, y del Espíritu Santo, que en forma de paloma vino á fijarse sobre la cabeza adorable de Jesucristo. Entonces fué, finalmente, cuando este humilde Hijo del hombre fué proclamado por el mismo eterno Padre, en tono de majestad y de grandeza, como verdadero Hijo de Dios y salvador del mundo, con estas palabras: «Este es mi Hijo amado, objeto de mis eternas delicias y de mis más tiernas complacencias.»

Esta es, pues, la voz de que ha hablado David, voz pronunciada sobre las aguas, no de un solo río, sino de todo el mundo; voz de virtud, de magnificencia y de gloria, que, después de haber tronado majestuosamente sobre las riberas del Jordán, retumbará en el universo hasta el fin de los siglos.

Elevemos, pues, hoy, hermanos míos, nuestros entendimientos y corazones á la consideración del gran misterio de nuestra fe. Veamos los grandes milagros que en él se obran en el orden de la naturaleza y de la gracia; veamos la misión que en él desempeña Jesucristo, la gloria con que se manifiesta y las verdades que nos revela. *Ave María.*

El bautismo ó lavatorio que en la orilla del Jordán administraba á los pueblos el Bautista, no era un sacramento, sino que, según la opinión de los padres y de los intérpretes, era sólo un signo, una confesión pública que hacían los que le recibían; de que eran pecadores; y por eso se dice que en el confesaban sus pecados. Era una protesta y una promesa de hacer penitencia, era una plegaria solemne á Dios; á fin de que con su misericordia limpiase sus almas del pecado, como el agua del Jordán purificaba sus cuerpos; era, en fin, un signo exterior de la contrición de sus corazones, la cual, si era perfecta, borraba todas sus culpas.

Si esto es así, ¿para qué fué Jesucristo á la orilla del Jordán para ser bautizado por San Juan? ¿Qué necesidad, dice San Ambrosio, tenía de someterse á esta ceremonia de los pecadores aquel que ni aun siquiera tuvo la sombra del pecado? Retiraos, Señor; que no está bien que se confunda el señor con los siervos; la santidad con el pecado, el Hijo de la inmaculada María con una raza de viboras, ni el inocente y puro Hijo de Dios con los inmundos y culpables hijos de

los hombres. No, no es para vos este lavatorio, que, sin añadirse nada á los ojos del cielo, os puede degradar á los ojos de la tierra.

Pero ¿qué es lo que diceis? me interrumpe el mismo San Ambrosio. Escucha, escucha ¡oh cristiano! el gran misterio. Jesucristo se presenta al bautismo, no para ser santificado por las aguas, sino para santificarlas, para purificar con su contacto las aguas con que fué bañado. Porque, siendo santo, puro é inocente; siendo la misma inocencia, la misma santidad y la misma pureza, no sólo como Hijo de Dios, sino también como hijo del hombre, de quien había tomado la naturaleza sin la culpa, esta purificación de penitencia no la hizo por sí mismo, que ninguna necesidad tenía de ella, sino que la hizo por nosotros, para purificar en su carne la nuestra, que había tomado de nuestra naturaleza. Y San Agustín dice igualmente: «Entiende, cristiano, que el Hijo de Dios fué bautizado por ti, de la misma manera que por ti fué muerto.»

Permaneced, pues, Señor, confuso entre la turba de los pecadores, como si fuéscis uno de ellos y el peor de todos: Recibid este bautismo de penitencia de manos de vuestro Precursor. Esta ceremonia, cuanto es humillante para vos, tanto es preciosa para nosotros. Si no consentís en lavar con las aguas vuestro purísimo cuerpo, nuestras almas inmundas no pueden ser purificadas por la gracia.

Para entender todavía mejor este misterio y conocer la misión que en él desempeña Jesucristo, recordemos que, según la doctrina de San Pablo, este Hijo de Dios, al hacerse hombre, tomó sobre sí todo el hombre viejo, al cual pertenecíamos todos nosotros, es decir, toda la humanidad, que por lo mismo fué clavada en la cruz con Jesucristo. Nada, pues, era más justo, concluye de aquí el doctor San Máximo, que el hecho, de que el Salvador, supuesto que había tomado todo el hombre y se había colocado en su lugar, adquiriese todas las condiciones, pasase por todos los estados, sostuyese todas las miserias y sufriese todas las humillaciones de la humanidad.

Ahora bien, la humanidad era pecadora, y no podía presentarse á Dios sino como penitente y criminal. Por esta razón Jesucristo, que había tomado esta humanidad pecadora, vistiéndose de una carne semejante á la carne del pecado, debía presentarse también al Padre en cualidad de reo y de penitente. Y esto es precisamente lo que hace en este día, sometiéndose con la mayor humildad al bautismo de la penitencia. Es decir, que por este bautismo el Hijo de Dios, la santidad por esencia, se reconoce públicamente, se confiesa y se acusa, en cierto modo, como pecador y como hombre de pecado, y al mismo tiempo contrae el empeño solemne de hacer penitencia por el

pecado, y de expiarlo con la pasión y con la muerte de cruz. Al consentir, pues, que el Bautista ponga sobre su cuerpo sus manos puras y reverentes para lavarlo con el agua, consiente desde entonces que los judíos y los soldados pongan en su mismo cuerpo divino sus manos sacrílegas y crueles, para atravesarlo y traspasarlo con la lanza, con los clavos, con los azotes y con las espinas. Al consentir que el agua del Jordán lave su carne inmaculada, consiente que esta misma carne se vea lavada un día con su sangre misma. Y con el bautismo de agua que recibe hoy, se obliga á recibir aquel bautismo de sangre con que debían ser borrados todos nuestros pecados, y del cual dijo él mismo: «Otro bautismo me espera, y ¿cuánto es lo que padezco porque no llega todavía el momento en que debo sufrirlo!» Así pues, desde este momento, como dice A. Lapide, en la amargura de su corazón santísimo, con una contricción infinita, con un dolor perfecto, se duele de estos nuestros pecados, los detesta, los abomina, y llora sobre ellos; procura ser lavado y limpio de ellos, como si fuese verdaderamente culpable; siendo así que sola su caridad infinita le había hecho tomarlos y expiarlos como suyos.

Por consiguiente, en esta solemne circunstancia, así como se dolía de nuestros pecados por la contricción sincera y perfecta que debíamos tener nosotros, pero que no tendremos jamás; y así como procuró que todos nosotros, que estábamos representados en él, fuésemos lavados en él, de la misma manera tomó para sí toda la humillación y toda la afrenta de comparecer ante el cielo y la tierra pecador como el pecado mismo, y nos transfirió todo el mérito infinito de esta confesión, de esta acusación, de este dolor, de esta purificación y de esta penitencia; y nos proporcionó el ornato divino de su infinita justicia, de su santidad y de su pureza infinita.

Por esta razón, con la ablución de su purísimo cuerpo en el Jordán, lavó Jesucristo, como canta la Iglesia, las manchas de nuestras almas. San Ambrosio se explica en estos términos: «Al descender el Señor á las aguas, sumergió en ellas y borró desde entonces todas las culpas de aquellos que debían creer en él; porque era indispensable que borrarse los pecados de todos, aquel que había cargado con los pecados de todos. Entonces, pues, se cumplieron las palabras pronunciadas por San Juan y consignadas en el Evangelio:—Este es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.—¡Oh gran portento! ¡Oh maravilloso misterio! Uno solo se ha sumergido hoy en las aguas, y en este solo se ha efectuado la salvación de todos.»

En vano el Bautista, sorprendido, admirado, confuso y como fuera de sí, al ver este acto de infinita humildad con que el Hijo santi-

simo de Dios pide el bautismo al hombre pecador, exclama: «No sucederá que yo os bautice; yo, miserable, que debo ser bautizado y santificado por vos.» «Tranquilízate, le responde el Señor; es necesario que tú hagas ahora lo que digo. Conviene que de este modo cumplamos los dos toda la justicia.» Que fué como si le hubiese dicho: Tú también recibirás de mí, mi bautismo espiritual, que será para ti la señal del bautismo de sangre que, como mi Precursor, obtendrás por la santidad de mi ley, por la gloria de mi nombre. Mas por ahora es necesario que yo reciba de ti tu bautismo de penitencia, como representante y víctima de la humanidad pecadora: *Sine modo*. Como siervo mío, debes obedecerme, bautizando a tu mismo Señor; y yo debo humillarme, como Redentor, á esta degradante ceremonia de recibir el bautismo de mi mismo siervo. Debemos llevar hasta este punto tú, tu dependencia; y yo mi condescendencia. De este modo cumpliremos los dos nuestra misión, practicaremos toda la justicia y todas las virtudes, supuesto que la virtud consiste en cumplir la misión que cada uno ha recibido de Dios; y de la obediencia de quien sirve y de la humanidad de quien manda, nacen el orden y la justicia.

¡Oh espectáculo, oh prodigio de humildad por parte de Jesucristo! Postrado él á los pies de Juan, el Señor á los pies del siervo, el caudillo á los pies del soldado, el juez á los pies del heraldo, el Mesías á los pies del Precursor, el Criador á los pies de la criatura, el Hijo de Dios á los pies del hijo del hombre; con las manos cruzadas sobre el pecho, con la cabeza inclinada, con la frente humillada, con los ojos bajos, con la confusión en el rostro, con la plegaria en los labios, con el dolor en el corazón, en actitud de reo y de pecador, recibe de manos de Juan la ablución de la expiación y de la penitencia.

¡Mas, oh admirable sabiduría de los misterios de nuestro Salvador! Cuanto más el se oculta y se esconde, tanto más se descubre y se manifiesta; cuanto más se humilla, tanto más grande aparece; mientras desciende á la condición del último de los hijos de los hombres, una gloria especial, una magnificencia exclusivamente suya lo circunda y lo anuncia por verdadero Hijo de Dios. De este modo se manifestó al nacer, de este modo se mostró al morir, y de este mismo modo aparece también hoy al ser bautizado. En efecto, apenas recibió en su cuerpo el agua figurativa y profética, apenas su acostumbrada plegaria omnipotente fué articulada por sus labios, y mucho más por su corazón, cuando se vió el estupendo prodigio de abrirse el cielo, es decir, formarse en la región superior del aire una

abertura profunda, llena de inmensa luz, y un torrente de resplandor que descendía sobre la cabeza del Salvador, como para indicar, dice el intérprete, que este gran prodigio, visible á todos, sucedía, no en virtud del bautismo de Juan, sino por el mérito de la humildad, por la eficacia de la oración y por la gloria de la persona de Jesucristo, y que su dignidad era mucho mayor que la de Juan. Y San Máximo añade, que alrededor de esta abertura del cielo se agruparon en gran número las virtudes celestiales, como para admirar la profunda humildad de su Señor y adorar al Hijo de Dios bautizado por el hombre; porque esta escrito que los ángeles desean siempre ver el rostro santísimo de Jesucristo y mirarse en él.

Al mismo tiempo y de la misma luminosa abertura del cielo se oyó una voz inteligible á todos, pero de una persona invisible; una voz sonora, majestuosa, solemne y divina, que dijo: «Este que veis en la actitud humilde de hombre y de pecador, es mi Hijo, objeto de mis eternas complacencias;» y que, dirigiéndose al mismo Jesucristo, repitió: «Tú eres mi Hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias;» que fué lo mismo que decir: Como tú eres el esplendor de mi gloria é imagen de mi substancia, me agradas singularmente en todo; á ti sólo te amo con todo mi amor; en ti reposo, me recreo y me complazco. Los hombres me agradaron también, y yo los amaré, pero sólo en cuanto sean discípulos tuyos, y en cuanto, amados por ti y colmados de tu gracia, formen contigo un solo cuerpo, un solo hijo; y por consiguiente, amándolos, los amaré en ti, y á ti en ellos.

Además, de la misma parte del cielo abierto, de la misma gloria de donde salió esta voz misteriosa, se vió al Espíritu Santo descender sobre Jesucristo en forma de una blanca paloma, y pararse sobre su divina cabeza; de donde apareció claramente, dicen los intérpretes, que el testimonio de la voz divina no se diriga á Juan, sino á Jesucristo.

Mas esta paloma que se paró sobre su cabeza, indicaba también, de una manera visible, el misterio que de un modo invisible se había cumplido, en el instante en que el Verbo eterno tomó carne en el seno purísimo de María, es decir, cuando el Espíritu Santo reposó en la santa humanidad de Jesucristo, que él mismo había formado; y, según afirma San Pablo, citando á David (*Hebr., I*), la llenó de la unión celestial de todas las gracias espirituales y divinas. Esta misma unión, obrada ya secretamente en Jesucristo, la hace hoy clara y manifiesta el Espíritu Santo. Por ella el Verbo humanado recibió de una manera pública y solemne la investidura de la redención del

mundo, y comenzó su vida pública, su acción reparadora y el ejercicio de las altas funciones del Salvador, cuyos títulos auténticos y cuyo carácter divino ha recibido solemnemente del cielo.

Jesucristo, pues, nacido ya en el mundo según la carne, renace hoy de un modo inefable según el espíritu en el alma y en el corazón de los hombres, que desde este momento aprenden á conocerlo y á amarlo. Por consiguiente, el bautismo que recibe es, para él, como dice San Agustín, un nacimiento nuevo. Porque el mismo Espíritu Santo, que le asistió cuando tomó carne en el seno de María, hoy, que se lava en el río, lo circunda con su resplandor y santifica el agua que lo lava, de la misma manera que había hecho tan pura la Madre que lo concibió. El mismo eterno Padre, que entonces lo cubrió con su virtud como con una nube, exclama hoy y se anuncia con su propia voz, y el que entonces cubrió como con una sombra misteriosa su nacimiento, hoy da público testimonio de la verdad.

Este segundo nacimiento misterioso del Verbo de Dios encarnado es más glorioso sin duda que el primero. En aquel primer nacimiento salió á luz Jesucristo sin testigos, pero en este segundo es indicado por la confesión pública de la misma divinidad. Entonces José, que era creído su verdadero padre, quiso ocultarse y esconderse, y hoy el Padre eterno, que ninguno cree que es su verdadero padre, se manifiesta con toda claridad. ¡Oh gloria de nuestro Señor! exclama en este lugar San Pedro Crisólogo: Jesucristo mismo ha dicho: «Ninguno conoce al Hijo sino el Padre, ninguno conoce al Padre sino el Hijo.» Por consiguiente, antes que este Hijo unigénito haga conocer al mundo su divino Padre, ved aquí que el Padre mismo, con el cielo que abre sobre su cabeza, con el Espíritu celestial que le envía, con la luz que lo circunda, con la voz que lo proclama, lo da á conocer al mundo por su único, verdadero y consubstancial Hijo, de la manera más cierta, más sensible, más espléndida y más majestuosa; y declara verdadero Dios á este Hijo humillado en la tierra, á fin de que los hombres lo crean cuando él hable de las grandezas del Dios Padre, que reina en los cielos. Todo esto debía suceder así, porque la divinidad, conocida sólo por sí misma, no puede ser conocida si no se manifiesta, si no se da testimonio de sí misma; y sólo Dios Padre podía dar á conocer su divino Hijo, así como sólo este Hijo divino podía revelarnos su divino Padre.

No bastaba, pues, dice á nuestro propósito San Cipriano, que Jesucristo hubiese sido anunciado privadamente Dios y Salvador del mundo á los pastores por el ángel, á los magos por la estrella, y á algunas personas piadosas por Simeón en el templo y en la casa de

Isabel, sino que ha debido recibir hoy de su eterno Padre, que hace oír su voz, ocultando su persona, ha debido recibir directamente de Dios mismo un testimonio más solemne, más auténtico y más glorioso de su divinidad. Así que, por esta voz inefable del Dios omnipotente, que por vez primera penetra en los oídos, y mucho más en el corazón de los hombres, se manifiesta al mundo sin enigmas, sin sombras ni figuras, la grande y nueva verdad de que *Jesucristo, hijo del hombre, es hijo verdadero, consubstancial y eterno de Dios*. Y ciertamente, añade San Ambrosio, este grupo de portentos con que, abriéndose á vista de todos el cielo, desciende sensiblemente el Espíritu Santo sobre Jesucristo, el Padre habla al Hijo y la voz divina revela al Verbo divino, no sucedió sólo para honor del Hijo de Dios hecho hombre, sino también para auxilio y fortaleza de nuestra fe. Reconozcamos, hermanos míos, la divina economía de Jesucristo, al someterse voluntariamente al bautismo de Juan, y aprendamos la admirable doctrina que nos revela: que se robustezca nuestra fe, confesando en Jesucristo aquel doble carácter, apareciendo en el Jordán humillado y cargado con nuestros pecados, y al propio tiempo objeto de las complacencias de Dios Padre. Confesión, hermanos míos, de la humanidad y divinidad de Jesucristo, que, siendo el fundamento de nuestra justificación, lo es también de nuestra eterna bienaventuranza. *Amén.*

BAUTISMO DE JESUCRISTO

*Venit Jesus a Galilea in Jordanem ad Joannem ut baptizaretur ab eo.
Vino Jesús de la Galilea al Jordán á Juan para ser bautizado por él.*

(S. MATHEO, c. III, v. 19.)

Grande, inefable y tierno misterio el que en estos momentos recordamos, hermanos míos. En el mismo día, dice San Ambrosio, en

que la madre terrena, estrechando amorosamente en su seno á Jesús niño, lo predicó verdadero hombre; el Eterno Padre, treinta años después, dió un testimonio celestial de su divinidad, declarándolo verdadero Dios. En el mismo día en que María lo ofreció á la adoración de los magos, el Eterno Padre lo presentó á la adoración y al culto del universo.

Mas este misterio glorioso para Jesucristo, por el testimonio celestial que en él recibe, es precioso para nosotros, por el gran sacramento que en él se instituye. Esto es lo que vamos á considerar, viendo en el misterio del bautismo del Salvador, el origen, la institución y el espíritu de nuestro bautismo, á fin de que aprendamos á respetar en nosotros mismos este gran sacramento, el primero de los beneficios divinos; y el más solemne de nuestros deberes, y de esa manera correspondamos á los prodigios de la bondad divina con la ofrenda del mas tierno amor. *Ave María.*

Trasladémosnos, hermanos míos, en espíritu al Jordán, y consideremos atentamente todo cuanto tiene lugar en aquel solemne acto de recibir Jesucristo el bautismo por ministerio de Juan. En primer lugar, Jesucristo lava en él con las aguas su cuerpo santísimo. Y ¿qué otra cosa es esta ablución, dice San Ambrosio, sino una consagración solemne y divina que hace hoy el Señor, del elemento del agua, para que sirva de materia á nuestro bautismo? Hoy el Señor santifica todas las aguas, las purifica y las eleva al uso nobilísimo de hacer la ablución espiritual de todos los pueblos, á quienes infunde la gracia. Oigamos también á San Agustín, que sobre el mismo propósito se expresa de este modo: «Leemos en la Escritura que los judíos tuvieron varios bautismos durante la ley antigua; mas ninguno de estos bautismos pudo proporcionar una general y eficaz medicina contra la enfermedad del pecado. Y ¿qué fue lo que hizo el Señor? Al recibir en el Jordán el bautismo, consagró aquellas aguas para la reparación y remedio de todos los hombres. Y para que todos los hombres pudiesen participar del sacramento del bautismo, debiendo encontrarse este bautismo en todo el mundo, al descender el Salvador á las aguas del Jordán, por un rasgo de piedad, dió su bendición á las aguas de todo el mundo. ¡Oh prodigio de la omnipotencia y de la gracia! Las carnes divinas del Señor son bañadas por las aguas, y las aguas mismas quedan ennoblecidas y enriquecidas por ellas. Aquel divino cuerpo nada recibió de las aguas, y las aguas recibieron del divino cuerpo una virtud vital y divina. Parece, por lo mismo, que aquella afortunada agua se quedó admirada y confusa, cuando vió descender á ella su eterna Fuente, su mismo Criador.

En otro lugar dice el mismo santo doctor: «Admiremos la armonía de los divinos misterios! El mismo Hombre-Dios, que se sumerge hoy en una agua pura, lo admiramos y lo creemos nacido de una Madre virgen. ¡Oh gloria de nuestra fe en el uno y en el otro milagro! María, después de haberlo parido, permanece virgen; y el agua afortunada, después de haberlo lavado, permanece santificada y limpia.

En segundo lugar, ¿qué es lo que vemos también en el Jordán? Vemos, dice San Fulgencio, manifestarse por primera vez al mundo el grande, el profundo, el elevado misterio de la Santísima Trinidad, y revelarse de tal modo, que los hombres pudiesen desde entonces conocerlo; porque el Padre se oyó en la voz, el Hijo se vió en la humanidad, y el Espíritu Santo apareció en figura de paloma.

Pero ¿por qué esta revelación divina se hizo en el bautismo de Jesucristo? Porque, como dice San Pedro Crisólogo, así como las tres divinas personas concurren á la obra de nuestra creación, así también todas tres debían concurrir hoy al acto de dignación, á la institución del sacramento que nos salva; y así como entonces dijeron entre sí: *formemos al hombre*, así ahora parece que dicen: *salvémonos*. Y, en efecto, San Máximo observa también que las tres personas divinas concurren á esta grande acción reparadora, porque mientras el Hijo, dejándose bautizar en el Jordán, cumple el misterio, el Espíritu Santo santifica el Sacramento, y el Padre anuncia la verdad.

Observad también que esta manifestación sensible de la Trinidad sucedió en el mismo lugar en que las aguas del Jordán bañaron el cuerpo inmaculado del Salvador. Y de este modo se cumplió, como dicen los intérpretes, la grande institución del bautismo; porque al consentir el Señor que el agua tocase su carne divina, consagró el agua como materia del bautismo, y con la manifestación sensible de la Trinidad-Santísima designó su forma. Es verdad que el Señor no habló entonces; mas habiéndose dejado lavar con el agua bajo la aparición de la Trinidad, si no con las palabras, al menos con las obras, instituyó entonces el sacramento del bautismo; porque las instituciones se hacen, no sólo con las palabras, sino también con las obras.

Entonces fué cuando la voz de Dios se dejó oír verdaderamente sobre las aguas, y les dió la virtud regeneradora de producir la pureza de la santificación, la virtud de la gracia y la magnificencia de la caridad. Y por esto también, como nota San Pedro Crisólogo, dice el Profeta con mucha razón: «La voz de Dios, *sobre, y no bajo*, las aguas, porque Jesucristo no sirvió ni se sometió á su bautismo, sino

que mandó en él, como manda ahora, con un imperio divino, é hizo de él un sacramento.

Mas para que nada faltase á esta magnífica institución, no sólo la materia y la forma, sino también el fin de ella fué indicado sensiblemente; porque el Espíritu Santo apareció en forma de paloma, simbolo de paz y de amor, la más blanca, la más inocente, la más sencilla, la más manso y la más fecunda de todas las aves. Con esto se nos quiso dar á entender que el Espíritu Santo, que desciende á nosotros por el bautismo, nos reconcilia con Dios y nos hace amados de él, nos limpia el alma del pecado, nos vuelve puros y blancos con el candor de la inocencia, nos da el espíritu de la sencillez y de la mansedumbre cristiana, nos enriquece con el tesoro de la gracia, con el cual nos hacemos fécondos en méritos y en virtudes. Por esta razón la Iglesia y toda alma verdaderamente fiel es llamada en la Escritura la paloma amada de Dios, hermosa y bella, porque está escondida en las concavidades de la piedra, que es Jesucristo, ó sea en sus llagas amorosas, de donde maná la sangre, que la lava y la limpia en los sacramentos.

Pero mientras la paloma se posa sobre Jesucristo, el cielo se abre sobre su cabeza. Y con esto se nos ha querido dar á entender, dice San Agustín, el más grande y más precioso efecto del bautismo, á saber, aquel por el que el cielo, cerrado ya al hombre gentil, abre sus puertas al hombre que por medio del bautismo se hace cristiano, y lo constituye su candidato y su heredero. Santo Tomás añade igualmente que esta apertura del cielo, que acompañó á la institución del bautismo, significa que por el bautismo el hombre carnal y terreno se hace celestial y espiritual, y es llamado y conducido como por la mano á la posesion del cielo. El mismo Evangelista nota también que en el bautismo del Señor el cielo se abrió, no sólo sobre él, sino para él; para darnos á conocer, dice A. Lápide, que esta gracia que nos abre el cielo, no se obtiene sino por Jesucristo.

Finalmente, apenas se instituyó este sacramento, cuando comenzó su mismo Autor divino á administrarlo; porque es antigua tradición que en el mismo Jordán bautizó Jesucristo á su Santísima Madre, al mismo Bautista, y poco después á San Pedro, á Santiago, á San Juan y á los demás apóstoles; y consta del Evangelio que Jesucristo, después de haber recibido el bautismo, comenzó á bautizar, y que en su segunda ida á la Judea bautizaban sus apóstoles por él.

Y como el bautismo, según la idea que de él nos ha dado el mismo Jesucristo, es una nueva generación y un nacimiento nuevo, por eso en este día comenzó el nuevo Adán á regenerar á la vida los nue-

vos hombres, que el primer Adán había regenerado á la muerte. Comenzó á formar una familia, una descendencia de santos, en oposición á Adán, que había formado una descendencia de réprobos. Fué un profundo y admirable arcano, digno de la sabiduría de Dios, el de haber establecido, por medio del bautismo, una especie de generación espiritual, por la que se propaga la gracia de Jesucristo, como por medio de la generación carnal se propaga el pecado de Adán; por la que los mismos hombres que nacieron pecadores é hijos del demonio respecto al alma, renacen justos é hijos de Dios; finalmente, por la que en el mismo orden corporal, los que han nacido mortales y pasibles se hacen impassibles é inmortales.

Mas la grandeza, la magnificencia y la importancia de este misterio aparece más claramente aún en las luminosas figuras con que fué anunciado, las cuales tuvieron en él su cumplimiento, y que creó deber consignar aquí para que se vea cómo los dos Testamentos se dan testimonio reciprocamente; cómo el Antiguo fué, según San Pablo, una historia anticipada de los misterios del Nuevo, y cuán grande, sublime y estupenda es la economía de la religión cristiana.

Considerad en primer lugar, dice San Jerónimo, cuán antiguo y venerable es el misterio del bautismo, supuesto que el mismo Dios quiso figurarlo desde el principio del mundo. En efecto, está escrito en el Génesis, que sobre las primitivas aguas que cubrían la tierra, salida apenas de las manos del Criador, se paseaba el espíritu del Señor, no de una manera sensible, sino, según el profundo y delicado concepto de San Agustín, como el pensamiento y la voluntad del arquitecto se pasea sobre la obra de su entendimiento y de sus manos.

¡Cuán expresiva, cuán espléndida y cuán magnífica es esta figura! La tierra estaba desolada y estéril, y envuelta en profundas tinieblas; y sólo después que el Espíritu de Dios reposó sobre las aguas de la creación, fué cuando la tierra comenzó á vegetar y á producir plantas y animales. De la misma manera el mundo era un caos de delitos, se hallaba envuelto en las tinieblas de todos los errores y sólo después que el Espíritu Santo descendió á las aguas del bautismo, fué cuando éstas germinaron hijos de Dios, y plantas y frutos de todas las virtudes. La creación, pues, que tuvo principio en el Espíritu del Señor y en las aguas, fué la figura y la profecía de que del Espíritu Santo, unido á las aguas del bautismo, debía nacer la redención; porque, así como en el orden natural las aguas primitivas para nada eran buenas antes de que se uniese á ellas misteriosamente el Espíritu Santo; de la misma manera en el orden espiritual, dice San Ambro-

sio, no todas las aguas borran los pecados, sino aquella en que, por la simultanea aplicación de la forma, desciende el Espíritu Santo, y que es la que contiene la gracia de Jesucristo. Por esta razón ha dicho San Pablo, que la ablución del agua del bautismo recibe su eficacia para limpiar las almas, de la gran palabra de vida, que es la forma de que va acompañada.

Y qué significan el diluvio, el arca de madera, el cuervo y la paloma? San Ambrosio nos explica el misterio que contienen y el sacramento que figuran. La paloma que en el diluvio se apresuró á volver para llevar el gozo y la paz al arca de Noé, fué la misma paloma profética que viene en el bautismo á consolar á la Iglesia de Jesucristo. San Máximo se explica en estos términos: «Las aguas homicidas en que pereció toda la carne, me representan las aguas vivificantes del bautismo, en las que quedan ahogados y destruidos todos los delitos. San Pedro Crisólogo ha reconocido también en la antigua paloma el mismo misterio. La paloma, dice, que en tiempo de Noé anunció que había cesado el exterminio del mundo, figuró la paloma que en el bautismo de Jesucristo apareció en el Jordán y anunció que había cesado ya el eterno naufragio. Con la diferencia, dice San Ambrosio, de que la paloma del diluvio anunció paz y seguridad con el ramo de oliva que llevó en el pico, y la paloma del Jordán nos promete una eternidad feliz con el signo de la divinidad que nos manifiesta. Y cómo es posible, dice San Gregorio Nacianceno, pensar en el arca que tiene elevadas sobre las aguas las personas que contiene, y las salva del universal naufragio, sin pensar en el cuerpo santísimo de Jesucristo, verdadera arca de salvación, que al salir del Jordán dejó sepultado en él al viejo Adán, y de las aguas sacó y elevó hacia el cielo el mundo, que había naufragado?»

De la misma manera el santo caudillo Moisés, que á la sombra de la nube milagrosa en que estaba escondido el Señor, con la vara de los prodigios en la mano, descendió á las aguas del Eritreo y abrió un camino enjuto y seguro al pueblo de Israel para llegar á la tierra prometida, fué la figura de Jesucristo, que bajo la nube desde la que habló su divino Padre, ofreciéndose á la cruz, desciende hoy á las aguas del Jordán, y por ellas abre al pueblo cristiano un camino fácil y seguro para el cielo. San Pablo ha dicho igualmente que en aquel milagroso pasaje la nube fué la forma, las aguas del mar la materia, y Moisés el ministro por quien fueron bautizados entonces los hebreos con un bautismo misterioso y profético, cuyo cumplimiento y cuya realidad es el bautismo instituido hoy por Jesucristo.

Josué, figura fiel de Jesús aun en el nombre, figuró igualmente el

misterio de que tratamos. En el arca del Testamento, colocada en medio del Jordán, y en las aguas que por una parte se retiraban hacia su nacimiento, y por la otra se precipitaban en el mar, dejando seco el lecho del río al pueblo hebreo, es imposible dejar de ver retratado por la mano de Dios el misterio de hoy, por el que á Jesucristo, con su santísimo cuerpo, verdadera arca del Testamento, que contiene, no las tablas de la ley, sino al mismo Legislador, en la orilla de este mismo Jordán, por medio del bautismo que en él instituye, divide el torrente de la iniquidad del mundo, perdonando á unos y condenando á otros; y abre el camino que conduce al pueblo cristiano á la Cananea celestial. Y con tanta más razón, cuanto que el bautismo de Jesucristo tuvo lugar, como hemos observado ya, no sólo en el mismo río, sino en el mismo sitio en que Josué obró el prodigio profético del prodigio, todavía mayor, que obró después Jesucristo.

Finalmente, en la historia de Naamán, rey de Siria, fué figurado y anunciado también el misterio del bautismo. Cuando aquel orgulloso gentil fué aconsejado por el profeta Eliseo que se lavase siete veces en el Jordán, y se vería limpio de la asquerosa lepra de que estaba cubierto, se creyó al pronto burlado por lo fútil de un remedio tal. ¿Pues qué, decía él, no son mejores para lavarse los ríos de la Siria? Necio, le dice San Ambrosio, el agua del Jordán nada tiene de común con la de los demás ríos. Ella es un agua misteriosa y profética, porque un día será santificada con el baño del Dios hecho hombre. Por consiguiente, no por una cualidad especial de las aguas del Jordán, sino por la virtud y por los méritos de este baño divino, que te serán aplicados anticipadamente, recobrarás tu salud. Al fin Naamán tuvo la suerte de consentir en lavarse en el Jordán, y quedando al momento sano y limpio de la lepra del cuerpo, comprendió y figuró desde entonces que no toda agua es buena para curar la lepra del alma, sino sólo la del Jordán; es decir, la del bautismo, instituido en el Jordán; y que el prodigio de borrar el pecado no lo produce el agua, sino la gracia que está unida á ella.

Pero ¿quién indujo al vano y soberbio Naamán á recibir el baño milagroso? Según el texto sagrado, fué la más joven de sus esclavas, dedicada al servicio de la consorte del Rey. Esta sabia doncella, dice San Ambrosio, fué una figura de la verdadera Iglesia, que, aun cuando sierva también al principio, y sujeta en el orden temporal á los monarcas idólatras, con su predicación y con sus consejos persuadió á sus mismos orgullosos señores y á sus pueblos supersticiosos y vanos para que escuchasen las palabras proféticas de Jesucristo, de que el que cree y se bautiza se salvará. Felices nosotros, que por los cui-

dados de esta tierra madre, la Iglesia, hemos recibido el baño saludable que ha destruido en nosotros la lepra del pecado, y nos ha regenerado á la verdadera salud, á la gracia y á la vida de Jesucristo; sobre lo que me quedan que hacer dos solas reflexiones.

Se refiere en el Génesis que, apiadado Dios del estado de confusión y de dolor en que cayeron nuestros primeros padres por causa de su desnudez, después del pecado, les formó unas túnicas de pieles de corderos, y con ellas los vistió el mismo piadoso Señor. Este rasgo de la divina misericordia, según la opinión de los padres, fué misterioso y profético. Con él quiso significar desde entonces el Señor que un día serían los hombres cubiertos, de la horrible desnudez de las almas, con las pieles del Cordero de Dios, con los méritos y con la gracia, fruto de la muerte y de la sangre de Jesucristo. Esta luminosa y espléndida profecía, dice San Pablo, se cumple en nosotros en el bautismo, porque por medio de este sacramento nos vestimos de Jesucristo. Y no sólo nos vestimos de sus privilegios y de sus gracias, sino también de su misma carne y de su misma sangre; y por consiguiente, nos hacemos carne de su carne y miembros de sus miembros. Por consiguiente, debemos tener el mayor cuidado en mantener puro nuestro cuerpo, santificado por una unión tan íntima con el cuerpo del Señor.

Por esta razón San Pablo se llena de santa indignación al pensar que un cristiano se abandone á la lascivia, y grita y fulmina su anatema contra esta indigna prostitución del carácter y de la santidad del Cristianismo, y á todo acto de impureza del cristiano lo llama una profanación sacrilega de los miembros mismos de Jesucristo.

En segundo lugar, por el bautismo, no sólo formamos parte del cuerpo de Jesucristo cada uno de nosotros, sino que todos los bautizados formamos, añade San Pablo, como un solo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo. Por consiguiente, la manera más propia de honrar en nosotros un misterio tan grande es, dice San Cipriano, mantenernos unidos con una unidad perfecta de amor, como estamos unidos en un mismo sacramento, y que siendo hijos de la misma Iglesia, conservemos cuidadosamente la armonía perfecta que reina entre los miembros de un mismo cuerpo. De este modo cumpliremos toda justicia, como Jesucristo nos lo dijo al recibir su bautismo y como nosotros también hemos prometido al recibir el nuestro, á fin de alcanzar algún día el premio eterno en la gloria. *Amén.*

JESUCRISTO AMABLE POR EXCELENCIA

Hic est Filius unicus dilectus in quo mihi complacuit.
Este es mi hijo el amado, en quien me he complacido.

(S. MATEO, c. 3, v. 17.)

El conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, es la justicia consumada, el fundamento y la perfección de la sabiduría cristiana y la vida bienaventurada y eterna, según nos lo enseñan las Santas Escrituras. Pero por desgracia sucede entre nosotros, aquello mismo de que se quejaba San Pablo, hablando á los judíos recién convertidos: que debiendo ser maestros, según el tiempo, esto es, atendidas las proporciones que hemos tenido y tenemos en la Iglesia; debiendo ser maestros en el conocimiento de Jesucristo, nos hallamos en el principio de esta ciencia, que necesitamos nos enseñen sus primeros rudimentos, incapaces aun de oír hablar de los profundos arcanos de la plenitud, de la sabiduría y ciencia de Dios, que están encerrados en Jesucristo. Por eso, es necesario alimentarnos con leche de doctrina sencilla y fácil de comprender, mis amados hermanos; pero con leche racional y sólida, como lo hacia aquel Apóstol cuando decía á los corintios: Nosotros predicamos á Jesucristo crucificado; así es, como siguiendo esta doctrina del Apóstol, vengo yo á predicaros del mismo asunto, para lo cual, me ofrece oportuna ocasión el Evangelio.

En él se nos refiere el bautismo de nuestro Señor Jesucristo en el Jordán, y como después del mismo, al subir de las aguas Jesús, se abrieron los cielos y vió al Espíritu Santo que descendía como paloma y que venía sobre él, y entónces se oyó una voz de los cielos que decía: *este es mi Hijo el amado, en quien me he complacido.*

Un testimonio tan auténtico del Eterno Padre, dado con tanta majestad, me convida á que yo os hable también de este Hijo amado, objeto eterno de las complacencias de Dios Padre. Así es que, no os

lo presentaré, precisamente, bajo alguno de los muchos respectos que tiene con nosotros como Redentor, de Maestro, Padre, Salvador ó de otros: seguiré sólo esta misma cualidad con que nos lo presenta su Padre eterno, de amado. Y explicándoos el derecho de esta propiedad en Jesucristo, procuraré, bajo este aspecto, abrazar lo principal que debemos saber de nuestro Redentor, proponiéndole hoy como el amable por excelencia. Ayudadme, hermanos míos, á pedir la gracia por medio de la Virgen Santísima. *Ave María.*

Lo que hace amable solidamente á un hombre no son sus prendas personales de belleza y gracia, que ni simpatizan con todos los gustos, ni son estables ni permanentes: no las prendas de su entendimiento, que por lo común no interesan á los demás hombres; sino las cualidades buenas de su corazón, y no las accidentales y variables, sino las permanentes y duraderas, que forman lo que llamamos carácter amable ó bella índole de un sujeto. El carácter de Jesucristo consistía en la mansedumbre, en la humildad, en su amor á los hombres. Fué manso, humilde y sobremanera amante del género humano, y poseyó estas excelentes cualidades en grado tan eminente, que cuando las contemplan en él sus mismos enemigos, se ven como forzados á amarle, y á confesar que fué el hombre más digno del amor de sus semejantes. Veamos cada una de estas cualidades en Jesucristo.

Una de las cualidades que nos interesan más en un hombre, es que sepa disimular nuestras flaquezas, sobrellevar nuestras impertinencias y los disgustos que le ocasionamos con vuestras genialidades, perdonar los agravios que le hacemos; y cuando lo hace todo esto con dulzura acomodándose á nuestra debilidad, á nuestro genio, y atemperándose en cuanto le es dable á nuestro carácter; entonces cautiva sin recurso nuestra voluntad toda entera. Esta es la mansedumbre: cualidad que tuvo Jesús con sus discípulos, con los pecadores, con sus enemigos, en grado tan sublime que pudo proponerse á sí mismo como modelo el más perfecto de ella: *Discite á me quia mitis sum.*

¡Cuánta fué la mansedumbre de Jesús para con sus discípulos, hombres rudos, incrédulos, celosos de la más leve señal de preferencia, duros, tímidos unas veces, otras arrojados inoportunamente! Repitiéndoles siempre una misma doctrina, cada vez la entendían peor; á pesar de los milagros que habían presenciado no podían comprender su divinidad; apenas daba á alguno la más leve señal de amor especial, cuando se ponían los demás en asechanza y manifes-

taban su emulación; prontos á tomar venganza de los agravios, y empeñados en conservar á su Maestro cierta aureola de grave autoridad por la que á ellos les resultaba; luego que su Maestro se veía en peligro, corrían á esconderse, ó si tratan de defenderlo, es para echarlo más á perder. Tales se pintan ellos mismos con candor inimitable en los Evangelios. Pero ¡cuánta es la mansedumbre de Jesús para con estos hombres! Felipe, ¿es posible que después de tanto tiempo como me tratáis, no me hayáis conocido todavía? Y si alguna vez como que se fatiga al ver su torpeza de entendimiento, al punto suaviza sus reconvenciones con caricias y favores dulcísimas, como lo hizo con los discípulos de Emaús. Llama á Tomás el incrédulo, le toma la mano, é introduciéndose la amorosísimamente en su costado, le dice sólo que crea por lo mismo que está palpando. ¡Cómo aquieta las quejas de envidia que solían suscitarse entre ellos! ¡Con qué suavidad y eficacia, poniéndose él en el último lugar para separarlos de sus pretensiones á los primeros! ¡Queréis vosotros pedir fuego del cielo para vengar los desprecios que se me hacen? les dice para contener su venganza. ¡No sabéis que mi espíritu es todo de caridad, y que no he venido á perder sino á salvar los hombres? Dejad esos parvulitos que se lleguen á mí; y los abraza y los besa y bendice, para persuadir á los apóstoles, que los apartaban, que no era su ministerio de vanidad y pompa, sino de llaneza y de amor. Busca resucitado á los mismos que en el huerto le abandonaron cobardes; y no los busca para zaherirles su pusilanimidad, sino para consolarlos amorosamente y dilatar su espíritu oprimido por la pasada tribulación. Pues ¿cuánto enamora aquel decir á Pedro, cuando la echaba de valiente: qué es lo que dices, Pedro? no cantará dos veces el gallo, sin que tú me hayas negado tres esta noche; y aquel sosegarlo en el huerto mandándole envainar el acero, y aquella divina mirada elocuente además, que tantas lágrimas hizo derramar al apóstol incauto?

Pero ¿qué iguala á la mansedumbre de Jesús con los pecadores? ¡Qué tiernas que son las parábolas con que nos explica, cómo los perdona y recibe por sus amigos! Llamase Pastor, que dejando noventa y nueve ovejas en su rebaño busca la extraviada, y condolido de su fatiga la pone en sus hombros y la reduce cariñoso al aprisco. Llamase Padre, que al hijo pródigo abandonado y envilecido, apenas trata de volver á su casa lleno de confusión y rubor, cuando le sale al encuentro solícito, le echa los brazos al cuello enternecido, lo abraza, lo... ¡Oh Jesús amable! ¡cuando pudo la tolerante y filantrópica filosofía de este siglo soñar siquiera en sus novelas una imagen más sencilla y sublime de humanidad! La mansedumbre de Jesús con los

pecadores correspondió siempre á lo que nos enseñaba en estas parábolas: ¡Con qué amor recibe á la Magdalena en casa de Simón! ¡Cómo la defiende de la maledicencia de aquel fariseo! Quiere más bien Jesús sufrir su crítica mordaz, que espantar á aquella penitente humillada apartándola de sí con una austeridad importuna. Le dirá que no le toque siquiera después de resneado, cuando conozca ya María la mansedumbre de su Maestro, y no extrañe por consiguiente aquella amorosa repulsa; mas cuando viene cargada de delitos, llena de dolor y de confusión, no es tiempo sino de alentarla y dejar que desahogue su corazón contrito y humillado. Acordémonos del caso de la mujer adúltera, en que quisieron comprometer los escribas la mansedumbre invencible de Jesús, obligándolo á que pronunciase la condenación de aquella infeliz delincuente. Pero no había venido Jesús á condenar á los hombres, sino á salvar á los pecadores, y para libertar á esta acusada, convencida ya de adulterio, manda que se lleve á efecto la pena de la ley, tirándole la primera piedra aquel testigo que tuviese su conciencia libre del mismo ó de otros mas graves delitos: recurso delicado y justo, que sin perjudicar á las leyes, dejó confusos á los acusadores, y en libertad á la culpada, que esperaba el suplicio último por momentos, y volviéndose á ella le dice: «Mujer, nadie te ha condenado, ni yo tampoco te condenaré; vé en paz, y no vuelvas más á pecar.» Pendiente ya de la cruz y cercano á la muerte, en las aflicciones de la agonía; apenas le invoca el ladrón, cuando le abre las puertas del Paraíso.

Mas por atroces que fueran las injurias que padeció Jesús de sus enemigos, todas las superó con su mansedumbre, manifestando siempre mas dulzura cuando más se empeñaban en ofenderle. ¿Quién podrá comprender su mansedumbre con el traidor Judas y con los que le pusieron en el madero de la cruz? Cada vez que leemos con reflexión aquel: Amigo ¿á que has venido? y aquellas otras palabras: Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen; es menester ser fieras para no enternecerse, para no amar aquella mansedumbre divina. Habíale crucificado ya, y apurando todos los medios de desesperarle, se presentan delante de Jesús haciéndole visajes y muecas de burla, y desafiándole le decían: «¿si eres Hijo de Dios, sáltate de esos clavos, bájate de esa cruz donde te hemos puesto.» ¿Puede ponerse en conflicto mas estrecho la mansedumbre de una criatura? Jesús, que podia llenarlos de confusión, hacer llover fuego del cielo, como hizo Eliseo con motivo mucho menor, levanta amoroso los ojos al cielo, y pide á su Padre perdón á aquellos infelices, que no saben lo que se están diciendo ni lo que hacen. ¡Oh Jesús mansísimo!

¡Con cuánta razón estaba escrito de vos, que iriais al sacrificio como una ovejita, sin abrir vuestros labios, como el corderillo que no bala mientras le trasquilan! Tu mansedumbre admiró á todos tus enemigos; no pudo el infierno con desesperada rabia y furor inaudito inventar injurias y ofensas que tú no vencieses con tu mansedumbre infinita.

Esta mansedumbre bastaba para hacer amable á Jesús; pero no es esta sola la cualidad característica que lo hace acreedor á que le amemos: es también Jesús amable por su humildad. Que los hombres se hagan amables por la humildad, es cosa tan clara como manifiesta el trato del mundo, donde para darse á querer usan del artificio de encubrir su amor propio bajo el manto de una humildad fingida. Y si solo unas apariencias de humildad captan la benevolencia de los incautos, ¡cuán amable será Jesús, el mas humilde de todos los hombres, así exterior como interiormente!

Nace el Verbo del Padre de padres pobres en un establo, y es reclinado en un pesebre; huye á Egipto, y pasa después el resto de su vida en el obrador de José, sin parecer sino hijo de un carpintero que ayuda á su padre de oficial. Este silencio, esta humildad tan sencilla, tan natural que no parece humildad, en quien era la eterna sabiduría, es amable sobremedera. Porque si cuando vemos al mérito cubierto de modestia, acompañado de candor, puesto en situación ó estado inferior al que se le debe, pero contento en él, nuestro amor pasa como á admiración de la persona en quien hallamos reñidas todas estas circunstancias, ¿qué amor no concebiremos á Jesús viéndolo sencillamente ocupado en su taller, sin dar ni un indicio de lo que era, ni dar á entender tampoco que lo ocultaba? Que si pasamos al tiempo restante de su vida, veremos mayores y mayores portentos de humildad. Nunca tuvo en la tierra sitio que fuese suyo donde reclinarse su cabeza; nunca basó á los grandes y poderosos; solo fué á sus casas llamado de ellos; siempre se acompañó con pobres pescadores y otras gentes ignorantes y despreciables á los ojos del mundo. Y todavía nos quieren hacer creer ciertos espíritus débiles de nuestros días, que la religión que fundió Jesús con sus discípulos fué un complot, una conspiración filosófica, un sistema simbólico de astronomía. No dijeron otro tanto los enemigos de su doctrina que le tenían á la vista; antes bien le daban en cara que, siendo un pobre oficial de carpintería, se metiese á maestro, sin haber estudiado ni aun en los colegios de los judíos. Pero, ¿qué hemos de hacer? ahora es moda impugnar el cristianismo por este rumbo, tenga ó no fundamento; ello es que alucina á muchos, y esto le basta al enemigo de

nuestra salvación. Después de haber dado Jesús otras mil pruebas de su humildad en el discurso de su predicación, las coronó todas en el cenáculo con aquella acción asombrosa que llenó de admiración á los ángeles, y de pavor y espanto á sus mismos discípulos. Hablo de la acción de lavarles los pies la víspera de su pasión sacrosanta, con aquellas benditas manos en las que el Padre había puesto todo el universo. Pasemos de aquí á su pasión; pero en ella veamos su humildad interior.

Para comprender la humildad interior de Jesús en su pasión, debemos contemplar de una parte que este Hombre-Dios era la inocencia, la justicia y la santidad misma, y de otra considerarlo cargado de todos los pecados de los hombres; hecho el oprobio y escoria de la plebe; maldito y execrable á los ojos de su pueblo; objeto de toda la ira y furor de un Dios ofendido. Tomar sobre sí las iniquidades de todos nosotros, y tomarlas tan á pecho y hacerlas suyas de tal manera, que á él solo se le imputasen, y todas se castigasen en su persona, como si no hubiese otro pecador que él, es humildad incomprendible, que nunca puede ser amada y agradecida debidamente por nosotros. Para entenderla en algún modo, usaré de una comparación. Figúraos que nuestro príncipe quisiese interceder á favor de unos delinquentes; y que para satisfacer á la majestad del rey ofendida tomase á su cargo pagar las penas merecidas por los delitos de ellos; para este efecto, con orden de su padre, se traslada al pueblo donde están los culpados presos, se presenta al juez, que en virtud de las ordenes del monarca da libertad á los reos, y pone en la cárcel al príncipe incógnito, á quien desde entonces se le imputan todos los delitos de los ya libertados, y por ellos se le sigue su causa, que sube hasta el trono; y el rey su padre pone una sentencia la más rigurosa y severa, pero la más justa que se podía esperar, la cual se ejecuta con el mayor rigor y encarnizamiento. Pues esto, que casi no podemos concebir posible, es una débil sombra de lo que por nosotros se abatió Jesucristo; y esto y mucho más quieren decir aquellas profundas palabras del apóstol San Pablo: Que el eterno Padre hizo víctima del pecado á aquel que no lo había conocido, á fin de que nosotros fuésemos justificados de Dios en el mismo Jesús; que es otro efecto de su humildad, que prueba también su amor inmenso á los hombres; porque como trasladó á sí los pecados de todos los hombres, al mismo modo trasladó á nosotros y puso en nuestras almas su inocencia, su justicia, su santidad. Nuestros pecados le volvieron tan horrorosamente desfigurado, que al contemplarse á sí mismo comenzó á sudar sangre con mortal agonía; y en la cruz, al descargar su Padre

sobre el último golpe, no pudiendo ya sufrir la fealdad de nuestras iniquidades, exclamó con indecible congoja, quejándose amorosamente á su Padre con aquellas palabras del salmo: Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has desamparado? mis pecados, míos, porque los he tomado á mi cargo, me apartan de la salud que podría esperar de vuestra misericordia. Palabras asombrosas que pruebañ hasta qué punto se humilló Jesús por nosotros en su pasión.

Pero, ¿queréis otras pruebas más sensibles del amor de Jesús á los hombres? Id repasando una por una todas, todas las acciones de su vida, empleada en hacer bien, y ellas nos manifestarán cuanto nos amó. Allí veréis su tierna compasión con los afligidos, su bondad incansable en remediar á los necesitados, en sanar á los enfermos; en aliviar todo género de males humanos. Mas para conocer el amor de Jesús á los hombres, comparámoslo, aunque rápidamente, con aquellos que se han llamado bienhechores del género humano. Yo soy, dice el mismo, el Pastor bueno: el buen pastor da su vida por sus ovejas; pero el mercenario, que no es el dueño ni pastor propio, ve al lobo venir y deja las ovejas y huye, y el lobo devora unas, dispersando todo el rebaño. Ved aquí la diferencia de Jesucristo á los demás hombres celebrados por su amor á sus semejantes. Ordinariamente se necesita poco para engañarnos; fácilmente nos alucinamos y corremos en pos de los que han tenido elocuencia y habilidad para persuadirnos de que nos harán felices; así lo prometían los sabios de la Grecia; así lo prometieron los tiranos y los conquistadores; así nos lo han prometido los señores filósofos de nuestros tiempos; pero ¡ay! ¡cuán terribles escarmentos ha sufrido el género humano! ¡Ojalá con ellos se hubiera desengañado! ¡ojalá hubiera llegado á conocer que todos estos embaucadores son mercenarios, que sólo tratan de labrar el odioso treno de su grandeza sobre las ruinas de sus hermanos, de trasquiluar y ordeñar el rebaño para utilizarse de las ovejas, sin cuidarse de la felicidad de las mismas; conducta, por cierto, totalmente contraria á la de Jesucristo, verdadero Pastor de nuestras almas, quien dió su vida, á fin de que sus ovejas tuvieran verdadera y eterna vida. Ved qué pruebas nos dió de su amor en los últimos días de su vida, cuando estando para separarse de nosotros corporalmente, se avivó hasta lo sumo aquel fuego que abrasaba su pecho: instituyó el sacramento adorable de su amor, para que le tuviésemos siempre en nuestra compañía; prometió su Espíritu consolador, que nos había de fortalecer en su ausencia; consoló con palabras tiernísimas á sus apóstoles tristes, al verle próximo á su pasión; les aseguró les sería concedido cuanto pidiesen al Padre en su nombre; y como enajenado de

amor vuelve la palabra á su Padre y le pide que los haga á todos sus escogidos una misma cosa con él, á la manera que él con su Padre eran una misma cosa entre sí. ¡Con cuánto ardor deseaba el momento de comenzar á padecer por nosotros! ¡Con qué arte contuvo, en cuanto era posible, los alívios que su divinidad podía proporcionarle en su pasión! ¡Con qué estudio ocultó todo cuanto pudiera haber mitigado el insaciable furor de sus enemigos! ¡Cómo fué apurando uno por uno todos los modos de padecer, é hizo que juntos se empujasen unos á otros, sin dejarle un momento siquiera de desahogo; amigos y enemigos, propios y extraños le niegan, le venden, le arusan, le hablan y le condenan. Su sabiduría es tratada de locura, su santidad de hipocresía, su doctrina de seducción, sus beneficios de engaños. Prisión cruelísima, atroces bofetadas y burlas, azotes, corona de espinas, y sobre todo, desnudez vergonzosa y muerte de cruz, donde desgarrados los pies y las manos, desollado y ensangrentado todo su cuerpo, rotos sus delicados nervios; en medio de las más dolorosas convulsiones, dice que aun quiere padecer más por nuestro amor: amor incomprensible, cuándo le conoceremos nosotros, para corresponderte á la manera que nos sea dable! Ni penséis que resucitado Jesús ame menos á los hombres que antes, ni que el nuevo estado de gloria haya entibiado su fina amistad. Él trata á sus apóstoles tan familiarmente como cuando vivía en carne mortal; come y bebe con ellos; les fortalece, les enseña, y al subir á los cielos se despide diciéndoles: usubo á mi Padre y al vuestro, á mi Dios y á vuestro Dios; con lo que les asegura que son sus hermanos, que los reconoce y reconocerá como tales, todos hijos de un mismo Padre, hijos todos de un mismo Dios.

Tales y tan amables prendas formaron el carácter de Jesucristo, el carácter más amable que puede idear el entendimiento humano; y por lo tanto Jesús es el objeto más digno de todo nuestro amor. Sea, hermanos míos, el amor divino el que nos una con Cristo en esta vida para estar unidos con él algún día eternamente en la gloria. Amén.

JESUCRISTO AMABLE POR EXCELENCIA

Hic est Filius meus dilectus in quo mihi complacui.
Este es mi hijo el amado, en quien me he complacido.

(S. MATEO, c. 3, v. 17.)

Naturalmente ama el corazón humano, hermanos míos, lo que le causa placer y deleite: esto vemos hasta en los animales, á los cuales se lleva adonde se quiere con el atractivo del placer. Si muestras un ramo verde á una ovejita se viene tras de tí, dice San Agustín; si enseñas al niño en tu mano el dulce, corre presuroso á tus brazos; en una palabra, cuanto halaga nuestros sentidos deleitándonos, nuevo dulcemente hacia si nuestra voluntad. Y ¿por ventura el Autor de nuestra naturaleza habrá así ofrecido tantos placeres á los sentidos, para que guíasen al hombre en su conservación material y para su recreo, y no habrá reservado al alma, substancia superior al cuerpo, placeres de otra clase más alta, que la enseñen y coaduzcan sin hacerla violencia hacia su verdadera felicidad? No vemos la verdad, la justicia, la bienaventuranza, la vida eterna; pero ¿hay hombre que no corra en pos de ellas, y no digo en pos de ellas, sino aun en pos de la sombra ó apariencia de cualquiera de ellas? Ni hay hombre que no las ame, ni hay cosas que más amen todos los hombres. Ni hay otro que reúna en si tan amables prendas, y que sea la fuente, digámoslo así, y el manantial siempre puro y abundante de donde puedan correr hacia nosotros, sino Jesucristo. Es pues Jesucristo la cosa más amable: lo primero, por lo que es en sí; y lo segundo, por lo que es para nosotros.

Esta es la idea que vengo á exponeros. Ave María.

Aunque sea cosa la más alta y sublime, hermanos míos, el conocer lo que es Jesucristo, todavía podemos apreciar algo de su belleza por la hermosura de estas cosas sensibles. Jesucristo es el principio de

amor vuelve la palabra á su Padre y le pide que los haga á todos sus escogidos una misma cosa con él, á la manera que él con su Padre eran una misma cosa entre sí. ¡Con cuánto ardor deseaba el momento de comenzar á padecer por nosotros! ¡Con qué arte contuvo, en cuanto era posible, los alívios que su divinidad podía proporcionarle en su pasión! ¡Con qué estudio ocultó todo cuanto pudiera haber mitigado el insaciable furor de sus enemigos! ¡Cómo fué apurando uno por uno todos los modos de padecer, é hizo que juntos se empusasen unos á otros, sin dejarle un momento siquiera de desahogo; amigos y enemigos, propios y extraños le niegan, le venden, le arusan, le hablan y le condenan. Su sabiduría es tratada de locura, su santidad de hipocresía, su doctrina de seducción, sus beneficios de engaños. Prisión cruelísima, atroces bofetadas y burlas, azotes, corona de espinas, y sobre todo, desnudez vergonzosa y muerte de cruz, donde desgarrados los pies y las manos, desollado y ensangrentado todo su cuerpo, rotos sus delicados nervios; en medio de las más dolorosas convulsiones, dice que aun quiere padecer más por nuestro amor: amor incomprensible, cuándo le conoceremos nosotros, para corresponderte á la manera que nos sea dable! Ni penséis que resucitado Jesús ame menos á los hombres que antes, ni que el nuevo estado de gloria haya entibado su fina amistad. Él trata á sus apóstoles tan familiarmente como cuando vivía en carne mortal; come y bebe con ellos; les fortalece, les enseña, y al subir á los cielos se despide diciéndoles: usho á mi Padre y al vuestro, á mi Dios y á vuestro Dios; con lo que les asegura que son sus hermanos, que los reconoce y reconocerá como tales, todos hijos de un mismo Padre, hijos todos de un mismo Dios.

Tales y tan amables prendas formaron el carácter de Jesucristo, el carácter más amable que puede idear el entendimiento humano; y por lo tanto Jesús es el objeto más digno de todo nuestro amor. Sea, hermanos míos, el amor divino el que nos una con Cristo en esta vida para estar unidos con él algún día eternamente en la gloria. Amén.

JESUCRISTO AMABLE POR EXCELENCIA

Hic est Filius meus dilectus in quo mihi complacui.
Este es mi hijo el amado, en quien me he complacido.

(S. MATEO, c. 3, v. 17.)

Naturalmente ama el corazón humano, hermanos míos, lo que le causa placer y deleite: esto vemos hasta en los animales, á los cuales se lleva adonde se quiere con el atractivo del placer. Si muestras un ramo verde á una ovejita se viene tras de tí, dice San Agustín; si enseñas al niño en tu mano el dulce, corre presuroso á tus brazos; en una palabra, cuanto halaga nuestros sentidos deleitándonos, nuevo dulcemente hacia si nuestra voluntad. Y ¿por ventura el Autor de nuestra naturaleza habrá así ofrecido tantos placeres á los sentidos, para que guíasen al hombre en su conservación material y para su recreo, y no habrá reservado al alma, substancia superior al cuerpo, placeres de otra clase más alta, que la enseñen y coaduzcan sin hacerla violencia hacia su verdadera felicidad? No vemos la verdad, la justicia, la bienaventuranza, la vida eterna; pero ¿hay hombre que no corra en pos de ellas, y no digo en pos de ellas, sino aun en pos de la sombra ó apariencia de cualquiera de ellas? Ni hay hombre que no las ame, ni hay cosas que más amen todos los hombres. Ni hay otro que reúna en si tan amables prendas, y que sea la fuente, digámoslo así, y el manantial siempre puro y abundante de donde puedan correr hacia nosotros, sino Jesucristo. Es pues Jesucristo la cosa más amable: lo primero, por lo que es en sí; y lo segundo, por lo que es para nosotros.

Esta es la idea que vengo á exponeros. Ave María.

Aunque sea cosa la más alta y sublime, hermanos míos, el conocer lo que es Jesucristo, todavía podemos apreciar algo de su belleza por la hermosura de estas cosas sensibles. Jesucristo es el principio de

todas ellas, todas están en él, todas fueron criadas por él y para él, y él es el fin y la perfección, y como la gloria de todo el universo. Antes que existiera, estaba todo en Jesucristo como está la casa, ó la estatua, ó la pintura en el entendimiento del arquitecto, del escultor y del pintor; y al dar á luz todo lo criado, no hizo más que figurar como jugando, según la expresión de la Escritura, en la materia ruda é informe cuantas bellezas vemos en el cielo y sobre la tierra. Admirados los ángeles en la madrugada del mundo, cantaban himnos de alabanza dulcísimos á la sabiduría increada de cuyas manos veían salir esos soles eminentísimos y resplandecientes que todavía no han alterado la inmensa carrera que entonces les señaló su mano; ya viéndole echar tan á nivel el plomo para fijar los cimientos de este globo, que no se ha desmentido ni una línea de su primer asiento; ya ciñendo esos mares con linderos insuperables, y oyendo de su boca aquel precepto: haced aquí, llegaras, sin pasar adelante; en esas playas se romperán tus hinchadas olas: *Usque huc venies, et non procedes amplius, et hic confringes timentes fluctus tuos*; ya viendo esmaltar los prados con yerbas y flores, poblar los montes y valles con árboles que dan al hombre y á los animales recreo con sus aromas, alegría con sus colores, frescura con su sombra, alimento con sus frutos, y todo género de auxilios y medicinas con sus maderas y demás productos; ya en fin viéndole poblar el aire, las aguas y la tierra de tantas especies de animales, admirables por su variedad, por su estructura, por su industria y por sus destinos. ¡Cuánto embelesaría ver á un Apéles, á un Rafael, trazando con maestría y soltura en el mármol ó lienzo esas formas que después de tantos años ó siglos son la admiración y el pasmo de cuantos las contemplan! Pues ¿cuál sería el júbilo de los ángeles al contemplar á la sabiduría eterna, al Verbo de Dios, formando este universo?

El lo dijo, y todas las cosas tuvieron ser; ello mandó, y todas las cosas salieron al imperio de su voz del abismo de la nada; con ellas fabricó este templo augusto, digno de su majestad y grandeza, que había de ser como carroza real donde había de habitar hecho hombre. Dijenos la santa Escritura en el libro de los Cantares, que el rey Salomón hizo para sí una litera ó carroza de cedro del Líbano, cuya cubierta estaba sostenida en columnas de plata, y el reclinatorio ó asiento era de oro, y las colgaduras de púrpura, y en medio puso el amor de las hijas de Jerusalén. Y ¿qué otra cosa es esta litera, sino este universo cuyo centro es el mismo Jesucristo, que aquí se llama el amor de las almas? Donde así como todas las cosas sirven para ministerio del hombre, así el mismo hombre, y todos los hombres y án-

geles, sirven para el ministerio de Jesucristo. Así que, los cielos y astros fecundan la tierra; y la tierra produce las plantas, y las plantas mantienen á los animales, los animales sirven y obedecen al hombre, y el hombre, y el ángel, y todo lo criado rinde homenaje á Cristo. Los siglos que corren desde la creación hasta hoy, y los que han de correrse hasta la consumación de los tiempos; y la serie de los sucesos que ha visto y le queda que ver al mundo; la fundación y trastorno de los imperios; la exaltación y abatimiento de los soberbios; la prosperidad y el castigo de los malos; las persecuciones y los triunfos de los buenos; toda esa cadena de acontecimientos, al parecer desordenados ó casuales, forman con los armoniosos movimientos de las criaturas irracionales é insensibles un himno no interrumpido de gloria y alabanza que va de concierto con los que cantaban desde el principio de su ser coros de innumerables espíritus purísimos en el cielo en obsequio de Cristo.

Por Jesucristo solo fueron criados los siglos, como dice San Pablo, y por eso se llama el mismo en el Apocalipsis *Alfa y Omega*, esto es, principio y fin de todas las cosas. Y si todas ellas quedaron en cierto modo desconcertadas, y como si dijéramos, sacadas de quicio y fuera de lugar por el primer pecado, por el cual, así como el hombre se rebeló contra Dios, así todas las demás criaturas se rebelaron contra el hombre, y las que le sirven diríase que lo hacen por pura fuerza, y sólo por la esperanza de verse libres de esta esclavitud en que las tiene el hombre pecador, haciéndolas tributarias de sus vanidades. Jesucristo, dice San Pablo, las ha de reconciliar todas por sí mismo, volviéndolas á su orden primero, y pacificando así toda esta lucha continua y tristísima que las trae desasosegadas y miserables: *Pacificans sive que in terra, sive que in caelis sunt*. Por eso todas ellas, añade el Apostol, gimen, y á manera de la mujer que está de parto, suspiran por el momento en que ha de manifestarse en toda la plenitud de su gloria Jesucristo. El cual, como un arquitecto sabio y poderoso, reformará su obra afeada por el pecado, volviéndole la gala primera y la hermosura con que salió de sus manos, cuando después de haber puesto bajo de sus pies á todos sus enemigos, después de vencido y ligado para siempre el demonio, y destruido el pecado y la muerte, entregue á su Padre el imperio tranquilo y absoluto de todas las cosas; para que ya sea Dios todo en todas y en cada una de ellas. Entonces serán aquellos cielos nuevos y tierra nueva que esperamos, según sus promesas; y formará el mundo aquella santa ciudad de Jerusalén, que ya vio San Juan tan adornada y bella como esposa en el día de las bodas, templo del Cor-

dero, que es Jesucristo, donde habitará para siempre con sus escogidos.

Mas á pesar de estas grandes y hermosas imágenes que nos ofrecen los libros santos, para hacernos formar idea de la amabilidad de Jesucristo, considerado como Dios y Verbo del Padre, nuestro entendimiento apenas divisa algunos débiles reflejos de tanta grandeza, y por eso para arrebatar con más fuerza nuestro corazón á su amor, quiso hacerse hombre, presentándose á nuestros sentidos, bajo el velo de nuestra naturaleza, como el hombre más amable entre todos los hijos de los hombres. Y á la verdad, no tratando ahora de otras muchas prendas que hicieron amable á este Dios hombre, su carácter solo, cual nos lo pintan sus discípulos y el mismo Jesús, lo hace amable sobremanera; ni puede leerse su vida sin quedar dulcemente enamorado de él. Aprended, decía á sus discípulos, de mí, que soy manso y humilde de corazón. Era el tesoro de la sabiduría de Dios, tenía en sus manos la omnipotencia de su Padre, y si hubiera querido, hubiera hecho callar á todos sus enemigos, se habria hecho obedecer de todas las criaturas, y á su presencia habria hecho huir el cielo y la tierra; pero el que hizo caer en tierra con un solo *Yo soy* á los soldados del fiero; el que mandó á los vientos y al mar que callasen, y callaron; aquel en cuya muerte se cubrieron de luto los cielos, y el mundo entero se quejó de quebranto, fué un hombre manso y humilde de corazón. Ya habia dicho Isaías de él, que no seria vociferero, adusto ni turbulento, que no troncharia la caña cascada ni apagaría la estopa humeante, para darnos á entender la suavidad y dulzura de su carácter manso y humilde de corazón: de corazón, y no de palabra; de corazón, y no con hipocresía ni con estudio, sino natural, y sencillamente. ¿No lo acreditó así con sus obras? Seria necesario referirlas todas para manifestar de lleno esta verdad. Escojamos algunos de aquellos rasgos más decisivos. Veisle ahí, repudiando á sus discípulos porque separaban de su presencia á los pequeñelos; él los llama, los acaricia en sus brazos, y los bendice y propone como modelos en su divina escuela. Veisle confundiendo con alta soberanía á los delatores de la mujer adúltera, y despidiendo á ésta libre y absuelta de su pecado. Veisle disculpando y llenando de elogios á la Magdalena en presencia de los que la despreciaban. Veisle dar muestras del patriotismo más ardiente y de la más fina amistad, en aquellas lágrimas tiernísimas con que lloró la suerte desgraciada de Jerusalén y de su nación, y en el llanto con que acompañaba á Marta y María, en el duelo de Lázaro difunto, á quien iba á resucitar. Veisle con qué mansedumbre tan inalterable sufre las ne-

cedades de sus discípulos, acalla sus disputas, convida con el perdón á Judas, reprime las prontitudes de Pedro, lo levanta, con una mirada penetrante, de su caída, y disculpa á veces sus defectos atribuyéndolos á debilidad y flaqueza. Pero lo que lo hace más amable todavía, si es posible, es como conserva este mismo carácter de mansedumbre y humildad aun después de su resurrección: ¿qué no hizo entonces con Tomás, qué con Pedro, qué con la Magdalena? Mas ¿adónde voy? Perdonad, amados hermanos míos: ¿quién podrá contentarse hablando de la amabilidad de Jesucristo? ¡Ay de mí que aún no he dicho nada, aún no he empezado á hablar del amable Jesús! Permittedme que añada siquiera algunas palabras para indicaros cuán amable es Jesucristo por lo que es para nosotros motivo todavía más poderoso para ganar nuestro corazón.

Amamos al que nos ama, y cuando sus nobles prendas han cautivado ya nuestra voluntad, si añade á su mérito un amor constante, tierno y fecundo sobremanera en colmarlos de bienes, no hay resistencia á tan dulces cadenas, ni tenemos más gusto que en ensanchar nuestro corazón para amar más á quien, sobre merecer ser amado, nos ama con tanta vehemencia y verdad. ¿Y quién nos amó más que Cristo? Su encarnación, su nacimiento, su vida, su muerte, su resurrección y su empleo de abogado nuestro á la diestra del Padre, todas son muestras de su amor á nosotros, y de amor sin medida. ¿Quién es capaz de comprender esta caridad de Jesucristo sin límites, su anchura, que se extiende á todos los hombres, su longitud con que abraza todos los siglos y generaciones, su altura sublime que alcanza hasta Dios, y la profunda intención y fuerza de este amor vehementísimo? Pastor bueno del género humano, da su vida por sus ovejas, y las apacienta con su carne y su sangre, siendo su pastor y su pasto de ellas y su suerte bienaventurada. Como al fin de sus días, estando próximo á volver á su Padre, es cuando más le aqueja este amor, contemplemosle siquiera de paso ahora, aunque no debíamos perderle de vista jamás, en el Cenáculo y en la cruz. Allí, en el terreno lance de despedirse de los hombres, ¿de qué rodeos no usa para darles la triste nueva de que los va á dejar? ¿Cómo mitiga su pena, y los consuela con la promesa del Espíritu Santo, asegurándoles que solo se anticipa á ellos para prepararles las mansiones que han de habitar en casa de su Padre! que no los dejará huérfanos, que volverá á ellos, y su gozo será colmado! Y los llama amigos, no siervos, y les encarga como único legado digno de su divino corazón, que se amen unos á otros como él los ha amado á ellos. ¿No habéis visto alguna vez á la madre cariñosa, que al salir de su casa, detenida por el

llanto de sus hijitos, vuelve adentro, los abraza y los besa para acariciarlos, y como engañándolos se vuelve a salir, oye el llanto de nuevo, y luchando en su corazón el amor de madre con la obligación de salir de casa, no sabe qué hacerse, y a toda costa toma el niño en sus brazos, y lo lleva consigo para componer aquellos dos extremos? Pues eso es lo que al cabo viene a hacer Jesucristo: sale de este mundo, y se queda entre nosotros sacramentado, reuniendo así cuanto él deseaba, con cuanto nosotros apetecíamos y habíamos menester. Arrobatado, al fin, en un éxtasis de amor a los hombres, se vuelve a su Padre, y le dice de esta manera: «Fatos mis discipulos, que me entregaste, se quedan en el mundo, y yo vuelvo a vos; Padre santo, guardalos en tu nombre, porque les va a faltar la presencia corporal mia, que los ha guardado hasta aqui: no os pido solamente por éstos, sino por todos los que han de creer en mi por su predicación; te pido, que todos sean una misma cosa como tú, Padre mio, estas en mi y yo en ti, que así ellos sean en ti y en mi una misma cosa; de modo que yo habilito en ellos y vos en mi, reduciéndolos así a todos a la mas perfecta unión y mas apretado vinculo de amor.» Permitidme, Señor, que os pregunte: ¿que hacéis? ¿qué es lo que pedís? ¿adonde os lleva vuestro amor a los hombres? Parece que sollicitais para nosotros una union tan íntima con vuestro Padre como la vuestra, que es unidad de esencia y naturaleza divina. Queréis que seamos nosotros todo lo que sois vos, y parece que si así no lo hacéis, es porque no lo podemos ser; ponéis a vuestros escogidos en union mas estrecha que a los ángeles con vos mismo, para manifestarnos que vuestro amor al hombre es superior a todos vuestros demás amores.

Y ¿qué os podré decir del amor que nos manifiesta clavado en el madero santo de la cruz? Dejando aparte su desnudez, su corona de espinas, aquella cabeza inclinada, los brazos abiertos y el pecho roto para que por aquella abertura podamos llegar hasta su corazón, traigamos solo a la memoria algunas de las divinas palabras en que manifestó la disposición de su espíritu en aquel horroroso patíbulo. Asistían al suplicio, como canes rabiosos, sus acusadores crueles, y holgábanse con inhumanidad inaudita de ver satisfecha su infernal venganza; y para darle a beber hasta las bocas amargas de su envidia, se burlaban de él y lo insultaban cruelmente en medio de los acerbos tormentos y de la mortal agonía de su alma. Pero Jesús, superior a los sentimientos de dolor que padecía su espíritu y su cuerpo, levanta los ojos al cielo, y dice a su eterno Padre: «¡Perdonalos, porque no saben lo que se hacen!» ¡Oh caridad inmensa de Cristo! ¡No era bastante la paciencia que nos enseñabas con tu silencio, sino que tam-

bién vais a disculpar con la ignorancia el mayor delito que ha cometido la malicia más consumada! ¿Así queréis atar las manos a la justicia de vuestro Padre, para que no castiguen el terrible decidido que cometen tus enemigos? Está bien que no tomaseis vos la venganza; pero ¿estorbar que la tome el Señor a quien le corresponde, y que debe tomarla? Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen. Confíemos los pecadores, pues nos disculpa y ha pedido el perdón para nosotros el mismo Jesús a quien crucificamos; oíd cómo corresponde al buen ladrón que le pide se acuerde de él en su reino: en verdad, le dice, hoy estarás conmigo en el Paraíso; ¡qué súplica y cuán consoladora respuesta! A una sola mirada, a un memorial tan corto y tan sencillo como éste, acordaos de mi, pronunciado en los últimos momentos de la vida del ladrón penitente, Jesucristo no sabe negarse, y ni le dilata, ni le dificulta, ni le pondera la gracia que le hace: hoy estarás conmigo en el Paraíso.

¿Y habrá corazón, que no se mueva a amar a quien nos amó tanto? No, hermanos míos, pues así como en las cosas materiales, las que tienen mayor fuerza atraen a sí todas las demás, del mismo modo en los espíritus, el que es más amable atrae a sí las voluntades de todos. Atraenos tú mismo, Jesús, en pos de ti y correremos todos al olor de tus aromas a fin de que nuestra alma quede como embriagada en tu divino amor. Amén.

JESÚS EL AMADO POR EXCELENCIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE BIBLIOTECA

Hic est Filius meus dilectus in quo mihi complacui.
Este es mi Hijo el amado, en quien me he complacido.

(S. MATHEO, c. 3, v. 17.)

Es cosa digna de lastima, amados hermanos míos, la ignorancia desidiosa en que viven la mayor parte de los fieles en orden a la religión que profesamos en el bautismo, y aun si entrásemos a investi-

gar lo que saben los pocos que creen saber nuestra religión sacrosanta, ¡a qué tristes reflexiones daría lugar esto, hermanos míos!

Halláramos entonces en vez de aquel sistema ó cuerpo de doctrina grande, sublime, hermoso y consolador, un esqueleto árido, desnudo, más propio para entretener los entendimientos [con discursos sutiles é impertinentes, que para llenar el corazón de admiración y gozo, de confianza y consuelo, de paz y tranquilidad. Halláramos una moral contenciosa, embrollada, desnuda de toda unción, sustituida á la santa, pura y dulce moral del Evangelio. Halláramos la religión reducida en gran parte á prácticas de devoción reciente y á otras menudencias que, aun cuando puedan conducir en algo á la salvación eterna, son y deben mirarse como secundarias y accidentales. Si, hermanos míos, vemos, por desgracia, olvidado enteramente ó estudiado muy por encima el gran misterio de Jesucristo, que es el alma de toda la religión, de manera que, en cierto modo, puede decirse, lo que el Bautista decía á los judíos hablando de este Señor: que le tenemos en medio de nosotros sin conocerle. Hoy, pues, que el Evangelio nos presenta ocasión para tratar de Jesucristo, he querido aprovecharla á fin de remediar en lo que pudiere el mal que resulta de esta ignorancia. La voz del Eterno Padre nos da á conocer á Jesucristo, declarando que es su Hijo, y su Hijo muy amado, y nos convida á estudiar este su divino Hijo. Mas como es tanto lo que hay que saber acerca de Jesús, y solamente puedo decirnos una parte muy pequeña, habré de concretarme á explicaros cómo aquel Jesús, amable, ha sido y será siempre el amado por excelencia. *Ave María.*

Si repartimos los tiempos, hermanos míos, en tres épocas principales, hallaremos que Jesucristo es amado en todas perfectísima y universalmente. La primera es la que corrió desde la creación del mundo hasta su venida; la segunda, desde esta venida hasta la consumación de los siglos; y la tercera, desde la segunda venida de Jesucristo en majestad y gloria, por toda la eternidad sin término. En la primera de estas tres épocas apenas, envuelto el género humano en la proscripción de nuestros primeros padres, tuvo tiempo para conocer la espantosa miseria á que se veía condenado; oyeron los hombres la promesa de un Redentor que había de reparar su caída y aun mirándolo tan de lejos, comenzó á ser Cristo el objeto de los deseos y de las esperanzas de todos los que tuvieron por espacio de cuatro mil años noticia de aquella promesa consoladora. Así llamaba el santo anciano Jacob á Cristo: Deseo de los collados eternos, cuando bendecía á sus hijos en el lecho de su descanso, y el profeta Mala-

quías hablando del nuevo templo fabricado después de la vuelta de Babilonia en Jerusalem, que había de santificar Jesucristo con su corporal presencia, llama á este Señor: Deseado de todas las gentes, y por donde quiera que abramos los libros del Testamento antiguo, encontraremos suspiros encendidos y fervorosos clamores de los patriarcas y profetas que confirman esta verdad. Todos los reunió Salomón en el libro sagrado de los Cantares, donde habla de la Iglesia de aquellos tiempos, y significa de mil maneras finisimas el ansia con que deseaba la venida de Jesucristo, bajo la metáfora de la esposa que convida á su esposo para el día de sus desposorios; y lo que es más de maravillar en este amoroso deseo es su larguísima duración sin aminorarse ni entibiarse, antes por el contrario, creciendo más de día en día á medida que se iba acercando la época de nuestra redención. Al morir los patriarcas antiguos debían por herencia á sus hijos este amor y deseo, que ellos no lograron ver satisfecho en sus larguísimas vidas, y éstos los transmitían á sus nietos, yendo así creciendo de generación en generación, sin que el verse privados del cumplimiento de estos deseos fuese causa para que se cansasen de desearle. Pero ¿a quién deseaban? ¿Cuál era el objeto de tan dilatado y tan constante amor? ¿Habrían ellos visto á este amado y deseado de tantos y por tantos siglos? Era sólo unas figuras muy distantes de la realidad, unas sombras muy oscuras las que tenían presentes, unas promesas que no determinaban tiempo seguro, é iban envueltas en mil metáforas y ambigüedades para aumentar el mérito de su fe, de su esperanza y de su amor. Los ritos y ceremonias de la religión judaica, y las palabras de los profetas, eran toda la idea que tuvieron aquellos encendidos amantes de Jesucristo; y este conocimiento aunque tan imperfecto, aunque tan confuso, bastó para encender tanto fuego de amor en sus pechos como se descubre en sus licuvas palabras, desde las que pronunció Jacob al morir diciendo: Esperaré á tu Salvador, oh Dios mío; hasta las que recibíendole en sus brazos, profirió lleno de gozo el santo Simeón: Ahora dejad que descanse ya en paz este siervo tuyo, porque han visto mis ojos á tu Salvador.

Si haberle visto amó así á Cristo la Iglesia desde Adán hasta su venida, y este amor creció sobrenancera habiéndole recibido en su seno, y se conserva y crece en ella sólo por la fe hasta el fin de los tiempos. Prendió desde su nacimiento en los simples pastores y en los reyes magos este fuego sagrado de su amor, que vino á encender en la tierra y se propagó con tanta vehemencia y velocidad, que muy pronto estaba abrasando corazones por todos los ángulos del mundo. Las turbas que le oyeron en el desierto, se les iban los días como ho-

ras, sin sentir la necesidad del alimento; y cuando quiso probar el afecto de sus discípulos dándoles libertad para que le dejaran, embelesados ellos de su amable trato: Señor, le respondieron, y ¿a quién buscaremos dejándole a ti, que tienes palabras de vida eterna? Desde sus tiernos años se hizo amar, en el templo, de los doctores que, pendientes de los labios de aquel Niño admirable, oían suspensos la doctrina celestial que les enseñaba. Confesaban que jamás se oyó hombre que hablase como él. Todas las maquinaciones de sus enemigos no podían estorbar que los pueblos enteros, que todo el mundo corriese en su seguimiento enamorados de sus palabras y de toda su conducta amabilísima. Y así dejaron a pesar suyo estampado aquel testimonio indudable del amor que los hombres no fascinados profesaban a Cristo: Todo el mundo se va tras él; *Ecoe totus mundus post eum vadit*. Hasta en los días mismos de su pasión, cuando más se cebó el odio de sus enemigos en él, sobrepujo el amor de sus discípulos a todos los temores humanos; su madre y su amado discípulo Juan le acompañan hasta el Calvario, otros lo bajan de la cruz, y embalsamado lo colocan en un sepulcro nuevo; allí le buscan y le lloran las mujeres devotas, y el corazón de los discípulos de Emaús arde en amor santo oyéndole hablar, aunque sin conocerle, por el camino. Pues, ¿y cuánto no creció el amor de Jesús en la Iglesia con la venida del Espíritu Santo? Tanto abrasó los corazones de los apóstoles, que deponiendo la timidez que los había detenido hasta entonces, salen del Cenáculo a predicar animosos al pueblo a Jesucristo crucificado, y se llenan de gozo cuando merecen sufrir contumelias por el nombre de su maestro. La invencible paciencia de los mártires; el celo infatigable de los pastores, la austeridad y el tesón de la penitencia en los confesores, y la casta pureza de las vírgenes que por espacio de diez y ocho siglos han hermosado y hermosearán el jardín de la Iglesia hasta el fin, ¿qué otra cosa son sino efectos todos del amor de estas almas a Jesucristo? De ellas cantaba ya el profeta David: que conducidas de la mano por su madre la Iglesia, serían presentadas al rey Jesucristo en su templo santo, enamoradas de su hermosura, rebosando júbilo y alegría: *Afferentur in letitia et exultatione*. ¿Y que aguas de persecuciones ni de contradicciones podrán apagar jamás este fuego, que arderá perpetuamente en la Iglesia hasta la consumación de los siglos? Cuantas tempestades se suscitaren contra él, no harán más que purificarlo y encenderlo más. Podrá reconcentrarse y aun desaparecer por alguna parte; pero así reconcentrado y oculto, se hará más activo y más fuerte: *Aque multa non poterunt extinguere charitatem*.

Sin embargo, llegará el día que arderá el fuego del amor a Jesucristo, puro, sin contradicción, cuando colocados con él sus escogidos a la diestra de su Padre reine por amor en los corazones de todos ellos; amor que no padecerá alteración alguna, y que como llama siempre viva, subirá de todas las mansiones del cielo, para reunirse en el pecho de Jesucristo. ¿No habéis visto cómo se reúnen los rayos del sol por medio de un espejo, y juntos en su centro abrasan los cuerpos, y hacen subir hasta el sol, de donde salieron, la llama que han encendido con su ardiente calor? Pues así, del mismo seno de la Divinidad saldrán en la bienaventuranza rayos de caridad ardentísima, que inflamarán los pechos de los santos en el amor puro de Jesucristo, adonde reuniéndose todos aquellos castos amores, formarán el amor infinito con que debe Dios ser amado, porque aquel solo es amor digno de él. Así, por Jesucristo y con Jesucristo y en Jesucristo se dará toda gloria, y amor y alabanza al Padre y al Espíritu Santo por todos los siglos. Pero sobre todos estos amores amará el Padre al Verbo encarnado con un amor tan vivo, tan dulce y tan infinito como el mismo Dios. ¿Quién será capaz de explicar la fuerza y la dulzura y la inmensidad de este amor, con que ama el Padre al Hijo en quien tiene todas sus complacencias? ¿Y qué lengua podrá decir cuáles son estas complacencias, que el amor del Padre a su Hijo y de éste a su Padre produce entre estas dos Personas de la naturaleza divina? De este amor reciproco procede el Espíritu Santo, que es el lazo substancial que une a las dos, y con estas dos Personas divinas forma la beatísima é inefable Trinidad. ¡Oh misterio de amor incomprensible, más bien para contemplado en el cielo, que para ser explicado en la tierra!

Así Cristo fué amado desde la eternidad, es amado en todos los siglos, y lo será mientras Dios fuere Dios: *Jesus Christus heri et hodie, et in secula*. Los ángeles y los justos del Testamento antiguo esperando su venida la deseáron con vivísimas ansias, y le amaron desde el principio del mundo: *Quem cum non videritis diligitis*. Y cuando se corra el velo misterioso de esta fe que ahora nos lo oculta, viéndole cara a cara en el cielo, le amará con gozo inexplicable todo el cuerpo de sus escogidos por una eternidad: *Credentes autem exultabitis letitia inenarrabili, et glorificata*.

Pero no me es posible acabar, sin decir algo de las cualidades preciosas de este amor con que Jesucristo es amado, de su constancia, de su pureza, de su fuerza y de su dulzura. Como los amores terrenos se fundan en las prendas del sujeto amado, y éstas ni duran siempre, ni son inalterables, tiene también el amor sus quebras, y tiene su

fin; pero las prendas que nos hacen amable á Jesucristo siempre son las mismas, y por eso su amor es tan invariable y tan constante como él mismo. En la flor de la edad y en los años de la senectud, cuando nos halagan risueños los bienes del mundo, y en la adversidad, y en la enfermedad, y en la muerte, siempre le aman sus escogidos, porque le hallan cada día más amable. Buena prueba es de esta verdad el santo Policarpo mártir, á quien queriendo persuadir el tirano á que sacrificase á los ídolos, le respondió: Ochenta años hace que amo y sirvo á mi Señor Jesucristo, sin que en este tiempo me haya dado el más leve motivo para serle infiel, y ahora ¿cómo he de abandonarle al fin de mis días? Pues, ¿qué diríamos de la pureza de este amor santo? ¿Qué bien le describaba aquella enamorada doncellita, la santa virgen y mártir Inés, cuando intrépida le decía al tirano, que quería atraerla á su amor: Amo á mi Señor Jesucristo, que me va á recibir por esposa, cuya madre es Virgen purísima, cuyo Padre no ha conocido hembra, cuya voz dulcísima resuena ya en mis oídos, cuya hermosura encantadora aduirtan el sol y la luna, á quien amándole seré casta, y tocándole seré pura, y recibiendo por mi esposo quedare virgen immaculada! Hame puesto una señal en mi rostro, para que no admita otro amante que á él. He recibido las arras de su fidelidad, y me ha adornado con joyas y preces de inestimable valor. De sus dulces labios ha destilado leche y miel en mi corazón, y su sangre ha encendido ya mis mejillas. A él solo me consagro, á él solo me encomiendo con la más tierna devoción. Tales son los castos requichos con que explican su puro amor los amantes de Jesucristo. Ellos acometen las más dificultosas empresas, siguen las sendas más ásperas, abrazan las privaciones más molestas, sufren con alegría los trabajos más erudos, arrostran imperturbables los tormentos, y corren al martirio con la serenidad que á un convite, por obedecer á la voz de su amado: *Præter verba laborum tuorum ego custodivi vias duras*. (Quién no admira la fuerza vehemente de este amor santo en un San Pablo, cuando le vemos prorrumpir en aquellas expresiones valientes: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribulación ó la angustia? ¿el hambre ó la desnudeza? ¿los peligros ó la persecución? ¿la espada misma de los tiranos? Todo esto nada vale; todos estos males los vencemos por amor de aquel que nos amó tanto. Estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni fuerza, ni poder, ni criatura alguna podrá separarnos de la caridad con que amamos á Dios por nuestro Señor Jesucristo.

Finalmente, cuanta sea la dureza de este amor á Jesucristo, se echa bien de ver en aquellos santos anacoretas, que apartados del

mundo, privados de todos los placeres de los sentidos, guardaron toda su vida un tesón de la más austera penitencia, negados enteramente á los deseos de su voluntad, sin tener en sus soledades otro objeto que llenara su corazón y supliese por todos los demás, que el amor de Jesucristo. En medio de una vida, que causaría horror al hombre mundano, los vemos alegres, contentos, tranquilos, sin fanatismo y sin ilusión. Decídme: ¿qué dulce no será aquel amor que fija en ellos la inconstancia de su voluntad, que llena y satisface todos sus deseos, que les hace despreciable todo cuanto nosotros idolatramos? ¿Cambiarían ellos las dulzuras de su retiro por el bullicio de nuestra sociedad? Todavía me detendría gustoso á demostraros la diferencia del filósofo solitario, ó del anacoreta fanático, al tierno amante de Jesucristo, que por entregarse á su amor del todo huye al desierto y se niega al trato del mundo; pero ya es tiempo de recoger las velas al discurso, y acercarnos á pedir á Cristo nos haga participantes de este amor que tanto él se increce, y que hace felices á los que lo poseen.

Porque es así, Señor, que vos hacéis á los hombres enamorados de vuestra hermosura. Nos mandas que os amemos, dadnos ese amor que nos mandas, y mandádnos lo que quisiereis. Haced que desaparezcan á nuestros ojos esas vanas hermosuras del mundo, que hechizan miserablemente nuestra razón; iluminad nuestros entendimientos para que os conozcamos, y por imperfecto que sea el conocimiento que nos deis de vuestra belleza, nuestra voluntad os amará, y os amará mucho. Llévanos á ti, y correremos en pos de la fragancia de tus olores. Despreciando todo cuanto hasta ahora ha ocupado nuestro corazón sin saciarlo, hallaremos en tí todo cuanto podemos apetecer, y todo cuanto puede llenar nuestra voluntad, porque tú eres la verdad infalible, la justicia inalterable, la felicidad suma, y la bienaventuranza eterna, que deseamos, y que esperamos conseguir por tus merecimientos, ¡oh Cristo amable y amado! que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas por todos los siglos de los siglos. *Amén.* ®

JESÚS EL AMADO POR EXCELENCIA

Hic est Filius meus dilectus in quo mihi complacui.
 Esto es mi hijo el amado, en quien me he complacido.

(S. Mateo, c. 3, v. 17.)

Grande es sin duda, hermanos míos, entre los fieles, la ignorancia en lo que atañe á la religión santa, puesto que descuidamos el estudio del gran misterio de Jesucristo, que es el alma de toda la religión; descuido, á la verdad, sumamente perjudicial, porque si nuestra vida eterna, nuestra felicidad y toda nuestra gloria, consiste en conocer á Jesucristo, forzosamente nuestra vida sobrenatural será muy enfermiza y endeble, muy expuesta á perecer del todo por el pecado, siendo tan ligero y superficial el conocimiento que tenemos de Jesucristo. Si San Pablo reduce toda la religión que se debe saber y predicar á entender lo que es Jesucristo, ¿qué religión sabremos nosotros cuando tan poco sabemos de nuestro Redentor! Nos llamamos, ciertamente, en el caso de aquellos hebreos á quienes escribía el santo Apóstol; que debiendo ser maestros, según el tiempo, por haber tenido en sus manos las santas Escrituras, donde pudieran haber aprendido á conocer á Jesucristo, no solo no le conocían, sino que eran incapaces de oír y de entender toda doctrina sublime, superior á los primeros elementos de la ciencia del Salvador. Procuremos hoy, hermanos míos, con motivo de las enseñanzas del Evangelio, remediar tan gravísimo daño. Escuchemos la voz del Eterno Padre que nos dá á conocer á Jesucristo, declarándole su Hijo amado, en quien tiene sus complacencias.

En otra ocasión os manifesté (1) cómo Jesucristo es el amable por excelencia y que tiene derecho á ser amado sobre todas las cosas. Hablemos hoy del hecho; Jesucristo ha sido y es amado en todos

los tiempos; Jesucristo es amado por todas las criaturas; Jesucristo es amado con amor más perfecto que ninguna de ellas, y por eso, es el amado por excelencia. Ave María.

Jesús es el mismo ayer que hoy, y el mismo, hermanos míos, por todos los siglos, decía el Apóstol, dando á entender en estas palabras, que así como fué el deseo y la dulce esperanza de los patriarcas y profetas de la ley natural y de la ley escrita, así es el embelso y la admiración de los justos de la ley de gracia, y será todo el amor y la felicidad de los bienaventurados en la gloria. Abraham, Isaac y Jacob lo miraron de lejos, y suspiraron por su venida; los profetas la anunciaron llenos de ardorosos deseos, y todo aquel coro de padres gemían con repetidos clamores por que se acelerase su nacimiento, como la mujer que está de parto vocea y suspira para dar á luz el deseado fruto de sus entrañas. Es menester oír aquellos varones de fe y de deseos, para conocer hasta qué punto prendió en sus corazones el amor á Jesús. Y lo más particular en este negocio es, que amaban así al que no habían visto ni conocido, sino solo en unas sombras y figuras muy imperfectas, sumamente distantes de la realidad; y que retardándose tanto el deseado de todos los siglos, no por eso se entibiaban los deseos y amores de aquellos justos, antes iban creciendo de edad en edad y de generación en generación, por el dilatado espacio de cuatro mil años; hasta que por el tiempo de su venida llegaron á lo sumo en su Madre santísima, en el sacerdote Zacarías, en el anciano Simeón, como se echa de ver en sus divinos cánticos. Apenas nace el Salvador, cuando atrae á sí los pastores y magos; apenas se presenta al mundo, cuando enamorados de sus palabras y atraídos por su carácter éstos dejan las redes, el otro su oficina; las gentes, hasta cinco y á las veces siete mil personas, le siguen días enteros por el desierto olvidadas de sus hogares, le rodean por todas partes hasta precisarlo á embarcarse, y rompen los techos de las habitaciones para presentarle los enfermos. Ni con la muerte ignominiosa de Jesús cesa de ser amado; antes desde su resurrección se empieza á establecer la Iglesia esposa suya, cuyos amores á su divino Esposo vencen todas las expresiones. Es sin número la muchedumbre de amantes de Jesús, que esta esposa encierra en su seno. Mártires que derramaron por su amor su sangre gloriosa; pontífices, que trabajaron por su amor en el gobierno y defensa de su Iglesia; anacoretas, que despreciaron por su amor al mundo y sus halagos; vírgenes, que renunciaron por su amor todos los amores; justos, que vivieron por su amor como peregrinos en este siglo; todos, sin tener otro objeto que á su Jesús, y que para

(1) Véanse los sermones de la amabilidad de Jesucristo.

ganarle, miraban como polvo todo lo que no era su dulce Amado. Tales los vieron los siglos todos del cristianismo; tales existen aún en nuestros días; tales los habrá hasta la consumación de los siglos, hasta que completo el número de los amantes de Jesús, cese el siglo presente y comience el reino del amor puro y eterno, siendo allí Jesús por toda la eternidad el único amado de los santos, como lo fue de los ángeles desde el momento en que fueron criados. ¡Oh amor siempre antiguo y siempre nuevo, que siempre sacias y nunca hartas! ¿por qué no empleamos en ti todo nuestro corazón cansado de mudar de objetos, para no apurarse del fastidio que causa cuanto no sois vos mismo?

Vos, objeto solo del amor de todas las cosas, aun de aquellas que carecen de vida y de sentimiento; porque toda esta gran máquina del universo ¿qué otra cosa es sino el augusto y sublime templo de la divinidad, en el que Jesús recibe el homenaje de todas las criaturas, para ofrecerlo como único sacerdote digno á su Padre eterno? Y así como en el templo todas las partes dicen unas con otras, y como que todas miran y están inclinadas hacia un punto común, que es el centro en donde está el altar y el santuario, así en el universo todas sus partes, á su modo, miran amorosamente al santuario de este templo, que es Jesteristo, y esto llamo yo amarlo á su manera cada cual: así le ama el sol y la luna y la resplandeciente estrella de la mañana, con las otras innumerables; y los mares y ríos, y los montes y valles, y las plantas y flores, y los peces bulliciosos en las aguas, y las pintadas y armoniosas aves del aire y todos cuantos animales andaban sobre la tierra. Esta es aquella gran litera del amado y pacífico Salomón, construida de los cedros del Libano, cuyas columnas eran de plata, y los brazos de la silla de oro, y el asiento de púrpura, y en medio el amor de las hijas de Jerusalén, que es el mismo Jesús. Y si de este templo de la naturaleza levantamos la vista al de la gloria, que es aquella Jerusalén celestial que vió Juan el Evangelista, hallaremos allí al cordero Jesús en el medio, recibiendo alabanzas de todos los ángeles y bienaventurados; y á todos empleados en amarlo deliciosamente con amor inalterable y eterno. Y cuando llegare el fin de los siglos, y todas las cosas tomanen, digamos, su asiento y lugar, porque ahora están en cierta manera violentas, entonces de acuerdo la gloria y la tierra, criaturas visibles é invisibles, todas atraídas por la belleza infinita, por la grandeza y majestad de aquel amado Jesús, por quien y para quien habían sido criadas, le amarán y le alabarán, y en amarle estará todo su bien y su perpetua felicidad. Por manera que los mismos condenados infelicitísimos, cono-

ciendo cuán amable es aquel Jesús, á quien ellos no quisieron amar, se despedazarán furiosos, porque es pasado ya el tiempo en que podían amarle, y ahora no hay para ellos más que odio y eterna desesperación. Es así que como en lo visible dicen que el sol, puesto en el centro del mundo, atrae para sí la tierra y planetas, que todos giran en derredor de él, y en esta atracción, á que obedecen todos los cuerpos, consiste el mantenimiento de toda esta máquina y de todas sus partes, su armonía y buen orden de ellas, y la belleza y gallardía suyas incomparables; así abrazando de una ojeada todo lo que existe, es Jesús el centro común de todas las cosas, que atrae hacia sí toda la creación, cada cosa á su modo, con suavidad y fuerza muy peregrinas, de suerte que ellas todas le van mirando y le siguen embelesadas dulcemente, en lo que va todo el ser y toda la hermosura de ellas y del universo también.

Pero, sin profundizar más en esto, porque podría otro tiempo y otra lengua, digamos por último de la naturaleza del amor con que es amado Jesús, y cuanto es más perfecto que los demás amores. Está impresa, como quiera que sea, en nuestras almas una inclinación irresistible que nos lleva á lo bello y á lo perfecto por medio de uno que llamaremos movimiento, porque no hay cómo llamarle, y es el amor, inclinación la más dulce y graciosa que hay en el hombre. Este amor crece y es más fuerte á proporción de la mayor belleza y perfección del objeto amado, y á medida que el mismo objeto nos ama más; en Jesús concurren estas circunstancias en el más alto grado, y de consiguiente el amor con que es amado de los suyos es el más grande, el más fuerte que puede imaginarse. Porque si atendemos á su perfección y belleza, ¿cuál podrá igualar á la suya, siendo él el Artífice de todas las bellezas criadas, y el original de todas las gracias, y el espejo en donde mirando su Padre sacó á luz cuanto agrada á la vista, y cuanto hermosa la máquina inmensa del universo? Y es también la perfección misma ó todas las perfecciones que pueden amarse por el corazón de los hombres; es la verdad que aman los sabios, y la justicia que veneran los buenos, la bienaventuranza que tanto se busca, y la vida eterna para siempre feliz, objeto de los deseos del género humano. Pues si de aquí pasamos al modo con que este amado corresponde á nuestro amor, es la más fina correspondencia que jamás pudo hallarse; porque antes de que le amemos nos ama, y volviéndole las espaldas nos abraza, y en nuestras largas ingratitudes nos sufre y espera, y nos llama otra vez cariñoso, y nos recibe de nuevo en el seno de su antiguo amor; y es tal este amor que ni el tiempo lo entibia, ni las vicisitudes de la vida lo mudan ni alteran,

ni los trabajos que por él se pasan lo debilitan, ni la edad lo envejece, ni la muerte lo acaba; antes, del sepulcro mismo nace más activo y más dulce para no acabarse jamás. Id ahora vosotros enhorabuena, y amad esas bellezas, esas cosas que os hechizan y encantan; amadas si acaso encontráis en ellas este mérito, esta correspondencia de Jesús; amadas si encontráis en ellas más que una hermosura sumamente frágil y deleznable, más propia para excitar movimientos sensibles, que para satisfacer la razón; unas perfecciones más bien fingidas por vuestra pasión, que existentes y verdaderas; y á vueltas de estas perfecciones, que suponéis, defectos sin cuento, genialidades, inepcias, orgullo insufrible, intolerables celos, veleidad, ingratitud, desaires, infidelidad. Amadas, infelices, que Jesús tiene quien le ame del modo que lo debe ser, y como él se merece; amantes suyos fieles y firmes á toda prueba en su amor; amantes tan embelesados con él, que ni sienten el fuego, ni el hierro, ni la misma muerte, embriagados del amor de Jesús; amantes siempre hambrientos de amarle más; porque, mientras más lo contemplan, le hallan cada vez más amable, ven en él nuevas perfecciones, y en las angustias, que ya conocían, nuevos quilates que no habían conocido hasta ahora; y viéndose así amados por un Dios hombre tan hermoso y perfecto, se ennoblecen sobremanera y se engrandecen y elevan con un orgullo santo que las sobrepone á todo lo corruptible y criado. Y en verdad que con justa razón, porque si Jesús me buscó pecador, y cuando aún lo era derramó toda su sangre por mí, muriendo por el amor que me tenía, y ahora me llama hijo suyo y su hermano, y me busca y me da su carne y su sangre, y por mí pide incessantemente á su Padre en el cielo, manifestándole abiertas todavía las llagas que le hicieron mis culpas, y llamándose á boca llena mi abogado y protector, que ha subido delante para prepararnos lugar en su reino; cuando todo esto miro, ¿con qué ojos podré ya mirar todo lo que no es el amado Jesús? Pero sobre todo es amado Jesús de su Padre, y amado con un amor cual él se merece, con un amor eterno, inmenso, substancial, que produce la tercera Persona, al Espíritu Santo, por un modo absolutamente incomprensible á nuestra razón. Yo no hallo palabras para explicar esto que no entiendo, y que algún día hará toda la ocupación y el deleite puro de los santos, como lo hace ya de los ángeles. Entre tanto que llega este día, porque mientras no llega todo es noche y obscurísima noche, para nosotros, tu nombre, oh Jesús, y tu dulce memoria sea el deseo único de toda nuestra alma; haced, bien mio, que todas las criaturas pierdan el falso atractivo que á veces nos encanta para separarnos de ti; haced que las sepamos apreciar

sólo por lo que valen; ennoblecen con tu divino amor nuestros corazones; llévanos, dulce amado, en pos de ti como siguen las ovejas á su cariñoso pastor; date á conocer á nosotros en alguna manera, y luego nuestras almas te habrán de seguir, porque son tuyas, y en viéndote correrán desaladas en seguimiento tuyo. ¡Qué grandeza, qué gozo, qué dulzura, qué paz y qué suave tranquilidad la de los que te aman! Benditos sean tus dichosos amantes, y maldito mil veces el corazón de fiero que después de saber cuán amable eres, oh Jesús amado, todavía no te quiere amar. *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum sit anathema.*

JESÚS EN EL DESIERTO

Jesu autem plenus Spiritu Sancto regressus est in Jordanem, et agebatur á Spiritu in desertum.

Mas Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto.

(S. Lucas, c. 4, v. 1.)

Quanto mayores eran, hermanos míos, las distinciones y favores que Dios Padre otorgaba á su amado Hijo, tanto más grandes eran también la misión y constancia de Jesús en los trabajos y penalidades que exigía de él. Y como el Hijo predilecto del Altísimo estaba lleno del espíritu de Dios, jamás resistió á sus indicaciones.

La primera que recibí después de su bautismo fue para retirarse al desierto y vivir allí algún tiempo, alejado de toda comunicación con los hombres; indicó que pasara en la soledad los días y las noches, entregado á la meditación y al ayuno; que permitiera que el demonio le tentase, es decir, que sondease por medio de diferentes ataques si él era verdaderamente Hijo de Dios. Quiso Jesús que tuviésemos en su persona un pontífice triunfador en los combates de

todo género a que nosotros mismos estamos expuestos, un jefe que nos enseñara á no temerlos, y un maestro que nos aleccionara en el manejo de las armas santas, con cuyo empleo es segura la victoria.

Apenas el Espíritu Santo hubo impreso en el alma de Jesús el sentimiento interior que le advertía de la voluntad de su Padre, cuando aquella alma obedientísima se dispuso á ejecutarla. Buscó, pues, la soledad más profunda, un desierto espantoso donde no tenía otra compañía que la de las bestias: *Et erat in deserto quadraginta diebus et quadraginta noctibus et erat cum bestiis.* La obra de la misión divina de Jesús iba á empezar, y no se retiró al desierto sino para tomar, en la práctica de la oración continua y de la penitencia más austera, nuevas fuerzas para los próximos combates y para las grandes cosas que iba á emprender. De su estancia en el desierto nada sabemos sino que ayunó allí y que fué tentado. Los santos evangelistas aseguran sólo que Jesús no comió durante todo aquel tiempo, y que allí estuvo en medio de los animales salvajes. Dejan á nuestra consideración cuánto habrá tenido que sufrir de la lluvia, de la nieve, del frío, en una estación tan rigurosa, es decir, en los meses de enero y febrero, careciendo de techo bajo que guardarse, expuesto á todas las inclemencias del tiempo, durmiendo sobre la dura tierra, andando por entre guijarros y espinas, castigando, en una palabra, su cuerpo inocente con mil y mil penalidades que no había merecido, y no permitiendo á las criaturas que llevarán el menor consuelo á su criador.

De esta suerte el ayuno de Jesús fué acompañado de innumerables sufrimientos que abatían su cuerpo, mientras su espíritu estaba unido á Dios por una oración continua. En su deseo de satisfacer por nosotros á la divina justicia, Jesús no conservó de las fuerzas corporales más que las indispensables para orar y para sufrir, hasta el punto de que el hambre y la sed, creciendo de día en día, le hubieran quitado la vida, á no estar ésta sostenida por la virtud divina que le reservaba para sufrimientos incomparablemente más grandes.

Esta conducta del Salvador es una maravillosa instrucción para nosotros.

Reflexionemos por algunos momentos sobre la misma, hermanos míos, á fin de sacar importantísimos documentos para nuestro provecho espiritual. *Ave Maria.*

Al retirarse Jesucristo, hermanos míos, al desierto, ha querido enseñarnos dos grandes verdades. En primer lugar, cuán grande es la importancia de la salvación de las almas, ya que no quiso dedi-

carse á trabajar en ella sino después de aplacar la justa cólera del Padre Eterno con un ayuno de cuarenta días, y de atraer con continuadas súplicas las bendiciones celestiales sobre su doctrina y trabajos. Jesucristo podía ser indiferente á nuestra salvación ó á nuestra perdición, puesto que él era santo, grande, eterno y dichoso sin nosotros. Pero, una vez encargado de nuestra reconciliación con Dios, su caridad infinita nada ha olvidado para consumir la obra; y como todo nuestro bien, toda nuestra felicidad, depende de la salvación de nuestra alma, ha procurado enseñarnos con su ejemplo cuánto es conducente al logro de este supremo fin. Quiso que nuestra salvación fuese la regla y el objeto de todas nuestras aspiraciones, y cualquier cosa que de la eterna salvación pueda apartarnos, le es, por esto mismo, desagradable. Nosotros, empero, somos tan miserables, que vivimos en el olvido de deber tan importante, ó lo consideramos como un asunto de poca monta, aunque Jesucristo nos dice: «De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si llega á perder su alma? y nos refiere el fin desgraciado de un rico del siglo, el cual, no pensando más que en aumentar sus tesoros, y olvidándose de su salvación, oyó una voz del cielo que le dijo: «Insensato! esta noche se te pedirá cuenta de tu alma, y ¿para quién será toda la riqueza que has reunido?» y añade Jesús: «He ahí lo que sucede al hombre que atesora para sí mismo, y que no es rico en Dios.

Sois, pues, unos insensatos ante el juicio de la sabiduría eterna, vosotros, reyes, grandes de la tierra, magistrados, sois unos insensatos, vosotros, ricos, pobres, comerciantes, artistas, sois unos insensatos, si abrumados por los cuidados de esta vida, desentendáis vuestra salvación eterna. ¿De qué os servirá estar llenos de los tesoros de la tierra, si estáis vacíos de los tesoros del cielo? Perderéis los unos y los otros. Los bienes perecederos os abandonarán bien pronto, y entonces os hallaréis también privados de los bienes eternos. La segunda verdad que Jesucristo nos enseña retirándose al desierto y ayunando allí, es la obligación de la penitencia y la forma en que debemos practicar el ayuno, para que sea medicina eficaz á los males de nuestra alma. Un siervo de Dios ha dicho que ayunar y pecar es imitar al demonio, el cual es siempre malo y no come jamás. El ayuno de Nuestro Señor iba acompañado de la oración y de la soledad. Así reprueba la sagrada Escritura el ayuno que va unido á obras viciosas, á inclinaciones contrarias á la ley de Dios. El ayuno por sí solo no arranca los vicios del alma ni planta en ella las virtudes; de nada sirve á los ojos de Dios, si no va unido al espíritu de penitencia que aborrece el pecado y hace toda clase de

esfuerzos para evitarlo. El ayuno más agradable á Dios es la abstención de todo lo que pueda dañar al alma.

Habiendo Jesucristo pasado cuarenta días sin comer, hallábase su humanidad santa tan debilitada, que el demonio creyó ser aquella ocasión muy propicia para tentarle sin darse á conocer; porque el ordinario artificio del demonio es buscar los momentos favorables para seducir á los hombres, bien sea con la apariencia de una buena acción, bien con un pretexto de necesidad, bien con la esperanza de evitar un mal mayor si hay en lo que sugiere pecado manifiesto. Pero no suele el demonio apelar á engaños ni á la violencia en aquellos á quienes el vicio ha entregado á su poder; estos tales no se le resisten; le conceden cuanto desea. Así es que, hablando con propiedad, sólo los que resisten son tentados. Para enseñanza de éstos se ha dignado el Señor dejarse tentar con tantos artificios; sin esta circunstancia, es muy posible que el Salvador no hubiera sufrido si quiera que criatura tan odiosa se le acercara, y mucho menos que osara tentarle. Mas, como Jesús se había ofrecido á soportar, para nuestra salvación, todos los males que sin pecado pueden soportarse, no ha querido eximirse tampoco de la tentación, que es la pena más peligrosa, ni que nosotros pudiéramos lamentarnos de que, habiéndose hecho partícipe de todos nuestros trabajos, nos hubiera abandonado únicamente en éste. Por esto ocultó al ángel de las tinieblas, no sólo su divinidad, sino también la gloria de su alma celestial, pues de no haberlo así hecho, de haberle el demonio conocido, jamás le hubiera atacado, sabiendo, como sabe, que los espíritus celestes no pueden ser seducidos. A decir verdad, el demonio sospechaba en Jesús algo de divino, y esta misma sospecha le inspiró el deseo de conocer la verdad.

Satán se presentó, pues, al Salvador, tomando la apariencia de habitante de aquellas soledades, y se sirvió del hambre y del abatimiento en que veía á Jesucristo para abordarle y aparecer ante él como compadecido de sus sufrimientos. Representóle que aquel que había hecho salir de la roca viva un fuerte caudal de agua para mitigar la sed de su pueblo, haría también, si se le pedía, que las piedras del desierto se trocaran en pan, para aplacar el hambre de su hijo. Nada omitió el tentador para ocultar quién era, imitar al hombre caritativo y dar, de esta suerte, autoridad á sus consejos. El objeto del demonio era incitar á Jesús á exagerar su confianza en Dios y hacerle presuntuoso, insinuándole que, después de un ayuno tan prolongado y riguroso, bien merecía que se hiciera un milagro en obsequio suyo para alimentarle. La tentación era demasiado fina y

peligrosísima, además, en aquella coyuntura. Dijo, pues, el demonio á Jesús: «Haz que estas piedras se conviertan en pan.» Pero Jesús inutilizó todo aquel artificio. Nada, sin duda, le hubiera sido más fácil que realizar el milagro que se le indicaba para sostener su santa humanidad, como hizo otros muchos en beneficio de los que recurrían á él en sus necesidades; pero, para contrariar por completo los deseos del demonio, limitóse á contestarle: «No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.»

Vencido el demonio por esta respuesta, hizo otra tentativa. Transportó á Jesucristo, dice el Evangelio, á la ciudad santa y le colocó sobre la cúpula del templo; alabó la confianza en Dios de que acababa de dar pruebas, y le exhortó á perseverar en ella, diciéndole que los servidores de Dios nada tenían que temer, que ningún mal podía sucederles, porque estaba escrito: El ha encomendado á los ángeles vuestra custodia y dirección; en manos de ellos seréis llevado sin peligro; que, por tanto, podía arrojarse sin recelo desde lo alto del templo, pues los ángeles le sostendrían en su caída. El designio del demonio en esta tentación era inspirar á Jesús la estimación de sí mismo y la confianza en su propia virtud, é inducirle á que hiciera de ellas temerario empleo, en ocasión en que no redundaban en gloria alguna de Dios; antes, al contrario, tentaban su poder. Jesucristo confundió segunda vez al demonio diciéndole: «También está escrito: No tentareis al Señor, vuestro Dios.»

Entonces Satán, lleno de rabia y orgullo, arrojó la careta, y todo el disimulo que hasta allí había empleado trocóse en insolencia. Transportó nuevamente á Jesús á la cumbre de una elevadísima montaña, y mostrándole desde allí todos los reinos del mundo, cuyo brillo y gloria encareció, le dijo: «Todo esto te daré si, prosternándote, me adoras. Yo soy el dueño de cuanto ves; nadie más digno que tú de poseerlo, y no es justo que siendo tú capaz de gobernar el universo, permanezcas en la obscuridad y la miseria.» El demonio pretendía con esto inspirar á Jesús un movimiento de orgullo. Pero el Hijo de Dios no quiso sufrir ya por más tiempo la insolencia del espíritu de las tinieblas; mandóle, pues, que se alejara, diciéndole: «Retírate, Satán, porque está escrito: Adorarás al Señor, tu Dios, y á él solo servirás.» El demonio se retiró anonadado; los ángeles del Señor acudieron á Jesús y le sirvieron.

Los santos doctores comparan las tentaciones del Salvador en el desierto á las de nuestros primeros padres en el paraíso terrenal, y dicen que Jesucristo fué, primero, tentado por la gula, para expiar la de Adán, que tantos males atrajo sobre la humanidad; después,

por la vanagloria, para reparar el dæseo concebido por Eva de hacerse semejante à Dios; y, por último, por la idolatría y la avaricia, para remediar estos dos grandes males que habían corrompido el universo entero. Añaden que las palabras de que se sirvió Jesucristo para resistir al demonio, son armas poderosísimas para vencer toda tentación. Estas palabras demuéstrannos claramente cuán eficaz es una voluntad firme y decidida para destruir las asechanzas de un enemigo que sólo puede vencernos cuando de nuestra voluntad logra apoderarse. Así emplea él tantos artificios para ganarla. Empieza por pedir que se le escuche; luego nos seduce con los pensamientos que nos sugiere, y nos hace saborear de antemano el placer que nos proporcionará si somos dóciles à la sugestión. Llegados à este punto, es mucho más difícil resistir à la tentación. Las fuerzas del alma se debilitan poco à poco; la vista y el respeto que debemos à Dios, siempre presente, desaparecen; la voluntad consiente al fin por completo, y el demonio no nos abandona ya hasta que el pecado queda consumado. La experiencia, el gusto del primer pecado, nos hace desear otros con mayor ardor; los actos reiterados de pecar forman el hábito, el hábito constituye esa cadena tan difícil de romper, de la cual se sirve el demonio para arrastrarnos al infierno. Pero cuando encuentra una voluntad decidida à combatirle, sorda à sus primeras sugestiónes, que desde un principio le rechaza con valor, este artero enemigo cede el campo y no triunfa jamás.

Aprended, pues, hermanos míos, del ejemplo de Jesucristo, que la tentación no puede hacer sucumbir más que à aquel que no tiene la firme resolución de no abandonar à Dios. Que este Ser, infinitamente justo y fiel à sus promesas, no permite jamás que seamos tentados mas allá de lo que nuestras fuerzas pueden resistir; que él sostiene siempre con su gracia à quien se la pide con humildad; que son inexcusables los que se dejan vencer por un enemigo desarmado; los que le facilitan contra sí mismos las armas que Jesucristo les había dado para vencerle; los que, con su caída, proporcionan el triunfo à Satanás; los que abandonan, en fin, los bienes eternos que Jesucristo les ha conquistado à costa de todas sus humillaciones y de toda su sangre, por nosotros derramada. Dios os preserve, por su gracia, hermanos míos, de semejante desdicha. Así sea.

LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO

Tunc Iesus ductus est in desertum à spiritu, ut tentaretur à diabolo.
Entonces fué Jesús conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo.

(MATH. 4, 1.)

Fuése el demonio al desierto à tentar à nuestro Señor, atacándole por la gula, la vanagloria y la ambición, escollos, todos tres, harto temibles, aun para los solitarios que viven apartados del mundo. Pero Jesucristo, triunfador del demonio en estos tres combates, les da la fuerza necesaria para resistir con su ejemplo, y la seguridad de vencer con el auxilio de su gracia. Si imitamos la virtud de Jesucristo, no debe espantarnos este enemigo, porque sólo tiene fuerzas contra los que son débiles y flojos en el cumplimiento de los mandamientos divinos. La resolución de un solitario generoso desconcierta al enemigo, su resistencia le pone en fuga, sus supercherías y artificios no producen efecto alguno contra el alma que se abroquele con el escudo de la fe, se revista de la coraza de la justicia y esgrima la espada de la palabra divina, según expresión del Apóstol. Tomemos sus armas, sigámosle à nuestro jefe à quien el Espíritu Santo conduce à la liza, *Ductus à Spiritu*. Los ángeles vienen à coronarle, *Angeli acciserunt*. Aprendamos de él la táctica de combatir à nuestro enemigo, para vencerle con él. Rechaza los tres ataques del espíritu infernal con las tres respuestas diferentes que vamos à desarrollar para nuestra instrucción. *Ave María*.

El demonio lleva siempre consigo tres desdichadas sugestiónes, de las cuales se sirve para devorar la mayor parte de los hombres. Son aquellas las tres raíces de todos los pecados, de las cuales habla San Juan en su epístola: la concupiscencia de la carne, que es la voluptuosidad; la concupiscencia de la vista, que es la avaricia; la so-

por la vanagloria, para reparar el dæseo concebido por Eva de hacerse semejante à Dios; y, por último, por la idolatría y la avaricia, para remediar estos dos grandes males que habían corrompido el universo entero. Añaden que las palabras de que se sirvió Jesucristo para resistir al demonio, son armas poderosísimas para vencer toda tentación. Estas palabras demuéstrannos claramente cuán eficaz es una voluntad firme y decidida para destruir las asechanzas de un enemigo que sólo puede vencernos cuando de nuestra voluntad logra apoderarse. Así emplea él tantos artificios para ganarla. Empieza por pedir que se le escuche; luego nos seduce con los pensamientos que nos sugiere, y nos hace saborear de antemano el placer que nos proporcionará si somos dóciles à la sugestión. Llegados à este punto, es mucho más difícil resistir à la tentación. Las fuerzas del alma se debilitan poco à poco; la vista y el respeto que debemos à Dios, siempre presente, desaparecen; la voluntad consiente al fin por completo, y el demonio no nos abandona ya hasta que el pecado queda consumado. La experiencia, el gusto del primer pecado, nos hace desear otros con mayor ardor; los actos reiterados de pecar forman el hábito, el hábito constituye esa cadena tan difícil de romper, de la cual se sirve el demonio para arrastrarnos al infierno. Pero cuando encuentra una voluntad decidida à combatírle, sorda à sus primeras sugestiónes, que desde un principio le rechaza con valor, este artero enemigo cede el campo y no triunfa jamás.

Aprended, pues, hermanos míos, del ejemplo de Jesucristo, que la tentación no puede hacer sucumbir más que à aquel que no tiene la firme resolución de no abandonar à Dios. Que este Ser, infinitamente justo y fiel à sus promesas, no permite jamás que seamos tentados más allá de lo que nuestras fuerzas pueden resistir; que él sostiene siempre con su gracia à quien se la pide con humildad; que son inexcusables los que se dejan vencer por un enemigo desarmado; los que le facilitan contra sí mismos las armas que Jesucristo les había dado para vencerle; los que, con su caída, proporcionan el triunfo à Satanás; los que abandonan, en fin, los bienes eternos que Jesucristo les ha conquistado à costa de todas sus humillaciones y de toda su sangre, por nosotros derramada. Dios os preserve, por su gracia, hermanos míos, de semejante desdicha. Así sea.

LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO

Tunc Iesus ductus est in desertum à spiritu, ut tentaretur à diabolo.

Entonces fué Jesús conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo.

(MATH. 4, 1.)

Fuése el demonio al desierto à tentar à nuestro Señor, atacándole por la gula, la vanagloria y la ambición, escollos, todos tres, harto temibles, aun para los solitarios que viven apartados del mundo. Pero Jesucristo, triunfador del demonio en estos tres combates, les da la fuerza necesaria para resistir con su ejemplo, y la seguridad de vencer con el auxilio de su gracia. Si imitamos la virtud de Jesucristo, no debe espantarnos este enemigo, porque sólo tiene fuerzas contra los que son débiles y flojos en el cumplimiento de los mandamientos divinos. La resolución de un solitario generoso desconcierta al enemigo, su resistencia le pone en fuga, sus supercherías y artificios no producen efecto alguno contra el alma que se abroquele con el escudo de la fe, se revista de la coraza de la justicia y esgrima la espada de la palabra divina, según expresión del Apóstol. Tomemos sus armas, sigámosle à nuestro jefe à quien el Espíritu Santo conduce à la liza, *Ductus à Spiritu*. Los ángeles vienen à coronarle, *Angeli acciserunt*. Aprendamos de él la táctica de combatir à nuestro enemigo, para vencerle con él. Rechaza los tres ataques del espíritu infernal con las tres respuestas diferentes que vamos à desarrollar para nuestra instrucción. *Ave María*.

El demonio lleva siempre consigo tres desdichadas sugestiónes, de las cuales se sirve para devorar la mayor parte de los hombres. Son aquellas las tres raíces de todos los pecados, de las cuales habla San Juan en su epístola: la concupiscencia de la carne, que es la voluptuosidad; la concupiscencia de la vista, que es la avaricia; la so-

berbia de la vida, que es la ambición. Por medio de estos tres artificios seduce el demonio á los hombres y los separa de Dios.

No imputemos, sin embargo, todos los males del alma al espíritu maligno, dice San Gregorio Nazianceno; no acusemos solamente á su malicia, para dar rienda suelta á nuestras costumbres. *Quid adversarium accusamus et moribus damus licentiam?* Si algo puede el demonio, puédelo porque nosotros queremos, y su victoria, dice San Juan Crisostomo, no es debida tanto á su fortaleza cuanto á nuestra cobardía y flojedad. Cuando nos flenta, cumple con lo que le inspira su malicia, y si á nuestra vez cumpliéramos nosotros nuestro deber con el mismo empeño que él pone en atacarnos, la corona del triunfo sería para nosotros, la vergüenza de la huida para él. Resistid al diablo y huirá de vosotros, dice Santiago. Pero el es más fogoso en atacarnos, que diligentes nosotros en defendernos; él vigila para perdernos, nosotros no velamos para precavernos de él. Sus ojos están incesantemente abiertos para estudiar dónde y cómo podrá sorprendernos; nosotros no los abrimos siquiera para ver dónde nos tiende sus redes. El imita la astucia del cazador; nosotros sobrepujamos, por decirlo así, la estupidez de los animales. Mas en vano se echa la red ante los ojos de los que tienen alas, dice el Espíritu Santo, y si estuviéramos un poco atentos, podríamos distinguir las emboscadas que nos tiende y las ocasiones que arteramente hace nacer; pero con frecuencia nosotros nos precipitamos espontáneamente en sus redes; conocemos sus lazos, y nos metemos imprudentes en ellos. Lejos de resistir sus ataques, le damos la mano, le ayudamos á perderlos.

En nuestras soledades estamos aún más expuestos á las emboscadas de nuestro enemigo; y he aquí por qué examinamos el combate y la victoria de Jesucristo, verdadero modelo de los solitarios; en ese combate veremos que el caenigo, aunque temible, será siempre el más débil, si así lo queremos. Hemos seguido á nuestro Jefe al desierto; hallámoslo ya en la pelea á que el Espíritu Santo le conduce; oigamos su voz que nos predica la confianza, y armémosnos del valor que nos inspira. *Confidite, ego vici mundum.* Confiad en mi fortaleza, nos dice, y desconfiad siempre de vuestra debilidad. Yo voy á vencer vuestras tentaciones dándoos el ejemplo adecuado para que triunféis de vuestro enemigo; aprended en mi desierto cómo es preciso que le resistáis en el vuestro. Sea mi combate vuestra instrucción, mi victoria vuestro consuelo y vuestra confianza. Confiad, yo he vencido al mundo.

Veo ya al enemigo que se prepara al combate. Como león ru-

giente y hambriento, busca por todas partes la presa que le convenga. No siempre se contenta con la primera que se le presenta, y que podría encontrar con suma facilidad en el mundo; algunas veces la elige; va á buscarla al mismo desierto donde no hay abundancia de ellas. Su ávidez insaciable no le hace olvidar la elección. Ha penetrado ya en el desierto para atacar al santo de los santos. ¡Oh! ¿Cómo podremos en lo sucesivo prometernos un abrigo en vuestras soledades contra su persecución y asechanzas, cuando el mismo Hijo de Dios no ha querido eximirse de ellas? Observemos sus arterias, sus estratagemas, la forma que toma, el tiempo que elige, la manera como procede.

La forma que toma es visible. El Hijo de Dios, dicen los teólogos, no ha podido recibir tentaciones interiores en el apetito, en la imaginación, en la parte inferior, como el común de los hombres, en quienes la carne es rebelde al espíritu, y constituye las más de las veces el más rudo combate con que el demonio nos aborda. El demonio no ha tenido jamás licencia ni poder para hacer impresión alguna sobre los sentidos de Jesús, tentación con la cual más rudamente ataca de ordinario á los que vivimos en el mundo, porque el Verbo divino, que regia inmediatamente su humanidad, no permitía á sus sentidos el más leve movimiento contrario á la razón. Este artero enemigo, convencido de que no podía tentar á Jesucristo interiormente por medio de malas y torpes sugerencias, apréstase á darle exteriormente el asalto, y toma una forma corpórea, como ya lo hiciera otra vez, cuando tentó al primer hombre.

Que aprendan aquí los más austeros y justos á estar siempre prevenidos contra las asechanzas diabólicas. Si el demonio no encuentra fácil acceso á sus corazones, ocupados en las cosas celestiales, procurará vencerles en un combate exterior, por medio de objetos peligrosos, en ataques desgraciados. La misma confianza é inadvertencia de los asediados, le facilitará la ocasión de sorprenderles. Así atacó al primer hombre sirviéndose de las palabras insidiosas de su esposa, no pudiendo, como no podía, atacarle en su espíritu, saturado como estaba de los conocimientos más sublimes. Así rindió á David y Salomón por la vista, no pudiendo embestirles directamente en sus corazones, dotados de subiduría y de virtud. ¡Ah!, cuántos solitarios no ha sorprendido y perdido por este medio! Del mismo modo, en las guerras que sostienen los hombres, se hace dueño el enemigo de las ciudades, penetrando por aquellos puntos exteriores en que los soldados no despiegan una exacta vigilancia, cuando no se las puede tomar por el interior á causa de la buena inteli-

gencia y firme actitud en que permanecen los defensores. Y ¿qué le imparta al demonio el punto por donde haya de penetrar en nuestra alma, siempre que logre inferir á ésta una herida mortal? Una plaza, por bien provista que se la suponga, no estará segura mientras sus puertas se hallen mal guardadas; y el arsenal mejor aprovisionado no basta á defender una plaza cuyas mirallas estén abiertas.

Aquella primera estratagemata de Satanás con Jesucristo fué seguida inmediatamente de otra; eligió la ocasión que le pareció más propia. Dejó transcurrir los cuarenta días completos de ayuno. No ignoraba el demonio que Jesucristo no tenía hambre; y no porque conociese la virtud divina que retenía y suspendía en él la acción del calor natural, sino porque, ignorando la causa, veía el efecto. Entre este conocimiento y esta ignorancia, de la cual nacia una duda, la de si Jesucristo era ó no Dios, estaba el demonio vacilante, fluctuaba entre la admiración y el temor, y no osaba atacarle. El Señor empezó á experimentar las impresiones del hambre por la permisión que otorgó al calor natural de ejercer sus funciones. *Postea esuriit.* El demonio aprovechó aquella ocasión para tentarle. Fundó en la debilidad producida por el hambre la esperanza de una victoria; de la cual el milagro de ayuno tan prolongado le habia quitado hasta entonces la pretensión.

Observemos también en esto, hermanos míos, una nueva arteria del espíritu de las tinieblas. Nos ataca, no sólo por el punto más flaco, cuando descuidamos nuestras reglas y precauciones, sino que elige además la ocasión y el tiempo que mejor pueda favorecer sus designios. Espera el momento del júbilo ó de la tribulación, del fervor ó del relajamiento, de nuestra falta de vigilancia ó del exceso de confianza en nosotros mismos, para ejecutar el proyecto que tal vez habra estado madurando largo tiempo. Así, por ejemplo, ¿quiere hacer culpables las hijas de Lot? espera á que se encuentren solas con su padre. ¿Quiere precipitar en el adulterio á Susana? espía el instante en que ésta se halla sola. ¿Quiere hundir á David en el abismo de los mayores crímenes? elige la hora del paseo. Con frecuencia deja pasar la juventud de muchas personas sin atacarlas seriamente, inspirándoles así una confianza que les resulta funesta: están menos precavidos, se descuidan. Tal fué la causa de la desgracia de Salomón y de tantos grandes hombres que nos han dejado en la incertidumbre acerca de su salvación eterna.

La manera como el demonio atacó á Jesús, es una estratagemata no menos notable que las dos primeras. Abordó al Hijo de Dios citándole las palabras de la Escritura. Así suele engañarnos con razo-

nes aparentes que nos hacen tomar el mal por el bien, el vicio por la virtud. Ha seducido á los herejes valiéndose de la Escritura, y á muchos fieles bajo pretexto de cualquier virtud moral. ¿Cuántos sabios no ha perdido haciéndoles encontrar en su doctrina pretextos para vivir tranquilos en las injusticias que cometen y disculparlas, para cohonestar la ambición que les ciega, la avaricia que les atormenta, los placeres á que están entregados, la negligencia y abandono en el desempeño de los cargos que ejercen!

Hemos visto los aprestos, los ardidés, las añaغازas del demonio; veamos ahora sus ataques: la tentación de voluptuosidad es el primero. Empieza por representar al Hijo de Dios la necesidad de comer después de un ayuno tan prolongado, la carencia de viveres en que se encuentra en aquel desierto que no produce más que piedras y espinas, la necesidad alrumadora é imperiosa que le obliga á recurrir al milagro, ya que la naturaleza le niega en su necesidad todo medio de subsistencia. *Si Filius Dei es, dic ut lapides isti panes fiant.* Si eres el Hijo de Dios, le dice, como parece indicarlo el prodigio de una tan larga y absoluta abstinencia, haz que estas piedras se conviertan en pan. Palabras que demuestran, según hacen notar los santos Padres, que el objeto de Satanás era descubrir si Jesús era el verdadero Hijo de Dios, el Mesías prometido y anunciado por los Profetas. Como sólo Dios es capaz de obrar, por su propio poder, verdaderos milagros, en el caso en que hubiera querido efectuar el que el demonio le proponía, tendria éste una prueba certísima de la divinidad de Jesucristo.

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei. Escrito está, respondió Jesucristo, no de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios. Estando la humanidad de Jesucristo personalmente unida al Verbo divino que procede de la boca del Padre, pudo sostenerse durante aquellos cuarenta días sin necesidad de alimento corporal alguno. Nosotros vivimos y subsistimos en ese mismo Verbo y por ese mismo Verbo por el cual el Padre Eterno lo ha creado todo, y por el cual lo sostiene y conserva todo; y aunque el pan es el alimento necesario para sostener nuestro cuerpo, subsistimos, no obstante, más por el Verbo divino que nos sostiene, que por el pan que nos alimenta. *In ipso vivimus, movemur et sumus.*

Cuando os sintáis tentados á romper el ayuno que se os haya impuesto, á cometer cualquier exceso, ó á entregaros á las sollicitaciones de la carne, penetrad en vuestro interior y medid si por contentar vuestro cuerpo debéis ofender á Dios. Sin él, vuestro cuerpo

carecería de vigor y de fuerza; y contra la ley, contra la voluntad de Dios que sostiene vuestra existencia, os entregáis á los deseos de la concupiscencia y le deshonráis en ese mismo cuerpo que él sostiene y anima. Oh almas justas, que vivís apartadas del mundo, glorificad á Dios, y llevad siempre en todo vuestro cuerpo la marca de la adorable alianza que con él habéis contraído por el bautismo y por las reglas de perfección, que regulan vuestra vida.

Profundicemos más aún el sentido de aquellas palabras: *Vita homo*. Ellas nos enseñan que el alma, que es la parte principal del hombre, vive espiritualmente, se nutre del Verbo divino, como que vive de la gracia, del espíritu, de la palabra, de los sacramentos, del ejemplo que el Verbo encarnado ha dado á los hombres. El alma pierde esta vida espiritual, este comercio y comunicación con Dios, cuando sigue los movimientos de la vil pasión. (Qué ceguedad privarla del principio de su vida, por procurar al cuerpo un breve placer, cuya fugaz duración ha de pagarse con una eternidad de penas!

El demonio, que no ha triunfado de Jesucristo en su primera tentación, emprende la segunda. Transporta al Hijo de Dios á la ciudad santa de Jerusalén, y le coloca sobre la cúpula del templo. El Señor le permite esto para su mayor gloria y para confusión de su enemigo. Le traslada del desierto á la ciudad, que es el teatro de la ambición; le coloca sobre un lugar elevado, para significar las grandezas y dignidades á que la ambición aspira. Dícete que se precipite desde la cima de aquella altura, y le promete que los ángeles le sostendrán en sus manos, para que sirva de admiración á los que lo presencian y se conquiste un nombre glorioso, que es el deseo de todos los ambiciosos. Los desiertos y el retiro no son lugares á propósito para la ambición: ésta busca las ciudades, los palacios, los negocios, los empleos que á los palacios conducen, y la ocasión de exhibirse para llegar á sus pretensiones. ¿Cuán grande no es el número de ambiciosos que desde su obscuridad pasán á los cargos públicos, sin experiencia, sin capacidad, por el solo deseo de exhibirse y de abrirse paso á los más grandes honores, sin vocación, sin inteligencia, sin interés por los bienes de la sociedad, sin otro afán que el de ser útiles á sí mismos? Pero, ¿a cuántos vientos no están expuestos en su elevación los ambiciosos? Abrumados por la multitud de los negocios, perseguidos por las inquietudes, agitados por la envidia, sacudidos por la inconstancia, los peligros rodean por do quiera y á cada instante á los que han subido á la cumbre de los honores; cuanto más elevados están, más amenazados se hallan de una profunda y estrepitosa caída. La vanidad les empuja á desear sin regla, sin me-

dida, sin mérito, sin atender á su poco talento y sin considerar los peligros á que se exponen. Suben hasta los cielos, pero bajan hasta los abismos. Y de aquí, hermanos míos, ¡qué de desórdenes! la mala administración de sus cargos, el ejemplo pernicioso, la ruina de la caridad; mil iniquidades, mil abusos, y para colmo de males, un juicio riguroso y terrible que les espera.

¡Ah! ¿y por qué medios llegan los ambiciosos al colmo de sus deseos? El mundo, el demonio, la carne elevan á la mayor parte. Dios llama á Aarón al servicio de los altares; él eleva á Henoc; un carro de fuego arrebató á Elías; un ángel transporta á Habacuc. ¿Qué hacen los ambiciosos? Como Dios no les presta su apoyo para elevarse, emplean prácticas secretas, inteligencias indignas, la adulación, la lisonja, las tortuosidades de la política. ¡Ah, y que no vean el abismo que á sí mismos se abren con su elevación! El demonio, que había elevado en el aire á Simón Magó, le dejó caer y estrellarse contra el suelo. El que había tenido alas para volar, dice San Máximo, no tuvo pies para caminar sobre la tierra. Así, la ambición no eleva más que para precipitar. Semejantes al humo; á medida que ascienden, se desvanecen.

El antídoto á esta ambición es considerar las palabras con que Jesucristo respondió al demonio: «No tentarás al Señor tu Dios.» ¿Qué preguntará quizás alguno, es tentar á Dios el aspirar á un cargo? Tentar á Dios es pretender que realice algo extraordinario, fuera ó sobre el orden que él ha establecido. La creación de los cargos, la autoridad á ellos inherente, emanan de Dios y según la orden de su Providencia están establecidas. No es, pues, tentar á Dios, antes bien es acomodarse al orden que él instituyó, aspirar al poder por Dios establecido. He aquí, solitarios, y almas que estais dedicadas á la soledad y perfección, el sofisma por el cual la ambición puede presentarse apoyada. Del mismo modo hemos visto al demonio apoyarse en la Escritura. Aunque Dios sea el autor de todo poder, de toda autoridad, no lo es de la vanidad humana que ambiciona el poder, ni de la temeridad que lo ocupa sin mérito, ni de la iniquidad que lo usurpa por medios ilegítimos. Dios no aprueba, ni que los incapaces pretendan el poder, ni que, para conseguirlo, se marche por caminos torcidos y prohibidos. El objeto que se pretende es bueno, pero no siempre es pretendido ni buscado con justicia. La edad, la ciencia, la firmeza, la prudencia, la experiencia, los talentos propios para cada cargo ¿no son las cualidades que se requieren en los diferentes empleos y cargos? Y el que no las posee, el que carece de las principales, ó tiene algún defecto considerable que le

aleja del cargo á que aspira, ese, decía, que lo pretende y acepta conociendo ó debiendo conocer los propios defectos contrarios á aquel cargo, ó las cualidades necesarias para ejercerlo y que él no reúne, ese tal ¿no tienta á Dios? ¿No va contra las órdenes del Señor, que quiere que los prudentes gobiernen, que los hombres firmes ó instruidos guíen el timón, y que no pretende confiarlo á los ignorantes, á los débiles, á los laxos y á corazones que no son virtuosos? ¿Se pretende que Dios haga un milagro supliendo en un instante nuestros defectos, nuestra insuficiencia, nuestra debilidad? ¿No equivale esto á precipitarse desde una altura, en la confianza de que Dios enviará sus ángeles para sostenernos? Es, pues, una temeridad muy grave pretender ó aceptar un cargo para cuyo desempeño se sienta uno incapaz. ¿No es esto hacerse doblemente culpable, no sólo contra la justicia, tratando de obtener lo que no se merece, si que también contra la caridad debida al prójimo, al cual nuestra incapacidad no puede menos de ser perjudicial? Esto ya no es sólo tentar á Dios: es también exponerse á una condenación cierta y segura. *Non tentabis Dominum Deum tuum.*

Pasemos á la tercera tentación. El demonio transporta á Jesús desde la cúpula del templo á la cima de una elevada montaña; enséñale desde allí todos los reinos del mundo y promete dárseles si quiere prosternarse ante él y adorarle. *Retrate*, le responde el Señor indignado, *retrate*, escrito está, *adorarás á tu Dios, y á él solo servirás*. Aquí vemos el objeto de la tentación: la iniquidad, y el remedio contra la avaricia. Los bienes terrestres son el objeto del apetito desordenado de adquirirlos; la idolatría en que incurre el avaro abandonando á su Creador para prostituirse al amor desordenado de las criaturas, constituye la iniquidad; y la consideración profunda de lo que debemos á Dios es el remedio contra este pecado. ¿Cómo pueden los bienes terrenales ejercer influjo tan grande, imperio tan avasallador sobre nuestras almas? ¿Cómo podemos perseguir con tanto ardor la posesión de lo que por tan poco tiempo se deja poseer? A Jesucristo le muestra el demonio desde lo alto de la montaña todos los reinos del mundo; pero para seducirnos á nosotros le basta una cosa de importancia mucho menor. Al rey Achab no le ofrece más que la viña de Naboth, dice el Sabio. Dios hizo la tierra y todos los bienes en ella contenidos para servicio del hombre; los avaros hacen de estos bienes otras tantas redes en que á sí mismos se aprisionan; encuentran su pérdida en los beneficios y en la liberalidad del Creador. Usura, fraude, falso peso, escasa medida, doloso contrato, malversación, concusión, opresión del pueblo, todos

los medios injustos que emplea la avaricia, ¿no son otras tantas funestas invenciones del espíritu de las tinieblas? Dios es el Señor legítimo de la tierra. *Domini est terra*. El demonio, que promete los bienes terrestres á los avaros, *hæc omnia tibi dabo*, es el usurpador. Recibirlos de éste por medio de la injusticia, y no de manos del verdadero Señor, por una justa adquisición, ¿no es prestarse á las usurpaciones del demonio contra el derecho del legítimo Señor? ¿No equivale esto á contribuir al reinado del enemigo de Dios sobre el dominio de Dios, reconocerle por soberano de este dominio, hacerse cómplice de sus latrocinios, para ser más tarde compañero de su suplicio? Y no sólo se hace el avaro cómplice del demonio, se convierte además en su adorador: *Si cadens adoraverit me*. Adora á Satán, aferrándose á las cosas creadas; deja el bien supremo, para entregarse á los bienes caducos: su tesoro es el único poseedor de su corazón.

Quejose Dios de los israelitas, porque habían fabricado un idolo con el oro de Egipto que les había dado; quejase de los avaros, porque de las riquezas que da á los hombres para que las consagren á su gloria, hacen ellos su dios. ¿Hay, pues, nada más detestable que un avaro, ya que por serlo es también idolatra? San Pablo consideraba tan horrendo este vicio, que no quería que los cristianos pronunciaran siquiera el nombre avaricia. Y si el nombre solo es tan odioso, ¿cuál no será el castigo del vicio que con tal nombre se designa? Los avaros, los detentadores, los usurpadores de los bienes ajenos, sea cualquiera el nombre ó el pretexto con que pretendan encubrir su injusticia, no entrarán jamás en el reino celestial; dice el Apóstol. Tal es el desdichado progreso de los avaros: abandonan, por los bienes pasajeros, el bien soberano, y se ven, después de su muerte, para siempre privados del uno y de los otros.

¿Cuál es el remedio más eficaz, preguntaréis, para arrancar de nuestros corazones esta pasión funesta? Meditar la respuesta que Jesucristo dió al demonio: «Adorarás al Señor tu Dios y á él solo adorarás.» ¡Oh, mortales! Dios es el Ser primero, vuestro Creador, vuestro Redentor, vuestro Maestro, vuestro fin. A él debéis el homenaje, la dependencia, el reconocimiento, la obediencia; os debéis, todos enteros, á solo él. No podéis servir á la vez á dos señores: es absolutamente necesario que vuestro afecto profiera él uno al otro; esto es, ó bien Dios á las riquezas, no amando éstas sino en tanto que él lo permite, ó las riquezas á Dios, amando éstas más de lo que él quiere, y despreciando por ellas su ley, su gracia, su reino. Pesad en la balanza de la razón á cuál de los dos debéis elegir por dueño. Dios ha colocado todos los bienes terrestres bajo vuestros pies; vosotros en-

tronizaréis esos mismos bienes sobre vuestro corazón, y abusaréis de los dones de Dios contra Dios mismo. *Dominum Deum tuum adorabis.* ¿Estimaréis acaso vuestra alma en menos que el demonio mismo la estima? Por poseerla daría el todo el universo, si en su mano estuviera el darlo: *Hec omnia tibi dabo.* Aprended, pues, á conocer su valor, ya que no por vuestra razón, por la estimación al menos en que la tiene vuestro propio enemigo. Se la entregáis por la sombra del placer, por un honor pasajero, por el más vil interés; y por obtenerla, él lo daría todo. ¿Qué vergüenza para vosotros, que el demonio haga de vuestra alma más caso del que hacéis vosotros mismos! Aprendamos, hermanos míos, por las tentaciones de nuestro enemigo, la manera cómo podemos vencerle. Nos ofrece lo que el mundo tiene de más seductor, con tal de que caigamos á sus pies: los placeres, los honores, las riquezas; esas son sus ofertas, esos son todos sus bienes y todas sus fuerzas. Por medio de ellas mantiene entre los hombres su imperio y su tiranía. Considerad que el demonio nos instruye con esto el mismo de lo que debemos hacer para vencerle. En efecto; cuando por atraernos á su partido nos ofrece todo lo que el mundo tiene de más grande y de más seductor, podemos reconocer por esta tentación que nuestras almas son más preciosas que todo lo que él nos ofrece. De esta reflexión debemos sacar la resolución constante de jamás entregarnos al demonio por cosas que nos son inferiores, y no olvidar jamás esta sentencia: *Quid prodest homini, si universam mundum lucratur, animo vero suo detrimentum patiatur?* ¿De qué sirve al hombre gozar de todos los placeres, de los honores, de los bienes del mundo, si después del término de esta vida, que desaparece como un relámpago, no encuentra, á cambio de las riquezas de un día, más que una pobreza sin fin? ¿á trueque de honores pasajeros, un oprobio eterno? ¿por los placeres de un momento, una eternidad de penas?

Señor, dadnos, por vuestra gracia, la fortaleza necesaria para vencer las tentaciones del demonio, como nos dáis, con vuestro combate, el ejemplo para resistirle. Vos le habéis aterrado por vuestras propias manos; aterradle también por las nuestras, á fin de que experimente todo el peso de vuestro poder. Armadnos de la templanza contra la tentación de la voluptuosidad; de la humildad, contra los asaltos de la ambición; y del deseo de los bienes celestiales, contra los ataques de la avaricia y de los bienes de la tierra. *Amen.*

TENTACIÓN EN EL DESIERTO

Tentatus per omnia, pro similitudine, absque peccato.

Tentado en todas las cosas á semejanza nuestra, excepto el pecado.

(S. PABLO Á LOS HEBREOS, c. 6, v. 18.)

En estas dos palabras de San Pablo se comprende toda la historia de la vida del Hijo de Dios sobre la tierra; porque esta vida, única, preciosa, inefable y divina, no fué otra cosa que un tejido de todas las tentaciones y de todas las pruebas del hombre, de quien el Verbo divino vestía la naturaleza sin la culpa.

Entre las pruebas á que se ve expuesto el hombre durante su vida mortal, se encuentra la de ser tentado, afligido, oprimido, y, según la expresión del mismo apóstol, abofeteado por el ángel apóstata, Satanás. Y supuesto que el Hijo de Dios se había obligado por su amor, como ya hemos visto, á pasar por todos los estados y á experimentar todas las miserias y todas las pruebas del hombre, debía ser también, y fué en efecto, el blanco de la tentación del demonio, como nos lo hace ver el Evangelio de hoy, con el fin, dice un intérprete, de mostrarse á nosotros, que somos tentados con tanta frecuencia por el demonio, no sólo como hombre de nuestra misma naturaleza, sino como nuestro hermano.

Pero ¿cómo pudo consentir el Hijo de Dios en ser tentado por Satanás? ¿Hay, por ventura, una cosa más indigna de la santidad y de la grandeza infinita que ésta? El ser tentado, dice San Gregorio, no era indigno de un Dios redentor, que había venido para ser crucificado. Nada era más justo que el que venciese nuestras tentaciones con las suyas, supuesto que había venido á vencer nuestra muerte con su muerte.

Así pues, la tentación de hoy, dice San Máximo, no fué sufrida por Jesucristo sin un grande é importante misterio. En todo lo que sucede hoy en el desierto, ha tenido presente la sabiduría y la bondad de Dios, nuestra salvación. Por nosotros sufre hoy el Señor el

hambre y sostiene la tentación; por consiguiente, nosotros somos los que vencemos en él, supuesto que pelea por nosotros.

Meditemoslo, hermanos míos, con un entendimiento humilde y un corazón devoto, y así descubriremos grandes arcanos, sublimes instrucciones y grandes amilios, con los que, saliendo victoriosos de nuestras tentaciones y de nuestras pruebas, podremos decir de ellas, que han sido ordenadas, no al pecado, sino á la gracia, no á la ignominia, sino á la gloria. *Ave Maria.*

Notad, en primer lugar, hermanos míos, el tiempo en que sucedió un acontecimiento tan extraordinario, y que, según el evangelista San Lucas, tuvo lugar inmediatamente después que el Señor volvió del Jordán, ó sea inmediatamente después de haber recibido el bautismo. ¡Oh cuán misteriosa y cuán importante es esta circunstancia! Aun cuando el Señor se colocó en nuestro lugar desde el instante de su encarnación, cuando tomó nuestra naturaleza, esto lo hizo entonces de una manera oscura y oculta; sólo en el momento del bautismo fué cuando principió de una manera pública y solemne á tomar la representación y el lugar de todos los hombres pecadores, y contraigo ante el cielo y la tierra el empeño de redimirlos de sus pecados. Por consiguiente, Jesucristo, que apenas recibió el bautismo, va á sufrir la tentación, es Jesucristo que, después de haber recibido la investidura solemne de redentor del mundo, se prepara á cumplir su ministerio. Y como de la seducción del demonio comenzó nuestra ruina, por esta razón el Redentor procura ante todo abatir la fuerza del demonio y debilitar su imperio.

¡Oh bello designio de nuestro Salvador! Antes de combatir con la predicación de su celestial doctrina las pasiones de los hombres, procura debilitar con su virtud divina el poder del demonio, que las excita y las sostiene; y antes de darse á conocer á la tierra con sus milagros, obra, dice San Cipriano, el grande milagro de humillar al demonio y hacerse temer del infierno.

Por esta razón, dice San Mateo que el Señor fué conducido por el espíritu á esta tentación; es decir, como expresa claramente San Lucas, por el Espíritu Santo, que en forma de paloma había descendido visiblemente sobre él y del que había vuelto lleno desde las márgenes del Jordán; y esto, como advierte muy bien San Pedro Crisólogo, para que ninguno crea que esta tentación fué un encuentro casual, al que están expuestos generalmente los hombres, cuando, por el contrario, fué un designio profundo de Dios; y como el Espíritu Santo es el amor divino, es la caridad infinita, esta palabra fué con-

ducido. *Ductus est*, no quiere decir, como observa San Jerónimo, que el Señor fué llevado contra su voluntad ó por fuerza, sino que fué arrastrado por su amor á nosotros, por el deseo de pelear por nosotros y de vencer por nosotros.

Después de haber indicado el tiempo, nota también el Evangelista el lugar donde sucedió esta misteriosa lucha, diciendo que el Señor fué conducido al desierto. Esta circunstancia, dice San Juan Crisóstomo, nos descubre claramente el motivo por qué fué allí, es decir, para despojar al demonio en aquella soledad del funesto trunfo que había conseguido sobre Adán en el paraíso; y el Puldense añade: Se necesitaba un lugar solitario y triste para hacer triunfar á Adán, que había sido vencido en un lugar de placer y de delicias.

Á las circunstancias del tiempo y del lugar añade el Evangelista la de las disposiciones y las armas con que se peleó en esta batalla, diciendo que fué después del rigoroso ayuno de cuarenta días que observó Jesucristo y del hambre que sintió.

Por sola esta circunstancia de un ayuno de cuarenta días, parece que hoy se trata de una nueva era del mundo. En efecto, así como con el ayuno de cuarenta días de Noé en el arca comenzó la era de la tradición, con el ayuno de cuarenta días de Moisés en el Sinai comenzó la era de la ley, y con el ayuno de cuarenta días de Elías en una cueva comenzó la era de los profetas, de la misma manera con el ayuno de cuarenta días de Jesucristo en el desierto comienza hoy la era del Evangelio; y notad que Jesucristo ayuna precisamente cuarenta días antes de comenzar la predicación de la ley del amor; así como Moisés ayunó cuarenta días antes de anunciar al pueblo la ley del temor. Para que se vea claramente, dice Aimón, que la era del Evangelio no contradice la era legal ni la era profética que le precedieron; sino que las contiene, las perfecciona y las cumple.

No es menos misteriosa el hambre que después de su ayuno experimentó el Salvador. Esta hambre, dice San Hilario, no es la necesidad de un alimento humano, sino el deseo vehemente de la salvación de los hombres; es aquella hambre de la que más tarde dijo á los apóstoles que no se aplaca ni se satisface con otro alimento que con el cumplimiento de la voluntad del Padre, es decir, la gran obra de la redención de los hombres; y como el principio de la salvación humana era la fe en el misterio de la Encarnación, quiso el Señor experimentar realmente esta hambre aun en su cuerpo para manifestarnos la verdad y darnos la prueba de este misterio. Así pues, prosigue Aimón, de la misma manera que por haber vivido cuarenta días sin tomar alimento alguno se manifestó verdadero Dios, así también, con

haber experimentado el hambre después de este ayuno, se anunció como verdadero hombre. Y San Máximo dice igualmente: «Ved aquí el misterio que se dignó el Señor cumplir en nuestra carne mortal, a saber, que mientras se manifestaba verdadero Dios al obrar tantos prodigios, se manifestaba verdadero hombre al sufrir las enfermedades humanas.

Pero además de estas razones tan verdaderas y tan importantes, ayunó también el Señor, y tuvo hambre, en orden al misterio de la destrucción del demonio, que venía a cumplir. Por una parte, dice el intérprete, quiso el Señor con esta hambre que experimentó después de un ayuno tan largo y tan rigoroso, satisfacer por el pecado de gula de Adán y por todos los pecados de sensualidad del mismo Adán y de todos sus descendientes; y por otra parte quiso Jesucristo, dice San Juan Crisóstomo, vencer, hambriento, al demonio, que había vencido a Adán después de harto; porque el segundo Adán se complació en triunfar por el mismo camino por donde había sido vencido el primer Adán.

Se trataba, dice San Hilario, de hacer que el demonio fuese vencido, no por el poder de Dios, sino en la carne del hombre, de quien había sufrido vencedor. Y ¿qué hace para esto el Señor? pregunta Teofilacto. Hace conocer con señales exteriores que tiene hambre, y presenta de este modo al demonio la ocasión de acercarse y de tentarle, a fin de poderlo confundir y de comunicarnos a nosotros la gloria y el mérito de su triunfo. Ved aquí, pues, a la presencia del verdadero Israel, de la humanidad asustada (porque del éxito de esta lucha dependía su eterna libertad ó su esclavitud eterna); ved aquí al verdadero David descender a la arena para combatir el orgullo del verdadero Goliath, sin empuñar otras armas que una piedra, aquella piedra misteriosa que, despreciándose sin concurso humano de la alta montaña, vino en figura a destruir la estatua del soberbio Nahucoónosor, ocultando su majestad como dice San León, y no oponiendo a la insolente altanería del demonio otra cosa más que la debilidad de nuestra humanidad, que tomó de María sin concurso humano.

El tentador principia su lucha con el segundo Adán por la gula; porque, como observa San Ambrosio, por la gula había triunfado del primero. Después, vuelve a tentar al Señor por la avaricia, y últimamente por la vanagloria. De estas tres maneras, dice San Gregorio, fué tentado por el demonio el primer hombre: fué tentado por la sensualidad cuando se le persuadió á que comiese del fruto prohibido; por la soberbia cuando se le hizo creerse inmortal é independiente de Dios, y por la avaricia cuando se le prometió que sería, como el mismo

Dios, señor de la ciencia y del secreto de Dios para poder saberlo todo; porque, como dice el mismo padre, la avaricia es el amor desordenado, no sólo del oro, sino de toda distinción y de toda grandeza. Pero ¿cuán diverso fué el éxito de estas dos luchas! prosigue diciendo San Gregorio. Las mismas armas que proporcionaron al demonio la victoria sobre el primer Adán, esgrimidas por el contra el segundo, no le proporcionaron otra cosa que confusión y derrota.

En segundo lugar, el evangelista San Juan ha dicho: «Las tres especies de concupiscencia por que el hombre peca son: el amor de la carne, el amor del lujo y el amor de la gloria.» Por esta razón habiendo permitido el Señor, dice San Juan Crisóstomo, ser tentado sobre estas tres especies de concupiscencia, que encierran en sí todas las demás y son la semilla de todos los pecados, es claro que sufrió todas las especies de tentaciones. San Lucas dice que en estas tres tentaciones sufrió el Señor todas las tentaciones; y San Pablo añade que Jesucristo pasó por todas las tentaciones por que pasan todos los hombres. Pero el Señor rechazó estas tres tentaciones de una manera tan magnífica, tan sublime y tan perfecta, que el demonio, burlado, humillado y derrotado, huyó al momento de su presencia. ¡Oh victoria sorprendente y gloriosa! dice San Juan Crisóstomo, porque el Hijo de Dios no venció en ella al demonio como Dios, lo que nada hubiera tenido de extraordinario, sino que lo venció como hombre, lo venció en el hombre y por el hombre.

No sólo fué el hombre quien venció al diablo en esta lucha, sino que lo venció, dice San León, con un admirable derecho de justicia; porque, aunque Jesucristo era Señor omnipotente, porque era Hijo de Dios, no opuso, sin embargo, al furor del enemigo el esplendor de su majestad, sino la humildad de nuestra naturaleza. Peleó con él, y lo venció, prosigue San León, con armas iguales, con el testimonio de la ley, y no con la fuerza de su virtud divina; oponiendo á la seducción, al engaño y á la mentira, que el demonio había empleado con el primer hombre, la prudencia, la sabiduría, la verdad, el respeto humilde y la obediencia religiosa á Dios, como si no hubiera sido más que puro hombre. De este modo, honró más al hombre, y confundió y castigó á su orgulloso adversario, habiendo hecho que todos viesen al enemigo del género humano vencido en esta lucha misteriosa, no por Dios, sino por el hombre.

Hoy se cumple pues, dice San Juan Crisóstomo, la magnífica profecía de Jacob, de que el dragón infernal sería burlado y cogido en el anzuelo. Porque, así como el pez, corriendo tras la comida que se le prepara debajo del agua, y no viendo el anzuelo que está oculto

en ella, queda preso en él, de la misma manera el demonio, considerando tan sólo el cuerpo humano en Jesucristo, y no observando la divinidad que se hallaba oculta en él bajo el velo de la humanidad, impenetrable á su infernal orgullo, se arroja á él como á una de sus víctimas ordinarias, como á una de las almas humanas, tan fáciles de ser devoradas por él; pero al tiempo de abrir su boca y quererle clavar sus ávidos dientes, seguro de quedarse con su presa, queda él mismo hecho presa de Jesucristo.

En tercer lugar, el misterio de la misericordia de Dios no podía ser más limitado que el misterio de su justicia. Así como en Adán se incluyeron las voluntades de todos los hombres, con mucha más razón en Jesucristo debieron incluirse las voluntades de todos los cristianos; y así como en Adán todos pecaron, así también todos merecieron en Jesucristo. Por esta razón, de la misma manera que con haber vencido el demonio á Adán adquirió un derecho funesto de señorío sobre toda la estirpe terrena, que procede de la sangre inficionada y de la voluntad del hombre, así también con haber sido vencido por Jesucristo, perdió todo el derecho que tenía para tiranizar su celestial descendencia, nacida del espíritu y de la voluntad de Dios. Obcecado el demonio por su mismo orgullo, no vió, dice San León, la santidad infinita de Jesucristo ni la libertad á que tenía derecho por su inocencia. No vió que Jesucristo, á pesar de tener una carne semejante á la de Adán, no tenía las obras semejantes á las de Adán, ni que, á pesar de haber tomado su naturaleza, no había heredado su culpa, habiendo tenido, pues, la temeridad sacrilega de querer dominar por medio de la tentación la persona del único hijo de Adán en que no podía encontrarse ni aun la sombra del pecado, por este acto de injusticia solemne de haber querido subyugar á aquel que nada le debía, y sobre quien no tenía derecho ni poder alguno, mereció perder los derechos funestos de señorío que tenía sobre toda su descendencia.

Conozcamos, pues, el grande y precioso misterio que el Señor ha obrado hoy en el desierto para nuestro bien. Para nosotros, dice San Máximo, ha vencido al demonio, así como se había dignado sufrir el hambre para nosotros, y ha sostenido la lucha tan humillante de ser tentado por el diablo, como el último de los hombres, para transferirnos todo el mérito y toda la gloria de su triunfo.

Mas, así como al vencer por nosotros la muerte en el Calvario no nos exceptó de la necesidad de morir, de la misma manera al haber vencido hoy al tentador en el desierto, no nos ha sustraído de la posibilidad de ser tentados, para que nos acordemos siempre del an-

tiguo estado de muerte eterna y de eterna servidumbre á que nos había reducido el pecado. Mas, así como la victoria que ha alcanzado para nosotros sobre la muerte consiste en que podamos triunfar de ella con una resurrección inmortal, después de habernos sometido á su ley, de la misma manera la victoria que ha alcanzado para nosotros sobre el tentador consiste en que podamos triunfar también de él con una fuerza superior, después de haber experimentado sus asaltos. Hoy, pues, de miserables prisioneros que éramos de Lucifer, nos hemos hecho sus poderosos rivales. Ya no tiene él el derecho de tiranizarnos como á sus esclavos; sólo le ha quedado el poder que tenía con el primer hombre inocente, de combatirnos y ponernos asechanzas, como á sus enemigos. Por esta razón, dice San Pablo que en la lucha en que nos encontramos durante esta vida no tenemos que pelear tan sólo con la carne y con la sangre, sino con los principes y con las potestades de las tinieblas. Mas si nos revestimos de la armadura espiritual que nos ha dejado nuestro libertador, si por medio de una fe viva, de una esperanza firme y de una caridad sincera vivimos unidos á él y somos del número de sus hijos, estos grandes enemigos serán impotentes para dañarnos, y mucho menos podrán subyugarlos de nuevo. El dragón infernal tan temible y tan temido por los hombres, no será ya en nuestra presencia, según otra profecía de Jacob, más que una miserable ave, un imbécil pajarillo, á quien los niños provocan impunemente.

A medida que por la victoria de hoy se ha hecho el demonio más débil, nosotros nos hemos hecho más fuertes; porque por el mérito de la humildad con que el segundo Adán ha experimentado hoy todas las tentaciones del primero, no sólo ha borrado su culpa y ha expiado su pena, sino que ha adquirido también, como dice San Pablo, un derecho y un poder especial para socorrernos, para fortalecernos y para sostenernos en nuestras tentaciones y en nuestros peligros. Por consiguiente, hay un lazo y una relación necesaria entre las tentaciones de Jesucristo y la fuerza, que no puede negársenos, para vencer las nuestras. ¡Oh fuerza maravillosa! dice San León, en cuya comparación es muy débil todo cuanto el demonio puede emplear contra nosotros: las hionas de la carne, los atractivos de la concupiscencia y los estímulos de la ambición; porque es nada menos que la virtud misma de Jesucristo, que se comunica á nosotros y reside en nosotros por nuestra confianza en él; y de este modo somos fuertes con su misma fortaleza, así como amamos á Dios con su mismo amor. Y San Agustín en un raptó de alegría exclama igualmente: «¡Oh preciosa tentación á que se ha visto hoy expuesto Jesucristo! De

él procede la fuerza suficiente para que no sea vencido ya el cristiano; en la victoria y por la victoria del Redentor triunfa también el redimido. Sea, pues, bendito, alabado y glorificado, nos dice San Pablo, nuestro Dios y Señor, que por medio de Jesucristo nos ha alcanzado hoy una gran victoria. *Amén.*



Recibido ya el precioso bautismo en el que, hermanos míos, había tomado Jesucristo de una manera pública y solemne la investidura de la redención del mundo; sostenida la tentación, en la que con sabiduría había vencido y desarmado al enemigo común del hombre, el demonio, se prepara para combatir con su predicación los enemigos particulares, los errores del hombre, sus vicios y sus pasiones. Mas porque, aunque podía desempeñar por sí solo este su divino ministerio, quiso asociarse ciertos hombres, para facilitar y perpetuarlo entre los hombres, comenzó desde luego á elegir y llamar á los apóstoles. San Andrés le había llevado ya á sus pies á su hermano San Pedro; San Felipe le había presentado á Natanael, y el mismo Pedro había recibido ya el título de Piedra misteriosa. Ya habían pasado tres días desde esta elección y esta vocación, cuando en Caná de Galilea se celebró un festín y un convite de bodas.

El esposo de estas bodas era Simón Cananeo, hijo del hermano de José Alfeo, sobrino de la Santísima Virgen y primo del Salvador. Por esta razón se encontraba allí María, convidada por los esposos como su parienta. Algunos intérpretes creen que, como el novio

era un pariente cercano de María, esta augusta Señora había sido rogada para que se encargase de presidir aquel convite y cuidar de cuanto pudiese necesitarse en él. Y ciertamente este encargo no podía darse á otra persona más digna, más sabia, más cuidadosa ni más amable.

Por consideración á María fué convidado también á aquella boda Jesucristo con los discípulos que le seguían ya. Y como este Hijo de Dios se había dignado tomar la forma de siervo, se dignó, dice San Juan Crisóstomo, asistir á las bodas de los siervos. Y San Agustín añade: «No rehusó el Señor tomar parte en las instituciones corporales y terrenas, porque había descendido del cielo para corregirlas y santificarlas. Por consiguiente, al asistir á las bodas de Caná, quiso consolidar con su presencia las bases de la más importante de las uniones humanas.» Ved aquí, pues, prosigue San Máximo, asistiendo á las bodas de los hombres el Hijo de Dios, que nació hombre, aunque no de las nupcias, como los demás hombres. Vedlo asistir al convite, no para fortalecerse con el vino de los otros, sino para fortalecer á los demás con su vino misterioso. Vedlo asistir á las bodas, no para recrearse en un alegre banquete, sino para darse á conocer por sus prodigios.

Estos y otros misterios descubriremos al fijar nuestra consideración en el primer milagro obrado por Jesucristo en Caná de Galilea. *Ase María.*

Durante el banquete, hermanos míos, que se celebraba en Caná, en ocasión de aquellas bodas á que fué convidado Jesucristo, sucedió que á lo mejor de la comida faltó de pronto el vino, sin haber de dónde proveerse al momento: *Et deficiente vino.* (Juan, 3.) Los de la familia se miran unos á otros, avergonzados y confundidos, y no saben qué hacer. La Santísima Virgen, deseosa de socorrerlos á todos, así como los amaba á todos, fué la primera que advirtió este disgusto, y se afligió, dice San Bernardo, por la humillación que de esto había de originarse á los dueños de la casa; y pareció que sufría en sí misma toda la mortificación que ellos experimentaban, y que participaba de su sonrojo, porque es la madre de la benignidad, de la compasión y de la ternura.

Volviéndose, pues, esta madre amorosa á su divino Hijo, le dice en secreto: «Hijo mío, mira que estos pobres no tienen vino.» Y ¿qué hace Jesús? ¿qué responde Jesús? Manifestando no interesarse en la triste posición de los esposos y de los convidados, le dice: «Mujer, ¿qué importa esto á vos ni á mí? Además, mi hora no ha llegado to-

davia. ¡Oh respuesta! ¡Oh palabra! exclama en este lugar San Agustín. ¿Acaso ha venido el Salvador a estas bodas sólo con el objeto de enseñar a los hijos á no cuidarse de las instancias y deseos de sus madres?

No, dice San Bernardo; así como la propuesta de la Madre no fué una culpa, así tampoco fué una reprensión la respuesta del Hijo. Por el contrario, al mostrarse María tan sensible á la mortificación que experimentaban los dueños de la casa por la repentina falta del vino, mostró á Jesús toda la bondad y la ternura de su corazón; y al decir á su Hijo simplemente y sin otra añadidura: *No tienen vino*, dió á conocer que estaba muy cierta de la bondad de su corazón; bondad tan grande, que bastó manifestarle la necesidad para obtener el auxilio. María, dice San Cirilo, al hablar así, confesó que á Jesucristo todo es posible, y le exhortó á que hiciese uso de su misericordia y de su bondad. Por consiguiente, la manifestación tan espléndida que María hizo en esta circunstancia de todo el sentimiento de fe, de piedad y de amor de su bella alma, no pudo dejar de ser muy agradable á su piadoso Hijo.

Por qué, pues, el más santo de los hijos da una respuesta tan dura á la más angustiada de todas las madres? Los intérpretes han tratado de explicar el misterio de esta respuesta. La Madre de Dios, dice San Agustín, exigió el milagro no sólo por compasión á los convidados, sino por amor á Jesucristo; y quiso con esta petición inducir al Hijo á acelerar la manifestación de su divinidad. Jesucristo, pues, al decir: *Aún no ha llegado mi hora*, fué lo mismo que decirle: «Es verdad, como hijo del hombre yo os reconozco por mi Madre, á quien debo obediencia y respeto. Yo os complacería al momento, pero lo que me detiene es que aun no ha llegado la hora en que, como vos deseáis, me manifieste al mundo.» ¡Cuán misterioso, cuán profundo y cuán lleno de celestial sabiduría fué este discurso de Jesucristo! prosigue San Agustín. En él ha distinguido su doble filiación y naturaleza: la divina y la humana. Como Dios, no la reconoce por madre; como hombre, se somete á ella como hijo. Como Dios, le habla con imperio; como hombre, la obedece con respeto; y se muestra de este modo verdadero hijo del hombre en el momento mismo en que revela su superioridad, y su independencia como Hijo de Dios.

Lo que no admite duda es, dice Beda, que Jesucristo acompañó su respuesta con tal expresión de misericordia y con tal acento de piedad, que María comprendió muy bien que el Señor estaba pronto á obrar el milagro que parecía haber negado de palabra. En efecto, si María, observa San Gaudencio, con la luz del Espíritu Santo, de

que permaneció llena después de su divino parto, no hubiese comprendido así la respuesta de su Hijo, no hubiera mandado á los domésticos que esperasen de él el milagro. María comprendió perfectamente el orden del futuro misterio, porque ninguna cosa podía permanecer oculta á aquella que era la Madre de la sabiduría y digna de haber recibido en su seno al mismo Dios.

Notad, sin embargo, un bello ejemplo de obediencia y de respeto por parte de Jesucristo. Apenas ordenó María á los domésticos que se acercasen á él, el Hijo, á pesar de la declaración contraria que había hecho, sin hablar una palabra, se apresuró á llenar los deseos de su santísima Madre. Así, pues, la misma repugnancia, dice San Cirilo, que Jesucristo mostró al principio en hacer el milagro, la misma dificultad que puso de no haber llegado aún la hora de sus prodigios, se convirtió en una prueba de la profunda deferencia que este Hijo divino tiene á los deseos de su Madre; porque, en efecto, por consideración á ella y por respeto á ella, aceleró esta hora y obró este prodigio, que al parecer había pensado diferir.

Este bello testimonio de aprecio, esta bella prueba de amor que dió entonces Jesucristo á su dulcísima Madre, fué un anuncio feliz, una prenda preciosa y un motivo consolador de esperanza para nosotros. Ella nos ha demostrado que nada se niega en el cielo á las súplicas de María; que con un simple deseo, con una sola señal, hace anticipar la hora de los prodigios de su divino Hijo en la tierra. Ella nos muestra que todos los milagros de Jesucristo, todas las manifestaciones de su poder, todas las comunicaciones de su gracia en favor de los hombres, pasan y deben pasar, según el célebre dicho de San Bernardo, por las manos purísimas de María; porque ella ha franqueado hoy los caminos y abierto las puertas. Por consiguiente, este pasaje del Evangelio, aun cuando fuese solo, bastaría para justificar la devoción de la verdadera Iglesia y de todas las almas verdaderamente cristianas á María; la confianza que en ella tienen, la seguridad con que la invocan, el afecto con que la saludan, la ternura con que la aman y el culto con que la honran.

Habiendo escuchado María la respuesta de que hemos hablado, y comprendiendo su significación amorosa, dijo á los familiares, señalándoles á su divino Hijo: «Acercaos á él, y haced cuanto os diga.» *Dicit Mater ejus ministris: Quodcumque dixerit vobis, facite.* (Joan., 5.)

En la misma estancia del convite había seis grandes ánforas ó vasijas de piedra para echar el agua que servía para los lavatorios, de que tan frecuente uso hacían los judíos. Cada uno de estos vasos

contenia la cantidad de dos ó tres metros (1). Jesucristo mandó á los criados que las llenasen de agua, lo que ellos hicieron al momento: *Dixit eis Jesus: Implete hydras aqua; et impleverunt eas usque ad summum. (Joan. 7.)* Y después, sin acercarse á ellas, echando sobre ellas, como es de creer, su bendición omnipotente, como hizo cuando multiplicó los panes, toda aquella cantidad de agua se encontró al momento convertida en un vino muy exquisito; porque todo lo que hizo Jesucristo en su vida por milagro fué, dice San Juan Crisóstomo, mucho más útil, más precioso y más perfecto que lo que se hace ordinariamente por las solas fuerzas de la naturaleza. Entonces prosiguió diciendo el Señor á los siervos: «EA, pues, sacad de él y llevadlo al Arquitrículo, que lo pruebe y lo distribuya en la mesa»; y lo hicieron así: *Et dixit eis Jesus: haurite jam, et ferte Architrículo; et tulerunt. (Joan. 8.)*

Pero ¿cuánta fué la admiración del Arquitrículo cuando, acercándose á los labios del vino milagroso, lo encontró de una fragancia y de un gusto el más delicado y exquisito! Yo no sabía, decía entre sí, que hubiese un vino semejante. ¿De dónde y de qué modo han traído de repente un licor tan precioso? Creyó que había sido una sorpresa que le había hecho el esposo, y se quejó á él cariñosamente por haber guardado para el fin del convite semejante vino, contra el uso, común entonces, de hacer servir los vinos de inferior calidad al fin de la mesa, cuando los convidados se hallaban ya alegres y satisfechos. El esposo aseguró que nada sabía de aquello. Fueron interrogados los sirvientes, y éstos, que en las ánforas no habían echado más que agua, manifestaron lo ocurrido y publicaron el milagro entre todos los comensales.

Mas no nos maravilemos de este portentoso, dice San Agustín, supuesto que es Dios quien lo ha obrado. ¿Qué otra cosa es el vino común sino el agua del cielo, cocida en las entrañas de la tierra por los rayos del sol? Qué maravilla es, pues, que el verdadero sol de justicia, Jesucristo, convirtiese en vino el agua de aquel convite, é hiciese en aquella afortunada casa el mismo milagro que el eco de su palabra omnipotente hace todos los años en las viñas de todo el mundo? Así, pues, las aguas que los siervos del convite de Caná echaron en las ánforas, fueron convertidas en vino por la operación secreta del mismo Dios, por quien se convierten en vino las aguas que las nubes derraman sobre la tierra. Ved aquí, pues, á Jesucristo, con-

(1) El metro era una medida judaica de 108 libras de á 12 onzas. Por consiguiente, cada ánfora contenía 324 libras, y entre todas es, 1,944 libras; es decir, cerca de una bota.

cluye San Pedro Crisólogo, al convertir una criatura en otra, revelarse claramente por Criador y Señor del universo; y ved aquí, añade San Máximo, el poder y la virtud del Dios Criador mostrarse sensiblemente presente en el Hijo de María, por medio de esta mutación instantánea del agua en una naturaleza diferente y opuesta; porque ¿quién otro podía cambiar así la naturaleza del agua, sino aquel que la había criado de la nada?

Esto mismo lo ha querido dar á entender el Evangelista, terminando su bella narración con estas palabras: «Con tal prodigio, obrado en Caná de Galilea, comenzó el Salvador la serie de sus prodigios y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él»; que quiere decir, como explica San Agustín: «Manifestó que él es el Señor y el Rey de la gloria»; *Quia ipse est Rex glorie (Tract. 9, in Joan.)*; y como, siguiendo á los padres, explica Eutimio: «Manifestó el poder, la virtud y la grandeza de su divinidad»; *Gloriam suam, id est, potentiam, virtutem, magnitudinem divinitatis suae (Expos.)*; de modo que los discípulos lo creyeron verdadero Dios y verdadero Mesías.

Pero ¿qué digo yo los discípulos? La tradición, según San Ambrosio, nos testifica que todos los que se hallaban en el convite y gustaron del licor milagroso, arrebatados por la vista de tan gran prodigio, se convirtieron á Jesucristo, salieron de allí limpios de sus culpas; y así como convirtió el Señor en vino el agua, de la misma manera convirtió a todos los circunstantes de las supersticiones de la idolatría á la fe santa y preciosa de los verdaderos creyentes. Donde quiera que Jesucristo llamó, dice San Pedro Crisólogo, donde quiera que Jesucristo entró, donde quiera que fué recibido con amor, la abundancia, el consuelo y el gozo entraron con él; todo se cambió, se transformó y se santificó en torno suyo. Y ¿cómo podía no convertirse todo en gracia y en santidad cuando el agua fué convertida instantáneamente en vino? Ved aquí, en efecto, sigue diciendo San Ambrosio, que apenas el Señor manifiesta su poder, recibe el homenaje de adoración de sus siervos; una casa se convierte instantáneamente en templo, una reunión de hombres se convierte en teatro de las maravillas de Dios, y un convite de bodas se convierte en una fiesta religiosa.

Mas este hecho maravilloso fué ordenado por el Salvador, mas bien que á la utilidad de los judíos allí presentes, á la instrucción de los cristianos futuros. El previó, dice San Agustín, que habían de levantarse algún día los herejes de quienes habla San Pablo, que osarían blasfemar del matrimonio como de una institución del diablo, como de un gran pecado; por consiguiente, para confirmar Jesucristo

á los verdaderos cristianos en la fe de este Sacramento, del cual él es su primer y legítimo autor, quiso asistir, en persona, á las bodas.

Pero aun cuando el matrimonio en sí mismo haya sido instituido y santificado por Dios, no por eso son santos todos los matrimonios que se contraen por los hombres, sino solos aquellos á los que preside la Madre de Jesucristo, á los que son llamados los apóstoles de Jesucristo, y á los que, convidado, asiste el mismo Jesucristo: *Erat Mater Jesu ubi; Vocatus est autem Jesus, et discipuli ejus*. Es decir, que sólo es santo el matrimonio que se contrae entre los cristianos bajo la dependencia y según las leyes de la verdadera Iglesia, según la doctrina de los apóstoles y como sacramento instituido por Jesucristo, que sólo ha elevado á la dignidad de sacramento el matrimonio contraído entre los bautizados. Y aun entre los mismos cristianos son santos aquellos matrimonios que los esposos contraen con intenciones honestas, que celebran con el más severo pudor y reciben en estado de gracia, y de este modo invitan y llaman á ellos á Jesucristo, y Jesucristo asiste invisiblemente y toma parte en ellos; su presencia los aprueba, su gracia los santifica, su bendición los fecunda y los hace prósperos y felices. Dichosas, pues, exclama San Pedro Crisólogo, venturosas aquellas nupcias en que interviene Jesucristo, y que los esposos procuran consagrar, no con la ostentación de un hijo mundano, sino con la práctica de las virtudes cristianas.

Pero por muy noble y santo que sea el estado del matrimonio cristiano, el de la virginidad cristiana es mucho más precioso y más perfecto, como dice San Pablo: *Qui matrimonio jungit virginem suam, hese facit; et qui non jungit, melius facit*. Por lo mismo, Jesucristo en las bodas de Caná, en las que ensalzó tanto el matrimonio, ennobleció también y ensalzó mucho más la virginidad.

Entre las muchas razones por qué el Hijo de Dios quiso nacer de una madre desposada, Santo Tomás, con la mayor parte de los Padres, dice que fué para que en la persona de la Madre de Dios fuesen honradas las nupcias, y se impusiese silencio con este ejemplo á la audacia de los herejes, que habían de osar blasfemar de ellas. Pero notad que, aun cuando quiso el Señor, por esta razón, nacer de una mujer unida á un hombre con el vínculo de un santo y legítimo matrimonio, quiso también que en el mismo matrimonio esta mujer privilegiada permaneciese virgen; y si María al hacerse madre no hubiera de permanecer virgen, no hubiese tenido por hijo á Jesucristo. Por consiguiente, mientras que el Señor aprobó el matrimonio, haciendo de una mujer casada, prefirió la virginidad, no queriendo por madre sino á una mujer virgen.

Esta doble lección que nos dió con el primero de sus misterios, nos la repitió con el primero de sus milagros; porque en el mismo Evangelio que estamos explicando se dice que María se hallaba en las bodas antes que llegase á ellas Jesucristo con sus discípulos; es decir, que María precedió en estas bodas á Jesucristo, como su precursor, su bandera y enseña. Pues bien, María es el simbolo más noble y más perfecto de la virginidad, es como la virginidad misma personificada y viviente. Jesucristo, pues, que al ir á las bodas se hizo preceder por la virginidad en persona; que hizo adornar y hermosar el camino de estas bodas con las azucenas olorosas de la virginidad; que manifestó de este modo su amor á la virginidad antes de ir á bendecir y santificar las nupcias; declaró por el mismo hecho que á sus ojos y en su corazón ocupa la virginidad el primer amor y el primer honor, comparada con el matrimonio. Y notad también las palabras del Evangelista: «Allí estaba la Madre de Jesús», sin hacer mención alguna de San José, esposo de María, que, según San Epifanio, vivía todavía, y por consiguiente se hallaba allí; lo cual significa que María se hallaba allí, no sólo como parienta de los esposos, sino como la Madre de Jesús en cuanto hombre, como un magnífico monumento viviente, como una prueba visible de que Jesucristo había nacido en la tierra de una madre, sin padre; así como en los cielos había nacido de un padre, sin madre. Así como Jesucristo, dice San Gaudencio, que habiendo sido convidado á estas bodas, no rehusó asistir á ellas, bendijo por el mismo hecho, y declaró legítimo y santo el matrimonio, instituido por él desde el principio del mundo; de la misma manera, queriendo que estuviese presente su Madre virgen, como un testimonio viviente de que no quiso por madre sino á una virgen, anunció por este mismo hecho que la virginidad es preferible al matrimonio.

¡Oh santa virginidad, ornato de la tierra, admiración de los cielos, complacencia de los ángeles y delicia de Dios! ¿Quién podrá cantar tus alabanzas, cuando la naturaleza no te ha comprendido entre sus leyes? El matrimonio es fecundo para la carne, y la virginidad para el espíritu; el matrimonio propaga el pueblo cristiano, y la virginidad lo adorna; el matrimonio puebla la tierra, y la virginidad el cielo; el matrimonio multiplica los hijos de los hombres, y la virginidad los hijos de Dios. Es verdad que la virginidad nace del matrimonio, y que no habría vírgenes si no hubiese esposas; pero en la Iglesia católica las vírgenes consagradas á Dios son las que con el sacrificio de su carne, con el fervor de su corazón y con la súplica de sus labios atraen las bendiciones de Dios sobre los casados, expian

sus faltas, evitan sus castigos, conservan su paz y alcanzan su fecundidad; la virginidad es en los países católicos la salvaguardia y la fuente de las gracias del matrimonio. Esta virtud es propia y exclusiva del Cristianismo, es el sentimiento más delicado del alma, la ofrenda más generosa, el sacrificio más agradable y la práctica más perfecta. Ella ilumina el alma y la eleva, doma la carne y la santifica, purifica el corazón y lo diviniza. Ella es el alimento de la piedad, la escala de la oración, la maestría del pudor, la consejera de la modestia y la madre de la Caridad, Germen precioso, que nació en la tierra después que el Hijo de Dios bajó del cielo, es por lo mismo el reflejo de la pureza eterna, el esplendor de la integridad celestial, la imagen de la generación virginal del Dios Padre, el fruto más bello de la redención del Hijo, el aura más pura de la gracia del Espíritu Santo, el milagro más bello del Evangelio, la gloria de la Iglesia, la perfección, la flor, el ideal bello y sublime de la virtud cristiana, y el más grande milagro de la gracia, digna por lo mismo de haber sido anunciada, predicada y confirmada por Jesucristo en las bodas de Caná, con el primero de sus portentos en el orden de la naturaleza!

No nos maravillamos de que Simón y su consorte fueron a las bodas esposos, y salieron de ellas vírgenes; fueron para unirse con el vínculo matrimonial, y salieron de ellas puros y santos. Ellos bebieron el vino milagroso de Jesucristo, que, como hemos dicho, fué figura del vino, más milagroso aún, de la Eucaristía; vino delicioso é inefable, que libra al alma de los asaltos de la carne y la embriaga con las delicias del espíritu: *Et calix meus inebrians quam prodclarus est* (ps. XXII); vino que hace germinar, en medio de la corrupción, los lirios del pudor virginal: *Et vinum germinans vírgines* (Zac., 9.) De este modo, Jesucristo, con su milagro, no sólo exaltó la virginidad, sino que nos reveló al mismo tiempo cuál es la semilla que la produce, cual es el jugo que la alimenta, cual es el misterio que la fecunda, la fortifica y la sostiene; esto es, el trigo escogido y el vino precioso de la Eucaristía. Y notad que el vino milagroso de Caná fué sólo una figura de la Eucaristía, y sin embargo, persuadió a los dos esposos a la virginidad. Luego si tal fué la eficacia de la figura de este sacramento, ¿cuál será la virtud de su realidad? Si tal efecto produjo el vino milagroso de Jesucristo, ¿cuáles serán los que produzca en nosotros su sangre? San Juan Crisostomo lo ha dicho: «El efecto más natural de este misterio es el de calmar el ardor de la concupiscencia y reprimir la rebelión de la carne contra el espíritu. Por consiguiente, el remedio único, seguro é infalible para triunfar de las tentaciones carnales

es la frecuencia de la Eucaristía. Y ¿quiénes son, en efecto, los que tienen una vida pura y angelica en miembros humanos? Son aquellos que con las debidas disposiciones se acercan con frecuencia a la mesa eucarística. Y ¿quiénes son los libertinos, los relajados, los que escandalizan al mundo con la licencia y con el cinismo de sus impurezas? Son aquellos que, ó no se acercan jamás al altar, ó se acercan tan sólo una vez al año para profanarlo. No nos quejemos, pues, de la enfermedad de nuestra carne, contra la que nos ha dejado Jesucristo una medicina tan eficaz y tan poderosa. Usemos de esta medicina como se debe, y vencedores de las enfermedades de la carne, comenzaremos a gustar las delicias del espíritu; y permaneciendo todavía en la tierra, nos iremos iniciando en la posesión del cielo. Así sea.

LAS BODAS DE CANÁ

At ipse respondens ait: Quae est mater mea? Qui respondit: Quis est mater mea? Qui respondit: Quis est mater mea? Qui respondit: Quis est mater mea? Qui respondit: Quis est mater mea?

Y él respondiendo al que le hablaba, le dijo: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Todo aquel que hiciera la voluntad de mi Padre, es mi hermano y hermana y madre.»

(MATH. c. 12, v. 49 y 50.)

Estas son las palabras, hermanos míos, que dirigió Jesucristo á uno que le anunciaba que su Madre y hermanos estaban allí fuera y le buscaban para hablarle, en ocasión en que el Señor anunciaba su celestial doctrina á las turbas. ¿Es posible que Jesucristo, el más santo, el más obediente, el más respetuoso y el más tierno de todos los hijos, haya querido hoy renunciar solemnemente á Maria, la más santa, la más pura, la más digna y la más amorosa de todas las ma-

dres? De ninguna manera, dicen San Jerónimo y el Emiseno, con otros muchos padres. Esta respuesta del Señor contiene una significación mucho más importante de lo que indican las palabras, y se refiere a un misterio profundo. Jesucristo, al hablar hoy á las turbas, da lecciones á todo el mundo. En su Madre María y en sus primos, que desean hablar con él, permaneciendo fuera, sin entrar donde él se halla, no ve hoy más que la Sinagoga, su Madre, de la cual desciende, según la carne, el pueblo judío, que es de su misma sangre. La Sinagoga y los judíos, que desean hablar con él, porque tienen un necio celo por la religión y esperan siempre al Mesías; pero que permanecen fuera, porque no quieren entrar en la Iglesia. Por esta razón el Señor rebusa verlos y los rechaza, aun cuando son sus parientes, y se detiene en hablar con los extraños, que lo escuchan con docilidad; esto es, con el pueblo gentil.

De este su amor de predilección á nosotros los gentiles había trazado anticipadamente el Señor la admirable historia en el primero de sus milagros, obrado en las bodas de Caná; porque este prodigio del orden natural, en su sentido alegórico en que vamos á considerarlo, fue la figura, fue la promesa de todos los prodigios del orden espiritual, de todos los misterios que este Salvador amoroso había de cumplir en breve por nuestra salvación eterna; fue como el cuadro en que pintó el mismo la magnificencia, la riqueza y la gloria de su religión. Ved aquí, pues, lo que debemos considerar en el día de hoy, á fin de que, penetrados de gratitud hacia nuestro piadoso Redentor, y proponiéndonos cumplir fielmente la voluntad de su divino Padre, merezcamos hacernos, como el mismo Jesucristo nos lo ha prometido hoy, sus parientes espirituales y sus verdaderos amigos. *Ave María.*

Según San Pablo, hermanos míos, la grandeza, la dignidad y excelencia del sacramento del matrimonio consiste en que representa la unión virginal, misteriosa é inefable de Jesucristo con su Iglesia. De modo que, no porque el matrimonio es santo, lo ha celebrado Jesucristo con la Iglesia; al contrario, porque lo ha celebrado con la Iglesia, es santo. Este mismo misterio que Jesucristo nos ha revelado después por medio de su apóstol, nos lo había figurado ya en las bodas de Caná.

Para comprender mejor este halagüeño misterio, recordemos que David había dicho que el Hijo de Dios, cuya habitación eterna estaba en el esplendor del eterno sol de la luz infinita, saldría de ella con las disposiciones de un tierno esposo, que deja el lecho materno

para ir á unirse á su amada esposa. En Isaías habla el eterno Padre á su divino Hijo en estos términos: «Echa una mirada á tu alrededor; mira toda esta multitud inmensa de pueblos que de todas las partes del mundo vendrán á tus pies para ofrecerte sus homenajes y su amor. Todos estos pueblos no formarán más que un solo pueblo, una sola persona, á la que te unirás como á tu esposa, y de la que te vestirás como del ornato de tu gloria.» Es indudable por estos oráculos proféticos que el Hijo de Dios debía descender á nuestra humanidad, no como un señor severo para someterla á su servidumbre, no como un príncipe poderoso para reducirla á su imperio, sino como un amante generoso para elevarla á su consorcio; y que había de establecer entre él y nosotros relaciones de perfecta confianza y de amor sincero.

Mas este profundo misterio de su misericordia no debía cumplirse sino con su muerte, por la que, como enseña San Pablo por medio de sus sacramentos habían de renacer los hombres á una nueva vida; y de todos ellos se había de formar la Iglesia que, lavada, embellecida y hermoseada con la sangre del nuevo Adán, había de ser su esposa. Así, pues, impaciente su amor, como dice Beda, de darnos en vida la figura y la prenda de este tierno misterio, que debía cumplirse después de su muerte, asistió á las bodas de Caná. Por consiguiente, Jesucristo, que intervino con su presencia y con sus milagros en estas bodas carnales, quiso manifestarnos desde entonces por ese mismo hecho, que había bajado del cielo como en busca de una esposa, para unirse á la Iglesia en un matrimonio espiritual. Este matrimonio del Hijo de Dios con la Iglesia se cumplió de una manera secreta, dice San Agustín con los padres y los teólogos, en el momento de la encarnación, en que el Verbo eterno, uniéndose á la naturaleza humana, se hizo su cabeza y su consorte; y como la unión del Verbo con la naturaleza humana es indisoluble y es eterna, por eso el vínculo del matrimonio cristiano, que Jesucristo elevó á representar tan gran misterio, es también indisoluble y perpetuo. ®

A estos desposorios secretos, que el Verbo eterno había contraído con las primicias de la Iglesia, al tomar la naturaleza humana, debían, como hemos dicho, suceder otros desposorios solemnes y visibles, celebrados con la sociedad de los hombres, que había de incorporar á sí con su gracia, y de la que había de hacer como una persona moral, desposándose con ella para siempre. Esta esposa, exterior y visible, en los designios de su misericordia, debía ser la sinagoga judaica, á la que, según lo había dado á entender por sus profetas, había elegido para desposarse con ella para siempre; y que,

como el mismo lo ha declarado en el Evangelio, fué invitada la primera a las nupcias que el eterno Padre había preparado á su unigénito Hijo: *Homo quidem fecit nuptias filio suo (Math., XIII.)* Mas los judíos, que correspondieron á esta invitación divina, unos con el desprecio y con la ingratitud, y otros con la crueldad en maltratar al Esposo, se hicieron indignos de estas nupcias: *Señ qui fuerant invitati, non fuerunt digni (Ibid.)*; fueron excluidos de ellas para siempre, y en su lugar fueron invitados y admitidos los gentiles.

Este misterio de la repulsa de los judíos y de la elección de los gentiles á los divinos desposorios se mostró en figura en las bodas de Caná. Esta ciudad era limítrofe de los gentiles. Luego al notar el Evangelista que Jesucristo dejó la Judea y pasó á Galilea para obrar allí tal milagro, quiso indicarnos, dice San Gaudencio, que el Señor había de dejar muy pronto la plebe judaica, y había de elegir la plebe de los gentiles para sus desposorios, y que desde entonces principió á cumplirse el vaticinio que había hecho por medio de Oseas, con estas misericordiosas palabras: *La que hasta ahora no ha sido mi plebe, la llamaré mi plebe; aquella que parecía que no me era amada, será mi amada y mi proleída.* Jesucristo, pues, que asiste en Galilea á las bodas de institución antigua, es, dice San Máximo, el Verbo encarnado, que manifiesta querer elegir una nueva esposa de una virginidad eterna en la conversión de los gentiles.

Recordemos que el Evangelista comenzó esta narración diciendo que las bodas de Caná se celebraron en el día tercero. Esta circunstancia encierra, dice Beda, un gran misterio. Estos tres días significan los tres tiempos en que Dios manifestó al mundo de diversos modos la luz de su verdad é hizo alianza con los hombres: el primero fué el tiempo de la revelación, hecha de viva voz á los primeros hombres y conservada por la tradición entre los patriarcas; el segundo fué el tiempo de la revelación escrita, dada por Dios, por medio de los profetas, durante la ley mosaica; el tercero fué el tiempo de la revelación cristiana, en que, con la verdad, se esparció la gracia por todo el mundo por medio del Evangelio, y comenzó á brillar con una nueva luz cuando el Señor apareció en el mundo, nacido en nuestra carne mortal.

Nos advierte también el Evangelista que Jesucristo no fué á las bodas sino llamado: *Vocatus est autem Jesus.* Y esta circunstancia, dice San Gaudencio, contiene un misterio de grande piedad. Jesucristo había determinado, en su misericordia, venir al mundo como esposo, y era esposo antes de venir. Sin embargo; para que pudiese nacer nuestro mérito de su misma bondad, ha mostrado que no vino

sino llamado por las plegarias de los profetas, que continuamente lo llamaban diciendo: *«Inclínad, Señor, vuestros cielos sobre nosotros y descendad á nosotros; excitad vuestro poder y venid.»* En Caná de Galilea, no sólo fué invitado Jesucristo, sino rogado, estimulado y obligado á ir con una violencia amorosa; y por respeto y amor de Jesucristo fueron invitados también y recibidos amorosamente todos sus discípulos: *Vocatus est autem Jesus, et discipuli ejus.* En esta buena ciudad se deseaba y se buscaba todo cuanto pertenecía á Jesucristo. Esta circunstancia, añade San Agustín, indica claramente la buena voluntad, la docilidad y el amor con que la Iglesia de los gentiles había de recibir al divino esposo, Jesús, despreciado y arrojado por los judíos.

Y ¿quien hubiera creído que un milagro tan sencillo en apariencia comprendiese en sí tantos y tan consoladores misterios? ¡Oh grandeza, oh riqueza de las obras del Señor! ¡Oh profundidad del libro de sus Evangelios! Mas para descubrir en él estos misterios y recrearse en ellos se necesita tener el espíritu de los Padres, penetrados de la grandeza de este libro divino, y sobre todo, su humilde fe, su tierno amor y su piedad sincera; porque, como lo ha dicho el mismo Jesucristo, sus santos misterios no son conocidos por el orgullo de los sabios del siglo, sino por la sencillez de los santos; no por el que más estudia, sino por el que más ora; no por el que más examina, sino por el que más ama.

Lo que en Caná se obró una sola vez en figura, se repite en la Iglesia, dice el Emiseno, á cada instante; porque, en efecto, los obispos y los sacerdotes de esta Iglesia no hacen otra cosa que preparar á los verdaderos fieles este divino convite y elevarlos á las nupcias con Jesucristo; nupcias verdaderamente nobles, en las que no se trata de unir los cuerpos, sino de unir las almas á Dios; convite precioso, cuyos manjares no son carnales, sino espirituales.

Pero recordemos, dice Teofilacto, que las bodas de Caná se celebran en presencia de Jesucristo, de su Madre Santísima y de sus discípulos; y con esto se nos da á entender que para elevarnos á este estado de unión divina, en el que el alma y Jesucristo son una misma cosa, como el Hijo de Dios es una misma cosa con su Padre, se necesita ante todo creer con fe divina el misterio de su encarnación y de su nacimiento de una virgen, y escuchar con docilidad su doctrina, transmitida á nosotros por sus apóstoles y por su Iglesia.

Las bodas figurativas fueron celebradas en Caná de Galilea. Caná significa *celo ó amor*, y Galilea significa *transmigración hecha*. Así, pues, el lugar mismo en que se celebraron estas bodas carnales nos

indica claramente las condiciones indispensables con que podremos celebrar nuestras bodas espirituales; es decir, que para uniros a Jesucristo con un vínculo santo y celestial, es necesario tener el celo ó el fervor del amor de Dios y del prójimo, y que se necesita hacer una transmigración total y perfecta del corazón, de los vicios á las virtudes, de las cosas terrenas á las celestiales, de las visibles á las invisibles, de las temporales á las eternas, del diablo á Jesucristo.

¡Dichosos nosotros sí, dóciles á la invitación de la gracia, que se hace sentir continuamente en nuestro corazón, con su asistencia y con su auxilio, que no falta jamás, hacemos esta mística transmigración de nuestros pensamientos, de nuestros cuidados, y de nuestros afectos, por medio de una generosa renuncia de los honores mundanos, de los intereses temporales y de los deberes carnales! El Cordero divino se unirá indudablemente á nosotros y nos hará dignos de sus celestiales nupcias. ¡Oh nupcias divinas y espirituales! El hombre sensual y profano no las comprende, porque no las conoce; no las gusta, porque no las comprende; y porque no las gusta, las desprecia, se rie de ellas, las llama piadosos delirios de imaginaciones exaltadas y sueños vanos de un ascetismo sin realidad y sin fundamento. Es cierto que son un misterio de la gracia y del amor divino, pero un misterio que se repite á cada instante en millones de almas verdaderamente cristianas. Dádmelo un alma que, purificada por medio de la penitencia, de la oración y del amor, deje libre á Dios la morada de su corazón, que él escoge al criarlo, y veréis cómo su palabra no falta y su promesa se cumple. Así como el alma se entrega toda á su divino Amado, así este Amado divino se comunica todo al alma, la une á sí con una unión espiritual, pero íntima y verdadera, y la hace su amiga y su esposa: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* (Cant.) La hace participante de sus luces, de sus gracias y de sus consuelos; la hace oír su voz armoniosa, y le inspira los más fervorosos y tiernos afectos. Así como el hombre, con las alas de la humildad y de la confianza se eleva hasta Dios, así este Dios descendiendo hasta el hombre en el exceso de su amor y de su bondad; así como el hombre pone su esperanza, su reposo, su amor y sus delicias en Dios, así el Hombre-Dios viene á habitar, á familiarizarse y recrearse en el hombre y con el hombre. *Et delitavit mecum esse cum filiis hominum.* (Prov. viii.) De aquí resulta que la mente se eleva y el corazón se dilata; la fe, adelgazando su velo, imita la visión; la esperanza adquiere la seguridad de la posesión, y la caridad experimenta las muestras y las primicias de la felicidad celestial. La paz de Dios, la calma deliciosa del corazón, que excede todo placer mundano, y que sólo en la unión con

Dios y en el silencio de las pasiones se encuentra, descendiendo á inundar el alma de aquel inefable consuelo, de aquellas espirituales delicias, que es más fácil sentir que expresar; la tierra desaparece, y no se habita con los afectos ni se conversa más que en el cielo. ¡Ay! hagamos nosotros la prueba, y veremos y confesaremos, como confiesan las almas verdaderamente fieles, que nada iguala á la felicidad de estar unidos con Dios y vivir en Dios y con Dios: *Gustate, et videte quam suavis est Dominus;* y de este modo, nuestras bodas espirituales con el Hijo de Dios, comenzadas en el tiempo, se continuaran, se perfeccionarán y nos harán felices en la eternidad. Así sea.

SOBRE EL PRIMER MILAGRO DE JESÚS HECHO Á INSTANCIAS DE MARÍA

Facta sunt nuptie in Cana Galilee, et erat mater Jesu ibi.

Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús.

(S. Juan, c. 2, v. 1.)

Ya había llegado la época en que los hechos vinieran en apoyo de las palabras de Jesús para confirmar su divinidad; y unas bodas le ofrecieron la ocasión primera. En Canaan, en Galilea, se celebraban unas bodas; María, la augusta Madre de Jesús, se hallaba en ellas, bien fuese á título de parienta, ó con el de simple conocida ó amiga; y parece que con este motivo fué convidado Jesús con otros parientes de su Madre y con sus discípulos. En medio del banquete, pues, cuando brillaba una honesta alegría en la frente de los convidados, llegó á faltar de repente el vino. Figúrase la turbación que causó al dueño de la casa tan desagradable noticia. Yo no podría persuadirme de que este contratiempo proviniera de la pobreza de

indica claramente las condiciones indispensables con que podremos celebrar nuestras bodas espirituales; es decir, que para uniros a Jesucristo con un vínculo santo y celestial, es necesario tener el celo ó el fervor del amor de Dios y del prójimo, y que se necesita hacer una transmigración total y perfecta del corazón, de los vicios á las virtudes, de las cosas terrenas á las celestiales, de las visibles á las invisibles, de las temporales á las eternas, del diablo á Jesucristo.

¡Dichosos nosotros sí, dóciles á la invitación de la gracia, que se hace sentir continuamente en nuestro corazón, con su asistencia y con su auxilio, que no falta jamás, hacemos esta mística transmigración de nuestros pensamientos, de nuestros cuidados, y de nuestros afectos, por medio de una generosa renuncia de los honores mundanos, de los intereses temporales y de los deberes carnales! El Cordero divino se unirá indudablemente á nosotros y nos hará dignos de sus celestiales nupcias. ¡Oh nupcias divinas y espirituales! El hombre sensual y profano no las comprende, porque no las conoce; no las gusta, porque no las comprende; y porque no las gusta, las desprecia, se rie de ellas, las llama piadosos delirios de imaginaciones exaltadas y sueños vanos de un ascetismo sin realidad y sin fundamento. Es cierto que son un misterio de la gracia y del amor divino, pero un misterio que se repite á cada instante en millones de almas verdaderamente cristianas. Dádmelo un alma que, purificada por medio de la penitencia, de la oración y del amor, deje libre á Dios la morada de su corazón, que él escoge al criarlo, y veréis cómo su palabra no falta y su promesa se cumple. Así como el alma se entrega toda á su divino Amado, así este Amado divino se comunica todo al alma, la une á sí con una unión espiritual, pero íntima y verdadera, y la hace su amiga y su esposa: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* (Cant.) La hace participante de sus luces, de sus gracias y de sus consuelos; la hace oír su voz armoniosa, y le inspira los más fervorosos y tiernos afectos. Así como el hombre, con las alas de la humildad y de la confianza se eleva hasta Dios, así este Dios descendiendo hasta el hombre en el exceso de su amor y de su bondad; así como el hombre pone su esperanza, su reposo, su amor y sus delicias en Dios, así el Hombre-Dios viene á habitar, á familiarizarse y recrearse en el hombre y con el hombre. *Et delitavit mecum esse cum filiis hominum.* (Prov. viii.) De aquí resulta que la mente se eleva y el corazón se dilata; la fe, adelgazando su velo, imita la visión; la esperanza adquiere la seguridad de la posesión, y la caridad experimenta las muestras y las primicias de la felicidad celestial. La paz de Dios, la calma deliciosa del corazón, que excede todo placer mundano, y que sólo en la unión con

Dios y en el silencio de las pasiones se encuentra, descendiendo á inundar el alma de aquel inefable consuelo, de aquellas espirituales delicias, que es más fácil sentir que expresar; la tierra desaparece, y no se habita con los afectos ni se conversa más que en el cielo. ¡Ay! hagamos nosotros la prueba, y veremos y confesaremos, como confiesan las almas verdaderamente fieles, que nada iguala á la felicidad de estar unidos con Dios y vivir en Dios y con Dios: *Gustate, et videte quam suavis est Dominus;* y de este modo, nuestras bodas espirituales con el Hijo de Dios, comenzadas en el tiempo, se continuaran, se perfeccionarán y nos harán felices en la eternidad. Así sea.

SOBRE EL PRIMER MILAGRO DE JESÚS HECHO Á INSTANCIAS DE MARÍA

Facta sunt nuptie in Cana Galilee, et erat mater Jesu ibi.

Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús.

(S. Juan, c. 2, v. 1.)

Ya había llegado la época en que los hechos vinieran en apoyo de las palabras de Jesús para confirmar su divinidad; y unas bodas le ofrecieron la ocasión primera. En Canaan, en Galilea, se celebraban unas bodas; María, la augusta Madre de Jesús, se hallaba en ellas, bien fuese á título de parienta, ó con el de simple conocida ó amiga; y parece que con este motivo fué convidado Jesús con otros parientes de su Madre y con sus discípulos. En medio del banquete, pues, cuando brillaba una honesta alegría en la frente de los convidados, llegó á faltar de repente el vino. Figúrase la turbación que causó al dueño de la casa tan desagradable noticia. Yo no podría persuadirme de que este contratiempo proviniera de la pobreza de

los esposos; sí, con efecto, no hubieran tenido los recursos que se necesitaban, todo inclina á creer que no hubieran dado aquella comida, ni hecho tal invitación. Además, esa pompa más que ordinaria, ese título de señor del festín, los numerosos criados que servían á la mesa, todo prueba, ciertamente, que aquella familia estaba bastante bien acomodada para no carecer de lo necesario. Fué, pues, una calamidad, un descuido, y más todavía efecto de una disposición divina. Esto no lo habían notado aun los convidados, pero si María, á quien su buen corazón la llevaba á cuidar de todo lo que podía interesar á aquella excelente familia, hasta el punto de querer impedir que se descubriera el fatal contratiempo, que iba á cambiar en tristeza y confusión la inocente alegría que reinaba en aquella mesa. Pero ¿cómo proveer? No tuvo necesidad de reflexionar en ello mucho tiempo. Acercándose al oído de su Hijo, junto al cual estaba sentada: «Hijo mío, le digo, no tienen vino.» No dijo más, convencida de que aquello era suficiente. Jesús se volvió hacia ella y le respondió en voz baja: «*Quid mihi et tibi est, mulier? Nondum venit hora mea.* Es decir: «Mujer, ¿qué hay de común entre nosotros?» O bien: «¿Qué nos importa eso á los dos?» De cualquier manera que lo entendáis, esta respuesta os parecerá muy dura. Cierzo, hermanos míos, que lo parece; pero guardémonos de creer que lo fué en realidad. Esta palabra mujer, de que se sirve el Salvador hablando á María, á su madre, era un título honorífico y conforme con las costumbres de aquel tiempo; el hijo más respetuoso podía sin el menor inconveniente dar este dictado á su madre, así como en una nación grande, famosa por su urbanidad, no es contrario á las reglas sociales, aun en nuestros días, que un hijo llame á su madre con el nombre de señora. Con respecto al sentido de las otras palabras, recordemos la respuesta que dió Jesús cuando fué hallado en el templo; recordemos que se trataba de una cosa que no daba ningún derecho á María en calidad de madre; de una cosa exclusivamente reservada á la divinidad y á la voluntad soberana del Padre celestial, que había dispuesto de antemano el tiempo señalado en que su divino Hijo debía manifestarse comenzando á obrar milagros. Esto es lo que explican claramente estas palabras: *Nondum venit hora mea*, es decir: la hora de hacer milagros, la hora en que quiere mi Padre que me dé á conocer, no ha llegado todavía. ¿Pero no chocó y ofendió semejante contestación á la cariñosa Madre? No, ciertamente, puesto que se vuelve hacia los sirvientes y les dice con calma: «Haced lo que os diga mi Hijo.» ¿Hubiera hablado de otro modo si Jesús le hubiese respondido: «Si, madre mía, dispuesto estoy; ¿queréis un milagro? Voy á hacerlo

inmediatamente.» Y, en efecto, el suceso va á probar que aquella era la intención oculta bajo aquellas palabras que á primera vista parecen duras, y que envuelven una negativa.

Dirigiéndose, pues, Jesús á los sirvientes, les dijo: «Llenad de agua todas esas ánforas» (había allí seis grandes vasijas de piedra, destinadas para el servicio de las diferentes purificaciones ó licores que practicaban los judíos antes y después de la comida). Los criados obedecieron y llenaron de agua hasta la boca aquellos vasos. «Sacad ahora, les dijo Jesús, y servid al señor del banquete.» Este prueba el agua cambiada en vino, é ignorando el milagro que acababa de obrarse, llamó por su nombre al esposo y le dijo: «Amigo mío, nos habéis preparado una sorpresa muy agradable. Todo el mundo tiene costumbre (tal era el uso entonces) de servir el primero el mejor vino, y cuando los convidados están animados y alegres, se sirve el menos generoso y agradable. Vos habéis hecho todo lo contrario, reservando para el fin de la comida este vino delicioso.» El prodigio que acababa de obrar la afectuosa complacencia de Jesús no pudo permanecer más tiempo secreto, porque los sirvientes que habían llenado de agua las ánforas, rompieron el silencio que habían guardado hasta aquel instante; llenos de admiración levantaron la voz y refirieron á los convidados el milagroso cambio. Así fué como en Canaán, en Galilea, hizo Jesús su primer milagro á instancias de María para servir á una familia virtuosa, y colmar de alegría á una honesta reunión. Así es como, haciendo resplandecer su omnipotencia, manifestó altamente su gloria divina, y afirmó y aumentó la fe de sus discípulos en su divinidad.

Terminemos, hermanos míos, con alguna reflexión consoladora que va á ofrecernos este hermoso rasgo de la vida del Salvador.

Yo os confieso francamente, amados hermanos míos, que en el acontecimiento de las bodas de Canaán, en ese suceso que consideran algunos como habiendo obscurecido el mérito y la gloria de María, os confieso que yo descubro en él, por el contrario, una de las pruebas más palpables de la bondad y del poder de nuestra augusta Madre y Señora. ¡Qué admirable bondad brilla en esa amorosa solicitud con que, sin que haya sido advertida, sin que haya sido rogada, por el impulso de su amor, procura satisfacer aquella necesidad, y sacar de tal apuro á aquella excelente familia! Para esto no vacila en pedir un milagro á su Hijo, porque aquel era el único medio que tenía á su alcance; y pide el milagro cuando su Hijo no se había dado á conocer todavía con ningún prodigio. ¡Qué bondad! Pero también, hermanos míos, ¿cómo aparece, cómo luce su crédito! Para obtener

de su Hijo un milagro, aquella divina Madre no necesita más que exponerle la triste situación en que se hallan los esposos: *Finium non habent*; ella alcanza lo que pide, sin que tuviera para ello ningún derecho como Madre: *Quid mihi et illi?* Ella lo consigue antes de que haya llegado la hora en que, con arreglo á los decretos divinos, Jesús debía obrar milagros: *Nondum venit hora mea.*

¡Ah, cristianos! ¿qué no debemos esperar ahora nosotros de la Madre de Jesús, que es también nuestra Madre? ¿Qué no debemos esperar de su poder, ahora que está á la diestra de su Hijo, ahora que reina con él en el cielo y en la tierra, hoy que es la dispensadora de los tesoros de la misericordia divina? ¡Ah! ¿qué no podemos esperar de su bondad maternal? ¿Cuánto en el cielo, donde ha sido penetrada de la más pura, de la más perfecta caridad, cuánto ha debido inflamarse en su corazón de madre el amor ardiente que nos tenía en la tierra! ¿Cuánto en el cielo, donde goza ahora de la más completa é inefable felicidad, cuanto se ha avivado la tierna compasión que sintió entre nosotros hacia nuestras miserias y sufrimientos! ¿Cuánto en el cielo, donde puede ahora todo cuanto quiere, donde dispone de todos los bienes temporales y eternos, ¡oh! ¿cuánto ha debido dilatarse en su corazón de madre la inefable generosidad, de que nos ha dado tantas y tan hermosas pruebas durante su vida mortal! Hoy que es más que nunca la Madre del amor y de la misericordia, ¿cuántas veces desde su elevado trono dirige sus miradas maternales á sus hijos! ¿Cuántas veces siente conmovirse sus entrañas á la vista de sus miserias! ¿Cuántas veces su benéfica mano se abre para derramar en su seno los más preciosos favores!

¡Oh vosotros que en vuestras aflicciones, en vuestras necesidades, en los peligros que os amenazan, habéis invocado con filial confianza el dulce nombre de esta tierna Madre, decidnos si ha defraudado jamás vuestras esperanzas, si no ha acudido favorablemente vuestras súplicas, si no ha recompensado en seguida vuestra confianza con algún favor de su bondad maternal! Almas afligidas, ¿no ha sido María vuestro consuelo en tantas veces la habéis invocado? ¿Habéis acudido á ella en vuestras dolencias sin que os haya enviado el alivio? ¿No ha sido vuestra luz en las tinieblas? Y vosotros, pecadores, ¿la habéis implorado alguna vez en vano? ¿No ha sido siempre vuestro refugio, vuestra salvación? ¿Por qué en ese caso temeríais acercaros á su trono, echaros á sus pies, y dirigir vuestras lamentaciones á la que no ha cesado, á pesar de vuestra ingratitud, de ser vuestra abogada y medianera, vuestra cariñosa Madre? ¡Ah! si os lleva á sus pies un sincero deseo de convertirlos y salvaros, no dudéis que os

abrirá su corazón y sus brazos maternales; no dudéis que será vuestra interesora con Dios; no dudéis que os colmará de gracias y de dones; no dudéis que os hará gozar en el tiempo y en la eternidad de los preciosos frutos de su protección misericordiosa. *Amén.*

JESÚS ARROJA DEL TEMPLO Á LOS VENDEDORES

*Et cum factisset quasi Angelum de sanctis, misit e eorum de templo.
Y haciendo de eorum como un abote los echó á todos del templo.*

(S. JUAN, c. 2, v. 16.)

Después del milagro de Canán, hermanos míos, nos refiere el sagrado Evangelio que Jesús bajó á Cafarnán con su Madre, sus parientes y discípulos, donde permanecieron pocos días, porque estaba próxima la Pascua de los Judíos. Luego Jesús subió á Jerusalén, donde halló el templo obstruido de mercaderes que vendían bueyes, ovejas y palomas, y de cambistas sentados junto á sus mesas, y habiendo tomado Jesús como un látigo de cordeles, los echó á todos del templo juntamente con las ovejas y bueyes, y echó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas. ¿Por qué, hermanos míos, este cambio, en Jesús tan dulce, bondadoso y compasivo? Otros muchos pecados se cometían en Jerusalén, otros muchos escándalos provocaban su cólera, y, sin embargo, se abstiene el Señor de tronar así contra ellos, tratando de reformarlos por medio de las exhortaciones y de la dulzura. En efecto, allí se trataba del honor de su templo; la casa de su Padre era profanada, su celo no podía sufrirlo. En vista de aquel escándalo, su venganza estalla, y se apresura á arrojar de aquel lugar santo á los que deshonraban la majestad

de él. Comprendamos por esto cuán criminales son las multiplicadas irreverencias de que, con escándalo de la religión, han llegado á ser teatro nuestros templos. Ya los vemos completamente vacíos de adoradores fieles; ya, lo que aun es peor, se ven llenos de profanadores. Allí Dios es abandonado por los unos y ultrajado por los otros, mientras que los hombres que pretenden llamarse discípulos de Jesucristo le abandonan sobre sus altares ó vienen á hacerle testigo de sus ofensas insolentes. Reflexionemos, hermanos míos, sobre estos abusos, procurando de todas veras remediarlos, atendida la santidad del templo. *Ave María.*

El templo es, en el sentido más estricto, la morada de Dios, y donde reside Jesucristo; en quien, según la expresión del Apóstol, habita corporalmente la plenitud de la Divinidad. El templo es entre nosotros la imagen del cielo, y en ambos es adorado el mismo Dios, colocado sobre el altar el mismo cordero sin mancha, y repetidos los mismos cánticos. Los elegidos de la tierra representan allí á los santos del cielo, aguardando el momento de ir á reunirseles; se confunden, como ellos, ante la Majestad suprema, que, su fe descubre al través de los velos que la ocultan, y Dios recibe por ellos en la tierra, los homenajes que le son tributados ó en el seno de su gloria. ¿Cuán queridos son para mí tus tabernáculos, oh Dios de las virtudes, decía David; mi alma desfallece y se consume por el deseo de estar en la casa del Señor. ¿Era de los tabernáculos de la tierra, ó de los del cielo, de los que el santo profeta hablaba? Nosotros podemos creer que comprendía, en el ardor de sus aspiraciones, tanto á los unos como á los otros, pues en ambos debía gozar de la presencia del Señor, y que suspiraba por las gracias que Dios distribuye en su templo, como por la gloria que concede en el cielo á los elegidos.

¿Cuál es, diremos nosotros, la insensata, la deplorable ceguera de tantos hombres como permanecen constantemente alejados del santuario por las disipaciones mundanas, por las ocupaciones de poco momento, por los placeres livianos, por toda clase de mezquinas pasiones, y, en una palabra, por todo aquello que el Sabio llama fascinación de las bagatelas! La poca reverencia en los templos, con ser tan general, no por eso será menos un escándalo, y si se entra en ellos, ¡cuántas veces es para fines muy ajenos al único que debe guiarnos, esto es, para honrar á Dios que reside en ellos! Se podría en cierta manera grabar sobre nuestros altares la inscripción que encontró San Pablo en aquel de Atenas: *Al Dios desconocido.* Las reuniones profanas y hasta los espectáculos criminales están todos los

días llenos de una concurrencia numerosa, mientras que las iglesias permanecen desiertas y abandonadas. Desde el fondo de su tabernáculo Jesucristo nos llama sin cesar, nos invita, nos apremia para que nos acerquemos á él, y nosotros rechazamos sus insinuaciones! El quiere conversar con nosotros, y nosotros esquivamos su conversación; desea que le rodeemos, y no ve alrededor de sí más que una soledad profunda. La mayor parte de los hombres olvida que hay en la tierra tabernáculos donde reside el Señor, y si alguna vez, después de haber pasado sin ocuparse en él una semana entera entre placeres y disoluciones, se acuerdan el último día de que hay un precepto positivo que les manda ir á la iglesia, van allá como á la fuerza y con gran trabajo, á pasar en ella algunos momentos, sólo por el buen parecer, y los consideran como los más enojosos de su vida.

No se crea que la adoración frecuente en los templos es una práctica indiferente; que se puede descuidar ó omitir sin desagradar á Dios; porque es despreciar sus gracias el negarse ir á buscarlas al lugar en que él las distribuye. Generalmente aquellos que tienen más necesidad de ir al templo, son los que se mantienen más alejados. Vosotros, los que habéis tenido la desgracia de desagradar á Dios, sois los que principalmente debéis llegar á refugiarnos al pie de sus altares, é implorar ante aquel trono de su misericordia un amparo contra su justicia. En este lugar daré la paz, nos dice el Señor por boca de su profeta. Vosotros sois los que no queréis recibirla; los que, alejándoos obstinadamente del lugar en que él os espera para tratar de vuestra reconciliación, le declaráis una guerra encarnizada. Cuando habéis causado una ofensa á algún hombre que por su poder es peligroso, el temor de su venganza os obliga bien pronto á acercaros á él. ¿Y es sólo Dios a quien no teméis, ó como Adán después de su pecado, pensáis que, huyendo de él, evitaréis sus miradas? Si la Providencia os hubiera colocado en el lugar que en otros tiempos fue honrado con su presencia, si os hubiese hecho vivir en la región ilustrada por los misterios de su vida y de su muerte, ¿no os aprestaríais á ir á visitar tan célebres lugares, ni consideraríais como un deber el ir á tributarle los homenajes de nuestro respeto, ya al establo, donde nació al mundo, ya al Calvario, donde dió la vida por el hombre? ¿No buscaríais en aquella tierra consagrada por él las huellas de todos sus pasos? ¿Y qué iríais á buscar allí, que no podáis encontrar en sus altares? En ellos se obran en algunos instantes todos los misterios que se fueron cumpliendo sucesivamente durante el transcurso de su vida mortal. Allí nace, como en Belén, por la palabra del sacerdote. Allí es ofrecido por la mano de su ministro, como

lo fué en el templo por su Madre. Allí reparte sus gracias entre el pueblo cristiano, como en el curso de su misión derramaba sus beneficios sobre la nación judía; y allí, en fin, es inmolado, como lo fué en la cruz. ¡Ay! ¡en el mismo lugar recibe de los impíos y libertinos ultrajes tan dolorosos como en la casa del Pontífice, en el patio de Herodes y en el pretorio de Pilatos! Al ofrecerle vuestros homenajes en su templo, lo adoráis á un tiempo en todos los diferentes estados en que se halló durante su permanencia en el mundo.

Nosotros deploramos el abandono en que un gran número de cristianos deja el templo del Señor; pero entre los que algunas veces se presentan en él, ¿cuántos hay á quienes se debería rogar que lo desalojasen! El abandono de las iglesias no constituye hoy sino el más leve de los escándalos. ¿No valdría más que permaneciesen sin adoradores, que estar, como lo vemos, ocupado por los que lo profanan? Cuando en los días de fiesta, durante las horas consagradas al servicio divino, vemos dirigirse hacia el santuario una multitud numerosa, no podemos menos de experimentar un sentimiento de alegría y de edificación, al pensar que el Señor va á recibir homenajes multiplicados y sinceros. Pero ¡ay! al entrar en pos de aquella multitud en el templo santo, nos desengañamos bien pronto, y se apodera de nuestro corazón un sentimiento muy diferente: cuando descubrimos lo que allí pasa. Es verdad que se concurre al templo, pero ¿por quién se va á él? ¿es acaso por Dios? ¿es para tributarle adoraciones? De ningún modo. Se asiste al templo sólo por consideraciones al mundo, para evitar su censura, para conservar á sus ojos alguna apariencia de religión. Se asiste en fuerza de la costumbre, conducidos por el buen parecer y obligados por los humanos respetos. Se asiste por motivos más criminales todavía, como son el deseo de ver y ser vistos; por despertar en otros pensamientos culpables ó conservar los que ya se tienen. Se asiste al templo... es verdad; pero ¿con qué espíritu se asiste? Allí se llevan las pasiones, para ocuparse en ellas, para hablar de ellas, para satisfacer la curiosidad, y á veces para distraerse y divertirse. Se concurre al templo... ¿y cómo se está en él? Este es el colmo del desorden. «Hijo del hombre, decía el Señor á su profeta, horada la pared y mira las abominaciones que se cometen en mi casa.» La falta de compostura, el abandono en las maneras, la libertad de movimiento y lo audaz de las miradas, parece que expresamente se dirigen á ofender y desafiar á Dios. Si en el momento augusto en que Jesucristo descende sobre el altar y es elevado y presentado á las miradas y á la adoración de los fieles; si en ese momento, repito, se dignan, por un resto de consideración, ó

más bien de respeto humano, doblar la rodilla, esto dura sólo un instante, y pronto se recobra la posición más cómoda, más desembarazada y más libre. Muchas mujeres mundanas van al templo á lucir su atavío y á hacer ostentación de sus galas, al par que de la inmodestia, indecorosa á veces, en su modo de vestir. Idolos soberbios, van á disputar al Señor sus adoradores y arrancar al verdadero Dios las almas que El ha rescatado con su preciosa sangre. Hasta los mismos templos, esas escuelas sagradas de piedad, esos asilos de la inocencia, han llegado á hacerse peligrosos para la virtud. En ellos es, en el mismo santuario y á presencia de su divina Majestad, donde empiezan á veces á formarse y donde se alimentan las criminales intrigas, que son el escándalo de la religión y el descrédito de las familias honradas. ¿Dios mío! ¿En dónde podrá refugiarse el pudor, si hasta al pie del mismo altar se le fienden lazos? ¿Dónde encontrará seguridad, si á la vista y casi entre los brazos de Jesucristo es atacado? ¿Está acaso próximo á llegar ese día terrible, en que la abominación debe ser el anuncio de la desolación universal, profetizada en los libros santos? Los escándalos repetidos que mancillan la casa del Señor, ¿son quizás un principio del cumplimiento de su oráculo y un anuncio de su terrible juicio, provocado por ellos?

Para formarnos una justa idea del pecado de la profanación, y comprender cuán odioso es á los ojos de la Divinidad, consideremos los caracteres particulares que en sí reúne y que le hacen más criminal todavía.

Desde luego, como otras muchas ofensas, no puede ser disculpada ni atenuada por la vivacidad de las pasiones. Sin duda que el arrebató de los deseos, al dar origen á nuestros pecados, no los puede justificar, pero disminuye su malicia. El Autor de nuestra naturaleza conoce toda la imperfección que ella tiene, y no olvida que somos un compuesto frágil de carne enferma y de un espíritu pronto en irse y tarde en volver. Su corazón paternal conoce y siente los extravíos á que nos arrastra el ardor de la concupiscencia. La efervescencia que los hace cometer conmueve su piedad al mismo tiempo que despierta su cólera, y al paso que atrae su severidad, excita, no obstante, su indulgencia. Pero la irreverente profanación del lugar santo no es efecto de pasión alguna, ni se comete en medio de la perturbación de los sentidos, sino con calma y á sangre fría. La debilidad es la que menos nos arrastra á este pecado, que es hijo sólo de la voluntad, y que no proporciona ningún goce ni satisface apetito alguno, encerrando sólo el triste placer de la impiedad, que muchas veces hasta es fingida.

Además de lo que queda dicho, la profanación del lugar santo añade a la culpa la audacia de no avergonzarse de ella. No contento con ofender á Dios, le ultraja; irritándole al mismo tiempo que le desafia, va hasta su mismo altar á busearle, para despreciar su cetera, y no es la ley la que desprecia, como sucede en los demás pecados, sino al Autor de ella á quien insulta. El Rey de los reyes es atacado en su propio palacio y hasta en el trono de su misericordia. Para ello, teniendo la ingratitud á la insolencia, se busca el lugar y el momento en que distribuye sus beneficios. La presencia del profanador en el templo es, por una inconsecuencia ridícula y criminal á la vez, una profesión y una renegación del Cristianismo. Es reconocer la religión é ir á tomar parte en su culto, y es renegar de ella é ir al mismo tiempo á insultarla. Se va al templo para no ser tenido por impio, y se hace en él gala de la insolencia para no parecer cristiano. ¿Pueden ser mas criminales que la demencia profanadora, los furores de los herejes ni las debilidades de la apostasia? ¿Cuál es para vosotros mas culpable, el calvinista, que blasfema de la presencia de Dios, en la cual no cree, ó el que, llamándose católico, ultraja á un Dios á quien confiesa reconocer? Comparad la apostasia de esos desgraciados (que, venidos por los tormentos, reconocen á Jesucristo, á quien honran siempre en el fondo de su corazón por sus dolores y remordimientos; comparadla á la de los profanadores, que se hacen impíos, no por temor, sino por audacia, y que, lejos de arrepentirse de su crimen, hacen gala de él con cinica desvergüenza.

Por último, otro de los vicios que caracterizan y hacen más criminal que todos los otros al profanador, es que necesariamente tiene que ser escandaloso; porque, no sólo rehúsa á Dios sus adoraciones, sino que le quita las de los demás; no solamente perturba el culto, sino que trabaja por destruirlo; no sólo sofoca en sí mismo la religión, sino que se esfuerza por aniquilarla en todos los corazones; y, en fin, porque no sólo se hace discípulo del demonio, sino su apóstol y su ministro. Una de las causas por que la Iglesia reúne á sus hijos en el templo, es para que la piedad de los unos reanimé la de los otros. Y en efecto, ¿qué cosa puede haber más interesante ni que excite más el fervor, que el ver á una multitud numerosa, prosternada, atenta y recogida ante los santos altares, como lo están los espíritus bienaventurados ante el altar celeste, sirviéndose mutuamente de modelo y de estímulo? Las irreverencias cometidas en el templo llegan á ser, por la razón contraria, otras tantas lecciones de irreligión, y enseñan, autorizan, alientan, y acostumbra á despreciar lo

que hay en él de más sagrado. Hombres que gozáis de prestigio, vosotros los que estáis consituídos en dignidad, padres de familia, y, en fin, todos cuantos por alguna causa disfrutáis en el mundo de alguna autoridad, tened en cuenta que vuestro ejemplo pernicioso es el que lleva á esa juventud, fácil de seducir, á imitaros y á tratar de señalarse por su impiedad, como vosotros.

Abrid los libros santos, y veréis en ellos las venganzas terribles que Dios ha tomado siempre de los profanadores. Ved heridos de una muerte súbita á los hijos de Aarón, por haber encendido sobre el altar un fuego extraño; á Oza, por haber querido sostener con su mano el arca vacilante; á cincuenta mil hezimitas, por haber querido dirigir hacia ella una mirada poco respetuosa; y ved, en fin, á Oeías cubierto de lepra por haberse atrevido á penetrar en el santuario. Comparad en seguida estas irreverencias, que tan ligeras parecen, con los horribles escándalos de que todos los días somos testigos, y comparad también aquel altar, aquel templo y aquella arca, con nuestros santuarios, donde Dios reside personal y corporalmente. «Temblad delante de mi santuario, decía él á los judíos; yo soy el Señor.» El tabernáculo, de que Dios hablaba así, no era más que una vana sombra y una figura de éste, ante el cual comparecéis. ¿Y podéis pensar que exija menos respeto y que os permita presentaros con menos temor ante el tabernáculo que él mismo llena con toda su majestad?

El solo aspecto del lugar santo debería inspiraros veneración profunda. ¿A qué punto dirigiréis en el vuestras miradas, que no os recuerde la presencia de Dios y sus beneficios? Al entrar en el templo, el primer objeto que se os presenta es la fuente sagrada, en que Jesucristo os adoptó por hijos suyos y donde prometisteis reconocerle, reverenciarle y quererle como á vuestro Padre. ¿Y permitiréis que esa fuente, testigo de vuestros juramentos, lo sea también de vuestro perjurio? Avanzad un poco más, y encontraréis los tribunales en que el dolor de vuestras culpas y la promesa de evitarlas os alcanzaron el perdón de ellas. ¿Y queréis violar ese pacto de vuestra reconciliación en el mismo lugar donde lo habéis hecho? Seguid adelante y hallaréis la catedral, donde tantas veces habréis oído pronunciar las saludables verdades de la fe. Desde ella fuisteis instruidos del respeto que debéis á la religión y á sus templos. ¿Y formaréis allí mismo el proyecto de profanarlos? Un paso más, y llegaréis al pie de la mesa santa, donde Jesucristo os ha alimentado con su propia carne. ¿Y tendréis valor para hacer de aquel sitio el teatro de vuestras ofensas, y, á semejanza de su pérfido apóstol, habréis llegado á reci-

birle sólo para hacerle traición y entregarle a sus enemigos? Desde allí, si levantáis los ojos, os encontraréis frente al altar, al tabernáculo, desde donde Jesucristo os contempla, desde donde ve, no sólo lo que hacéis, sino lo que pensáis en el fondo de vuestro corazón. ¿Y os atreveréis, bajo su penetrante mirada, á concebir el pensamiento de insultarle? ¿Os dejaréis arrastrar por el vértigo de la irreligión y el escándalo de la impiedad, rodeados por tantos objetos, de los cuales uno solo debería bastar para infundir en vuestro corazón el respeto más profundo y el más santo temor hacia el lugar sagrado?

Y no es sólo la gravedad y humilde compostura exteriores lo que hora convenientemente la casa del Señor; Dios es espíritu y verdad, y quiere, ante todo, que en espíritu y en verdad se le adore. Por tanto, debemos á su presencia en el templo el doble culto de nuestro cuerpo y de nuestra alma. Ante Aquel, á quien los espíritus celestes proclaman sin cesar el solo grande y el solo poderoso, debemos sentir toda la imponente majestad de su gloria, y no ver más que á él ni ocuparnos más que en él, recogiendo todos nuestros pensamientos para ofrecerlos á sus plantas, todos nuestros deseos para dirigirlos hacia él, y todas nuestras facultades para ofrecérselas como tributo. Debemos también, en una actitud humilde y suplicante, ofrecerle el sacrificio de alabanza, dirigirle nuestras súplicas y presentarle nuestros actos de agradecimiento. En una palabra, debemos llevarle á su santuario los homenajes interiores, que nacen de una piedad sincera, y esta misma piedad pura y ardiente, manifestada por los homenajes exteriores. De esta manera, hermanos míos, honraremos el templo santo y la casa de Dios, y el Señor allí derramará sobre nosotros sus divinas misericordias, prenda segura de nuestra eterna salvación. *Amén.*

PODER Y UNIVERSALIDAD

DE LA ENSEÑANZA DE JESUCRISTO

*Ego sum via et veritas et vita.
Yo soy el camino, la verdad y la vida.*

(S. JUAN, c. 14, 6.)

La primera necesidad del hombre es la verdad. ¿Cuál es, en efecto, la primera, la suprema necesidad de todos los seres, si no la vida; y para un ser inteligente, en qué consiste la vida, sino en la verdad? Pero importaría poco al hombre saber que la verdad es su vida, si no supiese al mismo tiempo dónde reside la verdad y á qué poder debe pediría.

¿Qué es la verdad? ¿Dónde habita la verdad? ¿Cuál es su naturaleza y sus relaciones con la inteligencia? La verdad ha previsto anticipadamente todas estas preguntas, y las ha contestado. Si le preguntáis cuál es su origen, os responde que ella es divina. Si le preguntáis cuál es su naturaleza, os dice que ella es el verbo. ¿Dónde habita? Que habita allá, en el seno del Padre, como habita en vuestra inteligencia vuestro pensamiento, ese verbo creado, por el cual todo espíritu inteligente se dice: yo existo, pues que pienso. Si le preguntáis cuál es su acción, os responde que ella es la razón de todas las cosas, que todo ha sido hecho por ella, y que sin ella no existe nada. En fin, si le preguntáis cuáles son sus relaciones con las inteligencias, os responde que ella es su vida, porque ella es su luz, como el sol en el firmamento da la vida á todo lo que alumbra.

Pero ¿no ha descendido esta verdad á la tierra? ¿No ha visto el hombre que ella venía á este suelo para comunicarse con él? Desde la creación misma, ella nos ha hablado. Después de la caída, aun se acerca á nosotros. Ella se hace oír primero por boca de los patriarcas, en seguida por medio de Moisés, luego por la sucesión de misterios proféticos, y por fin, la voz providencial, desarrollándose con

los siglos, ha llegado a la plena revelación de la verdad. El Verbo ha aparecido: él ha salido del seno del Padre sin dejarlo por eso, a la manera que sale el pensamiento de nuestra inteligencia, sin dejarla, para producirse exteriormente por medio de la palabra; sin alterar su propia esencia, ella se ha manifestado en una naturaleza semejante a la nuestra. He aquí la historia de la verdad; es la historia de Jesucristo.

Ahora, ¿cuál ha sido en el mundo la enseñanza de la verdad viva y personificada en Jesucristo? Esta es la que voy a apreciar ante vosotros, hermanos míos.

Dos caracteres deben distinguir entre todos los otros enseñanzas de la verdad divina: el poder y la universalidad. El poder es necesario, porque de otra suerte no tendría acción sobre la inteligencia y el corazón del hombre; la universalidad es precisa, porque no podría de otro modo llegar a todos los pueblos, y por consiguiente, no respondería a todas las necesidades de la humanidad.

Este será el objeto de mi discurso.

Y ojalá pueda mi palabra, bendecida por su gracia, ser fecunda para su gloria y edificación de vuestras almas; esto es lo que vamos a pedirle por la intercesión de María. *Ave María.*

El poder de la enseñanza exige dos condiciones: la autoridad y la fecundidad. La ausencia de estas dos condiciones constituye necesariamente el vicio de todas las enseñanzas humanas; porque entonces su palabra carece de autoridad. Si, hermanos míos; los sabios, cualquiera que sea la fuerza de su genio, están siempre sujetos a error, porque la debilidad de su razón no les permite ver en la verdad más que algunas relaciones, y porque las pasiones de su corazón los ciegan acerca de esta misma verdad accesible a su razón. De ahí esas incertidumbres, esas dudas, estas singulares paradojas que revelan en cada página de sus libros la flaqueza de sus inteligencias; y por una consecuencia necesaria, de ahí ese defecto de autoridad que se opone a que puedan ser sus opiniones una ley que obligue a la conciencia.

Jesucristo va a enseñar de otra manera; en primer lugar se aparta, bajo todos conceptos, de todas las enseñanzas humanas; difiere por espacio de muchos siglos su venida, para que podamos convencernos de la debilidad de nuestra razón, y a fin de hacernos sentir, por la profundidad de la caída, la necesidad del remedio divino; fija su nacimiento en la Judea; quiere nacer de un pueblo que se halla defendido por su constitución del contagio ó influjo de la civiliza-

ción y de las luces de otros pueblos, con el objeto de que se vea palpablemente demostrado que no debe él nada a la sabiduría profana, y que todo es peculiar suyo, su doctrina igualmente que sus milagros; él se coloca en la posición del artesano, para hacernos comprender que su doctrina no es fruto del estudio ni resultado de la reflexión, sino sólo expresión de la verdad que habita dentro de sí mismo.

A la hora que él tenía señalada aparece en el mundo. Pero ved con qué títulos irresistibles de divinidad se circunda; él anuncia la continuación de los oráculos; sus títulos son sus milagros, donde todo es sobrehumano; porque él los obra sólo por la virtud que encierra en sí mismo, ligándose todos con un pensamiento de caridad. Y luego, cuando ha establecido así invenciblemente la divinidad de su misión; él enseña, pero enseña como ningún otro había enseñado antes que él. Escuchado; él no declama, él no discute (dos vicios inseparables de todas las enseñanzas humanas); él habla como aquel que ha recibido el poder; él instruye con la conciencia visible de su imperio sobre la inteligencia. En el Evangelio no sorprenderéis nunca sobre sus labios una de esas palabras por las cuales el orgullo de la filosofía revela su incertidumbre; jamás ha dicho él: tal vez; él afirma con seguridad divina: esto es; en verdad os digo, la tierra pasará, el cielo pasará, pero mis palabras no pasarán jamás. ¿Quién se había atrevido anteriormente a él, a servirse de semejante lenguaje?

No es esto todo. No sólo se presenta ante los hombres como el órgano de la verdad, sino como su divina personificación. El nos dice a todos: «Esta verdad, que es vuestro Dios; soy yo.» *Ego sum veritas.* En vista de tan sublime palabra, hermanos míos, es preciso reconocer, ó bien que es el lenguaje de una inteligencia delirante, ó caer de rodillas ante quien la ha pronunciado, porque es Dios.

Lo admirable es, que Dios ha transmitido con su enseñanza a su Iglesia, a la Iglesia católica, ese carácter de autoridad, que es el signo de la verdad infalible. He aquí su privilegio, y no es posible desconocerlo. Fuera de la Iglesia, ¿qué es lo que encontráis en las escuelas, en los templos? Moralistas que disertan, filósofos que disputan. ¿Quién se atreve a pretender la infalibilidad? ¿No veis que apenas los hombres han proclamado la autoridad de la inteligencia, han privado de todo poder a sus palabras, y que querer imponerlas sería atentar sacrilegamente a la libertad de la inteligencia? Pues bien: la Iglesia se proclama infalible; ella no vacila, ella no duda, ella habla como su maestro; esto es; el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Vedla en sus cátedras; ella no discute, no ruega, no demanda favor; ó más bien ella ora, pero por vosotros; ella pide gracia, pero á vosotros mismos y para vosotros mismos. Ella os suplica que no trabéis una lucha en que vais á perecer irremisiblemente. Ella os promete todo, y eso desde la altura de una misión divina, sean los que quieran los representantes de su palabra, desde el pontífice supremo, sentado en su sede, hasta el más humilde pastor; cualquiera que sea quien oiga su palabra, ya tuviera en la mano la soberanía temporal, ó la soberanía del talento, ella no le reconoce más que un derecho posible, el de prosternarse á los pies de esta tribuna que anuncia los oráculos. Hablar en otro sentido, sería cobardía, sería ultrajar con la injuria más insigne las prerrogativas más sagradas, los derechos de la divina verdad.

Pero la autoridad es sólo una parte del poder, la otra es la fecundidad. Y bien, antes de Jesucristo, ¿ha habido un poder fecundo en la tierra? ¿Qué han creado los sabios en el corazón del hombre, qué ejemplos singulares de virtud ha visto nacer el mundo de sus doctrinas, y producirse en sus escuelas? ¡Los sabios! Ellos han pronunciado discursos, ellos han forjado sistemas, ellos han escrito libros, ellos han convertido la virtud en una novela, una ficción; pero crear la justicia, crear la virtud, no estaba en su poder, no lo han logrado, y yo doy gracias por ello al cielo.

Es verdad, hermanos míos, que yo no quiero decir que la conciencia humana ha sido estéril antes que el Hijo de Dios haya dejado caer sobre ella la luz de su enseñanza. No, no rebajaré yo al hombre por ensalzar al Criador, aunque no sea por otra cosa que por respeto al Criador mismo. Concederé de muy buen grado que antes de Jesucristo practicaba el hombre ciertas virtudes que le honraban: la justicia, la templanza, el valor, la misma abnegación; pero ¿qué le atraía á la virtud, sino una especie de vicio, la gloria; á qué se sacrificaba, sino á su familia, á su patria, á grandes cosas, pero al cabo siempre á cosas humanas? ¿Y dónde estaba, os pregunto yo, esa energía generosa del hombre que se olvidó, y que en el deber sólo busca el deber? ¿Dónde esa magnanimidad de sacrificio que no se dirige más que al cielo, y que se entrega sin reserva á Dios? La gloria de Jesucristo es haberla revelado y obtenido del hombre.

Este Maestro divino aparece en el mundo; él desdén el enseñar á la manera de los sabios, con sistemas, con raciocinios, con teorías morales; él va derecho al alma; él le habla, y le habla de sus deberes. Es cierto que él conocía todos los secretos de la ciencia; pero no admite que todas las realidades de la tierra valgan lo que un solo

pensamiento del alma, y por eso él se calla acerca de este punto, y no toca ninguna cuestión que no interese directamente la conciencia. Ante todas cosas, él quiere que los hombres repriman sus inclinaciones. Ese es el objeto exclusivo de su enseñanza; y como la eficacia de una doctrina estriba menos en la palabra que en las obras del maestro, no se contenta con hablar, sino que obra, y, como lo observa el Evangelista, desde su aparición en el mundo soporta voluntariamente la pobreza, el dolor, la humillación, y ya él, solamente en su nacimiento, ha dado más lecciones al mundo que las que le dará jamás la filosofía.

El nos ha enseñado que no hay más que un solo camino para llegar á la felicidad, la de renunciar á sí mismo. Por más sumergido que el hombre se halle en los placeres de los sentidos, las lecciones de la virtud irán á buscarlo en medio de los placeres de los sentidos, y sabrán apoderarse de él con ejemplos divinos. Que no venga á excusarse con su ignorancia, porque basta mirar á Jesucristo; que no venga diciendo que le faltan las fuerzas, porque precisamente el Hijo de Dios ha comunicado á su palabra un poder invencible que remueve y atrae los corazones, que exalta y fortifica el valor humano, y ese es su triunfo incomparable. Él dice, él hace, y obliga á hacer todo lo que él dice y hace. El ha dicho: «Bienaventurados los pobres; bienaventurados los que lloran!» ¿Conocéis los prodigios de resignación moral que sola esa palabra ha obrado en el hombre? El ha dicho: «Amarás á Dios sobre todas las cosas», y esto ha sido suficiente para transformar el mundo.

La humanidad hace diez y nueve siglos ha caído á los pies de Cristo y de sus altares, y no hay una sola palabra del Maestro que no haya sido cumplida, desde la abnegación de la doncella cristiana á la cabecera del enfermo, hasta el sacrificio del mártir en las regiones más lejanas; ¿Qué maestro ha enseñado jamás de tal suerte! Otros, es cierto, han exigido de los hombres ciertos sacrificios; pero esos son sacrificios fugitivos, que exigen una hora de mi existencia y que me dejan libre el resto de mi vida entera; y además, ¿en qué forma se me impone este sacrificio? Explorando mis pasiones, el amor de la gloria. Pero aquí, imponerme sacrificios para siempre, privaciones que matan paulatinamente, y que me roban la vida del corazón gota á gota; pero imponerme el heroísmo que se consume en las tinieblas, sin más testigos que el ojo de la conciencia y el ojo de Dios, es superior á la naturaleza, y de tal suerte es verdadero, que cuando Jesucristo lo ha anunciado, todos los sabios se han sublevado, condeñando el precepto como una quimera ó un sueño. Mirad, pues, ¡oh!

si la humildad es un sueño, si sacrificarse para socorrer á los pobres, á sus semejantes, si perdonar á sus enemigos, dominar sus pasiones, combatirse, vencerse, reformarse, si todo esto es un sueño; y no obstante, he aquí lo que Jesucristo ha obtenido y ha mandado; lo que ha mandado en todos los tiempos, en todas las edades; mirad, oh sabios, contemplad, y decid si tal triunfo puede ser otra cosa más que un triunfo divino.

He aquí la fecundidad de la enseñanza de Jesucristo, que unida con aquella autoridad de que os he hablado, constituye el poder, primer carácter de la enseñanza de Jesucristo; el otro carácter que posee y la distingue, es la universalidad.

¿Qué significa una enseñanza universal? La enseñanza universal es aquella que se dirige á todos los pueblos y á todas las edades, y por consiguiente, la universalidad de la enseñanza debe tener dos condiciones. En primer lugar, una fuerza infinita de expansión por la cual penetre todas las inteligencias, y en segundo, una fuerza infinita de unidad sin la cual dejaría de ser la misma, y por consiguiente, sería imposible que ella alcanzara ningún triunfo. Pues bien; antes de Jesucristo no existía cosa alguna parecida que fuese capaz de convenir á todos los pueblos y á todas las condiciones. Es verdad que había religiones que se dirigían á todos, pero se dirigían á las preocupaciones, á los malos instintos, á las pasiones, á la corrupción de todos.

Antes de Jesucristo existían, sin duda, sabios eminentes é ilustres filósofos, pero se dirigían únicamente á las inteligencias privilegiadas. Así los Sócrates, y los Platones y tantos otros removían todos los días los grandes problemas del alma y de la divinidad. ¿Han llamado jamás, han permitido nunca que el pueblo entrara en sus escuelas? ¿Esos sabios hubieran creído envilecer la verdad, si la hubieran hecho bajar hasta el pueblo! Esta misión pertenecía á Jesucristo, siendo maestro de todos, como ha sido su criador; él sabe, pues, que ha hecho el corazón del hombre, que la verdad es nuestro sol, nuestra vida, y lo sabe tan perfectamente, que ha dejado los cielos para traer al hombre la verdad á este suelo.

Apenas se revela á los hombres, ¿a quién llama alrededor suyo? A los pequeños, á los ignorantes, y, según la expresión del Evangelio, á la muchedumbre, á las turbas. *Doceret turbas*. Así debía de ser; su misericordia no podía ser menos generosa con las almas, que lo había sido con los cuerpos. En el orden de la naturaleza, todos pueden apagar su sed en el corriente de un río, todos pueden alimentarse con el pan material, que es el alimento del cuerpo; en la gra-

cia, todos hacen lo mismo, todos pueden alimentarse con el pan de la verdad, todos pueden beber las aguas de la vida eterna. Siendo la verdad necesaria á todos, él la ha puesto al alcance de todos. Jesucristo tiene luz para todos, lo mismo que el sol, que al propio tiempo que dirige sus rayos ardientes á la cima de las montañas, á la copa del elevado pino, baja á las honduras, y vivifica en ellas la yerba de los valles.

Muy pronto saldrá de este mundo para volver al seno del Padre, pero sobrevivirá en su Iglesia, viviendo siempre en ella. La Iglesia continuará enseñando la doctrina del Maestro con el mismo espíritu y el mismo carácter. No temáis nada; la Iglesia no guardará para sí misma el elemento de la verdad que encierra, de que es leal depositaria. Ella dirá con el Apóstol: «Yo debo á todos, á los niños, á los ignorantes, á los griegos, á los bárbaros, yo debo á todos la verdad que he recibido de mi Maestro.» La Iglesia va á predicar la doctrina de Jesucristo á los hombres de todas las clases, condiciones y edades. Ella murmura las cosas celestiales al oído del niño; ella habla de Dios bajo el humilde techo de la cabaña; al borde mismo del surco que abre la tosca mano del labrador. Ella instruye al artesano; ella baja, se desliza y penetra en las mazmorras oscuras de la justicia humana, y tiene una palabra de salvación para el condenado que ve pendiente sobre su cabeza la espada de la ley; ella lo acompaña hasta los pies del cadalso; ella sube con él para no abandonarlo hasta las puertas de la eternidad que va á abrirle la mano del verdugo. Dónde quiera que encuentra un alma, allí reconoce un derecho sagrado, un derecho inatacable, un derecho que ningún poder puede arrebatarse ni abolir, el derecho que tiene todo ser humano de recibir la luz de la verdad. Así, hermanos míos, todos la ven, todos la encuentran, y en todas las partes de la tierra ella es como la providencia que da vida á las aves, agua á las plantas y rocío á las flores.

¿Crecéis que es esa la enseñanza de Jesucristo en su Iglesia, que debe limitarse á tal pueblo, al confin de tal nación, á lo que se llama una patria? No, eso es imposible. La Iglesia de Jesucristo traspasa todas las vallas, y el mundo entero es el que ha de escuchar sus divinas enseñanzas. Todo lo contrario de lo que ocurría con los filósofos del paganismo; cuando habían descubierto una verdad, la trataban como si fuera un criminal; la encerraban dentro de las paredes de una escuela, como se encierra al culpable bajo el cerrojo de la mazmorra. ¿Quién no sabe que Pitágoras, Sócrates y otros ocultaban su sistema como un misterio? ¿Y por qué ese velo, esa reserva, ese misterio? Vosotros habéis encontrado la verdad, según decís; bueno,

pero la verdad es patrimonio de vuestros semejantes; la verdad es la vida de la humanidad; lejos de esconderla, hacedos los apóstoles de ella, marchad, llevadla del uno al otro confin del universo; si os atemoriza el apostolado, rasgad por lo menos el velo, recordad que la verdad es la reina de las inteligencias, hacédla salir de vuestros subterráneos, exponedla a los rayos del sol.

Pero no; había una palabra que no se había oído en la tierra: id y enseñad; hasta entonces, hermanos míos, nadie enseñaba más que a niños cuantos discípulos. Pero Jesucristo habla y dice: «Id, enseñad, predicad el Evangelio a toda humana criatura.» La Iglesia lo ha oído: ella va a todas partes, donde existan seres racionales para llevarles la santa luz de la verdad. Y ¿qué pueblo ha resistido a su apostolado; cuál es la ciudad, por oculta que se halle en el seno del océano, que no haya sido descubierta por su ojo? ¡Ah! Con la gracia en las manos, con la doctrina en los labios, ella ha ido a todas las playas, de oriente a occidente; ella ha pasado por todas las grandes naciones; ella ha bajado y subido por todos los ríos; ella ha surcado todos los mares; ella ha erigido sus tiendas en todos los desiertos; ella ha hecho resonar su voz en todos los ángulos de la tierra. Pero ¿qué interés tan poderoso la anima, qué va ella a pedir de continente en continente, qué espera de esos salvajes, de esos bárbaros? Esos bárbaros, esos salvajes tienen un alma, y por consiguiente tienen derecho al Evangelio, a la verdad y a Jesucristo. Pues bien; la Iglesia viene a pagarles la deuda de la providencia, que debe a todos la luz; la Iglesia viene a continuar la misión de Jesucristo que ha aparecido en el mundo para todos, y que quiere que su verdad, que su Evangelio sea para todos. He aquí el motivo que la impulsa; he aquí cuáles son sus alegrías y los consuelos que experimenta en su destierro.

Pero ¿qué estoy haciendo? ¿Voy yo a hablaros en este momento del celo del apostolado que va a llevar a climas remotos su elevada misión, cuando nosotros vemos todos los días, cuando pasan junto a nosotros hombres obcecados que se empeñan en no abrir el oído, que cierran los ojos a la verdad? En efecto, hermanos míos, sentiríamos el júbilo más íntimo, el regocijo más profundo, la más suprema alegría, el más completo consuelo en lo más hondo de nuestro pecho, si nuestra débil palabra, fecundada por el poder divino de nuestro Señor Jesucristo, pudiese conquistarle una sola de esas almas desgraciadas que lo desconocen; pero aun cuando el mismo cielo nos rehusara ese triunfo, inapreciable a nuestros ojos, porque es el triunfo de la gloria, no dejaríamos por eso de continuar haciendo oír la palabra de la verdad, porque después que ha pasado por los labios de un

Dios, la verdad encierra tal grandeza, que sólo el honor de hacer algo por ella basta y sobra para servir de recompensa a todos los esfuerzos, para estimular todos los trabajos, aun cuando no fuera lícito ni posible aguardar el triunfo y el éxito de que desearíamos verles coronados.

La inmutabilidad es, hermanos míos, el carácter, el signo distintivo por excelencia de la enseñanza de Jesucristo y de su Iglesia. En el mundo, entre las escuelas de los sabios, existe una ley fatal. Existe la ley de la movilidad, la ley de la mutación, y esto debe ser así por dos causas: la primera, porque todos pretendemos ser soberanos absolutos de la doctrina de que somos padres, y porque, en virtud de esta soberanía, echamos por tierra al día siguiente todo lo que hemos fabricado la víspera. Si; todos tenemos en nuestros corazones algunos instintos despóticos; todos nos complacemos en hacer alarde de soberanía absoluta, abatiendo a éste y ensalzando a esotro. Además, se desea pertenecer a su siglo, es decir, que se desea seguir la corriente que llevan las cosas, que se quiere responder a la idea, al pensamiento, a la preocupación, a las pasiones del momento. Es verdad que el pensamiento es falible; pero también puede suceder y sucede que se piense con justicia, exactitud y verdad, y contrariando, defraudando las ideas y las pasiones del día, se corre el riesgo de quedarse solo con su juicio y su inclinación. Por esta causa se renuevan frecuentemente las escuelas humanas; por eso cambian sin tregua, por eso toda doctrina está condenada a variar incessantemente, a ser suplantada todos los días.

No sucederá lo mismo con la doctrina de Jesucristo. ¡Cosa admirable! Ella todo lo abarca, Dios, alma, eternidad, tiempo, intereses y necesidades, y todo cuanto se refiere a los destinos de la humanidad. Ella ha resuelto todos los problemas vitales de la sociedad humana, la palabra salida de su boca es la regla del espíritu humano. Heredera de su enseñanza, la Iglesia conserva con cuidado extremo, en medio de nosotros, la impercedera unidad; pero no penséis que sea esa la unidad inmóvil de una palabra muerta y sepultada en un libro, como en un sudario; es una verdad viva que permanece siempre igual, siempre la misma, y tal como fué anunciada por Jesucristo, por un Dios. En una palabra, la Iglesia católica no pervierte la doctrina; por el contrario, se esfuerza por fecundarla, pero sin adulelarla, sin destruirla. Ella extiende los rayos sin sacarlos de su centro; ella dilata la luz, pero acudiendo siempre por ella al mismo foco.

Cesad, pues, oh sabios de la tierra, de acusar la doctrina de nues-

tro divino Maestro; cesad de proscribir en nombre del progreso la única palabra que encierra en sus entrañas el germen del progreso moral de la humanidad. Ellos hablan de progreso, de progreso hasta en religión. ¿Pero, por ventura, las necesidades religiosas de los hombres no son las mismas en todos los siglos? Vosotros os reiríais del insensato que quisiera otro sistema de luz y otra organización de la vida, bajo el pretexto de que el sol que nos ilumina no podría ser el sol de su existencia actual. ¿No sería una locura menor el pretender para las mismas inteligencias un evangelio nuevo y una nueva verdad? ¿Se habla de progreso! ¿Acaso progresan todos los días los que invocan esa palabra equívoca? ¿Hacen por ventura esos vocingleros más que sorprender alguna verdad dispersa, más que reanimar alguna luz medio apagada? ¿No ve éste que no hace otra cosa que robar a Platón su sistema? Ese otro que pretende hallarse encerrado en el sentimiento religioso, y que no ve en la diversidad de religiones más que una terrible indiferencia por un solo Dios, ¿no comprende que va a la zaga de ese emperador Juliano, que con todos sus sistemas no la conquistado otra inmortalidad que la del ridículo? Así, que se revuelvan en todas direcciones, que levanten todo género de edificios, que inventen toda clase de sistemas, que preconicen toda especie de sueños fantásticos; cuanto juzguen haber creado, no será nunca más que la repetición, la renovación de una idea.

Un solo progreso positivo existe; el progreso de renunciar las pasiones para ir a buscar y seguir al Maestro, que es Jesucristo. Antes de él, y sin él, por espacio de muchos siglos, los hombres habían intentado, con el auxilio de sus solas fuerzas, llegar hasta la cima del elevado monte donde habita la verdad en su atmósfera pura é inalterable. ¿De qué les sirvieron todos sus esfuerzos? ¿qué término alcanzaron? Precipitáronse de caída en caída hasta el más profundo abismo; pero el Verbo Eterno, descendiendo a la tierra, se incorpora con la humanidad, la estrecha contra su pecho y la conduce hasta la puerta del templo de la verdad. Allí se encuentra, allí tiene su santuario, y vosotros, ¡oh sabios de la tierra! creedme, no la busquéis en otra parte; de lo contrario, caeréis en el abismo. Los sabios hablan de progreso; el verdadero, el bello progreso se obra dentro del racionalismo; éste es el único progreso; fuera de ahí no hay más que decepciones, sueños, pérdida de toda esperanza, ruina de todo deber.

Hermanos míos, en breves palabras os he explicado cuáles eran los caracteres de la enseñanza de Jesucristo. Vosotros la habéis recibido, a vosotros os ha sido dado, según expresión del Apóstol, comprender este misterio que yace oculto en la fe y queda impenetrable

à los ojos del siglo. De esta suerte encontraréis la verdad, la paz del corazón y la esperanza sola y única para el hombre de la eterna felicidad que a todos os deseo. *Amén.*

SABIDURÍA DE JESUCRISTO

*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?
Si 70 an dico la verdad, ¿por qué no me creéis?*

(JOAN, 8, 46.)

Parece que estaba reservada, hermanos míos, para nuestro siglo la existencia de unos nuevos hombres, que a la manera de los judíos y gentiles en el principio del Cristianismo, no tratasen ya de negar ó alterar la verdad de un dogma, de un misterio, ó de un precepto del Evangelio, sino que chocasen abiertamente contra todos, y pretendiesen barrenar por la quilla la nave de San Pedro, para sumergirla enteramente. Pero como no es lo mismo excitar una borrasca que ocasionar un naufragio, debemos esperar confiadamente tiempos más bonancibles, y en el interin vivir seguros de la destreza del piloto que la gobierna. El es poderosísimo, él es sapientísimo, él es santísimo, ¿quién podrá vencerle ni aun resistirle? ¿Una criatura contra el Criador? ¿Un átomo imperceptible contra el Omnipotente?

¿Como podremos persuadirnos, dicen con altivez los incrédulos, que se precian de instruidos, de que un libro tan sencillo sea la historia de un Dios todopoderoso? ¿Como los Evangelistas, no siendo nada delante de Dios, nos podrán dar ideas de su grandeza, de su sabiduría y de su omnipotencia? Si los montes se encorvan a la vista del Ser eterno, si el mar se conmueve, si los cielos se estremecen, si la tierra tiembla, si todo el universo se aniquila al imperio de su voz, porque se formó por su palabra, ¿qué nos podrán decir los Evangelistas sino puerilidades y pequeneces despreciables? Ya lo estamos viendo. Fútiles parábolas, estilo humilde, ordinario é insípido, y un tejido vasto y seco de aventuras maravillosas: ved ahí lo que nuestro

entendimiento descubre en el Evangelio. Nuestros sentidos se amantan, nuestra razón clama y nuestro entendimiento resiste á esa pequeña idea tan poco digna del Ser eterno.

Bondad de Dios, ¡qué grandes son tus misericordias! Yo esperaba este momento y ya ha llegado, al leer aquellas palabras del Evangelio, si os digo la verdad, por qué no me creéis? *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* En efecto, si yo probara, hermanos míos, incoñensamente qué el Evangelio es la historia de Dios-Hombre, la más bella, la más grande, la más perfecta, que el entendimiento humano puede concebir; si Jesucristo apareciese en ella con los caracteres de sabiduría, superior infinitamente á todas las ideas de los hombres; si las cualidades personales de Jesucristo, su doctrina y sus obras se presentasen tan eminentes y admirables, que nos demostrasen con evidencia no solo que él fué un enviado de Dios para instruir y salvar á los hombres, sino también que fué un Hombre-Dios; si todo esto se demuestra con pruebas irresistibles, ¿podremos esperar que se rasgue el velo de la incredulidad, y que los incrédulos se hagan fieles? Sin duda. Ellos, entonces no solo creeran al Evangelio como verdadero, como dictado por el Espíritu divino á los Evangelistas: también confesarían que estos autores ni pudieron, ni debieron escribirle de otro modo, para darnos justas ideas de la sabiduría, que se dignó descender del cielo á la tierra para hacerse hombre, para enseñar al hombre la doctrina de la verdad y la práctica de la virtud, por morir y salvar al hombre.

Pasemos, pues, hermanos míos, á presentar, aunque brevemente y solo á grandes rasgos, la sabiduría de Jesucristo, en el Evangelio, para reconocer con cuánta razón Jesús echaba en cara á los judíos su incredulidad. *Ave María.*

Abramos, hermanos míos, el Evangelio: leamos con atención y respeto sus sagradas páginas: ¿qué hallaremos? preceptos, consejos, máximas, parábolas, respuestas y exhortaciones de Jesucristo: pero reflexionad que son preceptos tan equitativos, consejos tan perfectos, máximas tan verdaderas, parábolas tan ingeniosas é instructivas, respuestas tan oportunas y exhortaciones tan juiciosas y sublimes, que es imposible resistir á la evidencia de tantas pruebas como los Evangelistas nos dan de haber escrito la verdadera historia de Dios-Hombre, y del modo más perfecto que se debía escribir. Miremos atentamente al hombre, consideremos su naturaleza, sus facultades, sus inclinaciones, sus necesidades y las relaciones que tiene con su Criador, con sus semejantes y consigo mismo, y convendremos in-

mediatamente en que las leyes ó preceptos del Evangelio son tan sabias y tan perfectas, que solo el mismo Dios puede concebir un plan de legislación tan hermoso y tan completo.

El hombre es un ser compuesto de un cuerpo organizado y de un alma espiritual é inmortal, estrechamente unida á él para gobernarle y dirigirle según razón: como dotado de libre albedrío, es dueño de sus determinaciones, y puede abrazar el bien y desechar el mal, ó abrazar el mal desechando el bien. Esta es la naturaleza del hombre. Su existencia la debe á otro. Dios le crió, y este es su principio. Dios le crió para algo: todas las criaturas que salieron de la mano del Omnipotente tienen algún fin; y así no debe el hombre carecer de él, sino tener el más perfecto: este fin es conocer, servir y amar á Dios en esta vida, para gozarle en la eterna. Ved ahí el principio y el fin del hombre: he ahí de donde viene y á donde va. Estas son unas verdades evidentemente claras para los que tienen religión: cuanto más las meditan, más las conocen: cuanto más las conocen, más las agradecen y aman: cuanto más las aman, más bien cumplen la voluntad de su Dios, y he ahí unas verdades que, lastimosamente afectan no comprender los incrédulos. Para ellos son abismos impenetrables los espacios que antecedieron á la vida, y los que subsiguieran después de la muerte. ¡Qué dolor, amados cristianos míos, ver á los incrédulos embarazados en los primeros elementos de la Religión, que gloriosamente conoce y confiesa cualquiera de vosotros! Finalmente, Dios no ha criado al hombre para vivir aislado en sí mismo, ni esto sería bueno: le ha criado sobre la tierra en compañía de otros hombres, á quienes debe mirar como hermanos, porque descienden todos de un solo hombre, y no forman más que una familia esparcida sobre toda la superficie de la tierra. Este es el estado temporal del hombre.

De estos principios, que todo racional debe admitir, si obstinado no cierra los ojos de su alma para no verlos, se siguen dos precisas consecuencias: la primera, que Dios debió dar á los hombres una ley; y la segunda, que esta ley debía necesariamente contraerse á las cuatro circunstancias de la condición del hombre que acabamos de exponer. Esto es, una ley digna de su autor, proporcionada á la naturaleza del hombre, conforme á su fin y conveniente á su estado: ó de otro modo: debió darle una ley que pusiese al hombre en el orden respecto de Dios, respecto del prójimo y respecto de sí mismo. ¿No es esto? Indubitablemente. Pues vamos á los preceptos del amor que nos infirma el Evangelio, y en ellos hallaremos esta ley que pone en el orden todas las cosas.

Acérase á nuestro amable Jesús un escriba ó doctor de la ley, y le pregunta: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Le respondió Jesucristo: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es el solo Dios, y tú amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas: éste es el primer mandamiento; y ve aquí el segundo, semejante á éste: tú amarás al prójimo como á ti mismo. No hay mandamiento alguno en la ley y en los Profetas que no se comprenda en estos dos mandamientos, que son los mayores y más grandes de la ley. ¡Qué verdad tan luminosa, qué preceptos tan preciosos, tan perfectos y tan justos! La ley natural nos los íntima: la ley mosaica nos los manda: la ley evangélica los adopta, los publica, los confirma, y promueve su observancia. Con estos preceptos todas las cosas están en el orden. El cielo y la tierra; el Criador y las criaturas: los hombres entre sí mismos, y los hombres con sus semejantes. Observados estos preceptos, se destierran del mundo los homicidios, las calumnias, los robos, las concupiscencias, las desobediencias de los hijos con sus padres, de los criados con sus amos, de los vasallos con sus reyes, y, en una palabra, todos los vicios. Observando estos dos preceptos, se practican todas las virtudes. A Dios se le da culto digno de su bondad y su grandeza: al prójimo no pronto socorro en sus necesidades, como para nosotros lo deseamos en semejantes circunstancias: el cuerpo sirve al alma, el alma obedece á la razón, y la razón es gobernada y dirigida por la divina ley. Pueden los hombres, los ángeles y el mismo Dios formar un plan más bello, más natural ni más justo de la religión? ¿Cuántos otros preceptos hallamos en el Evangelio para reprimir nuestro orgullo! ¿cuántos para desterrar la avaricia! ¿cuántos para ahogar la venganza! ¿cuántos para abominar la hipocresía! ¿cuántos para huir la impureza! ¿cuántos para contener la intemperancia! ¿cuántos... Pero ¡Dios inmortal! ¿han leído los incrédulos, que se dicen instruidos, el Evangelio? Si no le han leído ni entendido, ¿cómo se atreven á condenar el modo humilde y sencillo con que los Evangelistas le escribieron? Si le han leído y considerado, ¿cómo no ven en él tanta hermosura, tanta majestad, tanta justicia, tanta perfección en sus preceptos? ¿Cómo no admiran tanta santidad en sus consejos? tanta verdad, tanta claridad y precisión en sus máximas? Ellas son tan nuevas, que jamás se oyen pronunciar por vez primera sin sorprenderse: son tan claras, que todos las comprenden: tan verdaderas, que nadie puede contradecirlas: tan sencillas y naturales, que todos los entendimientos más comunes las entienden; y tan grandes y tan bellas, que son la admiración de los mayores ingenios:

ellas son comunes á todos los hombres, su doctrina es para todas las naciones, y su perfección para todas las almas. Cuanto más se leen, más gustan: cuanto más se consideran más se admiran; y cuanto más se observan, más perfeccionan. En ellas se ve el tono que un Dios hecho hombre debe tomar hablando con los hombres, y en ellas nos dan los Evangelistas los caracteres más propios de un Hombre-Dios.

¿Aparecerán menos brillantes los rasgos de la Divinidad en las parábolas? Presentense á nuestra vista cuantos escritos de esta clase han dado á luz los ingenios de los hombres más ilustres; ¿dónde hallaremos tanta sencillez en su narración, tanta conformidad en sus alegorías, tanta solidez y perfección en su moral? Muchos libros serían menester para decir algo de aquellos sagrados apóstolos tan frecuentes en la boca de Jesucristo. Ya veis, amados cristianos míos, que no tenemos tiempo para tan dilatadas discusiones; presentad solamente dos á los incrédulos: la parábola del hijo prodigo y la del samaritano, y decidles si el entendimiento humano dió jamás tales ideas del arrepentimiento de un mal hijo, de la bondad y ternura de un buen padre, y de la compasión y caridad de un virtuoso prójimo. ¡Qué expresiones tan enérgicas, qué afectos tan tiernos, qué emociones tan dulces se experimentan en el alma cuando se leen y consideran! Es menester vencer al bronce en dureza, para no amar la virtud que nos enseñan. Pero lo que da á las parábolas de Jesucristo un mérito superior, no sólo á las que nos han dado los hombres, sino á cuantas el entendimiento humano puede imaginar, es el que ellas son á un mismo tiempo teológicas, proféticas y morales; y que muy frecuentemente nos presentan bajo el mismo símbolo la imagen de los designios de Dios sobre los hombres, la de los sucesos futuros más interesantes para la religión y la de nuestras propias obligaciones. Léanse, examínense, considérense las parábolas de la viña, de la cena grande á que convidó el rey para las bodas de su hijo, la del padre de familias que busca obreros y los envía á trabajar, la de las vírgenes prudentes y las fatuas, y otras muchas que á cada paso se nos presentan en el Evangelio; y se vera con claridad que su objeto es el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra por la predicación del mismo Evangelio; es la reprobación de los judíos por causa de su ingratitude y su dureza; es la vocación de los gentiles al gremio de su Iglesia y la enseñanza de la virtud á unos y á otros. ¿Pudiera un hombre que no fuera Dios reunir en un mismo símbolo, y bajo un mismo punto de vista, tantas instrucciones diferentes? ¿Pudiera un Dios hablar de otra manera más perfecta?

Vedlo claramente en sus respuestas. Los fariseos le hacen preguntas capciosas para sorprenderle y sacar de su boca alguna decisión que le sirviese de pretexto para acusarle como delincuente. Presentándole una mujer cogida en adulterio, y le dicen: Moisés nos mandó apedrear á los adúlteros; y tú, ¿qué dices á esto? Los herodianos le preguntaban, si era lícito á los judíos pagar el tributo al César. Jesucristo conoce su doblez, mira en su corazón la malignidad de sus intenciones, la envidia que los consumía y la perversidad con que le preguntaban; y con admirable majestad, con una presencia de espíritu asombrosa y con una sabiduría divina, abate con una sola palabra todas sus maquinaciones y los llena de confusión. El que entre vosotros, les dijo, se hallé sin pecado, arrojéle la primera piedra. ¿Qué respuesta tan divinamente ingeniosa! Confirma la ley y salva á los delinquentes; manda el castigo y cubre de confusión á los que le solicitaban. Dádme una moneda, les dice á los herodianos. Se la presentan con el busto del César impreso en ella. ¿De quién es esta imagen? les pregunta el Salvador. Del César, le responden. Pues dad, les dijo Jesús, al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. ¿Se oyeron jamás en los siglos unas respuestas más sabias, más prontas y decisivas?

Las exhortaciones de Jesucristo no son menos dignas de la admiración de todos los hombres, que sus preceptos, sus consejos, sus máximas, sus parábolas y sus respuestas. Una elocuencia divina resplandece en ellas, y una fuerza de persuasión á que nadie puede resistir. Por no hacernos interminables oigamos una sola, en que nuestro adorable Salvador exhorta á los hombres á pedir y esperar todo de la bondad de Dios, á quien invocan en sus necesidades. «¿Quién es entre vosotros el padre que diese á su hijo una piedra cuando le pide pan, ó que le diese un escorpión pidiéndole un huevo? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará espíritu bueno á los que le pidieren? Y es como si les dijera: Por malos que seáis por vosotros mismos, sois, sin embargo, buenos para vuestros hijos; vosotros los amáis; sus necesidades os conmueven y enternecen; sus súplicas tienen sobre vuestros corazones un poder al cual no sabéis resistir; siempre les dais lo que conviene. Pues ¿con cuánta más razón Dios, que es vuestro padre, se dejará commover por vuestras necesidades y vuestras súplicas? ¿Dios que, por su naturaleza y su esencia, es la misma bondad? El que ha criado en vuestros corazones el amor que tenéis á vuestros hijos, ¿dejará vacío y sin amor su propio corazón? ¿Creéis que vosotros seréis mejores que Dios? Decidme,

amados cristianos míos, ¿hay algo en el mundo más verdadero, más hermoso y más persuasivo que este género de escritos? ¿Quién no conoce en ellos á Jesucristo enseñando á los hombres los atributos de su divinidad? Por una parte, ¡qué sencillo, qué familiar! Cualquiera que se deje guiar por su razón, lo entiende. Por otro lado, ¡qué grande, qué sabio, qué profundo! Los mayores ingenios se llenan de admiración al meditar sus sentencias; él se adapta á los talentos más limitados, y al propio tiempo es superior á los talentos más sublimes.

Decid á los incrédulos que se suponen instruidos, habiendo estudiado tan poco las bellezas del Evangelio; decidles que los convidamos á su lectura, humilde, reverente y reflexiva, y digannos después, si en los preceptos, consejos, máximas, parábolas, respuestas y exhortaciones que nos escriben los Evangelistas de Jesucristo, hallan fausto, vanidad y orgullo. Digannos si encuentran afectación en las palabras y figuras de que se sirven, ó adulación á los desordenados de las personas á quienes hablan. Digannos si hay alguna cosa en todo el Evangelio que no respire sabiduría y santidad, y que no muestre los deseos más vivos de hacer á los hombres felices y virtuosos. Digannos, si alguna vez quieren hablar de buena fe, si pueden imaginarse preceptos más justos, consejos más saludables, máximas más ciertas, parábolas más instructivas, respuestas más exactas y exhortaciones más energicas. Digannos, si pudieron ó debieron escribir los Evangelistas de otro modo la historia de Jesucristo, para darnos los caracteres más verdaderos de su sabiduría divina. Digannos... pero ya no exijo de los incrédulos más que la solución á esta pregunta: O ellos se engañan ó nosotros. Aquí no hay medio, tergiversación ó efugio. Si nosotros nos engañamos en creer al Evangelio y vivir según sus preceptos y consejos, nada perdemos por haber creído las penas que esperan á los malos después de la muerte, y los premios que tendran los buenos en la otra vida. Nada perdemos, y ganamos mucho, viviendo en la tierra alegres, pacíficos, modestos, bienhechores, puros, veraces y misericordiosos, como viven todos los que observan el Evangelio; y esta vida ni la han tenido ni la tienen los incrédulos. Pero si ellos son los que se engañan, ¡ay, ay de ellos! ¡ay de ellos en el tiempo y en la eternidad! Acá son mirados con horror por todos los hombres sensatos y virtuosos; y allá juzgados por la sabiduría divina, para ser después justamente condenados al infierno.

Dad gloria á Dios, hermanos míos, porque el solo es el sabio que destruye la sabiduría de los sabios del siglo y pierde la prudencia de los prudentes según la carne: él solo es el sabio que ilumina á todo

hombre que viene á este mundo; el solo es la luz del mundo y la verdad por esencia; él conoce los corazones de los hombres, escudriña sus intenciones y pesa en balanzas justas su mérito; de la plenitud de su sabiduría hemos recibido todos la parte que se dignó comunicarnos, á fin de que, conociendo, aunque imperfectamente, al Hijo de Dios, á Cristo, mediante la luz de la revelación y la fe, podamos algún día conocerle perfectamente por la visión beatífica en el cielo. *Amén.*



SANTIDAD DE JESUCRISTO

*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?
Et quia non dico vobis veritatem, et propter quod non me creditis?*

(JOAN, 8, 46.)

Todo el mundo sensato y juicioso, hermanos míos, conviene en afirmar esta verdad: la verdadera grandeza del hombre consiste en la perfección de su razón, que le hace sabio, y en la perfección de su voluntad, que le hace santo. Todas las otras ventajas, tan apreciadas por el mundo insensato y preocupado, en nada contribuyen á su verdadera grandeza. Con todas ellas, puede uno ser muy pequeño y despreciable, y sin ellas, puede un hombre ser sobremanera ilustrado y grande. Establecido este principio cierto, miremos á Jesucristo en el Evangelio, y se nos presentará no solamente como el mayor de todos los hombres y superior á todas las ideas que el entendimiento humano ha podido formarse por sí mismo de la grandeza de un hombre, si que también con una santidad digna sólo de Dios. En una palabra, si Jesucristo es el Hombre-Dios por su sabiduría, como está ya demostrado, (1) también lo es por su santidad. *Ave Maria.*

(1) Véase el sermón anterior.

Temblad, hermanos míos, al escuchar esta formidable verdad, que ha formado todos los incrédulos. Los vicios del corazón oscurecen las luces del entendimiento, y la recta razón se disminuye en proporción que el corazón se corrompe con los vicios. Por consiguiente, ninguno puede ser perfectamente sabio, si no es perfectamente bueno. Quien no tiene una idea verdadera de la virtud, ¿cómo podrá ser verdaderamente virtuoso? Las pasiones y los vicios que pervierten la voluntad del hombre, ofuscan también su entendimiento, y le dan falsas ideas en materia de religión. De las pasiones nacen los errores: ellas han dado á luz aquellas preocupaciones monstruosas que convierten el vicio en virtud, y la virtud en vicio, y llegan hasta precipitar los hombres en la herejía y en la incredulidad. Por más talento que supongáis en el hombre, si su corazón no es recto delante de Dios, ¿con cuántos lunares nos presentará el bello cuadro de la virtud! Miradlo en los Sócrates, los Platones, los Aristóteles, Sénecas y Cicerones: fueron hombres de un talento extraordinario, y en sus retratos de la virtud se ven, al lado de los rasgos que la razón ha dictado, las manchas de su pasión y sus preocupaciones. Lo mismo que sucedió á los filósofos de la antigüedad pagana, acontece á los filósofos de nuestros días. Siempre nos dan defectuosas las copias de la virtud: no está perfectamente en ellos; no la ven en sí mismos; ¿cómo han de dar ideas verdaderas de la perfecta santidad? Jesucristo es únicamente quien nos ha dado la perfecta idea de la verdadera santidad, porque él era perfectamente santo. Su razón no se oscureció jamás con nublado alguno, y su corazón no se manchó jamás con pasión alguna. El solo ha sabido pintar la virtud con los colores que la caracterizan, tomando la idea de sí mismo. No esperéis que yo cina mis pensamientos á una sola virtud para mostrar en ella el carácter de Jesucristo, porque todas las tuvo y practicó en sumo grado: no penséis que vengo á hablar de todas, porque esto sería emprender un imposible y proceder al infinito. Yo sé ciertamente más que si lo viera con mis ojos, que ninguno conoce al Hijo sino el Padre; y así como ninguno conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo se dignare revelar; en el cielo le veremos como él es: en la tierra no pueden los hombres ni los Angeles dar ideas perfectas de su santidad. No nos queda otro partido que tomar, sino abrir el Evangelio y estudiar en él á Jesucristo.

Apenas fijo atenta y respetuosamente mi vista en este libro divino, cuando su luz me sorprende, y mi alma queda llena de admiración. ¡Qué amor de Dios tan puro! ¡Qué amor del prójimo tan tierno y desinteresado! ¡Qué respeto tan profundo al Señor, á quien llama su

hombre que viene á este mundo; el solo es la luz del mundo y la verdad por esencia; él conoce los corazones de los hombres, escudriña sus intenciones y pesa en balanzas justas su mérito; de la plenitud de su sabiduría hemos recibido todos la parte que se dignó comunicarnos, á fin de que, conociendo, aunque imperfectamente, al Hijo de Dios, á Cristo, mediante la luz de la revelación y la fe, podamos algún día conocerle perfectamente por la visión beatífica en el cielo. *Amén.*



SANTIDAD DE JESUCRISTO

*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?
Et quia non dico la verdad, ¿por qué no me creéis?*

(JOAN, 8, 46.)

Todo el mundo sensato y juicioso, hermanos míos, conviene en afirmar esta verdad: la verdadera grandeza del hombre consiste en la perfección de su razón, que le hace sabio, y en la perfección de su voluntad, que le hace santo. Todas las otras ventajas, tan apreciadas por el mundo insensato y preocupado, en nada contribuyen á su verdadera grandeza. Con todas ellas, puede uno ser muy pequeño y despreciable, y sin ellas, puede un hombre ser sobremanera ilustrado y grande. Establecido este principio cierto, miremos á Jesucristo en el Evangelio, y se nos presentará no solamente como el mayor de todos los hombres y superior á todas las ideas que el entendimiento humano ha podido formarse por sí mismo de la grandeza de un hombre, si que también con una santidad digna sólo de Dios. En una palabra, si Jesucristo es el Hombre-Dios por su sabiduría, como está ya demostrado, (1) también lo es por su santidad. *Ave Maria.*

(1) Véase el sermón anterior.

Temblad, hermanos míos, al escuchar esta formidable verdad, que ha formado todos los incrédulos. Los vicios del corazón oscurecen las luces del entendimiento, y la recta razón se disminuye en proporción que el corazón se corrompe con los vicios. Por consiguiente, ninguno puede ser perfectamente sabio, si no es perfectamente bueno. Quien no tiene una idea verdadera de la virtud, ¿cómo podrá ser verdaderamente virtuoso? Las pasiones y los vicios que pervierten la voluntad del hombre, ofuscan también su entendimiento, y le dan falsas ideas en materia de religión. De las pasiones nacen los errores: ellas han dado á luz aquellas preocupaciones monstruosas que convierten el vicio en virtud, y la virtud en vicio, y llegan hasta precipitar los hombres en la herejía y en la incredulidad. Por más talento que supongáis en el hombre, si su corazón no es recto delante de Dios, ¿con cuántos lunares nos presentará el bello cuadro de la virtud! Miradlo en los Sócrates, los Platones, los Aristóteles, Sénecas y Cicerones: fueron hombres de un talento extraordinario, y en sus retratos de la virtud se ven, al lado de los rasgos que la razón ha dictado, las manchas de su pasión y sus preocupaciones. Lo mismo que sucedió á los filósofos de la antigüedad pagana, acontece á los filósofos de nuestros días. Siempre nos dan defectuosas las copias de la virtud: no está perfectamente en ellos; no la ven en sí mismos; ¿cómo han de dar ideas verdaderas de la perfecta santidad? Jesucristo es únicamente quien nos ha dado la perfecta idea de la verdadera santidad, porque él era perfectamente santo. Su razón no se oscureció jamás con nublado alguno, y su corazón no se manchó jamás con pasión alguna. El solo ha sabido pintar la virtud con los colores que la caracterizan, tomando la idea de sí mismo. No esperéis que yo ciña mis pensamientos á una sola virtud para mostrar en ella el carácter de Jesucristo, porque todas las tuvo y practicó en sumo grado: no penséis que vengo á hablar de todas, porque esto sería emprender un imposible y proceder al infinito. Yo sé ciertamente más que si lo viera con mis ojos, que ninguno conoce al Hijo sino el Padre; y así como ninguno conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo se dignare revelar; en el cielo le veremos como él es: en la tierra no pueden los hombres ni los Angeles dar ideas perfectas de su santidad. No nos queda otro partido que tomar, sino abrir el Evangelio y estudiar en él á Jesucristo.

Apenas fijo atenta y respetuosamente mi vista en este libro divino, cuando su luz me sorprende, y mi alma queda llena de admiración. ¡Qué amor de Dios tan puro! ¡Qué amor del prójimo tan tierno y desinteresado! ¡Qué respeto tan profundo al Señor, á quien llama su

Padre! ¡Qué dependencia de su voluntad! ¡Qué celo de su gloria! ¡Qué inmenso deseo de hacerle conocer y procurarle adoradores! ¡Quién jamás amó á los hombres con un amor tan puro, tan sincero y tan generoso como Jesucristo? ¡Qué cosa puede imaginarse que sea comparable al celo con que los instruye, á la bondad con que los socorre, á la paciencia con que los sufre? La inocencia de sus costumbres, su moderación, su desprendimiento, su aversión al fausto, á la vanagloria y á la avaricia, ¿quién la explicara? ¡Cuántas veces se enterneció, cuántas derramó afectuosas lágrimas por las desgracias de los hombres! ¡Cuántas veces se fatigó, cuántas palabras habló, cuántos pasos dió, por reducir al aprisco de su eterno Padre las descarriadas ovejas de Israel! ¡Qué noble sencillez en sus modales! ¡Qué dulce majestad en su presencia! Modesto sin afectación, grave sin altanería, discreto y reservado sin ficción, afable y popular sin bajeza, ni lisonjea los vicios, ni ofende á los hombres. A todos hace bien, y todo lo hace bien. Ved ahí, amados cristianos míos, lo que á la primera vista percibimos respecto á Jesucristo.

Si volvemos á estudiar el Evangelio con un poco más de cuidado, ¡oh Dios inmortal, qué fondo de santidad tan insondable se nos presenta! Ningún vicio hallamos, ningún defecto, ningún primer movimiento, ninguna de aquellas pequeñas debilidades de que no estuvieron exentos los más eminentes santos. ¡Qué hermosa y qué pureza la de su corazón! ¡Qué grandeza y qué elevación en su alma! Lo sublime y sumo de la virtud era el estado natural de Jesucristo. Jamás necesitaba recogerse dentro de sí mismo para orar: jamás se vió precisado á reprimir sus pasiones para practicar lo más heroico y sumo de las virtudes. Jesucristo fué sabio sin estudio, hermoso sin vanidad, rico sin presunción, pobre sin disgusto, moderado, paciente, magnánimo é intrepido sin violentarse. Su humildad fué profundísima, su mansedumbre inalterable, su pureza más que angelica, su obediencia más que humana y su modestia la más edificante. Toda virtud tenía asiento en su alma. Todo cuanto él dijo, fué precisamente lo que debía decir; y todo lo que él hizo, fué precisamente lo que debía hacer. Todo era perfectísimo en Jesucristo: sus pensamientos, sus palabras, sus obras, sus acciones, su cuerpo y su alma. No puede imaginarse virtud más verdadera, más sólida, más franca, más superior á toda preocupación y consideración humana, á todo temor, á toda esperanza y á cualquiera especie de intereses. Cuando provoca á los judíos á que le convenzan de algún pecado, me veo precisado á creerle un Hombre-Dios que en medio de sus enemigos hace brillar su santidad para eterna gloria de su Padre.

Ved, cristianos oyentes míos, los caracteres generales que de la santidad de Jesucristo nos dan los Evangelistas. Pero volved á leer el Evangelio, y hallaréis en él que Jesucristo ha dado á los reyes, á sus ministros, á los sacerdotes y á los grandes del mundo todo lo que es debido á la dignidad de que estaban revestidos. Reflexionad que jamás elogió sus talentos, su grandeza y sus riquezas; solamente alababa su virtud. ¡Oh qué virtud tan rara! ¡Oh qué santidad tan heroica!

Leamos el Evangelio, y hallaremos que Jesucristo no hizo otros milagros que los que convenia hiciese un Hombre-Dios. Si da vista á los ciegos, oído á los sordos, habla á los mudos, salud á los enfermos y vida á los muertos; si arroja los demonios, si calma las tempestades, si multiplica los panes, si descubre los pensamientos más ocultos de los hombres, si todos los elementos le obedecen, si los Angeles le sirven, si los hombres y los espíritus infernales tiemblan en su presencia, si el sol y la luna se oscurecen, si las piedras se parten, si el velo del templo se rasga, si los sepulcros se abren y los muertos vuelven á la vida, si él mismo resucita, si resucitado come, bebe, habla, camina, enseña, instruye, y al fin sube á los cielos á la vista de tantos testigos: en ninguno de estos grandes prodigios tuvo parte alguna el respeto humano, la curiosidad de los espectadores, la vanidad ó complacencia de hacerse admirar de las gentes: hizo grandes prodigios, ciertamente; no los niegan los más declarados enemigos del Cristianismo; pero todas sus maravillas tuvieron por objeto la mayor gloria de su Padre celestial, el socorro de los desgraciados hijos de Adán, y la demostración de su misión divina. Para quedar penetrados de esta verdad, no tenéis más que leer el Evangelio: en él hallaréis que los fariseos le piden con un tono imperioso que haga un milagro; y como el orgullo es quien lo pide, no lo consiguen. Claman sus mismos discípulos que haga descender fuego del cielo contra Samaria; y como la venganza solicitaba este milagro, el Señor no accede, y los reprende. Alégrase Herodes al verle en su presencia, esperando que haría algún prodigio; y como la curiosidad es el origen, calla y no lo hace. Piden los escribas y sacerdotes que baje de la cruz y creeran en él; y como el Salvador conoce no ser justa su petición, la niega y muere en la cruz. En vano buscaréis un lunar en la santidad de Jesucristo. Su intención y sus operaciones son perfectas, son justas, son heroicamente virtuosas. ¿Queréis ejemplos de bondad, dulzura, clemencia y misericordia? Representaos á Jesucristo y á la Magdalena á sus pies en casa de Simón el Fariseo; á Jesucristo presidiendo el juicio de la mujer adúltera; hablando con la Samaritana

en el pozo de Sicar; comiendo en casa de Zaqueo con los publicanos; y finalmente rodeado de niños, á quienes ama y defiende. Representaos, vuelvo á decir, á Jesucristo en estas y otras ocasiones de su santísima vida, y decidme, si toda la caridad que podemos concebir en un Hombre-Dios para salvar á los hombres, no está brillando á vuestros ojos. ¿No le veís como el Pastor más vigilante y benigno, como el Padre más tierno y más amable? ¿Podía el mismo Jesucristo pintarse á sí mismo con caracteres de mayor benignidad y misericordia?

¿Queréis ejemplos de fortaleza y de una libertad intrépidamente santa? Representaos á Jesucristo arrojando del templo á todos los que lo profanaban con sus negociaciones, derribando sus mesas, echando por el suelo sus dineros y celando el honor y culto de su casa: representáosle dando en rostro á los escribas y fariseos con sus hipocresías, sus injusticias, sus tradiciones perversas y sus costumbres corrompidas. Nada puede imaginarse que se parezca al espíritu, al fuego, á la terribilidad de sus reprensiones contra aquellos hombres que abusaban sacrilegamente de todo lo más santo que había en la religión, que imponían cargas insuportables sobre los fieles, y no arrimaban siquiera un dedo de misericordia para ayudárselas á llevar. Estremecen y horrorizan aquellos anatemas que Jesucristo profería contra ellos: *Vae vobis*. ¡Ay de vosotros, hipócritas, escribas y fariseos! ay de vosotros! ay de vosotros! ¡Habréis alguna vez considerado, amados cristianos míos, quienes eran estos hombres á quienes el Señor reprendía con tanta dureza, y quienes eran aquellos otros á quienes trataba con tanta clemencia? ¡Oh reflexión digna de que no la olvidéis jamás, para conocer la santidad de la fortaleza de Jesucristo! Los escribas, los fariseos, los príncipes de los sacerdotes eran unos hombres públicos, de grande reputación en el pueblo, que podían conmovérle á su voluntad, revolverse contra Jesucristo, atentar contra su vida y procurarle su muerte; y los otros eran unos hombres pobres que nada podían, y de quienes nada había que recelar: éstos eran unos pecadores de flaqueza ó ignorancia, y aquellos unos pecadores de malicia y de poder: y no obstante Jesucristo se levanta contra sus desórdenes, y reprende intrépidamente sus vicios en unas circunstancias terribles, en las que el respeto humano reduce al silencio los hombres más animosos, y les hace olvidar lo que deben á Dios y á su sagrado ministerio, y trata al mismo tiempo con dulzura á los que son el blanco más frecuente de las almas cobardes, pero altivas, que los tratan con la mayor dureza y sin la menor consideración. ¡Oh Dios inmortal! ¡Qué proceder tan santo el de Jesucristo en su sagrado ministerio! ¡Qué debilidades tan reprensibles cometemos cada día sus ministros por no imitar una conducta tan justa!

Pero no omitamos siquiera una ojeada sobre el estado más brillante de la santidad de Jesucristo. Admirémosle en su pasión y en su muerte. En ella es donde descubre toda la hermosura, toda la fuerza y toda la grandeza de su alma. Todo cuanto el mundo ha admirado como más grande, es inferior á él con una distancia infinita. Á su vista todo parece pequeño, toda virtud se eclipsa y toda santidad desaparece. Nada hallamos en todas las historias que se parezca á tal modo de padecer y morir; revestido de un poder infinito, derriba con una sola palabra toda la multitud armada de ministros y soldados que venían á prenderle; permíteles luego que se levanten, y se entrega voluntariamente en sus manos. Esta era la voluntad de su eterno Padre; esta era la suya, y esto lo que nos convenia y era necesario para nuestra salud y remedio. Abandonado de sus amigos y entregado al furor de sus enemigos, ve llover sobre su venerable persona violencias, injusticias, calumnias, insultos, ultrajes los más inauditos y tormentos los más atroces; pero ni manifiesta su inocencia delante de los jueces, como Sócrates, para poner en salvo su reputación, ni publica la violencia de su gran padecer como Job, ni pide venganza su sangre derramada como la de Abel. No reclama los derechos de la justicia, tan abiertamente violados contra su persona, ni el respeto debido á la naturaleza humana, tan indignamente hollada. Á la manera de un cordero manso enmuéce, y no se resiste, ni se queja, ni murmura. La indignación, la cólera, el desprecio, la vanidad ni otra pasión alguna se deja ver en sus ojos, ni en su rostro, ni en su porte, ni en sus palabras. Un silencio profundísimo, una admirable serenidad en su semblante y una tranquilidad en su alma, superior á la naturaleza del hombre: ved ahí lo que descubrimos en la pasión y muerte de Jesucristo. Si alguna vez habla, es para rogar por sus enemigos, para escuchar á sus enemigos y para alcanzarles el perdón. Si habla, es de compasión por las miserias de su pueblo; si clama á su Padre, es para encomendar su espíritu en sus manos; si mira á su Madre, es para señalarle á Juan, como hijo adoptivo, para que la sirva y obedezca; y si se dirige á su discípulo, es para dejarle á él y á todo el género humano una madre y protectora, en su Madre misma.

Levantad los ojos, amados cristianos míos, á la santa cruz, y veáis en ella á Jesucristo como dueño de la vida y de la muerte; como árbitro soberano de los eternos destinos de los hombres. Desde la cruz abre las puertas del paraíso á los que le reconocen y confiesan, y las cierra á los incrédulos que se obstinan en su ceguedad y mueren en la impenitencia. La cruz es una cátedra en la que el Dios de la santidad enseña todas las virtudes con su ejemplo, después de haberlas

enseñado en su vida con su doctrina. La humildad más profunda, la paciencia más asombrosa, la paz más inalterable, la fortaleza más invencible, la caridad más inimitable. Desde la cruz extiende los brazos hacia el uno y el otro polo para abrazar á todo el universo y formar un solo pueblo de los dos que reinaban en toda la tierra: el judaico y el gentilico. En la cruz, como en un sagrado altar, consume este Pontífice sumo, inocente, santo, imaculado, el sacrificio cruento de su cuerpo y de su sangre, y con él reconcilia el cielo con la tierra y hace las paces entre Dios y el hombre. En la cruz, como desde un trono, descubre este Rey inmortal de los siglos toda la extensión de su virtud y la fuerza de su imperio. El mismo había profetizado que cuando fuese levantado de la tierra, todo lo atraería á sí; y ya vemos cumplida su profecía. Las naciones le adoran, los reyes le veneran, y el mundo arrodillado delante de la santa cruz demuestra la verdad de sus palabras. En la cruz... Pero, cristianos míos, muy amados, leed vosotros el Evangelio, y hallaréis las verdades que es anuncio. Leed el Evangelio, y encontraréis, si le leéis con profunda humildad, le sencilla y corazón piadoso, rasgos aun más brillantes de su sabiduría y santidad. Hallaréis una infinidad de cosas, que más bien se conocen que se explican. Hallaréis á Jesucristo, si leéis el Evangelio, no sólo exento de todo pecado, de todo vicio, de toda imperfección y de toda debilidad, sino acompañado de todas las virtudes. En vano buscaréis las más sobresalientes, porque todas lo fueron en sumo grado. En todas fué perfectísimo, en todas santo. Hallaréis, por último, que los Evangelistas nos dieron la historia más cabal, más hermosa y más perfecta de Dios hecho hombre por amor del hombre. Historia verdadera, historia fiel, historia divina, historia inspirada por el mismo Dios para instrucción y santificación del hombre.

Dad gloria á Dios y bendecid su santo nombre, porque sólo Dios es bueno, sólo él es santo, el sólo es el Señor de los cielos y la tierra, de los Angeles y de los hombres, y el bienhechor de todo el universo. Dadle honor, culto, reverencia, honra y bendición, porque es santo en su esencia, santo en sus obras, santo en sus palabras, santo en sus designios, santo en el lugar de su morada, santo en la ley que nos impone, y nos hace santos si la obedecemos y cumplimos. Sed santos, hermanos míos, pues podéis y debéis serlo ayudados de su divina gracia. Santos son los Angeles que le alaban en el cielo, santos los bienaventurados que le conocen, le aman y le gozan en la gloria, y santos son los justos que le sirven en la tierra. *Sancti estote, dice el Señor, quoniam ego sanctus sum, Dominus Deus vester.*

Y vosotros, incrédulos, que os preciáis de instruidos, ¿queréis ser santos? ¡Ah! también podéis serlo dejando vuestra incredulidad. La religión santa abre los brazos como el buen padre de familias para recibir al hijo pródigo, si abandonáis como él el camino obscuro y tenebroso en que os precipitó vuestra incredulidad, y abris los ojos á la luz de la verdad. ¡Qué piedad! ¡Qué misericordia! Esta religión, esta misma madre llena de bondad y de clemencia quiere abrigaros en su seno y cubriros con su manto, y se obedientes á su voz creéis sus verdades; teméis sus amenazas, esperáis sus recompensas, obedecéis sus preceptos, recibís sus Sacramentos y amáis á su eterno Fundador. ¿Queréis todavía navegar en ese mar borrascoso, lleno de incertidumbre, sustos, pesares y tormentos, y expuestos en cada ola á un naufragio eterno? ¿No vale más viajar por un camino breve, derecho y firme que conduce seguramente al fin para que Dios nos erió, que pasar de un sistema á otro, de una opinión á otra, de una ilusión á otra, de un engaño á otro, sin hallar jamás descanso, paz ni seguridad? No violentéis vuestra razón, y nada hallaréis en el convite que os hago, que no sea justo, bueno y santo. Os convido con la paz, dejad la guerra; os convido con la seguridad, abandonad la incertidumbre; os convido con la gracia, desterrad la culpa; os convido con las luces de la fe, salid de las tinieblas de la incredulidad; dejad la tierra, yo os convido con el cielo, en donde deseo daros un abrazo eterno en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, á quien sea dada toda honra y gloria por los siglos de los siglos. *Amén.*

LA SANTIDAD DE JESUCRISTO ES SÓLIDA

*¿Quis ex vobis arguit me de peccato?
¿Quién de vosotros me arguirá de peccado?*

(S. JUAN, c. 8, v. 46.)

Reflexionando, hermanos míos, sobre los diferentes aspectos y relaciones bajo los cuales podemos considerar á nuestro divino Redentor; aquella metáfora que nos ofrece San Juan en su *Apocalipsis*, cuando dice que Jesucristo es el tabernáculo de Dios, me conduce á contemplar su virtud y su santidad, adornada de las mismas cualidades que hacen todo el mérito y toda la hermosura de los tabernáculos ó edificios materiales. Toda la hermosura y mérito de éstos consiste en la solidez, en la sencillez y en la elegancia del todo y de cada una de sus partes; y á ese modo todo el mérito y belleza de la santidad de Jesús nuestro Redentor lo consideraré en su solidez, en su sencillez, en su elegancia. Contemplemos esta virtud, que es la virtud esencial del eterno Padre, y á su vista desaparecerán los vanos fantasmas de virtud con que queremos engañar á los demás, ó con que nos engañamos á nosotros mismos. A vista de la verdadera virtud podremos depurar la nuestra, tan imperfecta, de sus manchas y defectos, y darle en lo posible la solidez, la sencillez, la elegancia que caracterizan la virtud substancial del Padre en su Hijo santísimo. Esta es á todo mi parecer doctrina cristiana, doctrina del Evangelio, doctrina comunmente ignorada, doctrina sumamente necesaria, doctrina sólida, sencilla, celestial. Mas concretándome al presente á la primera de dichas cualidades de la santidad de Jesucristo, os manifestaré como es sólida. Para esto imploremos los auxilios de la divina gracia, por la intercesión de María Santísima. *Ave María.*

Para conocer mejor la solidez de la santidad de nuestro Redentor, confrontemos su virtud con la nuestra. De este modo aprenderemos á discernir la virtud verdadera de la falsa, y procuraremos, desconfiando de ésta, adquirir aquella, que es la que ha de salvarnos. Por

que en esto de virtud hay también sus engaños, y más comunes de lo que ordinariamente se cree: hay virtud fingida, hay virtud falsa y hay virtud débil; y ninguna de éstas es la verdadera y sólida virtud. La virtud fingida es la de los que son hipócritas á los ojos ajenos; la virtud falsa es la de los que son hipócritas á sus propios ojos, y la virtud débil es la de los que sólo siguen la virtud cuando les acomoda, y la abandonan cuando no les trae cuenta.

Y en primer lugar, ¿qué otra cosa vemos en el mundo más que fantasmas de virtud vana y fingida? Por más que se haya preconizado el vicio, él no se atreve á dar la cara, ni á presentarse desmascarado, ni aun entre los viciosos; ni, por más que se haya desacreditado la virtud, ha perdido el aprecio y estimación, aun de los malvados. De aquí es que éstos, al paso que abominan la sólida virtud de los buenos, se afanan procurando parecerse á ellos; y aunque sean lobos en su interior, se cubren con piel de ovejas para ser tenidos por tales. A este fin no hay virtud que no finjan, ni vicio que no disfracen. Al ver el trato común y ordinario que se ostenta en sociedad, dirá cualquiera que vivimos como hermanos en la más perfecta armonía. ¡Qué dulzura en las expresiones! ¡qué afabilidad en los modales! ¡qué una condescendencia con las opiniones ajenas! ¡qué urbanidades, qué deferencias tan atentas! ¡qué prodigalidad en los obsequios! ¡qué sonrisa tan placentera! ¡qué de ofrecimientos en los labios! pero ¡qué veneno en el corazón! Cada uno de nosotros, hermanos míos, procuremos aparecer á los ojos ajenos tales como nos quieren encontrar los demás, para merecerles un buen concepto: recatados con los inmodestos, rigidos con los que son severos, y blandos é indulgentes con los benignos; y así por este modo cada hipócrita hace tantos papeles cuantos le tiene cuenta para llevar adelante sus trampas, sus embrollos y sus intrigas. Sólo son tolerantes con los que se les parecen en ser hipócritas; porque aunque los conocen, lo disimulan para merecerles el reciproco disimulo que necesita su supercheria: al contrario de nuestro Redentor Jesucristo, que siendo tolerante, dulce y afable para con toda clase de pecadores, sólo se manifestó duro é inexorable con los hipócritas. Hipócritas eran los fariseos; fariseos eran los pontífices, los sacerdotes, los rabinos y los escribas, es decir, la flor y nata del pueblo hebreo. Mas como al buen pagador no le duelen prendas, como nuestro Salvador obraba del mismo modo en público que en secreto, como su candor y la verdad de su virtud lo ponían á cubierto de toda reconvencción, como no podía por otra parte hacer treguas con el vicio, levanta la voz delante de las turbas y les previene: que sobre la cátedra de Moisés han subido los fariseos, que

los oigan y sigan la doctrina que enseñan; pero que de ninguna manera imiten su conducta, porque son unos hipócritas que dicen una cosa en las cátedras, pero no obran lo que predicán: *Dicunt enim, et non faciunt*. Y dirigiendo la palabra á ellos mismos, les provoca á que le arguyan de pecado alguno. *Quis ex vobis arguet me de peccato?* A lo que no le contestaron ni pudieron contestarle sino con declamaciones insignificantes y vagas: que era un samaritano y un energúmeno. Nada pudieron hallar en sus obras ni en su doctrina oculto ni encubierto, nada que indicase doblez ni engaño, ninguna contradicción entre sus obras y sus palabras; y al fin cuando Jesucristo debía haberse cansado de fingir virtud, si la hubiese fingido ó hubiera sido capaz de fingirla, enclavado en la Cruz y en su agonía, cuando los hijos de su madre la Sinagoga le decían lo que á Josef los hijos de Jacob: Mira adónde te han traído tus sueños; él vuelve á su Padre los ojos y el corazón; y con un amor, una caridad, como Dios, le dice: Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen. Esta es virtud; virtud sólida y verdadera.

Verdadera, porque no engañó á nadie fingiendo virtud que no tuviese; verdadera, porque no se engañó á sí mismo tomando por virtud lo que era vicio. Y aquí viene bien explicaros, que nuestro Redentor era impecable, y cómo y por qué lo era. Jesucristo no podía pecar, porque en él la naturaleza humana estaba unida á la naturaleza divina en la persona del Verbo; de aquí es que su alma santísima gozó de la visión de Dios desde el instante de su concepción, de un modo mucho más claro y más perfecto que la gozan los bienaventurados en el cielo; no cabía, pues, en el entendimiento de nuestro Salvador ni aun la más ligera ignorancia, que le ocasionase equivocación alguna en orden á lo que es bueno ó malo. Y como por otra parte, sus pasiones estaban subordinadas á su razón, y ésta perfectamente acorde con la divina voluntad, ni le ofrecían tentación alguna, ni lo podían inclinar á lo malo haciéndoselo halagüeño y deleitable. Sentía, es verdad, los afectos naturales de temor, tristeza, ira, admiración, y alegría; pero éstos y los demás nunca llegaron á ofuscar su razón ni á producir en la voluntad de su alma el más ligero desvío ó separación de la voluntad de su eterno Padre. Así es que ni por parte de su entendimiento, ni por parte de su voluntad podía hallar en Jesucristo cabida el pecado; antes bien todas las obras de su alma santísima fueron otros tantos actos de perfectísima virtud, meritorios de un premio infinito, porque dimanando todas de una persona divina, tenían infinito valor. Por eso han llamado los teólogos *theandricas* á las obras de Jesucristo, que quiere decir divinas y

humanas á un mismo tiempo: divinas, porque proceden de una persona divina; y humanas, porque se ejecutaban por medio de su santísima humanidad. Por esta misma razón afirmaba nuestro Redentor, que sus obras no eran tanto suyas como de su Padre, que habitaba en él: *Pater in me manens ipse facit opera*. No cabía, pues, en Jesucristo engaño; su virtud estaba exenta de todo error.

Pero ¿quién de nosotros podrá decir de la suya otro tanto? ¿Quién podrá jactarse de que siempre es efectivamente bueno lo que á él le parece tal? Todos somos más ó menos hipócritas para nosotros mismos, disimulando ó disimulando nuestros defectos, y avalorando y ponderando lo poco que hay de bueno en nosotros; en una palabra: ninguno se tiene por tan malo como es en efecto, y todos nos tenemos por algo mejores de lo que somos en realidad. Además, un entendimiento oscurecido con las tinieblas de la ignorancia, como el nuestro; una voluntad corrompida con la agitación de tantas pasiones desordenadas, y ese torrente irresistible del mal ejemplo y de la costumbre, ¿á cuántos engaños nos conduce, á cuántos abismos nos precipita sin advertirlo? Unas veces el entendimiento engaña á la voluntad con falsas opiniones que tiene por seguras; otras la voluntad seduce al entendimiento, dándole las pasiones al error y al vicio el colorido de la virtud; otras nos dejamos seducir de consejeros ignorantes ó depravados; otras, finalmente, somos impedidos por la fuerza de la costumbre autorizada por personas que corren en buena opinión. Aun los pecados más graves y horrosos, cuando ya hay costumbre de cometerlos, ó se creen leves, ó no se juzga que sean pecados, hasta tal punto, que no sólo no se ocultan, sino que se publican y se celebran.

Temamos, hermanos míos, temamos ser engañados por nuestro amor propio; temamos y desconfiemos mucho, mucho, mucho de la limitación, de la oscuridad, de la ignorancia de nuestro entendimiento; temamos y fortifiquémonos, con la lectura y meditación de la divina ley y de las vidas de los santos, contra las vehementes tentaciones del mal ejemplo y de la costumbre, para que no vivamos ilusos abrazando el ídolo y la fantasma de la virtud por la virtud misma; acerquémonos á estudiar la vida de nuestro Salvador, en quien se halla la virtud sólida y verdadera, porque ni engañó á nadie fingiendo la que no tenía, ni pudo engañarse á sí mismo tomando por virtud lo que en realidad no lo era. Estudiemos la vida de nuestro Señor, porque en él se halla también virtud sólida y fuerte á toda prueba, que es la tercera cualidad que hace la solidez de la virtud de nuestro Redentor.

Llamé al principio virtud débil á la de aquellos que sólo siguen la virtud cuando les acomoda, y la abandonan cuando no les trae cuenta; que es decir, que están dispuestos á hacer la voluntad de Dios, cuando se acomoda á la suya propia; mas al momento que es necesario hacer el sacrificio de renunciar á la voluntad propia, para seguir la voluntad de Dios, dimos con el santo, como se suele decir, en tierra.

Pues, hermanos míos, nada de esto basta, nada de esto puede llamarse virtud en verdad, porque virtud es una palabra que significa fuerza, y donde no hay fuerza no hay verdadera y sólida y firme virtud. Para que haya virtud firme y fuerte es necesario que cueste trabajo su práctica, que nos hagamos fuerza á nosotros mismos, que nos violentemos. Por eso nos dice nuestro Redentor Jesucristo que el reino de los cielos no se alcanza sino á viva fuerza, y que sólo los violentos, los animosos, los fuertes lo arrebatan, *violenti rapiunt illud*. En una palabra, como la virtud es la voluntad de Dios, y no consiste en otra cosa que en hacer nosotros y cumplir esta voluntad, debemos estar dispuestos á hacerla, no sólo cuando se acomoda á la nuestra, sino principalmente cuando se opone á ella, cuando la contradice; sin esta renuncia de nuestra voluntad no hay ni puede haber virtud sólida y firme.

Cristo Señor nuestro no hizo en toda su vida sino la voluntad de su Padre, y para hacerla sacrificó todos los sentimientos naturales con la más heroica firmeza. Ya desde los decretos eternos estaba destinado para hacer la voluntad de Dios: *Ut facerem voluntatem tuam*. Por eso dice el Apóstol que al entrar el Verbo en el mundo, cuando tomó nuestra naturaleza en el vientre purísimo de María, el primer acto de Jesucristo fué dirigirse á su Padre, con las palabras que el Profeta rey había anunciado, diciéndote: Tú, Señor, no has querido satisfacerte con las hostias y oblações de tu pueblo, sino que me has dado este cuerpo para que él sea la única hostia y oblação que satisfaga tu justicia. No te han agradado los holocaustos ni las victimas de expiación que se te han ofrecido desde el principio del mundo. Aquí me tenéis. Yo vengo dispuesto á cumplir toda tu voluntad. Yo vengo á ser la víctima de vuestra justicia inmolada por la redención del género humano: *Eccce venio*. Así lo ofreció á su Padre, y así lo cumplió por todo el curso de su vida. Porque durante ésta nos repitió muchas veces que había bajado del cielo, no para hacer su voluntad, sino la voluntad de su Padre que lo había enviado. ¡Y á costa de cuántos y cuán duros sacrificios! O para hablar con más propiedad; todos los instantes de su vida mortal, hasta que expiro en la Cruz,

fueron un sacrificio no interrumpido y sumamente heroico. Hizose, dice San Pablo, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Ni creáis, hermanos míos, que por su santidad y virtud le fuese menos costoso este sacrificio; porque el sudor de sangre y la tristeza mortal del luerto nos pona en claro cuán doloroso le fué, y aquella voz de la Cruz: Padre mio, ¿por qué me has desamparado? nos hace ver que la presencia de la divinidad no lo hizo impasible, sino invenciblemente unido á la voluntad de su eterno Padre.

Nosotros también somos victimas inmoladas, con Jesucristo nuestra Víctima y Sacerdote, á la divina Justicia por nuestras culpas, y yo me figuro que estamos á manera de Isaac atados sobre el haz de leña esperando el golpe de la espada de nuestro Padre, ó más bien diré, los golpes con que quiere herirnos para nuestro bien y remedio. Hoy con la enfermedad, otro día con la pérdida de la hacienda, otro con aflicciones y mil trabajos, hasta que recibimos en la muerte el último que consuma nuestro sacrificio. Hoy nos exige que le sacrifiquemos nuestra comodidad y descanso; mañana que le sacrifiquemos unos padres, una esposa, unos hijos amados; y no hay más remedio que repetir humillados: *In capite libri scriptum est de me ut facerem voluntatem tuam, Deus meus volui et legem tuam in medio cordis mei*. Esta es la virtud que el Señor exige de nosotros, como la exigió de su único Hijo.

Hablar de este Señor sería nunca acabar, hermanos míos. Como en él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, mientras más se ahonda, más profundidades se encuentran en Jesucristo nuestro Salvador. En lo dicho he tocado puntos muy interesantes: os he presentado la sólida virtud de nuestro Redentor, para que confrontando la nuestra con ella, la demos la solidez que no tiene. Huyamos de aparentar virtud que no tenemos; fuera de nosotros toda hipocresía. Examinemos la virtud que creemos tener, no sea sólo fantasma de virtud; y vivamos persuadidos de que sólo será sólida nuestra virtud, cuando estemos prontos á sacrificarlo todo por ella, por no apartarnos de la divina voluntad. Ello es que nadie puede poner otro cimiento sobre que levantar el edificio de su virtud y de su santidad que el que está puesto, que es Cristo Jesús. Estudiemos á Jesucristo, meditemos sus obras y toda su conducta, imitemos sus ejemplos, conformemos nuestra vida con la suya, para que semejantes á él merezcamos entrar en el descanso de la adopción eterna, en las mansiones celestiales. *Amén*.

LA SANTIDAD DE JESUCRISTO ES SENCILLA

Quis ex vobis arguet me de peccato?
¿Quién de vosotros me arguirá de peccado?

(S. JUAN, c. 8, v. 46.)

En otra ocasión (1), hermanos míos, traté de la santidad de Jesucristo, nuestro Redentor y Maestro, considerándolo como el verdadero tabernáculo en que habitó Dios con el hombre; buscaba con él los caracteres o dotes que hacen hermoso y perfecto cualquier edificio ó tabernáculo material, y los aplicaba á aquel que fué todo divino: estas dotes son la solidez, la sencillez y la elegancia. Manifesté que la santidad de Jesucristo fué sólida; ahora debo probar y explicar que fué también sencilla. En los edificios materiales la sencillez, que los hace aparecer hermosos, consiste en que los adornos sean fáciles, naturales y no más que los convenientes al orden de arquitectura que guarda el edificio. Pues á ese modo la santidad se encuentra bella y perfecta por su sencillez, cuando sus adornos ni son muy estudiados, ni raros y extraordinarios, ni impropios del carácter de la santidad misma.

Para cuya inteligencia debe saberse que la raíz y fuente de toda santidad es la gracia santificante: la amistad de Dios, ó el amor y la caridad recíproca con que Dios nos ama y le amamos nosotros. De esta raíz nacen las buenas obras, que son los frutos ó los adornos de la santidad; y así para que sea sencilla no deben ser demasiado estudiadas, ni extravagantes, ni impropias del carácter mismo de la santidad, las buenas obras con que se adorna. Pero el hombre enemigo de lo sencillo, ó por capricho, ó por humor, ó por pasión, complica la sencillez de la virtud y ofusca con vanos adornos su natural belleza. Hay entendimientos y genios cavilosos, que á fuerza de sutilezas

(1) Véase el sermón anterior.

quieren pulir la virtud y acomodarla á sus principios y sistemas. Hay imaginaciones turbulentas y fogosas, á las que nada común y ordinario les satisface, y buscan modos raros de obrar, creyendo que el mérito de la virtud consiste en hacerse singulares y extravagantes. Hay voluntades ocultamente rebeldes al yugo de la ley que no quieren llevar; y lo sustituyen otros yugos forjados por ellos mismos, con los que se acomodan mejor. Y de aquí resultan aquellas santidades sistemáticas, extravagantes y con modas tan distantes de la pura y sencilla santidad como comunes en gran parte de los cristianos.

A todas estas santidades humanas voy á oponer la santidad divina de nuestro Señor Jesucristo: sencilla, llana, común, y en todo proporcionada al carácter, al estado, á la persona de nuestro Redentor. Esta doctrina bien conozco es muy delicada para tratarse; pero veo que es muy necesaria para desengaño de muchas almas que, seducidas por las astucias del amor propio se piensan que son algo, no siendo nada, según la frase del apóstol San Pablo. Quiera Dios darme acierto y unión á mis palabras, para que sean en honra y gloria suya y provecho de nuestras almas. Pidámoslo, etc. *Ave María.*

Al tiempo de la venida de nuestro Redentor á la tierra, todos sabemos que la divina ley, dada á Moisés en el monte Sinai, estaba confundida y oscurecida con las cavilaciones y sutilezas de las varias sectas en que se hallaba dividido el pueblo hebreo. De aquí nacían muchos errores en la moral, sancionados, digámoslo así, por la autoridad de los mismos sectarios. Para disiparlos, y restituir así la ley como la moral á su nativa sencillez y belleza, dió Jesucristo en su doctrina y en su conducta los documentos más preciosos y los más hermosos ejemplos de una virtud sencilla. Era constante y clara en el Decálogo la ley de amar al prójimo; pero aquí entraban los doctores á fijar y determinar quiénes debían entenderse por la voz prójimo, y excluían de esta clase á los infieles y á los cismáticos. Con el fin de explorar la opinión de nuestro Señor Jesucristo, le pregunta un legisperito: ¿quién es mi prójimo, Maestro? A lo que le contesta Jesucristo con la parábola del cismático Samaritano, en la que le demuestra que aquella ley debe entenderse sin restricción alguna, que todo hombre es nuestro prójimo, y que á todo el que se halla en necesidad de nuestros socorros y servicios debemos prestárselos de hecho, si le hemos de amar como verdadero prójimo nuestro. En la ley de la observancia del sábado habían los doctores estrechado sobradamente, dando por criminales las acciones practicadas en aquel día, aun cuando fuesen indispensables para la conservación propia,

ó para la del prójimo; y así censuraban al divino Maestro, y lo calificaban de infractor de la ley, porque permitía á sus discípulos estreagar las espigas entre sus manos para comer el trigo, y porque el mismo curaba á los enfermos en sábado. Mas nuestro Redentor los confunde haciéndoles ver, que ni el derecho divino puede oponerse al natural bien entendido, ni precepto alguno debe impedir la práctica de las obras de caridad, que es el fin á que se dirigen todos los preceptos. A los que creyéndose libres de la obligación de pagar tributos le preguntaron si era lícito pagarlo al César, que era gentil y tirano de su nación, les tapó la boca pidiéndoles la moneda; y enseñándoles el busto del emperador y su nombre, añade: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. En una palabra, la doctrina de Jesucristo fué en todo sencilla, llana y clara; no doble, misteriosa y oscura, como la de los idolatras y filósofos, que todos tenían una para los iniciados, y para el pueblo otra; y así pudo decir á Anás: Yo siempre le he hablado claro y en público, y ocultamente nada he enseñado. Finalmente, en aquel admirable sermón del monte, que es un compendio de toda la doctrina del Evangelio, se echa de ver muy bien, que toda ella se reduce á simplificar y poner en claro los diez mandamientos de la ley que los escribas y rabinos habían embrollado con sus disputas, y que el objeto de nuestro Redentor no era destruir la ley substituyendo otra, sino perfeccionarla depurándola de todo lo que era invención humana.

Consiguiente á la sencillez de su doctrina fué la de su virtud y santidad: llana y clara, sin estudio ni afectación alguna. Aún en sus obras maravillosas se descubre una naturalidad, un candor más fácil de sentir que de explicar con palabras. Convidado á las bodas de Caná, le advierte su Madre que se ha apurado el vino en lo mejor de la mesa. ¿Y qué tenemos que ver en eso? le responde su Hijo santísimo, como para sobocar la especie entre los inmediatos, á fin de que haciéndose pública no se abochornasen los novios. Luego en seguida manda traer los jarros y hace el milagro con tal disimulo, que no lo advierten sino sus discípulos, quedando oculto al jefe del convite que extraneaba la bondad de aquel vino último, y atribuyó á equivocación el no habérlo servido primero. ¡Qué finura y delicadeza! pero al mismo tiempo ¡cuánto candor! ¡qué sencillez! Nada de artificio, nada de ostentación. Se separa de sus padres al salir del templo, y se acerca á los doctores de la ley, no para descubrir su divina sabiduría, sino para oírlos y preguntarles, como desoso de aprender, *audientem illos et interrogant eos*, á la manera que otro cualquier niño curioso y aplicado de aquella edad. La familiaridad y llaneza

con que trataba á sus apóstoles; la prudencia y discreción con que desvanecía toda disputa sobre las preferencias; la naturalidad con que manifestaba los sentimientos de su interior, y las flaquezas que quiso sufrir y padecer por nosotros; el hambre y el cansancio en el desierto y en el pozo de Sicar; la tristeza y ternura en el huerto, y á presencia del cadáver de su amigo Lázaro; la confianza con que asistía á los convites que se le hacían, prefiriendo siempre las casas de los pecadores y publicanos; aquel lenguaje llano y familiar con que se acomodaba á la corta capacidad de un pueblo rudo é ignorante; usando de parábolas ó semejanzas, según el gusto de aquellas gentes; aquella sublimidad, aquella unión, aquella energía de sus discursos que arrebatában á un mismo tiempo el corazón de los púrvulos y el de los maestros, haciéndoles confesar que jamás se había oído hablar á nadie como á Jesucristo, y que sus palabras eran palabras de vida eterna: todo esto comprueba que la doctrina, las palabras y toda la conducta de este Señor fué siempre llana y natural, y que en su santidad nada tuvo de caviloso ni de afectado.

Nadie más bien, hermanos míos, que nuestro Señor Jesucristo pudo llenar de asombro y admiración á los hombres con dotes raras y extraordinarias, y con acciones brillantes de virtudes singulares; mas sin embargo, desde que nació en el pesebre hasta que el Espíritu Santo lo sacó del taller para conducirlo al desierto, no vemos en él sino una santidad común. Quiso hacerse en todo semejante á los hombres: *Per omnia fratribus similari*; y así fué púrvulo tan semejante á los demás púrvulos, que todos lo veían crecer en edad y en sabiduría, no descubriendo ni aun lo que admiramos en algún otro púrvulo: una sabiduría precoz ó impropia de su edad, sino templada y acomodada á los incrementos de su ser físico; le veían aprender y aprovechar en lo que aprendía como cualquier otro joven de buen talento y aplicación. Llegado el término de tomar un destino, en vez de emprender alguna carrera de honor, de provecho y de lucimiento, entra de aprendiz de carpintero en el taller humilde de José, y continúa en la práctica de este oficio, ayudando al sustento de sus padres, y ganando el suyo con el sudor de su frente en la obscura villa de Nazareth, de donde se decía por modo de refrán, que no podía salir cosa buena. Es indudable que su virtud y su santidad, á los ojos de su Padre Dios, era infinitamente perfecta, que poseía todas las virtudes en el justo de su más precioso valor; pero al pueblo hebreo sólo se daba á conocer como un buen hijo y honrado oficial, y todo lo que ha querido el Espíritu Santo que sepamos de la virtud de Jesucristo, hasta sus treinta años, es lo que debemos saber para

nuestra enseñanza: que vivía en casa de sus padres y les obedecía. El celo de la gloria de Dios estimula á su Madre, al fin, para pedirle que haga el primer milagro; pero en la respuesta da á conocer muy bien Jesucristo, que sólo obligado por la obediencia á su Eterno Padre, lo haría cuando se lo mandase, y no antes: *Nondum venit hora mea*. Sus parientes, animados de otro celo distinto, le decían: Presentate en Jerusalén, y date á conocer en el mundo. Pero Jesús les responde: Todavía no es llegado mi tiempo.

¡Cuán apreciable es esta santidad sencilla y oculta, digámoslo así, porque nada presenta de extraordinario que llame la atención! Pero ¡vean pocos son los que aprecian su mérito y se dedican á practicarla! No son comunes en el día las extravagancias de una mística peligrosa; pero es muy común el error de las que despreciando ó teniendo en menos las virtudes sencillas, sólo respetan como virtudes las brillantes y que meten ruido. Sin embargo, yo tengo para mí con aquel santo obispo de Ginebra, San Francisco de Sales, por penitencia más meritoria el trabajo que toma en el campo ó en su taller un padre de familias, que las disciplinas de sangre ó los cilicios de un solitario; porque, sea dicho para vuestra enseñanza, entre todas las obras de mortificación exterior, la primera, la principal, la más meritoria es el trabajo; y así el jornalero obedece á Dios, cumpliendo la penitencia que nos impuso el Señor á todos los descendientes de Adán; obedece á Dios, que le manda proveer al sustento de su familia; doma su carne, acalla sus pasiones, evita la ociosidad, sirve á su prójimo con su labor ó industria. Mas el que se mortifica con austeridades de su invención, no sé que haga tanto. El sufrir la genialidad de un marido, ó de una esposa, con paciencia inalterable y con mansedumbre de corazón; el llevar con resignación las incomodidades de una enfermedad habitual ó de la pobreza, uno y otro día, por muchos años, es virtud heroica, más preciosa á los ojos de Dios que otras que suenan mucho y no valen tanto. ¿A qué nos penamos por virtudes que no podemos practicar? El pobre quisiera ser liberal y magnífico; el casado, moje y solitario; la madre de familias quiere tiempo para visitar las iglesias; buenos podrán ser estos deseos y meritorios delante de Dios; pero no nos fatiguemos con ellos, ni nos hagan olvidar que el pobre, el casado, la madre de familias, pueden elevarse á la mayor perfección, cultivando solo las virtudes comunes, compatibles con sus respectivos estados. Grandes y excelentes son los dones de Dios, y justamente admiramos su poder en los santos que resplandecieron en milagros, en raptos, revelaciones y otras gracias extraordinarias; pero acordémonos que cuando los discípulos volvían

contentos, porque en nombre de Cristo lanzaban los demonios, su Maestro les dice: No os gocéis en eso; gozaos y alegraos de que vuestros nombres están escritos en el cielo. La gracia santificante, con el don de la perseverancia, es la que nos hace santos, amigos de Dios y bienaventurados; los demás dones más bien sirven para provecho del prójimo, según el Apóstol, que para la propia santificación; y habrá muchos en el día del juicio que podrán decir al supremo juez: Señor, en tu nombre profetizamos y lanzamos demonios, é hicimos otras muchas obras extraordinarias; mas sin embargo, oírán aquella repulsa terrible: *Quia nunquam novi vos: discedite á me*. Nunca os tuve por míos; apartaos de mí. El camino llano es el más seguro, y las sendas comunes las menos expuestas, mis amados hermanos; seamos buenos á los ojos de Dios, aunque nadie haga alto, ni celebre nuestra virtud; esa ocasión menos tendrá de engrairse nuestro amor propio. En una palabra, cumplamos cada uno con nuestras respectivas obligaciones, y seremos santos.

He aquí, hermanos míos, simple y ligeramente delineada la admirable sencillez que se descubre en la santidad de nuestro Señor Jesucristo. Su santidad no fué estudiada con afectación, sino llana y natural; no fué rara y extravagante, sino común y ordinaria; careció su santidad de los adornos positivos con que otros intentan disimular sus defectos, pero llenó tan perfectamente sus obligaciones, que no hubo en él defecto alguno que pidiese aquel disimulo.

Quisiera yo grabar en mi corazón y en el vuestro este ejemplar precioso de santidad bello y sublime por su amable sencillez, y para dirigir nuestras miras á su imitación quisiera sentásemos por principio de nuestra conducta, aquella máxima de la divina sabiduría: *Sentite de Domino in bonitate et in simplicitate cordis quærit illum*; que formemos de Dios una idea como se merece su gran bondad, y que le busquemos con corazón sencillo; es decir, que nos penetremos de que nuestro Dios es un padre bondadoso, lleno de ternura y de misericordia para con nosotros, que no se paga de ceremonias, ni quiere andemos con rodeos ni artificios para servirle; que sólo ama á los humildes y sencillos; á ellos les revela sus misterios; con ellos tiene sus confianzas, y para ellos reserva sus recompensas. Confitemos en él, amémosle sin rebozo, sin ficción, sin reserva, sin miedo; no temamos que nos engañe; no quiere más que nuestro corazón franco y abierto, cual lo presenta un hijo á su padre en todas ocasiones; si gozamos de su amistad y gracia, para más estrecharla; y si la hemos perdido, para recobrarla otra vez; todo nuestro mal será si le huimos, todo nuestro bien si le buscamos llamándole Padre á boca llena, á fin

de gozar con su Hijo y nuestro Redentor de la adopción eterna que nos haga con él coherederos de la bienaventuranza. *Amén.*

LA SANTIDAD DE JESUCRISTO ES BELLA

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

*Quis ex vobis arguet me de peccato?
¿Quién de vosotros me argüirá de pe-
cando?*

(S. JUAN, c. 8, v. 46.)

Cuanto más meditemos, hermanos míos, sobre la santidad de nuestro Maestro y Redentor Jesucristo, Hijo consubstancial del eterno Padre, su Hijo amado, en el que tiene todas sus complacencias; más nos convenceremos de la distancia infinita que hay de su virtud y santidad a la santidad y virtud de todos los demás santos, y confesaremos con aquella Ana, madre de Samuel, que no hay santo alguno que pueda compararse con este Dios-hombre, y que hablando con todo rigor y exactitud, no hay santo alguno sino El: santo por esencia, santo en todas sus obras; modelo perfectísimo de todas las virtudes, sin mezcla de la más leve imperfección.

Penetrado de esta verdad y de la importancia de estudiar y conocer este modelo sublime de santidad, al que nos debemos conformar si hemos de ser participantes de sus glorias y de sus triunfos, os he hablado de él ya otras veces, y vengo hoy á hablaros de nuevo, y aun puedo decir que no deseo ni debo predicaros de otro asunto, ni más grande, ni más fecundo, ni más interesante, ni más propio de mi ministerio en esta cátedra del Espíritu Santo.

Tal vez traeréis á la memoria que, sujetando á una idea este asunto tan vasto, (1) me propuse al principio considerar el mérito y la belleza de la santidad de Jesucristo por aquellas cualidades que hacen el mérito y belleza de los edificios y de todas las cosas visibles.

(1) Véanse los dos sermones anteriores.

La elegancia en las cosas visibles, así como en las obras del arte, resulta de su solidez y de su sencillez, y de la buena combinación de estas dos cualidades. Así nos parece elegante un edificio, por ejemplo, cuando es sólido y sencillo, y cuando la solidez no daña á su sencillez ni ésta ofende á su consistencia. Por manera que si la solidez es demasiada, lo llamamos pesado; si es muy sencillo lo tenemos por frío, y nos fastidia de un modo y de otro; pero cuando están perfectamente combinados estos dos caracteres, nos agrada de tal manera, que siempre que lo observamos hallamos un placer en mirarlo; y mientras más se estudia más nos contenta, y nunca nos cansa ni nos fastidia, como sucede á los inteligentes respecto á los restos de la admirable arquitectura griega, y aun de los bellos edificios modernos. En las obras del espíritu y en la misma virtud esta elegancia, que resulta solamente de la solidez y de la sencillez de las palabras ó de las obras, constituye aquel género inimitable de sublime que se siente más bien que se explica, y al que no es dado llegar sino á los grandes maestros, porque no es obra del estudio ni de las reglas.

Punto es delicadísimo descifrar el sublime de la santidad de nuestro divino Redentor; pero ni yo me lisonjeo de poderlo tocar como se merece, ni intento tocarlo para excitar en vosotros una estéril admiración. Diré lo que pudiere, ó más bien recogeré los rasgos más hermosos de su conducta, y las observaciones que sobre ellos hicieron ya los santos, y lo diré cuanto pueda con el lenguaje del corazón para encender el vuestro en amor á Jesús. ¡Oh buen Jesús, dame que yo te ame, para que ardiendo mi corazón en tu amor, mis palabras sean santas encendidas en el divino fuego de tu caridad, que trasparen los corazones de estos tus siervos. Pidamos esta gracia por la intercesión de la Virgen Madre del amor hermoso. *Ave María.*

Comencemos observando el sublime de la prudencia de nuestro Salvador. Consiste esta virtud en la facilidad de atinar y valerse de los medios más oportunos para el logro de los fines justos que nos proponemos en nuestras obras. La obra por excelencia de Jesucristo era la redención del linaje humano, y para ella se valió de los mismos medios de que el enemigo de nuestro bien se había servido para perdernos: medios los más sencillos, los más oportunos y convenientes, superiores á cuanto la razón humana hubiera podido alcanzar para la consecución de aquel fin. Porque si el demonio, encendido en infernal envidia contra el hombre, lo precipitó por el pecado á la muerte, Jesucristo Dios y Hombre con su muerte restituyó el hombre á la vida, y si aquel árbol funesto hechizó á nuestros primeros pa-

dres, y la golosina de probar su ponzoñoso fruto les abrió los ojos para sentir y llorar su fatal desnudez, el amor con que nuestro divino Redentor se abrazó de otro leño para obedecer á su Padre, nos abre los ojos del alma para conocer y apreciar nuestra salud y nuestra redención. Por querer hacerse semejantes á Dios, según que se lo había prometido á Eva la serpiente, vinieron á caer de la dignidad y nobleza en que fueron criados nuestros primeros Padres, y para que fuésemos hijos de Dios, y viviésemos á ser en verdad semejantes á él, se hizo el mismo Dios semejante á nosotros tomando nuestra humana naturaleza. Haciéndose el Hijo de Dios semejante al hombre, hizo que el hombre viniese á ser semejante á Dios, ya que inclinándolo el demonio al hombre á que aspirara á ser como Dios, lo había reducido á la infame condición de ser esclavo suyo. De esta suerte con artificio admirable fué cogida la astuta serpiente, el dragón antiguo, en sus mismos lazos, y las artes mismas que el había empleado para perdernos, se emplearon con destreza pasmosa para redimirnos.

Y con qué admirable sencillez procedió nuestro Reparador divino en todo este negocio de nuestra salud, que ni el mundo lo sintió, ni lo pudo penetrar la sagacidad del demonio, y el más portentoso de todos los milagros vino á hacerse sin milagro alguno, porque ni se alteraron visiblemente las leyes de la naturaleza, ni se varió en lo más mínimo el orden político que entonces seguía el mundo, ni aun los más perspicaces testigos de aquella grande obra pudieron concerta con los sentidos de su carne. El Pastor divino de este rebaño vivió desconocido aun de los suyos, y desapareció de los ojos del mundo con la suavidad que vemos correr el fresco y limpio manantial de aguas vivas. Todo el curso de su vida fué tranquilo y pacífico, según lo había vaticinado Isaías.

Y en verdad que esta sencillez de sus caminos era medio oportunísimo para el fin de nuestra salud. Porque así debía ejecutarse la obra de nuestra redención, que en todo este negocio hubiese bastante luz para los que quisiesen ver, y sin embargo se estuviera rodeado de misteriosas tinieblas para los que voluntariamente cerraron los ojos para no verlo. Porque si la reparación del género humano se hubiera hecho á las claras, digámoslo así, y con evidencia palpable, el hombre que abusando libremente de su voluntad se había separado de Dios, hubiera vuelto á él violentado por la fuerza irresistible de la evidencia; y habría aparecido más sabio y más fuerte el demonio, que sin forzar nuestro libre albedrío nos arrastró á la culpa, que el mismo Dios, si este Señor hubiese forzado nuestra libertad para restituirnos á su amistad y gracia. Sin el mérito de nuestra fe libre y

espontánea, perdía todo su mérito la obra de nuestra reparación, y para que tuviese lugar esta fe debía manejarse divinamente y distribuirse con mano maestra el claro-oscuro de este gran cuadro.

Mas á pesar de la sencillez y sabio disimulo con que procedió Jesucristo en todo este negocio, ¡cuán sublimes, cuán divinos aparecen á los ojos iluminados de la fe los medios de que se valió en todo él, y cuán superiores á la razón humana! ¡Qué bien los había meditado y los explica el gran padre San Agustín! Habíase, dice el santo, disipado el hombre por la contemplación de las cosas visibles; Jesucristo en su encarnación se presenta á su vista corporal, llama la atención de sus sentidos con sus milagros, le gana el corazón con sus beneficios, y después de hacerse amable desaparece de su vista entrando dentro de su alma, de donde el hombre se había salido para perderse, y adonde lo vuelve para su bien con este admirable artificio. Tomando cuerpo de hombre, hizo al hombre espiritual, hablando á sus sentidos curó la sordera de su alma, cubriendo su divinidad con el velo de la humana naturaleza dispuso sus tinieblas, haciéndose su hermano le hizo lo reconociese por su Dios, y tomando sus debilidades vino á ser su libertador. Temían los hombres á la pobreza, la ignominia, los trabajos y la muerte. Amaban las riquezas, la gloria, los placeres, la vida y la independencia; y de estos temores y de estos deseos nacían su injusticia y su debilidad, que los habían separado de Dios y ponían un obstáculo invencible para que se convirtiesen á él; pero Jesucristo los desengaña y los cura, escogiendo para sí mismo todo lo que el hombre temía, y privándose de cuanto deseaba. Despreciando aquellos bienes falsos, los deshonró y desacreditó, é hizo honrosos los trabajos, la ignominia, la pobreza y la muerte, y nos mereció la gracia de venerarlos sufriendolos él en sí mismo por amor á nosotros; y por este medio tan eficaz y tan corto destruyó todos los vicios, é hizo posibles todas las virtudes.

Si de la prudencia pasamos á examinar su justicia, no la hallaremos menos sublime. Reunía nuestro Salvador en su persona los tres poderes, legislativo, ejecutivo y judicial, de que consta todo gobierno; y había recibido de su Padre la autoridad soberana sobre todos los hombres; mas á pesar de esto, como su reino no era temporal y terreno, sino espiritual y divino, ¡con cuanta delicadeza, con qué exactitud dió siempre al César lo que era del César, y á Dios lo que era de Dios, sin mezclarse jamás en negocios temporales, ni censurar en lo más leve las operaciones de los gobiernos! Como Hijo de Dios, como Señor del templo, como templo verdadero de Dios, gozaba de inmunidad divina de pagar tributo para sostener los templos mate-

riales; mas cuando se lo piden, contento con manifestar á sus apóstoles solamente su privilegio, les manda pagar aquel tributo. Cuando le preguntan si es lícito pagar contribuciones al César, elude maravillosamente la pregunta, tomando en su mano una moneda, y declarando con su respuesta el desprecio que hacia de las riquezas, su desprendimiento de todo negocio temporal, y la prontitud con que debemos ceder las cosas terrenas cuando las reclama el gobierno que las tiene á su cargo y á quien le pertenece su distribución. Reconoce finalmente en Pilatos la autoridad delegada de que estaba revestido para juzgarlo, y aunque por tantos títulos podia reclamar su inmunidad personal ante los tribunales, es presentado en todos, injustamente es acusado y sentenciado, sin desplegar sus labios ni hacerles siquiera la más leve reclamación.

Peró esto toca ya á su fortaleza invencible, que manifestó principalmente en el tiempo de su pasión: no fortaleza estoica, efecto de una insensibilidad afectada, sino fortaleza racional y divina. El beso de un Judas ¿qué corazón, por más recto que fuese, no desconcertaria? Pero Jesús, sin perder la tranquilidad de su alma, sabe sentirlo sin inmutarse ni desmentir en un apogeo la elevación de su dulce carácter. Judas, le dice: y así entregas con un beso al Hijo del hombre? La negación de Pedro, el único amigo que le habia permanecido fiel hasta entonces, ¿no era capaz de abatir aun el ánimo más excoleso? Pero el de Jesús, al mismo tiempo que sabe sentir más que nadie esta última infidelidad, sabe conservar sereno su espíritu en ella, y significar con una mirada cuanto padece: mirada tan tierna y tan expresiva que hace desatarse en llanto al cobarde discípulo, pesaroso de su ingratitud. El insulto cruel del siervo del pontífice, que ataca su honor del modo más infame, hubiera sin duda vencido toda otra fortaleza que la de un Dios-Hombre: pero este Señor no calla, pero no lo insulta ni se queja, y sólo le pide una satisfacción, recominéndolo con aquellas palabras tan hermosas como admirables: si he hablado mal, dime en qué; y si bien, ¿por qué me hieres? El llanto tierno de las mujeres compasivas habria por lo menos enternecido á un corazón en que cupiese debilidad; pero Jesucristo, arrastrado al suplicio y ya casi exánime, les previene con entereza que economicen sus lágrimas, vertiéndolas sobre si y sobre sus hijos, que habian de ser objeto de la divina justicia, y sufrir el horroroso castigo que se merecian con aquel decidido. Pilatos, que no estaba prevenido contra Jesucristo sino por las acusaciones de sus enemigos, confiesa su inocencia, admira su fortaleza, y teme y le asusta ver firmeza y constancia tan invencible. Acercuémonos al patíbulo; allí apuró la justi-

cia divina todos sus resortes para destrozar la victima de nuestros pecados; pero la fortaleza de esta victima era tan grande, que se manifestó igual á la fuerza omnipotente que descargaba sobre su cuello el golpe de la muerte. ¿Qué palabras! ¿Qué sentimientos! Consummate, Señor, tu sacrificio publicando en aquel *Consummation est*, que aun tenias fortaleza de sobra para padecer más, si más os quedase que padecer.

Digamos algo ahora de lo sublime de su templanza, considerando cual fue su desasimiento de todos los bienes terrenos, y la humildad y mansedumbre de su corazón. Y en cuanto á lo primero, ¿hubo jamás algún hombre en el mundo tan desasido de él, que pudiese decir con verdad, como Jesucristo, que las zorras del campo tienen sus madrigueras, y hasta las aves del aire sus nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza, siendo el dueño de toda la redondez de la tierra? Sus vestidos, sobremanera sencillos, fueron el único espolio que hicieron de sus bienes los verdugos que le crucificaron; en toda su vida leemos que pidiese limosna, antes repelia con frecuencia aquella sentencia que nos conservó el apóstol San Pablo: es mejor dar que recibir. Y hallándose en extrema necesidad prefirió desgranar algunas espigas entre sus manos para satisfacer el hambre, antes que importunar á ninguno; usaba de las cosas precisas para su subsistencia con tal libertad de espíritu, que alejaba de si aun la más leve sospecha de apego á ellas; aceptaba las oblaiones de los fieles y las distribuía con generosidad superior á la de los mismos que se las habian hecho.

Bien sabemos que el carácter de Jesucristo fué el ser manso y humilde de corazón; pero ¿hemos reflexionado alguna vez bastante sobre lo sublime de su mansedumbre? ¿Cuanto ruido mete en el mundo un hombre que ama la justicia, que detesta los crimenes, y que tiene en su mano el poder y la autoridad para corregirlos? Todo lo quiere llevar á sangre y fuego, no perdona ni aun el menor defecto, acumula leyes sobre leyes, y señala penas y más penas rigurosísimas contra los transgresores, autoriza el espionaje, se deja prevenir á veces de la calumnia, no da lugar al reo para su defensa, y tal vez condena al inocente con el culpado; injuria suma á que conduce el amor exagerado de justicia. Mas ¿quién fué tan amante de la justicia como Jesucristo, á quien el celo de la gloria y honor de su Padre le abrasaba las entrañas, y los pecados todos del género humano oprimian su espíritu, como que era la victima que habia de ser inmolada por todos ellos? ¿Quién jamás tuvo poder y autoridad igual á la de Jesucristo para reprimirlos y castigarlos? Sin embargo,

¡oh paciencia sublime de Jesucristo! Ni hace del declamador vocinglero á vista de la espantosa corrupción de su pueblo, ni el aborrecimiento con que la miraba lo vuelve misántropo ni desabrido en su trato, sino más bien dulce, suave y afable para con todos los pecadores; los trata á todos con tal delicadeza y ternura, que vence aun la mayor obstinación y dureza. Se aprovecha de los restos de probidad natural que quedaban en ellos para hacer la entera mudanza de su corazón; se lo gana con beneficios, y colora en él el amor de la verdadera justicia. Mujer, nadie te ha condenado, ni yo te condenaré, le dice á la adúltera, después de haber confundido á sus acusadores; anda con Dios, no vuelvas á pecar más. Y como había de ofender más á Jesucristo una mujer que acababa de recibir de él su reputación, su vida y su alma?

Y esto me lleva ya á concluir, diciendo una palabra sobre la caridad de Jesucristo ó su amor á los hombres. El apóstol San Pablo exigía de los fieles de Efezo, que habitase en ellos el mismo Jesucristo por la fe, y que estuviesen radicados y establecidos en caridad para que pudiesen comprender, con todos los santos, cuanta sea la extensión del amor de Jesucristo á los hombres, y saber y penetrar la caridad sublime de la ciencia de Cristo. Y á la verdad que sólo cuando la caridad sea perfecta y consumada en el corazón de los escogidos de Dios en la bienaventuranza, podrá conocerse el gran misterio de la caridad de Jesucristo para con ellos, porque entonces se verá consumado por la perfecta estructura del cuerpo místico de este Señor, que es su Iglesia en todas sus dimensiones. Allí solamente se conocerá el fuego inmenso de amor que abrasó esta víctima sacrosanta sobre el madero de la Cruz, aquel amor infinito con que se ofreció á su eterno Padre para padecer por nosotros, aquel deseo vehementísimo que manifestó algún tanto cuando les decía á sus apóstoles: ardentísimamente he deseado celebrar esta última Pascua con vosotros.

Pero si no es dado á nosotros, débiles en la fe y fríos en la caridad, penetrar tan adentro en el incomprendible misterio del amor de Jesucristo á los hombres, al menos acerquémonos á su Cruz y recojamos sus palabras, y observemos sus afectos para rastrear algunos indicios de este amor infinito. Vedlo allí desnudo, desgarradas sus espaldas con los azotes, y renovadas sus heridas con la aspereza de aquel madero, taladrados sus pies y manos con los duros clavos, traspasadas sus sienes y su cerebro con las espinas penetrantes de su corona, exhausto de sangre, convulsos sus nervios, angustiada su alma, su corazón partido de dolor al ver á la Madre huérfana afligi-

disima, y á sus enemigos triunfantes, que no satisfechos con haberlo llevado á aquel suplicio, lo insultan todavía, convidándolo á que se baje de la Cruz. No, no temáis que baje; podría bajar si quisiese; podría hacer descender fuego de los cielos que os abrasase, como hizo Elias sobre el monte á los que lo insultaron. Pero Jesús no. Subiría á la Cruz por vosotros si aun no hubiese subido; y estando ya en ella, en vez de darse por sentido de esa crueldad bárbara con que lo insultáis, se vuelve á su Padre, y poniéndole á la vista lo que por vosotros padece, le pide ós perdone, excusando vuestra fiera con vuestra ignorancia: Padre mío, perdónadlos, porque no saben lo que se hacen. Meditad vosotros esta palabra que yo no sé explicar, ni puedo añadir otras que aquella terrible maldición de San Pablo: Si hay todavía alguno que no ame de veras á nuestro Señor Jesucristo, maldito sea para siempre jamás: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum sit anathema.*

JESUCRISTO PROPONE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

Videns autem Jesus turbas ascendit in montem, et cum pedisset, accesserunt ad eum discipuli ejus et operati sunt cum eum dormit eum.

Y viendo Jesús las gentes subió á un monte y después de haberse sentado se llegaron á él sus discípulos: y abriendo su boca les enseñaba.

(S. JUAN, c. 5, v. 1 y 2.)

Acedia, hermanos míos, la multitud de Décapolis, de Jerusalén, de la Judea entera, de la provincia de Siria y de los confines marítimos, de Tiro y Sidon, á oír su palabra y obtener la curación de las enfermedades corporales, y todos procuraban tocarle, porque salía de él una virtud divina que daba la salud á todos. Viendo Jesús esta

¡oh paciencia sublime de Jesucristo! Ni hace del declamador vocinglero á vista de la espantosa corrupción de su pueblo, ni el aborrecimiento con que la miraba lo vuelve misantropo ni desabrido en su trato, sino más bien dulce, suave y afable para con todos los pecadores; los trata á todos con tal delicadeza y ternura, que vence aun la mayor obstinación y dureza. Se aprovecha de los restos de probidad natural que quedaban en ellos para hacer la entera mudanza de su corazón; se lo gana con beneficios, y colora en él el amor de la verdadera justicia. Mujer, nadie te ha condenado, ni yo te condenaré, le dice á la adúltera, después de haber confundido á sus acusadores; anda con Dios, no vuelvas á pecar más. Y como había de ofender más á Jesucristo una mujer que acababa de recibir de él su reputación, su vida y su alma?

Y esto me lleva ya á concluir, diciendo una palabra sobre la caridad de Jesucristo ó su amor á los hombres. El apóstol San Pablo exigía de los fieles de Efezo, que habitase en ellos el mismo Jesucristo por la fe, y que estuviesen radicados y establecidos en caridad para que pudiesen comprender, con todos los santos, cuanta sea la extensión del amor de Jesucristo á los hombres, y saber y penetrar la caridad sublime de la ciencia de Cristo. Y á la verdad que sólo cuando la caridad sea perfecta y consumada en el corazón de los escogidos de Dios en la bienaventuranza, podrá conocerse el gran misterio de la caridad de Jesucristo para con ellos, porque entonces se verá consumado por la perfecta estructura del cuerpo místico de este Señor, que es su Iglesia en todas sus dimensiones. Allí solamente se conocerá el fuego inmenso de amor que abrasó esta víctima sacrosanta sobre el madero de la Cruz, aquel amor infinito con que se ofreció á su eterno Padre para padecer por nosotros, aquel deseo vehementísimo que manifestó algún tanto cuando les decía á sus apóstoles: ardentísimamente he deseado celebrar esta última Pascua con vosotros.

Pero si no es dado á nosotros, débiles en la fe y fríos en la caridad, penetrar tan adentro en el incomprendible misterio del amor de Jesucristo á los hombres, al menos acerquémonos á su Cruz y recojamos sus palabras, y observemos sus afectos para rastrear algunos indicios de este amor infinito. Vedlo allí desnudo, desgarradas sus espaldas con los azotes, y renovadas sus heridas con la aspereza de aquel madero, taladrados sus pies y manos con los duros clavos, traspasadas sus sienes y su cerebro con las espinas penetrantes de su corona, exhausto de sangre, convulsos sus nervios, angustiada su alma, su corazón partido de dolor al ver á la Madre huérfana afligi-

disima, y á sus enemigos triunfantes, que no satisfechos con haberlo llevado á aquel suplicio, lo insultan todavía, convidándolo á que se baje de la Cruz. No, no temáis que baje; podría bajar si quisiese; podría hacer descender fuego de los cielos que os abrasase, como hizo Elias sobre el monte á los que lo insultaron. Pero Jesús no. Subiría á la Cruz por vosotros si aun no hubiese subido; y estando ya en ella, en vez de darse por sentido de esa crueldad bárbara con que lo insultáis, se vuelve á su Padre, y poniéndole á la vista lo que por vosotros padece, le pide ós perdone, excusando vuestra fiera con vuestra ignorancia: Padre mío, perdónadlos, porque no saben lo que se hacen. Meditad vosotros esta palabra que yo no sé explicar, ni puedo añadir otras que aquella terrible maldición de San Pablo: Si hay todavía alguno que no ame de veras á nuestro Señor Jesucristo, maldito sea para siempre jamás: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum sit anathema.*

JESUCRISTO PROPONE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

Visum est enim Jesus turbas ascendit in montem, et cum pedisset, accesserunt ad eum discipuli ejus et operati sunt eum donec esset.

Y viendo Jesús las gentes subió á un monte y después de haberse sentado se llegaron á él sus discípulos: y abriendo su boca les enseñaba.

(S. JUAN, c. 5, v. 1 y 2.)

Acedia, hermanos míos, la multitud de Décapolis, de Jerusalén, de la Judea entera, de la provincia de Siria y de los confines marítimos, de Tiro y Sidon, á oír su palabra y obtener la curación de las enfermedades corporales, y todos procuraban tocarle, porque salía de él una virtud divina que daba la salud á todos. Viendo Jesús esta

multitud inmensa se dirigió al monte cercano de Cafarnaum, sentóse en él rodeado de sus discípulos, y alzando sus ojos al cielo dijo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos. Dichosos seáis, cuando los hombres por causa mía os maldijeren y persiguieren y dijeren con mentira todo mal contra vosotros. Alegraos y regociaos porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.

No queremos, hermanos míos, debilitar con un estéril comentario la verdad divina que se exhiba de cada una de las palabras de lo que constituye como el resumen de todo el sermón de la montaña.

Todo el Evangelio forma su desarrollo ulterior, porque sólo Jesucristo podía explicar su palabra. El Verbo divino lleva a la humanidad, con cuyas miserias vino a desposarse, un tesoro de felicidad que nadie enteramente sospechaba. La pobreza voluntaria, la dulzura, las lágrimas, el hambre y la sed de justicia; la práctica de las obras de misericordia, la pureza del corazón, el amor de la paz; la paciencia en las persecuciones, tales son las ocho Bienaventuranzas que predica el Salvador a un mundo, donde la riqueza y el lujo habían adquirido proporciones casi sobrehumanas; en una época en que era la ley suprema la violencia y en que la misericordia consistía en abreviar con el puñal los tormentos de los gladiadores heridos; en que reinaba únicamente la voluptuosidad en las conciencias, en que la paz era sinónimo de esclavitud universal, y en que la persecución no tenía más límites que los del universo. Y no obstante, hermanos míos, sólo siguiendo esta doctrina admirable de Jesucristo, encontraremos la felicidad que tanto anhelamos.

Al criarnos Dios para ser dichosos, ha infundido en nuestros corazones una tendencia y un deseo vivísimo de serlo. No hay un solo hombre que no aspire a la felicidad, y que no trabaje cuanto puede para adquirirla; pero cada uno elige distinto sendero para llegar al mismo fin. El amor a la felicidad es uno mismo en todos los hombres; pero la idea que de ella se forman, en todos es diferente. Todo el mundo la busca, y sin embargo, la verdadera felicidad es descono-

cida por casi todos. Lo que debe constituir nuestra felicidad es Dios mismo y la contemplación y el goce de sus infinitas perfecciones; pero somos tan insensatos, que ciframos nuestra dicha en los objetos frívolos que nos rodean, y perseguimos sin cesar los vanos fantasmas de la fortuna, de la grandeza y de los placeres. Jesucristo descendió a la tierra para desvanecer esta ilusión y mostrar a los hombres donde reside la verdadera felicidad, trazándoles el camino que a ella conduce. Su Evangelio, cayendo como una luz brillante del cielo a la tierra, ha disipado la obscuridad en que el género humano, errante a la ventura, buscaba a tientas por todas partes la felicidad, sin poder encontrarla. A este nuevo resplandor, el mundo ha abierto los ojos, y se ha asombrado de haber por tanto tiempo desconocido lo que era objeto de todos sus deseos. Pero ¡ay! como se lamentaba el grande Apóstol desde el principio del Cristianismo, todos no obedecen el Evangelio. ¡Cuántos falsos cristianos, con desprecio de esta ley santa, buscan la felicidad en lo que ella misma les advierte que encontrarán su desgracia! ¡Cuántos cristianos débiles y tibios, confesando en teoría que sólo la religión puede proporcionar una sólida ventura, desmienten con la práctica los principios que profesan, queriendo amalgamar la dicha que la religión promete con los goces por ella reprobados! Evitemos la inconsecuencia, tan deplorable como absurda, de querer ser dichosos sumergiéndonos en el abismo de la desgracia, y sirvanos el deseo de la felicidad, que existe en nuestros corazones, para obligarnos a escuchar la voz divina, que nos llama hacia ella. Por eso nos importa mucho meditar y conocer las Bienaventuranzas que Jesucristo nos propone. *Ave María.*

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS.

Según el divino Salvador, no es la pobreza material y efectiva la que conduce a la felicidad, sino el espíritu de pobreza; no es la posesión de las riquezas la que de ella excluye, sino el amor que se les consagra. Dios quiere que haya ricos en el mundo; y por lo tanto, no lleva a mal que cualquiera lo sea. Muchos personajes célebres en los anales de la religión se han santificado con las riquezas mismas. Estas pueden ser un medio para salvarse, pero generalmente suelen ser un obstáculo; esto depende del espíritu con que se posean y del uso que de ellas se haga. Encargando el Apóstol a su discípulo prescribir a los ricos los deberes que les imponen las riquezas, los hace consistir en tres cosas: en no tener por ellas orgullo, en no hacerlas al

fundamento de las esperanzas y el objeto de la felicidad, y en repararlas con largueza, para crearse en la eternidad un tesoro y adquirir la verdadera vida. Pero la mayor parte de los ricos peca contra alguno de estos preceptos, y aun muchas veces contra todos. En primer lugar, colocando las riquezas á los que las poseen en una clase superior, les hacen mirar con desdén á los que están privados de ellas. Mientras que Dios, dice el apóstol Santiago, ha escogido á los pobres del mundo para que sean ricos en la fe y para hacerlos herederos de su reino, vosotros os empeñáis en deshonrar la pobreza. En segundo lugar, proporcionando las riquezas con abundancia todos los goces terrenales, se convierten en una gran tentación para no buscar otros goces. Dios las había concedido como un medio de adquirir la felicidad, y se hace de ellas la felicidad misma. La peligrosa facilidad con que proporcionan la satisfacción de todos los gustos y de todas las pasiones, hace que el hombre se entregue á ellas sin moderación y que no desee otra cosa. En tercer lugar, las riquezas no sólo hinchan y extravían el corazón, sino que también lo endurecen. Enteramente empleadas en el lujo y en los goces, no dejan pensar al rico en los muchos Lázarus que para su subsistencia desearían sólo las migajas que caen de su mesa suntuosa. La vista del miserable le importuna, en lugar de conmovérle, y el espectáculo de su desgracia le repugna, en vez de interesarle. No parece sino que para compadecer la miseria es preciso haberla experimentado. Es cosa extraña que en la clase indigente se halle mucha más compasión y más caridad que en la clase opulenta.

A estos vicios de los ricos, ó más bien á los efectos ó abusos ordinarios de las riquezas, opone el divino Salvador el espíritu de pobreza, que los reprime todos. Desde luego este espíritu nos enseña á honrar una condición que el mismo Jesucristo usó para él; condición en la cual quiso nacer, vivir y morir, y al mostrarnos en los pobres nuestros iguales delante de Dios, imágenes suyas como nosotros, como nosotros hijos suyos, y como nosotros rescatados con su sangre, desterró de nuestros corazones el desprecio injusto que la indispensable desgracia de las distinciones sociales pudiera hacernos concebir. Nos inspira además, no el sacrificio de nuestra fortuna, sino la predisposición á sacrificarla, y la resignación á la voluntad divina, si Dios tiene á bien privarnos de ella. De este modo quiere enseñarnos á no hacer consistir nuestra felicidad en esos bienes, tan perecederos como frívolos, sino en los bienes de un orden superior. Por último, haciéndonos considerar bajo su verdadero punto de vista la riqueza y la pobreza, nos dice cómo hemos de usar de la una, y la obligación

que tenemos de aliviar la otra, demostrándonos que tenemos más interés que los mismos pobres en el bien que les dispensamos, y que nuestra generosidad puede proporcionarnos una dicha mayor que la de ellos.

El espíritu de pobreza no se prescribe sólo á los ricos, sino que también está positivamente mandado á los pobres. En estos consiste en someterse religiosamente á la voluntad suprema, que en tal condición los ha colocado, sin murmurar de las privaciones que sufren ni mirar con ojos de envidia á los que esa misma voluntad ha colmado de riquezas. Que consideren con los ojos de la fe su propia situación, y comparándola con la de los hombres cuya pretendida felicidad envidian, dejarán de creerse los mas infortunados; porque con menos riquezas tienen menos peligros, y con menos goces, menos ocasiones de pecar. Si poseen menos parte de la substancia de la tierra, también participan con los ojos de la fe del rocío del cielo; y estando más distantes que los otros de lo que el mundo llama felicidad, están mas próximos que ellos á lo que realmente lo es á los ojos de Dios. Pero es difícil hacer entrar en la inteligencia de los hombres estas ideas, que son, sin embargo, incontestables, porque son las de Dios mismo. En unos, la inmoderada alición á las riquezas que poseen, y en otros, el deseo ilimitado de las riquezas que buscan, sofocan los principios religiosos. Gieratamente no está prohibido á los pobres el trabajar para mejorar de fortuna; pero, al buscar los bienes de la tierra, deben observar principalmente dos cosas: en primer lugar, someterse con resignación á la voluntad divina, recibiendo sin vanidad las ganancias; y sin lamentarse las pérdidas; y en segundo, no emplear para enriquecerse otros medios que los permitidos, prohibiéndose con escrupulosidad todo cuanto pueda ser contrario á la ley de Dios, á sus máximas y á su espíritu.

Hay un tercer género de espíritu de pobreza, que consiste en renunciar voluntariamente á los bienes terrenales, para servir á Dios con menos peligro y consagrarse más libremente á los santos ejercicios de la piedad. Así como en una borrasca los pasajeros arrojan al mar las mercancías, cuyo peso pudiera hacer zozobrar el buque; así en el mar del mundo, donde las tempestades son tan continuas, estas almas prudentes se desembarazan del peso peligroso de sus riquezas, para libertarse del naufragio á que ellas les exponen, y llegar con más prontitud al puerto dichoso de la eternidad. Pero esta clase de espíritu de pobreza no es, como las otras, dos, un mandato, sino un simple consejo; no es un deber, sino una perfección, y el mismo Jesucristo lo declara terminantemente. La pobreza voluntaria es un es-

tado a que no debe aspirar todo el mundo; es una vocación particular, que Dios concede muy rara vez, y una gracia especialísima, que hace a pocas personas. Si propone a todos este gran sacrificio, no es para que todos lo hagan, porque eso sería la ruina del orden social, que está protegido por él; sino para que, conociéndolo todos, lo realicen los que tengan energía para ello, y los que no la tengan, lo respeten. Su intención es que este alto grado de perfección exista en cualquier estado y en ambos sexos, para confundir las disculpas que la avaricia opone a la simple práctica de lo que constituye el deber. Quiere, por tanto, que haya personas que renuncien enteramente a su fortuna, para enseñar y alentar a todas las otras a no aficionarse demasiado a ella.

BENAVENTURADOS LOS MANSOS, PORQUE ELLOS POSEERÁN LA TIERRA.

De todos los caracteres con que los profetas anunciaban al Mesías, la mansedumbre es la que le atribuyen con más complacencia, y éste es también el que manifestó más el Salvador durante su permanencia en el mundo. ¿Qué hombre sufrió jamás contradicciones tan violentas? ¿Quién tuvo nunca tanto poder para rechazarlas y vengarse, y las sufrió, sin embargo, con tan completa moderación? En este punto, como en todos los demás, él quiso siempre unir el ejemplo a los mandatos, y hacerse nuestro modelo a la vez que nuestro maestro. Nosotros, en la incapacidad de igualarle, debemos procurar con todas veras asemejarnos a él en cuanto sea posible. La mansedumbre que el nos ordena, formada con arreglo a la suya, debe, ya que no llegue a tan alto grado, porque nuestra flaqueza no lo permite, reunir siquiera, en cuanto está a nuestro alcance, las mismas condiciones. Por tanto:

Nuestra mansedumbre debe partir, como la suya, de un principio de religión. La mansedumbre cristiana no es una indiferencia de carácter, ni una indolencia de temperamento, ni un cálculo de interés, ni un refinamiento de política, ni una estrategia del amor propio, ni un deseo de agrandar, sino que está fundada sobre las dos virtudes principales del Cristianismo, que son la caridad y la humildad. La caridad nos hace afables para con el prójimo, por el amor que nos inspira hacia él y por el temor de ofenderle; la humildad produce en nosotros la dulzura, por el conocimiento profundo de la necesidad que tenemos de indulgencia.

A semejanza de la de Jesucristo, nuestra mansedumbre debe ser, no sólo exterior, sino interior, y consistir, no en simples manifesta-

ciones, sino en el corazón. Dios no prescribe más que virtudes sinceras, y el fingir una mansedumbre que no se tiene, es una falsedad; él no aprueba más que las virtudes sólidas, y la mansedumbre que no existe más que en la apariencia, está expuesta siempre a desmentirse.

Nosotros debemos, sin embargo, como Jesucristo, manifestar exteriormente nuestra mansedumbre; así es que nuestras palabras, el tono de nuestra voz, la compostura del rostro, y principalmente nuestras acciones, deben ser su expresión constante. Muy débil será en nuestra alma si no tiene fuerzas suficientes para salir de ella, y muy pocas serán sus raíces si no puede echar algunos vástagos y producir algún fruto.

Nuestra mansedumbre, conformándose a la de Jesucristo, debe ser universal para todas las ocasiones, así las grandes como las pequeñas, así las raras como las diarias, así las repentinas como las previstas. Las circunstancias pueden variar, pero la mansedumbre cristiana debe ser la misma siempre. No debe alterarse por ninguna contradicción, ni turbarse por ningún reproche, ni agriarse por ningún mal proceder, ni irritarse por ninguna ofensa, sino hacerse superior a todo y no desconcertarse por nada.

Por último, así como la de que Jesucristo nos da ejemplo, nuestra mansedumbre debe ser universal para con toda clase de personas, evitándonos el murmurar de los superiores, el enfadarnos con los iguales y el ser altaneros con los de inferior categoría; y debe comprender, no sólo a nuestros amigos, sino a nuestros enemigos; no sólo a los que nos favorecen, sino a los que procrean perjudicarnos. ¿Qué mérito habría en ser afables con las personas a quienes queremos, ni qué valor puede tener una virtud sin obstáculos que vencer?

A los que practican en verdad la mansedumbre, Jesucristo les ofrece por premio la posesión de la tierra: esto es, no sólo de la tierra que actualmente habitan, sino también de la que desean: la que Dios tiene ya creada, que debe pasar, y la tierra nueva de que habla San Juan en el *Apocalipsis*, donde habitarán eternamente los elegidos, y de la cual la nuestra no es más que una figura. La mansedumbre, tan estimada de los hombres como de Dios, atrae a sí todos los corazones; la tierra entera es su conquista, y su triunfo es tanto más bello, cuanto que agrada a los mismos que se le someten. Tiene además la ventaja de ser como una virtud universal: se acomoda perfectamente con todas las otras; les quita, por decirlo así, su severidad, y espárcese sobre ellas su propio encanto, embelleciéndolas y dándoles una nueva gracia y un nuevo mérito. ¿Os quejáis de encontrar eno-

mistades en vuestro prójimo! ¿Esperáis acaso extinguirlas con vuestra intolerancia, con vuestra acritud y con vuestras violencias? Sólo la mansedumbre tiene poder para triunfar de las enemistades; sola ella puede con su atractivo conciliar los ánimos encontrados, templar los espíritus duros y rígidos, curar las heridas del alma, tranquilizar los espíritus arrebataados, reconciliar las inteligencias opuestas; y si por desgracia vuestra mansedumbre no puede alcanzar el éxito que con los hombres desea, conseguirá cerca de Dios otro infinitamente más apetecible. Lo que no haya podido conseguir en la tierra, lo conseguirá con superabundancia en el cielo, y á falta de la recompensa efímera que se le niegue aquí abajo, le será concedida en el seno de Dios una recompensa eterna.

Después de haber considerado cuál debe ser la mansedumbre, examinemos la que existe en nosotros. Esta virtud es de tal manera estimada, que no hay persona alguna que no tenga la pretensión de poseerla, y casi todo el mundo está persuadido de que la tiene. Es muy común el notar en otros la falta de mansedumbre, y apenas hay quien la advierta en sí mismo; nos hieren profundamente las contradicciones del prójimo, y nosotros le herimos sin cesar, las más veces sin notarlo. Hay muchos hombres que se creen de buena fe llenos de mansedumbre, á quienes la generalidad echa en cara, con razón quizás, todos los defectos contrarios: Penetrad en vosotros mismos, y examinad cuales son los caracteres de esa mansedumbre que os atribuis. ¿Cuál es su principio? ¿Es la caridad fraternal ó el interés personal? ¿Es el deseo de agradar á Dios ó el de obtener las alabanzas y la amistad de los hombres? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Es en vuestro corazón donde reside, ó únicamente en las maneras afables que sabéis afectar para seducir? ¿Cuales son sus efectos? ¿Reprime en vosotros todo cuanto puede ofender á vuestros hermanos, y produce todo cuanto les puede agradar? ¿Cuál es su extensión? ¿Puede resistir la prueba de todos los generos de contradicciones? ¿No admite excepción alguna, ni se desmiente á la menor oposición que halle? Hagamos este examen de buena fe, y veremos cuántas mansedumbres fingidas desaparecen, cuántas se encuentran completamente falsas; cuántas se ven en extremo frías, cuántas son insuficientes, cuántas hipocritas, y cuántas no tienen mérito alguno para la tierra ni para el cielo.

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN, PORQUE ELLOS SERÁN CONSOLADOS

He aquí un lenguaje muy extraño para el mundo, que acostumbra á juzgar de la felicidad por la alegría que se siente y por los placeres

de que se disfruta; pero las máximas de Jesucristo son diametralmente opuestas á las del mundo. El hace consistir la felicidad en las lágrimas y les promete un abundante consuelo; mientras que, por el contrario, condena á la desgracia á los que siempre están aquí risueños y alegres, declarándoles que llegará un día en que giman y lloren. Pero no se crea que todas las aflicciones conducen á la felicidad. El grande Apóstol dice que la tristeza, según Dios, es la que, siendo una parte de la penitencia, nos conduce á la salvación de nuestra alma; pero que hay otra tristeza que da la muerte, y es la tristeza del siglo. La tristeza según Dios, que es la que él nos recomienda, y la de que habla Jesucristo, consiste principalmente en dos cosas.

En primer lugar, nuestras lágrimas sacan especialmente su valor de la fuente que las produce. Examinándonos á la luz de la religión, y examinando todo lo que nos rodea, encontraremos innumerables causas para afligirnos. Si consideramos lo pasado, hallaremos muchas causas para deplorar, muchas gracias perdidas, muchas ocasiones de salvación desperdiciadas, y muchos medios de santificación descuidados. Si pensamos en lo presente, hallaremos en nosotros mil debilidades é imperfecciones, una enorme desproporción entre nuestra penitencia y nuestras faltas, y una desgraciada fragilidad, que constantemente nos incita á cometer otras nuevas. Si dirigimos la vista á lo porvenir, hallaremos una horrible incertidumbre sobre nuestra suerte, y espantosos y fundados temores sobre lo que seremos, como consecuencia de lo que somos y de lo que hemos sido. Quizás tendremos también que deplorar pecados de otros, por haber sido testigos ó causa de ellos con nuestros escándalos. ¿No debemos participar de los dolores con que la Iglesia, nuestra madre, está continuamente aligida por las blasfemias de los incrédulos, por las calumnias de los herejes, por las disensiones de los cismáticos y por la conducta criminal de muchos de sus hijos? Deplorémoslos todos estos desórdenes, llorémoslos con amargura; estas son las lágrimas que Dios agradece y recompensa.

En segundo lugar, las aflicciones que nos causan los males temporales; pueden también alcanzarnos los favores divinos; pero hay una diferencia entre las lágrimas que vierte la religión y las que la naturaleza derrama: las primeras son por sí mismas principios de felicidad; las segundas pueden serlo, según nuestras disposiciones. Los males con que Dios nos aflige son para nosotros lo que queramos hacer de ellos: La pérdida de los bienes, de la salud, de los deudos y de los amigos; las privaciones, los disgustos, las afrentas, las violencias, y en una palabra, las tribulaciones de todo genero, de que esta

vida está llena, hacen correr de nuestros ojos amargas y legítimas lágrimas; la religión no las condena, pero nos dice cómo las hemos de santificar. Ellas pueden hacernos dichosos, si llevamos con resignación los males que las causan, si las ofrecemos a Dios, si las sufrimos con espíritu de penitencia, y si, separándonos de los bienes creados, apartan de ellos nuestro corazón y lo ligan a Dios más estrechamente. No se nos prohíbe el entristecernos; pero se nos ordena que no nos dejemos dominar por este sentimiento, como los que están privados de toda esperanza. En medio de nuestros dolores, pensamos en los consuelos que Jesucristo nos promete; esta esperanza será ya un alivio, endulzará nuestros males, hará menos cruel nuestra amargura y aligerará el peso de la cruz que se nos impone. Pero no es en esta tierra maldita de Dios, ni en este desgraciado valle de lágrimas, donde hemos de encontrar el gran consuelo que Jesucristo promete a los afligidos; sólo cuando el Cordero que se sienta sobre su trono los haya conducido a las fuentes de la vida, será cuando enjugará en sus ojos todas las lágrimas. En la nueva Jerusalén, en la ciudad santa bajada del cielo, en el tabernáculo donde Dios ha de reunir a los hombres para habitar con ellos, es donde ya nunca habrá muerte, ni llanto, ni gemidos, ni dolor; porque entonces habrán desaparecido todos los males.

BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA,

PORQUE ELLOS SERÁN BARTOS

La justicia de que habla aquí Jesucristo no es sólo esa virtud especial, que consiste en dar a cada uno lo que le pertenece; sino que entiendo por esta palabra la justificación que resulta de la práctica de todas las virtudes y del cumplimiento de todos los deberes; esto es lo que constituye la santidad, la gracia santificante y la caridad erigida ya en costumbre, porque todo esto no es más que una misma cosa, considerada desde diferentes puntos de vista. Esta es la justicia de que debemos estar hambrientos, y la que debe excitar nuestras más ardientes aspiraciones. Ella es en la tierra nuestro bien supremo, y hasta pudiera decirse nuestro único bien. Todos los demás, que el mundo busca con tanta ansia, son bienes inciertos, caducos y peligrosos. Semejantes a las plantas malignas, que bajo una bella apariencia esconden el veneno, ellos esconden entre sus atractivos un tósigo mortal, cuyo efecto más ordinario es el de corrompernos y alejarnos de la verdadera dicha. No sucede así con la justicia cristiana; ella sola es un bien puro, que ninguna mezcla de vicios puede alte-

rar, porque es la exclusión de todos los vicios; ella sola es un bien estable, que está en nuestra mano el conservar, y de que ninguna causa extraña puede privarnos, a no ser nuestra propia culpa; ella sola es, en fin, un bien seguro, que podemos proporcionarnos siempre, que no se niega jamás a nuestros votos, y que para poseerlo basta con desearlo sinceramente.

Hemos dicho sinceramente, porque un bien tan importante no puede conseguirse por un deseo simple y estéril, que no tenga la fuerza necesaria para obrar nuestra justificación. Para adquirirlo es necesario que el deseo sea tan sincero y tan ardiente que no haya dificultades que lo detengan, ni seducciones que lo entibien, ni esfuerzos que lo quebranten. Es preciso ser, como Daniel, el hombre de los deseos, para merecer por ellos un favor tan grande. Jesucristo compara los deseos que son dignos de que él los escuche, con el hambre y la sed que él promete apagar. Ved si un hombre atormentado por una hambre ó una sed violenta se limita sólo a desear verse libre de tales plagas. Por el contrario, hace todo cuanto le es posible para conseguir su objeto; se dirige a todos los que pueden darle algo para satisfacerla, y no hay esfuerzo ni medio alguno que no ponga en práctica. Tales deben ser nuestra hambre y nuestra sed de justicia; así deben apremiarnos incesantemente a pedir el ser satisfechos, al que nos lo puede conceder, que es el Autor de todo lo creado y el que escucha y da cumplimiento a nuestros votos; y además debemos trabajar por nosotros mismos para aplacarla. Entonces es cuando, excitándonos nuestros deseos a reunir a nuestros propios esfuerzos los socorros de la gracia, serán eficaces; y sólo entonces, cumpliendo Jesucristo la promesa, como nosotros hemos llenado la condición que para alcanzarla se nos ha impuesto, podremos beber hasta hartarnos de la fuente de aguas puras que mana en la vida eterna.

BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS, PORQUE ELLOS ALCANZARÁN

MISERICORDIA

El sentimiento de la misericordia consiste en compadecer los males del prójimo; las obras de misericordia, en aliviarlos. Así como los males a que la humanidad está sujeta son de dos especies, espirituales y temporales, así también la misericordia se puede ejercer de dos maneras, y ambas nos están expresamente mandadas. El precepto de las obras temporales de misericordia se explica por Jesucristo, especialmente cuando, al describir las circunstancias del último día en que se presentará en la tierra, no ya como Salvador, sino como Juez,

declara cuál será la regla de sus sentencias terribles. «Tuve hambre, dirá á los justos, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era huésped, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; estuve enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y fuisteis á verme. Venid, pues, benditos de mi Padre, á poseer conmigo el reino que os tengo preparado desde el principio del mundo.» Y luego, volviéndose hacia los reprobos, apoyará su condenación en que dejaron de cumplir estos deberes esenciales. Por estas causas opuestas hará subir á los unos á la mansión de la vida, que no tiene fin, y precipitará á los otros en el abismo de las llamas eternas. Los males del orden espiritual, que son mucho más desastrosos que los temporales, se nos manda que los aliviemos, y la orden es todavía más positiva; porque los ignorantes necesitan esencialmente instrucción, consejos los extraviados, consuelo los afligidos, caritativas advertencias los delinquentes, sufragios los difuntos, y los vivos oraciones para preservarlos del mal ó hacerlos perseverar en el bien. Este precepto se extiende tanto como las necesidades á que la humanidad está sujeta, y sus deberes son tan varios como las miserias humanas. Cuando los males de los hombres se multiplican, las entrañas de la misericordia deben dilatarse. ¿Quién de vosotros estará enfermo sin que yo lo esté? ¿Quién de vosotros será escandalizado sin que mi celo se avive? Así hablaba el apóstol San Pablo de los dos géneros de misericordia, y el sentimiento que expresaba su corazón es el que debe de existir en el de todo verdadero cristiano.

Pero no basta todavía con ejercer las obras de misericordia, sino que también forma parte de nuestro deber la manera de practicarlas. Para hacerlas meritorias, es indispensable que procedan de un motivo religioso. No es bastante con que sean el efecto de ese impulso de conmiseración que inspira la naturaleza á la vista de un infortunio, porque, aunque este sentimiento natural no tiene en sí mismo nada de reprehensible, aun cuando el mismo Dios lo ha colocado en nuestros corazones, para excitarnos más poderosamente á socorrer á nuestros hermanos desgraciados; no obstante, aunque este impulso de sensibilidad no sea vicioso, aunque sea por sí mismo laudable, es insuficiente delante de Dios, y necesita, para hacernos merecer sus beneficios, el ser santificado por móviles de un orden superior. Dios no recompensa más que las virtudes de que él es objeto y las acciones hechas por consideración á él, y están muy lejos de agradarle, tanto la beneficencia hipócrita, que busca en sus beneficios la alabanza de los hombres, como la beneficencia interesada, que hace un favor sólo por la esperanza de la recompensa. Dios asigna un premio

más alto á nuestras buenas obras, queriendo ser el mismo la recompensa, y nosotros las envilecemos cuando esperamos otra retribución.

Otro de los deberes de la misericordia es el ser proporcionada á las necesidades del prójimo y á nuestros recursos. Es indudable que ninguno dispone de medios suficientes para aliviar á todos los desgraciados; pero hacerse de esta misma imposibilidad un pretexto para dejar de socorrer á aquellos á quienes se puede ser útil, es una ilusión criminal; así como el fundarse en que la ley no señala á los que se debe hacer bien para no hacerlo á nadie, es un subterfugio de la inhumanidad, tan absurdo como punible. Los desgraciados que os presenta la Providencia son los que os encarga de socorrer. Ya habréis leído en el texto sagrado que ella confió á cada hombre su prójimo, y cuando ofrece á vuestra vista la miseria ó las necesidades de alguno, es porque quiere excitaros especialmente de su alivio. Puede haber, sin embargo, justas razones que impidan la práctica de algunas obras de caridad; por ejemplo, la pobreza dispensa de dar limosnas; pero no hay disculpa alguna contra el precepto de la misericordia en general, porque, cualquiera que sea la condición en que nos hallemos, siempre tenemos posibilidad de servir al prójimo. Al hacer Dios este gran precepto tan estrictamente obligatorio, ha multiplicado los medios de observarlo. El alma misericordiosa que se ve privada de todos los demás recursos, tiene todavía el de sus oraciones, y cuando su propia beneficencia no puede nada, le queda la beneficencia divina, á quien puede implorar, sustituyéndola á su impotencia propia.

Para guiarnos en esta parte importante de la conducta cristiana, tenemos dos reglas seguras que seguir, y siguiéndolas, podemos estar ciertos de no extraviarnos jamás. La una nos la inspira la naturaleza, y consiste en colocarnos por un momento en el lugar del que necesita nuestros sócoros, pensando en lo que querríamos que por nosotros se hiciese en igual caso. La otra nos la da la religión, y consiste en elevar á Dios nuestros pensamientos; en reflexionar en lo que nosotros desearíamos de él, en lo que nos concede todos los días, y en ser para nuestros hermanos, según nuestros facultades, lo que le pedimos que sea y lo que es realmente para nosotros.

La inmensa munificencia de Dios, que es nuestro modelo, debe ser también el móvil de la nuestra. La recompensa que él promete á nuestra misericordia, es la suya: la condición que impone á la suya, es la misericordia nuestra. ¿Quién habrá en el mundo que se atreva á creer que no tiene necesidad de la indulgencia divina? El que esto

creyese, demostraría por esta misma jactancia tener más necesidad de ella que nadie. El medio de alcanzarla de Dios es tenerla para con nuestros hermanos, y él se manifestará con nosotros tanto más prodigo, cuanto más lo hubiéramos sido con ellos. La medida de que nosotros nos hayamos servido será, según sus propias palabras, la de que él se servirá para nosotros. El no nos castigará por cada ocasión particular en que hayamos dejado de ser benéficos, si la beneficencia no estaba expresamente mandada en esta ocasión; pero nos recompensará por cada una de las veces que la hayamos ejercido, y nos condenará con rigor si en general hubiésemos dejado de practicarla. Su oráculo es tan terminante como terrible. Sin misericordia será juzgado el que no haya hecho misericordia.

BIENAVENTURADOS LOS DE LIMPIO CORAZÓN, PORQUE ELLOS VERÁN A DIOS.

Lo que recomienda aquí Jesucristo, no es sólo la pureza exterior, que consiste en no tener el vicio vergonzoso, que mancha el cuerpo al mismo tiempo que el alma; sino la pureza íntima, la pureza de corazón, que es el principio de la del cuerpo. Esta se adquiere, no sólo huyendo de los pecados opuestos á la virtud especial llamada pureza, sino teniendo horror á todos los pecados, de cualquier género que sean, ya queden en el alma que los ha concebido, ya se manifiesten al exterior; esta pureza es, no sólo la exención de todo pecado, sino de toda inclinación á la culpa, y por lo tanto, el horror á todo lo que puede inducirnos á pecar. Nosotros decimos que un licor está puro cuando no se halla alterado por la mezcla de alguna substancia extraña; asimismo diremos que el corazón puro es aquel en que el amor divino no tiene mezcla de afecciones terrenales. ¿Quién es, decía el Rey profeta, el que tendrá la dicha de llegar á la cumbre del monte del Señor, y habitar en su santa morada? Aquel cuyas manos sean inocentes y cuyo corazón sea puro. Este no es un consejo que se pueda seguir ó descuidar libremente, ni un grado de perfección á que sea permitido dejar de llegar. No hay duda que en la pureza de corazón, como en todas las demás virtudes, hay diferentes grados, cada uno de los cuales obtendrá una proporcionada recompensa. La pureza de corazón es por sí misma, como todas las demás virtudes un precepto estricto, y hasta una condición esencial, para ser admitidos en la ciudad celeste, en la cual no entrará nada que esté manchado. Pero en esta tierra desgraciada, que han venido á inundar todo género de crímenes; en este *mare magnum* de corrupción, en que nos es forzoso habitar; en medio de la universal corrupción que

nos rodea por todas partes; ¿quién es, exclama Salomón, el que puede decir: «Mi corazón está puro, yo estoy exento de pecado»? La comunicación obligada con tantos pecadores, el contacto inevitable de tantos crímenes como se cometen sin cesar al rededor de nosotros, y que penetran forzosamente en nuestra inteligencia, en nuestra imaginación y en nuestra memoria por todos los sentidos, serían suficientes para alterar esta parte tan delicada y tan fácil de quebrantarse. La imposibilidad de evitar esta desgraciada comunicación, la dificultad extrema de impedir el ser impresionados por ella, deben hacernos comprender la necesidad de trabajar en purificarnos y limpiar nuestros corazones de todo lo que pueda haber en ellos de impuro. Purifiquemos nuestros pensamientos, para que todos tengan por último fin, ya que no por fin inmediato, al que los quiere por homenaje; purifiquemos nuestros deseos, para que todos tiendan hacia Aquel que solo es digno de excitarlos, y purifiquemos, en fin, nuestras intenciones, para que ellas dirijan todos nuestros actos hacia Aquel de quien hemos de alcanzar la recompensa. Limpiemos con un trabajo asiduo nuestros corazones de las impurezas que constantemente penetran en ellos, á fin de ponerlos en estado de poderlos presentar á Dios en el día en que éste vuelva á pedirnoslos.

BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS, PORQUE ELLOS DE DIOS SERÁN LLAMADOS.

No es posible siempre tener paz con los hombres; pero el grande Apóstol, que prescribe los deberes con una precisión y una exactitud admirables, nos manda que la conservemos cuanto posible sea, poniendo para ello cuanto esté de nuestra parte. Si á veces hay ocasiones en que absolutamente no podemos estar en paz, no por eso deja de estar siempre en nuestras facultades el ser pacíficos. Las disposiciones de otros no están en nuestra mano, pero sí somos dueños de las nuestras. No es imposible impedir el ser objetos de enemistades; pero podemos, en primer lugar, no merecerlas, y en segundo, no abrigarlas hacia los otros. El Espíritu Santo no nos prohíbe tener enemigos; pero nos manda que no lo seamos de nadie. Los que Jesucristo declara bienaventurados no son los que disfrutan la paz, sino los que la desean y trabajan por conseguirla. El amor que se le tiene es un efecto necesario de la caridad, porque es imposible ser verdaderamente caritativo sin amar la paz, como lo es el amar la paz cristianamente sin ser caritativo. Y decimos amar la paz, cristianamente, porque muchas veces se disfruta de amor á la paz, el temor de ver turbado nuestro reposo, sentimiento producido por la indolencia de

carácter ó temperamento, y por el deseo de conservar las propias comodidades. No es ésta la paz de que habla Jesucristo. Entre el pacífico y el apático hay tanta distancia como entre la caridad y el egoísmo. El uno busca en la paz la felicidad de sus hermanos tanto como la suya; el otro no busca otra cosa que su propia tranquilidad. El amor á la paz, que el divino Salvador recomienda, es, pues, tan necesario como la caridad misma, pues es una de sus ramificaciones.

No se crea que para ser del número de los bienaventurados que aman la paz, baste el desearla sinceramente y no hacer cosa alguna que pueda turbarla; porque un bien tan precioso no se alcanza sin algún trabajo, ni puede esperarse una paz verdadera sin hacerle algunos sacrificios. Los resentimientos, las pretensiones, los derechos legítimos muchas veces, las susceptibilidades del amor propio, hasta la reputación en muchas ocasiones, todo debe ser sacrificado al beneficio inestimable de la paz, todo, menos la conciencia. Para conocer nuestros deberes relativos al sostenimiento de la paz, es preciso que consideremos las causas que lo alteran. El apóstol Santiago nos lo dice: «El principio de vuestras guerras y de vuestras querellas, ¿no son las pasiones que fermentan dentro de vosotros? Luego es necesario formar empeño en reprimirlas, como en una nación bien gobernada debe empezarse por establecer la paz dentro para asegurarla fuera.» Dos pasiones son, entre otras, las principales causas de toda discordia: el orgullo y el interés. Los honores que el uno exige con arrogancia; las riquezas que el otro busca con avidez, no pudiendo ser poseídas por todo el mundo, se convierten por necesidad en gérmenes de odio. Penetrémonos de la humildad y de la abnegación cristianas, y cesarán todas las discordias. El apóstol San Pablo desenvuelve estos principios en su epístola á los filipenses. Después de exhortarlos por los motivos más poderosos á hacer perfecta su alegría, á no tener entre sí más que un solo espíritu, un solo amor y unos mismos sentimientos, añade en seguida los medios de alcanzar este bien tan precioso, enseñándonos á nosotros también cuando á ellos les dice: «No hagáis nada por un espíritu de contienda ó de vanagloria; sino que cada uno por humildad crea á los otros superiores á sí: atienda cada uno, no á su propio interés, sino al de los demás. Sentid y pensad como sentía y pensaba Jesucristo.

BIENAVENTURADOS LOS QUE PADECEN PERSECCIÓN POR LA JUSTICIA,
PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS

Bienaventurados sois cuando os maldijeren y os persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros, mintiendo, por mi causa. Gozais y alegraros, porque vuestro galardón muy grande es en los cielos. El divino Salvador insiste sobre esta bienaventuranza, desarrollándola más que las otras, porque era en extremo importante convencer á los hombres apóstólicos de la felicidad de los sufrimientos, para alentarlos en la carrera de persecución que iban á empezar. Lo que fué necesario en un principio para la fundación de la Iglesia, no lo ha sido menos en los siglos siguientes para su conservación. En todos tiempos ha sido verdadera la máxima del Apóstol, que dice que todos los que quieran vivir en la piedad sufrirán persecución. Hay diferentes grados de persecuciones, y unas son más crueles que otras. También las hay de diferentes géneros: violentas y hábiles, francas y ocultas; éstas suelen dirigirse á distintos objetos; unas atacan la vida, otras la libertad, otras la reputación, otras la fortuna y toda clase de bienes que los hombres estiman en algo. También suelen valerse de diferentes medios, ya empleando las torturas, ya las vejaciones, ya las calumnias, y ya la burla ó el sarcasmo; pero todas son meritorias á los ojos de Dios, con tal de que sean sufridas por él. No se crea, sin embargo, que todos los fieles tienen la obligación de exponerse á todas estas persecuciones. La mayor parte no tendrán que sufrir más que algunas; pero todos deben estar dispuestos á sufrir cuantas Dios tenga á bien enviarles. Habrá algunos que muestren un valor heroico en los tormentos, y que bastaría á apartarlos del camino de la salvación el miedo de una simple burla. Cualquiera que sea la prueba á que el Señor se digné someter nuestra fe y nuestra piedad, debemos sufrirla gustosos. Cualquiera que sea la tentación con que á su enemigo y al nuestro permita atacarnos, debemos rechazarla con energía. Para nosotros no es solamente una necesidad el sufrir persecuciones, sino también una ventura; por tanto, debemos sufrirlas, no sólo con paciencia, sino hasta con gozo. Jesucristo nos lo declara, dándonos al mismo tiempo la razón en que se funda; y es que, mientras que en la tierra desplagan los hombres toda su rabia contra nosotros, en el cielo tejen los ángeles una brillante corona para nuestras sienes. ¿Qué ambicioso no se alegraría, si supiese que con algunos instantes de penalidad podía adquirir una fortuna inmensa? Y ¿qué proporción guardan todas las fortunas de este mundo reunidas, con la posesión

del cielo? ¿Que comparación puede hacerse entre las penas que aquí se nos imponen y la dicha que nos está reservada; entre estos pequeños trabajos y su eterna recompensa?

Oh fieles míos muy amados! Los que entre vosotros, tal vez habéis sido reservados por la Providencia para sufrir penas, contradicciones y toda clase de tribulación, manifestaos dignos de la elección que Dios se ha servido hacer, y dad de ello un honroso testimonio. Soportad con valor todo cuanto tengáis que sufrir, sobre todo para conservar pura vuestra fe y no perder el tesoro inestimable de la gracia.

Conservad siempre la serenidad en medio de todas las tribulaciones; y rogadnos de la recompensa, que os aguarda, según nos lo asegura Jesucristo, cuando promete como premio el reino de los cielos a los que habréis sufrido persecución y trabajos por la santidad y la justicia.

JESUCRISTO ENSEÑA UNA JUSTICIA MÁS ABUNDANTE QUE LOS ESCRIBAS Y FARISEOS

*Dico enim vobis quia nisi abundaverit
iusticia vestra plusquam scribarum et
Pharisaeorum non intrabitis in regnum
caelorum.*

Pues yo os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

(S. MATEO, c. 5, v. 20.)

Estas palabras, hermanos míos, de nuestro Señor sobre los fariseos, debieron parecer muy extrañas a los que le escuchaban. Ellos estaban acostumbrados a considerar a aquellos hombres como modelos de virtud, y no había israelita alguno que no se hubiese creído perfecto imitándoles. Así juzgan los hombres, que no pueden co-

nocer más que el exterior, y así juzgamos nosotros todos los días a nuestros hermanos, vituperando a los unos con tanta injusticia como ligereza tenemos para alabar a los otros. Pero la mirada de Dios penetra donde no pueden penetrar nuestras débiles miradas. ¿Y qué veía el Señor en aquellos hombres tan ejemplares, que merecieron, a su juicio, la exclusión del reino de los cielos? Porque Jesús declara formalmente que el que no fuere más justo que ellos, no será allí recibido. Y no se trata aquí de un grado más o menos alto de perfección, sino que esta justicia, superior a la de los fariseos, que el exige de cualquiera que quiere ser su discípulo, es de una necesidad absoluta para la salvación. Así pues, es muy esencial que conozcamos en que era defectuosa la justicia que los fariseos profesaban.

Precisamente lo que ellos admiraban más en su pretendida justicia, es lo que había en ella de más vicioso. Los defectos que Jesucristo descubre en la misma, en distintas ocasiones recaen principalmente sobre estos tres puntos: ella era completamente exterior, y para nada se cuidaba del interior; era minuciosa, hasta el punto de ocuparse en pequeñísimas observaciones, descuidando completamente lo esencial; y era hipócrita, pues trataba sólo de captarse la voluntad de los hombres, sin cuidarse en lo más mínimo de merecer la de Dios. Veamos, hermanos míos, cómo Jesucristo condena estos tres defectos, y aprendamos la verdadera justicia que él mismo nos enseña. Ave *Maria*.

En primer lugar, hermanos míos, los fariseos hacían consistir toda la virtud en la observancia exterior de los preceptos, y no se fijaban en los motivos de esta observancia, creyéndose irreprochables con tal de que no faltasen a las prácticas establecidas. Así pues, ellos amalgamaban con las observancias prescritas por la ley, todos los vicios condenados por ella: el orgullo con los actos de humildad, la sensualidad con los ayunos frecuentes, con las limosnas abundantes la rapacidad y la injusticia, y con las obras de caridad el desprecio hacia los demás hombres. Esta disposición es diametralmente opuesta a las doctrinas del Crucificado, que enseñan que, siendo Dios un espíritu, debe adorarse en espíritu y en verdad (1). El culto externo, lejos de reemplazar al interno, sólo se ha prescrito para establecerlo, para hacer mayor su extensión, para sostenerlo y para animarlo. No hay una sola de sus prácticas que no sea el ejercicio de alguna

(1) Spiritus est Deus, et eos qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare. (JOAN., 4, 24.)

virtud y que no tenga por objeto el fomentarla. La oración, que es la expresión de la piedad, es al mismo tiempo su alimento; las fiestas, recordando los beneficios de Dios, excitan hacia él nuestra gratitud; las ceremonias, elevando hacia Dios nuestro espíritu, inclinan nuestro corazón á adorarle; los ayunos nos recuerdan el deber de la mortificación y nos la hacen practicar; las obras de misericordia, que la caridad ejerce, estrechan los vínculos que nos ligan á nuestros hermanos; y por último, el culto interior es al culto exterior lo que el alma es al cuerpo. Quitad al culto material el sentimiento que lo vivifica, y pronto no quedará más que un cadáver inanimado y lleno de corrupción.

Tal era la religión de los fariseos. ¿Y no es esta también la de muchos cristianos? ¿Cuántos hay, entre los mismos que hacen gala de observancia, que hacen consistir toda su perfección en llenar los deberes externos que la ley prescribe, sin ocuparse en manera alguna de lo que la misma ley manda mucho más imperiosamente, que es el reformar sus vicios, refrenar sus inclinaciones, mejorar sus hábitos y reprimir sus pasiones! ¿Cuántos usurpan la reputación de devotos por medio de cierta asiduidad en asistir al templo, y luego, fuera de él, son vanos, sensuales, tracundos, arrobados y maldicientes! Estos se formarían un escrúpulo de la más ligera falta, y no tienen remordimientos de sus numerosas culpas. No parece sino que la piedad puede existir sin las virtudes. La causa de esta inversión de principios se comprende sin gran trabajo, y es, que las prácticas son más fáciles de observar que las virtudes mismas; que cuesta menos el practicar algunos actos que el hacer en la vida una reforma, y que los únicos deberes penosos son aquellos que exigen combates contra sí mismo. Salgamos de esta ilusión funesta, que, extraviando las almas, las pierde sin remedio, porque forma en ellas una conciencia falsa. Empecemos por rectificar nuestro corazón, y en seguida observaremos fácilmente los deberes de todo género. Arrojemos de nuestra alma los afectos viciosos, llenémosla de las virtudes que nos faltan, y entonces cumpliremos con alegría todos nuestros santos deberes.

Peró, al tratar de desechar la perversa máxima de los fariseos, debemos guardarnos de caer en el exceso contrario. Es un abuso el hacer consistir la religión en las prácticas exteriores, pero no lo es menos el considerarla como inútiles. Un culto enteramente espiritual no es á propósito para el hombre, pues el lenguaje de los signos es indispensable á la naturaleza humana. ¿Qué espíritu serían bastantes fuertes para sostenerse sin ayuda en la contemplación de las

verdades celestiales? El culto exterior sirve para mantener el interno, evitando en éste todo desfallecimiento y mudanza; es un estímulo para la virtud por los ejemplos que presenta, reanima la piedad por sentimientos que inspira, graba en las almas toseas las instrucciones de la religión por medio de sus ritos, hace que los espíritus ligeros ó distraídos se fijen en Dios por medio de las ceremonias, y los reúne á todos en una creencia general y en una moral común. La incredulidad, que declama con tanta violencia contra el culto externo, no lo llama inútil sino porque siente la necesidad de practicarlo, ni tiene otro fin al reducir la religión al culto interno, que el de suprimir todas las religiones. Entre estos dos destructores sistemas tenemos el justo medio que Jesucristo prescribe, y que es el que debemos abrazar. Hablando de las virtudes y de las observancias, dice: «Es preciso practicar las unas y no omitir las otras. «No sepáremos, pues, lo que Dios, en su sabiduría infinita, ha querido que tenga una unión inseparable. Ofrezcámosle los homenajes de nuestros corazones, que es nuestro principal deber; pero manifestémoslos de la manera que él nos lo manda. Esta segunda obligación no es menos esencial que la primera.

En segundo lugar, no solamente los fariseos colocaban la justicia en el exterior, con perjuicio de los deberes interiores, sino que la hacían consistir en prácticas minuciosas y triviales, descuidando los grandes preceptos de la religión. Ellos no podían permanecer en este error de buena fe, cuando á las prácticas insignificantes, que multiplicaban á lo infinito, reunían vicios formales, que les era imposible justificar. Así, pues, no podemos compadecernos. Mas lo que sí debe ser objeto de nuestra compasión más tierna, es el ver incurrir en el mismo abuso á ciertas almas verdaderamente piadosas, y que otras, ilusionadas por el mismo deseo de la perfección, la buscan donde no se encuentra, y la determinen y señalen por los esfuerzos que hacen para encontrarla. Este es uno de los lazos que el demonio tiende á las almas que ve firmemente adheridas á la virtud. No teniendo esperanza de seducirlas, procura extraviarlas. Si él les presentase pecados que cometer, rechazarían con horror semejante pensamiento; pero las ataca por los medios contrarios, y las tienta por la misma piedad, poniendo ante sus ojos medios de perfección ficticios y no reales; medios que su mismo ardor por el bien les hace seguir precipitadamente. Como estas almas encuentran cierto encanto en tales ejercicios de piedad, el enemigo les sugiere el deseo de multiplicarlos excesivamente, y cada día consigue añadir nuevas prácticas á las antiguas. Así se dejan llevar por una multitud de devociones

más afectuosas que sólidas, se crean deberes y necesidades de cosas inútiles, y por lo tanto peligrosas; porque, si los ejercicios de una piedad ilustrada proporcionan ventajas considerables, las vanas prácticas de una piedad engañosa arrastran consigo muchos inconvenientes. Desde luego alteran la paz del alma, y turban el espíritu, tanto por la agitación de buscar continuamente nuevos medios de perfección, cuanto por los escrúpulos que envuelve el miedo de no haber hecho bastante, o no haber hecho bien, todo lo necesario para conseguirla. El deseo de salvarse no es una pasión ni una efervescencia del corazón, sino un deseo á la vez vivo y tranquilo, ardiente en su sentimiento y frío en la contemplación de sus medios. Es preciso no confundir la petulancia del carácter con la energía de la piedad. Otro de los inconvenientes de la multitud de prácticas de superrogación, es que perjudican casi siempre á las obligaciones esenciales, ya por el tiempo que consumen, ya por los afectos que absorben. Uno de los escándalos del mundo, uno de los reproches que hace á la piedad la irreligión, uno de los objetos de burla de la incredulidad, es el ver las verdaderas obligaciones, aquellas que la religión prescribe, é impone la profesión, sacrificadas á falsos deberes, á los cuales se atiende más porque se los ha impuesto uno mismo. No pudiendo imputar defecto alguno á la piedad verdadera y sólida, sus enemigos de todas clases afectan confundirla con la piedad extraviada; señalan los abusos de devoción como efectos de ella, y los extravíos condenados por la religión sirven de pretexto á su injusticia, ya para difamarla, ya para ridiculizarla. Otro de los vicios que encierra generalmente la manía de anular prácticas inútiles, es el orgullo. Este es por lo común la causa ó el efecto, y si en el principio no lo produce, lo natural es que resulte más tarde. Se emprenden vías de salvación extraordinarias, porque se desdennan las sendas conocidas ya de todos; se quiere tomar un vuelo más elevado que el de los demás, porque se cree tener mayores fuerzas para sostenerlo; ó bien, si no es este sentimiento oculto el que ha determinado comenzar la empresa, no tarda mucho en presentarse. La comparación de sí mismo con el prójimo es una idea tan natural, que con frecuencia se ocurre sin pensar en ello. Es una grande tentación para preferirse á sus hermanos, el estar persuadido de ejecutar más obras piadosas que las que ellos practican. Almas virtuosas, á quienes arrebató el ardor, tan laudable en sí mismo como fácil de extraviar, de perfeccionarse incesantemente, temed la ilusión en que puede hacerlos incurrir, temed las astucias del enemigo de la salud eterna, y temeos en fin á vosotros mismos. Sin duda proviene de Dios el deseo de perfección que experi-

mentáis; pero la idea que de ella tenéis formada, y los medios que empleáis para conseguirla, ¿es Dios quien os los sugiere? Marta habia colocado, como vosotros, su perfección en la multitud de cosas que hacia por Jesucristo; pero el divino Maestro corrigió su error. No es el hacer mucho lo que nos hace perfectos, sino el hacer bien lo que se debe. La perfección que buscáis está circunscrita al estrecho círculo de vuestras obligaciones, y allí es donde la encontraréis. El ejercicio sostenido de las virtudes, la práctica no interrumpida de los deberes, la asiduidad á las funciones prescritas, encierran todo el secreto de los santos, y los grados de virtud y santidad que alcanzaron. La práctica fiel y continua de las más pequeñas cosas obligatorias entre los disgustos y repugnancias que llevan consigo, es más meritoria que las prácticas á que vuestro gusto os inclina, y si bien tiene más dificultades, no envuelve los mismos peligros.

Pero ¿será preciso entonces, me diréis, suprimir todos los ejercicios de piedad que no procedan de un mandato? No permita Dios que caigamos en ese otro exceso. Tan contrario es á la verdadera virtud el hacerla consistir sólo en prácticas, como el excluirlas completamente de aquella. Muy lejos están también del verdadero espíritu de la religión los que quieren atenerse á la observancia estricta de los preceptos, y temen hacer más de lo que absolutamente les está mandado. El Cristianismo tiene sus preceptos y sus consejos, y no se observaran fielmente los unos sin seguir tambien algunos de los otros. Las obras de superrogación no constituyen la piedad, pero le son muy útiles y hasta necesarias. Son para la piedad lo que la corteza es para el tronco; la cubren, la defienden y contribuyen á la circulación de la savia que lo sostiene. Quidad al árbol su corteza, y pronto le veréis secarse y morir. Lo mismo sucederá á la piedad si la despojáis de sus saludables prácticas. Lo que constituye el peligro de los ejercicios piadosos no es su uso, sino su mala elección ó sus excesos. La religión reprime, no los arranques de la piedad, sino sus extravíos; no detiene los progresos de la virtud, sino que los dirige; no limita la perfección, sino que le da reglas. He aquí cuál es la templanza de sabiduría recomendada por el grande Apóstol. Esta consiste en no entregarse indiscretamente á todos los arranques de una piedad más ardiente que ilustrada. Continúa, pues, en el uso de los santos ejercicios; pero escogedlos y limitadlos. Escoged aquellos que autoriza el uso general de la Iglesia, y limitadlos á un pequeño número, que no os distraiga de vuestros deberes. No los interrumpáis sino obligados por la necesidad ó empeñados en algún bien de un orden superior, ni os permitáis multiplicarlos á medida de

vuestros deseos, sin que os muevan poderosas consideraciones. Cuando sean fijos, no turbarán la paz de vuestra alma; cuando estén limitados, no absorberán todos vuestros momentos, y cuando sean comunes, no os inspirarán orgullo. Y vosotros principalmente, los que tenéis un corazón más sensible y una imaginación más ardiente, y por lo tanto es más fácil una alucinación, desconfiad en gran manera de vuestros propios deseos; nada hagáis en este punto sin los consejos de un director prudente y sabio, que sepa soltar con tino la rienda á vuestro celo ó reprimir sus arranques. Sobre todo, en su elección es donde debéis evitar que sea el atractivo el que os arrastre. Con frecuencia se suele escoger el director espiritual, según las necesidades, sino conforme al gusto. Mientras que los cristianos relajados ó tibios buscan el confesor más fácil ó menos escrupuloso, los fieles, animados de un vivo fervor, se dirigen al más riguroso y severo. Esta misma causa produce con caracteres diferentes efectos contrarios, y obliga á unos y á otros á elegir en abierta oposición con su propia utilidad. Aquellos á quienes sería necesario excitar, buscan el director que los mantiene en la apatía, mientras que los que necesitarían ser contenidos, eligen al que excita su exaltación. Para determinar la confianza, á Dios es al que se debe consultar, no á las propias inclinaciones. En un director espiritual casi son tan temibles el exceso como el defecto de celo, y es preciso buscar á aquel en quien el celo esté prudentemente dirigido, y el talento esté también madurado por la experiencia.

En tercer lugar, el principal vicio de la pretendida perfección de los fariseos era la hipocresía. A ellos les importaba poco el ser buenos; lo que querían era parecerlo; buscaban, no el mérito delante de Dios, sino la buena fama entre los hombres; trabajaban para usurpar los respetos y los elogios, pero nada hacían para merecerlos. A muchas de sus obras, convertidas por ellos en principios de perdición, sólo faltaba un móvil más digno para ser otras tantas fuentes de gracia. Ellos creían encubrir con estos actos de piedad solemne todos los vicios á que estaban entregados y que el Salvador les echaba en cara con frecuencia. ¡Insensatos! Si lograban seducir á los hombres, ¿esperarían también engañar á Dios? Si se cree en él, ¿cómo pensar en engañarle? Y si no se cree, ¿á qué todo ese aparato de piedad tan complicado y penoso? ¿Y aun el hipócrita puede con algún fundamento esperar engañar al mundo constantemente? Cuando el mundo sospecha la hipocresía hasta donde no existe, ¿no acabara por descubrir bien pronto dónde se halla? Ved á todos los ojos que os rodean inspeccionar todos vuestros pasos, y pensad si podréis ocultar algu-

no. Observad cómo á la más pequeña debilidad, manifestada por un hombre piadoso, los libertinos se jactan con maliciosa alegría de haberle desenmascarado. ¿Y creéis que puedan tener más indulgencia para vuestros vicios? La hipocresía, odiada del cielo y despreciada de la tierra, es á la vez una extravagancia, una hajeza y un crimen.

Peró ¿será necesario manifestar abiertamente los defectos, y estará prohibido á cada uno el dejar entrever sus virtudes? De ningún modo; y respecto á este punto, distinguiremos dos estados diferentes: el de pecado y el de justicia. El pecador debe conservar la decencia, mientras que el justo está obligado á la edificación; y ni la decencia ni la edificación son la hipocresía. Importa, pues, conocer en qué se diferencian.

Sería una asección muy extraña el sentar que, porque uno es pecador, deba también ser escandaloso; porque sería tanto como pretender que cuando uno se ha hecho criminal, debe empeñarse en serlo más todavía. Hay una inmensa distancia entre ocultar los defectos que se tienen, y manifestar virtudes que no se poseen; entre la apariencia de practicar lo que se debe, y hacer en público obras á las cuales no se está obligado. El cuidado con que el vicio se oculta es un homenaje rendido á la virtud, pero es siempre una ofensa cuando aquél trata de simularla. La línea que separa la decencia de la hipocresía, es la que se encuentra entre el deber y la supererogación. Así pues, cuando uno no cumple con sus obligaciones, es menester que á lo menos lo parezca. Obrar de otro modo es añadir á la inobservancia el desprecio, al pecado el escándalo, y á su propia culpa la de aquellos que la cometen también precipitados por el ejemplo. Vosotros, los que tenéis la desgracia de vivir en el desorden, si no tenéis piedad de vuestra alma, tened siquiera compasión de las de vuestros hermanos. Si vuestra debilidad os arrastra, respetad la de vuestro prójimo, y ya que os hagáis esclavos del demonio, á lo menos no os hagáis sus ministros; y por último, si habeis perdido completamente el pudor, que impide cometer el crimen, conservad si quiera la vergüenza, que hace arrepentirse de haberlo cometido.

Harmonizando la ley que proscribía la hipocresía con la que manda la decencia, ¿cómo puede conciliarse con el precepto de la edificación? ¿Cómo puede á un mismo tiempo evitarse lo que Jesucristo echaba en cara á los fariseos, de practicar todas sus obras para ser vistos por los hombres, y ejecutar el mandato que impone á sus apóstoles, de hacer ver á las gentes y hacer brillar ante todo el mundo sus buenas obras, para que fuesen un estímulo para glorificar al Padre celestial? La hipocresía y la edificación se diferencian esencialmen-

te, tanto en la intención como en el hecho. El fariseo quería ser visto para atraerse las consideraciones y alcanzar los mejores puestos; pero el justo, al manifestar sus actos de virtud, pretende el que Dios sea glorificado. El deseo de las miradas públicas es en aquel efecto del orgullo, al paso que en éste lo es de la caridad. El uno busca allí su utilidad propia, el otro sólo busca la del prójimo; el primero no aspira más que a su propia gloria, el segundo busca la de su Criador. Cuando os sintáis inspirados para practicar una buena obra pública, examinad cuál es la causa que á ello os mueve: si es el deseo de ser alabados por los hombres, ó el de obligarlos con vuestro ejemplo á alabar á Dios. Pero este examen exige una atención profunda, porque desgraciadamente es muy fácil el forjarse ilusiones sobre este punto. El demonio presenta algunas veces á las almas vanas el pretexto de la edificación, para obligarlas á satisfacer su amor propio, al paso que otras veces detiene á las almas timoratas, sugiriéndoles el temor de obrar por orgullo. Es preciso ponerse al alcance de estas vanas sugerencias. No se obra por vanidad sino cuando se quiere. Es, pues, indispensable querer con firmeza no ser impulsado por esta causa, y desechar al mismo tiempo los pueriles temores de ceder á ella contra la voluntad; no hacer el bien para que lo vean, ni dejarlo de hacer porque haya de ser visto.

La hipocresía tiene además generalmente otro caracter, que la distingue de la edificación: este caracter es la afectación. Los fariseos llevaban sobre sus ropas, en anebas franjas, los preceptos de la ley, como un anuncio de su elevada santidad. Así vemos algunas veces á ciertos hombres hacer ostentación de su fingida piedad, cuidando de que todo el bien que hacen sea universalmente visto, afectando una severidad de principios, una regularidad de conducta y una abundancia extraordinaria de buenas obras, y creyendo darse por este medio cierta importancia en el mundo. La verdadera piedad no afecta nada, ni desea ni teme ser conocida; y ocupada exclusivamente en agradar á Dios, no busca las alabanzas de los hombres, ni se ofende por sus desprecios, ni se envanece con su estimación. Hace el bien, así en particular como en público, según se presenta la ocasión de hacerlo; se deja ver, sin tratar de ocultarse ni de mostrarse, y es exacta sin rigorismo, virtuosa sin pretensión, benéfica sin aparato, y edificante, tanto por lo que se ve de su conducta como por lo que de ella queda oculto. Esta es la verdadera justicia, opuesta á la falsa de los fariseos; justicia, hermanos míos, que, por lo que tiene de exterior, redunda en gloria de Dios nuestro Señor, confesando públicamente á Jesucristo según el precepto del Evangelio; y por lo que tie-

ne de interna y sólida, merece, según dijo Jesucristo, que Dios nuestro Señor, que penetra nuestros corazones, nos la premie con abundancia de gracias en este mundo, y con la eterna gloria en el cielo. *Amén.*

SUMISION Á LAS POTESTADES COMO PRECEPTO DE LA RELIGIÓN DE CRISTO

*Tunc ait illis, reddite ergo quae sunt
Caesari Caesari et quae sunt Dei Deo.
Entonces les dijo: pues pagad á César
lo que es de César y á Dios lo que es de
Dios.*

(S. MATEO, c. 22, v. 21.)

Los fariseos, hermanos míos, habían tentado muchas ocasiones inútilmente á Jesucristo, en materias de religión, y ahora quieren atacarle en un asunto de Estado. El pueblo judío, que, por espacio de casi un siglo, venía siendo súbdito y tributario de los romanos, consideraba su autoridad como usurpada y su yugo como ilegítimo. Creía que el tributo no era debido al Emperador, que, por su parte, le exigía exactamente. La pregunta hecha al divino Salvador, de si era lícito pagar el tributo al César llevaba, pues, la tendencia de comprometerle con uno de los dos partidos, y hacerle odioso al pueblo ó sospechoso al poder soberano.

Si decía que el tributo debe ser pagado, no podía menos de desagradar á los judíos, en cuyo caso lo presentarían como traidor á su nación. Si respondía, por el contrario, que el tributo no debía pagarse, se declaraba enemigo de los romanos, y entonces le denunciarían al momento á los representantes del Emperador como sedicioso y rebelde á su autoridad. Por un refinamiento de malicia, los fariseos envían con sus emisarios algunos sirvientes de la casa de Herodes, príncipe adicto á los romanos, de quienes había recibido el poder y por los cuales estaba sostenido. Así, pues, el Salvador iba á encon-

te, tanto en la intención como en el hecho. El fariseo quería ser visto para atraerse las consideraciones y alcanzar los mejores puestos; pero el justo, al manifestar sus actos de virtud, pretende el que Dios sea glorificado. El deseo de las miradas públicas es en aquel efecto del orgullo, al paso que en éste lo es de la caridad. El uno busca allí su utilidad propia, el otro sólo busca la del prójimo; el primero no aspira más que a su propia gloria, el segundo busca la de su Criador. Cuando os sintáis inspirados para practicar una buena obra pública, examinad cuál es la causa que á ello os mueve: si es el deseo de ser alabados por los hombres, ó el de obligarlos con vuestro ejemplo á alabar á Dios. Pero este examen exige una atención profunda, porque desgraciadamente es muy fácil el forjarse ilusiones sobre este punto. El demonio presenta algunas veces á las almas vanas el pretexto de la edificación, para obligarlas á satisfacer su amor propio, al paso que otras veces detiene á las almas timoratas, sugiriéndoles el temor de obrar por orgullo. Es preciso ponerse al alcance de estas vanas sugerencias. No se obra por vanidad sino cuando se quiere. Es, pues, indispensable querer con firmeza no ser impulsado por esta causa, y desechar al mismo tiempo los pueriles temores de ceder á ella contra la voluntad; no hacer el bien para que lo vean, ni dejarlo de hacer porque haya de ser visto.

La hipocresía tiene además generalmente otro caracter, que la distingue de la edificación: este caracter es la afectación. Los fariseos llevaban sobre sus ropas, en anebas franjas, los preceptos de la ley, como un anuncio de su elevada santidad. Así vemos algunas veces á ciertos hombres hacer ostentación de su fingida piedad, cuidando de que todo el bien que hacen sea universalmente visto, afectando una severidad de principios, una regularidad de conducta y una abundancia extraordinaria de buenas obras, y creyendo darse por este medio cierta importancia en el mundo. La verdadera piedad no afecta nada, ni desea ni teme ser conocida; y ocupada exclusivamente en agradar á Dios, no busca las alabanzas de los hombres, ni se ofende por sus desprecios, ni se envanece con su estimación. Hace el bien, así en particular como en público, según se presenta la ocasión de hacerlo; se deja ver, sin tratar de ocultarse ni de mostrarse, y es exacta sin rigorismo, virtuosa sin pretensión, benéfica sin aparato, y edificante, tanto por lo que se ve de su conducta como por lo que de ella queda oculto. Esta es la verdadera justicia, opuesta á la falsa de los fariseos; justicia, hermanos míos, que, por lo que tiene de exterior, redunda en gloria de Dios nuestro Señor, confesando públicamente á Jesucristo según el precepto del Evangelio; y por lo que tie-

ne de interna y sólida, merece, según dijo Jesucristo, que Dios nuestro Señor, que penetra nuestros corazones, nos la premie con abundancia de gracias en este mundo, y con la eterna gloria en el cielo. *Amén.*

SUMISION Á LAS POTESTADES COMO PRECEPTO DE LA RELIGIÓN DE CRISTO

*Tunc ait illis, reddite ergo quae sunt
Caesari Caesari et quae sunt Dei Deo.
Entonces les dijo: pues pagad á César
lo que es de César y á Dios lo que es de
Dios.*

(S. MATEO, c. 22, v. 21.)

Los fariseos, hermanos míos, habían tentado muchas ocasiones inútilmente á Jesucristo, en materias de religión, y ahora quieren atacarle en un asunto de Estado. El pueblo judío, que, por espacio de casi un siglo, venía siendo súbdito y tributario de los romanos, consideraba su autoridad como usurpada y su yugo como ilegítimo. Creía que el tributo no era debido al Emperador, que, por su parte, le exigía exactamente. La pregunta hecha al divino Salvador, de si era lícito pagar el tributo al César llevaba, pues, la tendencia de comprometerle con uno de los dos partidos, y hacerle odioso al pueblo ó sospechoso al poder soberano.

Si decía que el tributo debe ser pagado, no podía menos de desagradar á los judíos, en cuyo caso lo presentarían como traidor á su nación. Si respondía, por el contrario, que el tributo no debía pagarse, se declaraba enemigo de los romanos, y entonces le denunciarían al momento á los representantes del Emperador como sedicioso y rebelde á su autoridad. Por un refinamiento de malicia, los fariseos envían con sus emisarios algunos sirvientes de la casa de Herodes, príncipe adicto á los romanos, de quienes había recibido el poder y por los cuales estaba sostenido. Así, pues, el Salvador iba á encon-

trarse entre dos partidos opuestos, lo cual esperaban que redoblaría su embarazo y peligro.

También era otra astucia de los fariseos el modo con que hablaban á Jesucristo, para quitarle toda sospecha respecto á su traición. Antes de hacer su insidiosa pregunta, comienzan por alabarle.

Los fariseos, en efecto, alaban en Jesucristo dos cualidades: la de ser completamente sincero en sus instrucciones, y la de no cuidarse de las personas para nada; pero no le lisonjean sino para hacerle caer en el exceso de estas dos virtudes. Alaban la sinceridad de sus palabras, para hacerle soltar alguna que sea imprudente, y su imparcialidad, para obligarle á ofender á alguno de los poderes. No pudiendo descubrir en él ningún vicio, quieren hacerle caer en falta por sus mismas virtudes; pero el desconcierta su nueva astucia, como la desconcertó las demás.

El Salvador, antes de responder á la pregunta de los fariseos, contesta á sus alabanzas. Su respuesta consiste en decir que no deja de merecerlas; que conoce los proyectos que sus corazones han concebido, las deliberaciones que han tomado, y el lazo que le ha tendido su odio. Antes de confundirlos, les arranca la máscara, y para hacer abortar su maldad, la pone de manifiesto. Ellos debieron comprender desde aquel instante que les sería imposible alcanzar lo que en sus criminales designios proyectaban.

Si Jesucristo les hubiese probado en un largo discurso los derechos de los poderes y los títulos que tenían los romanos, por la conquista y la posesión, á la soberanía de la Judea, hubieran sido sus palabras maliciosamente interpretadas. Pero acaba la cuestión de una manera más breve, y se hace presentar la moneda con que se pagaba el tributo. Y pregunta: ¿de quién es esta inscripción ó imagen? y al responder los fariseos, que era del César, les contesta Jesucristo: *¿Dad pues al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.*

Si la respuesta de Jesucristo no encierra todo lo que los fariseos esperaban hacerle decir, va, por otra parte, mucho más lejos que lo que ellos mismos hubieran deseado. El hace de la sumisión á los poderes supremos un precepto de su religión, sanciona la autoridad de éstos con la suya, y ordena darles, por regla general y sin excepción alguna, todo lo que les es debido, del mismo modo que hay obligación de dar á Dios todo lo que le pertenece. He aquí, hermanos míos, lo que vamos á exponer, con el auxilio de la divina gracia. *Ave María.*

Hace pocos años, hermanos míos, que no era preciso esforzarse en practicar esta máxima. La sumisión á la autoridad y la adhesión á sus

mandatos eran virtudes de que todo el mundo hacía gala. En ello fundaban los hombres su honor, y hasta se ofendían de que se sospechase que no abrigaban estas ideas. Los ministros evangélicos, en sus discursos, exhortaban con frecuencia á sus oyentes á que fuesen tan fieles á Dios como lo eran á su rey. Pero la irreligión vino á destruir lo poco que nos quedaba de estas virtudes. Comprendiendo los incrédulos el apoyo recíproco que se prestaban la autoridad civil y la religiosa, se han esforzado en sublevar contra la religión las naciones y sus soberanos. Acumulando sin pudor contra ella las acusaciones más contradictorias, han dicho unas veces que la religión no era más que el fruto del interés de la política de los reyes, y otras que ella es su más poderoso enemigo. Lisonjeando alternativamente á los monarcas y á los pueblos, hablan á las pasiones opuestas de unos y de otros en un lenguaje muy diferente. Presentan á los reyes los abusos que en diversos siglos han podido hacer de la religión hombres facciosos ó fanáticos, y atribuyéndolos á la religión misma, los multiplican y exageran; dicen á los pueblos que las máximas del Cristianismo, ordenando una sumisión absoluta, les imponen un yugo de hierro y autorizan todos los excesos de la dominación más vejatoria. Así pintan la Iglesia de Jesucristo, á los reyes como un poder rival, á los pueblos como un poder tiránico, y la denuncian á los unos como excitadora de revueltas, y á los otros como favorecedora del despotismo.

Todas estas acusaciones son igualmente injustas y absurdas. No otros desaprobamos, condenamos y entregamos á las penas que por su crimen merecen á los ministros ambiciosos ó fanáticos, enemigos del Estado y de la religión, cuya criminal audacia haya abusado ó abuse de la una para trastornar el otro. ¿Con qué justicia se pretende imputar á la religión máximas que ella reprobaba, y hacerla responsable de los excesos que por ella misma están condenados? El Evangelio, he aquí nuestra ley; los santos, he aquí nuestros modelos. Estudiad, pues, el Evangelio; contemplad los ejemplos de los santos; y atreved á decirnos después que la religión crea un poder rival del poder soberano.

Cuando os vengan á decir los incrédulos que nuestra religión favorece al despotismo, preguntadlos dónde existe el despotismo. Recorred todas las regiones del universo, y sólo lo hallaréis establecido entre las naciones que tienen la desgracia de no conocer la ley suave y benéfica de Jesús. Allí es donde existe en principio y donde reina legalmente. En las dichosas comarcas que el Cristianismo tiene bajo el amparo de su ley, el despotismo no se conoce, y no por eso

el poder soberano deja de tener mayor firmeza. La autoridad es completamente obedecida, porque es moderada, y la sumisión es absoluta, porque es hija de la voluntad. Un solo precepto de nuestra santa ley concilia todos los intereses al parecer encontrados. Este gran precepto es el que nos sujeta á los príncipes, por la misma causa que nos tiene sometidos á Dios; precepto que, según la expresión de Bossuet, coloca el trono de los reyes en la conciencia, que es donde Dios tiene el suyo. *Señ sumisos, no sólo por temor, sino por conciencia.*

¡Gracias por siempre sean dadas al Salvador divino! Hasta su advenimiento, los pueblos no habían estado sujetos á sus reyes sino por el temor, y los reyes, por su parte, temían sin cesar ver roto tan terrible lazo. Sospechas mutuas y reciprocos temores atormentaban sin cesar al monarca y á sus súbditos, y eran fuentes continuas, tan pronto de vejaciones como de revueltas. Pero Jesucristo, haciendo de la obediencia un poder religioso, restableció la confianza entre la autoridad y la sumisión, disipando los celos de la una y desterrando las inquietudes de la otra. La conciencia ha hecho la sumisión absoluta, la seguridad hizo la autoridad moderada. Así, pues, mantuvo á aquella por el deber en la dependencia, y á ésta, por el interés, en la justicia, siendo la felicidad de las des el fruto de su admirable máxima: *No sólo por temor, sino por conciencia.* ¡Cuán superior es la obediencia del cristiano á la de todos los demás pueblos! Como ella no proviene del temor, siempre es respetuosa, pero nunca servil. Como no tiene por fundamento el interés, es lisonjera para el señor, sin envilecer al súbdito. La sumisión del cristiano, independiente de los favores y superior á las desgracias, por pasiva que sea, lleva siempre el noble carácter de la libertad.

Jesucristo coloca á una misma altura la obligación de dar lo que se debe á Dios y al César, porque, en su religión, la autoridad del César emana directamente de la autoridad divina. No hay más poder, dice el Apóstol, que el que proviene de Dios, y todos los que existen han sido ordenados por él. Escuchad ¡oh pueblos! con particular atención este grande y saludable principio; grábase profundamente en vuestra memoria y produzca en vuestro corazón una impresión duradera. El será el fundamento de vuestra tranquilidad y la garantía de vuestra ventura. ¡Ah! ¡cuan útil es y con qué miras tan profundas se ha establecido, para el sostenimiento de las sociedades, esta máxima eminentemente cristiana, que somete á los súbditos á la autoridad bajo la cual han nacido.

Vosotros descubris, sin duda, en las constituciones que os rigen, algunas imperfecciones, y no tenéis en cuenta que son obras huma-

nas; advertiréis en vuestros gobiernos algunos abusos, y no consideraréis que son hombres los que administran. Pero estas instituciones, con los defectos y los abusos que los hombres han llevado á ellas, son todavía, en cuanto representan la autoridad, instituciones divinas. Dios, ordenador de los imperios, os declara que, por motivos y resortes que no le place darnos á conocer, su subditaria suprema los ha ordenado en la forma en que se hallan. ¿Crecían acaso de inconvenientes los gobiernos de esos monstruos que, destruyéndose unos á otros, se arrancaban sucesivamente las riendas del imperio romano, y, después de hañar en sangre su usurpado trono, concluían por regarlo con la suya? Y sin embargo, ved qué sumisión tan absoluta, tan constante y tan inalterable les guardaban nuestros antecesores en la fe. Fieles á Nerón y á Domiciano, cuyo furor los arrastraba al suplicio, tanto como á Constantino y á Teodosio, cuya piedad los colmaba de favores, recibían con la misma resignación los señores, humanos ó crueles, que les enviaba la Providencia, y reverenciando en ellos al Dios que los hacía ministros de su misericordia ó de su colera, ya perecieran en los combates, por su servicio, ya en los patibulos, por sus órdenes.

Incrédulos, presentaos ahora, y venid á decirnos qué es lo que vosotros sustituis á este fundamento que la religión da á los gobiernos. ¿Qué ofrecéis en lugar de esa conciencia, de que prescindís, y de ese Dios, á quien aniquiláis? Nos hablais de un contrato entre el Soberano y sus súbditos; contrato que no existe casi en ningún estado; contrato obscuro, cuyas cláusulas inciertas son muchas veces interpretadas por la mala fe, con más frecuencia aun eludidas por el fraude ó infringidas por la violencia, y constantemente ejecutadas al gusto del más fuerte. Y, aun admitiendo la realidad de nuestro contrato, la religión es todavía necesaria para su ejecución; ella sola puede dar á todos los partidos razones eficaces sobre todos los hombres, poderosas sobre todos los tiempos y oportunas en todas las circunstancias.

Los hechos vendrán también á confirmar aquí nuestros juicios. La religión había establecido y sostenido entre nosotros aquel antiguo respeto hacia la majestad del Monarca, que es la más firme defensa de la autoridad, que eleva una barrera en el pensamiento, que sofoca las resistencias en su origen, y no las deja siquiera concebir. Este fué el efecto de esas leyes benéficas, que colocan nuestros deberes para con los reyes al lado de los que tenemos para con Dios. ¡Oh jóvenes! preguntad á los ancianos; ellos os dirán cuál era en su juventud la impresión mezclada de amor y respeto, que difundía por todas

partes el nombre del Soberano. Un pueblo inmenso, un pueblo á quien el no conocia y de quien era desconocido, recibia sus ordenes con el silencio de la sumisión y las ejecutaba con la prontitud del celo. Hubo tiempos dichosos, en que esta nación, tan diferente hoy de sí misma, contemplando con respeto la distancia que la separaba del trono, ni aun se atrevia siquiera á medirla. Entonces se osaba apenas levantar los ojos hacia el objeto á quien se debía la obediencia; no entraba en la imaginación el deseo de examinar sus leyes, de discutir su modo de administrar ni de poner en tela de juicio sus mandatos. Si alguna vez se levantaban murmullos, eran considerados como indiscreciones, y las censuras, como crímenes. En aquellos hermosos dias de tranquilidad, de prosperidad, de ventura y de gloria para nuestra nación, mientras que la religión fué reverenciada, la autoridad lo fué también, como ella y por ella. En una misma época comenzaron los ataques contra la una y contra la otra. Los progresos de la incredulidad y de la insubordinación marchan constantemente al mismo paso. Las dudas sobre la religión y sobre la autoridad, sembradas al mismo tiempo por una mano misma, germinaron y se levantaron con igual rapidez, y desde el punto en que los hombres se atrevieron á citar á Dios ante su tribunal, bien pronto fueron en el juzgado los reyes.

No quiero, con recuerdos enojosos, agravar vuestro justo dolor. Pero nosotros no debemos disimular nuestras faltas ni cerrar los ojos á nuestros errores. Acaso algún dia se nos concederá la gracia, de poder repararlos. Comencemos, pues, por reconocerlos y sentirlos, y volvamos á los principios sagrados y preciosos de la sumisión, que nos habian transmitido nuestros padres, y de que no nos hemos podido separar sin hacernos culpables y desgraciados.

Fijemos nuestra consideración en los beneficios que el Cristianismo reporta á la autoridad soberana y á las naciones que ella rige. El no se contenta con poner al poder soberano fuera de los tiros de la insubordinación, sino que también lo preserva de sus propios excesos. La irreligión no puede dar á los reyes más que enemigos que los combatan; la religión les da un señor, que vendrá á sentarse en medio de ellos para juzgarlos. La irreligión los expone sin cesar á los atentados de las revoluciones; la religión los somete constantemente á los equitativos decretos del que juzga las justicias. La irreligión no sabe ni puede remediar los abusos de la autoridad, sino por los abusos, mucho más funestos, de la insurrección; la religión los previene por la vigilancia, siempre activa, del que ha dado á los reyes su poder, y cual les declara que los castigara de un modo rigoroso. El

abuso de la autoridad no es un motivo para sublevarse contra ella; pero, real ó imaginario, este abuso es siempre el pretexto. La ley divina, que quita á las sublevaciones toda razón más ó menos fundada, por la sumisión que prescribe, todo interés, por los intereses superiores que representa, y todo deseo, por los sentimientos que inspira; la ley divina, repito, les quita también todo pretexto, por los grandes deberes que impone á los soberanos. ¡Oh pueblos! no murmuréis contra el precepto que os contiene en la obediencia. El es la salvaguardia de vuestra felicidad. ¡Oh reyes! no os quejéis de la omnipotente autoridad que pesa sobre vosotros, y de sus mandatos severos; ella consolida vuestro poder, por la obligación que os impone de moderar su ejercicio; ella lo hace estable y lo hará benéfico.

Y nosotros, víctimas de nuestras propias faltas, dejemos de forjarnos ilusiones sobre la causa de nuestros males. Estos no provienen solamente de los vicios de las instituciones, ni de los abusos de los gobiernos, ni de los errores de la administración, ni de las faltas de los soberanos, ni de la altanería de los grandes, ni de las depredaciones, rapiñas y vejaciones de los agentes de la autoridad; todo esto no es lo que desencadena las revoluciones, derriba los tronos, trastorna los imperios y precipita desde la cumbre de la prosperidad al fondo del infortunio á los grandes y á los pequeños, á los señores y á los súbditos, á los reyes y á las naciones; es el Señor del universo, irritado por los crímenes de una nación, el que quiere mostrar á todas las demás un ejemplo terrible de su justicia, permitiéndoles los excesos de los grandes y la insurrección de los pueblos, é hiriendo á todos con un mismo golpe. El no hace más que retirar su mano, dueña del orden; y todo lo que ella sostenia, desconcertándose a un mismo tiempo, cae en la confusión y en el caos. Hablemos ahora sin metáforas: la Providencia se sirve de la insubordinación de los pueblos, para castigar sus vicios. El sentimiento de independencia y de ambición, que corrompió al género humano en su cuna, y cansó todos los males que sufre todavía la humanidad, es el mismo que pierde á las naciones y las sumerge en su ruina. Gran Dios! ¿Continuaréis los males, que atrajo sobre nosotros el desvío de los principios de religión y se prolongaran en las generaciones futuras, y las perseguiréis por los extravíos de la nuestra? ¡Oh Dios de bondad, apartad de nuestro pueblo esa desgracia, la más terrible de todas! Dirigid vuestros ojos misericordiosos á este reino, en que otras veces fuisteis tan honrado. Hartos castigos se han acumulado ya sobre nuestras cabezas. En nosotros está el merecer de nuevo la misericordia divina, volviendo hacia ella. No esperemos que cesen nuestros males,

mientras no hagamos cesar sus causas. Para pedir esto con buen éxito, hagámonos dignos de alcanzarlo, y conquistemos el derecho de ser oídos por medio de una conversión sincera y perfecta. *Amén.*

NADIE PUEDE SERVIR Á DOS SEÑORES

VALERE FLAMMAM
VERITATIS



*Nemo potest duobus dominis servire.
Nadie puede servir á dos señores.*

(MATHEO, c. 4, v. 22.)

Esta máxima, hermanos míos, es una de las que más sublevan el espíritu de independencia, y, sin embargo, es una de las más importantes de la Religión, é impresiona cada vez con más fuerza á medida que se la va examinando. Cuando se medita en ella profundamente, se halla todo el fondo, y, por decirlo así, toda la substancia de la moral del Cristianismo. Dios quiere ser servido exclusivamente; este precepto repugna á la razón y subleva la concupiscencia. ¿No es permitido, por nuestra Religión, se dice, servir á ningún hombre? ¡Ah! hermanos míos, el servicio de Dios no exige que sacudamos el yugo de todas las demás dependencias. Lo que implica este precepto de Jesucristo y lo que nos enseña el Evangelio, es que Dios debe ser el objeto principal de nuestro afecto y obediencia, subordinando á su servicio todos los demás. He aquí la idea que vengo á exponer, mas antes pidamos la gracia. *Ave María.*

No son sin duda, hermanos míos, los designios de la Providencia respecto á nosotros, aislarnos absolutamente de la sociedad. Al colocarnos en el mundo, ha querido que vivamos en él. La separación absoluta del mundo es una gracia particular, y no un don general; una vocación extraordinaria; y no un destino común; una vía por donde pocos son conducidos y donde no todos pueden entrar; es una excepción, no una ley. El hombre ha sido creado para vivir en so-

ciudad; él lo conoce por el deseo que á ello le inclina, atrayéndole hacia sus semejantes; y la religión, en vez de combatir este sentimiento de la naturaleza, lo fortifica y consagra. Ella estrecha todos los vínculos que unen á los hombres entre sí, tanto por el lazo exterior de un culto común, como por el interior de una caridad mutua. Siendo el orden de la Providencia que vivamos en sociedad, ella nos impone por este mismo hecho la obligación de cumplir con todos nuestros deberes sociales. La sociedad no se sostiene sino por la sumisión á los legítimos superiores, y esta sumisión constituye una parte esencial de los preceptos divinos. Aun cuando no leyésemos en las Sagradas Escrituras el mandato expreso de obedecer á las autoridades del orden temporal, deberíamos, sin embargo, estar convencidos de que el tal precepto emana de Dios. Pero oigamos ahora cómo esta ley santa, protectora del orden social, nos prescribe todas las subordinaciones que la sostienen: «Mujeres, dice, estad sometidas á vuestros esposos, como conviene, en el Señor. Hijos, obedeced á vuestros padres en todo, porque esto es agradable á Dios. Sirvientes, obedeced en todo á vuestros señores según la carne, sirviéndoles, no porque os miren, como si no pensaseis en otra cosa que en agradar á los hombres, sino con la sencillez de vuestro corazón y con temor de Dios. Subditos, en todas las clases, sujetaos á los que están destinados á regirlos, porque de Dios es de quien dimanan todos los poderes y dignidades; someteos, pues, á ellos, no solo por temor, sino por conciencia. Así el servicio de nuestros señores temporales, lejos de contrariar el servicio exclusivo que debemos á Dios, es una parte esencial de él, y haciendo lo que nos mandan, cumplimos la ley en lugar de infringirla. El soldado sirve á su soberano obedeciendo á los jefes que le ha impuesto, y el cristiano sirve á su Dios sometándose á los señores que él le ha dado.

Después de haber expuesto en lo que no consiste el servir á Dios única y exclusivamente, examinemos ahora en lo que consiste. Nos encontramos desde luego con dos obligaciones principales: la primera es, que el servicio de Dios ha de ser nuestro primero y principal objeto; que cualquiera otro servicio ha de estar subordinado á éste, y nosotros dispuestos á hacer por él toda clase de sacrificios. La segunda es, que relacionemos con el servicio de Dios todos los demás, y que éstos los prestemos en su nombre, por obedecerle y para agradarle. Dios es nuestro Señor; luego su servicio es nuestro primero y principal deber. Dios es, propiamente hablando, nuestro único y verdadero Señor; así, pues, todos los servicios que hagamos deben ser emanaciones del suyo, y tener á éste por principio y por objeto. Desenvolvamos estas dos verdades esenciales.

No se necesita un grande esfuerzo de la razón para comprender teóricamente, que consistiendo nuestro más precioso interés en agradar a Dios, nuestra ocupación principal debe ser la de obedecerle; pero se necesita un esfuerzo mucho mayor de virtud para seguir en la práctica todas las consecuencias de este principio. Solo aquel que hubiese sacudido enteramente el yugo de la religión, se atrevería a decir: El Señor no me vera, el Dios de Jacob no conocerá mis acciones. Pero hay un error mucho más común en el seno de la Iglesia, error que se suele hallar hasta en las personas que parecen timoratas por su exterior, y cuyo ejemplo es, por lo tanto, más contagioso, el cual consiste en querer amalgamar el servicio de Dios con el servicio del mundo. Muchos tienen la pretensión de llenar todos los deberes que Dios impone, queriendo gozar al mismo tiempo de todos los placeres con que el mundo convida. Creen penetrarse interiormente del espíritu de Dios y llevar a la sociedad el espíritu del mundo, y en esta alternativa, pasar continuamente de los templos a los espectáculos, y de la predicación a las diversiones. Tan pronto piadosos, como libertinos, según el lugar donde se encuentran, pronuncian con los mismos labios oraciones en la iglesia y palabras licenciosas en las reuniones donde asisten. Caritativos ó malvados, según las personas de que se ocupan, reparten por un lado limosnas y por otro maledicencias: Quieren atribuirse delante de Dios el mérito de una devoción exacta, y adquirir en el mundo la reputación de una virtud indulgente. Se hace, en fin, de una manera estricta todo lo que se cree necesario para no desagradar a Dios, y se practica enteramente todo lo que se juzga á propósito para agradar al mundo. ¡Cuántas piedades de este género no vemos todos los días entre nosotros! Y aun sin necesidad de dirigir al prójimo maliciosas miradas, ¡cuántos reproches nos podríamos hacer á nosotros mismos en esta material! ¡Cuántas veces hemos antepuesto el atractivo del placer al llamamiento de la desgracia, el deseo de parecer amables en el mundo al de ser amados por Dios, y el temor de los juicios humanos al de los juicios divinos!

Esta disposición funesta es la que Jesucristo combate: *Nadie puede servir á dos señores.* Y observemos que la razón que da para ello es la imposibilidad de amarlos á entrambos. Dios quiere ser servido por amor, y el nuestro es una parte esencial, y aun la principal, puede decirse, de su culto. El que no ama á Dios, no le sirve, ni es tenerle un verdadero amor el amar á otro objeto al mismo tiempo que á él. Diremos más: es imposible amar á otro objeto igualmente. La naturaleza de nuestro corazón no permite el mantenerse en un perfecto

equilibrio entre dos afectos poderosos. Necesariamente ha de dar á uno la preferencia, y por lo mismo habrá siempre una predilección por uno de ellos. Esta verdad se hace todavía más evidente si los dos objetos que se pretenden amar en el mismo grado son opuestos entre sí. Nosotros, así como no podemos tener como verdad dos aserciones enteramente contrarias, no podemos servir con la misma fidelidad á dos señores que nos impongan deberes incompatibles. No, no hay ilusión más absurda y fatal á un mismo tiempo, que la de pretender dividirse entre lo que Dios manda y lo que exige el mundo, tratando de hacer una mezcla de abnegación y de avaricia, de mortificación y sensualidad, de humildad y soberbia. Nosotros no podemos tener más que un Dios, y es preciso elegir entre el Dios del Evangelio y el idolo del mundo. Aquel que entre los dos sea el preferido, ése será verdaderamente nuestro Dios.

Sin embargo, no se crea por esto que todos los afectos terrenales nos estén prohibidos: el amor al prójimo nos está expresamente mandado, y los sentimientos que inspira la sangre y la amistad, lejos de prohibirnoslos, nos están recomendados de una manera positiva. El amor consagrado á una criatura no es culpable en sí mismo, pero llega á serlo cuando rivaliza con el que se debe al Creador. Dios quiere ser amado sobre todas las cosas, y en ésta, por desgracia, es muy común y frecuente el equivocarse. Inclinados como somos á juzgar favorablemente de nosotros mismos, creemos con frecuencia nuestro amor hacia Dios muy ardiente, cuando es en extremo tibio, y nuestro amor hacia el mundo muy debil, cuando es en realidad muy vivo y enérgico. Nosotros creemos experimentar lo que tenemos por justo; nuestra inteligencia engaña á nuestro corazón, y tomamos nuestras convicciones por sentimientos; pero hay dos medios para salir de este error y asegurarnos de cuál es el amor que en nosotros domina. El primer medio consiste en juzgar de él por sus efectos. Veamos, en primer lugar, cual es el que triunfa en caso de conflicto; por ejemplo, cuando luchan entre sí el interés de agradar á Dios y el de complacer al mundo. ¡Ay, cuántos hombres, en esta delicada prueba, vendrían á comprender que no es Dios el que ocupa el lugar principal en sus corazones! El segundo medio es considerar si nos hallamos dispuestos á hacer á Dios el sacrificio de nuestras más tiernas afecciones, en el caso de que así lo exigiese. Este sacrificio no es siempre necesario en el hecho, pero sí en la voluntad, y nosotros estamos obligados á realizarlo cuando los objetos de nuestro cariño nos apartan del servicio de Dios. «Arranca, nos dice, tu pie, tu mano y tu ojo, si ellos fuesen en tí causas de pecado.»

Estas máximas sobre el servicio respectivo de Dios y de los hombres, son á la vez el fundamento y el límite de nuestra sumisión á las autoridades de la tierra. Nosotros estamos sujetos á sus órdenes, en cuanto éstas no sean contrarias á las de Dios; pero desde el momento en que éstas se opongan á la ley divina, en el mismo punto concluyen su poder y nuestra obediencia. Igualmente sometidos á ellos en todo lo demás, debemos oponer á sus mandatos irreligiosos, no la insurrección, sino la resistencia pasiva; no la rebelión, sino el martirio. Soberanos del mundo, vosotros, á quienes la Sagrada Escritura llama los dioses de la tierra, y en quienes reverenciamos las imágenes y los ministros del Dios del cielo, no seáis celosos de la preferencia que damos al Supremo Señor, que también es el vuestro. El mismo interés bien comprendido de vuestra autoridad exige que la subordinemos á la de Dios. Si, vosotros debéis tener un interés más grande en mantener entre vuestros pueblos la sumisión á la ley divina, que en hacerlos obedecer contra esta ley, que es vuestra protectora. El que tenga valor para desoñederos por conservar su fe, os da en esto una prueba de que en todo lo demás será vuestro más humilde súbdito. Su resistencia es para vosotros una garantía de su fidelidad. Por el contrario, ¿qué podéis esperar de aquel á quien hubiereis hecho abandonar su religión? El que os sacrifica su Dios, estará muy pronto á sacrificaros, como tenga en ello un interés. Desde luego que lo hayáis familiarizado con la traición, una traición más le costará bien poco trabajo. Respetad ¡oh reyes! el más sólido fundamento de vuestros tronos, que es la conciencia de vuestros súbditos; y para que permanezcan fieles á vuestra autoridad, desead que lo sean siempre á la de que ella emana.

No solamente debe ser Dios el objeto principal que domine nuestro afecto y nuestra obediencia, sino que también debe ser el móvil que les impulse y el término á que se dirijan. No sólo deben estar subordinados á su servicio todos los demás, sino que también debemos relacionarlos con él. Esta referencia de todas nuestras acciones á Dios es, en su ley, no un simple consejo, sino un mandato. No es esto decir que en cada una de nuestras acciones estemos materialmente obligados á pensar en Dios para ofrecérsela; porque una atención tan continuamente sostenida no cabe en la naturaleza humana, y por consiguiente, Dios no la exige. Sin embargo, esperamos gozar algún día de esta contemplación perpetua de nuestro Dios, y ella será la recompensa de nuestros trabajos, cuando, reunidos con él en la mansión divina, podamos mirarle cara á cara, sin que nada venga ya á distraernos de la felicidad de contemplarle. Pero en esta triste vida, nues-

tro espíritu, cargado con el peso enorme de un cuerpo que le humilla sin cesar hacia la tierra, no puede sostenerse constantemente á la altura de las meditaciones celestiales. La gracia suele elevarle por intervalos, pero su debilidad le hace siempre recaer. Las inspiraciones religiosas le acarrea de nuevo, pero los objetos mundanos le distraen y apartan. En estas continuas alternativas, que nosotros no somos dueños de impedir, porque son propias de nuestra actual naturaleza, no podemos referir á Dios formalmente y en particular cada una de nuestras acciones, pero sí podemos hacerlo en todas en general. Nos es imposible repetir á cada instante los actos de nuestra ofrenda, pero podemos recordarlos frecuentemente. Este no será nunca un ejercicio continuo y sin cesar renovado, pero puede y debe ser un estado habitual y una disposición permanente de nuestro espíritu. En este punto puede ser una práctica saludable el ofrecer á Dios, al principio de cada día, los actos que debemos ejecutar hasta el siguiente.

No podéis servir á Dios y á las riquezas. Después de haber sentido el principio general de que es imposible estar al mismo tiempo al servicio de dos señores, Jesucristo hace su aplicación á un señor particular, que es el amor á las riquezas. Entre las afecciones humanas, la de las riquezas es por sí misma una de las más peligrosas, y acaso la más común de todas ellas. El deseo del oro va constantemente unido á todas las demás pasiones, por la necesidad que de él tienen para satisfacerse. Con el oro paga sus placeres el libertinaje, la ambición trama sus intrigas, la vanidad ostenta su lujo, y aplaca su voracidad la intemperancia. La ardiente sed de las riquezas es común al avaro y al disipador, por pasión en el uno, por necesidad en el otro; pero en ambos este vicio aparta los bienes de la tierra del objeto á que la Providencia los tiene destinados, por lo cual es más abominable. Ya se deseen acumular para guardarlas, ya para gastarlas con mano pródiga, desde el punto en que se buscan con avidez las riquezas, haciéndolas el objeto principal, Dios deja de serlo. Para consagrarse á su servicio, se abandona necesariamente el servicio de Dios.

Dos consideraciones poderosas deben apartarnos de esta afición tan indigna de un cristiano: la inutilidad de las riquezas y sus peligros.

Si, como dice Jesucristo, no hay más que una cosa necesaria, todo lo que no conduzca á ella no merece ocupar nuestra atención. ¿Cuál es, en efecto, el resultado de todos esos bienes, por los cuales suspiramos? Después de haber gozado de ellos durante algún tiempo, ¿qué es lo que nos queda? Todo lo que en el mundo poseemos lo he-

mos de abandonar algún día, porque la muerte nos despojará de ello. Desnudos salimos del vientre de nuestra madre, y desnudos volveremos a la tierra. Los tesoros que hayamos acumulado, no nos los podremos llevar, ni hajaran con nosotros a la tumba. Los dejaremos suspendidos sobre la fosa en que nos hundiremos, y otros vendrán a tomarlos y se hundirán a su vez. Y ¿quién puede estar seguro de que su fortuna esperará a la muerte para abandonarle? ¿Cuántos no son los diversos accidentes que a cada instante le pueden privar de ella! Ved cómo las riquezas, en una movilidad continua, no hacen más que pasar de mano en mano. Esta perpetua circulación, que hace que todo el mundo las espere, es lo que precisamente debería hacernos despreciarlas. ¿Cómo puede cifrarse la felicidad en goces tan inciertos y precarios, que su posesión de un momento no nos puede garantizar la del momento siguiente? Los únicos tesoros imperecederos son los de la virtud, cuyo depósito, único inviolable, se halla en el cielo. Allí es donde nos dice el Salvador que es preciso acumular. Allí nuestro tesoro no corre el riesgo de enmohecerse ni de ser robado por ladrones. Allí lo encontramos todo entero, mientras los demás tesoros serán disipados por nosotros.

¿Y pluguiese a Dios que las riquezas no fuesen más que inútiles! ¿Quién de nosotros ignora el terrible oráculo salido de la boca del Salvador sobre la extrema dificultad de la salvación de los ricos? Su intención no era sin duda que lo comprendiésemos literalmente. No, la salvación de un rico no es imposible, y hasta las mismas riquezas pueden ser un medio para alcanzarla. El uso que se haga de ellas es lo que constituye el vicio ó el mérito. Lo que Jesucristo condena formalmente es lo que es incompatible con la profesión cristiana, la sed de riquezas y el apego inmoderado que a ellas se tiene. No es la pobreza lo que él prescribe, sino el espíritu de pobreza. El rico puede muy bien santificarse apartando de ellas su corazón, y el pobre puede perderse por lo inmoderado de sus deseos. Pero si la abundancia puede ser un medio de salvación, no puede negarse que casi siempre es un obstáculo. Con ella las disipaciones se multiplican, las ocasiones son más seductoras, más ardientes los gustos, las pasiones más animadas y las tentaciones más fuertes. A cada paso se encuentran atractivos que incitan á pecar, corruptores que preparan lo necesario y aduladores que justifican la culpa. Salomón, á quien la riqueza no había corrompido, espantado de los peligros que rodeaban su esplendor por todas partes, pedía al Señor que le colocase en el estado feliz en el que es más fácil la práctica de las virtudes; en esa medianía en que no se corren los riesgos de la opulencia ni de la miseria, y don-

de no se está expuesto a la tentación de desconocer á Dios ni de murmurar de él. ¡Oh ricos, no desesperéis, y elevando los ojos al cielo, contemplad los santos que han subido á él por el uso cristiano de su fortuna; pero penetraos, al mismo tiempo, de un saludable temor, al volver hacia el infierno vuestras miradas y al considerar la multitud, mucho más numerosa, que han sepultado en él las riquezas! Esforzaos siempre, hermanos míos, con la divina gracia en apartar vuestro corazón y afecto de las riquezas y bienes de la tierra, á fin de que no sean un obstáculo, sino antes bien un medio para santificaros, y así, obtener vuestra eterna salvación. Amén.

CONFIANZA EN LA DIVINA PROVIDENCIA

Quarto primus regnum Dei, et justitiam ejus, et hoc omnia adjicientur vobis.
Buscad primero el reino de Dios, y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.

(S. MATHEO, c. 6, v. 33.)

Jesucristo, hermanos míos, á fin de apartar á las turbas que le escuchaban del cuidado excesivo respecto á las cosas materiales, y para que confiaran en la Providencia divina, les propuso esta admirable doctrina: *Por tanto, os digo, no andéis afanados para vuestra alma, qué comeréis, ni para vuestro cuerpo, qué vestiréis. ¿No es más el alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni siegan en trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta. Pues ¿no sois vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros, discurriendo, puede añadir un codo á su estatura? ¿Y por qué andáis preocupados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo; no trabajan ni hilan. Ditgos, pues, que ni Salomón, en toda su gloria, fué cubierto como uno de estos. Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe? No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, ó*

qué deberemos, ó con qué nos cubriremos? Porque los gentiles se afanan por estas cosas, y nuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas ellas. Estas palabras del Salvador encierran una prohibición y un mandamiento: proscriben el tomarse un excesivo interés é inquietud por las necesidades temporales, y ordenan la confianza en la Providencia. Esto es lo que vamos a considerar. *Ave María.*

No se crea, hermanos míos, que Jesucristo nos trate de impedir toda clase de cuidados por las cosas que son indispensables para la vida, ni toda ocupación para proporcionárnoslas. Entre el hombre, a quien Dios ha creado a su imagen, a quien ha dotado de un espíritu inteligente y de una voluntad libre, y los seres físicos que componen la naturaleza, hay una diferencia esencial. Todos esos seres, desprovistos de razón, reciben pasivamente de la Divinidad la conservación que son incapaces de darse a sí mismos, y élla los mantiene en su estado, por medio de las leyes físicas que les ha impuesto, sin que ellos, por su parte, tengan que contribuir en nada. En cuanto al hombre, quiere que este coopere a su conservación, y uniendo a su alma un cuerpo material, le ha encargado de la obligación de subvenir a sus necesidades materiales mientras que su sabiduría no dispone libertarle de él. Le ha hecho soberano de la tierra y de todo lo que ésta contiene, para que, por medio de su laboriosidad y cuidados continuos, saque de ella para satisfacer todas las necesidades de la vida. Estos cuidados, lejos de ser opuestos a la ley divina, tienen con élla una justa conformidad; entran en las miras de la Providencia, y son los medios de que se vale para conservarnos. Prescindir de ellos completamente sería un mal, así como el tenerlos es un deber; deber a un mismo tiempo de sumisión a la ley que nos los prescribe, y de resignación a las penalidades que nos ha acarreado la primera culpa.

Pero si la ley divina nos recomienda el cuidado de nuestra conservación, también nos prohíbe ese otro cuidado de inquietud y agitación violenta, que trae consigo la ocupación continua en las cosas materiales, absorbiendo en ellas todo nuestro ser y apartándonos de nuestra ocupación primera y más esencial, que es la salvación de nuestras almas. A este vicio tan peligroso, y sin embargo tan común, opone Jesucristo la confianza en la Providencia, que vela por nuestras necesidades, y esta confianza encierra diferentes deberes.

El primero es el reconocer que sólo de Dios emanan todos los bienes, así temporales como espirituales. El es quien distribuye, según las miras de su sabiduría, el rocío del cielo y la substancia de la

tierra. Por donde quiera que se mire, nosotros no poseemos cosa alguna que no la hayamos recibido de El. La consecuencia que deduce el grande Apóstol de este principio es, que no debemos vanagloriarnos de ninguno de nuestros bienes, como si no lo hubiésemos recibido de la divina munificencia.

Del principio que establece que todos nuestros bienes emanan de Dios, resulta un segundo deber, y éste es el de emplearlos conforme a su voluntad. No hay uno solo de sus dones que no pueda hacerse útil al engrandecimiento de la religión, al beneficio de la Iglesia y al bien espiritual ó temporal de nuestros hermanos. Siendo una obligación el hacer que todos contribuyan a estos objetos, seremos culpables, tanto haciéndolos inútiles, como empleándolos en usos extraños.

La tercera obligación que tenemos hacia la Providencia, que reparte entre los hombres los diferentes bienes terrenales, es la de no afligirnos por los que nos faltan, la de no ambicionar sus gozes, la de no murmurar por su privación y la de no tener envidia a aquellos que los poseen. Pensemos en que el estado en que ha tenido á bien colocarnos el Arbitro supremo de los destinos, es el que ha juzgado más a propósito para nuestra santificación. Un puesto de más elevación ó opulencia, acaso hubiera sido para nosotros un principio de ruina. Nuestra alma no hubiera tenido quizás las fuerzas necesarias para resistir á las seducciones de la fortuna y á la embriaguez de las prosperidades. Dios sabe mucho mejor que nosotros lo que conviene á nuestra naturaleza, á nuestras facultades y á nuestras inclinaciones. ¡Cuántos desgraciados se han perdido por querer salir imprudentemente de la condición para la cual los habia hecho nacer la Providencia!

Nosotros debemos, en fin, á esta Providencia bienhechora, cuyas miradas ven en nuestro más remoto porvenir todas nuestras necesidades, el no inquietarnos ni aguiarnos, ni darnos tormento por la manera de subvenir á ellas; y esto es lo que el divino Salvador nos recomienda con especialidad en este Evangelio. Es á la verdad muy natural que los infieles vivan en una continua inquietud por su alimento y por sus vestidos, porque aquellos hombres no conocen la inmensa extensión de las bondades y de los recursos de la Providencia; pero el discípulo de Jesucristo sabe muy bien que en el cielo hay un Padre todopoderoso, que vela por el continuamente. ¿No descubre acaso en el mundo á Dios, que con su amorosa providencia provee de alimento á las avecillas que pueblan los aires, y que reviste de sus brillantes colores á las flores que esmaltan los campos? Ésta es la

razón por la cual no puede dudar que, siendo el mismo un objeto mucho más precioso á los ojos de Dios, le merecerá una solicitud todavía más tierna y activa; y siendo el Evangelio quien se lo asegura formalmente, se echa con confianza en los brazos de esa misma Providencia que, habiéndolo traído al mundo, no lo abandonará en él. No se abstiene, sin embargo, de trabajar para acudir á sus necesidades, pero no espera más que de Dios el fruto de sus trabajos. Así es cómo se concilia la ley que le prescribe el trabajar con la que le manda abandonarse á la Providencia. Es verdad que recibe de Dios lo que necesita, pero sus trabajos son el medio por el cual Dios se lo concede. Sería tentar á Dios si quisiese recibir de él las bienes temporales sin trabajar, y sería desconocerle el pretender adquirirlos, por medio de su trabajo, sin el divino socorro.

El verdadero cristiano tiene, pues, el cuidado de su subsistencia, pero no sus inquietudes. Sometido á la voluntad divina, si ve que fructifica su trabajo, da las gracias á la mano que lo bendice; y si ve que es estéril, adora los designios que le privan de su fruto. Dios conoce mejor que el mismo lo que le conviene; por lo cual, cuando ve que le falta el bien que aguardaba de su trabajo, juzga, y con razón, que otro mayor beneficio es el que á ello se opone, y recibe y recoge este resultado con reconocimiento. Superior á las prosperidades temporales, goza de ellas sin grande afición y las abandona sin disgusto. Como no se ha envanecido con poseerlas, su privación no le abate; al perderlas, considera que nada ha perdido, y que lo único que ha hecho ha sido trocarlas por otras más preciosas. Para los cristianos fieles todo viene á ser un beneficio y un favor de la Providencia. Lo que el vulgo ignorante mira como rigores, son á sus ojos, iluminados por la fe, gracias señaladas. ¡Oh cristianos! Cuando los bienes de la tierra os abandonan, es que son reemplazados por los del cielo, y vuestra alma gana con creces lo que para vuestro cuerpo no hayáis obtenido. Lo que disminuís en grandeza á los ojos de los hombres, lo aumentáis mucho más á los ojos de Dios.

Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura. Esta es la consecuencia de todo lo que acaba de decir el divino Salvador. Lo que nos está permitido y hasta mandado buscar arduosamente, lo que debe ser el objeto de nuestra más activa solicitud, de nuestros más vivos deseos y de nuestros constantes trabajos, son los bienes celestiales. Ellos son los que constituyen nuestra verdadera riqueza; todos los demás no son otra cosa que bienes imaginarios; ellos son nuestra riqueza segura, que Dios no niega jamás á quien la busca con ahínco; nuestra riqueza

imperecedera, pues no morirá ni aun con nosotros; y cuando seamos despojados de todo lo demás, ella será entonces la que empezará á constituir nuestra dicha suprema. ¡Cuán deplorable inversión de la moral y del verdadero interés es el buscar con tanto ardor los bienes de la tierra, y el tener tan grande apatía para conseguir los del cielo! Buscamos con avidez y en una agitación continua todo lo que debe perdernos, y lo que podría hacernos para siempre felices, lejos de ser objeto de nuestros trabajos, apenas lo es de nuestros deseos, y rara vez de nuestros pensamientos. Salgamos de tan funesta ceguera, y ocupémonos en lo que sólo es digno de ocuparnos, del reino de Dios y de su justicia; del reino de Dios, que es nuestro fin; de la justicia de Dios, que es el camino. Del reino en que hemos de ser coronados, de la justicia por la que podremos alcanzar esta corona. Trabajemos, pues, en adquirir primero la justicia, para llegar más tarde á merecer el reino. Nuestros esfuerzos serán sostenidos por Dios, y él nos concederá, según su promesa, la gracia en este mundo y la gloria en el otro.

En cuanto á los bienes frívolos de la tierra, no temamos que nos falten. ¿Hemos conocido alguno que se haya arruinado por dar limosna? Miremos estos bienes como una superabundancia que Dios podrá ó no conceder á nuestros votos; pero estemos seguros de que nos concederá todo aquello que pueda sernos útil, y lo que no nos conceda es porque lo juzga dañoso. Cualquiera que sea la situación en que nos encontremos, adoremos su mano, siempre bienhechora, así cuando nos dé como cuando nos quite; y digamos, como el perfecto modelo de paciencia y de resignación: «Dios me lo ha dado, Dios me lo ha quitado, su voluntad se ha cumplido; ¡ bendito sea su santo nombre! » *Amén.*

PRECEPTO DE LA MISERICORDIA

*Sicut misericordias sicut et Pater vestro
misericors est.*

Seid misericordiosos como también
vuestro Padre es misericordioso.

(S. LUCAS, c. VI, v. 36.)

Entre los preceptos, hermanos míos, del Evangelio, uno de los que se repiten ó intiman más á menudo es el de la misericordia con el prójimo. Como esta es la virtud que con más frecuencia practicó el Salvador, por eso procuró con más ahínco inspirárnosla. Algunas veces pareció, en la manera con que habla de ella, que no hay en su religión otro deber más que éste. Nosotros le vemos trasladándose anticipadamente al día en que, sentado sobre su trono de majestad, juzgará á los vivos y á los muertos, anunciar como regla de sus sentencias el modo con que se hayan ejercido con él las obras de misericordia en la persona de sus hermanos; llamar á participar de su reino eterno á aquellos que hayan aliviado su miseria, y reprobado á quienes se hayan mostrado insensibles con sus semejantes. En el Evangelio de hoy nos presenta el modelo de esta virtud. Y cuán grande y cuán admirable es el modelo que nos propone para que lo imitemos! La misericordia de Dios debe ser la regla de la nuestra. Deber inmenso, que, tomado á la letra, sería impracticable, y cuya extensión nos es imposible medir, porque no nos es dado comprender lo infinito. Pero, en la imposibilidad de imitar perfectamente este modelo, debemos tenerlo siempre á la vista, para acercarnos á él en cuanto lo permita la fragilidad de nuestra naturaleza.

Veamos, hermanos míos, los caracteres de esta misericordia divina y la manera como debemos practicar nosotros la misericordia hacia nuestros semejantes, como nos lo enseña Jesucristo. *Ave María.*

En la misericordia divina, hermanos míos, encontramos dos caracteres preciosos, que debemos procurar tenga la nuestra; ella lo abraza todo y se extiende á toda clase de beneficios. A su ejemplo debe tener la nuestra esta doble universalidad.

En primer lugar, debe ella comprender á todos los hombres, sin excepción, grandes y pequeños, conocidos y desconocidos, amigos y enemigos. Los paganos habían conocido este sentimiento precioso que el Autor de la naturaleza ha infundido en nuestras almas para con nuestros semejantes, y que hace que ningún hombre sea extraño á otro hombre. Pero ¡cuánto se ha extendido, se ha fortalecido y perfeccionado este sentimiento en la ley cristiana! ¡Cuán superior es la caridad prescrita por la religión, á la humanidad que inspira la naturaleza en sus motivos, en sus reglas, en sus fines y en sus efectos! Ella no nos prohíbe que distingamos en nuestro afecto á aquellos con quienes nos unen relaciones especiales de parentesco ó de amistad. Lo que nos prohíbe es que excluyamos á nadie de nuestro afecto y de nuestros beneficios. Ella permite las preferencias, pero condena las exclusiones. Todos nuestros hermanos tienen ciertos derechos sobre nosotros; pero algunos de ellos los tienen más especiales que otros. Nosotros no pecamos en amar á unos más que á otros; pero pecamos, si hay alguno de ellos á quien no amemos, ó á quien no estemos dispuestos á servir.

En segundo lugar, nuestra caridad fraterna, á ejemplo de la paternal bondad de Dios, debe abrazar toda clase de bienes. Dios nos ha dado todo cuanto tenemos, lo mismo en el orden espiritual que en el orden temporal. Por consiguiente, para imitarle, debemos á nuestros hermanos los auxilios de la una y de la otra especie. Sus necesidades, cualesquiera que sean, son otras tantas deudas para nosotros. Nuestro deber para con ellos se extiende á todas sus necesidades; el único límite que tiene es nuestra imposibilidad.

No juzgéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados. Después de haber dado el Salvador el precepto general de la misericordia, pasa á hablar de sus diversos ramos. Comienza prohibiendo el juicio temerario, pecado opuesto, no sólo á la caridad, sino también á la justicia, germen fecundo de un gran número de pecados, y harto multiplicado por desgracia en el mundo.

No se debe creer que en la prohibición hecha por Jesucristo se prohíbe todo juicio sobre el prójimo. En primer lugar, es, no sólo un derecho, sino un deber en aquellos á quienes la Providencia ha dado la autoridad sobre otros, conocer á sus súbditos y juzgar acerca de sus personas y de sus acciones. Por otra parte, aun aquellos mismos que no tienen cargo alguno se hallan, sin embargo, colocados en la sociedad, y por lo mismo, sus relaciones mutuas con los demás hombres y sus deberes recíprocos los obligan á conocerse, á estudiarse y á juzgarse mutuamente. Si es una obligación buscar á los buenos y

alejarse de los malos, es una necesidad distinguir los unos de los otros. Rodeado por todas partes por una multitud de hombres corrompidos, ¿cómo me he de librar de sus insinuaciones, de sus consejos, de sus ejemplos y de sus asechanzas, si no me es permitido observarlos y formar acerca de ellos un juicio desfavorable? Lo que yo debo al prójimo no puede ser opuesto á lo que me debo á mí mismo. La caridad no me prohíbe lo que me manda la prudencia. Pero estas virtudes se concilian perfectamente, cuando se considera que la caridad prohíbe, no el juicio discreto y motivado de nuestros hermanos, sino el juicio temerario. Así pues, un juicio desventajoso al prójimo puede ser falso, y sin embargo no ser reprehensible, porque las circunstancias pueden darle tal apariencia de verdad, que pueda formarse sin injusticia alguna; y de la misma manera puede ser verdadero, y sin embargo culpable, por haber sido formado sin motivos suficientes para ello.

Además, hermanos míos, cuando la caridad reine en nuestros corazones, causará en nuestros entendimientos dos efectos saludables, que rectificarán nuestros juicios: ella nos hará presumir el bien y excusar el mal.

La caridad hace presumir el bien, y es muy importante saber hasta dónde se extiende lo que ella prescribe, y los límites que tiene su prescripción. Presumir bien del prójimo es pensar ventajosamente de él, mientras no dé motivos graves para pensar de otra manera; dar á sus acciones la interpretación más favorable que sea posible, atribuir las indiferentes á motivos honestos, y considerar las equivocadas desde el punto de vista más loable. Esto es lo que ordena la caridad; pero no pasa de aquí. Presumir el bien, no es creerlo ciegamente. Es muy diferente pensar mal sin motivo alguno, de creer con seguridad el bien sin razón alguna para ello. Un juicio que no está perfectamente formado, permanece hasta cierto punto en suspenso; pertenece á la clase de las probabilidades, sin que pueda llegar á la certeza. Así, pues, toda nuestra conducta respecto al prójimo se halla regulada por dos virtudes, que, sirviéndose mutuamente de contrapeso, nos preservan de todo exceso: por la caridad, que nos atrae á él, y por la prudencia, que nos hace mantenernos en una justa reserva. La caridad nos prohíbe el juicio temerario, y la prudencia, la confianza indiscreta. La caridad nos manda que tengamos la mejor opinión posible de todos nuestros hermanos, y la prudencia, que no nos liemos inconsideradamente de toda clase de personas.

Cuando decimos que la caridad hace excusar el mal, no hablamos de la acción criminal, porque la primera de las virtudes no puede

aprobar el vicio. El cristiano más caritativo es el que tiene más horror al pecado. Donde quiera que lo ve, lo detesta. Pero al mismo tiempo que lo detesta, ama á aquel que lo ha cometido. El no confunde en su odio al crimen con el criminal. El jamás excusa el pecado, sino al pecador. Si el pecado ofrece algunas circunstancias que puedan excusarlo ó atenuarlo, la caridad las acoge con alegría. Ella se complace en pensar que la intención con que se la cometido una acción mala puede no ser viciosa; que tal vez el que la ha cometido ignoraba el mal que hacía, y que sorprendido en un momento de descuido, ha podido ser arrastrado á ella sin reflexión alguna. Ella no lo juzga perverso porque haya sido culpable, ni lo cree perdido porque se haya extraviado. Cuando, como sucede con frecuencia, el pecado no admite excusa alguna; cuando las circunstancias que lo acompañan, en vez de atenuarlo, lo agravan; cuando las frecuentes reincidencias prueban que nace de un fondo de corrupción, entonces también la caridad ejerce su ternura con el pecador. Ella le complace en vez de condenarle; ella deplora la maldadada fragilidad que lo ha hecho cometer; ella implora la misericordia divina en favor del pecador; y echando una ojeada sobre sí misma, no por vanidad, sino por humildad y reconocimiento, piensa que tal vez en las mismas circunstancias hubiera sido aún mas criminal, y da gracias á la bondad divina por haberla librado de ello con su auxilio. De este modo la caridad, indulgente con las faltas excusables, y compasiva con las que no lo son, es siempre buena para con el que ha tenido la desgracia de cometerlas.

Perdonad, y seréis perdonados. Este es el segundo mandamiento que Jesucristo deduce del precepto general de la misericordia: el perdón de las ofensas; mandamiento poco conocido y menos practicado; mandamiento cuya observancia es muy trabajosa, pero al mismo tiempo muy justa y sumamente meritoria.

Separad vuestro corazón de los intereses de la tierra; alzad vuestros ojos hacia los intereses, mucho mas preciosos, de la eternidad. Muchas veces habéis necesitado que Dios os perdone. Y ¿no lo necesitáis aún? ¿Cuál es el hombre que esta libre de pecado? No lo es ciertamente el que conserva odio en su corazón y alimenta el deseo de la venganza. Vosotros debéis á Dios, que os ha perdonado vuestras ofensas y que os ofrece perdonaroslas aún, el perdón de las que se han cometido contra vosotros. Vosotros habéis sido ofendidos, pero habéis ofendido también. Un hombre os ha ultrajado, pero vosotros habéis ultrajado á Dios. Vosotros echáis en cara á vuestro hermano ciertas injurias graves, pero vuestra conciencia os echa en cara mu-

chos pecados enormes. Dios pone vuestra suerte en vuestras manos. El quiere recibir de vosotros la regla de su conducta con vosotros mismos. Vuestra sentencia respecto á aquel que os ha ofendido va á ser su sentencia respecto á vosotros mismos. *Perdonad, y seréis perdonados.* ¡Oh pacto lleno de caridad! ¡Oh justicia de Dios, infinitamente misericordiosa! ¿Qué proporción hay entre lo que ella exige y lo que concede? Comparemos una injuria con otra, comparemos ofensor con ofensor y perdón con perdón. ¿Qué podemos oponer, que no se confunda al momento por la equidad de este juicio? La injuria fué muy grande, y son acaso menores las que yo he recibido de ti? Mi enemigo no ha tenido presente la distancia que me separa de él, y ¿no es infinita la distancia que me separa de ti? Yo le habia colmado de beneficios, y ¿acaso esos beneficios pueden compararse con los que yo te he concedido?

Bendigamos, pues, bendigamos en todos los momentos de nuestra vida la ley tutelar que nos prohíbe la venganza. Si nos parece rigurosa, debe parecernos tambien muy útil. Si sentimos su peso, debemos reconocer su beneficio, y debemos confesar, en fin, que es mucho más ventajosa para nosotros que para los enemigos mismos á quienes nos manda perdonar.

Dad, y se os dará; buena medida y apretada, y remecida y colmada, darán en vuestro seno, porque con la misma medida con que midieris se os volverá á medir. El tercer precepto de misericordia que da aquí Jesucristo es la limosna. La division desigual de los bienes entre los hombres, colmando á unos de riquezas y privando á otros de ellas, ha sido muchas veces un motivo de sorpresa y aun una ocasión de murmuración. Pero elevando algo más nuestras miradas, descubrimos en ella un fin lleno de sabiduría. Este desorden aparente es el fundamento del orden público, el principio de la subordinación, el motivo y el estímulo del trabajo. La igualdad de fortunas, suponiéndola practicable, sería la disolución de la sociedad. Pobres, no os alijáis por los males que os causa esta desigualdad. La Providencia, que vela sobre vosotros y os ama de una manera especial, os concede una indemnización inmensa en la vida futura, y aun en esta vida os proporciona el consuelo con sus leves benéficas. Y vosotros, ricos, no os prevalgáis de las grandes ventajas que os concede esta distribución tan desigual; porque ella os impone unas obligaciones todavía mayores. Dios, Señor supremo de todos los bienes, al concederos los de la tierra, os ha prescrito el uso que debéis hacer de ellos. El ha tenido presente que tiene otros hijos además de vosotros, y que le son tan amados como vosotros, y os ha mandado que dividáis con

ellos las riquezas de que os ha colmado. El quiere que os consideréis, no como propietarios, sino como depositarios y distribuidores de ellas. El os ha hecho los ministros de su beneficencia. El os ha asociado á su providencia, y os ha mandado que dividáis con vuestros hermanos indigentes los bienes que crió lo mismo para ellos que para vosotros. No es su intención el que os reduzcáis á la pobreza para librar á otros de ella. El Apóstol, su intérprete, lo declara así: «Dios no exige que por socorrer á otros nos arruinemos. El solamente quiere que lo que sobra á unos supla la escasez de otros, y que resulte de aquí una especie de igualdad tal, que el que ha recibido demasiado no viva en una abundancia excesiva, ni el que carece de todo, en una espantosa miseria.» De este modo la religion, principio de todo bien, restablece el equilibrio entre los hombres. Sola ella puede, con la sabiduría de sus preceptos, darles toda la igualdad de que son susceptibles, rectificar la naturaleza, que los formó desiguales, y reparar el vicio necesario de las instituciones sociales. «El pobre y el rico, dice el Sabio, se encontraron, pero Dios fué quien causó este encuentro.» El obliga al pobre á que trabaje por el rico, y al rico á que derrame sus tesoros en las manos del pobre. La observancia de estas dos obligaciones destierra del corazón del uno los celos, extingue la vanidad en el corazón del otro; forma la ventura de los dos en este mundo, y la asegura en el otro.

Es necesario reconocer, sin embargo, que estos dos deberes no se cumplen con igualdad. Los pobres cumplen mejor generalmente la penosa obligación que se les ha impuesto, porque la necesidad de proveer á su subsistencia los obliga á ello; pero los ricos, cuyo deber es menos oneroso, como no se ven obligados por la misma necesidad, no cumplen generalmente su obligación con la misma exactitud. Ellos sólo se ocupan en gozar de sus riquezas, sin cuidarse de hacer buen uso de ellas. Al ver el modo con que las emplean, no parece sino que Dios se las ha dado para alimentar el lujo, para servir á sus placeres, para satisfacer sus pasiones y para facilitar sus crímenes. ¡Cuántos ricos ven con indiferencia una multitud de Lázaros suspirando inútilmente por las migajas que caen de su mesa! El precepto de la limosna no se cumple generalmente por aquellos á quienes ha sido impuesto, los cuales lo consideran como un simple consejo. Está es hacer una injuria á la Providencia, suponiendo que abandonó la clase más numerosa y que más necesita de ella á la voluntad y á los caprichos de algunos individuos opulentos. Si la limosna no fuese más que un simple consejo, el apóstol San Pablo no hubiera encargado á su discípulo Timoteo que mandase á los ricos de este siglo

que se hiciesen ricos en buenas obras, que diesen con facilidad y que comunicasen sus riquezas. ¿Entregaría, sino, el Salvador á las llamas eternas, preparadas para el demonio y sus ángeles, á aquellos que, en la persona de los pobres, no le alimentaron, ni le dieron de beber, ni le vistieron, ni le acogieron, ni le visitaron? La limosna es una deuda verdadera, una verdadera restitución. Esta es la idea que de ella nos da el Espíritu Santo. Ella puede ser un acto de caridad para con el pobre á quien la dais, pero es una obligación de justicia para con los pobres, considerados en general, á quienes la debéis, y principalmente respecto á Dios, que os la prescribe. Vosotros no le negaréis el derecho de exigirlos. El os asegura con juramento que lo que hacéis á uno de sus más pequeños hermanos, lo hacéis á él mismo. El pone á los pobres en su lugar para que reciban el tributo que le debéis de vuestras riquezas. El los nombra sus receptores, y por medio de ellos llega hasta el vuestra ofrenda, y va á formar el tesoro que encontraréis un día en la vida eterna.

Dios os ha hecho ricos, y por esta razón le debéis la limosna. Vosotros os habéis hecho pecadores, y por esta razón os habéis impuesto una nueva obligación. «Oh Rey, decía el profeta Daniel á un príncipe culpable de muchos pecados, dignaos oír mi consejo. Redimid vuestros pecados con vuestras limosnas, y vuestras iniquidades con vuestra misericordia con los pobres. Este es el medio para que Dios os perdone vuestras culpas.» ¿Cuál es, pues, esa virtud poderosa de la limosna, que resiste al pecado, como el agua apaga el fuego más ardiente? Esta comparación es de la Escritura. No nos engañemos en este particular. La limosna no tiene la virtud de absolver por sí misma los pecados graves. Sólo al sacramento de la penitencia y á la contención perfecta ha dado Dios este poder. Pero si no puede ella obrar este perdón, al menos lo prepara. Ella dispone á Dios á la indulgencia y á nosotros á la penitencia. Ella ablanda su corazón, y hace descender de él las gracias poderosas que mueven el nuestro. Lo que nuestras oraciones débiles y viciadas por nuestros pecados solicitarían en vano, las oraciones puras y eficaces del pobre lo alcanzan por nosotros. El mismo Dios nos dice que la oración que sale de la boca del pobre se eleva hasta sus oídos. Estad seguros de que intercederá por vosotros ese infortunado, que á la desgracia de indigencia unia la vergüenza de pedir el alivio de ella, y cuya petición previnisteis, alentando su timidez. Intercederá por vosotros ese hombre á quien la necesidad iba á arrastrar al crimen, y á quien vuestros dones han detenido en el borde del abismo. Intercederá por vosotros esa familia desconsolada que parecía de miseria, y á quien

vuestros socorros han conservado la vida. Intercederán por vosotros todos esos desgraciados, cuyos males han aliviado y cuya existencia han sostenido vuestros beneficios. Llegando sus oraciones hasta el cielo, harán descender sobre vosotros, como un rocío saludable, todas las gracias de que tan gran necesidad tenéis; gracias de conversión para los pecadores, gracias de perseverancia para los justos, gracias de fortaleza en las tentaciones, gracias de humildad en la elevación, gracias de mansedumbre en las contradicciones, gracias de paciencia en las tribulaciones y gracias de resignación en los males. Dios las concederá todas á las oraciones que le dirijan por vosotros los pobres. Ellas serán la recompensa de vuestra beneficencia y el precio de vuestras limosnas. Vuestros dones, como lo declara aquí Jesucristo, serán la medida de los suyos, y recibiréis de él en proporción de lo que él haya recibido de vosotros, en la persona de sus pobres. Vuestra suerte está en vuestras manos. Lo que deseáis adquirir, está en vuestro poder proporcionároslo. Jesucristo os presenta el modo fácil y seguro de conseguirlo. Lo que él os pide es lo que vosotros podéis dar sin perjuicio vuestro; él exige de vosotros tan sólo lo superfluo. Si vuestras facultades no son muchas, no temáis hacerle una pequeña ofrenda, pues por pequeña que ésta sea, le agradará. «Si te hallas en la abundancia, decía Tobías á su hijo, da abundantemente; y si tienes poco, da también poco, pero da con placer.» De todas las limosnas ofrecidas al templo, la más agradable al Señor es la última ofrenda por una viuda pobre. El no mira la extensión de nuestros dones, sino la proporción en que están con nuestras facultades, y sobre todo, la intención con que los ofrecemos.

Sea, hermanos míos, pura vuestra intención, y lo será sin duda, cuando obréis á impulso de esta virtud divina, la caridad: la cual no solamente os moverá á amar todos vuestros hermanos, aunque sean enemigos vuestros, sino también á socorrerles en cuanto os sea posible en sus necesidades. Entonces imitaréis la misericordia de Dios, que derrama sobre todos sus gracias y bendiciones en este mundo, y nos promete el premio eterno en los cielos. Amén.

PARÁBOLA DEL FARISEO Y DEL PUBLICANO

Omnis qui se exaltat humiliabitur et qui se humiliat exaltabitur.

Todo aquel que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado.

(S. LUCAS, c. XVIII, v. 14.)

Jesucristo, hermanos míos, dirigió la parábola del fariseo y del publicano á aquellos que, como dice el Sagrado Evangelio, confiaban en sí mismos, reputándose justos, y despreciaban á los demás. Esta parábola nos presenta dos clases de orgullo, que son como dos ramificaciones del mismo vicio. La una es la presunción de sí mismo, la falsa opinión del mérito que se cree tener, y la confianza en su propia virtud; la otra, que es generalmente consecuencia natural de la primera, es la comparación que se hace de sí mismo con el prójimo, la preferencia que uno hace de sí, y el desprecio que por el otro se tiene. La idea del mérito propio y la de ser superior á los demás no son dos vicios diferentes, sino dos especies de vicios, ó por mejor decir, dos formas distintas de uno solo. El uno ofende directamente á Dios, en atribuirse á sí mismo lo que no puede ser sino un don de la infinita misericordia; el otro ataca al prójimo por el lado más sensible. Así pues, el orgullo es de todas maneras diametralmente opuesto á los distintos deberes de la caridad, é igualmente contrario á lo que prescribe la justicia con respecto á Dios y con respecto al prójimo, porque disputa al uno su dominio supremo, y se esfuerza en rebajar el mérito del otro. Veamos ahora cómo Jesucristo condena en su parábola las dos especies de orgullo. *Ave María.*

Dos hombres subieron al templo á orar, dijo Jesucristo, hermanos míos, el uno fariseo y el otro publicano. He aquí dos hombres de profesión muy distinta, que van á un mismo tiempo al templo de Dios á dirigirle sus oraciones. El uno es fariseo, y por consiguiente, de aquellos hombres extremadamente considerados entre el pueblo judío

por la regularidad de sus costumbres, por su conducta severa, por su escrupulosa exactitud en cumplir con todos los preceptos de la ley, por sus multiplicados ayunos y por la abundancia de sus limosnas. El otro es un publicano, es decir, un recaudador de los tributos públicos, profesión en general mal mirada de las gentes, ya en razón de sus funciones, ya á causa de sus riquezas, que excitan la envidia, y profesión principalmente aborrecida entonces en la Judea, por las vejaciones y usuras de que era acusada. Y parece que esta aversión no dejaba de ser justa, pues en muchos pasajes del Evangelio vemos que se da indistintamente el nombre de publicano y el de pecador á unas mismas personas. Estos dos hombres van á presentarnos dos ejemplos de oración absolutamente distintos, lo cual suele suceder con frecuencia; pero en sentido enteramente contrario al que se pudiera imaginar, pues aquí el que tiene todas las apariencias de santidad y de virtud es el que hace una oración criminal y reprobada, mientras que el que á los ojos de todos es un gran pecador, dirige al Altísimo una súplica que le es agradable y que logra su justificación. ¿Qué es lo que viene á viciar la una y á purificar la otra? No es más que el orgullo de que va acompañada la primera, y la humildad con que es ofrecida la segunda.

El fariseo, estando en pie, oraba en su interior de esta manera... Jesucristo nos hace notar, antes que todo, la orgullosa postura del fariseo. Este hombre, engreído con sus aparentes méritos y con la consideración que ellos le habían granjeado, no se digna humillarse ante la Majestad suprema, á quien los ángeles mismos no contemplan jamás sin temblar, y entra en el templo con la frente erguida, como si hiciese á Dios un favor en invocarle.

Además del sentimiento de arrogancia que mantiene al fariseo en aquella postura altanera, tiene otro motivo que le obliga á permanecer allí. Como él ha entrado en el templo más por parecer bien á los hombres que por agradar á Dios; como su principal objeto es mantener y aumentar su fama de hombre piadoso, y la consideración que esta fama le acarrea, tiene su principal interés en que todos le miren, y por eso escoge la actitud más adecuada para conseguirlo. Esta hipocresía nos llena de indignación sin duda alguna; pero, si tendemos la vista á nuestro alrededor, si penetramos en nosotros mismos, veremos que muchas de nuestras acciones no han tenido mejor origen ni han sido practicadas con otro objeto que el de atraer las miradas de los hombres y ganar su consideración y su respeto; ¡á cuántas obras que, para ser meritorias, sólo les ha faltado una intención pura, el ser hechas por Dios y tener á Dios por objeto, no ha viciado

y convertido en acciones malas el sentimiento de vanagloria, que les ha dado origen, y el deseo de las consideraciones humanas, que han tenido por su fin principal y verdadero!

Dios, gracias te doy porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, doy diezmos de todo lo que poseo. ¿Merece ser escuchada esta oración del fariseo? En ella se ven desplegadas las dos especies de orgullo de que hemos hablado anteriormente. Empieza por compararse á los demás y por felicitarle de no tener sus defectos, y concluye por ensalzarse á sí mismo, en consideración á las buenas obras que se atribuye. Para conocer los vicios de esta oración, y acaso de muchas de las nuestras, es preciso entrar en algunos detalles.

El fariseo comienza por dar gracias á Dios; sentimiento que sin duda es muy laudable en sí, porque el reconocimiento hacia la Divinidad es, al mismo tiempo que una virtud, un deber del hombre. Su expresión constituye una parte esencial de nuestro homenaje; pero, para que la acción de gracias sea accepta y meritoria á los ojos de Dios, debe reunir tres condiciones. Primera: ha de tener por principio, por una parte, la convicción de la necesidad que tenemos de la gracia divina y por otra, la contemplación de la infinita Bondad, que se ha dignado colmarnos de sus dones, mereciendo su castigo. Segunda: debe ir acompañada de otros dos sentimientos: del dolor de haber correspondido tan mal á los beneficios que el Señor nos ha dispensado, y del temor de la cuenta que hemos de dar un día. Tercera: debe tener por término, no nuestra propia alabanza, sino la de aquel divino y bondadoso Maestro, que no deja nunca de prodigarnos sus favores. El pecador es el que se glorifica á sí mismo; el justo glorifica á Dios. Según estos principios, es muy fácil de apreciar la acción de gracias del fariseo y un gran número de las nuestras. En ellas no hay más que considerar de dónde proceden y qué es lo que producen; esto es, si su principio y su efecto son el orgullo ó la humildad.

¿De qué da gracias el fariseo al Señor? De no ser como los demás hombres, robadores, injustos y adúlteros. Es bastante común el de clamar contra los hombres, contra sus desórdenes y contra sus vicios; pero no es el verdadero celo el que se entrega á esas sátiras violentas y amargas. Cuando los justos piensan en los pecados que con tanta frecuencia se cometen en el mundo, sólo es para aligerarse por ellos, para deplorarlos delante de Dios, para pedirle que los haga cesar y para hacer por ellos penitencia.

Pero las sátiras dirigidas contra los desórdenes del mundo suelen

ir también plagadas de injusticias, en primer lugar, por su exageración, porque son sin medida, como la pasión que las ha engendrado, y en segundo, porque, de generales que son en un principio, degeneran casi siempre en aplicaciones personales, contrarias, no solamente á la caridad, sino también á la justicia. Esto es lo que se observa en la plegaria del fariseo. ¿Merecía el publicano, ultrajado por sus desprecios, la reconvencción que el otro le dirige? Todo, por el contrario, debe hacerle juzgar favorablemente de aquel hombre, pues le halla en el templo y le ve orar con fervor, con recogimiento y modestia. Luego es únicamente á causa de su profesión el considerarlo en el número de los grandes pecadores; como si las profesiones mas expuestas á pecar no pudiesen producir santos. El juicio que el fariseo forma de aquel hombre es desde luego temerario en sí mismo, y además es absolutamente injusto con relación al hecho. Así el orgullo, que le ha hecho primero violar la caridad, le hace después faltar á la justicia. No hay desorden á que no conduzca esta pasión deplorable.

El fariseo, no sólo aparenta un desprecio reprehensible hacia todos los hombres, y especialmente hacia el publicano, sino que hace entre sí mismo y todos los demás una comparación más insultante todavía: tal es la marcha ordinaria del orgullo. Así lo podéis notar en todos aquellos de quienes tal sentimiento se halla apoderado, y examinándolos con atención vosotros mismos, os encontraréis con las mismas inclinaciones. Se complace uno en establecer comparaciones entre sí mismo y los que cree inferiores á sí, porque en ello se encuentra un pretexto para glorificarse; pero se evita el ponerse en parangón con los que se cree superiores, porque en ello se encontrarían motivos harto fundados para humillarse. ¡Ah! si hemos de compararnos con alguno, que sea con los santos, que la Iglesia nos presenta para que les tributemos nuestros homenajes y para que nos sirvan de ejemplo: esta es la comparación que nos será útil. Su conducta servirá de instrucción á nuestra ignorancia, de remedio á nuestras imperfecciones, de sostén á nuestra debilidad, de aliento á nuestra cobardía y de respuesta á las vanas disculpas de nuestra tibieza. Al contemplarlos, terrenos lo que debemos ser, y al considerar la gran distancia que nos separa de ellos, nos animaremos á salvarla. Tengamos la noble emulación de ser iguales á los grandes santos, y no la baja y estúpida vanidad de ser superiores á los grandes criminales.

El fariseo se gloria de no encontrarse en el número de estos últimos, de no ser robador, injusto ni adúltero. ¡Gran motivo de gloria, el no estar manchado de algunos crímenes enormes! ¿Qué diríamos

del ladrón que se jactase de ser virtuoso por no haber cometido nunca un asesinato? Pero esta es la consecuencia natural y ordinaria de la comparación que por lo común hacemos de nosotros mismos con los demás. Buscamos á los que son todavía más viciosos que nosotros, para autorizarnos á serlo un poco menos que ellos; no gozamos con maligna alegría en sus faltas, creyendo que ellas justifican las nuestras, y juzgamos, en fin, con gran severidad las pasiones de que nos creemos exentos, y con excesada indulgencia las que nos vemos obligados á reconocer en nosotros mismos. El libertino tendría á menos el parecer ambicioso, y este su sonrojaria de caer en el libertinaje. El avaro detesta al orgulloso, y éste á su vez desprecia al avaro. Parece que nuestros vicios reciprocos deberían hacernos tener indulgencia para con los otros, y establecer en la sociedad una especie de tratado de tolerancia mutua. ¿Por qué son entonces entre nosotros un objeto continuo de oposición, de maledicencia y de quejas? Eso es efecto de la vanidad, de que van siempre acompañados. El discurso del fariseo existe en todos los corazones: cada uno se lisonjea, al descubrir en los demás defectos que él no tiene, y que juzga, por consecuencia, mucho más graves que los suyos propios; y como el fariseo, que no piensa en su orgullo ni en su hipocresía, ni en ningún otro de los vicios que tiene, apartamos la vista de nuestros graves y numerosos defectos, para no ver más que los del prójimo. Nosotros vemos hasta la más pequeña paja en su ojo, pero no la viga en el nuestro.

El fariseo se gloria de no tener los vicios que echa en cara á los demás. ¿Y está seguro de que él se halla libre de ellos? El puede solamente afirmar no haber cometido sus actos exteriores; pero ignora que en la voluntad es en lo que principalmente consiste el pecado, y que un consentimiento formal dado á un pensamiento ilícito basta para hacer al hombre culpable á los ojos de aquel que penetra los corazones. Yo no soy robador, dice; esto es, no me he apoderado jamás, por astucia ni por violencia, de los bienes de otro; pero no ha mirado nunca la fortuna del prójimo con ojos de envidia, ni le ha robado con sus maledicencias ni bien todavía más precioso, que la fortuna? Yo no soy injusto, dice también; es decir, no he pronunciado en los tribunales sentencias inicuas. ¿Y cómo se olvida de los juicios, no sólo temerarios, sino falsos, y por consecuencia injustos, que su amor propio le ha hecho continuamente formar contra su prójimo, y de que el publicano es en aquel momento una víctima? Yo no soy adúltero, dice por fin; esto es, yo no he manchado con mis demasías la santidad del lecho nupcial. Pero sus miradas ávidas

y sus impuros deseos ¿no han depositado este crimen en su corazón? Ésta era una consecuencia legítima de las máximas de la secta de los fariseos. Como estos hombres, según Jesucristo les echa en cara, no practicaban buenas obras sino para que las viese el mundo, hacían consistir toda la virtud de ellas en actos puramente exteriores. Limpiaban con un cuidado escrupuloso el vaso por fuera, y por dentro lo dejaban lleno de suciedades y de inaudicias, y con tal de presentarse á los ojos del público como esos soberbios mausoleos que atraen las miradas, les importaba muy poco que su interior fuese todo miseria y podredumbre. Esta inversión de ideas, demasiado común hasta entre cristianos, es diametralmente opuesta á los principios de la religión, cuyo objeto es formar los adoradores en espíritu y en verdad. La ley divina impera sobre el espíritu, sujeta la voluntad, cautiva el corazón y enfrena los deseos. A los ojos de la Divinidad, el culto exterior no tiene otro precio que el que recibe del culto íntimo, y las obras más admirables no son meritorias sino por el sentimiento que las produce.

Otro punto, en el cual peca también la jactancia del fariseo, es en alabarse de no haber cometido grandes crímenes. ¿Cuál es el motivo que de ellos le ha preservado? ¿Es por ventura el deseo de ser justo delante de Dios? De ningún modo; es la pretensión de parecerlo á los ojos de los hombres. ¿Cuántos de nuestros hechos tienen por origen este vicio desgraciado! No está prohibido, es verdad, y hasta es un deber el parecer virtuoso; pero antes existe un precepto más positivo y más estricto, el serlo realmente. La edificación del prójimo es un deber, pero la ostentación es un pecado. La diferencia entre una y otra consiste en la intención que las produce; la una deja ver las buenas obras para procurar la salvación de los hombres; la otra las ostenta para atraerse su estimación; la una no busca más que la gloria del Hacedor Supremo, mientras que la otra corre exclusivamente en pos de la suya propia. Entre ambas existe la inmensa distancia que hay entre la caridad y la vanidad, de que emanan respectivamente.

De su insultante comparación con los demás hombres, el fariseo pasa al elogio directo de sus buenas obras: *Apunto dos veces en la semana, doy diezmos de todo lo que poseo*. Observemos, en primer lugar, cual es el objeto sobre que recaen las alabanzas que se prodiga; no se fundan en lo que él es, sino en lo que hace; esto es, no alaba sus virtudes internas, sino sus actos exteriores. Ved cómo siempre está animado por un mismo principio. No desea otra cosa que atraerse las miradas del público, sin tener en cuenta cómo las atrae, y aquel es

el único objeto de sus alabanzas, porque es también el solo y exclusivo fin de sus deseos. Hace consistir la esencia de la religión en prácticas ostensibles, en un ayuno que no está mandado y en el pago de diezmos más allá de lo que la ley ordena. Y este triste defecto farisaico ¿no se encuentra también algunas veces en el seno del Cristianismo? Lo que hay todavía más doloroso es, que este defecto alcanza también a muchas personas que, por otra parte, viven con cierta especie de regularidad, gozando de una reputación piadosa, en algún modo merecida. Al ejercicio de las virtudes estrictamente mandadas por el Evangelio se han sustituido prácticas piadosas, pero innecesarias, descuidando los deberes esenciales del estado ó profesión, por observancias minuciosas y frívolas. Así el hombre ha llegado á abusar de todo, hasta de la piedad misma, y así, por una falsa idea de la santidad, se da pie á los libertinos ó incrédulos para que la calumien. Las obras de mera devoción pueden ser como un suplemento á los deberes; pero jamás pueden reemplazarlos. Son útiles cuando están agregadas al cumplimiento de aquellos; pero son reprehensibles y aun perniciosas cuando tratan de sustituirlos. Esta inversión ó trastorno de la moral evangélica nace de dos causas diferentes: en las personas sencillas, de la ignorancia, de la falta de luces y de un falso celo; en las personas ilustradas, como los fariseos, de la hipocresía ó ambición de apropiarse las consideraciones debidas á la piedad, á expensas de la piedad misma, y de alcanzarlas con el menor trabajo posible. Esto sucede, porque la práctica de ciertas obras religiosas es mucho más fácil que el cumplimiento exacto y continuo de todas las obligaciones.

Las alabanzas que se prodiga el fariseo, no sólo son viciosas por su objeto, sino que también son culpables en sí mismas. El cristiano ilustrado por la divina Sabiduría las merece, pero no se las tributa; deja á los demás el cuidado de hacer su elogio, pero no lo hace jamás por sí mismo. El Señor ha dicho que todo arrogante cae en abominación delante de él, y que el orgullo es odiado por Dios y por los hombres. Juzguemos de esta verdad por el efecto que en nosotros mismos producen esos hombres, que encontramos en la sociedad con harta frecuencia, envanecidos con su propio mérito, queriendo eclipsar el de todo el mundo, y molestando nuestros oídos con la fastidiosa jactancia de su talento, de su sabiduría, de sus virtudes, y de todos los rasgos, en fin, de su pretendida superioridad. Estos creen conciliarse así nuestra consideración y nuestro respeto, y por un justo castigo de su vanidad estúpida, lo único que consiguen es nuestro desprecio. ¿Acaso, me diréis, no es permitido jamás al hombre justo tributarse

los elogios que merece y dar á conocer las buenas obras en que ha empleado su vida? No exageremos los deberes, y coloquemos junto á los preceptos de nuestra ley santa, las excepciones que ella misma ha hecho. El cristiano, atacado por la calumnia, tiene indudablemente el derecho de disculparse, y hasta es una obligación en aquel cuyo ministerio exige una reputación sin mancha, porque éste debe á las funciones de su cargo el no dejarlas envilecer por injustas acusaciones. San Pablo llenaba este deber cuando, para sincerarse de las inculpaciones que trataban de dirigirle, manifestaba detalladamente á los de Corinto, tanto los penosos sufrimientos que había experimentado por el Señor, como los señalados favores que de él había recibido. Job tampoco pecaba cuando á las detracciones de sus enemigos crueles oponía el relato de sus virtudes y de sus buenas obras. Distingamos, pues, la apología del panegirico, y no confundamos la justificación con la jactancia: porque una cosa es el no dejarse oprimir por la calumnia, y otra el pretender avasallar á otros con lá propia superioridad. La justa defensa no es el orgullo.

En fin, el último vicio de la oración del fariseo es que, ocupado completamente en sí mismo y en sus pretendidos méritos, no piensa en pedir nada á Dios. No implora el perdón de sus pecados, porque creía ofender su inocencia, ni la reforma de sus defectos, porque no reconoce en sí ninguno, ni el aumento de sus virtudes, porque cree poseerlas todas en el más alto grado, ni el don de la perseverancia, porque no duda en modo alguno de sus fuerzas. Mientras que los mayores santos no obran su salvación sino con temor y miedo, sin llegarlo á perder hasta por aquellas culpas que ya les han sido perdonadas, y piden sin cesar misericordia, tanto de sus faltas ignoradas como de las ajenas en que hayan podido tener alguna parte; mientras que esos modelos de perfección no están seguros de su perseverancia, y en tanto que Dios descubre algunas imperfecciones hasta en los espíritus más puros que rodean su trono, aquel hombre, inflado de orgullo y gangrenado por la hipocresía, tiene el atrevimiento de creerse sin mancha. Su presunción insolente le coloca en un grado de perfección, á la cual no tiene medios de subir, ni por consiguiente peligro de caer de ella. ¡Funesta ceguera, que es á un mismo tiempo la consecuencia y el primer castigo de su detestable pasión; juicio merecido, que castiga al orgulloso por la vanidad misma de sus pensamientos; juicio terrible, en fin, que le priva de su último recurso! Dios permite que, desconociéndose á sí mismo, pierda hasta la idea de pensar en su conversión, dejándole caer en el estado de esos enfermos á quienes no les queda ni el conocimiento de su mal.

ni el sentimiento de sus necesidades, ni el deseo de recobrar la salud.

Jesucristo compara con el orgullo del fariseo la humildad del publicano. Mas no nos entenderemos sobre este punto. Bastenos con indicar aquí el contraste que forman el hombre que pasa por peccador y el que tiene usurpada la reputación de piadoso.

Mas el publicano, estando lejos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho, diciendo: Dios, muéstrate propicio á mí, peccador. ¿Qué diferencia entre este modelo de penitencia y de humildad, y el ejemplo de orgullo que hemos visto hace poco! Mientras que el soberbio fariseo, por la arrogancia de su actitud, insulta á los hombres y desafia á Dios; el virtuoso publicano evita las miradas de la tierra y teme las del cielo. Así es que se coloca lejos del altar y en la parte menos visible del templo, porque quiere ser visto sólo por Dios. Sin embargo, como no se juzga digno de acercarse á él, elige, como hemos visto, el último lugar en el santuario. Si la contemplación de la divina misericordia le inspira la suficiente confianza para venir á implorarla en el templo, el sentimiento de su propia indignidad le hace mirar como un favor el ser admitido en el más ínfimo rango. No se atreve ni aun á levantar los ojos hacia el Juez á quien invoca, y la vergüenza le obliga á bajarlos al suelo. No se contenta con sonrojarse por sus pecados, sino que los quiere expiar por medio de la mortificación, y hierre con fuerza su pecho, como para castigar-se por las ofensas que ha cometido. Su plegaria, en fin, es tan humilde, como arrogante la del fariseo; y encierra, al mismo tiempo que la confesión modesta de sus faltas, la súplica sumisa del perdón. He aquí el modelo de nuestra penitencia y de nuestras oraciones. Si alguno osara creerse exento de pecado, se parecería al fariseo orgulloso; porque nosotros todos hemos ofendido á Dios, y acaso mucho más gravemente que el publicano del Evangelio. Nosotros no tenemos más que un acño contra la Justicia suprema que nos amenaza, y esa es la misericordia de Dios, que aún se digna recibirnos. Arrojámonos en los brazos que ella nos tiende; arrojémosnos con entera confianza; pero no con la confianza presuntuosa del fariseo, sino con la confianza humilde y tímida del publicano, fundada sólo en la bondad indulgente del que desea nuestra conversión más que nosotros mismos. Llevemos á sus pies; como el publicano, una confesión sincera, un dolor vehemente y una satisfacción abundante, y después esperémoslo todo de la Divinidad, y nada de nosotros.

Os digo que éste, y no aquél, descendió justificado á su casa; porque todo hombre que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. Los sentimientos diferentes de estos dos hombres hacen pro-

nunciar sobre ellos dos decretos contrarios, y el uno de ellos vuelve á su casa libre del peso de sus culpas, mientras el otro sale cargado con una culpa más. Tales son, según Jesucristo declara, las consecuencias opuestas de la humildad y del orgullo. Nosotros hemos nacido para la grandeza; la elevación de nuestro corazón nos lo dice y la misma fe nos lo enseña; pero debemos conseguirla por el camino de la humildad. Jesucristo repite con frecuencia en su Evangelio, á fin de inculcarnos mejor esta máxima fundamental de su religión, que el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. Nosotros no podemos revocar esta sentencia, y todos debemos experimentar esa alternativa. Nuestra humildad será recompensada por la gloria, ó nuestro orgullo castigado por el oprobio. En nosotros está elegir entre la gloria de la vida presente y la de la vida futura, entre una gloria pasajera y efímera y la gloria eterna, y en fin, entre la miserable gloria que dispensan los hombres y la gloria inmensa que Dios concederá á sus elegidos. Amén.

LA SEMILLA Ó LA PALABRA DE DIOS

Beati qui audiant verbum Dei.
Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios.

(Lucas, II.)

Así como Dios no tiene más que una sola naturaleza, tampoco tiene más que un solo pensamiento interior, un solo Verbo, una sola palabra. Así, la misma palabra de Dios que ha operado prodigios tan sorprendentes, tan admirables en el orden de la naturaleza, ha operado y opera perpetuamente prodigios más sorprendentes, más admirables en el orden de la gracia. La misma palabra de Dios que fecundó la nada, que creó todos los seres, que embelleció los cielos, que pobló la tierra, es la que ilumina las inteligencias, penetra los

corazones, doma las pasiones, confunde el error, persuade la verdad, destruye los vicios, hace germinar la virtud, cambia al infiel en cristiano, al pecador en justo, al hombre en ángel, y apartándole de su corrupción nativa, le levanta de esta tierra, por la cual se arrastraba como el irracional, y logra fije su vista allá en los cielos, su verdadero destino, como amigo de Dios que es por la gracia, hijo adoptivo y coheredero con Cristo de la gloria.

Por eso Jesucristo llama bienaventurados á los que escuchan dócilmente la palabra divina, la guardan cuidadosamente en la memoria, y la cumplen fielmente: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

El Salvador no se ha contentado con indicarnos como de paso en el Evangelio la excelencia y el fruto de la palabra divina y las disposiciones con que debe escucharse; ha querido además, en la parábola de la semilla, entrar en los más leves detalles sobre este punto. Esta importante parábola es la que me propongo, no explicar, puesto que el mismo Hijo de Dios la explicó á sus Apóstoles, sino desenvolver en toda su sencillez y según toda su importancia, á fin de que, instruidos de la excelencia, de las ventajas, de las riquezas, del poder de esta palabra divina, y al mismo tiempo de los obstáculos que la hacen ineficaz, procuremos tener las disposiciones necesarias para escucharla debidamente y así merezcamos la recompensa de la beatitud que Jesucristo nos ha prometido: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud. Ave María.*

El corazón amorosísimo de Jesucristo, hermanos míos, su ardiente deseo de procurar nuestro bien espiritual y nuestra salud, se ha manifestado en todas sus obras y en todos sus discursos. He aquí, pues, entre los testimonios de su tierno amor, las primeras palabras con que expuso la parábola de la semilla, cuando exclamó con acento de la más dulce caridad: «Un hombre salió á sembrar su simientes». La semilla de que nos habla el Señor es, como lo ha declarado El mismo, la predicación de la palabra divina; pero recordemos que Jesucristo ha dicho también: «He salido de mi Padre, y he venido á este mundo»; y además ha dicho: «Yo no he venido á este mundo más que para dar testimonio de la verdad». El hombre, pues, que sale á sembrar la semilla en su campo, no es otro, nos dice Raymón, según San Juan Crisóstomo, que Jesucristo mismo, que ha salido del seno de su Padre y ha venido al mundo; no cambiando de lugar, puesto que Dios se encuentra en todas partes, sino asumiendo una nueva existencia y haciéndose Hombre, ha venido á esparcir la semilla, es

decir, á predicar la doctrina evangélica, la misma que hasta ahora se encuentra en la Iglesia, y no cesa de repetirse y de enseñarse allí.

Pero notad, hermanos míos, toda la belleza y misterio que hay en esa expresión, su semilla, su semilla propia; porque la doctrina que Jesucristo ha venido á predicar en el mundo no es una doctrina extraña, sino la que le pertenece. Todo lo que anunciaban los Profetas lo decían en nombre del Espíritu de Dios, y no lo daban como una doctrina propia. Por eso se servían siempre de esta expresión: «He aquí lo que dice el Señor». Pero Jesucristo, en lugar de esta fórmula: «Dios me envía para deciros», se servía constantemente de esta otra: «Y Yo os digo»; porque Jesucristo posee la semilla celestial. Es preciso advertir igualmente: que la doctrina que predicaban San Pablo, San Juan, no les pertenece; no la poseen sino porque la han recibido. Sólo Jesucristo tiene propia esta divina semilla; porque no viene á revelar doctrinas y palabras tomadas de otro, puesto que por su naturaleza divina es el Verbo, la palabra, la sabiduría misma de Dios vivo, sino que El toma su palabra del fondo mismo de su naturaleza divina.

Pero en tanto que Hijo del hombre el Señor había dicho á los judíos: «Mi doctrina no es mía; pertenece al Padre que me ha enviado»; dijo en seguida á los Apóstoles: «Como mi Padre me ha enviado, Yo os envío. Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura. Quien á vosotros oye, á Mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á Mí me desprecia.» Resulta pues de esto evidentemente, que como el Padre celeste ha enviado á su Hijo para anunciar su doctrina al mundo, así Jesucristo no ha podido enviar á los Apóstoles y sus sucesores más que para predicar esa misma doctrina. Luego así como la doctrina de Jesucristo no es más que la del Padre celeste, así la predicación de los Apóstoles no es más que la doctrina de Jesucristo; porque «como el Padre está siempre en el Hijo y con el Hijo», así Jesucristo está siempre en los Apóstoles y con los Apóstoles, ó en la Iglesia y con la Iglesia. Quien fuere dócil á la voz de Jesucristo, será discípulo de Dios Padre; y lo mismo quien escuche dócilmente la predicación de los Apóstoles y de los ministros de la Iglesia, escucha también á Jesucristo: *Qui vos audit me audit.*

Por consecuencia, aunque miserables y pecadores, desde que somos ministros de la Iglesia, con la legítima misión de predicar recibida de la Iglesia, desde que tomamos por base de nuestra doctrina el Evangelio, por intérpretes las decisiones de la Iglesia, los sentimientos de los Padres, las máximas de los santos, los monumentos

venerables de la antigüedad sagrada, desde entonces tenemos la buena semilla destinada á sembrarse en el campo evangélico de las almas; y esta semilla es verdaderamente divina, está verdaderamente en nosotros en un sentido real y no figurado la palabra de Dios mismo; de Dios recibimos la materia, la fuerza, la autoridad de nuestros discursos; es Dios quien os exhorta por nuestra boca. Esta palabra la tenemos de Dios, la predicamos en compañía de Dios, os la traemos de parte y en nombre de Dios. Somos discípulos de la misma escuela, formados por el mismo Maestro, os predicamos la misma palabra, la misma doctrina que los doctores de la Iglesia han tomado de los Padres, los Padres de los Apóstoles, los Apóstoles de Jesucristo, y Jesucristo de Si mismo. Es, pues, la misma doctrina, la misma palabra divina que, saliendo del corazón de Dios, del espíritu de Dios, pasando por la divina boca del Hijo de Dios, y por El conservada siempre pura en boca de los hombres encargados por El de repetirla y anunciarla, queda siempre palabra de Dios; es Dios quien la dicta; Dios es el Autor de la misma. Verdad es que nosotros podemos tener la desgracia de engañarnos ó de engañar; pero al momento nos advierte la Iglesia, nos corrige, nos retira su mandato, su misión, nos condena al silencio. Pero en tanto que la Iglesia nos envía, nos sostiene, nos aprueba; en tanto que estamos con la Iglesia en unión de fe, de doctrina, de amor, somos el canal sagrado por donde las aguas saludables de esa fuente divina se esparcen sobre nosotros, ó más bien, somos la mano del divino Sembrador que esparce en la tierra de vuestras almas la semilla de su palabra.

¡Oh, qué bien comparada está á la semilla la predicación de la divina palabra! *Semen est verbum Dei!* Helo aquí:

Así como el trigo no se deposita grano á grano en el surco, sino que la mano del sembrador lo esparce en derredor en un terreno bien preparado, así la boca del predicador esparce la palabra sobre las almas de la atenta asamblea.

Así como la semilla es el principio de todas las plantas, de las hojas y los frutos, así en el proceder ordinario de la Providencia, á comenzar por la fe, la palabra de Dios es en el hombre el principio y la causa de la fe y de todas sus buenas obras. «La fe viene del oído», ha dicho San Pablo.

Así como la tierra, si no está sembrada, no produce más que inútiles yerbas, abrojos y espinos, así el terreno del corazón del hombre, si la palabra de Dios no le es anunciada, no produce más que pensamientos, afecciones, obras pecaminosas ó inútiles y vanas.

Si la semilla tiene necesidad del terreno, éste es fecundado por

aquella; y así como la palabra de Dios tiene necesidad de la cooperación del libre albedrío del hombre, toda virtud por parte del hombre, toda fuerza productiva de obras espirituales, sobrenaturales, divinas, agradables á Dios y meritorias de la vida eterna, depende de la palabra de Dios y de la gracia que ésta lleva consigo.

Así como las diversas especies de semillas producen diversas especies de granos, así las diversas sentencias de la doctrina evangélica producen diversas clases de virtudes.

Así como para que la semilla fructifique es preciso que el terreno esté roturado y labrado, así para que la palabra divina dé su fruto, es menester que el corazón que la recibe esté conmovido por el placer de escucharla, abierto con el surco de la humilde docilidad y de la pronta obediencia para practicar esta palabra.

Así como la semilla debe en la tierra calentarse y descomponerse para germinar, así la divina palabra en el secreto del corazón tiene necesidad de disolverse, de fermentar por el calor de la meditación y por los santos ardores de la oración.

Así como luego que el germen empieza á apuntar en la superficie es menester labrarlo alrededor para facilitar el desarrollo y arrancar las malas yerbas, así para que fructifique la palabra de Dios cuando comienza á germinar en el corazón, es menester arrancar las malas yerbas de los pensamientos, de las afecciones, de los cuidados profanos, empleando la hoz de la mortificación y la penitencia. La palabra de Dios es, pues, una semilla espiritual: *Semen est verbum Dei.*

Todas estas condiciones necesarias para que la divina palabra fructifique en los corazones, nos las ha indicado magistralmente Jesucristo en la parábola.

Pero ¿por qué la palabra de Dios, palabra de vida que da y substituye la gracia, que otros siglos, otros pueblos vieron tan fecunda, tan poderosa en prodigios, hasta persuadir la humildad en la grandeza, la penitencia en las delicias, el desprendimiento en la opulencia, esa palabra que ha enriquecido los desiertos con los despojos del mundo y ha hecho brillar en el mundo las virtudes del desierto, por qué esta palabra está hoy sin fuerza, sin vigor entre nosotros? ¿Por qué, lejos de renovar entre nosotros sus antiguos prodigios, nos deja en las garras de nuestros vicios y nuestras pasiones?

Escuchad, hermanos míos; Dios ha elegido el hombre para escuchar, instruir, evangelizar, santificar á los hombres; pero no ha querido que la eficacia de los ministerios confiados al hombre dependa de la virtud del hombre; de otra manera los hombres habrían debido al hombre su santificación y su salud. La eficacia de la palabra divina

ha sido, pues, unida, no á la santidad del ministro, sino á la divinidad del ministerio; ha sido unida á la palabra del hombre, en tanto que habla en nombre de Jesucristo, ó más bien en tanto que Jesucristo habla en el hombre, en tanto que lo que dice el hombre es la palabra de Dios: *Semen est verbum Dei.*

En este ministerio el hombre nada es, Dios lo es todo: «Ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios que da el crecimiento.» He ahí la diferencia que existe entre la elocuencia sagrada y la profana. Esta debe su poder al talento, á las cualidades, al arte del hombre; aquella lo debe todo al Espíritu, á la gracia de Dios. Obtener el perdón de un acusado, ganar un pleito, hacer pasar una ley, una medida puramente política, hacer que todo un pueblo abrace el partido de una paz humillante ó de una guerra ruinosa, son triunfos que puede obtenerlos el orador político ó civil con sólo los resortes de la retórica. Pero elevar al hombre hasta los sentimientos que rehusan la naturaleza corrompida, persuadirle á renunciar á sus vicios, á sus pasiones, á sí mismo, hacer del pecador un santo, es un éxito que no puede obtenerse por un hombre con sus solos recursos y sus solos esfuerzos. El más grande orador no puede conseguirlo; y si lo consigue, aunque parece ser el hombre, es Dios quien ha operado el prodigio. *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat; sed qui incrementum dat, Deus.* El corazón de los hombres no está entre las manos del predicador, sino en las de Dios. Su conversión y la reforma de sus costumbres no depende de nuestra elocuencia, sino de la gracia divina. En vano hablamos si estamos solos, si Dios no habla en nosotros y con nosotros. Somos los instrumentos y no los actores, la ocasión y no la causa de las conversiones. Nuestros talentos, nuestros esfuerzos, nuestros sacrificios, no tienen por eso ninguna fuerza; después de haber hecho todo lo que hemos podido, es nuestro deber confesar que somos siervos inútiles, y que no podemos hacer ninguna otra cosa.

Pero si nuestra habilidad, nuestras virtudes no pueden acrecentar en nada la eficacia de la palabra divina, nuestros defectos, nuestros vicios no pueden debilitarla; lo mismo nuestra habilidad que nuestras virtudes, sin la gracia del ministerio, de nada sirven, así como nuestros defectos no pueden tampoco impedir el éxito. Cualquiera que sea el hombre que Dios haya empleado, ya sea Moisés ó Balaam, Pedro ó Judas, Juan ó Caifás, Dios habla siempre por boca de su ministro legítimo; y por consecuencia, cualquiera que sea el ministro, depende de los oyentes hacer útil ó infructuoso el ministerio.

La palabra santa por sí misma es capaz de esclarecer todas las inteligencias, de subyugar todos los corazones, de destruir todos los vicios, de hacer abrazar todas las virtudes: «La semilla que fecundiza las almas es la palabra de Dios.» Si escuchada por todos no produce sus frutos más que en algunos, proviene de la naturaleza del terreno, es decir, de la falta de los oyentes, de los cuales sólo una pequeña parte constituye la buena tierra.

La palabra evangélica es la doctrina más noble en su origen, puesto que viene de Dios; es una doctrina de la más alta importancia, puesto que Dios se digna predicarla con nosotros; es una doctrina de la mayor estima, puesto que la predicamos en nombre de Dios; y por lo tanto, debe ser recibida con humildad, con atención, con amor. Debemos guardarnos de ir á escucharla por curiosidad, de recibirla con indiferencia.

Así como podemos tener una doble intención cuando vemos las pinturas y estatuas de los santos: esto es, ó edificarnos venerándolas por un sentimiento religioso, ó bien tener el placer de admirar el arte, así también hay dos maneras de escuchar la palabra de Dios: la una, de los que vienen á oír á Dios que habla por boca del hombre, y la otra, de los que quieren únicamente saber cómo el hombre habla de Dios; la una, para recibir la instrucción divina, la otra para admirar las gracias y los artificios de la elocuencia humana. Estos últimos no tienen oídos para oír; no vienen más que para repetir en seguida los más bellos pasajes, las frases, los rasgos más elocuentes, como se hace de una canción que se ha oído, de un aire musical que ha gustado en el teatro. Dios había dicho ya tocante á este punto al profeta Ezequiel: «Escuchan los discursos, y no los ponen en práctica; los toman como cantos frívolos.»

La palabra divina, que alimenta el alma y la prepara á la vida eterna, no es menos un don de Dios que el alimento que nutre el cuerpo y sostiene la vida temporal. Por un puro efecto de la misericordia divina, estamos nosotros en posesión de ese pan de vida y de inteligencia de que los judíos se hicieron indignos por su ingratitude.

Echemos una mirada sobre tantos pueblos sumidos aún en las tinieblas de la herejía, de la superstición, de la infidelidad; mientras que entre nosotros brilla la luz del Evangelio en todo su esplendor, allí no se oye una palabra salida de la boca del divino Maestro; mientras que entre nosotros, en los templos y en todas partes, resuenan las divinas lecciones, allí, bajo un cielo de bronce, sobre la tierra árida y seca, no germina un solo grano del trigo de los elegidos; mientras nosotros tenemos cuanto necesitamos en los graneros in-

agotables de la verdadera Iglesia, allí jamás se oye una conversación edificante, una sola palabra de Dios; mientras que casi á todas las horas del día tenemos nosotros exhortaciones y explicaciones de los misterios de Dios y de sus santas leyes, mientras que entre vosotros casi cada discípulo encuentra un maestro, allí pueblos enteros no tienen un solo apóstol, un solo predicador.

¿Qué hemos hecho para merecer tales ventajas? ¿Qué han hecho ellos para no obtenerlas? ¿Son nuestras virtudes ó sus crímenes lo que ha producido esa desigualdad tan grande? ¡Ah! ¡Es, Dios mío, vuestra sola condescendencia, vuestra sola misericordia, vuestra sola predilección por nosotros quien ha hecho ese discernimiento adorable! ¡Y por eso, compadeciéndo la triste condicion de tantos infieles, debemos continuar bendiciéndonos por nuestra suerte dichosa! Comprended, pues, cristianos, el precio de un favor divino tan manifiesto, de una gracia tan señalada; gozémola para nuestro bien, á fin de que un día no se nos retire para nuestra condenación.

Escuchemos la palabra santa con respeto, y practiquémosla con fidelidad; porque los dichosos no son los que solamente la hayan escuchado, sino los que la conservan en su corazón con amor, la practican con sus obras: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

Quando los reyes de la tierra envían á sus ministros para anunciar sus voluntades á los pueblos, con cuánto respeto se les acoge, con cuánta atención se les escucha, con qué prontitud se les obedece! Entonces, con cuánto mayor respeto debe acogerse, con cuánta mayor docilidad debe escucharse á los predicadores cristianos, que vienen á notificarnos las voluntades eternas del gran Monarca de los cielos!

¿Pero con qué disposiciones se viene á oír la predicación? Cada uno se cree llegado á la perfección, é irrefutable en materia de moral y religion, de manera que juzga que con respecto á esto nada tiene que recibir. Se va pues, al sermón, los unos por curiosidad, los otros por costumbre; quién por ligereza ó por respeto humano, quién para criticar ó para admirar al orador. Muy pocos van para sacar el provecho espiritual y escuchar la palabra de Dios. La mayor parte no van como cristianos que creen, sino como censores que examinan, como jueces que deciden, como filósofos que desdennan, como mundanos que buscan un pasatiempo. Si con tales disposicionesuviésemos nosotros el espíritu de los apóstoles y de los profetas, no sacaríamos ningún fruto de nuestras predicaciones.

¿No eran profetas Isaias, Jeremias, Elias y Juan Bautista? ¿No

eran apóstoles Pedro, Pablo y Santiago? ¿Y qué fruto obtuvieron con sus predicaciones, de aquellos hombres dominados por la lujuria y por el orgullo, de aquellos hombres que no los escucharon sino con un espíritu de maligna curiosidad, soberbia ó indiferencia?

¡Ah! Ya os lo hemos dicho y no cesaremos de repetirlo: las virtudes del predicador no hacen las virtudes de un pueblo, sino las virtudes, las buenas disposiciones del pueblo son las que dan el éxito al predicador. Si fueseis lo que debéis ser, humildes, dóciles, ávidos de recoger la semilla de la divina palabra, vuestras disposiciones suplirían la habilidad que nos falta. La semilla divina, al caer en una buena tierra, daría frutos abundantes; pero mientras seáis vanos, frívolos, disipados, orgullosos, corrompidos, endurecidos, obstinados contra todo lo que podría conovoveros, penetraros de compuncion y convertirlos, la semilla divina, en un terreno tan miserable, tan seco, tan duro, tan lleno de abrojos, aunque fuese esparcida por la mano y con el espíritu de los apóstoles, no fructificaría jamás.

Procuremos, pues, ir á oír los sermones con las disposiciones necesarias, y llevar un corazón dócil y lleno de sinceridad, un ardiente deseo y una afección verdaderamente piadosa. Esforcémonos en que la semilla divina caiga en buen terreno y bien preparado: *In terram bonam.* Sólo así será pronta la germinación y bueno el fruto. Para una alma sincera y fiel, no hay discurso inútil. Dios habla siempre para quien quiere escucharle. El Espíritu Santo hará lo que el hombre no puede hacer; dirá en secreto lo que el hombre no puede decir. El mas mediano predicador será con tales oyentes un apóstol y un profeta, y entonces la santa predicación será para cada uno de nosotros una semilla que fructifica, una antorcha que alumbra, una doctrina que instruye realmente, un elemento que sostiene, una bebida que restaura, un bálsamo que da la salud, una llama que destruyendo todo lazo profano, encenderá en nosotros el fuego del amor divino, y nos asegurará la beatitud prometida á los que escuchan con docilidad, conservan cuidadosamente y cumplen con fidelidad la palabra divina: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

PARÁBOLA DE LA OVEJA DESCARRIADA

In dico vobis gaudium erit coram angelo Dei super uno peccatore penitentiam agentem.

Así es digo que habrá gozo delante de los Angeles de Dios por un pecador que hace penitencia.

(S. Lucas, c. 15, v. 10.)

El Evangelio, hermanos míos, nos dice que se acercaban á Jesús los publicanos y pecadores, para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Este recibe á los pecadores y come con ellos.» Estas palabras presentan á nuestra meditación tres objetos importantes: el apresuramiento de los pecadores por acercarse á Jesucristo; su indulgente bondad para con ellos, y la maldad de los fariseos para con el Salvador. Jesucristo hubiera podido fácilmente confundir á los fariseos, desenmascarándolos y poniéndolos en parangón con aquellos mismos pecadores, mucho menos culpables en realidad que los que hacían un crimen el recibirlos. También hubiera podido decirles que, pues les permitía á ellos que se le acercasen, á pesar de su orgullo, dureza, hipocresía y otros vicios, no debían extrañar que admitiese en su compañía hombres cargados de culpas mucho menos graves. Pero su extremada dulzura estaba muy lejos de tomar esas represalias, que más sirven para enajenar los ánimos que para atraerlos. En el transcurso de su carrera le vemos siempre acusado y no usar jamás de una recriminación, y entonces es cuando más testifica á los escribas y fariseos la indulgencia que le echaban en cara por los publicanos y pecadores. Contentábase siempre con desengañarlos y esclarecerlos, y para evitar cuanto pudiese tener un tono de reproche, oculta las lecciones que les da con el velo de las parábolas.

Y les propuso esta parábola, diciendo: ¿Quién de vosotros es el hombre que tiene cien ovejas, y si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va á buscar la que se había perdido, hasta que la halla? Y cuando la hallare, la pone sobre sus hombros gozoso, y vienen

do á casa, llama á sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dañme el parabién, porque he hallado mi oveja que se había perdido. O ¿quién mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende el candil y barre la casa y busca con cuidado hasta hallarla? No es difícil comprender el sentido de estas dos parábolas ó alegorías, pues, evidentemente, se nos descubre lo que Jesucristo quiso manifestarnos, que es su bondad y misericordia en llamar y recibir al pecador. Discurramos sobre tan dulce misterio de amor. Ave María.

El dueño de las ovejas de que nos habla el Evangelio en esta parábola, hermanos míos, es el mismo Jesucristo, Señor de todos nosotros. Mientras que estamos en el mundo somos sus ovejas, á quienes él ama, á quienes prodiga sus más tiernos cuidados, á quienes conduce por su propia voz y la de los pastores que nos concede, á quienes alimenta con su propia carne y su propia sangre, y á quienes defiende con su gracia del lobo voraz que nos cerca y procura devorarnos. Pero al representarse á sí mismo bajo este emblema, nos muestra con su ejemplo lo que deben ser aquellos á quienes él confía la custodia de su rebaño, cuya solicitud asocia á la suya, para conducirlo, alimentarlo y defenderlo. La oveja perdida de que él nos habla, es esa infortunada multitud extraviada en las sendas del pecado, en pos de la cual corría Jesucristo, y que constituía como el mismo dice, el objeto principal de su ministerio y de su celo.

Al abandonar las noventa y nueve ovejas en el desierto, para correr en pos de la que se ha perdido, quiere hacernos comprender que él la prefiere y que la ama sobre todas las otras? Desechemos este pensamiento, injurioso para su bondad y justicia. Las almas justas que, siguiéndole con fidelidad, no se separan nunca de él, serán siempre el objeto de su predilección. Si emplea más cuidado con las almas perdidas, conserva siempre más ternura hacia las que le son fieles. El mide sus socorros, no por el amor que consagra, sino por las necesidades que encuentra. Así, pues, y el mismo nos ofrece esta comparación, no es al que goza de buena salud á quien el médico prodiga sus cuidados, sino á los enfermos. Aunque corre tras de la oveja perdida, Jesucristo no pierde de vista á las que han permanecido fieles. Su vista, siempre fija sobre ellas, vela continuamente por sus necesidades; si las deja en el desierto, no es porque las tenga abandonadas, sino que las aleja del contagio del mundo y las preserva de los peligros que en él corren.

Jesucristo no se contenta con buscarla ligera y momentánea, sino que corre en pos de la oveja perdida, constantemente, con per-

severancia y sin desalentarse, hasta que al fin llega á encontrarla. Bien saben todos aquellos que han tenido la dicha de ser apartados de sus extravíos, con cuánta misericordiosa insistencia los ha seguido el Redentor, lleno de bondad, con sus invitaciones, con sus exhortaciones, con su tierna solícitud y gracias de toda especie. ¡Ah! sin esta indulgencia incansable, ¿cuántos de ellos estarían aún bajo el vergonzoso peso de sus pecados! ¿Cuánto tiempo han dejado pasar sin querer rendirse á sus instantias! ¿Cuántas inspiraciones han rechazado, cuántas ocasiones han perdido, cuántas gracias han repugnado, antes de volver á los brazos que el les tendía! Y los que permanecen aún en un funesto alejamiento de él, ¿pueden desconocer todo lo que hace el buen Pastor para conducirlos de nuevo al redil? ¿Pueden ser sordos á su voz paternal, que de tantas maneras los llama? Unas veces les inspira útiles recordamientos, otras les hace experimentar una saludable confusión por sus faltas; ya los atrae con ejemplos patentes de virtud, ya los aterra con terribles espectáculos de muertes repentinas; á veces aparta de ellos las ocasiones peligrosas, y á veces deshace los criminales vínculos, empleando sucesivamente la voz de sus pastores y el lenguaje, más enérgico aún, de los acontecimientos. ¡Y es Dios el que se digna observar esta conducta con los hombres! Dios, el ofendido, el ultrajado, es el que da testimonio de su inalterable paciencia y de su bondad inagotable para con el hombre, que no deja de corresponder á estas pruebas de amor con nuevas ofensas y nuevos ultrajes! ¡Ah! Si nuestro espíritu se pierde, se confunde y se ahisma en la contemplación de la infinita misericordia, ¿es menos incomprensible nuestra ingratitude obstinada?

Por fin, á fuerza de correr tras la oveja perdida, el divino Pastor llega á encontrarla. ¡Tan perseverantes y continuos han sido los cuidados y los afanes que ha empleado para conseguirla. Aquí es donde sobre todo se manifiesta toda la magnitud de su caridad. No se irrita contra ella por su fuga, no se queja de las incomodidades que le ha causado, ni de la fatiga que le ha producido. Toda su ocupación ha consistido en conducirla al redil que había abandonado, y donde volverá á encontrar su tranquilidad y ventura. Al verla fatigada por su largo extravío, cansada de andar errante, abatida y lánguida por todo lo que acaba de sufrir, muévela la debilidad á que la ve reducida, y toma sobre sí el trabajo de la vuelta, á fin de evitárselo; y causado como está de haberla seguido tanto tiempo, la toma sobre sus hombros y la lleva, sin dejarla en todo el camino, hasta que llega á depositarla en medio del rebaño.

Uno de los principales obstáculos para la conversión de los pecadores es la idea sombría y espantosa que se forman de ella. Representanse el camino de la penitencia erizado de dificultades y de fatigas, y es el enemigo de la salvación el que, á fin de guardar en su poder á los que se le han sometido, exagera á sus ojos los sacrificios y las austeridades que Dios les ha de exigir para recibirlos en su servicio. ¿Cuántas conversiones próximas á operarse, y á veces hasta ya comenzadas, ha detenido esta fatal prevención! Almas extraviadas, á quienes la gracia solicita para que volváis á ella; que deseáis y teméis á un mismo tiempo rendiros á sus invitaciones; que flotáis inciertas entre el terror de los suplicios, que deben castigar vuestros crímenes, y el de los rigores, que deben expiarlos; que no tenéis ni la firme intrepidez de desafiar al infierno, ni el santo valor de hacer lo que es preciso para evitarlo; que permanecéis en vuestro pecado únicamente porque os encontráis en él y porque creéis muy penosa la salida... ¡Ay! aun cuando fuese cierto que la penitencia debe ser tan pesada como os lo figuráis, y que estos ejercicios son tan rigurosos como vuestra imaginación ós los presenta, ¿no sería todavía para vosotros un deber el entregaros á ellos, y una felicidad el poder evitar á tal precio los horribles males que os amenazan, y merecer los inmensos bienes que os están ofrecidos? Sobreponéis á ese pensamiento, tan funesto como falso. Os engañáis lastimosamente al creer que seréis más desgraciados en vuestra penitencia que lo sois en vuestra culpa. Es verdad que la penitencia tiene sus rigores, y sería por nuestra parte una prevaricación el ocultárselo; pero el prisma por el cual los veis, los abulta á vuestros ojos. La penitencia tiene sus rigores, pero también tiene sus dulzuras, que la misma ilusión sabe ocultaros, que no conocéis y de que no podéis formaros una idea. Preguntad á los que, más valerosos que vosotros, han vencido al enemigo que vosotros teméis atacar á los que, habiéndolos precedido en el sendero del crimen, teméis seguir en el del arrepentimiento. Ellos solos pueden comparar el estado en que os encontráis con el en que ellos se hallan; ellos solos tienen la experiencia de las ventajas y de los inconvenientes del vicio y de la virtud, y de las penas y satisfacciones que siguen á la una y al otro. Todos, sin excepción alguna, os responderán que el yugo del Señor, con que se hallan cargados, es mucho más leve que la cadena de su enemigo, de que se han visto libres. Atreveos á la empresa, y todo lo que hoy os parece impracticable os parecerá sencillo. Para evitaros la fatiga de volver hacia él, el mismo Dios, como os lo tiene ofrecido, os tomará sobre sus hombros, y os llevará, conduciéndoos por la senda que

juzáis tan penosa. Atreveos á la empresa, y todo lo que se os hace duro y gravoso os parecerá dulce y agradable. Cuando los hayáis abandonado, no echaréis ya de menos esas inclinaciones y esos vínculos vergonzosos, de que hoy creéis imposible el separaros. En lugar de esos falsos bienes, de que os desengañaréis bien presto, gustaréis con placer las dulzuras de la inocencia, los encantos de la piedad, la calma de la conciencia, la alegría de estar bien consigo mismo, el goce de la amistad de Dios y la esperanza de sus infinitas recompensas; y lo que no podéis comprender, lo que sobrepaja á todos vuestros pensamientos, que son los consuelos íntimos que Dios derramará en vuestra alma, los encantos que su gracia prestará hasta á los mismos ejercicios de vuestra penitencia; los placeres de que rodeará hasta vuestras mortificaciones, endulzando su amargura, haciéndooslas desear tanto como ahora las teméis, y haciéndoos encontrar en ellas tanto placer, como tormento habíais creído encontrar.

Jesucristo reúne á la parábola de la oveja descarriada, la de la dracma perdida, porque ambas tienen un mismo objeto y en ambas nos ofrece la imagen de la misericordiosa bondad con que busca á los pecadores, enseñándoles el modo de corresponder á ella, y enseñando al mismo tiempo á los pastores cómo deben secundar su beneficencia. Pero en esta última añade algunas circunstancias, cuya meditación puede ser en extremo útil.

La mujer pobre que, no teniendo más que diez dracmas, ha perdido una, se da prisa á buscarla tan pronto como advierte su pérdida, empleando al objeto todos sus afeines y cuidados. Asimismo el que se reconozca culpable de un pecado debe al instante, y sin diferirlo, tratar de recobrar la perdida inocencia. Toda dilación en este asunto podría serle fatal. En efecto, ¿puede saber si el que ha prometido venir, cuando menos se le espere, lo vendrá á sorprender en tal estado y á pedirle la cuenta que hemos de dar todos? Y aun cuando, lo que es muy difícil, estuviese seguro de tener tiempo de hacer penitencia, ¿puede estarlo también de que tendrá voluntad para ello? ¿No debe saber que el pecado es un peso que arrastra hacia otro pecado; que el que persevera en la culpa se aficiona á ella; que con la afición se contrae el hábito; que la conversión se hace más difícil cuanto más se difiere; y que, por consecuencia, estas dilaciones deben hacerle temer lo todo, tanto de Dios como de sí mismo? El pecador, pues, debe procurar ofrecer á su consideración estas importantes verdades, y convencerse de los peligros que encierran estas dilaciones, y así, poner término á tan funestos retardos.

A ejemplo de la mujer que, para hallar su dracma, comienza por encender la luz, el pecador debe procurar, con la gracia divina, que la antorcha de la fe le ilumine. A la claridad de esta llama celeste, disipando las tinieblas con que el pecado ofusca su alma, le hará estudiar, así la ley que él ha infringido como la sentencia que le condena; le hará comprender el término de sus placeres, el extremo á donde le conducen y los castigos espantosos que han de ser su consecuencia. Con este resplandor brillante penetrará hasta en lo más íntimo de la conciencia del pecador, tanto para darle el más perfecto conocimiento de sí mismo, como para que se confunda por sus pecados más recónditos, hasta aquellos de cuya confesión el mismo se avergüenza. Pero ¡ay! ¡cuántos pecadores, deslumbrados por el falso resplandor del vicio, toman, según la expresión del Profeta, la luz por las tinieblas y las tinieblas por la luz, y se complacen en permanecer en la obscuridad donde se hallan sumergidos! ¡Sus ojos, semejantes á los de las aves nocturnas, debilitados por la costumbre de vivir entre las sombras, al verse heridos por los rayos del sol de la verdad, temen su luz, y se cierran voluntariamente para no percibir sus resplandores! Este es el colmo de la desgracia. La ceguera más incurable es aquella que no se quiere curar. ¿Qué esperanza puede haber por el que se priva á sí mismo de todos los recursos?

La mujer de nuestra parábola no se limita á encender luz para ver donde puede estar la dracma que se le ha perdido. El mismo Jesús nos la representa infatigablemente ocupada en barrer la casa donde la espera encontrar, la busca con un cuidado extremo por todos los rincones y hasta en las barreduras. Así pues, no basta al pecador haber reconocido, al resplandor de la antorcha de la fe, todos sus pecados en su horrible fealdad y todas las penas que por ellos ha merecido, ni el haber vuelto en sí por este conocimiento; sino que le es necesario barrer su alma, limpiarla de todas las inmundicias que la infectan, desembarazarla de todos los afectos corrompidos, de todos los deseos desordenados, de todas las inclinaciones viciosas y de todos los hábitos criminales que en ella ha dejado acumular. En el fondo de este montón de podredumbre es donde encontrará su dracma perdida; su inocencia, que debió de ellas ha estado oculta y que por ellas ha sido manchada. Sólo barriendo fuertemente y echando fuera toda esa inmundicia, es como podrá devolver á su alma su primitiva candidez, adquirida con el agua del bautismo. Pero será infructuoso el buscar esta preciosa dracma, en tanto que su casa no esté completamente limpia y libre de todas las inmundicias y fealdades. La penitencia es nula cuando no es completa y mientras se con-

serve el alma cargada de todos sus pecados, aun cuando quede uno solo, ó siquiera la afección hacia alguno de ellos. El pecado hacia el cual se siente una tan pertinaz inclinación es el que se debe barrer primero. La desgraciada complacencia en una pasión favorita, que se supone inocente y que, por lo tanto, no se procura desarraigar, es la que hace tantas conversiones imperfectas, y, por consiguiente, inútiles. ¡Desgraciados! han sufrido todas las fatigas de la penitencia, y no han reportado el provecho; han sembrado, y no cogen. ¡Estos son tanto más dignos de lástima, cuanto que no conocen su estado! En mitad del sendero del crimen se creen en las vías de reconciliación, y la conciencia artificial que se han formado, en lugar de ilustrarles sobre sus peligros, contribuye todavía á engañarlos.

Y después que la ha hallado, junta las amigas y vecinas y dice: Dadme el parábola, porque he hallado la dracma que había perdido. Así os digo que habrá gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia. Jesucristo aplica esta conclusión sucesivamente á las dos parábolas, para que nos fijemos en ella con una atención particular. Por este medio quiere excitar más todavía á los pecadores á la conversión, manifestándoles toda la alegría que causará, no sólo en la tierra, sino hasta en el cielo.

Esos vecinos, esos amigos que ruegan, el pastor que ha encontrado la oveja extraviada y la mujer que ha hallado la dracma perdida; los que les dan el parabién por su felicidad y se regocijan con ellos, son todas las almas justas, todos los santos de la tierra. Mientras que en sus conventículos los malvados se afligen de ver á uno de sus semejantes apartarse de su sociedad, y contrariando sus resoluciones con intrigas, sarcasmos y bafa, se esfuerzan por detener su vuelta hacia Dios, por arrancarle de su marcha regular y atraerle de nuevo á sus maldades; las almas religiosas se complacen y lo celebran. La caridad de que se hallan animados convierte en felicidad personal la de cualquiera de sus hermanos; se reúnen con avidez al rededor del nuevo prosélito de la virtud, le felicitan por haber venido á participar de la ventura que ellos gozan, se felicitan á sí mismas por haberle adquirido para sus santas reuniones, se unen á él para dar por ello las gracias al Autor de todo don perfecto, y secundan sus esfuerzos con sus votos, le alientan con su ejemplo y le sostienen con sus exhortaciones.

Y el cielo también se digna participar de esta alegría, y parece como que la felicidad infinita se hace entonces susceptible de aumentarse. La conversión de un pecador es una nueva dicha para los espíritus bienaventurados, un nuevo asunto para sus cánticos de alabanza y para sus actos de agradecimiento.

Pecadores vueltos á la gracia, contemplad en lo alto de la ciudad celeste á los ángeles y á los santos aplaudiendo vuestros esfuerzos generosos; preparándoos un lugar entre ellos, llamándoos con sus fervientes votos é instándoos para que acabéis de haceros dignos de participar de su compañía. Corresponde por vuestra parte á sus invitaciones afectuosas, y después de haber alcanzado de la divina gracia tantos preciosos favores, mereced el último de todos, sin el cual los demás no son nada, y que es el complemento de todos ellos: el don de la perseverancia. *Amén.*

MILAGROS DE JESUCRISTO

Respondens dixit illis: euntes, renuntiate Joanni quem euistis et vidistis: quia ecce eicit, et multi habitant, leprosi mundantur, surdi audiant, mortui resurgunt.

Contestando Jesús á los discípulos de Juan, el Bautista, les dijo: Volved, y referid á Juan lo que habéis oído y visto; esto es, que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan curados, los sordos oyen y los muertos resucitan.

(S. LUCAS, c. 7, v. 22.)

Durante el segundo año del ministerio evangélico de Jesucristo, el Bautista, su santo precursor, estaba encarcelado. Este glorioso amigo del Mesías preveía que no había de tardar en sucumbir al odio de sus enemigos; y quiso que, antes de su muerte, los discípulos que le seguían en su predicación conocieran á Jesucristo. La empresa no era fácil, porque los discípulos de Juan estaban llenos de prejuicios y prevenções. Vieron que Jesús acudió humildemente, como la generalidad de los judíos, á recibir el bautismo de Juan, y creyeron que éste, por sólo dicho acto, había adquirido una especie de superioridad sobre Jesús. Poco tiempo más tarde vieron que Jesús reunía, á su vez, discípulos, se hacía seguir por ellos, bautizaba, predicaba

serve el alma cargada de todos sus pecados, aun cuando quede uno solo, ó siquiera la afección hacia alguno de ellos. El pecado hacia el cual se siente una tan pertinaz inclinación es el que se debe barrer primero. La desgraciada complacencia en una pasión favorita, que se supone inocente y que, por lo tanto, no se procura desarraigar, es la que hace tantas conversiones imperfectas, y, por consiguiente, inútiles. ¡Desgraciados! han sufrido todas las fatigas de la penitencia, y no han reportado el provecho; han sembrado, y no cogen. ¡Estos son tanto más dignos de lástima, cuanto que no conocen su estado! En mitad del sendero del crimen se creen en las vías de reconciliación, y la conciencia artificial que se han formado, en lugar de ilustrarles sobre sus peligros, contribuye todavía á engañarlos.

Y después que la ha hallado, junta las amigas y vecinas y dice: Dadme el parábola, porque he hallado la dracma que había perdido. Así os digo que habrá gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia. Jesucristo aplica esta conclusión sucesivamente á las dos parábolas, para que nos fijemos en ella con una atención particular. Por este medio quiere excitar más todavía á los pecadores á la conversión, manifestándoles toda la alegría que causará, no sólo en la tierra, sino hasta en el cielo.

Esos vecinos, esos amigos que reunen, el pastor que ha encontrado la oveja extraviada y la mujer que ha hallado la dracma perdida; los que les dan el parabién por su felicidad y se regocijan con ellos, son todas las almas justas, todos los santos de la tierra. Mientras que en sus conventículos los malvados se afligen de ver á uno de sus semejantes apartarse de su sociedad, y contrariando sus resoluciones con intrigas, sarcasmos y befa, se esfuerzan por detener su vuelta hacia Dios, por arrancarle de su marcha regular y atraerle de nuevo á sus maldades; las almas religiosas se complacen y lo celebran. La caridad de que se hallan animados convierte en felicidad personal la de cualquiera de sus hermanos; se reúnen con avidez al rededor del nuevo prosélito de la virtud, le felicitan por haber venido á participar de la ventura que ellos gozan, se felicitan á sí mismas por haberle adquirido para sus santas reuniones, se unen á él para dar por ello las gracias al Autor de todo don perfecto, y secundan sus esfuerzos con sus votos, le alientan con su ejemplo y le sostienen con sus exhortaciones.

Y el cielo también se digna participar de esta alegría, y parece como que la felicidad infinita se hace entonces susceptible de aumentarse. La conversión de un pecador es una nueva dicha para los espíritus bienaventurados, un nuevo asunto para sus cánticos de alabanza y para sus actos de agradecimiento.

Pecadores vueltos á la gracia, contemplad en lo alto de la ciudad celeste á los ángeles y á los santos aplaudiendo vuestros esfuerzos generosos; preparándoos un lugar entre ellos, llamándoos con sus fervientes votos é instándoos para que acabéis de haceros dignos de participar de su compañía. Corresponde por vuestra parte á sus invitaciones afectuosas, y después de haber alcanzado de la divina gracia tantos preciosos favores, mereced el último de todos, sin el cual los demás no son nada, y que es el complemento de todos ellos: el don de la perseverancia. *Amén.*

MILAGROS DE JESUCRISTO

Respondens dixit illis: euntes, reunite Joanni que custodit et videtis: quia ecce euntes, et multi habitant, leprosi mundantur, surdi audiant, mortui resurgunt.

Contestando Jesús á los discípulos de Juan, el Bautista, les dijo: Volved, y referid á Juan lo que habéis oído y visto; esto es, que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan curados, los sordos oyen y los muertos resucitan.

(S. LUCAS, c. 7, v. 22.)

Durante el segundo año del ministerio evangélico de Jesucristo, el Bautista, su santo precursor, estaba encarcelado. Este glorioso amigo del Mesías preveía que no había de tardar en sucumbir al odio de sus enemigos; y quiso que, antes de su muerte, los discípulos que le seguían en su predicación conocieran á Jesucristo. La empresa no era fácil, porque los discípulos de Juan estaban llenos de prejuicios y prevenencias. Vieron que Jesús acudió humildemente, como la generalidad de los judíos, á recibir el bautismo de Juan, y creyeron que éste, por sólo dicho acto, había adquirido una especie de superioridad sobre Jesús. Poco tiempo más tarde vieron que Jesús reunía, á su vez, discípulos, se hacía seguir por ellos, bautizaba, predicaba

su Evangelio, apoyaba su predicación en la multitud de milagros que realizaba y atraía sobre sí la atención general. Celosos de la opinión de su Maestro, creyeron que ésta iba á disminuir, que su ministerio se desacreditaría insensiblemente y que debían oponerse á que así sucediera. Animados de estos pensamientos, fueron á buscar á Juan, refiriéronle lo que habían visto y le dieron á conocer sus quejas.

Maestro, le dijeron, ese hombre que estubo contigo en Betania, del otro lado del Jordán, y á quien tu modestia te hizo dar un testimonio tan glorioso, lejos de estarle agradecido, usurpa tu ministerio y te sustrae tus discípulos. Porque ahora es él quien bautiza; las muchedumbres se agrupan en derredor de él, y si tú no te opones eficazmente, te verás bien pronto abandonado, Juan se compadecía de la ceguedad y del falso celo de sus discípulos. Creyeron éstos alarmarle, y fué aquella la noticia más grata que podían comunicarle. Hijos míos, les dijo, ¿no veis que ése de quien me habláis ejerce un poder que no son capaces de dar los hombres? Fuerza es, pues, confesar que lo ha recibido de Dios y que le viene del cielo; juzgad, por esto, de la grandiosidad del ministerio que ejerce. En cuanto á mí, públicamente lo he dicho, y vosotros lo sabéis: yo no soy el Cristo; soy solo el enviado delante de él, como precursor suyo, para prepararle el camino. Os quejáis de que su gloria oscurece la mía, y en eso consiste precisamente mi triunfo. Es preciso que su reputación brille y se extienda, que el éxito de sus trabajos se multiplique, que el ruido de sus milagros se difunda, que la gloria de su nombre vaya siempre en aumento; pero también es preciso que, á medida que él vaya siendo más conocido, la opinión que de mí ha formado el pueblo disminuya y se anule.

Este misterioso discurso, en el cual el Bautista tan delicadamente trató la adhesión de sus discípulos, calmó las preveniciones de éstos, mas no logró destruirlos. El tiempo, mientras tanto, corría; Jesucristo continuaba ejerciendo su divino ministerio y se hacía cada vez más celebre por la sublimidad de su doctrina y por los admirables prodigios que continuamente obraba. La resurrección del hijo de la viuda de Naim hizo tanto ruido en la Judea y sus contornos, que los discípulos de Juan fueron nuevamente á verle en su prisión y le contaron con celosa inquietud este milagro y todos los que sabían que Jesús realizara desde que había reunido sus apóstoles. El Bautista, queriendo curar esta mala disposición de sus discípulos y darles ocasión de que por sí mismos reconocieran que Jesús era el Mesías, eligió dos de sus adeptos y les dijo: Id á encontrar á Jesucristo y preguntadle en mi nombre: ¿Eres tú el que debé venir á salvar el mundo, ó debemos esperar otro salvador?

La comisión se realizó; los discípulos del Bautista encontraron al Salvador rodeado de enfermos de todas clases. Tal era su séquito ordinario, y difícil hubiera sido encontrarle sin un numeroso cortejo compuesto de todos los desgraciados del país en que predicaba. Recibió, pues, Jesús á los diputados en medio de aquella compañía cuya confianza y cuyos votos anunciaban su poder divino, mucho mejor que pudiera hacerlo todo el aparato y lujo que circunda los tronos de los reyes. Escuchó lo que los enviados tenían que decirle, y antes de contestarles hizo que se acercaran los enfermos, los paralíticos, los heridos, los ciegos, los cojos y los demoniacos que le rodeaban. Los curó y libró á todos, y volviéndose luego á los dos comisionados del Bautista: Marchad, les dijo, volved á vuestro Maestro y contadle simplemente y con fidelidad lo que acabáis de ver y oír; los ciegos recobran la vista, los cojos caminan sin dificultad, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan. En una palabra, el Evangelio es anunciado á los pobres: lo cual sólo debía realizarse por un Mesías pobre como ellos. Preguntad vosotros mismos á Juan el Bautista si soy yo el rey de Israel que debía venir á redimir el mundo, ó si es preciso esperar otro. Dichoso, agregó el Salvador, dichoso aquel á quien mi humildad é indigencia no hayan escandalizado. Dichosos aquellos que, despreciando las falaces exterioridades de que se rodea el orgullo de los hombres vanos, consulten las predicciones de los profetas, admitan el testimonio de mis obras y se rindan á la evidencia de mis milagros (*S. Luc. 7, 18*).

¿No os sorprende, hermanos míos, que Jesucristo, interrogado de tan explícita y positiva manera acerca de su cualidad divina, no haya respondido de un modo más perentorio? ¿No hubieseis deseado que, en lugar de los actos de omnipotencia, de los testimonios de su divinidad que acababa de realizar á presencia de los dos discípulos del Bautista, el Hijo de Dios hecho hombre les hubiera explicado los misterios de su generación divina y de su encarnación milagrosa? No nos engañemos, hermanos míos; la sabiduría eterna no cae jamás en defecto, y Jesucristo adoptó, para convencer á los discípulos de Juan, un medio más pronto, más infalible, que el de obligarles á razonar sobre su misión y cualidades. Obró milagros delante de los enviados de Juan, realizando, así, lo que los profetas habían anunciado de él. Isaías, setecientos años antes del nacimiento de Jesús, había predicho que el Salvador de los hombres devolvería la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la palabra á los mudos, el movimiento á los paralíticos, curaría toda clase de enfermedades y resucitaría los muertos. Hizo más aún que apropiarse este testimonio auténtico, dado por

el mismo Dios, y que, principio y fundamento únicos de la fe, de la esperanza en el Mesías, debía influir poderosamente en el ánimo de sus oyentes; Obró ante ellos obras prodigiosas que no pueden ser efecto más que de la omnipotencia divina; y con esto los puso en estado de juzgar por sí mismos y de convencerse de que quien tal hacía era Dios, ó cuando menos un enviado de Dios que disponía de todo su poder.

En efecto, hermanos míos; no hay prueba más convincente, que más evidente una verdad, que los milagros obrados para atestiguarla: Jesucristo no escaseó esta clase de pruebas, antes al contrario, las ha multiplicado cuanto pueda encarecerse. Esto es lo que vamos á considerar en estos momentos; mas antes pidamos los auxilios de la gracia. *Ave María.*

Antes de estudiar, hermanos míos, los milagros que Jesucristo, nuestro divino Salvador, obró durante los tres años de su predicación evangélica, recordemos los prodigios estupendos que precedieron á estos tres años de su vida pública; recordemos que, aun en la cuna Jesús, y en el momento de su nacimiento, los ángeles descendieron del cielo para anunciar su advenimiento á los pastores de Belén y de toda la comarca; que una estrella milagrosa aparece en el fondo del remoto Oriente y guía desde los confines del mundo á tres monarcas, que vienen á prosternarse ante el pesebre que sirvió de cuna al Salvador; que en las márgenes del Jordán y en el momento de ser bautizado por el Precursor, el cielo se abre, la tercera persona de la adorable Trinidad, el Espíritu Santo, descendiendo de allí en figura de paloma y viene á posarse sobre la cabeza de aquel á quien una voz sublime y divina, emanada del cielo, proclama Hijo único del Padre celestial por medio de estas expresivas palabras: He ahí á mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias; escuchadle.

Hasta aquí no es Jesucristo el Hombre-Dios quien obra, sino la omnipotencia del Padre celestial que por medio de estos prodigios recuerda á las hombres que los tiempos predichos por los profetas están cumplidos, que los días de la misericordia divina han llegado, que la atención de todas las almas debe concentrarse en el Verbo divino, enviado á la tierra por la bondad infinita del Omnipotente.

Los santos Evangelios dividen la vida de Jesucristo en dos épocas perfectamente distintas. Los treinta primeros años de su vida deslízanse en Nazareth, en donde vivió en la obscuridad y en el retiro más profundo al lado de María y José. Durante este período, sólo una vez vemos aparecer á Jesús en público; cuando á la edad de doce años

y durante las fiestas de la Pascua, se sustrajo á las pesquisas de sus padres y se quedó en el templo de Jerusalén. El santo Evangelio no nos dice de él sino que era obediente á María y José. A esta época de su vida es á la que comunemente llamamos la vida privada de Jesucristo en Nazareth. Llegado á los treinta años, empezó su carrera evangélica, esa vida de predicación y de milagros, que terminó con su último suspiro en la cruz.

La historia del santo Evangelio nos ofrece el cuadro más admirable, más asombroso. Nos presenta á Jesucristo como dueño soberano de la naturaleza entera, cuyas leyes suspende ó altera según su beneplácito y voluntad. Cada página y casi cada línea de aquel libro divino nos refieren hechos á cual más maravillosos, que testimonian todos el poder supremo de Jesucristo. No me detendré, hermanos míos, en relatarlos uno á uno, aunque os invito á que los estudiéis por vosotros mismos en aquella fuente sagrada; me propongo sólo someter á vuestra consideración algunos de los más notables.

Empecemos, pues, por el primero de los realizados en público y del cual fueron testigos los apóstoles. San Juan lo refiere en estos términos: «Celebrábanse bodas en Cana, en Galilea, y la Madre de Jesús estaba en ellas. Jesús fué también convidado á las bodas con sus discípulos; como llegara á faltar el vino, la Madre de Jesús dijo á éste: No tienen vino. Jesús le respondió: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Mi hora no es aún llegada. Su Madre dijo á los que servían: Haced todo lo que él os diga. Había allí seis grandes urnas de piedra que servían para las purificaciones, en uso entre los judíos, cada una de cuyas urnas era de capacidad de dos ó tres medidas. Jesús les dijo: Llenad las urnas de agua, y las llenaron hasta arriba. Llenas que fueron las urnas, les dijo: Sacad ahora, y llevad de esa agua al maestresala, y ellos le llevaron; el maestresala, una vez que hubo gustado aquel agua convertida en vino, no sabiendo de donde procedía aquel vino, aunque los criados que lo habían sacado de las urnas llenas de agua lo sabían muy bien, llamó al esposo y le dijo: Todo hombre sirve primero el vino bueno, y después que han bebido mucho, sirve del que vale menos; pero tú has reservado el vino bueno hasta ahora. Este fué el primero de los milagros de Jesús, y con él manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.»

¿Qué relato tan sencillo, hermanos míos, pero de cuán admirable manera todas las circunstancias que refiere concurren á demostrar la verdad! Los criados echan por sí mismos el agua y llenan las urnas hasta arriba. No se ha podido, pues, mezclar con el agua vino, ni suponer que ya lo hubiese allí. Este vino fué calificado de excelente;

abunda cuando hasta entonces se carecía de él. Era un vino que Arquitrictina desconocía hasta que se lo dieron á gustar, y ésta se admira de que el esposo lo haya reservado para una hora en que el gusto de los convidados no estaba ya en disposición de apreciar su buena calidad. La concurrencia á las bodas era numerosa, tal vez mayor de lo que se esperara, pues que el vino llegó á faltar. El milagro es sabido de todo el mundo, y confirma en la fe á los nuevos discípulos de Jesucristo. Es preciso haber declarado guerra á la verdad y no buscarla, para no rendirse ante todas estas pruebas. Sería necesario negar á Dios el poder de hacer milagros, para poner en duda la certeza de éste.

Hallábase Jesucristo en Cafarnaüm, cuando los discípulos de Juan el Bautista vinieron á anunciarle el martirio de su maestro; los apóstoles regresaban de la misión que les había confiado, y quería darles algún descanso. «Esta casa, les dijo, está siempre llena de gentes que vienen en busca de mí; los enfermos piden su curación, los presos su liberación; yo no puedo rechazar ni contristar á nadie. Apenas se han marchado los unos, cuando los otros les suceden. No nos dejan tiempo, ni para comer, ni para descansar. *Erant enim qui veniebant et redibant multi, et nec spatium manducandi habebant.* (S. Marc., 6, 31.) Venid, seguidme á cualquier lugar no frecuentado, en donde podamos gozar reunidos las dulzuras de la soledad. *Venite seorsum in desertum locum, et requiescite pusillum.*» Ordena, pues, á sus apóstoles que preparen una de sus barcas, y entra con ellos en la misma. Arribados felizmente al otro lado del lago Tiberiades, desembarcan en una extensa llanura del término de Bethsaida, lugar muy á propósito para los designios de Jesús; pero la noticia de la marcha no se había guardado perfectamente secreta, y cuando llegaron á aquellos lugares, de ordinario solitarios, halláronlos llenos de una multitud inmensa, hombres, mujeres y niños, que habían acudido allí de las aldeas cercanas, los unos para ser curados de sus enfermedades, los otros para presenciar los milagros que esperaban habían de realizarse.

Jesucristo, en cuanto desembarcó, retiróse con sus apóstoles á un monte vecino, y estuvo allí hablando con ellos durante algún tiempo. Luego, y habiendo vuelto á bajar al llano, vió con complacencia aquella muchedumbre de gentes que le seguían con tanta pena y ardimiento; tuvo compasión de aquellas gentes y curó sus enfermos. Pasó el resto del día instruyendo á la multitud; pero habiendo venido la noche, los apóstoles acercáronse á Jesús y le dijeron: Maestro, este lugar es desierto, y la hora ya avanzada; despide estas gentes,

para que se vayan á las aldeas y compren de comer. Jesús les dijo: No hay necesidad de despedirlos ni de que se vayan; dadles vosotros mismos de comer. Y dirigiéndose particularmente á Felipe, le preguntó: ¿Dónde podríamos comprar pan suficiente para dar de comer á toda esta muchedumbre? Mas díjole esto para probarle, pues él sabía muy bien lo que tenía que hacer. Felipe le contestó: Aun cuando tuviéramos todo el pan que se puede comprar con doscientos denarios, no habría bastante para dar á cada uno siquiera un bocado. Jesús replicó: ¿Cuántos panes tenéis ahora aquí? Yé á informarle. Hecha la averiguación, Andrés, el hermano de Simón Pedro, volvió á decirle: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero, ¿qué es eso para tanta gente? Jesús les dijo: Hacedles sentar sobre la verde yerba por grupos de á cincuenta personas; y después que estuvieron sentados, tomó Jesús los panes, dió las gracias, y los distribuyó á los discípulos, quienes los distribuyeron, á su vez, á los que estaban sentados, y les dieron también de los dos peces tanto como quisieron comer. Después que todos quedaron saciados, dijo Jesús á sus discípulos: Recoged los pedazos que puedan haber sobrado, á fin de que nada se pierda, y habiéndolos reunido, llenaron doce espuelas de los pedazos de los cinco panes de cebada que habían sobrado, después que todos cenaron. Los que comieron de aquellos panes eran en número de cinco mil hombres, sin contar las mujeres y niños.

Toda aquella gente que había presenciado el milagro realizado por Jesús, decía: Verdaderamente, éste es el profeta que había de venir al mundo. Pero Jesús, sabiendo que le buscaban para apoderarse de su persona y proclamarle rey, hizo subir á sus discípulos en la barca que les había conducido y les ordenó que pasaran al otro lado del lago. El huyó solo á la montaña y se retiró allí para orar.

Jesucristo renovó segunda vez este milagro de la multiplicación de los panes en favor también de una muchedumbre, que había merecido este rasgo de su misericordia por la constancia con que le siguiera durante tres días. He aquí cómo nos refieren los santos Evangelios este segundo milagro: «Transcurrieron dos meses después del primer milagro; Jesucristo acababa de recórrer las cercanías de Tyro y de Sidón. Llegado á las orillas del mar de Galilea, á las fronteras de la Decápolis, predicó en el país; bien pronto grandes muchedumbres del pueblo vinieron á encontrarle allí, trayendo consigo mudos, ciegos, sordos, cojos, lisiados y otros muchos enfermos que pusieron á los pies de Jesús. Este los curó, y toda aquella gente admirada de que hablasen los mudos, anduvieran los cojos, vieran los ciegos y que-

daran curados los lisados, daba gracias al Dios de Israel y bendecía á Jesucristo, exclamando en los transportes de su entusiasmo: Hizo cosas bien admirables; hace oír á los sordos y hablar á los mudos: *Bene omnia fecit; et surdos fecit audire, et mutos loqui.*»

Jesús llamó á sus discípulos y les dijo: Ese pueblo me inspira profunda compasión, porque hace tres días que esas gentes están continuamente conmigo, y nada tienen que comer; no quiero despedirlas en ayunas, no sea que algunas desfallezcan en el camino. Sus discípulos, que habían olvidado el milagro hecho por Jesús dos meses antes, respondieronle según lo hicieron la primera vez: ¿Cómo podremos nosotros encontrar en este desierto bastante pan para alimentar á una tan grande multitud de personas? Dijoles Jesús: ¿Cuántos panes tenéis? Siete, le respondieron, y algunos pocos peces. Mandó entonces al pueblo que se sentara, y tomó los siete panes y los peces, después de haber dado gracias, los partió y los dio á sus discípulos para que los distribuyeran al pueblo. Todos comieron y quedaron hartos, y de los pedazos que sobraron se llenaron siete espuelas. También en esta ocasión los que comieron de los siete panes y de los peces eran cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y niños.

He aquí, hermanos míos, un milagro para demostrar la verdad del cual no falta ninguna clase de testimonios, y cuya repetición es prueba evidéntisima del inmenso poder de Jesucristo. En una circunstancia, los apóstoles advierten á Jesús de que es llegada la noche; que aquel pueblo, que desde la mañana le acompaña, debe estar agobiado por la necesidad; que es tiempo de despedirlo, para que busque de comer. En la otra, el mismo Jesucristo es quien se muestra intranquilo por las necesidades de una muchedumbre que le sigue tres días consecutivos, y que no tiene nada que comer. La escasez, la penuria, están comprobadas. Jesús propone á sus apóstoles que compren pan, que adquieran provisiones. Pero, ¿dónde encontrar uno y otras? Hallábase en un desierto, y además, aun con una crecida suma de dinero no habría lo bastante para dar á cada persona una porción mínima de pan; insuficiente en absoluto para aplacar el hambre. Después de una minuciosa investigación, acébase por encontrar cinco panes de cebada y dos peces en la primera ocasión, y siete panes y algunos peces pequeños en la segunda. Esto era, pues, lo que había para aplacar el hambre y dejar saciados cinco mil hombres una vez, cuatro mil la otra, sin contar las mujeres y niños que, en ambas llegarían por lo menos á un número igual al de los varones; es decir, á dos muchedumbres compuestas de unas diez y ocho mil almas aproximadamente.

Jesucristo ordena á los apóstoles que hagan sentar al pueblo sobre la yerba, y lo distribuyan en grupos de cincuenta personas. De este modo se evitaba la confusión, pero también quedaba expuesto á los ojos de todo el mundo cuanto había de maravilloso en el prodigio, y la posición tranquila de aquel pueblo sentado sobre la yerba, sin que nadie abandonara su sitio, ponía la verdad ó la falsedad del milagro en absoluta evidencia. Los mismos doce apóstoles, que han dudado de los medios de satisfacer tantas necesidades, son otros tantos inspectores de lo que va á suceder, á los cuales, á más de muy difícil, hubiera sido peligroso engañar.

Después que todos han comido, se procede á recoger los restos. Este es un medio seguro para cerciorarse de la abundancia, porque es preciso que todo el mundo haya quedado plenamente satisfecho para dejar residuos, y los apóstoles llenan siete espuelas en una ocasión, doce en la otra, de lo que el pueblo ha dejado. ¿A quién, pregunto yo, á quién pueden dejar el menor asomo de incredulidad aquellas doce, aquellas siete espuelas llenas de los restos de la comida? El pueblo, admirado de prodigio tan sorprendente, y en el cual tan interesado estuviera, no duda ya de que Jesús es el profeta por excelencia que Dios le ha prometido, el que debe suceder á Moisés, el Mesías, y quiere proclamarle rey, porque el Mesías, según las ideas del pueblo, debía reinar sobre Israel, como David y Salomón. Nueva y decisiva prueba del milagro y de la impresión que en todos los ánimos había producido.

Ningún hecho, hermanos míos, más auténticamente comprobado y atestado que esta multiplicación de los panes realizada por Jesucristo en dos ocasiones diferentes. Todas las precauciones posibles se han tomado para que no quedara el más leve resquicio por donde pudiera achacarse el prodigio á supercheria é ilusión. El hecho es repelido en dos ocasiones distintas, y en ambas fueron testigos presenciales de él unas diez y ocho mil personas. ¿Queréis todavía un testimonio más? El mismo Jesucristo nos lo dará. Al día siguiente del primer milagro, trasladose Jesús á Cafarnaum. El pueblo de la víspera alcanzóle allí, lleno aún de admiración hacia él. Jesucristo, que no veía ya en aquella muchedumbre los sentimientos de que debería estar animada, le dirigió este reproche: Vosotros me buscáis, no por los bienes espirituales que deberíais esperar de mí, á causa de los milagros que me habéis visto hacer, sino porque os he dado pan que comer y habéis quedado hartos: *Quæritis me, quia manducastis ex panibus, et saturati estis.*

No hay posibilidad de cerrar los ojos ante una evidencia tal, ni

de oscurecer un milagro que apenas puede considerarse más que como una creación de la cantidad de pan necesaria en ambas circunstancias. Y no olvidemos, además, que en las cercanías de Bethsaida, cuando el primer milagro, se presentó á Jesucristo muchedumbre de enfermos; que, en las playas del mar de Galilea, las multitudes del pueblo que allí fueron en busca de Jesús, llevaron consigo cojos, ciegos, sordos, mudos, estropeados y muchos otros enfermos; que él los curó á todos, y que aquel pueblo le aclamó con transportes de admiración, diciendo: Bien ha hecho éste todas las cosas; ha dado oído á los sordos, vista á los ciegos, habla á los mudos. De suerte que aquí no es sólo el milagro de la multiplicación de los panes y los peces el que resulta comprobado hasta la evidencia, sino también las innumerables curaciones milagrosas, que resultan asimismo indudables, como indudable aparece también que Jesucristo es el Mesías, que es el hijo de Dios, en todo igual á su Padre; primero, porque hace obras que sólo Dios es capaz de realizar; después, porque él se proclama á sí mismo Hijo de Dios, y porque dice que todo el que crea en él tendrá la vida eterna; y que el resucitara en el último día á los que hayan venido á él, después de haber sido elegidos por el Padre celestial. Jesús demuestra estas verdades ocultas por medio de sus milagros públicos; protesta que estos milagros son el signo exterior y el sello de aquellas verdades; y como no es posible resistir á la evidencia de un prodigio manifiesto y público, debe escucharse con absoluta docilidad la doctrina que en tal prodigio se apoya y á la cual sirve de prueba.

Acabamos de ver que, cuando la primera multiplicación de los panes en las orillas del mar de Tiberiades, Jesucristo ordenó á sus apóstoles que entrasen en la barca y pasaran á la orilla opuesta del lago, y que él se retiró á la montaña y pasó allí la noche en oración. Los apóstoles navegaron con gran trabajo para volver á Cafarnaüm, porque, además de las tinieblas de una noche obscurísima que por todas partes los envolvían, se levantó un fuertísimo viento contrario á la dirección en que iban los navegantes. A pesar de todos sus esfuerzos, la barca era arrastrada hacia alta mar, y tan rudamente combatida por la tempestad, que después de un trabajo de diez ó doce horas, al principio de la cuarta vigilia, es decir, al amanecer, habían apenas recorrido una legua. Desde lo alto de la montaña veía Jesús la crítica situación de sus discípulos y leía en sus corazones. Bastante los había experimentado ya; determinó, pues, marchar en su socorro. De pronto aparecióse á la vista de los apóstoles, marchando tranquilamente sobre el mar. Vieron ellos un hombre que cami-

naba aceleradamente sobre la superficie de las aguas, y que, sin detenerse, cuando estuvo á muy poca distancia de la barca, parecía querer adelantarse á ella. Y era que Jesús les había dicho que les esperaba á la altura de Bethsaida y haría con ellos el viaje á Cafarnaüm. Pero los apóstoles, olvidados en aquellos momentos de espanto y de agitación, de la promesa, del poder y milagros de Jesús, y viéndole caminar sobre las aguas, le tomaron por un fantasma. Comunicáronse unos á otros sus temores y empezaron á gritar. Jesús les dijo: Yo soy, reconoced mi voz y tranquilizaos. Pedro, completamente tranquilo con estas palabras, exclamó: ¡Ah, Señor, pues que sois vos á quien yo oigo, ordenad que yo vaya á vos, marchando sobre las aguas, como veo que vos lo hacéis. Ven, le dijo Jesús, yo lo quiero. Pedro, al oír esto, se arrojó al mar. Y marchó sobre las aguas, sin pensar en otra cosa que en alcanzar al Salvador. No temió nada, y no se sumergió. Iba ya á tocar á Jesús, cuando le sorprendió una furiosa racha de viento; acordóse entonces de que caminaba sobre el agua; tuvo miedo; su confianza se debilitó. En aquel instante el mar se abre bajo sus pies; se sumerge; siente que va á perecer. ¡Ah, Señor! dice á Jesús, salvadme, estoy perdido. No, le dice el Señor, tomándole de la mano y sosteniéndole, no, tú no perecerás; pero, hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? Llévate, pues, Jesús hasta la barca, y entraron ambos en ella. Aún no estaban los apóstoles completamente seguros de que no fuera un fantasma el hombre que vieron pasar al lado de la barca caminando sobre las aguas; pero la presencia de Jesús en ella acabó de tranquilizarles, y prosternándose á sus pies le dijeron, adorándole con profunda veneración: Vos, Señor, sois verdaderamente el hijo de Dios. Apenas se hubo Jesús reunido con sus apóstoles, el viento contrario se aplacó; la mar recobró la tranquilidad, y los navegantes llegaron en breve á Cafarnaüm.

No era esta la primera vez que Jesucristo manifestaba su dominio sobre el voluble é indomable elemento líquido. Algunos meses antes, y poco después de la institución de los apóstoles, hallábase Jesús en Cafarnaüm, en casa de Pedro, y refiere el santo Evangelio que dicha casa estaba atestada y rodeada de una muchedumbre tal, que ni Jesús, ni sus apóstoles disponían siquiera del tiempo necesario para hacer su comida: *Et convenit iterum turba, ita ut non possent neque panem manducare*. Jesucristo quiso satisfacer la avidez que de escuchar su doctrina mostraba la muchedumbre; salió, pues, de la casa, y condujo la multitud á la orilla del mar de Galilea. Pero, cuando llegó á la playa, había engrosado el número de los que le seguían de tal suerte, que le oprimían por todas partes, hasta hacer temer que

le ahogaran. Subió Jesús á una barca con sus discípulos, y desde allí predicó á la multitud todo aquel día. Llegada la noche, mandó á los apóstoles que le pasaran á la orilla opuesta, donde estaba el país de Gerasa. Durante la travesía, Jesucristo se durmió con profundo sueño en la popa de la barca, y tenía la cabeza reclinada sobre una almohada. En el trayecto levantóse un furioso torbellino de viento, y las olas alborotadas golpeaban con violencia la débil embarcación, la que estaba á punto de sumergirse. Los apóstoles, atemorizados ante peligro tan inminente, despertaron bruscamente á Jesús y le dijeron: Señor, nos hallamos en el mayor peligro, y ni siquiera os cuidáis de ello. Salvadnos, ó de lo contrario somos perdidos. Hombres de poca fe, les dice Jesucristo, ¿qué tenéis que temer yendo en mi compañía? Al momento se levantó, y con voz fuerte y gesto imperativo ordenó á los vientos y á las aguas que se calmaran. A la primera intumación, el viento cede, el mar se apacigua, las olas dejan de agitarse y todo entra en la mayor calma. Y bien, dice á los apóstoles, ¿tenéis motivo para temblar? ¿Qué se ha hecho de vuestra fe? Este nuevo milagro excitó la admiración de los apóstoles, de los marineros y de los pasajeros de otras muchas barcas que, haciendo la travesía con la de Jesús, habían corrido el mismo peligro. No acertaban aquellas gentes á salir de su estupor, y decíanse maravillados unos á otros: ¿Qué pensar de este prodigio? ¿Quién será este hombre al cual hasta los vientos y el mar obedecen? *Quis est hic, quia venti et mare obediunt ei?*

Todo, en el relato de estos dos prodigios, ofrece los caracteres de la verdad más completa y de la ingenuidad más sincera. En primer lugar, están escritos por testigos oculares, hombres desinteresados, que saben que su fidelidad en testimoniar estos hechos no puede reportarles otra cosa que persecuciones, y que todos ellos han sufrido tormentos y la muerte misma por testificarlos. Jesucristo, cuando el primer milagro, cuando ordenó á sus apóstoles que se embarcaran y atravesaran el mar de Tiberiadas, fué visto por todo el pueblo al retirarse á la montaña donde pasó la noche. Así que, al verle el pueblo al día siguiente en Cafarnaum con sus apóstoles, le preguntó admirado cómo había pasado á la otra orilla. *Rabbi, quando huc venisti?*

Ninguna de las circunstancias que concurren en estos dos milagros ocurre naturalmente á la imaginación. Caminar sobre las aguas, cuando el mar está agitado por una violenta tempestad, no se imagina: se fingiría mejor el haber volado por los aires, el haber sido transportado por un ángel. La petición de San Pedro de poder marchar también sobre las aguas, para ir á reunirse con Jesucristo, no pudo

fundarse sino en lo que el apóstol estaba presenciando, y en la persuasión en que estaba, además, del poder infinito de Jesús. Y en caso de haber simulado este apóstol la marcha sobre las aguas, no se habría fingido que tuvo miedo del viento, y que este mismo temor le hacía sumergirse. Si el hecho no hubiese sido cierto y público, escrito el Evangelio en una época en que San Pedro era el jefe de la Iglesia, en que la reputación y autoridad de éste eran necesarias á la Iglesia, el Evangelio no hubiera conservado el reproche que le dirigió Jesucristo, llamándole hombre de poca fe; se habría guardado muy bien de decir de todos los apóstoles juntos, que no habían comprendido nada en el milagro de la multiplicación de los panes, porque su corazón estaba ciego, y que, en aquella ocasión, mostráronse menos sensibles y agradecidos que el mismo pueblo, el cual, por reconocimiento y por interés, tuvo deseos de proclamar á Jesucristo rey.

En la narración del segundo milagro, brillan también la misma ingenuidad, la misma sencillez. Si algo puede inventarse y fingirse, no es seguramente el que los vientos y el mar sean capaces de escuchar la voz de un hombre, y que, entre en completa calma ante la amenazadora voz de ese mismo hombre que les impone silencio y quietud. Menos aún puede simularse el reproche que á los apóstoles hizo Jesús de carecer de fe, al atemorizarse ante un tan grave peligro, ó por haber creído que, dormido Jesús, no tenía conocimiento del tal peligro ó era indiferente ante él. Añadamos á estas consideraciones el testimonio de los apóstoles presentes, envueltos en el mismo peligro, consternados, testigos de la tempestad y de la calma, llenos de espanto primero y de admiración después, y que refieren el prodigio con una sinceridad admirable, sin tratar de justificar sus temores, sin omitir el reproche de su maestro, sin excusarse con el sueño de éste y con la angustiosa necesidad de interrumpirlo. A más de los apóstoles había también otros testigos de este hecho. Muchas barcas navegaban cerca de la que iba Jesús por el mar de Galilea. Los tripulantes, los pasajeros que estas barcas conducían, salvaronse del naufragio al mismo tiempo y por el mismo prodigioso medio que los apóstoles. Muchos, la inmensa mayoría, la casi totalidad de estos testigos, vivían aún, cuando se escribió y publicó el Evangelio. Ninguno de los hechos relatados en él ha sido negado por los contemporáneos. Luego, son hechos reales y verdaderos, y sencillísimo es calificarlos de tales.

Trocar el agua en vino; alimentar, hasta saciarlas, diez y ocho mil personas con doce panes; marchar sobre las aguas de un mar alborotado; calmar, con sólo una palabra, los vientos furiosos; apaci-

gnar las olas enrespadas de un mar batido por la tempestad, son otras tantas obras que están muy por encima de todos los límites del poder humano, y que sólo puede realizarlas el Ser infinito que ha creado, conserva y rige todas las cosas.

Jesucristo hizo todo esto: luego, Jesucristo es Dios. Si, hermanos míos, Jesucristo es Dios. Dejemos á aquellos marineros, á aquellos pasajeros que no le conocían, exclamar, en su admiración y estupor: ¿Quién será ese hombre á quien el mar y los vientos obedecen? Nosotros, animados de una fe tan ilustrada como firme y constante, digamos: *Vere filius Dei es.* ¡Oh, Jesús! Vos sois el Hijo único de Dios. Todopoderoso, Dios en todo igual á vuestro padre; yo os adoro con todo el fervor de mi alma; en vuestra soberana bondad pongo toda mi confianza. Permitid, Señor, que implore los efectos de aquella protección que hicisteis sentir á tantos desgraciados en los breves días de vuestra vida mortal. Vos, Dios mío, habéis salvado á vuestros apóstoles del naufragio, calmando, con una sola palabra, las olas del mar embravecido. Guardadme, divino Salvador, guardadme también á mi, misero navegante por el proceloso mar de este mundo. Calmad estas pasiones que me agitan como vientos furiosos; que vuestra gracia, sin la cual nada puedo, me sostenga y fortifique contra los peligros y tentaciones de esta vida; que me inspire y encienda en mi corazón el fuego de vuestro amor, de un amor de sacrificio y de acción, por el cual, después de haberos buscado en la tierra, me una á Vos en la bienaventuranza eterna. Así sea.

LOS MILAGROS DE JESUCRISTO

COMO PRUEBAS DE SU DIVINA MISIÓN

*Evangelizate Joanni que audis,
et vidisti. Cœci vident, claudi ambul-
ant; leprosi mundantur, surdi audiunt,
mortui resurgunt, pauperes exornantur.*

Id, y contad á Juan lo que habéis visto y oído. Los ciegos ven; los cojos andan; los leprosos son purificados; los sordos oyen; los muertos resucitan; los pobres reciben y escuchan el Evangelio.

(S. MAT. c. II, v. 4 y 5.)

De este modo satisface el Salvador á los discípulos que el Bautista le envía en pública embajada, para saber de su hoga si es el Mesías deseado de las naciones; el Dios que debía venir para salvar la Humanidad: *¿Tu es qui venturus es?* Sin contestar directamente á su pregunta, obra el Señor en su presencia los más estupendos prodigios; sana las enfermedades más rebeldes; arrebatada á la misma muerte su presa; y bien seguro de que el Precursor predilecto, en la dura y tenebrosa prisión que sufría por su amor, no podía sentir un placer más delicioso, una alegría más pura, que el saber la gloria de su Maestro: «Id, dice á los enviados, id y referid á Juan las maravillas que habéis visto y oído. Decidle que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y que el Evangelio es anunciado á los pobres.»

«Ved aquí como el Salvador presenta á los discípulos del Bautista la potestad de mandar á toda la naturaleza, como la muestra más angusta de su divina misión, como la señal más infalible de su suprema Majestad, como la prueba más victoriosa de la verdad de su doctrina y de la Religión que vino á establecer en la tierra. Tal es la idea que vengo á exponeros. Imploremos antes los auxilios de la divina gracia. *Ave Maria.*»

Quando contemplamos el admirable espectáculo del universo; cuando observamos esos globos luminosos, que circulan hace tantos siglos majestuosamente sobre nuestras cabezas con revoluciones ordenadas y constantes; cuando consideramos la prodigiosa fecundidad de la tierra, que el tiempo no ha podido agotar, y que todos los años nos paga con un orden inmutable y la mayor exactitud el tributo precioso de tantos y tan variados frutos; cuando giramos atónitos la vista sobre la inmensa extensión del mar, ó penetramos en sus profundos abismos, en donde júgatan monstruos de enorme magnitud, y se reproducen sin cesar otros varios y delicados peces, que satisfacen nuestro gusto y excitan nuestro apetito; cuando, por fin, examinamos atentamente la maravillosa arquitectura del cuerpo humano, que, por la ajustada simetría de tantas piezas, por la delicadeza y sensibilidad de sus órganos, y por la complicación de sus resortes, es la obra maestra del mecanismo; ¿quién, á vista de tantas maravillas, dejará de conocer al Soberano Señor, que ha criado el universo con su omnipotencia, con su bondad le conserva, le gobierna con su sabiduría, y que se complace en subvenir á las necesidades del hombre, y aun en prodigarle placeres y delicias con rasgos visibles de su Providencia? Por todas partes resuena este grito de la razón y de la naturaleza; y si nuestro corazón, depravado por las pasiones, puede llegar á hacerse sordo á los clamores de esa voz sonora y majestuosa, un momento de reflexión sobre nosotros mismos, una ojeada sobre las estupendas maravillas del universo, nos conducirán, como por la mano, al conocimiento del verdadero Dios, que ha grabado en todas sus obras con caracteres indecibles las señales más visibles de su poder, y de su grandeza y majestad.

Sin embargo, esta verdad estampada en lo íntimo de nuestro corazón y en todas las criaturas que nos rodean, ha venido á obscurecerse con las nubes de las pasiones y con los sofismas de una vana y absurda filosofía. Sumergido y encanagado el hombre en los placeres sensuales, subyugado por los sentidos, llegó al punto de no ver realidad sino en los objetos que los afectan; fijando sus ojos en los globos luminosos que giraban sobre su cabeza, creyó que la Divinidad residía en estos fuegos benéficos; y el espectáculo del universo, que con su majestuoso silencio anuncia la gloria y grandeza del Señor, sólo sirvió para hacerle olvidar al Ser supremo. Tal fué el origen de la idolatría, que cubrió después toda la tierra con sus sombras pavorosas; de ese culto insensato, que el hombre, no contento de adorar á los astros del firmamento, tributó al fin á todas las criaturas; de esa extravagancia é impiedad, con que incensó y colocó en

el altar al incesto y al adulterio, y erigió templos al amor impuro.

Pero los grandes talentos, los filósofos, los maestros del linaje humano, ¿no estaban más ilustrados que el común de los hombres sobre la naturaleza y los atributos de la Divinidad? No ciertamente; toda la diferencia entre ellos y el pueblo consistía en que eran más presuntuosos y proferían mayores absurdos. La idea magnífica de un Dios criador les era absolutamente desconocida. Los unos creían que el mundo era eterno, y que el género humano existía desde la eternidad, como el mundo; otros, imaginando una masa inmensa de materia, dividida en polvos muy sutiles, agitados por un movimiento que obraba en todas direcciones, hicieron salir de estos átomos y de este movimiento fortuito todas las maravillas del universo; algunos se figuraban un Dios esclavo del destino, sujeto á leyes que el mismo no se había impuesto; finalmente, por no detenerme en referir tales extravíos de una razón delirante, hubo filósofos que lo creían como incorporado con todo el universo, siendo el alma de este vasto cuerpo, y entrando como una parte en la composición del mundo.

¿Y qué medio se opondrá á este desorden del entendimiento del hombre tan vergonzosamente extraviado? ¿Qué hará un Dios benéfico para desviar al hombre del abismo espantoso de errores en que le han precipitado los sofismas de una filosofía insensata, y para conducirle al conocimiento de su Autor? ¿Qué hará el Dios fuerte y omnipotente para subyugar la razón y obligarla á que le tribute los homenajes que le debe y que le niega? ¿Qué hará? Asombrará y confundirá al hombre y á la razón. En efecto; el Señor descarga los golpes más estrepitosos sobre la naturaleza; suspende y modifica sus efectos; quebranta y trastorna el orden y las leyes del mundo físico; obra las más estupendas maravillas; y la misma muerte obedece á su voz restituyendo las victimas que había devorado, para manifestar el imperio absoluto que ejerce sobre el universo, á hombres que habían admirado más á las criaturas que al Criador y confundido el Artífice con su obra. Al estruendo de tan recios golpes, la razón depona su orgullo y se somete; la filosofía se avergüenza de sus sofismas, que no pueden subsistir á vista de unos hechos marcados sensiblemente con el sello de la Divinidad; la naturaleza, trastornada en sus leyes más constantes é inviolables, reconoce á su Autor y Dios; y el hombre convencido recibe la Religión del Ser Supremo, que triunfa cuando le place de la razón, de la filosofía, de la naturaleza y de la muerte.

Tal es el medio de que Dios se sirviera para autorizar ante los hebreos la divina misión de Moisés, confirmar la pureza de su doc-

trina y consolidar el edificio de su legislación; y tal es la conducta que después observó el Salvador para convencer á los hombres de la verdad de su religión, y atraerlos, del seno del error, al conocimiento del verdadero Dios. En efecto, el Egipto, castigado en su endurecimiento y obstinación con plagas que comenzaban, se extendían y cesaban á la voz de aquel célebre legislador de los judíos; todos los primogénitos de los egipcios, desde el hijo del rey hasta el del esclavo, que perecían en una misma noche, mientras la muerte inexorable perdona las casas de los hebreos, tenidas con la sangre del Cordero inmolato; el mar, que abre sus abismos, y separa en dos montañas sus ondas, para que pase á pie enjuto una inmensa muchedumbre de israelitas, y que vuelve á ocupar su cauce repentinamente, sumergiendo al numeroso ejército de los egipcios, que contando con la victoria, marchaba ufano en medio de las aguas represadas, en seguimiento de los hebreos; la nube que defiende á éstos de los ardores del sol durante el día; la columna de fuego, que los guía y les alumbraba en medio de las tinieblas de la noche; un pan milagroso, que por cuarenta años los mantiene en los arenales de la Arabia; los torrentes de agua, que brotan del seno de las rocas situadas en medio de un árido desierto, y que se precipitan y se derraman por la ardiente arena; estos y otros portentos, que Moisés obrara, como instrumento del Señor, en beneficio de los israelitas, son el medio por el cual, así en Egipto como en el desierto, se les hizo familiar la idea de un Dios invisible por su naturaleza; son las armas victoriosas con que el Señor sojuzga, reprime y civiliza este pueblo, compuesto de más de dos millones de personas; propenso al motín y á la rebelión, duro, inconstante é intratable; y con que le reduce á la obediencia de sus leyes, aunque tan severas y rigurosas.

Pero por grandes y extraordinarias que hayan sido estas maravillas, no eran más que unos toscos rasgos de la gloria y del poder de Jesucristo. El ministerio del Hombre-Dios debía ser infinitamente más brillante que el de Moisés, que sólo había sido una imperfecta imagen suya en la cualidad de medianero de la antigua alianza. Observad sus obras, y veréis cómo camina en medio de milagros; cómo dispone á su voluntad de los elementos; cómo los panes y los peces se multiplican en sus manos, y alimenta con ellos á un pueblo numeroso; cómo se abren á la luz ojos por mucho tiempo cerrados; cómo la lengua de los mudos bendice la mano que la pone expedita; cómo á su mandato el moribundo se levanta del lecho de su dolor, y corre á enjugar las lágrimas de su afligida familia; cómo la muerte misma le vuelve la presa que tenía asegurada; y por fin veréis cómo

al oír su poderosa voz, resucitan hasta las cenizas encerradas en los sepulcros. Así es como el Salvador confirma y sella su Divinidad y su misión con testimonios sensibles á todo género de ingenios y de talentos; y con estos rasgos de autoridad sobrehumana obliga á reconocer la mano poderosa y el supremo dominio del Señor de la naturaleza, á aquellos mismos que le habían desconocido en las bellezas encantadoras del universo.

¿Qué podrá realmente oponer á tantos milagros la más proterva incredulidad? Nada; estos prodigios no son de aquellos con que la destreza de un impostor fanático puede deslumbrar la vista del vulgo crédulo; son milagros que participan del carácter de la creación; como la resurrección de los muertos, y el restablecimiento repentino de la salud en los moribundos. No son hechos tales que sea necesario para asegurarse del milagro, recurrir á una academia de ciencias ó á una facultad de medicina, ó poseer profundos conocimientos físicos y comprender las leyes de la óptica; para calificarlos, basta tener ojos y buen sentido. No son prodigios atestiguados únicamente por algunos discípulos interesados en la gloria de su Maestro; son hechos que jamás han puesto en duda sus más implacables enemigos, y que han convertido á la fe del Crucificado á muchos de los más bellos ingenios de Roma y de Atenas. Por fin, no son sucesos aislados é inconexos con otros que nos refieren los fastos de las naciones; ellos han cambiado la religión de los pueblos, sus leyes, su política, sus ideas, sus costumbres y sus sentimientos.

En vano, pues, los incrédulos se esfuerzan por debilitar la brillante é incontestable prueba que ofrecen los milagros en favor de la religión. La voz de Dios, que es imposible desconocer en la violación de las leyes más constantes de la naturaleza, resuena, á pesar de los sofismas de la filosofía, en todos los ángulos de la tierra. Ella anuncia ¿qué digo? ella persuade, mejor que pudiera hacerlo la elocuencia de los más grandes oradores, aquella religión que ha parecido tan cierta, tan evidentemente demostrada, tan sensiblemente grabada con el sello de la Divinidad á los testigos de estas obras portentosas, que no han vacilado en creerla, y aun en morir en su defensa. Así que los milagros son el medio más conducente para convencer á los hombres de la divinidad de la Religión. Es más, hermanos míos, son también los medios que mejor nos revelan la grandeza de Dios.

En efecto, ningún hombre tiene derecho á mandar sobre el entendimiento de otro, ni á exigir impiosamente su creencia y adhesión á los sistemas y á las opiniones que ha inventado, ó en cuyo fa-

vor se ha decidido, llevado de la propia convicción. Por más alta reputación que tenga de ciencia y de talento, se ve precisado á discutir y razonar con sus semejantes, si quiere atraerlos á su modo de pensar. Tal es el carácter de la filosofía, que estriba precisamente en la fuerza del raciocinio: establece principios, axiomas; deduce las consecuencias que de ellos resultan; alega fuerzas; y á favor de una dialéctica erizada de argumentos, sutilezas ó capciosos sofismas, hace brillar la luz de la verdad, ó la envuelve en una nube de contradicciones artificiosas. Pero Dios no tiene necesidad de estas discusiones para convencer al mundo de la verdad de su doctrina, ni sería conveniente que hablase á los hombres como un sabio que raciocina; es más digno de su grandeza hablarles como un Señor que manda, y que apoya sus leyes y preceptos, no en argumentos, sino en obras de su poder supremo que atestiguan la obediencia que toda la naturaleza presta á su voz.

Tal es la conducta que ha observado Jesucristo: prodiga hechos sorprendentes, suspensiones, derogaciones de las leyes del mundo físico: trastornos de la naturaleza; prodigios sin número y sin fin; pero apenas emplea razonamientos; jamás largos discursos, ni demostraciones, ni disputas, ni controversias. Intina sus leyes, no se detiene en probarlas; los milagros son sus argumentos. Así en el Evangelio, que es la historia del Hombre-Dios; vértis algunas máximas cortas, narraciones sencillas de grandes y magníficos sucesos; pero ningunas reflexiones estudiadas, ni sutilezas, ni fausto de palabras, ni rasgos brillantes de una esmerada elocuencia; todo es sencillez en este divino libro.

Los Apóstoles y discípulos del Salvador emplearon los mismos medios; y mientras los filósofos, con la sabiduría y belleza de sus discursos, y con el aparato imponente de la más pomposa elocuencia, apenas pueden granjearse un corto número de prosélitos, ni extender su imperio fuera del recinto de sus escuelas; los Apóstoles, destituidos de la ciencia necesaria para enseñar, de la elocuencia precisa para agradar, de la filosofía apetecible para razonar y confundir á sus adversarios; apoyados en hechos, no en argumentos, marchan á la conquista del mundo; se presentan intrépidos en medio de las más célebres escuelas y academias; desafían á un tiempo al Liceo y al Pórtico, al Senado y al Arcópago; y se ve al cristianismo florecer en poco tiempo por todas partes. ¡Qué triunfo tan estupendo! Triunfo único en los anales de las naciones; triunfo en que desaparece todo agente creado, y sólo se deja ver la mano del Ser Supremo.

Bien pudiera el Señor haber enviado, en lugar de los Apóstoles,

á algunos ingenios vastos, sublimes y dotados de la más alta penetración y discernimiento, de calor y de elocuencia, á ejecutar la grande empresa de la conversión del mundo. Un Clemente Alejandro, un Tertuliano, un Orígenes, un Cipriano, un Basilio, un Ambrosio, un Crisóstomo, un Jerónimo, por fin un Agustín, que parece haber reunido en sí los talentos distribuidos en todos los demás, ¡qué asombro no hubieran causado en Roma y en Atenas, por su inmensa literatura y erudición, por la fuerza del raciocinio, por la elevación de sus pensamientos, y por la vehemencia y energía de la elocución? ¡Qué imperio no les hubiera dado sobre el ánimo de los pueblos: su alta reputación de talento y de saber, unida á una elocuencia brillante é irresistible! ¡Qué conquistas no hubieran hecho á favor de la religión! Sin embargo, Jesús no envía, para reformar el mundo pagano, á estos doctores sublimes, estos filósofos profundos, estos oradores eminentes, estos sabios versados en los secretos de todas las ciencias. ¿Y por qué? Porque anunciada su doctrina por hombres distinguidos por la fuerza del ingenio, de una profunda erudición, y por el don de la palabra, se hubiera podido creer que sus rápidos y prodigiosos adelantos se debían al talento y á la habilidad de los predicadores, y que la religión era obra de la política, y de invención humana. ¡Qué hace, pues, el Salvador? Escoge para ejecutar esta empresa á unos hombres sin educación y sin letras, destituidos de todas aquellas ventajosas cualidades que pueden imponer á la multitud y subyugar los ánimos; imprime al mismo tiempo á su misión el sello de la Divinidad; les reviste de su poder; trastorna, cuando le place, para hacer brillar su ministerio y acreditar su doctrina, el orden de las causas físicas; prodiga los más estupendos milagros; y los pueblos, atónitos al ver tantas maravillas, obradas por hombres oscuros y despreciables según la carne, deponen sus antiguas preocupaciones, y reconocen la divinidad de una religión autorizada con tantos prodigios. Confundida su razón, y subyugadas sus potencias por estos hechos sorprendentes, no ven en ellos más que la mano de Dios, que por estos rayos visibles de su omnipotencia les exige del modo más imperioso la obediencia debida á sus leyes. Los milagros, pues, son á la vez el medio más conveniente para convencer á los hombres de la divinidad de la religión, y el más digno de la grandeza de Dios.

Ved aquí la base sobre qué está fundado el magnífico edificio de la religión: hechos sensibles, públicos y ruidosos, que la envidia no ha podido desacreditar, que el engaño no ha podido falsificar, y que la incredulidad no puede desconocer sin trastornar los monu-

mentos de la historia de todos los pueblos, y sin introducir la más espantosa confusión en los grandes negocios de las sociedades, fundados esencialmente sobre la certidumbre de los testimonios, y sobre la autoridad de la fe pública. Así que, ó no hay en el mundo una verdad histórica y de hecho, ó es preciso admitir los milagros obrados por Moisés, por Jesucristo y sus Apóstoles; ó es preciso devorar el mayor absurdo de que es capaz una cabeza delirante, adoptando el más rígido escepticismo acerca de los hechos más incontestables; ó se ha de confesar, que nada hay más bien probado, nada más indudable, que la divinidad de la religión cristiana.

¿A qué siglo, católicos, estábamos reservados? Parece que no hay saber, ni talento, ni filosofía sino para emplearlos en impugnar las verdades más angostas con las armas de una crítica audaz é impial. ¿Qué época la nuestra, en que los apologistas del cristianismo se ven precisados á refutar argumentos fundados, no en principios luminosos, sino en las reglas arbitrarias de una lógica absurda é insidiosa, inventada por las pasiones; para inutilizar las leyes de un ajustado raciocinio! Pero en vano atacan los incrédulos una religión contra la cual no es dado al hombre prevalecer; sus objeciones, tan sabias en la apariencia, no son más que error y vanidad; sus sistemas insubistentes pasarán como el hombre que los inventa; y la palabra de Dios permanecerá siempre como su Autor, y saldrá de todos los combates más resplandeciente y pura. Nada importa, pues, que todo se desencadene: que el infierno abra sus puertas espantosas, inspire su furor á las naciones y los pueblos formen coaliciones vanas; que los filósofos reúnan sus esfuerzos y sus argumentos capciosos; pues la religión, más fuerte que el mundo y el infierno mismo, más sabia que los filósofos; la religión triunfante por los milagros del mundo, del infierno y de los sabios del siglo, disipa los consejos de las naciones, prevalece sobre los pensamientos de los pueblos y destruye los sistemas de los filósofos. Inmóvil sobre el fundamento indestructible de estos hechos maravillosos, como una roca en medio del Océano, podrá verse batida por las olas de la tempestad, pero jamás será derribada de la base eterna sobre que descansa. Refugiémonos, pues, católicos, en este asilo seguro é invencible, desde donde, libres de las borrascas de un mundo agitado, después de haber visto de lejos naufragar todas las sectas, una en pos de otra, en medio de las olas amotinadas de un mar tempestuoso, pasaremos, sin temor de extraviarnos ni de perdernos, al puerto de salvación de los predestinados. *Amén.*

MISIÓN DE JESUCRISTO MANIFESTADA

EN LA PARÁBOLA DEL SAMARITANO

Spiritus Domini super me, et quod un-
secti Dominus me ut mederer contritis cor-
de, et consolarer cunctos lugentes.

El Espíritu del Señor, sobre mí, por
que me ungió el Señor para medicina á
los contritos de corazón; para consolar á
todos los que lloran.

(Isaías, c. 61, v. 1 y 2.)

En el nombre y en la persona del Mesías que iba á venir, pronunció el Profeta estas dulces y tiernas palabras; y así fueron una revelación anticipada, que manifestaba de antemano el espíritu, el objeto, la importancia y las ventajas de la misión de Jesucristo en este mundo.

Por esto Jesucristo en la Sinagoga de Nazaret, al desenrollar el pergamino que se le entregó para su lectura y explanation, leyó en alta voz los dos versículos que acabáis de oír, del profeta Isaías, añadiendo luego: «hoy se ha cumplido esta escritura delante de vosotros. Yo cumplo lo que Isaías vaticinó, enseñándoos que ha llegado el tiempo de la misericordia, de la libertad santa y de la eterna salud.»

Ese amable Salvador vino en seguida á decir El mismo á decir El mismo á sus Apóstoles: «Como mi Padre me ha enviado, yo os envío.» Y por ese medio nos ha hecho comprender que en la sucesión de los siglos, la misión de los Pastores, ministros del Evangelio, es exactamente la misma que la misión de Jesucristo, fundador de la Iglesia. Es decir, que el sacerdote sólo recibe la unción divina del Espíritu Santo para continuar en el mundo la misión de amor que el Salvador comenzó acá abajo, y que, á ejemplo de su divino modelo, el sacerdote, como tal, no debe dominar por la fuerza, sino ganar los corazones por la caridad: que no debe ser el ministro de la justicia y de los castigos, sino el ángel de la misericordia y del perdón; en una palabra, que está destinado para curar á sus semejantes de todos sus males, y ase-

gararles la verdadera libertad, los verdaderos consuelos, la verdadera felicidad. *Spiritus Domini, super me*, etc.

Mas no fué suficiente para Jesucristo el delegar á sus Apóstoles y á sus sucesores esa preciosa é interesante misión, sino que quiso también presentarla como en acción y en un cuadro vivo en la deliciosa parábola del Samaritano. Vámonos á meditarla atentamente, hermanos míos. *Ave María.*

La palabra *Jerusalén*, hermanos míos, significa *la visión de la paz*; y la palabra *Jerico* *la luna*. Así en la parábola que trato de explicar, la ciudad de Jerusalén representa el estado de inocencia en que el hombre gozaba la paz y el reposo del alma, y la ciudad de Jerico figura el estado de nuestra carne después del pecado. Porque así como la luna tiene diferentes fases, del mismo modo nuestra carne, por causa del pecado, nace en la miseria, crece en el padecimiento, envejece en el dolor, y desaparece por la muerte. Esas afinidades y esas interpretaciones, nos han sido suministradas por San Agustín.

El viajero de la parábola, que trasladándose desde Jerusalén á Jerico, cayó en manos de unos ladrones, es, según San Agustín, Adán y toda su raza; es la humanidad entera que por el pecado ha salido de la verdadera Jerusalén, de la visión de paz, del estado de gracia en que se está en comunicación y en unión de Dios, para pasar á Jerico, para comenzar á vivir la vida del pecado, esa vida que, como el astro de la noche, es mudable, inconstante y sujeta á faltas.

Los ladrones en cuyas manos cayó el desgraciado viajero, son, dice San Ambrosio, los ángeles de las tinieblas, en cuyas manos ha caído la humanidad, por no haber buscado en Dios su fuerza y su apoyo.

Se dice en la parábola que los ladrones, después de despojar al viajero de todo cuanto llevaba, después de haberle maltratado á golpes, le dejaron en medio del camino cubierto de heridas y exánime.

Pues bien; los malos espíritus han hecho otro tanto con el hombre que ha caído en su poder. Le han despojado, dice San Ambrosio, de su túnica de inocencia y de todos los adornos de la gracia espiritual. Le arrebataron, dice San Agustín, todas las costumbres virtuosas que forman los verdaderos adornos del alma. Le arrebataron, en fin, dice San Juan Crisóstomo, el principio de la inmortalidad del cuerpo y el derecho á la candidatura del cielo. Consumaron ese despojo sacrilego, dice también San Agustín, ofendiendo profundamente al alma humana en sus más nobles facultades, en su libre arbitrio, cubriéndola de las asquerosas llagas del pecado, porque los pecados,

dice el venerable Beda, son verdaderas llagas que alteran, que desfiguran la integridad del alma, como las llagas alteran y desfiguran la integridad del cuerpo.

El sacerdote y el levita que pasan junto al desgraciado viajero herido y moribundo, no se compadecen de su suerte y prosiguen su camino sin prestarle el menor socorro, significan, según San Juan Crisóstomo, la esterilidad del sacerdocio transitorio de Aarón, y la ineficacia de la ley mosaica para curar las heridas y las enfermedades de la humanidad caída. Según otros intérpretes, se puede pensar también que ese sacerdote y ese levita figuran á los sacerdotes y filósofos paganos, que conocieron de cerca las miserias y las llagas de la humanidad, pero que, en vez de hacerlas desaparecer, contribuyeron á que fuesen más profundas é incurables por las infamias y los horrores de sus supersticiones, y por sus doctrinas vanas y estériles, cuando por su finestas á las costumbres por su licencia.

¡Oh, cuán bien representa á la humanidad entera ese pobre viajero, despojado, despedazado á golpes, perdiendo con su sangre el resto de sus fuerzas, atormentado por el dolor de sus heridas, impotente para levantarse, y próximo á expirar sin remedio y sin auxilio! Es con razón, según opinión de San Agustín, la imagen de la humanidad herida por la falta primitiva y por sus faltas actuales, yacente sobre el camino que podría conducirla á la vida, pero impotente para levantarse de su corrupción, incapaz de procurarse por sí misma los auxilios espirituales, y sin esperanza de obtenerlos de otro, no descubriendo otra perspectiva que la de la desesperación y la muerte eterna.

Mas acordémonos, hermanos míos, que cuando los judíos en su sacrilega audacia, dijeron al Salvador del mundo: «Sois un samaritano y un poseído», Jesucristo, con un tono de dulzura y de paciencia infinita, les respondió: «No, yo no estoy poseído del demonio». Así, como observa Orígenes, de los dos insultos que fueron dirigidos á nuestro amable Salvador, no rechazó más que uno solo, el segundo; dejó subsistente el primero; no rehusó el ser tratado de samaritano, y aun aceptó ese insulto como un título de honor y como su nombre verdadero.

En efecto, la palabra *Samaritano* significa *guarda ó custodio*. ¿Cómo, pues, el Dios de bondad podría rechazar esa calificación. El, de quien el Profeta había dicho que vela siempre sobre su pueblo, que no suspende jamás, ni por un instante, su tierna solicitud, y que le protege y conserva con amor como á la pupila de sus ojos?...

«No es, pues, dudoso, dice San Agustín, que en el Samaritano del

Evangelio, Jesucristo ha querido pintarse y representarse á sí mismo, y ved cuán bien el retrato representa al original.» Se ha dicho del Samaritano que viajando por el camino de Jerusalén á Jerico, y encontrando al desgraciado herido, se aproximó á él con su cabalgadura, y viendo el lastimoso estado en que le habían dejado los bandidos, se compadeció de él.

«Es posible, dice San Ambrosio, leer estos pormenores sin recordar que el Verbo divino descendido del cielo, y haciendo por su humanidad el mismo viaje que el hombre, se compadeció de él, en el lamentable estado en que le encontró, se aproximó á él, y le hizo experimentar los efectos de su misericordia?» La cabalgadura en que el Samaritano llegó junto al moribundo viajero, significa, según un gran número de intérpretes, la naturaleza humana, por la que el Verbo de Dios se dignó venir hasta nosotros. Si, sobre la humilde cabalgadura de su humanidad, tan frágil y tan sujeta á padecer como la nuestra, en calidad de hijo del hombre, como El mismo lo dice, el verdadero Samaritano, el verdadero amigo del hombre, vino en busca del hombre para salvarle.

El Samaritano de la parábola no se limitó á estériles movimientos de compasión para con el infortunado herido, sino que, desmontándose de su cabalgadura, se inclinó sobre él, le aliento, le consoló, lavó y curó sus heridas, derramando sobre ellas aceite y vino, y en seguida se las vendó con mucho cuidado. ¡Oh compasión! ¡oh ternura! ¡oh caridad de aquel buen Samaritano!...

«Todo eso, dice San Juan Crisóstomo, no es más que la pintura fiel de los piadosos cuidados de que somos objeto por parte de Jesucristo.» En efecto, por el vino misterioso de la sangre de su pasión, por el aceite simbólico de los sacramentos, ha curado las llagas de nuestros pecados, nos ha aplicado los únicos remedios que sanan, es decir, que santifican eficazmente.

San Juan ha dicho, que Jesús nos ha lavado efectivamente con su sangre. El Profeta-Rey ha dicho también que Dios, por el aceite de la gracia, nos ha dado la unción santa que desde la cabeza desciende y se esparce por todo el cuerpo. También ha curado y vendado cuidadosamente nuestras heridas, porque, dice San Agustín, no se contentó con presentarnos en los sacramentos el remedio del pecado cometido, sino que nos asegura además en ellos preservativos eficaces contra todos los que intentásemos cometer.

Pero los cuidados más exquisitos prodigados por el Samaritano al herido, de nada hubieran servido si le hubiese dejado extenuado y sin fuerzas en medio del camino y en un sitio desierto. Le levantó,

pues, con la mayor precaución posible, le colocó como mejor pudo sobre su caballo, y le condujo á la primera posada que encontró. Allí hizo le suministraran todo lo que necesitaba, cama, lumbre, remedios, alimento; y continuó cuidándole con el afecto de un amigo y la abnegación de una madre.

Del mismo modo, la pasión y la muerte por las que Jesucristo, el Samaritano celestial, había lavado y curado nuestras heridas, y luego los sacramentos tan necesarios para la consolidación y curación de esas mismas llagas, todo hubiera sido inútil, y no habría servido de nada, si el Salvador nos hubiese dejado en el desierto de este mundo, sin otro auxilio, abandonados á nosotros mismos. ¿Qué hizo, pues, el amable Salvador? Elevó hasta El, por la confianza que supo inspirarla, á la humanidad que acababa de salvar por la redención, y que llevaba en sí mismo en la persona de Adán, nuestro primer padre. Condujo á esa humanidad, y la colocó en el parador de la Iglesia que acababa de fundar con este fin. Allí le prodigó todos los cuidados, todas las ternuras de su caridad infinita, durante los cuarenta días que sucedieron á su resurrección. Porque la Iglesia, dice Orígenes, es una verdadera hospedería, siempre abierta para los que quieren entrar en ella, siempre pronta á recogerlos á todas horas, y que no niega á nadie su hospitalidad y su auxilio.

Observad también, dice Teoflacto, que no sin misterio se ha dicho que el Samaritano llevó al parador al herido sobre su caballo. Eso significa que Jesucristo ha puesto nuestra humanidad herida sobre la suya propia, haciéndonos llegar á ser miembros y que nadie, añade el venerable Beda, entra en la hospedería de la Iglesia, á menos que no sea llevado á ella por el mismo Jesucristo, que en el bautismo nos incorpora á su cuerpo místico.

Pero he aquí el rasgo más hermoso de la caridad del Samaritano. Obligado á marchar á la mañana siguiente, llamó al dueño de la posada, y mostrándole al viajero herido, le dijo: Os recomiendo á ese desgraciado. Tened con él el mismo cuidado que conmigo mismo. Ahí tenéis dos monedas de oro; no economicéis nada de lo que pueda serle necesario, y si os veis en la necesidad de gastar más para su curación, no tengáis reparo ni inconveniente alguno, porque yo os lo abonaré á mi regreso.»

El dueño de la posada, según Orígenes, es el que preside á la Iglesia, el Soberano Pontífice, los Obispos, el clero entero, que todos reunidos no forman más que un cuerpo, una persona moral en la Iglesia de Dios.

Las dos monedas son, según San Ambrosio, las Sagradas Escrituras

ras de los dos Testamentos, que presentan de una manera sensible los caracteres de la inspiración divina, al mismo tiempo que los dogmas de la unidad y de la Trinidad en Dios, de la divinidad y la humanidad de Jesucristo. Es como la imagen del gran Rey de los cielos, como las monedas llevan el sello y la imagen de los Reyes de la tierra. Dios ha dejado estas Escrituras en depósito en manos de la Iglesia, y son de una utilidad inmensa para curar todas las heridas del alma.

Puede decirse también que esas dos monedas significan la Verdad y la Gracia: la verdad, que cura los espíritus iluminándolos; la gracia, que cicatriza las llagas de los corazones santificándolos; la verdad, en el conjunto de la revelación; la gracia en la institución de los sacramentos; la verdad y la gracia cuyo depósito Jesucristo, al día siguiente de la resurrección, antes de volver a partir para el cielo, confió al dueño de la verdadera hospitalidad, al cuerpo de los Pastores de la Iglesia. Esas son, dice San Juan Crisóstomo, las dos monedas que nos proporcionan el poder levantar a los caídos, cuidar a los enfermos y curar a los heridos en el orden espiritual, como también el conservar la salud a los que la han recobrado.

¡Cuán bellas son estas interpretaciones!... exclama Orígenes: ¡quéan sólidas y tiernas á la par que agradables al espíritu y conformes á la razón!...

Detengámonos un instante, hermanos míos, á meditar estas grandes y deliciosas palabras: «Tened cuidado de él, *curam illius habe*; acordándonos que esas son en realidad las palabras pronunciadas por el Samaritano Celestial, cuando quiso encargar á los ministros de su Iglesia el cuidado de la humanidad postrada y enferma.

Tened cuidado de ella, *curam illius habe*. Estas palabras pronunciadas por el Dios Omnipotente, que obra todo lo que dice, que realiza todo lo que nombra: esas palabras, digo, han sido á un tiempo mismo en la Iglesia y para la Iglesia un mandato y un decreto, una ley y una institución. Por esas palabras el Salvador del mundo ha transmitido y dejado á la Iglesia su espíritu, su corazón, todos los sentimientos, todos los transportes de su caridad infinita en favor del hombre. La Iglesia, desde entonces, se ha considerado y manifestado como animada del espíritu de Dios, como llena de la unción de la bondad divina, para enjugar todas las lágrimas, para dulcificar todos los dolores, para cerrar todas las heridas y para alejar ó disminuir al menos todos los males de la humanidad. *Spiritus Domine super me*, etc.

Y, en efecto, desde que esas palabras tan poderosas como afec-

tuosas, y en las que se resume todo el espíritu del Evangelio, fueron pronunciadas por el Divino Samaritano, va repitiéndose en la grande hospitalidad de la Iglesia, y se repiten siempre con la misma energía y la misma fecundidad. Esas palabras son las que mantendrán siempre en ella su actividad, ese espíritu de caridad ardiente, inagotable, que es el carácter propio y distintivo de la Iglesia, la aureola que por todas partes radiante la circunda.

Es verdad que la humanidad, esa enferma impaciente é inquieta, atolondrada y ligera, se rebela con frecuencia contra la Iglesia que quiere cuidarla, la rechaza, persigue y ultraja. Mas la Iglesia, enfermera incapaz de cansarse ni de incomodarse, no hace caso alguno del delirio de la paciente, para no acordarse más que de sus necesidades y de sus dolores. Siempre vigilante, acude, vuela á aliviar y salvar, aun con la certidumbre de no recoger más que odio, desprecio y maldiciones en el reembolso de sus afanes y de su amor. Porque el Salvador ha recomendado á la Iglesia el no abandonar jamás á la humanidad, sea cual fuere su ingratitude. Porque esas grandes y eficaces palabras «tened cuidado de ella», *curam illius habe*, resuenan siempre en los oídos de la Iglesia, y se repiten con poderoso eco en su corazón.

He ahí lo que os explica el misterio de esa asombrosa caridad de la Iglesia, que hasta sus mismos enemigos admiran sin comprenderla: de esa caridad que hace á los enviados de la Iglesia arrostrar las persecuciones de los gobiernos y las antipatías de los pueblos, la injusticia de los edictos y la crueldad de su ejecución, las prisiones, la cuchilla y el hacha, el suplicio y la hoguera, cuando se trata de penetrar en las regiones más intolerantes y bárbaras para esparcir en ellas la luz de la fe, los consuelos de la esperanza y el bálsamo del amor cristiano.

Eso os explicará, también, por qué y cómo sucede que desde hace diez y ocho siglos jamás han faltado ni faltarán obispos, sacerdotes, religiosos, misioneros y vírgenes heroicas que, separándose para siempre de sus familias y de su patria voluntariamente, arrostran las tempestades del Océano, los horrores de los desiertos y las amenazas de los hombres todavía más terribles que los monstruos de los mares y los animales feroces, y corren adonde quiera que hay infelices que ilustrar, pecadores que convertir, pobres que socorrer, enfermos que cuidar y pueblos que civilizar.

He aquí, pues, hermanos míos, como en la parábola del Samaritano, Jesucristo ha querido no solamente manifestarnos su propio corazón amoroso, si que también el carácter de la misión de la Igle-

sia, que no es otro que continuar aquella misma misión de Jesucristo que derrama sobre nosotros sus bondades y ternuras para introducirnos después en las mansiones de la gloria. Amén.



Um subleuasset ergo oculos Jesus, et vidisset quoniam multitudo maxima uenit ad eum, dixit ad Philippon: unde conueniunt panes ut manducetis istos?

Handiendo pues Jesús alzado los ojos, y visto que le seguía una gran multitud, dijo á Felipe: ¿de dónde conuiniere panes para que coman éstos?

(S. JUAN, c. 6, v. 5.)

He aquí, hermanos míos, el gran milagro de la providencia, siempre rica y siempre misericordiosa, de nuestro Dios, en favor de los que le siguen. He aquí la prueba inconcusa y altamente luminosa del paternal cuidado con que acude á proveer abundantemente de oportuno remedio á las necesidades de sus fieles hijos. He aquí en fin el argumento más concluyente en contra de los reprobados afanes con que los hombres buscan las cosas de la tierra y se olvidan de las del cielo. «No andéis solícitos diciendo qué comeremos, qué beberemos y con qué nos vestiremos,» nos dice el Evangelio; «los gentiles son los que buscan, se afanan y se inquietan por esas cosas; buscad vosotros primero el reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura. Mirad las aves del cielo, que ni siembran, ni cogen, ni amontonan en graneros, y vuestro Padre celestial las apacienta...: considerad los lirios del campo como crecen, aunque no trabajan ni hilan; y sin embargo ni el mismo Salomón, en toda su gloria, se vestía con más gala y hermosura.»

Sentado nuestro gran Dios en el trono de su gloria, levanta sus

ojos, liende su vista por todos los ángulos del universo, que la cria-do y depende exclusivamente de su eterna providencia y cuidado: *cum subleuasset*; todo lo ve, todo lo registra y sabe que á todo debe acudir, para que se conserve: *et uidisset quoniam multitudo maxima uenit ad eum*; y entonces echa mano de los inagotables fueros de su poder, de su sabiduría y de su misericordia, y da á cada cual lo que necesita y le conviene. Nadie queda disgustado; á ninguno falta; todos salen provistos de sus dones, si tienen fe en su providencia y reciben con dócil humildad lo que les reparte; ciertos, confiados y seguros de que aquello, y no otra cosa, es lo que pueden esperar, lo que deben recibir, lo que están obligados á aceptar con gratitud y reconocimiento.

Y ¿no es esto, señores, lo que vemos todos los días y á cada momento, y lo que se está repitiendo sin cesar á nuestros ojos desde el principio del mundo? Y sin embargo no nos sorprende, no llama nuestra atención, no excita nuestra fe, no estimula nuestra piedad. ¿Queremos un hecho singular, un milagro más patente, si cabe, un suceso portentoso, que en circunstancias particulares sea como una aplicación brillante de las reglas generales con que el Señor administra y gobierna al mundo? Pues hoy lo tenemos. Pero cuidado: que en él se nos da una lección importante, un documento precioso y perentorio, que nos servirá de terrible cargo en el día del juicio. Nuestro deseo y nimia curiosidad quedan completamente satisfechos; pero de su mismo cumplimiento resultará contra nosotros un argumento indeclinable, á que jamás podremos contestar.

Jesucristo nuestro amable salvador pasa al otro lado del mar de Galilea, seguido de una gran multitud de gentes, admirada de los muchos milagros que ya antes había hecho con los enfermos; subió á un monte y se sentó con sus discípulos; y alzando sus ojos, vió las gentes que venían hacia él, y dijo al apóstol San Felipe: ¿de dónde conuiniere panes para que éstos coman? Esto decía á Felipe, para probar su fe, atendida la gran multitud de los que le seguían, en cuyo favor hizo el asombroso milagro de multiplicar cinco panes y dos peces en tan prodigiosa abundancia, que sobraron para satisfacer el hambre de cerca de cinco mil hombres, sin contar las mujeres, ancianos y niños. ¿Es bastante este prodigio para conocer toda la grandeza de la providencia del Señor? ¿Tenemos aún en él alguna cosa importante que aprender? Si, católicos; pero es indispensable examinar despacio lo que hace Jesús y las circunstancias en que lo hace, para deducir que los milagros de la Providencia son el premio de la fe y buenas obras. Esta es mi proposición, expresamente contenida

sia, que no es otro que continuar aquella misma misión de Jesucristo que derrama sobre nosotros sus bondades y ternuras para introducirnos después en las mansiones de la gloria. Amén.



Um subleuasset ergo oculis Jesus, et vidisset quia multitudo maxima uenit ad eum, dixit ad Philippon, unde uenimus panes ut manducetis istos?

Handiendo pues Jesús alzado los ojos, y visto que le seguía una gran multitud, dijo á Felipe: ¿de dónde compraremos pan, para que coman éstos?

(S. JUAN, c. 6, v. 5.)

He aquí, hermanos míos, el gran milagro de la providencia, siempre rica y siempre misericordiosa, de nuestro Dios, en favor de los que le siguen. He aquí la prueba inconcusa y altamente luminosa del paternal cuidado con que acude á proveer abundantemente de oportuno remedio á las necesidades de sus fieles hijos. He aquí en fin el argumento más concluyente en contra de los reprobados afanes con que los hombres buscan las cosas de la tierra y se olvidan de las del cielo. «No andéis solícitos diciendo qué comeremos, qué beberemos y con qué nos vestiremos,» nos dice el Evangelio; «los gentiles son los que buscan, se afanan y se inquietan por esas cosas; buscad vosotros primero el reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura. Mirad las aves del cielo, que ni siembran, ni cogen, ni amontonan en graneros, y nuestro Padre celestial las apacienta...: considerad los lirios del campo como crecen, aunque no trabajan ni hilan; y sin embargo ni el mismo Salomón, en toda su gloria, se vestía con más gala y hermosura.»

Sentado nuestro gran Dios en el trono de su gloria, levanta sus

ojos, liende su vista por todos los ángulos del universo, que la cria-do y depende exclusivamente de su eterna providencia y cuidado: *cum subleuasset*; todo lo ve, todo lo registra y sabe que á todo debe acudir, para que se conserve: *et uidisset quia multitudo maxima uenit ad eum*; y entonces echa mano de los inagotables fueros de su poder, de su sabiduría y de su misericordia, y da á cada cual lo que necesita y le conviene. Nadie queda disgustado; á ninguno falta; todos salen provistos de sus dones, si tienen fe en su providencia y reciben con dócil humildad lo que les reparte; ciertos, confiados y seguros de que aquello, y no otra cosa, es lo que pueden esperar, lo que deben recibir, lo que están obligados á aceptar con gratitud y reconocimiento.

Y ¿no es esto, señores, lo que vemos todos los días y á cada momento, y lo que se está repitiendo sin cesar á nuestros ojos desde el principio del mundo? Y sin embargo no nos sorprende, no llama nuestra atención, no excita nuestra fe, no estimula nuestra piedad. ¿Queremos un hecho singular, un milagro más patente, si cabe, un suceso portentoso, que en circunstancias particulares sea como una aplicación brillante de las reglas generales con que el Señor administra y gobierna al mundo? Pues hoy lo tenemos. Pero cuidado: que en él se nos da una lección importante, un documento precioso y perentorio, que nos servirá de terrible cargo en el día del juicio. Nuestro deseo y nimia curiosidad quedan completamente satisfechos; pero de su mismo cumplimiento resultará contra nosotros un argumento indeclinable, á que jamás podremos contestar.

Jesucristo nuestro amable salvador pasa al otro lado del mar de Galilea, seguido de una gran multitud de gentes, admirada de los muchos milagros que ya antes había hecho con los enfermos; subió á un monte y se sentó con sus discípulos; y alzando sus ojos, vió las gentes que venían hacia él, y dijo al apóstol San Felipe: ¿de dónde compraremos pan para que éstos coman? Esto decía á Felipe, para probar su fe, atendida la gran multitud de los que le seguían, en cuyo favor hizo el asombroso milagro de multiplicar cinco panes y dos peces en tan prodigiosa abundancia, que sobraron para satisfacer el hambre de cerca de cinco mil hombres, sin contar las mujeres, ancianos y niños. ¿Es bastante este prodigio para conocer toda la grandeza de la providencia del Señor? ¿Tenemos aún en él alguna cosa importante que aprender? Si, católicos; pero es indispensable examinar despacio lo que hace Jesús y las circunstancias en que lo hace, para deducir que los milagros de la Providencia son el premio de la fe y buenas obras. Esta es mi proposición, expresamente contenida

en el Evangelio. La dividiré en dos reflexiones para mayor claridad y mejor orden. En la primera os manifestaré lo que hace Jesucristo en esta ocasión, y, en la segunda, con quién lo hace y por qué lo hace.

Ayudadme antes á implorar los auxilios del Espíritu divino, poniendo por interesera á la Santísima Virgen, saludándola como se acostumbra. *Ave María.*

He apuntado en substancia, hermanos míos, lo que hizo Jesucristo y las circunstancias en que lo hizo, al decir que multiplicó cinco panes y dos peces en el desierto; en tanta y tan prodigiosa abundancia, que bastó y sobró para hartar una multitud tal, que según los expositores llegaba á doce mil personas. Pero para comprender bien toda la magnificencia de este portentoso hecho de la Providencia, es preciso detenerse en cada una de las cláusulas del Evangelio; y ¡ojalá que á mi me fuese dado el hacerlo! formando una extensa homilía, á la manera de las de los Padres de la Iglesia! Entonces vuestra fe se avivaría más, vuestra piedad y amor á Jesucristo se encendería, como es delido, y vuestra gratitud tributaria sin cesar al Señor los justos homenajes de reconocimiento, á que nos empeñan sus bondades. Pero hagamos lo que permite un discurso ligado á ciertos límites.

Preguntado que fué San Felipe y probado por Jesús acerca de su fe en la providencia y poder del Señor, respondió de esta manera: Señor, doscientos denarios de pan no serán bastantes, para que cada uno de éstos reciba una pequeña parte. Entonces el apóstol San Andrés dijo á Jesús: aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto, ¿qué es para tantos? Sin esperar otra respuesta les dijo Jesús que hiciesen sentar á los hombres...., tomó los panes, y dando gracias á Dios los distribuyó á los que estaban sentados, y lo mismo hizo con los peces. Luego que se hartaron, mandó recoger los fragmentos, para que no se desperdiciasen, y de ellos recogieron doce canastos. Sigue refiriendo el Evangelio la grande admiración que produjo en las turbas este milagro, que en su vista aclamaron á Jesús por verdadero profeta y Mesías, y trataron de hacerle rey; pero Jesús huyó de ellos y se escondió.

¿A quién no llama la atención este suceso? ¿y cómo era posible que las turbas no quedasen admiradas? Pero mejor diré, ¿por qué se admiraron ellas y nos admiramos nosotros, al ver este insólito prodigio de la Providencia? Los judíos habían visto ya que á la voz de Jesucristo un paralítico había saltado de su lecho, echándoselo áuestas, y marchando ágil y sano; habían visto á la hija de la viuda sentarse, hablar y quedar viva y curada, cuando ya la lloraban muer-

ta en el fétetro; habían visto curado al ciego de nacimiento, prodigio tan inaudito y tan nuevo, que nadie lo había jamás oído referir en el mundo, según la expresión del mismo; habían visto, en fin, al hijo del príncipe Jairo, al criado del centurión, á los diez leprosos, á la Cananea, al ciego de Jericó y otros muchos; y también habían tenido la sacrilega é infame osadía de negar estos milagros, ó interpretarlos en mal sentido, y por ellos calumniar y perseguir á su divino Autor. ¿Cómo es que ahora se asombran, se excita su gratitud y le quieren hacer rey? ¡Ah, señores! las circunstancias, la ocasión, las formas con que se hace y reviste el portento, abren los ojos al pueblo incrédulo, lieren su corazón corrompido y arrancan á la conciencia viciada un movimiento irresistible, una confesión casi indeliberada, que en otra ocasión, prevenida por la malicia, no realizaría.

Y este es el motivo, cristianos, de la conducta que Jesucristo observaba con aquel pueblo perverso. Le pedían milagros, y les daba amenazas; le presentaban miserias, y apartaba la vista, si en alguno ó algunos no registraba disposiciones de sincera fe é intención sana; pero cuando su eterna sabiduría esperaba el aprovechamiento, porque comprendía bien la piedad y humilde confianza de las gentes que le rodeaban, entonces con mano benéfica y corazón generoso les prodigaba los beneficios y los milagros. Nadie le pidió la multiplicación de los panes; pero Jesús la hizo, porque en aquel lance conoció que eran acreedores, y que la apreciarían en su justo valor, como sucedió en efecto.

Lo mismo se está observando diariamente en el pueblo cristiano. «Pedis y no recibís,» dice Jesucristo, «y es porque pedis mal, porque pedis no lo que os conviene y conduce á vuestro verdadero bien, al bien de vuestras almas, sino á vuestras pasiones y concupiscencias.» Diré más: se hacen milagros á millares, todos los días, todas las horas, todos los momentos; á nuestra vista, en nuestra presencia, con nosotros mismos; los vemos, los tocamos, gozamos sus beneficios; pero los despreciamos, ó al menos los desconocemos, y no nos tomamos la pena siquiera de examinarlos filosóficamente, ya que no sea como cristianos. Son tantos y tan frecuentes, tan grandes y portentosos, que por lo mismo han llegado á envilecerse, dice San Agustín, y á pasar inadvertidos.

Y si no ¿qué es el universo todo, con todo su sistema, tan variado, tan hermoso, tan bello, tan encantador y admirable, sino un continuo milagro? ¿Qué somos nosotros mismos, existiendo ayer, y hoy, y mañana, á pesar de los débiles elementos, de los quebradizos resortes del germen destructor, de que se compone nuestra máquina,

sino el mayor de los milagros? Aquel *hágase*, con que Dios crió al mundo y sacó todos los seres del seno profundo de la nada, ¿no es el mismo acto eficaz, omnipotente, providencial, con que los reproduce y conserva? Así lo cree San Cipriano, y yo también, y todos los hombres reflexivos y cuerdos. Con todo, nada de esto nos asombra, porque se ve y se hace de continuo. Nos asombraría, sí, la multiplicación de los panes; semilla fecundísima que fructificaba en las manos de Jesucristo, *con tan prodigiosa abundancia*, dice San Juan Crisóstomo, *que parecía que los panes producían panes para saciar á la multitud hambrienta*. Nos asombraría, porque se hizo por la libre, graciosa y espontánea voluntad del Hijo de Dios; nos asombraría, porque se hizo en favor de las turbas que no la pedían, pero la necesitaban, y olvidados de todo, seguían á Jesucristo. ¿Con que por quién hizo Jesús este milagro? me preguntaréis. Ya está dicho: por los que le seguían. Reflexionad sobre este punto.

Levantó Jesús sus ojos, y vió, dice el Evangelio. ¿Y á quién vió? á la gran multitud que le seguía. Entonces hizo el milagro de multiplicar los panes y los peces. ¿Y para quién? y vuelvo á preguntar. Para aquellos mismos, no para otros, no para los tímidos y perezosos que se quedaron en la ciudad; no para los que implicados en los negocios del mundo, desojan la predicación del Salvador, sino para los que le seguían al desierto, hasta olvidarse de su propia conservación y preciso alimento, dice San Ambrosio.

Es preciso considerarlo bien, cristianos. Jesucristo lo ha dicho y no puede fallar: es imposible servir á dos señores. El que quiera partir su corazón entre Dios y el mundo, desde luego desagrada á Dios, porque Dios rechaza esos servicios á medias; esos corazones partidos los quiere por entero, porque por entero los ha criado, por entero son suyos. Acaso nos quejamos nosotros de que teniendo mejores derechos, títulos más legítimos para obtener favores y milagros que el pueblo judío, sin embargo no se nos dispensan, al menos tan portentosos y extraordinarios como á ellos. Esta queja es injusta; en ella hay dos equivocaciones, dos errores, á cual más perjudicial para nosotros. En primer lugar, si bien lo miramos, si se reflexiona con fe, á nosotros nos está el Señor obsequiando todos los días con otros favores, con otros portentos, de un valor y mérito infinitamente superior al de la multiplicación de los panes. En el mismo capítulo del Evangelio, en que se habla del uno, tenemos los otros. El pan de la vida eterna, el pan celestial, el cuerpo adorable de Jesucristo, la hostia de la salud ¿no se multiplica todos los días en nuestros altares, para que sea el alimento vital de los que buscan á Jesús en el desier-

to de este mundo? Además, ¿tenemos más méritos, mejores títulos que los judíos? Pues entonces, por eso mismo se nos exige más; porque *al que mucho se le da, mucho se le pedirá*. Y bien; ¿hacemos nosotros lo que las turbas del desierto para buscar los milagros de Jesucristo? Responda cada cual por su parte; diga si abandona el mundo por Dios, si se le entrega todo entero y sin reserva, y entonces podrá valer algo su argumento. Pero yo estoy bien seguro que si ponemos la mano sobre nuestro pecho, nos veremos todos obligados á confesar que no hacemos ni lo que las turbas hicieron, ni lo que nos toca y á lo que estamos comprometidos por esas mismas razones de superiores títulos y de abundantes beneficios.

Y si no, ya que no abandonamos al mundo y sus cuidados, ¿es nuestra fe tan grande, es nuestra confianza en Dios tan ciega y absoluta, es nuestro amor por su doctrina inmaculada tan eficaz y ardiente, que sin cesar jamás nos abandonemos á su cuidado paternal, esperándolo todo de su eterna bondad, de su cariñosa providencia? ¡Ah! Jesús elevó sus ojos en el monte, y vió que le seguía una multitud inmensa, dirigida sólo por la devoción y piedad para oír sus doctrinas de vida y de salud; vió que olvidados del mundo, huyendo de él, dejando su tumulto, sólo pensaban en una cosa, y era en oír su divina palabra. Por esta fe, por esta confianza, el Señor cuidó de proveerles de lo que les faltaba y les era necesario: por esto hizo el milagro de la multiplicación de los panes. Las turbas desconfiaron del mundo y confiaron en Dios: lección importante y luminosa para el pueblo cristiano; lección que, imitada con fidelidad, nos dará de seguro los mismos resultados. Quinientos denarios de pan, que serían como unos mil reales de nuestra moneda, no bastarían en la opinión del apóstol Felipe, para que cada individuo de los que seguían á Jesús tomara un bocado; si él hubiese bien comprendido lo que se iba á verificar, hubiera dicho que para tanto no bastaba todo el oro del mundo. Ni basta tampoco, ni bastará nunca para los diarios portentos que Dios hace con nosotros en el orden espiritual y en el temporal; antes estorbaba é impide que los logremos, porque en el oro y demás arbitrios y medios terrenos está cabalmente el enemigo de que es preciso huir.

En fin, cristianos, Jesucristo obró en el desierto el gran prodigio de su providencia en los días inmediatos á la festividad de la Pascua; circunstancia también digna de meditarse seriamente. También en la Pascua principalmente, hermanos míos, llama la Iglesia á sus hijos á fin de participar de los inauditos portentos del misterio asombroso y mayor, que forma como la esencia, como el carácter distin-

tivo de la religión católica; portento, misterio y favor que en ningún otro culto de cuantos el demonio y los hombres malos han inventado, se encuentra ni puede imitar. La participación de la divina mesa, en la cual se da á los fieles por alimento el adorable cuerpo de Jesús sacramentado, es el gran símbolo que distingue la Iglesia católica, y la fe de este misterio es la de la única religión verdadera. Hasta lo infinito se multiplica el pan de vida eterna por medio de la omnipotente virtud de las palabras de Jesucristo, repetidas por sus ministros. La Iglesia nos convida, nos estimula, nos manda venir al banquete; y las disposiciones que exige son las mismas que vió el Salvador en la multitud, cuando en su favor multiplicó los panes: abstracción del mundo y sus cuidados, fe rigurosa en la doctrina del Señor, y amor puro y ardiente á Jesucristo.

Para preparar Jesús á las turbas al conocimiento y participación de este augusto misterio, les multiplicó el pan material y terreno, y después les dijo: comed, no el manjar que perece, sino el que permanece hasta la vida eterna. Para esto es preciso que creáis en la obra de Dios, hecha por su Hijo, á quien ha enviado con este fin.

Ea, cristianos, esta obra grande y portentosa es para nosotros. Avivad vuestra fe, y veréis y participaréis del milagro del amor de Jesús, no ya como las turbas, comiendo del milagroso pan multiplicado en el desierto, sino del pan celestial y divino del cuerpo adorable y sacramentado del mismo Jesús. Avivad vuestra fe, repito, pero con las buenas obras, con el retiro del mundo, con un fervoroso y encendido amor á este Señor, cuya inmensa bondad, cuya sabiduría infinita y cuya providencia omnipotente y cariñosa ha querido obrar para el pueblo cristiano un prodigio, infinitamente mayor que el del desierto. Convenzámonos, en fin, de que los milagros del Señor en favor del mundo son frecuentes, continuos y portentosos, y que siempre reclaman nuestra gratitud, y exigen amor y respeto, lejos de envilecerse con su frecuencia. Sobre todo y sobre todos el grande, el incomparable, el divino milagro del augusto Sacramento, significado por el del desierto. Vivamos como buenos hijos de Dios, humildes, fervorosos y agradecidos á tantos favores; sea nuestra conducta tan virtuosa y tan pura, que siempre podamos dignamente disfrutar de este beneficio y comer con frecuencia del pan milagroso, para que, fortificados en el alma con su alimento, marchemos firmes y sin nunca desmayar hasta el monte santo de Dios, que es la gloria. *Amén.*

MILAGRO DE LA CURACIÓN DEL MUDO

POSEÍDO POR EL DEMONIO

Cum invocandus spiritus exierit de homine, ambulat per loca iniqua, quatenus requirit; et non inveniens, dicit: Convertar in domum meam, unde exiit.

En habiendo salido el espíritu impuro de un hombre, anda por lugares estériles, buscando reposo; y no le halla. Entonces dice: Yo me volveré á mi casa, de donde he salido.

(S. LUCAS, c. 11, v. 24, 25 y 26.)

Si el hecho portentoso, hermanos míos, de recobrar el uso de la palabra aquel mudo de cuyo cuerpo arrojó Cristo el demonio, excitó la admiración de las turbas; las sublimes enseñanzas de Jesucristo, en ocasión de este milagro, arrebataron de entusiasmo á los judíos que le escuchaban, de tal manera, que levantándose una mujer, proclamó á la madre de Jesús, feliz y dichosa.

Bajo la imagen de este espíritu inmundado que, después de recorrer lugares áridos, no pudiendo encontrar el reposo que busca, vuelve á entrar en el hombre del cual había salido, acompañado de otros siete espíritus más perversos que él; nos representa el Evangelio la situación de un cristiano libertado por la gracia santificante de la tiranía de Satanás. Forzado este espíritu infernal á ceder su puesto al Espíritu Santo, sale de su morada, es cierto; pero conserva siempre la voluntad de volver á ella. Conoce los lugares más endebles de este corazón, las pasiones más fáciles de conmover, los medios más á propósito para sorprenderle. Lejos de atacar bruscamente al hombre justificado, estudia con esmero todos sus pasos; examina si vela con menos atención; espía los momentos en que descansa con más seguridad, confiado en las ventajas de su posición; é inquiera si oraciones fervorosas y asiduas comunicaciones con Dios, sostienen y aseguran el beneficio y la gracia que de él ha obtenido; si se complace en su propia justicia y en el esplendor de sus virtudes; en una palabra, si se

gloria en sí mismo, y no en el Señor. Entonces, á la menor señal de negligencia y de infidelidad, el espíritu tentador vuelve, acompañado de otros siete espíritus más malignos que él, á entrar en el alma de este hombre, cuyo último estado viene á ser peor que el primero: *Et fuit novissima hominis illius peiora prioribus.*

Tal es el enemigo contra el cual tenemos que luchar constantemente: enemigo de una fuerza sin igual sobre la tierra; astuto é incomparable en su malicia; infatigable en sus ataques, é implacable en sus furiores. ¿Y qué, ¡católicos! miraremos con indolencia á nuestra alma, esta alhaja tan preciosa y de tanto valor á los ojos del Señor, redimida con su sangre preciosísima, y á cuya ruina está tan atento un enemigo el más formidable? ¿No bastará esta sola consideración para hacernos despertar del profundo letargo en que tanto tiempo ha estamos sepultados, y vivir alerta en continua vigilancia para evitar los peligros que por todas partes nos rodean?

No hay, pues, otro medio de evitar los escollos que nos amenazan, que la vigilancia cristiana. Así digo que sólo la vigilancia cristiana puede darnos seguridad contra los enemigos de nuestra salvación eterna. Tal es el asunto de este discurso y el objeto de vuestra atención. Implémoslo, etc. *Ave Maria.*

Jesucristo parece limitar toda la perfección del cristianismo á este solo precepto: velad, *vigilate*. Nos le repite en todas las ocasiones; y el Evangelio no es más que una larga y urgente exhortación, que nos advierte que seamos circunspectos y nos mantengamos alerta sin cesar. ¿Y á qué fin tan reiteradas instancias? ¡Ah! porque Dios conoce que nuestra seguridad depende de la vigilancia: vigilancia que, si en todos los siglos ha sido un deber, porque en todos los tiempos están expuestos los hombres á la tentación, jamás fué tan necesaria como en el nuestro, en que se han aumentado los peligros. En efecto, ¿cuándo ha corrido tantos riesgos la inocencia? Á las persecuciones sangrientas ha sucedido otra, más peligrosa, porque lo parece menos. La paz se ha concedido á la Iglesia, pero no á los fieles. Satanás no ha cesado de combatir; no ha hecho más que mudar de armas. En los siglos de fervor, dice el grande Agustino, como león terrible, agitaba el aire con sus bramidos. En este siglo de mollicie, como tímida serpiente, se arrastra bajo las flores. Ya no nos amenaza, sino que nos lisonja; no nos presenta ya espadas sino placeres. Entonces, continúa el mismo Padre, habia recurrido á la violencia; se esforzaba por intimidar á los defensores intrépidos de la fe de Jesucristo con el aparato de los tormentos; y contra su esperanza,

poblaba la tierra de cristianos y el cielo de mártires. Para extirpar la religión naciente, demolia los templos consagrados al Señor, y dispersaba á los fieles; pero la caridad, más ingeniosa que la tiranía, abría medios de comunicación en las entrañas de la tierra. Se reunían en profundas cavernas: allí, invisibles á sus perseguidores, erigían altares para celebrar los divinos misterios. Cualquier lugar era un templo para corazones tan puros; y la religión, aunque destituida de la pompa augusta de las ceremonias, era tanto más majestuosa cuanto era más interior, y tanto más fecunda cuanto era más combatida.

En nuestros días el espíritu maligno se vale de la seducción: la fuerza, lejos de producirle un efecto favorable, habia frustrado sus designios. No manda el crimen; lo adorna, lo hermosa, lo insinúa, lo persuade, lo enseña de una manera eficaz; fascina la razón, habla á los sentidos. No perturba los ejercicios de la religión; se contenta con erigir altar contra altar. Dios tiene su culto, y él tiene el suyo. A los ministros evangélicos, cuyos labios son los depositarios de la doctrina y la ciencia de la eterna salud, opone esos doctores intrépidos de la irreligión que se sientan en la apostada cátedra de la mentira. A las santas ceremonias de la Iglesia, opone esos espectáculos en que se reproducen los dioses del paganismo; en que nada se omite para avivar las pasiones; en que todo es ilusiones para el entendimiento, todo es veneno para el corazón. A las imágenes sagradas, que nos traen á la memoria las sublimes virtudes de los héroes del cristianismo y nos excitan á su imitación, opone esas pinturas indecentes, esos cuadros obscenos, obras maestras de corrupción, ahora buscada con más ansia que nunca; admirados, expuestos á los ojos de todos; y que para soplar el crimen en todos los corazones y perpetuarle en todas las edades, ocupan en nuestras casas el lugar en que estaban colocados en tiempo de nuestros padres, el símbolo sacrosanto de la Cruz y las venerables efigies de los Santos. A los cánticos graves y patéticos de la Iglesia, que elevan el alma y la fijan en la contemplación de las grandezas divinas, opone esos versos cínicos, esas canciones lubricas, engendradas por el demonio de la licencia, en que las gracias de la poesía convertidas en blasfemias, profanando sus acentos armoniosos ultrajan al Dios de la Majestad, cuyas alabanzas debieran entonar. A los libros edificantes que no respiran más que piedad y el buen olor de Jesucristo, opone esos escritos infames, oprobio de nuestro siglo, proscritos por todas las leyes, siempre anatematizados y siempre subsistentes, y que pasando con rapidez de mano en mano, tienden á formar, según la corrupción de un hombre, las costumbres de un pueblo entero.

¿Y qué ha resultado de esta mezcla sacrilega? Un trastorno general. Lo que no había podido hacer la crueldad de los tiranos, lo ha consumado la seducción y la impiedad. El misterio de la iniquidad casi absorbe el misterio de la justicia. La religión se muestra todavía en nuestros altares; pero apenas se deja percibir en nuestras costumbres; jamás se han visto tantos cristianos con menos cristianismo. ¡Ah, católicos! los ministros evangélicos no hemos cesado de anunciaros estas desgracias y de indicaros su origen fatal. Como centinelas vigilantes, colocados en lo alto de la montaña, hemos esforzado nuestra voz para advertiros el riesgo, á la aparición del enemigo. En el momento en que una filosofía maldita, después de haber preparado por largo tiempo su veneno, os ofrecía con semblante risueño la copa de la impiedad, y la tomabais ansiosos en vuestras manos; ¡temerarios, os hemos dicho, deteneos! ¿qué vais á hacer? Lejos de vuestros labios esa copa emponzoñada. Si llegáis á gustarla, bebéis la muerte. Todo será perdido; religión, costumbres, Estado. Tal vez calificabais entonces estos funestos presagios como exageraciones de un celo sin discreción. Nosotros mismos no contábamos con que tan presto llegasen á cumplirse. Al paso que se ha propagado la irreligión, la iniquidad, más atrevida, ha apresurado su carrera; se ha anticipado á nuestros vaticinios; y de hoy más no tendrá otros límites que su impotencia. ¿Qué nos resta pues que predécirnos al bajar de la montaña? Lo digo penetrado de dolor: las venganzas del cielo. ¡Plegue á Dios que podamos apartarlas de nosotros con nuestros votos y nuestras oraciones!

¡Ah! exclamaba San Agustín; si no menos durante los días horribles de la Iglesia, mil señales precursoras advertían el peligro: los bárbaros edictos de los emperadores anunciaban la proscripción; sus efectos eran limitados; los golpes partían de una mano notoriamente enemiga. La paciencia era la única virtud necesaria á los mártires, y concluía con la prueba. Hoy, que nos dormimos confiados en una calma aparente; que nada nos atemoriza, y todo nos pierde; hoy que las sutilezas del siglo han despojado los vicios de su grosería natural y los han prestado cierta cultura y delicadeza; hoy que tenemos más que temer las complacencias de los hombres que sus contradicciones; hoy que los peligros son infinitos y las tentaciones continuas; hoy que la persecución es lenta y serda; hoy que los tiranos se albergan en nuestra alma, ¿qué vigilancia no nos es precisa?

No nos engañemos, católicos: no solamente tenemos que luchar con enemigos envidiosos de nuestra dicha; el universo entero está armado contra nosotros. No exagero. Enemigos visibles, enemigos in-

visibles; potestades del mundo, potestades de tinieblas; amigos, parientes; los que nos lisonjean, los que nos censuran; los que nos sirven, los que nos persiguen; todas las criaturas, todos los hombres, están ligados para nuestra ruina; todos tienden á un mismo fin, aunque por caminos opuestos. No se trata solamente de evitar algunas emboscadas; marchamos en medio de lazos, dice el Espíritu Santo; lazos continuos é innumerables. La prosperidad que nos ciega; la mollicie que nos adormece; el lujo que nos deslumbra; los placeres que nos corrompen; las conversaciones agradas por el escarnio, animadas por el libertinaje, inflamadas por las pasiones, sazonadas por la murmuración y la calumnia; los banquetes en que, no tanto se procura satisfacer las necesidades de la naturaleza, cuanto lisonjear la delicadeza del gusto y suministrar nuevas armas á la concupiscencia; los objetos encantadores que incitan al crimen; los ejemplos escandalosos que se autorizan; las máximas funestas que le prestan el homenaje debido á la virtud; los consejos perniciosos que le facilitan: lazos en lo que vemos; lazos en lo que vimos; lazos en el aire que respiramos; lazos en la misma virtud; lazos por do quiera, y hasta al pie de los altares.

Y no basta preservarnos de estos lazos por algún tiempo; es preciso perseverar hasta el fin, marchar siempre adelante, sin mirar atrás en ninguna ocasión; es preciso resistir intrépidos al torrente que nos arrastraría; precavernos constantemente del contagio que nos rodea; no dejarnos sorprender por los artificios del espíritu tentador que nos cerca. Aprendamos que la vida del cristiano es una guerra continua; que no le es permitido dejar las armas y descansar; que una sola derrota destruye el mérito de todas sus anteriores victorias; que nada ha hecho si no conserva hasta el último trance el depósito inestimable de la gracia santificante; y por fin, que la corona no se consigue en el camino, sino en el término de la carrera.

Entre tantos motivos de temor, ¿de dónde puede nacer nuestra seguridad, católicos? ¡Qué! todo se agita violentamente al rededor de nosotros, ¡y todavía nos mantendremos tranquilos! Todo vela para perdernos, ¡y nosotros nos entregaremos al sueño! Salgamos de este profundo letargo; observemos á los fuertes de Israel, á los justos por excelencia; ellos han huido con precipitación de la tierra maldita que devora sus habitantes; han buscado los desiertos más espantosos, las soledades más ignoradas; y aun así, creían ser corta la distancia que habían puesto entre sí y los peligros que les amenazaban. Escuchemos á San Bernardo, que del fondo de su retiro exclama: «Si á pesar de la separación del mundo y de las tentaciones exteriores, hallo tan-

ta dificultad en sostenerme en la senda resbaladiza de la virtud; si no puedo defenderme de mí mismo á favor de esfuerzos continuos y penosos, ¿cómo se salvarán los hombres ciegos que fluctúan en el mar tempestuoso del siglo, siempre combatiendo con los enemigos de su salvación, expuestos á tantos peligros, rodeados de tantos escollos, arrastrados por sus propias pasiones y por las de otros? En efecto, si un San Bernardo en su soledad, consumido su cuerpo por los trabajos y extenuado por las vigias y los ayunos; si San Bernardo, con un entendimiento siempre puro, con un corazón siempre casto, tiene no obstante que combatir sin tregua para salvar su inocencia; ¿qué podremos esperar nosotros, constituidos en el centro mismo de la seducción, y cercados de objetos los más encantadores y capaces de causar en nuestra alma las impresiones más funestas? Si la casa edificada sobre la roca bambolea á los impulsos violentos de la tempestad, ¿cómo podrá resistir el edificio cuyos cimientos están casi arruinados? ¿cómo podrán mantenerse firmes los corazones medio corrompidos, y las almas acostumbradas á complacer sus pasiones? ¿cómo se hallará segura la inocencia en esos concursos, donde el alma recibe por todos los sentidos el dulce veneno que la enerva, y donde la alegría y las diversiones quitan al recato toda su vigilancia y severidad? Velemos, pues, ó renunciemos á nuestra salvación. No hay medio entre estos dos partidos.

Entremos en los sentimientos del Profeta cuando decía: mi alma está sin cesar entre mis manos: *Anima mea in manibus meis semper*: ella es el único objeto que merece toda mi atención en el universo; todo lo demás nada me importa; es el único bien que me pertenece y que me es propio verdaderamente; si por desgracia la perdiera, todo estaría perdido para mí. *Anima mea in manibus meis semper*. La llevo entre mis manos, porque es un tesoro frágil y yo soy demasiado débil. ¿Podré usar en este asunto de excesiva circunspección? El menor choque bastaría para quebrarle: un solo tropiezo me haría caer en el abismo. La llevo entre mis manos, para no olvidarla en medio de tantos motivos de distracción; para fortalecerme contra los diversos asaltos que me veo obligado á sostener. Animado con su vista, desafío sin recelo á todas las criaturas; y digo: «placere seductores, honores frivolos, riquezas perecederas; ¿importáis tanto como mi alma? La llevo entre mis manos, para considerar más de cerca las maravillas que Dios obra en ella; para examinar más atentamente si la culpa no la ha degradado; si algunas manchas secretas no han alterado su pureza; si se muestra conforme á su divino modelo. La llevo entre mis manos, y la llevo con respeto; es el precio de la sangre del Homi-

bre-Dios. La llevo con religión: es el Arca viviente del Señor. La llevo con valor; mil enemigos me rodean para robármela. La llevo con temor; mi eternidad feliz ó desgraciada depende de ella. La llevo con fidelidad; es un talento que el padre de familia me ha confiado y del cual soy responsable. La llevo siempre, porque me la pueden arrebatarse á cada instante; y no dejaré de llevarla sino cuando la haya puesto en manos del mismo Dios. Entonces, á cubierto de mi propia flaqueza y de la malicia de mis enemigos, reposaré tranquilo en su seno: y gozaré así de aquella paz deliciosa de la cual no tenemos en la tierra más que la sombra y las primicias, y cuyo pleno goce está reservado á los siervos vigilantes, en la eternidad. *Amén*.

JESÚS EN EL TEMPLO CONFUNDE LA PERVERSIDAD DE LOS FARISEOS

Si scribitis dico vobis, quare non creditis mihi.

Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

(S. JUAN, 6: 8, y. 46.)

La sabiduría y la moderación de Jesucristo se exaltan y se engrandecen, hermanos míos, á proporción que se manifiesta la envidia de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos. Estos hombres se habían propuesto sagriarle por todas partes, estudiar sus pasos, pesar sus palabras y aprovecharse, cuanto les fuera posible, de todas las circunstancias de su vida para sorprenderle y condenarle. Jesucristo, á vista de tanta malignidad, parece que debía huirles, ó á lo menos callar delante de ellos; pero como, entre todos los que le seguían, eran éstos los más enfermos, se constituye en la obligación de trabajar con más ardor para curarlos, y así los trata y les habla con más frecuencia. Pero ¡ay, hermanos míos! su perversidad y

orgullo les ciegan é impide reconocer en Jesús al verdadero Mesías. Escuchemos á Jesucristo en el templo, reprendiendo á los príncipes de los sacerdotes y fariseos por su obstinación, y escuchemos las terribles amenazas que les dirige. Ante las objeciones que aquellos perversos judíos dirigen á Cristo y los insultos que su malicia les sugiere, temamos, pero de las respuestas de Jesucristo aprendamos grandes enseñanzas. *Ave María.*

¿Quién de vosotros me pregunta de pecado? Estas palabras de Jesucristo no son de un amigo que pide á otro que le declare sus defectos, ni de un desconocido que se aprovecha de la obscuridad en que ha vivido, para adquirirse una reputación de justicia, que perdería inmediatamente que se le conociese de cerca; un Dios hecho hombre, que desde que se manifestó al mundo ha hecho públicas todas sus acciones sin la menor reserva; un hombre de una vida irreprochable es quien escoge por sus censores á sus mayores enemigos, y les provoca á que le arguyan de pecado. *¿Quién había de pensar que estos hombres dentro de pocos días se sentasen en sus tribunales para juzgar al que no pueden hoy reprender; para acusarle con impudencia de delitos atroces y dignos de muerte, sin poder alegar la más ligera prueba; y para exclamar con el fin de intimidar al más cobarde y débil de los jueces, crucifícale, crucifícale?* Esta inconsecuencia de conducta y de palabras nos parece ciertamente muy extraña, si paramos la consideración en el tiempo y circunstancias en que la manifiestan; pero nosotros ¿no somos sus imitadores, cuando ejercitamos contra el prójimo la malignidad de nuestras reflexiones y de nuestros juicios? Antes de condenar á nuestros hermanos y de imputarles tan enormes faltas, ¿no sería muy conveniente traer á la memoria las palabras de Jesucristo? Para acriminar al prójimo por sus defectos, se requiere, hermanos míos, el derecho y la posibilidad de convencerle; pero regularmente carecemos de uno y de otro, porque Dios no nos ha dispensado, ni la autoridad necesaria para juzgar, ni las luces suficientes para hacerlo con justicia; y por tanto, si el prójimo no puede desafiarnos á convencerle absolutamente de todo pecado, nos puede muchas veces provocar á probarle lo que le imputamos por envidia y malignidad. Jesucristo pudo obrar de esta manera, porque siempre había anunciado la verdad en su conducta y sus palabras. *Si os digo la verdad, decía á los fariseos, ¿por qué no me creéis?* Esta objeción no tenía respuesta; pero Jesucristo previene la que pudieran darle, diciéndoles: *El que es de Dios, oye las palabras de Dios; por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios.* Este dicho

de Jesucristo recaía propiamente sobre los fariseos que se obstinaban en no reconocer la verdad; pero vosotros, hermanos míos, ¿estáis libres de ser comprendidos en esta reprensión? *¿La palabra de Dios hace sobre vosotros impresiones saludables?* *¿La oís con los oídos del corazón, esto es, con la humildad, la docilidad y el respeto que convienen á los hijos de Dios?* *¿La oís, cuando os habla de un modo opuesto á vuestras inclinaciones y deseos, y cuando os prescribe ciertos sacrificios, por los cuales sentís la más viva repugnancia?* Sabeid que el que es de Dios, oye las palabras de Dios. Sí, las oye, es decir, las gusta, se alimenta de ellas, se somete á ellas, y sobre todo las reduce á práctica; de manera que puede decirse á los cristianos que con más frecuencia asisten á nuestras instrucciones, cuando contradicen con sus costumbres las verdades que les anunciamos: vosotros no las oís, porque no sois de Dios. *¿Qué diferente efecto es el de esta palabra con relación á los que son de Dios, y á los que viven separados de él?* Un profeta la llama *ley pura y sin mancha*; su efecto es el de convertir los corazones que la escuchan con respeto, y comunicar la sabiduría á los pequeños. De esta manera obra en las almas fieles; pero no así con los pecadores. Las verdades les ofenden, cuando combaten más sus vicios, y fatigados de su fuerza, se valen de las invectivas y de las blasfemias para desacreditarlas. Jesucristo hace ver á los judíos que sólo pertenecen á Dios, mientras escuchan su verdad y su palabra; pero ellos, en vez de sujetarse con docilidad, le responden: *¿No decimos bien nosotros, que eres samaritano y que tienes demonio?* De estos hombres habla sin duda el Profeta en uno de sus Salmos, cuando dice: *¿Por qué te ensalzas en la malicia, tú que eres poderoso en la iniquidad?* Cuando el pecador, hermanos míos, conoce su injusticia, y la conciencia le reprende sus desórdenes, tiene aún grandes recursos para la salvación; pero cuando ya no siente remordimiento alguno y se complace en su iniquidad, está muy cerca de su reprobación eterna. Pero ¿qué respuesta va Jesucristo á dar á los fariseos? Ella es en un todo conforme á su carácter de humildad, y no se dirige sino á disculparse de imputación tan odiosa: *Yo no tengo demonio, responde; mas honro á mi Padre.* Como si dijese: El demonio es el enemigo de Dios, y, envidioso de su gloria, trabaja sin cesar en destruir su culto; pero mi profesión es la de honrar á mi Padre. Aquí tenéis, hermanos míos, el compendio de vuestras obligaciones. Honrar á Dios, es contribuir á su gloria por todos los medios posibles; honrarle en las palabras, es bendecir su santo nombre, publicar sus maravillas, propagar su conocimiento y su culto, y oponerse con celo á todos los que quierán combatir la re-

ligión ó la verdad; honrarle en las obras, es cumplir su ley, proporcionando al prójimo todos los medios que pueden conducirle á Dios, separándole del mal y encaminándole á la virtud; honrar á Dios en los bienes de fortuna es, según la expresión del Profeta, emplear cuidadosamente los que nos ha confiado, y llenar los designios de la Providencia, que los depositó en nuestras manos; honrarle sobre todo en el pobre, que representa á Jesucristo, consiste en no ser duros á su miseria, ni cerrar los ojos á sus necesidades. Estas son las condiciones, hermanos míos, con las cuales podéis decir: *Honro á mi Padre*. Pero Jesucristo dice también á los judíos: *Vosotros me habéis deshonrado*. El mayor ultraje que se puede, hermanos míos, hacer á Dios Padre, es desconocer á Jesucristo su Hijo. Siendo como es santo, omnipotente é infinitamente glorioso por naturaleza, no necesita de nuestros homenajes; todos los pecados de los hombres, no podrían de modo alguno luchar la gloria y la felicidad que disfruta por esencia; pero, celoso de nuestra salvación, ha escogido los medios más propios para reconciliarnos, y ha llevado su amor hasta el punto de darnos á su único Hijo. ¿No deberá, pues, arrojar de su presencia en los días de su furor al que haya mirado este medio con indiferencia y frialdad? No deberá ofenderse de las injurias que se dirigen contra aquel mismo, que ha escogido por nuestro mediador? Velad, hermanos míos, para que Jesucristo no os reprenda de esta suerte; honradle, no con los labios, sino con el corazón; honrele nuestro espíritu con un estudio continuo de sus misterios y sus bondades; honrele nuestro corazón con su amor y reconocimiento; honrémosle en nuestras obras con una imitación sincera de su conducta. Todo lo que no es conforme á las reglas de su Evangelio y á los ejemplos que nos ha dado, es una ofensa que hacemos á Jesucristo, que subirá hasta el trono mismo del Padre, que le ha enviado.

Jesucristo se queja de que los judíos le deshonran; pero teniendo que estos hombres, naturalmente orgullosos, confundiesen esta reprehensión con un acto de vanagloria y de orgullo, les dice: *Yo no busco mi gloria; hay quien la busca y juzgue*. Ved, mis hermanos, una verdad que muchas voces no hemos querido oír; pero debemos saber que cuanto más despreciamos nuestra propia gloria, tanto más ciertos estamos de hallar una gloria permanente y sólida. Regularmente nos persuadimos que la humildad nos degrada, que un desprecio nos envilece, y que debemos hacer públicas nuestras acciones, para que nos merezcan alguna satisfacción; pero Jesucristo, conocedor más que nosotros de lo que es la verdadera gloria y la sólida grandeza, no había de sí mismo sino con mucha humildad, y fin en aquel que co-

noce el fondo de los corazones, el cuidado de manifestar las virtudes que no tienen precio, sino en tanto que merecen ser juzgadas. Por esto añade: *El que guardare mi palabra, nunca verá la muerte*. Como si dijese: Las obras del hombre soberbio desaparecen con él; una acción que se hace con la mira de los aplausos y satisfacciones públicas, recibe su recompensa en este mundo, y apenas se alaba, cuando se olvida; pero aquel que sólo obra por Dios, no quiere otro testigo que á Dios mismo. El hombre que, observando mi palabra, sabe que, lejos de deshonrarse, cumple con la mayor y más noble de todas las funciones, que es la de servir y honrar á su Dios, es digno de subsistir tanto como Dios, que es el principio, el objeto y el fin de sus acciones. Así hablaba, hermanos míos, un hombre á quien perseguía el espíritu de las tinieblas. A las invectivas de los judíos opone solamente simples razones; sus discursos son humildes, pero sin embargo los judíos le replican de nuevo, y le dicen: *Ahora conocemos que tienes devaneo*. Jesucristo acaba de hablar de la observancia de su palabra y de la inmortalidad que debe ser su recompensa; los judíos le oponen el ejemplo de Abraham y de los mayores profetas, á quienes no puede tacharse, dicen, de haber desconocido la voluntad de Dios, y sin embargo murieron. La consecuencia que necesariamente se sigue de estas reflexiones, es que aquel que se atribuye el derecho de comunicar la vida por su palabra, es más grande que Abraham; pero los judíos, aunque conocían todo su valor, se sirven de ella contra Jesucristo. Ellos ciertamente debían inferir que el que les hablaba era superior á todos los que le habían anunciado; pero, sin embargo, era más conforme á sus intereses el inferir, que el que se atribuía este derecho, era un impostor que insultaba á los hijos haciéndose superior á su padre. ¿Eres tú mayor, le dicen, que nuestro padre Abraham, el cual murió? ¿Qué diferencia tan notable, hermanos míos, entre Jesucristo y todos los personajes del antiguo Testamento! Jesucristo es el término de todas las promesas hechas á Abraham, el padre de los creyentes. La bendición que debía multiplicar su posteridad más que las estrellas del firmamento y las arenas del mar, hubiera sido enteramente estéril, si se limitase á que naciesen de sus descendientes hombres tan ciegos como estaba entonces el pueblo judío. Los elogios con que Dios mismo ensalzaba la fe de su siervo y su obediencia, hubieran sido de ningún mérito si Jesucristo no fuese el único término de sus deseos y de sus votos; pero Abraham levanta sin duda su valerosa mano sobre el más tierno y el más precioso de los hijos; y desde este momento sacrifica todo respeto humano y toda consideración temporal, porque sabe que

todo lo que Dios exige es necesario, que todo lo que manda es justo, que todo lo que promete es cierto. Guiado por los principios de una fe viva e ilustrada, sabe que si debe perecer el que parece el heredero de las promesas, no puede dejar de manifestarse un día aquel en quien todas las naciones deben ser benditas en la plenitud de los tiempos. En efecto, le ve, le saluda y le adora desde lejos; y si guarda silencio sobre tan gran misterio, á lo menos lo publica con su obediencia y sus obras.

¿Cuán te haces á ti mismo? dicen los judíos á Jesucristo; pero este Señor, sin variar de lenguaje, les responde: *si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica; el que vosotros decís que es vuestro Dios, y no le conocéis.*

Notad, hermanos míos, que nada es más equivoco en el lenguaje de la religión que los nombres de padre, de maestro y de jefe, que damos á Dios ó á Jesucristo, cuando no se conforman las obras con ellos. El cristiano menos fervoroso no se avergüenza de dirigir á Dios de tiempo en tiempo estas palabras: *Padre nuestro*; pero si se atienden y siguen todas sus acciones, pudiera replicársele: dices que es tu Dios, y no le conoces: esto proviene de que, haces de Dios una divinidad ciega, que no toma interés ni parte alguna en nuestras acciones: una divinidad insensible, á la que se puede ofender impunemente; una divinidad injusta, que pone los bienes de este mundo entre manos indignas de poseerlos; una divinidad impotente, que viendo al pobre en la indigencia, y afligido al miserable, no tiene poder para consolarle y socorrerle; esta ciertamente es la consecuencia más palpable que puede sacarse de vuestras obras. Hay muchos cristianos que se atreven á decir al Señor: hemos invocado vuestro nombre, os hemos llamado nuestro Dios y padre: pero sin embargo les dirá en su día, *yo no os conozco*. Jesucristo dice por el contrario: *mas ya le conozco; y si dijere que no le conozco, sería mentirle como vosotros. Mas le conozco, y guardo su palabra*. Conocer á Dios, hermanos míos, y guardar su palabra, son dos condiciones inseparables del cristiano. Conocer bien á Dios, es sentir los motivos de nuestra dependencia: guardar su palabra, es probar que estamos convencidos de los derechos que tiene á nuestra sumisión. *Abraham vuestro padre*, añade Jesucristo, *deseó con ansia ver mi día: lo vió y se gozó*. En otra parte dice el Evangelio: *felices los que ven lo que veis, y los que oyen lo que oís*. En efecto, cuántos reyes desearon ver á Jesucristo, y no le vieron? Abraham formó este deseo, y fué oído. Esta diferencia, hermanos míos, proviene de la diferencia de deseos. Nosotros, por ejemplo, deseamos ver los días de Jesucristo. Siempre que deseamos su gracia,

su reino y su recompensa, es Dios quien forma este deseo, porque somos incapaces de tener un buen pensamiento por nosotros mismos. ¿De dónde pues proviene que estos deseos sean tan infructuosos y estériles? ¿por qué causa está el infierno, según la expresión de San Bernardo, lleno de buenos deseos, esto es, de cristianos que suspiraban, al parecer, como Abraham por ver los días de Jesucristo? Hermanos míos, esto nace de que sus deseos han sido ahogados en su corazón por otros mil deseos inhumanos. Ellos hubieran querido unir el servicio de Jesucristo con el de sus pasiones; merecer los premios, sin renunciar sus satisfacciones temporales; ser los hijos de la gloria, sin haber sido los discípulos de la cruz. Así, mientras que el deseo de Abraham le justifica y le salva, ellos merecen su condenación por sus malos deseos.

Después de estas respuestas de Jesucristo, ya no les queda á los judíos más que una objeción á su parecer decisiva. *¿Aún no tienes cincuenta años, y has visto á Abraham? Ved, hermanos míos, el momento más interesante para los judíos, si hubieran caminado de buena fe: ahora podían meditar bien la respuesta de Jesucristo, y si tenía ciencia y poder para resolver su dificultad; pero su malicia y sus torcidos fines les cierran enteramente los oídos y la razón. Jesucristo les da una respuesta que hubiera explicado más, si quisieran escucharle. En verdad os digo, que antes que Abraham fuese, yo soy. Entonces tomaron piedras para tirárselas; mas Jesús se escondió, y salió del templo.*

Jesucristo se oculta, hermanos míos; y ¿es acaso el miedo el que le hace evitar el furor de los judíos? Dentro de poco tiempo saldrá al encuentro de sus perseguidores y enemigos preguntándoles: ¿á quién buscáis? Su conducta es tan irreprochable cuando se oculta, como cuando se manifiesta: sus ejemplos son tan útiles cuando evita la persecución, como cuando se entrega en manos de sus enemigos; y en todo esto nos quiere enseñar, que no es convenientemente ni lícito evadir la voluntad y las órdenes del Señor, cuando se digna explicarlas. ¿Pensáis que entre los que tienen la reputación de justos, no habrá muchos, á quienes Dios reprendrá, no precisamente porque han escondido las buenas obras, sino porque las han hecho fuera de tiempo, porque se han manifestado cuando debían ocultarse; y porque en lugar de hablar, reprender y corregir, hubiera sido más conveniente callar, sufrir y esperar? Vivid, hermanos míos, con precaución, para que no seáis contados en este número: estad siempre la voluntad de Dios, y conformad á ella vuestras obras.

Señor, Jesús, dadnos á conocer esta voluntad: hacednos dóciles para seguirla, y para no oponer nuestros errores á su palabra, ni

nuestra independencia á sus designios. Nosotros llamamos á Dios nuestro padre, os reconocemos por nuestro jefe, y nos gloriamos de este doble motivo de nuestra dependencia. No nos desconozcáis en el día de vuestra justicia, y colmadnos de gloria y alegría para siempre. Así sea.



Propter veritatem et mansuetudinem et justitiam, et deducet te mirabiliter dextera tua.

Por medio de la verdad, y la mansueta dextera y la justicia; y te guiará admirablemente tu derecha.

(SALMO, 44, 5.)

Con la misma facilidad, hermanos míos, con que el Señor hacía vanos los esfuerzos de sus enemigos, eludía también las preguntas insidiosas con que procuraban sorprenderlo; descubría su hipocresía, y siempre que lo tenía por conveniente, salía libre y triunfante de sus sofismas, lo mismo que de sus manos.

Una prueba espléndida y luminosa nos la presenta el Evangelio en la conversión y el perdón de la mujer adúltera, cuyo hecho es uno de los más magníficos é importantes pasajes de la vida del Salvador.

El Profeta había dicho que el Mesías terminaría admirablemente la grande obra de la salvación, porque había de reunir en sí tres virtudes sublimes: la justicia, la mansueta dextera y la verdad: *Propter veritatem, et mansuetudinem, et justitiam deducet te mirabiliter dextera tua.* (Ps. XLIV.) Y, en efecto, el Salvador de los hombres apareció entre los hombres, como dice San Agustín, adornado de estas tres virtudes; es decir, de la justicia, como conocedor de los corazones; de la verdad, como maestro de las almas, y de la mansueta dextera, como Redentor del mundo.

Ahora bien, estas tres virtudes características del Mesías, en ningún otro hecho de su preciosa vida se encuentran tan evidentemente reunidas como en el prodigio de la absolución de la esposa infiel. Consideremos, pues, atentamente este delicioso prodigio del Señor, á fin de que aprendamos á escucharlo como maestro, á temerlo como juez y amarlo como Redentor. *Ave María.*

No sin misterio, hermanos míos, el Santo Evangelista principia esta admirable historia diciendo que el Señor se fué al monte de las Olivas, y que después volvió al templo. El monte de las Olivas, ó del óleo, significa, dice Beda, la sublimidad, la grandeza de la misericordia y de la piedad divinas. El templo de Jerusalén figuraba la Sinagoga, y también la Iglesia, como dice el mismo padre. Por consiguiente, el haber ido Jesucristo al templo al amanecer, después de haber pasado la noche en el monte Olivete, significaba que, después de haber pasado los cuatro mil años de la noche del pecado, oculto en el monte de su misericordia, al amanecer el día de la redención había bajado, trayendo en sus manos esta misericordia, para derramarla en el seno de los verdaderos fieles reunidos en su Iglesia. Por esta razón, dice el Evangelista que el Señor fué segunda vez al templo; *Venit iterum in templum*; porque la primera vez había ido al mismo templo, pero envuelto en la nube de las figuras y del misterio; mas esta segunda vez fué visiblemente y manifiesto á todos. La primera vez había ido como Señor omnipotente y severo (II, *Paral.*, vii), y la segunda fué como Salvador indulgente y piadoso.

¡Cesa, pues, oh afligida humanidad, de tener la vista fija en los montes eternos, de donde únicamente podía descender el auxilio que necesitabas! Del monte de la misericordia ha descendido la Misericordia en persona, enviada por Dios para nuestra salvación. El verdadero oriente ha venido con toda la ternura de su bondad á visitar á su pueblo. ¡Oh cuán dulce, cuán compasivo y cuán amoroso es! El Evangelista nos lo advierte, al decirnos que Jesucristo se sentó para instruir al pueblo. Porque así como Jesucristo en pie representa la justicia y la gloria de su majestad, así también Jesucristo sentado, dice el venerable Beda, representa su misericordia y su humanidad. Y el pueblo, que por haberlo visto sentado con la mayor familiaridad, se acercó religiosamente en torno suyo, significó desde entonces, la multitud de todas las gentes que habían de venir á escuchar y creer sus palabras, cuando él se hiciese visible en la humildad de nuestra naturaleza. Y vedlo, efectivamente, en la misericordia que usa con la mujer adúltera en el templo, confirmar solemnemente las disposi-

ciones amorosas con que bajó del cielo, y darnos una prenda de la misericordia que había de usar con la gentilidad en la Iglesia.

«Maestro, le dicen los escribas y fariseos al presentarle esta mujer culpable; Maestro, aquí tenéis una criatura infame; nosotros la hemos sorprendido ahora mismo en una diversión escandalosa; ella está convieta de infidelidad á su legítimo esposo. Moisés nos ha mandado en su ley que una mujer culpable de tal delito debe morir apedreada. Y ¿qué decís vos á esto?»

¡Oh veneración hipócrita! exclama en este lugar el venerable Beda. ¡Oh traidor obsequio de ánimos malignos y perversos! Le preguntan como maestro, para poderlo acusar como enemigo, y preparan asechanzas á su inocencia, mientras se muestran tan celosos por la justicia: *Hoc videm dicebant, tentantes eum, ut possent accusare eum.* (Joan. 6.)

Ellos sabían por experiencia que el Señor amaba igualmente la mansedumbre y la justicia; porque la mansedumbre sin la justicia es debilidad, y la justicia sin la mansedumbre es dureza y opresión; sabían que él, tan compasivo como celoso, se apiadaba de todas las miserias de los hombres y era riguroso observador de las leyes de Dios; y por lo mismo, en esta insidiosa pregunta le tienden un lazo, del que, como ellos creían, no hubiera podido escapar Jesús sin desmentir una de estas dos virtudes, manifestándose, ó injusto ó despiadado. En efecto; si Jesucristo, decían ellos entre sí, consiente en que la mujer culpable sea apedreada, contradice él mismo su fama de hombre indulgente y piadoso, por la que ha adquirido tanta popularidad y tanto crédito; si, por el contrario, se opone á este castigo, quebranta la justicia y nos da motivo para censarlo y condenarlo como prevaricador y enemigo de la ley de Dios. Y porque sabían, dice San Agustín, que él era más inclinado á la piedad que al rigor, y al perdón más que al castigo, no dudaron un momento, que preferiría los intereses de la caridad á los de la ley; por consiguiente, contaban su triunfo como seguro.

Pero ¡oh almas tan necias como perversas! añade San Agustín. Ellos no recuerdan que no hay consejo que valga, no hay ciencia que sirva ni fuerza que prevalezca contra el Señor, y que la astucia humana queda confundida ante la sabiduría divina: *Non est consilium, non est scientia contra Dominum.* (Prov. xxi.) Esta sabiduría que habita en Jesucristo, sabrá encontrar en la respuesta el medio de usar de piedad sin violar la justicia.

Y ¿qué es lo que hizo el Señor? Al oír una pregunta tan maliciosa, calló; é inclinándose, se puso á escribir en el suelo con su

dedo divino: *Jesus autem, inclinans se deorsum, digito scribebat in terra.* (Joan., 6.) ¡Oh cuán sabia, cuán misteriosa y cuán divina es esta escritura de Jesús en la tierra! En primer lugar, como los judíos habían citado á Jesucristo la ley dada por Dios á Moisés, y como de esta ley se dice en el Éxodo que había sido escrita por el mismo dedo de Dios en tablas de piedra, por esta razón Jesucristo, dice el venerable Beda, escribiendo con el dedo en las piedras del pavimento del templo, quiso manifestar que él mismo era el Dios que había dado á Moisés la ley, escrita con su dedo sobre las piedras del Sinai. Pero si es cierto que el Señor escribió sobre las piedras, ¿por qué dice el Evangelista que escribió sobre la tierra? *Scribebat in terra.* Para comprender esto, recordemos, dice San Ambrosio, que los nombres de los pecadores y de los réprobos se escriben en la tierra, y los de los elegidos en el cielo. Que los nombres de los justos están escritos en el cielo lo sabemos por estas palabras de Jesucristo á sus discípulos: «No os gloriéis porque os obedecen hasta los mismos demonios, sino gloriaos porque vuestros nombres están escritos en el cielo». Y que los nombres de los pecadores están escritos en la tierra lo ha dicho claramente Jeremías con estas palabras: «Todos aquellos que os abandonan, Señor, y que os desprecian, serán un día cubiertos de oprobio y sus nombres serán escritos en la tierra». Y ved aquí clara la significación de esta escritura misteriosa del Salvador. El escribió en la piedra, y con esto se anunció como autor de la ley y juez supremo de ella, y manifestó que, como tal, era el único árbitro del juicio y del castigo. Pero el Evangelista dice que escribió en la tierra para manifestarnos que ejercía entonces su justicia contra los fariseos, que habían ido á provocarlo: justicia pronta, justicia severa, justicia tremenda! Ellos buscaban un motivo para acusar á Jesucristo, y Jesucristo, en el momento mismo en que ellos cometían un pecado tan grande, los juzgaba y los condenaba, y desde entonces escribía su nombre en el libro de los réprobos; y les daba á entender, dice San Agustín, que ellos eran los criminales, de quienes había dicho Jeremías que serían confundidos, y que sus nombres, excluidos del cielo, serían inscritos en el libro de la tierra.

Ahora bien, ¿en cuál de estos dos catálogos estará escrito el nombre de los que nos hallamos aquí reunidos? ¡Oh pensamiento terrible! ¿Nos hallaremos inscritos con letras de oro en la lista preciosa á cuyo frente se halla el nombre de Jesucristo, que es la cabeza de los predestinados; ó lo estaremos con letras de carbón en la lista funesta á cuya cabeza se halla el nombre de Lucifer, la cabeza de los réprobos? ¿Nos hallaremos entre los apóstoles en el libro del cielo, ó entre

los fariseos, enemigos de Jesucristo, en el libro de la tierra? No es difícil conjetrarlo, dice San Pablo, echando una mirada sobre nosotros mismos. Si nuestros deseos, si nuestros cuidados, si nuestros intereses, si la conversación continua de nuestros pensamientos y de nuestros afectos está en el cielo: *Nostra autem conversatio in caelis est*, pertenecemos indudablemente al segundo Adán, Jesucristo, que, siendo del cielo, es celestial: *Secundus homo de caelo, caelestis*; y por lo mismo, seremos también celestiales en él y con él, y nuestros nombres estarán escritos indudablemente en el cielo: *Qualis caelestis, tales est caelestis*. Mas si, por el contrario, no buscamos otra cosa que los honores de la tierra, las riquezas de la tierra, las delicias de la tierra, y vivimos sumergidos en la tierra y en el fango con todo nuestro entendimiento y todo nuestro corazón, perteneceremos ciertamente al primer Adán, que, habiendo tenido su origen en la tierra, volvió a la tierra por su pecado: *Primus homo, de terra, terrenus*; seremos terrenos en él y con él, y nuestros nombres serán escritos desde ahora en la tierra por la justicia de Dios.

¡Oh amado Jesús! Borrado por piedad nuestro nombre de la tierra, del catálogo funesto de los condenados al infierno, en el que nosotros mismos lo hemos escrito con nuestros pecados; y con una pluma mojada en vuestra preciosísima sangre, escrito en el libro de la vida, en la lista de los candidatos del cielo.

Pero mientras que nosotros discurremos de este modo, los fariseos insisten en su pregunta, y piden con impaciencia que Jesucristo les dé la respuesta. Y ved aquí esta respuesta divina, no como la hipocresía y la malicia del hombre la espera, sino como conviene al que es la sabiduría y la justicia misma de Dios. El Señor había escrito en la tierra, dice San Jerónimo (*Contr. Pelagian.*), no sólo los nombres de aquellos criminales, sino también todos sus pecados. Y después levantándose, es decir, tomando la actitud de juez, de Señor y de Dios, y mostrándonos lo que había escrito de cada uno de ellos, con voz grave y severa les dijo: «Aquel de vosotros que se reconozca sin pecado, levante su brazo y tire la primera piedra a esta mujer». No dijo el Señor, como observa San Agustín: «No quiero que sea apedreada esta mujer», para no oponerse a las palabras de la ley, y mucho menos dijo: «Sea apedreada»; porque no había venido a perder, sino a salvar los pecadores arrepenidos. Sólo dijo: «El que sea inocente de entre vosotros, castigue a la culpable». ¡Oh sentencial! ¡Oh palabras! prosigue San Agustín. «La sabiduría misma de Dios es la que puede hablar así! La justicia misma de Dios es la que puede decir de ese modo! *Hæc vox iustitiae est!* Con estas palabras quiso decir

el Señor: «Que sea castigada la pecadora; pero no por vosotros, que sois más pecadores que ella. Cúmplase la ley; pero no por ministerio nuestro, que sois los más grandes prevaricadores de la ley». Porque, ¿cómo puede ser juez de los pecados ajenos, dice San Gregorio, aquel que no conoce ni enmienda los suyos propios? ¿Cómo puede condenar las pasiones de otros aquel que está hecho el juguete miserable de sus propias pasiones?

Ved aquí, pues, cumplido a la letra, el citado oráculo de Jeremías; porque en efecto los fariseos y los escribas, no sólo fueron escritos en la tierra, sino que quedaron avergonzados y confundidos: *Scribentur in terra, et confundentur*. A esta terrible propuesta del hijo de Dios, echando ellos una mirada de vergüenza sobre sí mismos, se reconocieron culpables del mismo delito que querían castigar en la mujer; porque, eran ellos mucho más adúlteros de alma, supuesto que adulteraban las palabras y la ley de Dios. Y viendo, por otra parte, que Jesucristo los había conocido mucho mejor que ellos mismos se conocían, supuesto que escribió en la tierra la torpe historia de sus corazones, no se atrevieron, dice San Agustín, a insistir en la condenación de la mujer culpable, y quedaron atónitos y estupefactos. Y así fue que, heridos y alterados por un dardo de la justicia misma, y confundidos al verse ofrecidos en espectáculo de oprobio, con la consternación en el alma, la vergüenza en el rostro y el silencio en los labios, humillados, alterados y confundidos, se retiraron uno después de otro, sin hablar una palabra, comenzando por los más vicios, que, como estaban más cargados de años, se hallaban también más llenos de vicios. De la misma manera, en el gran día del juicio universal (del que este juicio particular de Jesucristo con los judíos fué como una muestra y una figura); día en que el Señor manifestará los misterios profundos de iniquidad que en este mundo han permanecido ocultos en el fondo de los corazones bajo el velo de una probidad afectada y de una profunda hipocresía; día en que las disposiciones de la divina Misericordia, de la Providencia y de la Bondad divina, combatidas en este mundo por almas perversas, triunfarán y serán vindicadas; de la misma manera, repito, en aquel día terrible de ira, de consternación y de espanto, la multitud de los pecadores, confundidos al leer en el gran libro que todo lo contiene, la historia de sus pecados, y al verse desenmascarados en presencia de todo el mundo, sin dar ninguna excusa ni articular palabra, se retirarán silenciosamente a sufrir su castigo.

¡Oh bello y magnífico triunfo del poder del Señor! Los fariseos fueron como acusadores, y se retiraron castigados como culpables;

fueron para insultar á Jesucristo, y quedaron cubiertos de vergüenza en presencia del pueblo; fueron para castigarlo como reo, y se retiraron después de haberlo experimentado como su juez, su Señor y su Dios; y según la profecía de David, quedaron cogidos en el mismo lazo que habían tendido á la inocencia y á la verdad: *Comprehendantur in consiliis, quibus cogitant*. Pero después de haber escuchado la voz de la justicia de Jesucristo, oigamos ahora, dice San Agustín, el lenguaje de su mansedumbre y de su bondad.

Observa el Evangelista que, al retirarse los acusadores, quedó solo Jesús, y en su presencia la acusada, llena de confusión y de terror: *Remansit solus Jesus, et mulier in medio* (Joan., 9); es decir, quedaron frente á frente, como explica San Agustín, la pecadora y el Salvador, la enferma y el Médico celestial, la miseria del hombre y la misericordia de Dios. Pero, ¿es posible que el pecador se confunda por su pecado en presencia de Jesucristo, y no reciba el perdón? ¿Es posible que el alma enferma manifieste su enfermedad al Médico celestial, y no sea curada? ¿Es posible que la miseria del hombre reclame la misericordia de Dios, y no la obtenga? No es posible, hermanos míos, y esto es lo que ha querido decirnos el Evangelista al añadir la circunstancia, insignificante á primera vista, pero misteriosa en sí, de que la mujer permaneció en el atrio en pie en presencia de Jesucristo. *Et mulier in medio stans*. (Ibid.) Con estas palabras no ha querido expresar San Juan la posición corporal de la acusada, sino el estado de su alma. Ha querido hablar de aquel precioso estar en pie, de que nos ha hablado San Pablo, cuando ha dicho: «*Et que está en pie tenga cuidado de no caer*»: *Qui stant videant ne cadant*, es decir, del estado de gracia y de amistad de Dios. Y quiso decirnos con las citadas palabras: «Esta mujer que antes yacía en tierra como espiritualmente enferma y muerta en su pecado, ahora se ha puesto en pie repentinamente, y ha resucitado por su confesión y por su dolor»: *Et mulier in medio stans*. Mas no nos sorprende esto; Jesucristo ha querido manifestar que él es el Dios de quien está escrito que mientras abate y confunde con una mano el orgullo, con la otra eleva y ensalza la humildad: *Hanc humiliat et hanc exaltat*. Por esta razón, después de haber postrado á los soberbios acusadores con la autoridad de su justicia, ha querido levantar de su prostración á la humilde acusada, por un rasgo singular de su piedad amorosa. Y San Agustín dice: «Aquel que había puesto en fuga á los acusadores con el dardo de su lengua, echó una mirada de misericordia sobre la acusada». Pero observemos, que esta pecadora no se puso en pie espiritualmente, sino después que Jesucristo se inclinó hacia ella. La

miserable no se vió libre sino después que la misericordia divina se inclinó hacia la tierra. ¡Oh inclinación preciosa de Jesús! Apenas se inclinó él á la piedad y al perdón, cuando se levantó la pecadora á la gracia y á la virtud. Así es que el hombre no se levanta si Jesús no se inclina, el hombre no sube si Jesús no descende, el hombre no vive si Jesús no muere. Su enfermedad constituye nuestra gloria, su humillación es nuestra gloria. Nuestra vida está en su muerte; y después que él se dignó descender á la tierra, fué cuando nosotros recibimos el socorro, el aliento y las alas para remontarnos alegres hacia el cielo.

Hasta ahora hemos visto á Jesucristo presentarnos una magnífica muestra de su justicia y de su mansedumbre; mas ahora lo veremos hacer resplandecer su verdad en el mismo pasaje; porque con estas tres virtudes unidas cumplió él la obra admirable de nuestra salvación: *Propter veritatem et mansuetudinem et justitiam, adducit te mirabiliter dextera tua*.

Estaba la mujer pecadora de quien hemos hablado, humillada y temblando en presencia de Jesús, esperando, dice San Agustín, verse condenada por él, que era el único puro, el único justo, el único sin pecado, y por lo mismo, el que únicamente podía condenarla. Pero sucedió todo lo contrario. Convirtiendo el Señor la actitud severa con que había condenado á los judíos en semblante de piedad y de dulzura para con ella, le dice: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿No te han condenado ninguno de ellos?» Y la triste respondió: «Señor, ninguno.» «Pues bien, prosiguió entonces Jesús, ni yo tampoco te condeno»: *Nec ego te condemnavo*. Pero, ¿cómo es esto? Pues qué, ¿no es adulterio el mayor de los atentados que pueden cometerse contra el honor de un esposo y contra la paz de las familias? ¿No es éste el delito que ataca la propiedad más preciosa, que viola lo más sagrado, que rompe un vínculo que el mismo Dios ha consagrado á introducir en el santuario de la familia el homicidio, la discordia, la infamia y la infelicidad? ¿No es éste el delito que los griegos y romanos, los partos y los árabes, los persas y los egipcios, las naciones bárbaras é incultas, han castigado siempre con el último suplicio? ¿No es éste, en fin, el pecado que la ley de Moisés quería que entre los hebreos se sepultase bajo una nube de piedras, con la cual condenaba á perecer el hombre ó la mujer que se hacía culpable de él? Y qué, el pecado mismo que el Dios de la ley quería castigar tan severamente, ¿es absuelto y dejado impune por el Dios del Evangelio? ¿Qué hacéis, pues, qué habláis, Señor? dice San Agustín. ¿No es esto favorecer uno de los mayores pecados? De ninguna manera.

El Autor de la justicia, la Fuente de la misericordia tributó homenaje a la ley de la verdad. En primer lugar, al decir el Señor a la acusada: «¿Dónde están los que te acusaban?» le inspiró, dice A. Lapide, un verdadero dolor de sus pecados, y al mismo tiempo la oración para implorar el perdón de ellos y la esperanza de obtenerlo: *Inspiravit dolorem de peccatis*. Entonces, dice San Agustín, se cumplió la profecía de que «un abismo llamará otro abismo»; porque el abismo de la profunda miseria de esta pecadora recurrió al abismo de la misericordia divina, que perdona los pecados. En efecto, al responder ella a Jesucristo: «Ninguno, Señor, me ha condenado: *Nemo, Domine, fuit qui me condempneret*», «Por lo mismo suplico, espero y confío que vos tampoco me condenaréis. El Hijo de Dios no será menos piadoso que los hijos de los hombres. Si ellos han dejado de acusarme, vos también, Señor, por lo mismo que sois el Señor, os abstendréis de condenarme. Esta gracia os pido; y estoy cierta de que la obtendré de vuestra piedad, de tal manera, que todos me perdonen hoy, el cielo y la tierra, los hombres y Dios; y pueda yo repetir con toda verdad que ninguno me ha condenado: *Nemo te condemnavit, Nemo, Domine*».

El Señor ve la humildad con que esta pecadora reconoce y confiesa su pecado y la justicia con que sería condenada; ve el dolor con que detesta su culpa, la paciencia con que sufre el tormento de haber sido expuesta al ludibrio de todo un pueblo, el fervor con que ora, la confianza con que espera y el santo rubor de la penitencia con que se confunde, y en vista de un arrepentimiento tan sincero, de una esperanza tan firme y de una confesión tan contrita, le concede benignamente el perdón; la absuelve, no sólo de la pena, sino también de la culpa; de la pena, compadeciéndose de ella como hombre; y de la culpa, borrando su pecado como Dios. De esta manera, al mismo tiempo que le hace experimentar las dulzuras de su piedad, hace triunfar la verdad de sus promesas, repelidas tantas veces en la Escritura, de que el arrepentimiento humilde, el arrepentimiento eficaz y sincero, está seguro siempre de conseguir el perdón delante de Dios, y en esta verdadera penitente la divina misericordia se encuentra unida con la verdad divina: *Misericordia et veritas obsecraverunt sibi*. (Psal.)

Pero escuchad también, dice San Agustín, lo que sigue en el mismo pasaje del Evangelio, y notad cómo en esta circunstancia confirma el Señor la verdad, no sólo de sus promesas, sino también de sus amenazas. En efecto, al despedir a la culpable libre y absuelta, le dice: «Vete, pues, pero ten cuidado de no volver a pecar»; *Vade,*

et jam amplius noli peccare. (Joan, 11.) De este modo el Señor absolvió a la pecadora arrepentida, pero condenó el pecado. No excusó el hecho, no dijo a quien lo había cometido: «Vete y vive como te parezca, segura siempre de mi indulgencia y de mi perdón». Al perdonarle su anterior pecado, no le aseguró la impunidad del infierno por los pecados futuros. Todo lo contrario; diciéndole: «Ten cuidado de no volver al pecado», fué lo mismo que decirle: «Segura de lo pasado, teme por el futuro».

Al hablar así Jesucristo a esta mujer, descubre a todos el peligro que hay en volver al pecado, en habituarse y familiarizarse con el pecado, en sumergirse y anegarse en el pecado; y mientras da un ejemplo de misericordia, a fin de que ninguno desespere, añade una advertencia severa, para que ninguno presuma; es decir, recuerda, como lo había hecho otra vez, que nada hay tan justo ni sucede con tanta frecuencia, como que el que, confiado en la divina misericordia, se abandona al pecado, no encuentre después esta misma misericordia cuando la busque, y muera en su pecado: *Quarectis me, et non invenietis; et in peccato vestro moriemini*.

Escribamos, hermanos míos, esta gran lección, os diré con San Agustín, a fin de que, con un verdadero arrepentimiento, evitemos los rigores de la justicia de Dios, y así, protegidos por la misericordia divina en esta vida, seamos dignos después de entrar en las mansiones eternas de la gloria. *Amen*.

SOBRE LA MUJER ADÚLTERA

Nec ego te condemnabo. Vade, et jam amplius non pecces.
NI yo tampoco te condenaré. Vete, y no peques ya más.

(S. JUAN, 8. 11.)

Admirablemente, hermanos míos, el profeta Isaías había anunciado y descrito la misión de Jesucristo en la tierra, con aquellas hermosísimas y sublimes palabras: «El espíritu del Señor está en mí y me ha ungido, y me envía á evangelizar á los pobres, sanar á los que tienen apretado su corazón, predicar libertad á los cautivos, dar vista á los ciegos, soltar á los encarcelados, á anunciar, en una palabra, el año de jubileo, la edad de la reconciliación del mundo y la salvación de los hombres.» Ved aquí, hermanos míos, el objeto, el fin con que vino á este mundo el Hijo de Dios; y como había venido con este fin, en esto empleó todo el tiempo de su predicación; por todas partes iba haciendo bien, sanando á todos los enfermos, perdonando á los pecadores; jamás hizo alarde de su justicia; con toda clase de personas usó siempre de su misericordia. Por eso cuando, no habiendo querido darle posada aquellos samaritanos, le propusieron los apóstoles Juan y Santiago que les permitiese hacer bajar fuego del cielo, que abrasase aquellos ingratos y consumiése su ciudad, les reprendió Jesucristo seriamente diciéndoles: «No sabéis el espíritu que os debe animar y quiero yo inspiraros. El Hijo del hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas.» Y á Nicodemo decía el mismo Señor: «No ha enviado Dios su Hijo á este mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por su venida: *Sed ut salvetur mundus per ipsum.*»

Conociendo este carácter de Jesucristo, tan inclinado y amigo de hacer bien á todos, se valen de él sus enemigos para hacerle perder la opinión que su beneficencia le había merecido en el pueblo, presentándole como un intriguante que sacrificaba los derechos de la jus-

ticia á la popularidad á que aspiraba, para hacerse dueño de las voluntades de todos y realizar sus planes revoltosos. Presentante una adúltera, y le preguntan: «Acabamos de sorprender á esta mujer en adulterio; en la ley manda Moisés que las tales sean apedreadas. ¿Qué decís vos que hagamos con ella? *Tu ergo, quid dicis?*» Jesús, á tan terminante pregunta nada les respondió, se inclina hacia el suelo, y se pone á escribir con el dedo en la tierra. Mas como le instasen los fariseos á que les respondiese, se endereza y les dice: «El que se halle libre de ese pecado, sea el que le tire la primera piedra; y sin añadir más palabra se vuelve á inclinar y á escribir en la tierra. Entretanto, reconvenidos los fariseos por sus mismas conciencias, empiezan á desfilarse y se van uno tras otro, quedándose solo Jesús con la mujer en medio del concurso. Entonces levanta Jesús la cabeza, y le pregunta: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?» «Ninguno, Señora», dice ella; y Jesucristo: «Pues ni yo te condenaré; anda, y no vuelvas á pecar más.»

Voy, hermanos míos, á explicaros hoy este suceso admirable, en que resplandece la santidad, la justicia y la misericordia de nuestro Redentor; los escribas y fariseos acusadores, la adúltera reca y Cristo juez. En esta demanda todo nos enseña, todo nos consuela, todo nos anima, si la analizamos siguiendo la mente de los santos Padres, y especialmente de San Agustín. Porque la conducta de los fariseos nos enseña cuál debe ser por el contrario la nuestra con nuestros próximos pecadores; la adúltera salva del último suplicio que le amenazaba, consuela á los pecadores inspirándoles esperanzas de evadir por la penitencia el castigo de sus pecados; y la sagacidad amable con que Cristo la arrancó de las manos de sus verdugos, y la espídido absuelta y consolada, nos anima á todos á confiar mucho de la misericordia de nuestro Dios. Pidamos la gracia. *Ave María.*

Ardean en envidia los escribas y fariseos al ver el séquito que tenía nuestro Redentor en los pueblos, y temiendo perder ellos la autoridad que habían conservado hasta entonces, estudiaban con gran empeño los medios de desacreditarlo y perderlo. Ellos mismos habían reconocido públicamente su veracidad cuando le dijeron: Maestro, sabemos que no faltas á la verdad: *Scimus quia verax es.* Su mansedumbre era tal, que no podían desmentirla con ninguna calumnia; vienen ahora á sorprenderlo por un punto que no habían tocado antes, y es el de la justicia. Le presentaremos una mujer adúltera, le citaremos la ley que manda sea apedreada. Si confirma la sentencia de la ley y manda aplicársela, ya pierde del todo ó en

gran parte la opinión de manso y benigno que ha tenido hasta aquí; si dice que la dejemos ir y se opone á que se le aplique la pena de la ley, falta á la justicia. Y como no querrá dejar de aparecer dulce y manso, que es por lo que se lleva tras sí á todo el mundo, es cierto que decidirá en favor de la adúltera y la absolverá del castigo. Está visto, exclamaremos entonces, que eres enemigo de la ley; fallas contra Moisés, ó más bien contra el mismo Dios, que nos dió su ley por medio de Moisés—Reo eres de muerte, y debes ser apedreado con ella. Así lo proyectaron los fariseos, dice San Agustín, y asimismo lo pusieron por obra. Maestro, le dicen á Cristo trayendo consigo una infeliz adúltera; hemos sorprendido á esta mujer en adulterio; Moisés manda en la ley que sean apedreados los que cometieren este delito; dínos tú qué hemos de hacer con ella. *Te ergo quid dicis?*

¡Cuánto fervor por la observancia de la ley! ¡Qué celo tan ardiente contra el pecado y los pecadores escandalosos! De estas virtudes á cada paso se están tocando aun entre nosotros. ¡Cuánto oímos clamar de que no se observan las leyes! ¡Cuántas quejas de que no se guarda justicia! Y contrayéndose á casos particulares, se citan ciertos crimenes, y se nombran los criminales, y se invocan contra ellos las leyes, y parece como que aun nos atreviésemos á culpar la Providencia de omisión en el castigo de unos excesos tan perjudiciales, que se cometen impunemente sin incurrir en castigo. Así va el mundo, porque no hay en el mundo más que acusadores de pecados ajenos, de los cuales ninguno enmienda ni corrige los suyos; así va el mundo, porque todos vivimos empeñados en meter la justicia en familias ajenas, y todos cerramos á la justicia las puertas de nuestra propia casa.

¿Por qué razón, pues, hermanos míos, somos todos tan propensos á imitar la conducta de estos fariseos, acusando en nuestras conversaciones á nuestros prójimos pecadores, y sentenciándolos privadamente como acreedores á castigos y penas que acaso no merecen? Es la primera causa nuestra soberbia y nuestro amor propio, que nos lleva insensiblemente á poner los ojos en nuestras buenas obras, y á reparar y observar escrupulosamente los defectos y pecados del prójimo para tener motivo de sobreponernos á ellos. Como aquel fariseo que orando en el templo volvió la cara, y viendo á un pecador público tomó de eso motivo para dar gracias á Dios, diciendo: «Gracias os doy, Señor, porque no soy como los otros hombres: no quito á nadie cosa alguna, no cometo injusticias, no soy adúltero; en una palabra, no soy como ese publicano; yo ayuno dos días en la semana, y pago escrupulosamente el diezmo entero de mis cosechas.» Á imita-

ción de aquel fariseo, ¡cuántas veces oímos decir y decimos, gracias á Dios no soy como talano, jamás me he atrevido á hacer lo que él hace, y nos parece que, con la salvedad de dar gracias á Dios primero, hemos hablado como unos santos. Pero ¿qué es lo que sucedió al fariseo? Que mientras él, ufano y soberbio, se jactaba así de sus buenas obras, y miraba con desdén y desprecio al pobre publicano, éste, detenido por humildad á la entrada del templo, sin atreverse á levantar los ojos al cielo, hería su pecho á golpes, y clamaba diciendo: «Dios mío, perdona á este pobre pecador;» y nuestro Señor Jesucristo nos asegura que el humilde publicano volvió justificado á su casa y el soberbio fariseo á la suya condenado, porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será exaltado: *Omnis qui se exaltat humiliabitur et qui se humiliat exaltabitur.*

Pues otra de las causas que nos mueven á acusar así á nuestros prójimos es la envidia, y aunque esta causa sea muy oculta, y tan oculta á veces que ni aun nosotros mismos la conocemos, no por eso deja de ser verdadera causa de estas murmuraciones. Eso se echa de ver en que cada uno acusa con más frecuencia y con más amargura á los que son de su sexo, de su edad, de su profesión. Mas ¡ay, hermanos míos! ¡cuán ciegos vivimos, cuán errados vamos en todos estos juicios, cuánto mal nos hacemos con nuestras lenguas envenenadas! «Ven acá, hipócrita, dice Dios al que fingiendo así celo de su honra se ensaña contra su prójimo: *Pecatori autem Dixit Deus, ¿Cómo te atreves á paliar tu orgullo con fingida modestia, tu diabólica envidia con amor de lo justo, tu encono y tus odios con la capa de celo religioso? ¿Quare tu enarras iustitias meas?* Ninguno aborrece como tú la observancia, ninguno atropella como tú la justicia, ninguno profana como tú el nombre cristiano ni hace un desprecio más refinado de mis preceptos: *Tu vero odisti disciplinam.*»

Si nuestros corazones estuvieran bien penetrados de verdadera humildad y de fina caridad; si el orgullo nos engañaría, ni la envidia nos cegaría para elevarnos sobre nuestros prójimos y perseguirlos con nuestras lenguas. La envidia y el orgullo de que estaban poseídos los fariseos, los precipitaron á presentar á Cristo la infeliz adúltera, pidiendo confirmase la sentencia del último suplicio á que la condenaba la ley. Veamos ya la respuesta de Cristo.

Los dañados corazones de aquellos fementidos hipócritas estaban más descubiertos al Señor que sus mismos semblantes, y en ellos veía su perversa intención. Sin contestarles palabra, Jesucristo inclina el cuerpo á la tierra y se pone á hacer el entretenido como si escribiera en el suelo. Mas como instasen los fariseos porque les res-

pondiese, Jesucristo levantó la cabeza y les dice: «El que se halle entre vosotros libre de pecado, ése sea quien le tire la primera piedra.» ¡Oh respuesta propia de la sabiduría infinita! Con la cual, dice San Agustín, se desbarataron las esperanzas de los fariseos, se reprimió su celo amargo, salieron confusos y avergonzados, y á la pobre mujer se le abre la puerta para el perdón, haciendo desaparecer á sus acusadores y á sus verdugos. Si hubiese dicho Cristo: no la apedreéis, habría parecido injusto fallando contra la ley; si les hubiera dicho: apedreadla, habría parecido inexorable y rígido. Respondió como debía el Señor, que es dulce y recto, justo y manso en todas sus palabras y obras: el que se halle entre vosotros libre de pecado, ése sea quien le tire la primera piedra; y sin añadir otra palabra se puso á escribir de nuevo en la tierra. Esta acción de escribir Jesucristo en la tierra, dicen los sagrados expositores, fué un modo de obrar admirable; muy propio de la bondad y saber de un Dios hombre, porque de una parte haciendo de esta suerte el entretenido, ocupándose en una acción insignificante, les daba á conocer á los fariseos la poca impresión y el poco caso que hacia de sus palabras, con lo cual calmaba algún tanto el calor infernal que traían por ver, ó condenada á aquella mujer, ó convencido de injusto á Cristo y de enemigo de la ley de Moisés. Y como por otra parte le presentaban delante á la adúltera, aparta de ella sus ojos divinos inclinándolos á la tierra, para excusarle el trastorno que naturalmente le ocasiona al río la vista del juez.

Mas como en aquella ocasión el principal empeño de los fariseos era condenar á Cristo más que castigar á la adúltera, burladas sus esperanzas con la respuesta sapientísima de nuestro Redentor, y confundidos allá en el interior de su alma por el testimonio de sus conciencias, que les argüían de los mismos y aun más atroces crímenes que de los que abusaban á la infeliz adúltera, se fueron retirando uno detrás de otro comenzando por los ancianos, dice el Evangelio, *incipientes à senioribus*, acaso por encontrarse éstos más criminales que los jóvenes; y así quedó ella sola delante de Jesucristo; solos la pecadora con el Salvador, la enferma con su médico, la miserable delante de la misericordia; confusa y temblando ante aquel Señor que no había cometido pecado, y de cuya rectitud temía la aplicación de la pena que no se habían atrevido á aplicarle los pecadores que la habían acusado. Entonces Jesucristo levanta la vista y le pregunta: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿No te ha condenado ninguno?» «Señor, ninguno», le responde la adúltera. «Pues ni yo te condenaré tampoco.»

Ved aquí, hermanos míos, una pecadora que no ha venido á buscar á Cristo, sino que á la fuerza la han traído á su presencia. En nada pensaba menos que en la enmienda ni en el perdón cuando es arrastrada del lugar mismo del pecado y la llevan á apoderarla; el rubor, la vergüenza de su delito, la confusión é ignominia á que se ve reducida sin defensa ni apelación, la perspectiva tristísima del último suplicio que le amenaza, despedazan su corazón. Crueles remordimientos de lo pasado, horrores temores del fin trágico que le espera, reducen su espíritu á mortales congojas. De ninguno espera indulgencia, y por eso á nadie le pide; su silencio demuestra su estado. Sin fe, sin arrepentimiento, sin alguna de las indispensables disposiciones para obtener el perdón de sus culpas, ¿cómo puede esperarlo de Cristo? La Magdalena lo busca; el ladrón lo pide; aquella se arroja á los pies de su Salvador; éste lo invoca de cruz á cruz; la adúltera, atónita, tiembla desfavorada sin saber dónde está, esperando su condenación última de la boca de aquel Señor, que estando libre de pecado le podía aplicar su merecida pena. Pues ved ahí, hermanos míos, la posición más favorable para atraer sobre sí las miradas compasivas de Jesucristo y los grandes recursos de su misericordia. Porque, ¿á quién es parece, dice este Señor por Isaías, que miraré yo con ojos más blandos y amorosos que al pobrecillo que tiene su corazón metido en un puño, y su alma angustiada, y ocupado su espíritu del temor de mis palabras y de mis juicios? *Ad quem respiciam nisi ad pauperulum et contritum spiritu et tremantem sermones meos?* Esta infeliz mujer no se atreve á desplegar sus labios; su voluntad abatida se ha cerrado á toda esperanza. Nada importa; está en manos de quien todo lo ve y todo lo puede; á buena parte la han traído sus enemigos y acusadores; creyeron presentarla á un juez severo, y la han puesto en manos de un médico piadosísimo y sapientísimo, en manos de un padre, de un abogado que la curará, que la defenderá, que la salvará. Era de esperar que este Señor se hubiera querido informar de su delito, oírlo de su boca, exigir de ella su confesión; nuevo tormento para aquella infeliz... pero no, no temas verte reducida á este apuro, mujer afortunada; como todo lo sabe y lo vio cuando lo cometías, te dispensa de ese nuevo hocorno, y para ensanchar ese pecho angustiado y que empieces á respirar, sólo te obliga á hacer una observación que te ofrecerá la aurora de esperanzas felices. Mira dónde están tus acusadores; repara que ninguno parece; emudecieron al oír mi propuesta, y ninguno te ha condenado. Animal; ya no tienes ni testigos, ni fiscales, ni verdugos; sólo me tienes á mí. ¿Temes que te condene? No temas, no te condenaré. A

estas palabras, ¡qué cambio tan asombroso en el corazón de esta dichosa pecadora! ¡Del abatimiento, del temor más profundo, á la dulce emoción de un amor inefable que engendra en su alma dolor de sus crímenes, propósito de una nueva vida, y tal agradecimiento á su libertador, que la vida que le debe es corto sacrificio en comparación de lo que ya le ama! ¿Le ama? Pues ya está perdonada; porque Jesucristo ama á los que le aman, y para amarlos ya los ha perdonado, y de enemigos los ha convertido en amigos suyos.

¡Pedadros! á vista de tanta bondad, ¿qué excusas podremos dar para no convertirnos de veras á Dios? ¿Será el temor el que nos detenga? No teméis continuar en vuestra mala vida, no teméis repetir sus ofensas, no teméis á Dios enemigo, y teméis buscar su amistad; ¿cómo puede esto ser? ¿Será lo que os detenga la esperanza de hacerlo otro día? ¿Y tendrás ese día para esperar? Quiero suponer que lo tengas; ¿encontrarás á Jesucristo tan propicio como lo encontró aquella mujer adúltera en ese día? Tanta paciencia como ha usado contigo hasta aquí es la mayor prueba que podía darte este Señor de que te ama, de que no quiere que te pierdas. Pero hoy te llama, y no le respondes; te busca, y le huyes; te abre los brazos para recibirte amoroso en su pecho, y le vuelves desatento é ingrato las espaldas. Calla y sufre, porque es eterno; sufre y hace como que no ve vuestras culpas esperándoos á penitencia: *dissimilans peccata hominum propter penitentiam*; tarda en venir á cuentas con vosotros dándoos lugar para que, satisfaciendo vosotros por una verdadera penitencia vuestras deudas, el viniendo á juicio tenga menos que castigar.

Dos afectos buenos en sí mismos, pero mortales cuando se llevan hasta el extremo, detienen á los pecadores en el pecado, dice San Agustín; la esperanza de la divina misericordia, y el temor de la divina justicia; la esperanza llevada al extremo degenera en vana confianza; el temor excesivo termina en desesperación. Los unos se hacen esta cuenta: Dios es bueno é infinitamente misericordioso; bien puedo hacer lo que me dé la gana, cumplir mi gusto, dar rienda á mis pasiones y satisfacer todos los apetitos de mi voluntad, porque tenemos un Dios bueno y manso y misericordioso, que al cabo me ha de perdonar. A éstos la mucha esperanza los pone á peligro de perderse. Otros discurren por el contrario: han cometido pecados enormes, se ven enredados en cadenas de malos hábitos que no pueden romper, y dicen: ya para mí no hay penitencia, ni puedo hacerla, ni me puedo separar de mis culpas; sin duda soy del número de los réprobos. ¿Qué me resta que hacer sino echar por medio olvidándo-

me de aquello en que he de venir á parar? A éstos pierde la desesperación, á aquellos la esperanza, mientras otros fluctúan de un extremo á otro. Teme tú que la esperanza te pierda, que esperando misericordia encuentres la justicia: *Cum multam speras de misericordia incidas in iudicium*. Teme tú no te pierda la desesperación; que no creyendo capaces de perdón las gravísimas culpas que has cometido, no quieras arrepentirte ni hacer penitencia de ellas, y así caigas en manos del justo juez que se burlará de tu necesidad, *in interitu vestro ridebo et subdabo eos*. Pues ¿qué dice el Señor á los unos y á los otros para su enmienda? A los que peligran por demasiada esperanza les dice: «No tardes en convertirte al Señor, ni lo vayas dejando de un día para otro, porque súbito, cuando menos lo pienses, vendrá sobre tí su ira, y en el día de la venganza te perderá: *Subito veniet ira illius et in tempore vindictae disperdet te.*» Y á los que se abandonan á la desesperación les dice: En cualquier día que el inicio se convierta me olvidaré de todas sus iniquidades. Para que no desesperen los unos, les ofrece el puerto de la indulgencia, les promete siempre el perdón; para que á los otros no se les pase la vida esperando misericordia sin dar un paso para buscarla, ha hecho incierto el día de la muerte.

Escuchemos, hermanos míos, la voz amorosa de Cristo, que nos llama, y no resistamos á la divina gracia, que nos invita, seguros de que con un verdadero arrepentimiento de nuestras culpas, alcanzaremos, como la mujer adúltera, el perdón. Pero al propio tiempo temamos reincidir en el pecado, y así perseverando con el auxilio divino en la senda de la virtud, esperemos alcanzar el premio eterno. *Amén.*

LA CURACIÓN DEL CIEGO DE NACIMIENTO



Dies qui jussit de tenebris lucem, splendeo, ipse illuxit in cordibus nostris, ad illuminationem scientia clarioris Dei in facie Christi Jesu.

El Dios que mandó á la luz salir del seno de las tinieblas, es el mismo que ha hecho brillar en nuestros corazones la claridad de la ciencia divina, reflejada hacia nosotros por el rostro de Jesucristo.

(II. Cor., 4, 6.)

La más bella y la más graciosa de las criaturas corporales, la luz, hermanos míos, es también la más necesaria. Sin la luz, el mundo no sería más que una horrible prisión, en la que los hombres y animales, forzosamente inmóviles y como encadenados en su sitio por las ligaduras de las más profundas tinieblas, y sin saber unos de otros, no podrían ni obrar ni subsistir. En vano, pues, dice San Ambrosio, los hubiera Dios criado, si no les hubiese dado el medio de verse: así es que Dios tuvo cuidado de comenzar por la luz la serie de las maravillas de la creación.

Pero, según San Pablo, esa admirable criatura, la luz, que Dios hizo brillar en el mundo al principio de la creación, no ha sido más que la figura y la profecía de la luz todavía más admirable de la ciencia divina, cuya radiante claridad difundió sus resplandores en las almas en tiempo de la redención. Y cómo, según el hermoso pensamiento de San Ambrosio, la luz material que alumbró los cuerpos no es más que el reflejo del rostro del Dios criador, del mismo modo, añade San Pablo, la luz espiritual que ilumina las almas, no es más que el reflejo del rostro adorable de Jesucristo, del Dios Redentor. *In facie Christi Jesu.*

Porque, en efecto, la luz de Dios, en el Evangelio, resplandece no solamente en todas las enseñanzas de Jesucristo, sino también en todas sus obras; y nos ha iluminado no tan sólo con sus palabras, sino también con sus milagros. Esta observación puede aplicarse muy particularmente al asombroso prodigio de la curación del ciego de

nacimiento. En ese prodigio encontramos el misterio de la fe puesto en acción. Veámoslo, hermanos míos; mas antes pidamos la gracia. *Ave María.*

El Salvador del mundo, hermanos míos; no reveló jamás ninguna de sus grandes verdades sin confirmarla con alguno de sus grandes milagros. Así, según San Juan Crisóstomo, para confirmar la revelación de su origen eterno y de su divinidad, revelación rechazada por los judíos, y por la cual habían querido apedrearle, fué por lo que Jesucristo obró el milagro tan nuevo, como hasta entonces inaudito, de la curación de un ciego de nacimiento.

No sabemos más que por la tradición que el ciego de nacimiento se llamaba Sidonio. Pero si el Evangelio no nos ha dicho su nombre, nos ha dado á conocer su condición, diciéndonos que era un pobre mendigo. Por esa circunstancia, el historiador sagrado, según San Juan Crisóstomo, quiso mostrarnos la inefable bondad con que nuestro amable Salvador prefería siempre los pobres á los ricos, los heredados del mundo á los grandes de la tierra, y hacía de ellos los objetos constantes de su predilección y de sus beneficios.

Ved, en efecto, con qué bondad se acerca á aquel desgraciado que yacía en medio de la vía pública, con cuánto interés le mira, y con cuánta ternura se compadece de su suerte. Porque todo eso, según San Juan Crisóstomo, se halla comprendido en estas palabras del Evangelista: «Vió á un hombre ciego desde su nacimiento.» ¡Dichoso Sidonio!... Jesucristo te mira, ya te has salvado; porque, cuando Jesucristo mira al hombre, quiere usar de misericordia con él.

Dignaos, pues, Dios mío, concederme, y á todos esos piadosos oyentes, una de esas miradas de vuestra misericordia, una de esas miradas que salvan, una de esas miradas que iluminan y santifican al mismo tiempo, miradnos y salvadnos!...

Si, hermanos míos; podemos dirigir con confianza al Señor esta humilde súplica, con la seguridad de que no será desatendida. En efecto, el grande milagro que Jesucristo iba á obrar curando el ciego de nacimiento, era, como la mayor parte de sus demás milagros, simbólica y figurativo. Porque aquel prodigio quería representar, de una manera sensible, el prodigio todavía más asombroso por el cual debía dar á los hombres la verdadera luz, iluminando sus almas con su doctrina y con su gracia. Y, en efecto, cuando vemos á ese pobre ciego para quien la luz del día era tan desconocida como si no existiese, sentado á la orilla del camino, cubierto de harapos, pálido, triste, desconsolado, fámélico, que mendiga en vano, porque nadie se

interesa por él ni le llama la atención, ¿cómo no hemos de ver en él una imagen viva del género humano todo entero en la época de la venida del Salvador? El género humano, indigente también de todo bien espiritual, privado de la luz de la verdad, marchando á tientas, según la expresión de un profeta, entre las densas tinieblas, entre los monstruosos errores de las filosofías y de las religiones humanas, mendigando inútilmente al hombre lo que éste no podía darle, había concluido por sentarse y abalarse en su desesperación y corrupción. Por otra parte, cuando vemos á Jesucristo que por un movimiento espontáneo va á buscar al ciego de nacimiento para curarle, ¿cómo hemos de dejar de reconocer á ese mismo hijo de Dios, que había visto la irremediable y universal ceguera de que adolecía el género humano desde la falta original, y que venía á iluminar nuestras almas con el sol de su divina presencia?

Eso lo confirmó Jesucristo con sus propias palabras. Habiéndole preguntado los apóstoles si Sidonio había nacido ciego á causa de los pecados de sus padres, el Salvador les respondió: «La ceguera de ese hombre no es consecuencia de ningún pecado; es únicamente un medio providencial que Dios ha elegido para manifestar el poder de su Hijo.» Nuestro Señor añadió también estas profundas y sublimes palabras: «Mientras yo estoy en el mundo, soy la luz del mundo: es decir, que por mí se refleja toda luz de verdad sobre las inteligencias humanas.» De esta manera, hermanos míos, Jesucristo nos ha revelado lo que el discípulo amado debía enseñarnos en su Evangelio, cuando dijo del Verbo hecho carne: «era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo...»

En efecto; aun antes de su aparición corporal en este mundo, Él es, dice Tertuliano, y no podía ser otro que Él, la sabiduría, la palabra, el Verbo de Dios, que debía un día hacerse hombre, que podía conversar con los hombres sobre la tierra para iluminarlos é instruirlos. El fué quien iluminó al primer hombre infundiéndole la ley natural, por la cual se rigen todos los seres racionales en este mundo. El fué el que más tarde inspiró á los patriarcas, iluminó á los profetas y dió su ley escrita al pueblo judío. El fué el que después de su encarnación reveló al mundo la ley evangélica, que no es otra ley; dice Santo Tomás, sino la misma ley primitiva ahora escrita y revelada en toda su plenitud y toda su perfección. El es, en fin, el que por ministerio de los misioneros católicos continúa esparciendo, aun entre los pueblos más bárbaros, esa misma revelación que ilumina al mundo civilizado, del mismo modo que Él es el que desde hace seis mil años ilumina al mundo físico con su sol: *Deus qui jussit de tenebris lucem splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris.*

Tal es, pues, el manantial ó origen de la verdadera luz que ilumina las inteligencias. No os dejéis, pues, engañar por los discursos de los que abogan por una luz puramente humana. No es la filosofía, sino la religión; no son las laboriosas indagaciones del hombre; sino la revelación de Dios; no es la razón, sino la fe, lo que puede iluminar al hombre de una manera sólida y perfecta; sin esa luz del Verbo no se conoce con seguridad nada cierto y verdadero, del mismo modo que no se hace nada verdaderamente virtuoso sin su gracia. El que busca la verdad como el que ama la virtud, debe venir á buscar una y otra en ese foco divino que brilla en la Iglesia y por la Iglesia. Toda luz que no viene de Jesucristo, no es más que un resplandor falso, como toda virtud sin él no es más que aparente y ficticia. No hay dos soles en el mundo moral, como no los hay en el mundo físico, sino uno solo: Jesucristo no nos deja duda alguna en cuanto á este punto: Mientras yo estoy en el mundo, soy luz del mundo: *Quantum sum in mundo, ego sum lux mundi.*

Al pronunciar esas admirables palabras, el divino Salvador dejó caer en tierra, de sus purísimos labios, un poco de saliva, la mezcló con el polvo, formó una especie de barro, y frotó con el los ojos del ciego. Mas ¿qué necesidad tenía el Salvador de semejante procedimiento, cuando con una palabra podía curar al ciego, como con una sola palabra había creado todas las cosas? Los modernos racionalistas, secta tan impía como estúpida, á la que ha venido en fin á parar el protestantismo alemán; los modernos racionalistas, que para explicar por la razón los milagros del Evangelio no retroceden ante ningún absurdo, no se han ruborizado de afirmar que Jesucristo no era más que un grande empirico, y que el barro empleado por Él no era más que una especie de ungüento de que poseía el secreto, de suerte que aquella curación no tuvo nada de milagrosa.

Esa odiosa blasfemia ni aun tiene el mérito de la novedad. En tiempo de San Ambrosio, los enemigos de la divinidad de Jesucristo, los antiguos arrianos, padres de los arrianos modernos, habían caído en el mismo delirio, y San Ambrosio les respondía lo que nosotros podemos responder todavía: «Precisamente porque empleó aquí barro ó cieno, no se trata de ciencia natural, sino del poder divino. El arte humano no sirve de nada aquí: todo es obra de la Divinidad.»

Observad, en efecto, hermanos míos, que se trataba de un ciego de nacimiento, y no sólo de un hombre que tenía una enfermedad en los ojos. Sidonio se hallaba, pues, completamente privado del órgano de la vista, y cuando Jesucristo le curó completamente y de repente de su ceguera, debió experimentar la misma dificultad en ver, que

todo niño que viene al mundo. El niño recién nacido, aunque tenga el órgano de la vista perfectamente sano, no ve al principio los objetos más que confusamente: todo lo que ve le parece que lo tiene sobre los ojos, y sólo por la experiencia sucesiva y con auxilio del tacto llega á distinguir los objetos y á conocer su distancia real. Era preciso, pues, para que Sidonio pudiese ver instantáneamente y con perfección todas las cosas, que Jesucristo no sólo formase para él un órgano visual completo en todas sus partes, sino que le diese al mismo tiempo esa aptitud, esa facilidad de ver, que sólo se obtiene por grados con el tiempo y la experiencia. Pues bien, sostener que Jesucristo pudo realizar todo eso por un procedimiento puramente natural, puramente humano, es algo más que un absurdo, es la estupidez llevada hasta el colmo.

Pero dejemos á esos abyectos impostores, condenados por la justicia de Dios á devorar los errores más groseros, en castigo de que no han querido escuchar ni aceptar las verdades reveladas de lo alto. Oigamos á los Padres de la Iglesia, esos genios inmortales que han asombrado el mundo no menos con la sencillez de su fe y la santidad de su vida, que con la sublimidad de sus enseñanzas y el esplendor de sus luces. Dios les ha concedido el privilegio de penetrar y explicar los profundos misterios de su religión, ocultos bajo la corteza de los hechos más sencillos de su Evangelio. San Agustín nos dirá desde luego que el Salvador hizo uso de un poco de barro en la curación del ciego de nacimiento, para mostrar que era el mismo Dios que al principio del mundo había formado con un poco de barro el cuerpo entero del hombre.

Observad, también, que la saliva descende de la cabeza á la boca, y que por eso mismo es una figura expresiva de la divinidad del Verbo Eterno, que es ascendido y descende del entendimiento divino, y que ha dicho de sí mismo: «Yo soy la sabiduría que ha salido de la boca del Altísimo.» Esa saliva divina, añade San Agustín, cayó la primera vez sobre la tierra cuando el Verbo Eterno descendió á la tierra santa, á la tierra virgen del seno de María; entonces fué cuando, por la operación de un arte enteramente divino, se coaguló un barro precioso, y el Verbo Eterno tuvo un cuerpo.

¿Qué quiere, pues, enseñarnos Jesucristo cuando con un poco de saliva y de tierra proporciona el beneficio de la vista al ciego de nacimiento? Nos enseña que por la fe en el misterio de la Encarnación, por la fe en su divinidad personalmente unida á la humanidad, proporcionará á los hombres la vista del espíritu, la luz que conduce á Dios. Sí, la fe en la divinidad y en la humanidad de Jesucristo: «Tal

es, dice el sabio y piadoso Cornelio á Lapide, tal es el milagro ungüento que debe remediar la ceguera de las almas.» Esa fe es el principio de toda luz, de todo conocimiento, de todo progreso en la ciencia de Dios y del hombre: fuera de esa fe, el hombre no se conoce á sí mismo, como tampoco conoce á Dios. Los que no han recibido la unción de ese bálsamo divino, manipulado por el mismo Espíritu Santo; los que no tienen una fe viva y sincera en la divinidad y humanidad de Jesucristo, permanecen siempre ciegos. Pero nosotros, hermanos míos, si tenemos esa fe santa, si creemos firme y eficazmente en el misterio del Verbo hecho carne, regocijémonos: el mismo prodigio que se operó en el ciego de nacimiento se ha realizado todavía más maravillosamente en nuestras almas: de ciegos que éramos, hemos llegado á ver bien claro en las cosas de Dios y de la salvación eterna.

Pero volvamos á Sidonio: había cerca del templo una fuente milagrosa, á la que el profeta Isaías, que la había hecho brotar con sus oraciones, había dado un nombre misterioso, llamándola Siloe, palabra que, según el Evangelista, significa *Enviado*. Aquella fuente era, pues, la figura del bautismo de Jesucristo, de aquel que debía ser enviado de los cielos, y enviar á sus apóstolos como había sido enviado el mismo Jesucristo: después de frotar los ojos de Sidonio con el barro, le mandó que fuese á lavárselos en aquella fuente, y su obediencia fué recompensada con la desaparición de la ceguera. Fué al manantial, se lavó los ojos, y volvió con vista. Así nos ha revelado Jesucristo, de una manera sensible, la necesidad del bautismo para obtener la iluminación del espíritu por la doctrina. Verdad es que la instrucción catequística es la que nos da el conocimiento de las verdades reveladas. Mas por el bautismo recibimos el hábito de la fe, es decir, ese don sobrenatural que prepara y dispone al acto de fe. La instrucción viene á hacer brillar la luz en los ojos del espíritu; pero el bautismo es el que crea, por decirlo así, el órgano visual, confiriendo al espíritu la aptitud para ver las cosas de Dios, poniendo en nosotros una disposición efectiva y habitual para adherirnos á ellas por la fe.

Nosotros, pues, cristianos, que hemos recibido la unción divina por la revelación del misterio de Jesucristo, del Verbo encarnado; nosotros, que hemos sido salvados y santificados en la fuente del Mesías enviado de Dios; nosotros, que hemos recibido el doble beneficio del bautismo y de la instrucción cristiana, guardémosnos de olvidar jamás de dónde nos viene ese doble é inapreciable beneficio. No olvidemos nunca que ni la razón ni la virtud natural son las que han

podido realizar en nosotros esa transformación: que por su misericordia, por el don gratuito de la regeneración y de la renovación en el espíritu divino, es por lo que hemos sido salvados de la ceguera original y funesta que nos habría conducido a las tinieblas eternas.

Sería muy difícil formarse una idea del asombro y del estupor de la multitud cuando vió volver de la fuente á Sidonio, el ciego de otro tiempo, que ya no necesitaba de guía, y en cuyos ojos brillaba la alegría de que se hallaba transportado su corazón. Muchas personas se negaban á dar crédito á la evidencia misma y al testimonio de sus propios ojos, cuando todo el pueblo gritaba: «Es Sidonio, el ciego mendigo, que acaba de ser favorecido con un grande milagro, y que ve tan claro como nosotros». ellos se obstinaban en decir: «Es imposible!... ¡no es él!... es alguno que se le parece». Y Sidonio les respondía: «Soy yo.» Y todos le preguntaban cómo se habían abierto sus ojos, y respondía: «Ese hombre llamado Jesús ha formado un poco de barro: me ha frotado con él los ojos, y me ha dicho: Id á la fuente de Siloe, y lavad en ella vuestros ojos. Fui, me lavé, y veo.»

Observad bien, hermanos míos, el admirable laconismo, la sublime concisión de estas tres palabras: «Fui, me lavé, y veo.» La rapidez misma de la frase expresa de la manera más viva y más enérgica la instantaneidad y la perfección del prodigio, como también expresa la sencillez y la prontitud de la fe por parte del ciego.

Pero la asombrosa facilidad con la que Sidonio obtuvo el beneficio de la vista material, es la figura y la imagen de la facilidad todavía más asombrosa con que se puede obtener la vista espiritual por la gracia de la fe. ¿Cuántos esfuerzos, cuántos estudios son necesarios para llegar á ser filósofos, sabios según el mundo?... Y algunos instantes de instrucción bastan para formar el cristiano, el verdadero sabio según Dios. Además, lo mismo que para gozar de la luz material basta tener los ojos sanos y la voluntad de abrirlos, así también para gozar de la luz de la revelación divina solo se requieren dos cosas: la integridad del ojo intelectual, y la voluntad de creer; es decir, la humildad del espíritu y la sinceridad del corazón.

Los filósofos antiguos y modernos, siguiendo el falso principio de que es preciso no admitir como verdad sino lo que á cada uno parece verdadero en el estado de la naturaleza, después de haber pasado toda su vida en interminables disputas, han ido á parar, en último término, á la duda. Los verdaderos protestantes, partiendo del mismo principio aplicado á la revelación, es decir, profesando el de que cada cristiano no debe admitir como verdad revelada sino lo que le parece tal leyendo la Escritura, después de interminables indagacio-

nes y de innumerables variaciones, han ido á parar á la indiferencia.

¡Cuán felices somos, hermanos míos, en pertenecer á la Iglesia católica, en cuyo seno, sin disputar, sin buscar, sin ratiocinar, con sólo la sumisión á la enseñanza de la Iglesia, conocemos de la manera más clara y más exacta, á Dios y sus atributos, al hombre y su origen, su condición presente y sus destinos, al Redentor y sus misterios, los sacramentos y su eficacia, las leyes divinas y sus obligaciones, el mal y sus castigos, el bien y sus recompensas! Nosotros enochemos todas esas grandes y sublimes verdades, y nos adherimos á ellas sin vacilar como á dogmas de fe, mientras que la razón, abandonada á sí misma, jamás ha conocido ni una sola de una manera exacta y sin mezcla de errores: mientras que los verdaderos protestantes jamás han tenido sobre esas mismas verdades más que simples opiniones, y han permanecido expuestos á todas las variaciones, á todas las fluctuaciones del sentido privado. Pues bien; esa sublime ciencia de todo lo que es necesario al hombre, la hemos obtenido sin esfuerzos, sin emplear largo tiempo, por las instrucciones de nuestras madres cristianas ó de los ministros de la Iglesia. Por manera que nosotros podemos decir también con un laconismo de lenguaje que responde á la rapidez y á la facilidad de los hechos: «He sido bautizado, he escuchado, y creo.» lo mismo que el ciego de nacimiento decía: «Fui, me lavé, y veo.» Y eso es porque el mismo poder lo ha hecho aquí y allí. La ceguera del alma, como la corporal, llamaba á un poder sobrenatural y divino, y ese poder le ha empleado Dios en toda su eficacia. La virtud de su Verbo, por la que crea todas las cosas, las sostiene y las restaura, ha operado en nosotros, y del rostro de Cristo ha reflejado sobre nosotros la luz, por la que todo vive y se embellece en el orden de la gracia y en el de la naturaleza.

Al ruido del grande milagro que acaba de producir tan honda impresión en la ciudad toda de Jerusalén, se reunió solemnemente el gran Sanhedrin: todo el aparato de la autoridad fué desplegado en él. Llamados los padres de Sidonio, fueron introducidos en la Asamblea, y apenas se atrevían á confesar temblando que Sidonio era su hijo, y que estaba ciego desde su nacimiento. Porque en los semblantes y en la voz de los inicios jueces se traslucía un odio inmenso á Jesucristo y á todos los que se declarasen partidarios suyos.

Pero Sidonio no se intimidó con todo aquel aparato de amenazas y de terror, y cuando después de haberle hecho referir las circunstancias del prodigio, los jueces, sin pudor ni comedimiento, se esforzaron en persuadirle que Jesucristo no podía ser más que un pecador y no un profeta, Sidonio respondió con tanta sagacidad como

valor: «Yo no sé si Jesucristo es ó no pecador, pero sé muy bien, y sin dudar, que yo estaba ciego, y ahora puedo hacer uso de mis ojos». Y añadió: «¿Por qué insistir? ¿Acaso tendríais vosotros también intención de llegar á ser discípulos suyos?»

¡Admirable rasgo de valor y de intrepida gratitud! ¡Sidonio se declara así expresamente discípulo de Jesucristo, á presencia de sus más encarnizados y poderosos adversarios!... Así fué que le respondieron con horribles maldiciones. ¡Dichoso Sidonio, por haber merecido semejantes imprecaciones, y haber sido maldecido por confesar al Cristo!... ¡Señor, á nosotros también concedednos el honor de ser maldecidos y escarnecidos del mundo, de los impíos y de los herejes, por nuestra fidelidad á vuestra ley y á vuestra religión!... Os recordamos que habéis prometido la felicidad eterna á los que sobre la tierra hayan sido maldecidos por amor á Vos.

A las maldiciones, los judíos añadieron también los desprecios y los insultos. «Miserable!... le gritaron: ¿cómo te atreves á pensar que podamos llegar á ser sus discípulos? Sólo tú cuanto quieras: nosotros no somos discípulos más que de Moisés: por lo que hace á Moisés, sabemos que Dios le habló; pero en cuanto á ese, ni sabemos quién es, ni de dónde ha venido...» Y tú, le dijeron, tú que has nacido en el pecado; tú, maldito antes de nacer, ¿vienes á darnos lecciones?... y le arrojaron de allí como excomulgado. Así, triunfaron los hijos de la mentira, y expulsaron al discípulo y apóstol de la verdad.

Pero si los judíos echaron á Sidonio con encono, Jesucristo le recibió con la más grande bondad. Fué á buscarle al templo, adonde el ciego curado se había trasladado, y aproximándose á él con la misma ternura que antes de su curación, «Sidonio, le dijo: ¿quieres tú creer en el Hijo de Dios?—Señor, ¿quién es ese Hijo de Dios?.. Bajo vuestra palabra, estoy pronto á creer en él.—Tú le conoces, tú le has visto, le dijo entonces Jesucristo; es el mismo que te habla». Una revelación tan clara, tan afectuosa, llenó á Sidonio de un júbilo enteramente celestial, y en un transporte de fe y de amor, exclamó: «Sí, Señor, creo», y prosternándose á sus pies, le adoró.

He allí, pues, al discípulo fiel de Jesucristo que, no contento con haberle confesado delante del Sanhedrín por la sublime defensa que hizo de Él, quiere confesarle por el culto y la adoración que le rinde. Así son condenados por tan sublime ejemplo esos hombres inconsecuentes, que algunas veces tienen suficiente valor para declararse en voz alta cristianos ante los incrédulos, y católicos ante los protestantes, pero que no tienen bastante ánimo para practicar su religión.

Confiesan á Jesucristo en el mundo, y rehusan confesarle en el templo. Contra ellos se dirige el apóstol San Pablo, cuando reprendía en algunos cristianos el glorificar á Dios con las palabras, y renegar de Él con las obras. Por consiguiente, Jesucristo no es más que el Dios de su espíritu, no el Dios de su corazón.

¡Felices vosotros todos, hermanos míos, que, no contentos con declararos cristianos á la faz del mundo, venís aquí con frecuencia á rendir vuestro homenaje á Jesucristo!... Vosotros se lo tributáis por el anhelo con que participáis de sus sacramentos, por el recogimiento con que escucháis su palabra, y sobre todo por la fidelidad con que obedecéis sus leyes. Así, vuestra confesión de fe pasa del espíritu al corazón, y de las palabras á las acciones. Esa es la fe perfecta y viva; tiene todo el mérito de la fe de Sidonio, y tendrá también su recompensa. Porque Jesucristo ha dicho: «Al que me confiese delante de los hombres, le confesaré yo delante de mi padre, que está en los cielos.» *Amén.*

LA COMUNIÓN CON JESUCRISTO MANIFESTADA EN LA PARÁBOLA DE LA VIÑA

*Ego sum vitis vera.
Yo soy la verdadera viña.*

(JOHANNES, c. 15.)

El Antiguo y el Nuevo Testamento, hermanos míos, los Profetas y el Evangelio, que han sido dictados por el mismo espíritu de Dios, coordinados al mismo fin, á la gloria de Dios y á la salud de los hombres, hablan unánimemente el mismo lenguaje, encierran igualmente la misma doctrina, revelan bajo diversas formas los mismos misterios, despiertan el mismo celo, presentan las mismas personas. Si, el Antiguo y el Nuevo Testamento están acordes y se corresponden tan bien, que el uno sirve al otro de explicación y de luz.

¿Queréis saber lo que significa la viña misteriosa que en el libro de los Jueces se nos presenta tomando la palabra? Escuchad á Jesucristo que, en el Evangelio de San Juan, pocas horas antes de ir á inmolarse por nosotros: así hablaba: «Yo soy la verdadera Viña; y comprenderéis lo que significaba el lenguaje de la Viña profética, que hablaba así de Ella misma: «Puedo acaso dejar mi vino, que es la alegría de Dios y de los hombres, y ser promovido entre los otros árboles?»

La sinagoga fue primitivamente una viña verdadera que Dios había plantado: «La casa de Israel es la viña del Dios de los ejércitos», dice el profeta Isaías. Pero en tiempo de Jesucristo, esta viña había llegado á ser infiel, porque había renunciado á producir su vino, fuente de santa alegría para Dios y los hombres. Había llegado á ser una viña de otra naturaleza, en la cual Dios no podía reconocer su obra; una viña silvestre que, en lugar de dulces racimos, no producía más que espinas y frutos amargos. Es decir, que en tiempo de Jesucristo, los judíos, prefiriendo los intereses temporales á los espirituales, la dominación á la religión, el oro á la verdad, César á Jesucristo, lejos de preparar el camino para hacer conocer y proclamar la venida del Mesías, conjuraron su perdición, y haciendo traición á su misión sublime, descendieron por la abyección de sus vicios hasta el rango de las demás sectas religiosas que declaraban á Dios una guerra impía, en lugar de darlo á conocer, y que perdían á los hombres en vez de salvarlos.

Por eso precisamente, dice San Agustín, para distinguirse de esa viña degenerada, de esa viña de frutos viciados y amargos, Jesucristo dijo: «Yo no soy esa. Yo soy la verdadera Viña: *Ego sum vitis vera*». En seguida, de una manera general, Jesucristo ha querido hacernos comprender que posee en Si todos los caracteres de una verdadera viña: que es en el orden espiritual y divino precisamente lo que la viña en el orden de las cosas humanas y materiales. Esta es la idea, hermanos míos, que vamos á exponer. Pidamos antes los auxilios de la gracia. *Ave María*.

Sabido es, hermanos míos, que la viña no se siembra, sino se trasplanta; la viña nace de la viña. Y lo mismo, dice San Bernardo, Jesucristo es consubstancial, coeterno al Padre, que lo ha engendrado; es Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero. Pero el divino Padre, dice Jesucristo, es un verdadero Agricultor. Mas este divino Agricultor, dice San Bernardo, á fin de que la Viña eterna del Verbo increado fructificase en provecho nuestro, la trasplantó

del cielo á una tierra virgen, al seno de María. Y esta tierra elegida y pura, esta tierra de Jacob privilegiada, bendita del Señor, fecundada por la sola virtud del Espíritu Santo, nos dió la Viña verdadera; el Salvador de los hombres.

En segundo lugar, la viña debe ser podada, descargada de la exuberancia del follaje; no debe dejarse más que la cepa con algunos sarmientos, quedando así reducida por cierto tiempo á un estado de desnudez y pobreza que causa pena; pero por efecto de la poda y de estas privaciones, adquiere nueva fuerza y vigor, y en la primavera se desarrolla más rica y más bella. Así Jesucristo se ha sometido á la circuncisión, á la pobreza, á la miseria, á la humillación, y al dolor.

Pero también esta Viña mística, para dejarse podar así sin piedad hasta consentir que se le arrancase de la tierra de los vivos, cuando vino la gloriosa primavera de la resurrección apareció en toda su lozanía y dió sus frutos sin medida. Sus penas se cambiaron en alegría, su pobreza en riqueza, sus humillaciones en gloria, sus llagas en trofeos. Si, por todo eso Dios le ha exaltado y le ha dado un nombre sobre todo nombre.

En tercer lugar, las ramas de la viña deben reunirse y atarse á un tronco. Y Jesucristo ha sido invisiblemente ligado al tronco grueso y estéril de la generación humana con los lazos de su amor por nosotros, amor infinito, gratuito, generoso; y exteriormente han sido sus miembros adorables atados cinco veces; primeramente al nacer, con los pañales y fajas; la segunda vez en el huerto de las Olivas, con cuerdas; la tercera en el pretorio, con cadenas, para ser azotado; la cuarta, con clavos, en la cruz, y la quinta en el sepulcro, con vendas. ¡Oh amante y bien amado Jesús! ¡Oh verdadera Viña de nuestra humanidad! ¡Oh Dios de la libertad y de la inocencia, tantas veces atado como un criminal, como un esclavo! Pero ¡ay! nuestras ligaduras, nuestras cadenas, simbolo funesto de la servidumbre que nos sujetó al demonio y al pecado, habrían sido eternas si, tomándolas sobre Si, no las hubiese roto Jesucristo. Si el Hijo de Dios no hubiese consentido en ser atado, el hombre no hubiese podido ser libre. ¡Ah! ¡quién pudiera imprimir tiernos y respetuosos besos en esas fajas, cuerdas, cadenas, clavos y vendas que han ligado los miembros de mi Salvador! ¡Yo me prosterno, os adoro, ligaduras del divino amor, os saludo y os bendigo como término inefable de mi servidumbre, y precio infinito de mi libertad!

En cuarto lugar, se clavan en tierra largos palos, se ponen otros sostenidos en éstos y cruzados, y allí se apoya, sujetando la cepa principal y sosteniendo las ramas. Levantada así y extendida,

presenta magnífica vista con la rica abundancia de sus racimos, y su follaje ofrece una agradable sombra, una deliciosa frescura contra los rayos del sol. ¡Oh, la bella figura de la crucifixión, exclama San Bernardo, no puede ser más fiel ni más expresiva! ¿Quién no reconoce en ella a Jesucristo, la verdadera Viña, elevada en su crucifixión, clavada por los pies y las manos, y extendida sobre los brazos de la cruz! ¡Oh Jesús crucificado, escándalo de los judíos obstinados, oprobio de los gentiles ciegos! ¿Puede imaginarse nada más admirable, más tierno, más conmovedor, más delicioso que lo que se ofrece á los ojos del verdadero cristiano cuando en Vos contempla la riqueza inagotable de vuestros méritos, la infinita dulzura de vuestras palabras, los transportes infinitos de vuestro tierno amor, y que, confiado y lleno de esperanza, extiende una mano segura hacia el fruto copioso y abundante de la Redención que depende de Vos, que él se la aplica, se la apropia y encuentra allí su vida y su salud? Más aún: en esta Viña preciosa encuentro, no solamente el fruto que me alimenta, sino la sombra que me protege. Y en efecto, Jesucristo crucificado, con el rostro levantado al cielo, extendidos los brazos para implorar gracia en mi favor, me protege, me pone al abrigo de los rayos abrasadores de la Justicia divina provocada por mis faltas. Justicia eterna, Justicia infinita, al levantar entre Vos y yo esta Viña preciosa, á Jesucristo, os habéis desarmado Vos mismo; si es verdad que me perseguís justamente por mis crímenes, yo sé también donde debo refugiarme y ocultarme. Adán, el primer pecador, cuando huyó temeroso de vuestra cólera, impulsado por un instinto profético, fué á ocultarse entre los árboles. Eso me ha enseñado dónde debo ocultarme y encontrar un asilo, si tengo la desgracia de provocar vuestro furor. Iré á refugiarme al pie de la cruz, y allí, con la humildad, con la fe, con el arrepentimiento, me aproximaré cuanto pueda á esta Viña divina, á Jesús crucificado, y allí no lanzaré sobre mí el fuego que va á destruir al impío. Las espaldas del Salvador, azotadas, serán mi escudo y mi defensa. Bajo sus brazos, como bajo las alas del más tierno amor, no lemo ningún mal, espero todos los bienes. Y Vos, ¡oh amante Jesús, que nos amáis aunque no os amemos; sed para nosotros la verdadera Viña protectora; guardadnos como á las niñas de vuestros ojos; extended siempre vuestros brazos hacia nosotros, como las alas de vuestro amor, para defendernos, para protegernos, para salvarnos!

En quinto lugar, en fin, la viña es el más precioso de todos los árboles; no hay fruto que, por la excelencia de sus propiedades, pueda compararse al suyo, porque el racimo da ese precioso licor

que cura muchas debilidades del cuerpo, corróbora, fortifica, alegra el corazón del hombre y le hace olvidar todas sus penas. Aun bajo este aspecto, Jesucristo es la verdadera Viña; nos ofrece el precioso Racimo cogido en Chipre, en los viñedos de Engaddi; y la esposa de los cantares, es decir, el alma fiel, suspira por el momento en que lo poseerá, segura de encontrar en él sus delicias, su gloria, toda su dicha. De este Racimo, que la mano cruel de los judíos ha sometido á la presión de la columna y de la cruz, ha salido un vino precioso, la sangre que el Hombre-Dios derramó en el Calvario y se derrama aún en los altares; entonces en su Pasión, ahora en la Eucaristía; entonces de sus llagas, ahora de los sacramentos; y esa sangre llega hasta el trono de Dios, y dulcifica su enojo, y paga nuestra deuda, y da satisfacción por nuestras ofensas, y cambia su severidad en amistad apasionada; en amor de padre tierno y de esposo fiel; esta sangre, derramada sobre los hombres, los purifica de sus manchas, los cura de sus enfermedades, los rescata de la esclavitud, hace desaparecer sus deformidades, los fortifica en su debilidad, los consuela en la aflicción, los refresca cuando tienen sed, y los satisface cuando tienen hambre; cubre su desnuidez, los saca de su envilecimiento, y, en fin, perdidos, destinados á la muerte, les vuelve la esperanza y la vida. Es la copa embriagadora predicha por el Profeta; la copa de las inefables delicias, del contento celeste; Dios y los hombres experimentan con ella una santa y pura alegría; *Vinum... quod laetificat Deum et homines!*

Pero á fin de participar de la abundancia de estas gracias y bendiciones, es preciso que permanezcamos unidos como sarmientos en Jesucristo, que ha dicho solemnemente que es la verdadera Viña: *Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos.*

Así, pues, el hombre permanece en Jesucristo, se apoya en Jesucristo por la profesión de la verdadera fe. Y por otra parte, Jesucristo está en el hombre por su gracia santificante, por la caridad divina, puesto que ha dicho: «Y el que ama será amado de mi Padre; y vendremos á él, y haremos morada en él.» Y no solamente Jesucristo habita espiritualmente en nosotros por medio de la gracia y de la caridad, sino aún de una manera real y corporal, por medio de la unión encarnista, puesto que ha dicho: «El que come mi carne habita en Mí y Yo en él.»

¡Desgraciados, pues, los herejes que no tienen la verdadera fe de Jesucristo! ¡Pero no menos desgraciados son los malos católicos que no se cuidan de dar frutos de virtud por la exacta observancia de los divinos mandamientos! ¿Qué importa que estén en Jesucristo por la

profesión de la verdadera fe, si Jesucristo no está en ellos por la comunión de su divina caridad? Quedan unidos á Jesucristo como el sarmiento estéril á la viña, sin participar de su jugo vivificante, sin ser más que una rama muerta é inútil.

Por eso el Señor ha dicho claramente: «Si estáis en Mí, y si mis palabras están en vosotros...» Y, en efecto, dice San Agustín, entonces solamente puede decirse que las palabras de Jesucristo están en nosotros, cuando practiquemos lo que ha mandado, y cuando amemos y deseemos lo que ha prometido. De nada nos sirve estar en Jesucristo por la fe en su doctrina, en su palabra, si esta palabra, esta doctrina están solamente en el corazón y no se manifiestan en la conducta; entonces Jesucristo no está en nosotros, y nosotros estamos en Jesucristo como si no estuviésemos.

Por eso el Señor, no contento con habernos revelado la necesidad y la manera de estarle unidos, nos ha revelado aún, para que estuviésemos advertidos: la condición indispensable de esta unión divina, diciendo: «Mi Padre cuidara de cortar las ramas fecundas para que den frutos más abundantes.» Así, pues, dice San Juan Crisóstomo, esta poda de la viña la hace el divino Agricultor en los cristianos que están en estado de gracia, en los que son puros y fervientes, y que por consecuencia son ramas propias para dar fruto. Esta poda la opera por las tribulaciones, las injusticias, los riesgos no merecidos á que los expone, y que parecen castigos mientras que son beneficios; que parecen actos de severidad, y son caricias de amor, medios de santificación y de salud; porque en estas tentaciones, en estas pruebas, su fe se fortifica, su esperanza se hace más sólida, su caridad más ferviente, su oración más asidua, y el desprendimiento del mundo más perfecto; y por el ejercicio de la humildad, de la mansedumbre, de la paciencia, se aumenta la gracia, crece el mérito, y los frutos de la vida eterna abundan más y más; absolutamente lo mismo que hay esa aparente dureza en cortar las ramas y hojas superfluas, mientras que es sabiduría é industria, haciéndose así la cepa más fecunda y vigorosa. Dios lo ha querido de esta suerte para que jamás nos escandalicemos con el espectáculo de la prosperidad de los impíos y de las tribulaciones de los justos.

Después de haber visto la necesidad, el modo, la condición indispensable de nuestra unión con Jesucristo, veamos ahora el mérito y el fruto.

El Señor había dicho antes, hermanos míos, á los Apóstoles: «Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado.» He aquí, pues, el primer resultado, el primer fruto que procura al alma

fiel su unión con Jesucristo por la profesión de la verdadera fe, y la unión de Jesucristo con ella por la caridad y la gracia, cuando ella la acoge con sumisión, cumple con fidelidad y retiene con amor su ley y su palabra. Esta palabra de Dios, esta doctrina de Dios, esta ley de Dios pura, imaculada como el Dios de que emana, es la que cambia el alma de la manera más absoluta, la despoja de la corrupción nativa, contraída por su unión con el cuerpo, por su contacto con los objetos sensibles.

Sólo á la palabra de Dios está unida la fuerza conservadora, reformadora de las almas, porque solo ella es pura é imaculada: *Lex domini immaculata convertens animas!* Si en este momento, bajo la impresión de las palabras que os dirijo, el pecador tiene vergüenza de su pecado, el hereje de su error, el cristiano tibio de su tibieza; si en este momento os sentís penetrados, conmovidos, contritos; si, aunque en la tierra, no pensáis más que en el cielo; aunque bajo la presión de los sentidos no os preocupáis más que de las cosas del espíritu; si en este momento no abrigáis más que pensamientos santos y puros, y aun vosotros sois puros y santos, sois realmente cristianos. Pero no, no creáis que este es el fruto de mi palabra, el éxito de mi elocuencia; es que yo, indigno, pero legítimo ministro de Jesucristo, os anuncio su doctrina, su palabra en su pureza, tal como la he recibido de la verdadera Iglesia que me envía; es porque la palabra de Jesucristo va siempre acompañada de su gracia que atrae, que reforma, que mejora; yo no tengo mérito en ello; yo no entro por nada en los efectos que produce en vosotros esta palabra divina, ó si entro, es para disminuir su eficacia con mi impericia y mis pecados. Si al escucharla os hacéis más espirituales, más puros, todo el mérito es de Jesucristo; toda la gloria es suya, porque El es quien os habla por mi boca, de manera que puede hoy todavía, como otras veces, afirmar lo que afirmaba delante de los Apóstoles: «Si sois puros, es por la palabra que os he hablado: *Propter sermonem quem locutus sum vobis.*»

En segundo lugar, el Señor ha añadido: «Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto si no estuviere en la vid, así ni vosotros si no estuviereis en Mí. El que está en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto.» ¡Oh grande y preciosa doctrina! exclama San Agustín. ¡Cuán bien expresa la necesidad, la eficacia y la gloria de la gracia! ¡Cómo, al instruir á los humildes, hace callar y confunde á los soberbios!

No son los retoños los que hacen vivir á la vid, sino la vid la que transmite á los retoños la vida y la fecundidad; así, cuando estamos

unidos a Jesucristo, no es El quien recibe nada de nosotros, sino nosotros todo de El; sin El nada podemos, pues todos los santos pensamientos que se presentan a nuestro espíritu, todas las afecciones puras que se despiertan en nuestros corazones, todas nuestras virtudes, nuestras buenas obras, son el efecto de la sabia vivificante de su gracia, que desciende hasta nosotros, opera en nosotros, germina en nosotros, fructifica y vive en nosotros. Y siendo así, dice San Pablo, ¿qué puede atribuirse jamás al cristiano a sí mismo? ¿De qué puede gloriarse? ¿En qué puede complacerse del poco bien que hace, de la gracia que conserva, de las virtudes que posee, si nada tiene que no haya recibido de Jesucristo, y que no sea el efecto de su comunión inefable, del concurso de su gracia y de su tierno amor?

Pero esta misma doctrina, que es la base de la humildad cristiana, es el principio de la confianza cristiana, del valor cristiano. Por mi mismo nada puedo, nada valgo; nada sé sin Jesucristo. Pero unido a El, como el sarmiento a la cepa, cuando estoy en Jesucristo y Jesucristo en mí, entonces puedo dar abundantes frutos: *Hic fert fructum multum*. Y tal es el segundo precioso efecto que produce mi unión con Jesucristo. En esta santa unión, la vista de mis pecados me entristece, pero no me desespera; la pesadec de mis malos hábitos contraidos por la costumbre inveterada del mal, me humilla sin desalentarme; el sentimiento de mi miseria, de mi corrupción, de mi debilidad, me hace temblar, pero no me abate. Debo repetir con San Pablo, que, fortalecido por el vino generoso de la celeste Viña, por el mérito de la sangre de Jesucristo, lo puedo todo, todo lo puedo emprender y cumplirlo todo; atreverme a todo, y soportarlo todo; domar mis pasiones, destruir mis malos hábitos, triunfar de todos mis vicios, elevarme a la práctica de todas las virtudes; porque desde entonces soy fuerte con su fuerza, y el fruto que por mí solo no puedo dar, puedo hacerlo abundante en El y por El, puesto que es El quien vive y opera en mí, como yo vivo y opero en El y por El: *Qui manet in me et ego in eo, hic fert fructum multum*.

En fin, el Señor concluye la admirable alegoría de la viña con estas palabras: «Si estuviérais en Mí, y mis palabras estuviéran en vosotros, podréis cuanto quisieréis, y os será hecho.» ¡Magnífico y precioso efecto de nuestra unión con Jesucristo! Jesucristo no niega absolutamente nada a quien está unido a El, porque, dice San Agustín, es imposible que el alma unida por la fe y por la gracia a su Salvador, pida nada extraño, inútil, y que no esté conforme y subordinado a su salud eterna; y todo ruego hecho con estas disposiciones debe obtener una favorable acogida. En segundo lugar, como dice San Pablo, el

que se une a Dios llega a ser un mismo espíritu con Dios. Si estoy en Jesucristo y Jesucristo en mí, Jesucristo me pertenece todo entero, y yo le pertenezco todo a El. Yo me identifico, me transformo en El, llego a ser con El una sola y misma cosa. Así como yo pongo a su disposición todo mi ser, mi alma con todas sus potencias, mi corazón con todas sus afecciones, mi cuerpo con todos sus sentidos, así también El pone a mi disposición todo su Ser, su Divinidad con todos sus atributos, su Humanidad con todos sus méritos; me alienta con sus ejemplos, me fortalece con sus sacramentos, me anima con sus esperanzas, viene en mi ayuda con sus gracias, me enriquece con sus méritos, me purifica con su sangre, y asegura mi salud eterna. Amén.

EL GRANO DE MOSTAZA Ó LA IGLESIA

Simile est regnum caelorum grano sinapi... Quod minimum videtur est omnibus seminibus: cum autem creverit, majus est omnibus arboribus et habitabit in ramis ejus.

Semejante es el reino de los cielos a un grano de mostaza... Esto, en verdad, es lo menor de todas las semillas; pero después que crece es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas.

(MATH., XIII, 31, 32) [®]

¿Cuál es ese reino de los cielos, hermanos míos, de que habla Jesucristo en esta parábola, y que, semejante al grano de mostaza, que á pesar de ser la más pequeña de todas las semillas, se hace un árbol en cuyas espesas ramas vienen á refugiarse presurosos, á reposar con seguridad numerosas multitudes de aves?

Ese reino es Jesucristo, dicen los santos padres San Hilario, San Agustín, San Gregorio; es Jesucristo mismo, el cual, no solamente

es la vía que conduce al cielo, sino aun la verdad y la vida en que consiste la felicidad de los cielos. Ha sido, en efecto, la más pequeña de las semillas por la humildad de la carne, y el más grande de los árboles por la resurrección, hasta el punto de haber eclipsado la grandeza, el renombre y la gloria de todos los santos, de todos los patriarcas, de todos los profetas. Sobre las más fuertes ramas de este tronco divino, es decir, sobre los Apóstoles, todas las naciones, queriendo, como los habitantes del aire, elevarse sobre la corrupción terrestre, han venido aprestadamente á posarse, á buscar un sólido apoyo en los verdaderos bienes del cielo, y un abrigo contra los vientos de las falsas doctrinas, contra las tempestades de las tentaciones infernales.

La doctrina de todos los Padres, de todos los intérpretes y teólogos, es que, así como la vida de Jesucristo ha sido explicada, figurada y profetizada en la vida de los Patriarcas, la de la Iglesia también y su historia lo ha sido en la de Jesucristo. Por consiguiente, en esta parábola el Hijo de Dios ha querido presentarnos la figura más semejante de las vicisitudes y de los caracteres de su Iglesia.

Examinemos, pues, hoy esas vicisitudes y esos caracteres de la verdadera Iglesia en esta breve pero bella parábola del grano de mostaza. Mas antes imploremos la gracia. *Ave Maria.*

El grano de mostaza, hermanos míos, es efectivamente una de las semillas más pequeñas que conocemos: *Minimum est quidem omnibus seminibus.* Y por eso mismo, dice San Jerónimo, es una figura fiel de la predicación evangélica, de donde ha nacido y se ha formado la Iglesia. Ha sido en su principio la más pequeña, la más despreciable, la más insignificante de todas las sociedades religiosas que en todos tiempos se han formado en el mundo.

Y en efecto ¿cómo ha principiado? Por doce hombres de oscuro nacimiento, pobres, vulgares por su profesión, obtusos de espíritu, ignorantes, groseros, perseguidos por la autoridad pública, odiosos al pueblo, sin favor, sin protección, sin defensa. Esos hombres emprenden la predicación condenando los vicios adorados como divinidades, encareciendo la práctica de virtudes desconocidas, una vida humilde, de continencia, de pureza, de desprendimiento, de caridad, contraria á todas las doctrinas recibidas, á todas las costumbres en vigor, á todas las ideas establecidas, á todos los intereses, á todos los principios, á todas las pasiones; en una palabra, predicaron la obligación de arrepentirse como de un crimen de todo lo que hasta entonces habia sido reputado santo, justo, legítimo ó indiferente; y

esto en nombre de un Personaje desconocido en el mundo, acusado y condenado por sus propios conciudadanos, muerto, como el esclavo más criminal, en un rincón de la Judea, en el suplicio ignominioso y bárbaro de la cruz. He ahí el Hombre en cuyo nombre debia predicarse la penitencia en todas las naciones. No, no hay planta que como la mostaza tenga una semilla tan pequeña, despreciable, poco capaz de desarrollarse, de crecer y fructificar. Tampoco ninguna sociedad ha tenido en su origen principios en apariencia más contradictorios, más insensatos, más pobres que la Iglesia, ese reino de Dios entre los hombres: *Simile est regnum celorum grano sinapis.*

¿Y qué ha sucedido? Las sectas filosóficas y los cultos idólatras, semillas considerables desde su principio, esparcidas y depositadas en el terreno más favorable á las empresas humanas, á la sombra de todas las fuerzas del poder soberano, favorecidas por el soplo de todas las pasiones, rociadas por la lluvia de todas las riquezas y de todas las ventajas temporales, embellecidas, cultivadas por el genio de la elegancia, de la gracia de la elocuencia y de la poesía; mientras que parecia que debian convertirse en árboles fructíferos, vigorosos, copudos é inmortales, no han llegado á producir más que miserables arbustos, pobres yerbas, sin substancia, sin jugo, sin sahor, sin vida, que á la primera ráfaga del viento de la ciencia y de la verdad han caído al suelo áridas y secas, convirtiéndose en estiércol y en humo. El tiempo ha ido destruyendo esos productos del orgullo, de la concupiscencia y de la lascivia, que semejantes á meteoros sulfurosos, después de brillar con opaca luz, se disuelven y desaparecen, no dejando, como huellas de su aparición y de su paso más que el horrible olor de los vicios y de sus estragos.

Al contrario, la Iglesia, semilla tan pequeña, plantada por manos tan débiles, tan inexpertas, en una estación tan contraria, en un suelo tan poco favorable, bajo un clima pestilente, entre la furia de los vientos de todas las pasiones y de todos los errores, ha germinado, ha tomado las proporciones de un árbol que en fuerza, en corpulencia, en solidez, ha dejado atrás á las añosas encinas, honor de la selva: *Majus est omnibus olivibus et fit arbor.* Ha extendido sus majestuosas ramas á través de las comarcas más bárbaras y sobre las más lejanas costas, hasta las extremidades del mundo; de manera que todos los pueblos, todas las naciones han venido á buscar en él, y han encontrado, alimento, abrigo, sombra y reposo: *Ita ut volucres caeli veniant et habitent in ramis suis.* Así se ha verificado la profecía hecha hoy por boca del Salvador, á saber, que su religión, religión de penitencia y de perdón, de justicia y de gracia, de severidad y de dulzura, de es-

piritu y de vida, sería predicada y aceptada en el mundo entero.

Ved como en esta bella parábola están bien indicados los caracteres principales de la verdadera Iglesia. Jesucristo dijo que el pequeño grano de mostaza se hace un árbol, *fit arbor*, el árbol por excelencia, el árbol único, el solo árbol que domina por su altura á todos los demás, mientras que á su alrededor se levantan diversas plantas que no forman un árbol único. He ahí, pues, indicada la gran prerrogativa de la unidad que solamente pertenece á la Iglesia católica. Solamente los católicos, dice San Cipriano, son el verdadero árbol producido por una pequeña semilla y que forma un tronco único, un árbol único, si bien despliega por todas partes sus ramas en gran número.

Los pueblos idolátras que no tienen entre sí otro lazo de afinidad que el pecado abominable de adorar á la criatura, con desprecio del Criador, están divididos entre sí en una variedad infinita de cultos vergonzosos y crueles, supersticiosos y absurdos. Los judíos esparcidos en la superficie del globo, mientras dicen que creen en Moisés y en su ley, están divididos en tantas escuelas como sinagogas, porque cada uno entiende esa ley á su manera y la practica como la entiende; no tienen otra cosa de común más que un grosero deísmo, la circuncisión, el espíritu de interés y el odio contra Jesucristo. Los mahometanos, aunque profesando todos el culto de Mahoma y del Corán, están entre sí divididos en tantas sectas cuantos son los jefes políticos á quienes obedecen, y no se parecen sino por el frenesí de los placeres carnales y el odio contra los cristianos.

Imitadores de los mahometanos y de los judíos, los pueblos herejes y los cismáticos, que se envaneecen de creer en Jesucristo, en su Evangelio, no tienen otra unidad, no fraternizan en otra cosa que en su aborrecimiento, en su desprecio común contra la Iglesia católica.

Solo la Iglesia católica presenta el espectáculo único, majestuoso, imponente, de muchos centenares de millones de hombres esparcidos, de una infinitud de pueblos separados los unos de los otros por inmensas extensiones de tierra y de mar, y más distantes por el carácter, las costumbres, la cultura, el color, la raza, el lenguaje; y sin embargo, profesan el mismo símbolo, observan la misma ley, y en tan gran variedad de ritos ofrecen á Dios el mismo sacrificio.

Cerca dos mil años han pasado sobre ella. En tanto tiempo no ha sufrido ninguna alteración en sus dogmas, en su constitución moral, en su culto, en su eficacia y su belleza. Hace casi dos mil años que inculca siempre las mismas virtudes, inspira los mismos sacrificios, provoca la misma obediencia de espíritu y de corazón, obtiene los

mismos homenajes. Hace casi dos mil años que engendra siempre, forma siempre con la misma facilidad apóstoles, mártires, doctores, confesores, vírgenes. Jamás se cierra su martirologio. La fe en Jesucristo se predica con el mismo celo, se confiesa con la misma constancia, se practica con la misma perfección que en los primeros días del Cristianismo. El número de los verdaderos católicos disminuye en un lugar y aumenta en otro. Pero el catolicismo tiene siempre el mismo espíritu, la misma fuerza y la misma fecundidad, porque es siempre el mismo árbol que la produce.

La doctrina católica, bien diferente de esas voces mentirosas tan fáciles para prometer y tan impotentes para cumplir, ha lanzado al mundo ideas inmutables, comunes, fundamentales, aceptadas libremente por hombres de todas condiciones.

¡Cosa maravillosa! A pesar de la movilidad del tiempo, la instabilidad del espíritu humano, las ideas católicas no han cambiado nunca, no cambian jamás. Hay en ellas un germen de perseverancia, de inmortalidad, fuerte, duro como el diamante, y que, no obstante su dureza, no deja de moverse y de florecer en el mundo.

No hay un solo eclipse para esta inmutabilidad. Cuando todo cambia y se transforma, la astronomía, la física, la química, la filosofía, la política, la jurisprudencia, las dinastías, los imperios, las formas de gobierno, la administración, el comercio, las artes, las manufacturas, las lenguas; cuando no queda ya señal de todo lo que fué antiguo, usos, costumbres, leyes, instituciones, solo la Iglesia católica con su doctrina es siempre la misma. Ella sola marcha con el siglo, porque es de todos los siglos, y sin cambiar sabe adaptarse.

No teme la sangre, porque la sangre vertida es como la savia que siempre la ha rejuvenecido. La persecución es su fuerza, la humillación su gloria, la muerte su inmortalidad.

¡Cuántas dinastías ha visto nacer y perecer, cuántos imperios formarse y destruirse, cuántos reinos engrandecerse y arruinarse, cuántas repúblicas crecer y desaparecer, cuántos sistemas filosóficos formar ruido y olvidarse luego, cuántas sectas religiosas extenderse y reducirse á nada! Y en medio de todos esos restos de cetros rotos, de coronas deshojadas, de troncos hundidos, de cátedras hechas pedazos, y que el tiempo ha amontonado á su alrededor, ella sola se mantiene levantada, como la columna de Focas en medio de las ruinas del foro romano.

¡Apenas este árbol surgía en Roma, cuando una furiosa tempestad se levantaba contra el para extirparlo de un suelo donde dominaban las potencias infernales personificadas en tantas divinidades infames,

de un suelo donde se agitaban los vientos de todas las doctrinas contradictorias de una filosofía licenciosa, de un suelo trastornado por la violencia de todos los vicios llevados por las corrientes de todos los errores! Apenas, coronado con la cruz, ha sido implantado en este suelo, cuando durante tres siglos el hierro y el fuego, la calumnia y el fraude, la seducción y la crueldad se han desencadenado sin pador contra la Iglesia. Todas las escuelas la combaten con los sofismas de sus doctrinas; todos los emperadores la oprimen con la violencia de su poder; todas las naciones idolatras del imperio romano la persiguen con el furor de sus supersticiones; el mundo entero se levanta para formar contra ella una sola y común tempestad; y este árbol de la Iglesia, solo, sin apoyo, sin ayuda, combatido por los vientos furiosos que soplan de todas partes, parece que no puede escapar a una destrucción inevitable. Sus pontifices son aprisionados, sus sacerdotes dispersos, sus hijos degollados por millones entre atroces suplicios, a los pies de los ídolos infames; y el árbol parece haber desaparecido entre un torrente de sangre. No hay, pues, ya Iglesia, no hay más cristianos; no hay más Cristianismo. El infierno lo tiene todo albanado; la filosofía sonríe malignamente; el paganismo triunfa y osa erigir un monumento a un monstruo coronado, manchado con tanta sangre cristiana, poniéndole esta inscripción fastuosa: «Al divino Diocleciano, por haber abolido la superstición cristiana en el mundo entero.» Empero, ilusiones insensatas! ¡Sueños diabólicos! ¡Oh, cuán brevemente se desvaneció todo eso! ¡Que prodigio! El árbol de la cruz ha roto el haz y la clava imperial. La pacífica tiara ha roto el cetro, espanto del universo. Nerón ha inmolado a Pedro y sus sucesores; y he aquí a Pedro y sus sucesores que levantan su voz en el templo, edificado sobre las ruinas del palacio de Nerón. Los Césares perseguidores han desaparecido del mundo, y Pedro, sobreviviendo siempre en una sucesión inextinguible, reina allí, cerca del lugar donde Nerón lo hizo crucificar.

La tempestad no ha hecho daño más que a los que la suscitaron. El imperio romano, tan vasto, tan poderoso, ha querido derribar la planta de mostaza; y esta planta, tan endebles, tan exigua, ha permanecido levantada y ha hecho caer, desaparecer para siempre del suelo el gran árbol, la ceniza secular del imperio romano.

En vano a los Césares que inmolaban los cuerpos han sucedido los herejes que roban las almas; que no pudiendo destruir el árbol de la Iglesia, han intentado designarlo, atacando uno a uno todos sus dogmas, y han negado a Jesucristo y su naturaleza, sus sacramentos y su eficacia, la ley y sus obligaciones, la Iglesia con sus derechos y sus prerrogativas.

Durante tres siglos los emperadores más poderosos; durante otros tres siglos los herejes más doctos y más apasionados; durante otros tres siglos los pueblos más feroces; durante otros tres siglos el mahometismo triunfante en casi todo el universo, y en los tres últimos siglos estas cuatro fuerzas diversas reunidas bajo el nombre del protestantismo, de filosofía, de revolución, es decir, el poder de los gobiernos, las blasfemias de la impiedad, la astucia de la herejía, la crueldad de los nuevos vándalos, el abyecto sensualismo de nuevos musulmanes, han atacado a la Iglesia con una voluntad diabólicamente determinada y obstinada para destruirla. ¿Y cuál ha sido el efecto? Tantas persecuciones, tantas acometidas tan prolongadas, tan poderosas, tan tenaces, no han hecho más que despojarla de algunas ramas, y asegurarle nuevas conquistas, nuevas fuerzas, nuevas glorias.

Lo mismo que su divino Agricultor, este árbol ha pasado por toda clase de pruebas y de tentaciones. Lucifer no sabe ya qué inventar para derribarlo; en los arsenales del infierno no hay ya máquinas que no se hayan empleado para perderlo. Todos los sistemas de destrucción se le han aplicado; se han hecho todos los esfuerzos y todas las tentativas. La ciencia y la fuerza, la crueldad y la seducción, los escándalos y las herejías, las sectas ocultas y los cismas manifiestos, los pueblos y los reyes han intentado muchas veces destruirlo. Pero en medio de tantos choques, de tantos asaltos, este árbol crece continuamente en Europa; la fe es más viva, la ciencia religiosa más católica, las obras cristianas más multiplicadas, la caridad más generosa, el celo más emprendedor, el valor para declararse católico más común, el sofisma más desacreditado, el protestantismo cae arruinado, la reforma en vías de decadencia.

Mientras que todos los tronos tiemblan, todas las sociedades amenazan ruina, todas las instituciones humanas declinan, sólo la Iglesia está firme y constante. Este grano de mostaza, imperceptible y desdenado, esta planta que parecía tan débil, mirada con lástima por el orgullo de los políticos, de la que parecían reírse y burlarse los poderosos árboles del protestantismo y del racionalismo, es hoy un árbol de profundas raíces, sólido tronco, extendidas ramas, copudo, que promete, con la majestad de su fuerza expansiva, cubrir un día el universo entero, ahogar y secar bajo su sombra los árboles en otro tiempo tan robustos, reducidos hoy a no ser á su alrededor más que zarzas miserables, ellos que antes insultaban su debilidad.

La Iglesia es siempre lo que ha sido. De sus pruebas ha salido siempre en toda su integridad. Cuántas más riquezas ha perdido en

estos últimos tiempos, ha ganado más en acrecentamiento de poder.

Los obispos están hoy más que nunca unidos á su augusto jefe. De todas partes del mundo los pueblos tienden hacia Roma sus manos suplicantes, porque no pueden pasar sin su protección. Las naciones mismas que se le han separado y parecen huirla, se aproximan más y más á ella por ocultas vías, la buscan, y suspiran el instante en que puedan reposar en sus ramas.

Fijos en esta expresión de la parábola de Jesucristo. Sobre sus ramas: *In ramis ejus*. Lo que significa que este árbol único de la Iglesia se extiende universalmente, se dilata en todos sentidos por el milagro de su fecundidad, por su fuerza divina de expansión, que no puede ser por nada detenida ni disminuida.

Todos los imperios terrestres son semejantes á los metales: cuanto más ganan en extensión, más pierden en solidez; cuanto más se dilatan, más se adelgazan y se hacen endeables. Todos los lazos se resienten y acaban por romperse por el solo efecto de la distancia. A medida que el rayo de luz se prolonga y se aleja del centro, se debilita; á medida que un país está más lejos del centro del poder, se aminora la dependencia. Si existe alguna unión momentánea entre la madre patria y la colonia, el tiempo hace sonar bien pronto la hora de la separación total. La historia está llena de estos ejemplos; la distancia da lecciones al orgullo, y lo confunde. ¿Qué imperio ha podido nunca dilatarse en una gran parte del mundo y prolongar su duración? La extensión destruye la fuerza y devora la unidad.

Sólo la Iglesia católica está fuera de esta ley á la cual obedecen todas las cosas humanas. ¿A dónde no se extiende, dónde no existe hoy más que nunca la Iglesia? Comarcas pestilentes, islas perdidas en los mares glaciales del polo, elevadas montañas cubiertas de eternas nieves, arenales abrasadores, selvas profundas en los más lejanos continentes, en todas partes, en fin, se ve una cruz, en todas se ha formado una cristiandad; por donde quiera se extienden las ramas del árbol católico, se hace profesión de depender de Roma, y hay unidad sumisa, como si se estuviese á las puertas de Roma.

Sin ejércitos que combatan para extender sus conquistas y defenderla, sin escuadras, sin marina, sin gobernadores militares, sin fortalezas que hagan respetar su bandera, la cruz se encuentra en todas partes con toda la unidad de su doctrina, de su ley, de su jerarquía, de su jurisdicción, de su magistratura, de su gobierno.

Ningún poder humano puede establecer en ningún lugar su autoridad, su magistratura, su jerarquía social sin someter el país. Sólo la Iglesia católica, sin sujetar políticamente los reinos, dejándolos

sometidos á sus autoridades sociales, sin alterar en nada las formas de su gobierno civil y político, lleva allí, no solamente su doctrina, sino su soberanía espiritual. Porque así como el árbol no destruye, sino que cubre con sus ramas las humildes chozas que están bajo de él, lo mismo la Iglesia católica no destruye, sino que protege y defiende las sociedades humanas. Tiene en sí alguna cosa de homogéneo con todas las condiciones de la humanidad; es un elemento natural, necesario, que se asimila y se identifica con todas las sociedades, cualquiera que sea su grado de civilización ó de barbarie. Ni la desconfianza de su Gobierno, ni el celoso cuidado de su propia independencia, cuando no están ciegas por la prevención, al verse frente á la Iglesia les inspira ningún temor, ningún sentimiento de rivalidad.

La Iglesia se extiende, sin dividirse, por todas partes. La distancia, el espacio, el clima no obstan, ni á la majestad que manda, ni á la humildad que obedece. A medida que el poder pontifical se encuentra más aislado, más desarmado, se hace por decirlo así más potente. La Iglesia es el solo poder que, sin el apoyo de la fuerza, recibe una adhesión libre, y gobierna en el orden espiritual tantas naciones diversas, mientras que á tantos Gobiernos, con todas las fuerzas de que disponen, les cuesta trabajo gobernar un solo pueblo que amenace escaparse de sus manos.

El Pontífice romano, seguro de su autoridad, asegurado de su sucesión, lleno de fe en la fuerza y el poder que recibe de arriba, instituye obispos, envía misioneros por toda la tierra. Desde su trono pacífico, el pastor y padre de doscientos millones de criaturas dispersas sobre toda la faz del globo, eleva su voz para condenar los errores y enseñar la verdad, y es creído; da órdenes, y es obedecido, envía sus vicarios y son bien acogidos, promulga leyes y son obedecidas, dispone las ceremonias y son practicadas, acuerda dispensas y son aceptadas, concede indulgencias y son recibidas. Hace despertar al Oriente; pacifica el Occidente; civiliza la Oceania; reconquista el Africa; penetra en la China. Sus palabras tienen eco en el universo entero; dan que pensar á los protestantes; aun á los tronos inspiran ciudades que en vano intentan ocultar con la máscara de una seguridad mentida ó de un desdén afectado. Sólo su jurisdicción es reconocida, sólo su voz es obedecida, sólo su acción es respetada, sólo su poder se extiende y domina verdaderamente en el mundo entero.

Pero ¿por qué, hermanos míos, el Señor, entre todas las plantas cuya semilla es pequeña y el desarrollo considerable, ha elegido la mostaza por término de comparación entre su religión y su Iglesia?

Porque, dice San Ambrosio, la doctrina de Jesucristo es al alma lo que el grano de mostaza al cuerpo. El grano de mostaza contiene un jugo muy acre y picante, que hace plegar la frente, arranca lágrimas a los ojos, y ofrece al paladar un sabor amargo y abrasador. Pero una vez tragado, fortifica y da viveza; cura muchas enfermedades, y evita otras.

En ese vegetal se encuentra claramente indicado el carácter de la religión cristiana, de la cual San Pablo ha dicho que por las obligaciones que impone, por los sacrificios que pide, por la vigilancia que exige, por las privaciones que de nosotros quiere, por la abnegación que reclama, presenta las apariencias de una religión, de una doctrina de amargura, de tristeza, de lágrimas y de dolor; pero que practicada fielmente, produce en el alma la santidad que la colma de paz y de alegría, y le da la salud y la vida.

Valor, pues, mis queridos hermanos; tomemos alas para elevarnos como aves celestes más allá del fango de las cosas de la tierra. Preparemos en nuestros corazones esas ascensiones misteriosas que conducen a Dios. Reposemos sobre el arbol de la Iglesia, aliéntenmonos de la mostaza misteriosa que nos ofrece, de la amargura, de la tristeza aparente, inseparable de la práctica de las leyes de Dios, de la virtud, de la justicia, de la edificación, de la penitencia. Y encontremos bajo este árbol divino la seguridad contra las tempestades del error, la defensa contra los huracanes de las tentaciones, la sombra tutelar contra los rayos del sol de la Justicia divina, la fresca brisa de la divina misericordia. Allí encontraremos la tranquilidad del espíritu; la paz del corazón; paz en la vida, paz en la muerte, paz en el tiempo, paz en la eternidad. *Amen.*

LA TRANSFIGURACIÓN DE JESUCRISTO

Sunt quidam de hic stantibus, qui non gustabant mortem, donec viderent Filium hominis venientem in regno suo.

Hay algunos, de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean venir al Hijo del hombre en su reino.

(MATH. 16, 28.)

Ya se aproximaban los días de escándalo y de delito, que el sol había de rehusar alumbrar con sus rayos, y que habían de ahuir casi del todo la fe, todavía débil, de los discípulos, a la vista de la pasión cruel y de la muerte ignominiosa de su divino Maestro. Y ¿qué hizo entonces el amoroso Señor? Para corroborar y acrecentar esta fe: *Ad augendam Apostolorum fidem*, como dice San Jerónimo, y para prevenir y arrancar de sus corazones el próximo escándalo de la cruz, como dice San León, obró en presencia de algunos de ellos el grande é inefable prodigio de su transfiguración, les reveló la gloria de su majestad divina, ocultó bajo el velo de la humana naturaleza, y de este modo les fortaleció contra las tentaciones que habían de sufrir a vista de los oprobios de su voluntaria pasión. De este modo cumplió el Salvador la promesa que había hecho seis días antes a los discípulos, cuando, después de haberles anunciado su pasión y su muerte, les añadió: «Hay entre vosotros algunos que antes de morir han de ver al Hijo del Hombre aparecer en la gloria de su reino: *Sunt quidam de hic stantibus, qui non gustabant mortem, donec viderent Filium Dei venientem in regno suo.* En efecto, estos de quienes hablaba fueron Pedro, Santiago y Juan, los únicos que tuvieron la dicha de contemplar la transfiguración del Señor, y que en ella vieron al Hijo del Hombre en su reino; porque, como dice San Jerónimo, Jesucristo en este misterio se les manifestó en la misma magnificencia con que su santa humanidad glorificada se mostrará en su reino celestial. Y añade igualmente un escritor: «Jesucristo llamó a su transfiguración el misterio de su reino, porque entonces manifestó

Porque, dice San Ambrosio, la doctrina de Jesucristo es al alma lo que el grano de mostaza al cuerpo. El grano de mostaza contiene un jugo muy acre y picante, que hace plegar la frente, arranca lágrimas a los ojos, y ofrece al paladar un sabor amargo y abrasador. Pero una vez tragado, fortifica y da viveza; cura muchas enfermedades, y evita otras.

En ese vegetal se encuentra claramente indicado el carácter de la religión cristiana, de la cual San Pablo ha dicho que por las obligaciones que impone, por los sacrificios que pide, por la vigilancia que exige, por las privaciones que de nosotros quiere, por la abnegación que reclama, presenta las apariencias de una religión, de una doctrina de amargura, de tristeza, de lágrimas y de dolor; pero que practicada fielmente, produce en el alma la santidad que la colma de paz y de alegría, y le da la salud y la vida.

Valor, pues, mis queridos hermanos; tomemos alas para elevarnos como aves celestes más allá del fango de las cosas de la tierra. Preparemos en nuestros corazones esas ascensiones misteriosas que conducen a Dios. Reposemos sobre el arbol de la Iglesia, aliéntenos de la mostaza misteriosa que nos ofrece, de la amargura, de la tristeza aparente, inseparable de la práctica de las leyes de Dios, de la virtud, de la justicia, de la edificación, de la penitencia. Y encontremos bajo este árbol divino la seguridad contra las tempestades del error, la defensa contra los huracanes de las tentaciones, la sombra tutelar contra los rayos del sol de la Justicia divina, la fresca brisa de la divina misericordia. Allí encontraremos la tranquilidad del espíritu; la paz del corazón; paz en la vida, paz en la muerte, paz en el tiempo, paz en la eternidad. *Amen.*

LA TRANSFIGURACIÓN DE JESUCRISTO

Sunt quidam de hic stantibus, qui non gustabant mortem, donec viderent Filium hominis venientem in regno suo.

Hay algunos, de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean venir al Hijo del hombre en su reino.

(MATH. 16, 28.)

Ya se aproximaban los días de escándalo y de delito, que el sol había de rehusar alumbrar con sus rayos, y que habían de ahuir casi del todo la fe, todavía débil, de los discípulos, a la vista de la pasión cruel y de la muerte ignominiosa de su divino Maestro. Y ¿qué hizo entonces el amoroso Señor? Para corroborar y acrecentar esta fe: *Ad augendam Apostolorum fidem*, como dice San Jerónimo, y para prevenir y arrancar de sus corazones el próximo escándalo de la cruz, como dice San León, obró en presencia de algunos de ellos el grande é inefable prodigio de su transfiguración, les reveló la gloria de su majestad divina, ocultó bajo el velo de la humana naturaleza, y de este modo les fortaleció contra las tentaciones que habían de sufrir a vista de los oprobios de su voluntaria pasión. De este modo cumplió el Salvador la promesa que había hecho seis días antes a los discípulos, cuando, después de haberles anunciado su pasión y su muerte, les añadió: «Hay entre vosotros algunos que antes de morir han de ver al Hijo del Hombre aparecer en la gloria de su reino: *Sunt quidam de hic stantibus, qui non gustabant mortem, donec viderent Filium Dei venientem in regno suo.* En efecto, estos de quienes hablaba fueron Pedro, Santiago y Juan, los únicos que tuvieron la dicha de contemplar la transfiguración del Señor, y que en ella vieron al Hijo del Hombre en su reino; porque, como dice San Jerónimo, Jesucristo en este misterio se les manifestó en la misma magnificencia con que su santa humanidad glorificada se mostrará en su reino celestial. Y añade igualmente un escritor: «Jesucristo llamó a su transfiguración el misterio de su reino, porque entonces manifestó

el su poder de una manera inefable, porque entonces fué proclamado por el eterno Padre su verdadero Hijo, y porque su rostro divino se vió entonces resplandecer con toda la luz, la dignidad y la gloria de que se verá adornado en su segunda venida.»

Así, pues, quitándonos, como se le mandó á Moisés, nuestros zapatos de los intereses terrenos, de los pensamientos carnales y de los afectos profanos, subamos hoy en alas de la fe, en compañía de los apóstoles, sobre las rocas del afortunado Tabor, para contemplar allí la grande visión, el magnífico sacramento de este reino misterioso de Jesucristo, que la Iglesia presenta á nuestra consideración en el evangelio: *Vadam et videbo visionem hanc magnam*, y procuremos meditarlo y sacar de él los frutos para que lo ordenó Jesucristo; es decir, mayor fervor en creer, mayor firmeza en esperar y mayor generosidad en amar. *Ave Maria.*

Acostumbran los evangelistas, hermanos míos, cuando tratan de los grandes misterios del Salvador, fijar el lugar y el tiempo en que sucedieron, y estas circunstancias del tiempo y del lugar contienen también sus misterios. Queréis saber por qué los historiadores sagrados notan que la transfiguración sucedió seis días después que el mismo Señor había hecho la promesa y la profecía de este misterio? Porque, como este misterio fué el tipo y la figura de la resurrección gloriosa de los escogidos, por esta razón, dice un sabio autor, se nos quiso recordar que este grande acontecimiento tendrá lugar después de la *sexta* edad del mundo.

Por la misma razón, añade Beda, eligió el Salvador un monte altísimo para teatro de tan grande misterio; es decir, para enseñarnos á los que aspiramos á la verdadera felicidad, cuya figura fué representada en el Tabor, que debemos buscarla en lo alto, en la bienaventuranza del cielo, y no en lo bajo, entre las felicidades innobles de la tierra. Y Orígenes, uniendo estas dos circunstancias, dice: «Aprendamos de aquí que si queremos que el Señor extienda sobre nosotros una mano amorosa y nos eleve durante esta vida á la altura de la inteligencia, nos conceda el gusto y la devoción de sus santos misterios, y nos haga gozar de los secretos consuelos del Dios de majestad, transfigurado en el Dios de dulzura y de amor; es necesario que nos elevemos sobre las obras criadas en los seis días; es decir, que nos olvidemos de las criaturas, renunciemos al amor de las cosas corporales, que separa el espíritu de las cosas celestiales y divinas, y lo arrastra por el fango de la materia y de los sentidos. El nombre mismo del monte elegido por Jesucristo sirve, dice el intérprete, para

indicarnos el gran misterio que allí se obra. *Tabor* significa *tálamo de la luz*. Pues bien, en este día ha manifestado el Señor su resplandor sobre aquel monte, y se ha sentado en el tálamo de su gloria.

Según la predicción del mismo Señor, á esta gloriosa manifestación del reino de Dios en Jesucristo no todos los apóstoles se hallaron presentes, sino algunos de ellos; porque el Evangelista dice: «El Señor separó de los demás y condujo á un lugar apartado del alto monte á Pedro, Santiago y Juan:» *Assumpsit Jesus Petrum, Jacobum et Joannem; et duxit illos in montem excelsum secretum.*

Esta elección, pues, de Jesucristo recayó sobre estos tres dichosos apóstoles, porque, como se trataba en este gran sacramento, de contemplar un rayo de la divinidad del Redentor, fueron elegidos los tres apóstoles que entendían y amaban este misterio más que todos los demás. En efecto, Pedro había sido el primero en confesar esta divinidad del Salvador con las palabras, Juan la ha revelado por escrito mejor que los otros evangelistas, y Santiago fué el primero que dió testimonio de ella á los judíos con su sangre. En la inefable visión del Tabor, quiso el Señor á un tiempo mismo, dice San Pedro Damiano, recompensar las disposiciones generosas del corazón de estos apóstoles, y disponerlos á la gran visión para que los había elegido. A Pedro quiso hacer oír, confirmado por su eterno Padre, con palabras inteligibles, el bello testimonio que el mismo Pedro había dado á Jesucristo, llamándole *Hijo de Dios*; á Santiago quiso hacer ver glorioso aquel Señor por quien debía dar la vida antes que los demás apóstoles; y á Juan quiso infundir las mas elevadas y puras ideas de la teología divina con el espectáculo de esta gloria del Hijo de Dios, superior á las vicisitudes del tiempo, á fin de que hiciese resonar después por todo el mundo aquellas grandes palabras: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios.»

En el sentido moral ve figuradas San Anselmo en estos tres apóstoles, admitidos á la visión de la gloria de Jesucristo, las tres clases de justos que serán admitidos á la visión de la gloria de Jesucristo en el cielo; es decir, en Pedro los confesores, en Juan las vírgenes, y en Santiago los mártires. Y siguiendo la misma idea, nada impide reconocer en esta elección la doctrina importante de que no se va al cielo sin las virtudes que se encontraron figuradas en estos tres apóstoles; es decir, sin la fe de Pedro, sin la esperanza de Santiago, sin la caridad de Juan; ó en otros términos: que para salvarse se necesita ser firme en creer como Pedro, constante en padecer como Santiago, y como Juan puro y recto en vivir.

Habiendo llegado la sagrada comitiva á la cumbre del monte, se

puso Jesucristo en oración según su costumbre, y también se pusieron á orar con él los apóstoles, pero con los ojos fijos en él, cuando de improviso le vieron mudar de aspecto y transfigurarse de tal manera, que su rostro divino apareció resplandeciente como el sol, y sus vestidos se vieron brillar con una luz prodigiosa, manifestando una blancura tal, que excedía á toda idea, parecida en cierto modo á la nieve. Sencilla y natural es esta descripción, pero ¡qué tan precisa y cuán exarta es en su misma sencillez, y cuán sublime en su misma naturalidad!

Se dice en el Evangelio que esta transformación admirable sucedió en presencia de los discípulos; *Ante eos*, es decir, que ellos mismos vieron con sus ojos á aquel mismo Jesucristo que poco antes estaba ante ellos en actitud humilde. Tomar de repente un aspecto de majestad y de gloria. Observa también el historiador sagrado que fué el rostro mismo del Señor el que se vio resplandecer de pronto como el sol, y que fueron sus mismas vestiduras las que se vieron aparecer más blancas que la nieve. Ninguno crea, pues, dice San Jerónimo, que en esta transfiguración perdiese el Señor la realidad del cuerpo humano; sus formas naturales ni sus delicadas facciones, de modo que no pudiese ser reconocido. Esta transfiguración consistió, pues, en que, reteniendo el Señor su mismo cuerpo mortal y su misma figura, hizo aparecer exteriormente un resplandor divino que descubrió algo de su divinidad; oculta bajo el velo de la carne; hizo que su divino rostro despidiese un inmenso esplendor, y le hizo aparecer muy semejante al de Dios.

Esta transfiguración fué total y perfecta; y lo que dicen los evangelistas del santo rostro, quieren decirlo igualmente de todo el cuerpo purísimo del Salvador. Si, dice San Efrén, de todo aquel santísimo cuerpo salía la gloria, de toda aquella inmaculada carne salían rayos luminosos, de tal modo, que, como el sol en su meridiano, así el cuerpo santísimo del Señor apareció circundado y envuelto en la gloria de la divinidad, á la que estaba unido. Y San Agustín, ó el autor de *Las maravillas de la Sagrada Escritura*, añade: «Así como la divinidad que habitaba en Jesucristo penetró exteriormente al través de la carne, así la gloria divina de que esta carne fué revestida penetró y se comunicó exteriormente al través de las vestiduras. Pero con la diferencia de que en el santo rostro, como en el sol sin nubes, se vio esta luz brillante y resplandeciente: *Resplenduit facies ejus sicut sol*; mas en el resto del cuerpo, como debía trasparar las vestiduras, se reflejaba blanca como la nieve, como sucede con la luz del sol cuando se ve al través de las nubes: *Candida nimis, velut nix*; con

la diferencia de que esta blancura era brillante y resplandeciente: *Vestitus ejus albus et respluens.* (Luc., 29.)

Mas no pasemos adelante sin contemplar por un momento la particularidad, notada en el Evangelio, de que este grande y gozoso misterio de la transfiguración del Señor sucedió mientras él oraba fervorosamente: *Don oraret*. David ha dicho: «Acercaos á Dios, y seréis iluminados por su luz, pero de modo que vuestra vista no será molestanda ni deslumbrada: *Accedite ad eum, et illuminamini, et facies vestra non confundentur.* (Ps. xxxiii.) Este oráculo del Profeta se había cumplido ya á la letra en el Antiguo Testamento en la persona de Moisés, que apareció con la frente rodeada de un resplandor divino; y en el Nuevo Testamento se repite diariamente en muchos santos, y es tan común que ellos se vean con la cabeza rodeada de luz, que ha prevalecido la costumbre de pintarlos con rayos alrededor de la cabeza, y la aureola se ha hecho la insignia de la santidad. Y ¿cómo sucede esto? Al decirnos el Evangelista que el cuerpo real de Jesucristo se transfiguró durante la oración, y apareció con el rostro resplandeciente como el sol, nos descubrió el modo con que este mismo fenómeno divino se reproduce en los santos, como en su cuerpo místico; es decir, por medio de la oración. Y, en efecto, Moisés y los santos se han visto durante la oración con el rostro circundado de luz. La oración, pues, es una verdadera transfiguración del alma en Dios. Y cuanto más intensa es la oración, tanto más íntima es la unión del alma con Dios y más perfecta la transfiguración; porque no pudiendo el alma contener la plenitud de la luz divina que refleja en ella por su unión con Dios, la hace aparecer exteriormente de un modo sensible. Jesucristo, pues, que orando se transfiguró y apareció con el rostro radiante de su luz divina, quiso enseñarnos por el mismo hecho que repetiría aquel prodigio en sus santos que se entregasen á la oración, y que el milagro de la luz que muchas veces rodea sus rostros es una consecuencia natural del milagro de su oración; que, si no todos los cristianos pueden aspirar á una altura tan grande en la oración, que circunde de luz su cuerpo, todos ellos pueden llegar á la práctica de la oración que ilumina el alma ante Dios, se eleva hasta él, se hace en cierto modo igual á él, participa de su verdad y de su gracia, de su conocimiento y de su amor; se purifica, se convierte en otra, se transfigura en Jesucristo, en el mismo Dios: *Oratio est animæ transfiguratio.* ¡Dichosos nosotros si hacemos de la oración nuestra delicia y nuestro recreo! El hombre de oración es el hombre de virtud, el hombre superior á las miserias de la humani-

dad, el hombre Cristo, como dice el Evangelio; porque se transforma en Jesucristo, y Jesucristo se transforma en él: *La me manet, et ego in eo*; de tal modo, que puede decir con el Apóstol: «Yo vivo sin vivir yo mismo, porque es Jesucristo el que vive en mí con su doctrina, con su gracia y con su amor.» *Vivo ego jam non ego: vivit vero in me Christus!*

Pero la semejanza del sol, empleada por el Evangelista para darnos una idea de la luz del rostro de Jesucristo, nos recuerda, dice San Agustín, otro misterio. El Señor hizo entonces resplandecer su rostro como el sol, para indicarnos que él es á los ojos del entendimiento y del corazón lo que el sol material á los ojos del cuerpo, y que él es la luz del universo, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. ¡Oh bello y agradable misterio! Jesucristo en la cima de un monte, elevado en los aires, revestido de gloria, despidiendo de su rostro amoroso una luz celestial y divina. Ved aquí pues el sol increado de quien ha hablado David, á cuya aparición habían de huir temerosos de la superficie del mundo los monstruos de los vicios y de los errores; á la manera que al nacer el sol creado huyen á esconderse las fieras, que con el favor de la noche recorren libremente la selva. Ved aquí el misterioso Oriente de Zacarías, que se dirige desde lo más alto de los cielos á visitar la tierra, y á hacerle experimentar todas las ternuras de su misericordia y de su bondad: *Per viscera misericordie Dei nostri, in quibus visitavit nos Oriens ex alto.* (Luc. i.) Ved aquí, en fin, el rostro divino de Jesucristo, que contempló después San Pablo en espíritu, y en el que mirándose el eterno Padre como en un espejo, hace reflejar la imagen de su ciencia y de su claridad en la mente de los hombres: *Ipsé illucit in cordibus vestris, ad illuminationem scientie claritate Dei, in facie Christi Jesu.* (II Cor. iv.)

Y ¿qué diremos de las vestiduras del Señor, y de su espléndida blancura? Las vestiduras de Jesucristo no significan otra cosa, dice el venerable Beda, sino la Iglesia de los santos, supuesto que el eterno Padre dijo, por boca de Isaías, á su divino Hijo: «Todos los pueblos vendrán á tus pies, se agarrarán al rededor de tí, y tú te vestirás de ellos como con una vestidura de honor y de gloria.» Y San Agustín, interpretando esta profecía en el mismo sentido, había dicho: «Observad que los vestidos no se sostienen por sí solos, sino que se caen si no los sostiene la persona que los lleva. De la misma manera, la Iglesia no se gobierna ni se sostiene sino en Jesucristo y por Jesucristo, que es la persona que vive en ella y el alma que la informa. ¡Felices los que adoran con virtudes esta vestidura incon-

sutil de Jesucristo, la Iglesia! ¡Infelices los que la manchan con sus vicios! y ¡más infelices aún los que la desgarran con sus errores! Así como el rostro castísimo de Jesucristo, continúa el mismo padre, que desde la cumbre del Tabor resplandece como el sol, significa la luz del Evangelio, que desde la Judea se debía difundir por todo el mundo; así también las vestiduras del Señor, blancas como la nieve, significan la Iglesia, que Jesucristo había de lavar y purificar con su sangre. Esta es pues aquella nieve misteriosa, de la que Dios había dicho por el Profeta: «Si vuestros pecados os hubiesen puesto negros como los etiopes, yo los borraré, y haré que os pongáis blancos como la nieve: *Si fuerint peccata vestra ut cinis, quasi nivem dealbavimus.* (Isa., i.)

Pero ¿quienes son esos dos personajes que, elevados en los aires y rodeados también de majestad y de gloria, se aparecen de repente, hablando con Jesucristo? Son Moisés y Elias: *Et ecce apparuerunt illis Moyses et Elias cum eo loquentes.* (Matth., 3.) Y ¿cómo podemos reconocerlos? Por la misma señal, dice Orígenes, con que los han reconocido los apóstoles. El uno lleva en la mano las dos tablas de la ley, y el otro está sentado en su carro de fuego. Pero ¿qué hacen ahí? ¿Por qué los ha llamado Jesucristo? Por varias razones. Miradlos bien, dice San Juan Crisóstomo. Por grande que sea la majestad con que se muestran, la luz que los rodea y la gloria que los circunda, se hallan junto á Jesucristo en actitud de siervos que lo acompañan y como adoradores que le rinden homenaje. Jesucristo, pues, ha querido con esto hacer ver á los discípulos cuánto se engañaban las turbas en creerlo Elias ó cualquier otro de los antiguos profetas; que los más grandes personajes del Antiguo Testamento son sus servidores y sus ministros, á quienes separa de él una distancia infinita; que solo Pedro, al haberlo reconocido y confesado seis días antes por verdadero Hijo de Dios, había dicho la verdad, y que por esta confesión había sido premiado y alabado con razón.

En segundo lugar, recordad, os diré, que Moisés había sido legislador y había muerto, y Elias había sido profeta, y vivía y vive todavía. Por consiguiente, el haber llamado el Señor al gran Legislador y al gran Profeta, demostró que él es el Dios y Señor de la ley y de la profecía, de los vivos y de los muertos; y además á fin de que, cuando le viesen los apóstoles morir en medio de dos ladrones, supiesen que no moría contra su voluntad aquel á quien habían visto reinar glorioso en medio de dos grandes profetas, como el dueño de la vida y de la muerte.

¡Oh magnificencia, oh grandeza de nuestro Señor! Cuán bello es,

dice San Hilario, ver á Jesucristo reinar como soberano y como Dios en medio de la ley y de los profetas! Un cortejo como éste es digno de Jesucristo, y explica la divinidad de su misión y la gloria de su reino.

Pero el Evangelista añade que estos dos grandes personajes hablaban con Jesucristo: *Cum eo loquentes*. Y ¿de qué hablaban? San Lucas nos lo dice: Hablaban del exceso de su misericordia y de su bondad, que debía cumplir dentro de poco en Jerusalén, muriendo en una cruz por nosotros: *Dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem.* (Luc., 31.)

Pero no son ellos solos los que hablan de la cruz; el mismo Jesucristo habla también con ellos, y todos tres se ocupan á su vez en este grande misterio. ¡Oh cómo explica toda la economía de la Escritura este coloquio de los profetas con Jesucristo, y de Jesucristo con los profetas!

¡Oh cuán grande es este día, cuán grandes son los misterios que en él se cumplen, cuán grandes y fundamentales son las verdades que en él se revelan! La ley, los profetas y el Evangelio, aunque en diverso lenguaje, hablan de una misma cosa, y se corresponden con una maravillosa armonía. Y San León había dicho: Los dos testamentos se prestan hoy un apoyo mutuo, y se comunican recíprocamente la gran palabra de verdad que sirve á los dos de testimonio y de prueba. Porque la misma religión que había sido anunciada bajo el velo de las profecías y de las figuras, aparece cumplida espléndidamente en el glorioso misterio de este día. Por otra parte, la ley está personificada en Moisés, la profecía en Elias y el Evangelio en Jesucristo. Moisés presenta las figuras, Elias las profecías y Jesucristo el cumplimiento de ellas. Moisés y Elias representan el Antiguo Testamento y Jesucristo el Nuevo. En estos tres personajes se reúnen todas las alianzas, todos los misterios y todas las edades. Más bien que con el oído, tocamos hoy con los ojos del entendimiento y de la fe que Jesucristo es el fin de la ley y el objeto de los profetas. Conocemos que el tiempo antiguo fue una preparación continua para el nuevo, y que el tiempo nuevo explica, realiza y da testimonio del antiguo. ¡Venimos, en fin, toda la economía, la unidad, la perpetuidad, la grandeza y la gloria de la religión!

¡Qué extraño es, pues, prosigue San León, que Pedro, fuera de sí por la grandeza de los misterios que contempla, por el bello espectáculo que se le presenta, por el inmenso gozo que le inunda, por el placer que siente al contemplar las glorias de Jesucristo, se olvide de los bienes del mundo y desprecie los placeres de la tierra, y arreba-

tado por el deseo de las cosas celestiales, no desee más que permanecer allí en compañía de Jesucristo. Así fue que, lleno de gozo, dijo á Jesucristo: «Señor, ¡qué bien estamos aquí con vos!» *Domine, bonum est nos hic esse!* (Math., 4.) «Si vos lo permitis, edificaremos aquí tres tabernáculos: uno para vos, y los otros dos para Moisés y Elias: *Si vis faciamus hic tria tabernacula tibi unum, Moysi unum et Elia unum.* ¡Oh Pedro! le interrumpe el mismo San León, ¿qué es lo que dices? ¿Cómo no has aprendido en la escuela de tu divino Maestro, que sólo después de padecer es cuando puede obtenerse la felicidad de reinar? Pero se había olvidado del discurso que seis días antes pronunciara el Señor, y en el que, no en la tierra, sino en el cielo, había prometido á sus santos la gloria y el reino. Por esto, con mucha razón observa el Evangelista, que Pedro, al hablar así, articulaba unas palabras que no comprendía: *Non enim sciebat quid diceret.* (Marc., 5.) Esta observación del Evangelista es tanto más cierta, cuanto que Pedro, al hablar así, pedía una cosa que era contra su bien. «No, Pedro, le dice San Pedro Damiano; no es un bien para ti lo que deseas, no es un bien para ti el permanecer con Jesucristo en el Tabor. Tú no tendrías en ese caso las llaves del cielo, que te han sido prometidas por Jesucristo.» ¡Oh, cuántos cristianos piden que su felicidad terrena no sea alterada ni interrumpida, y no saben que, renunciando á la tribulación, vienen á privarse del reino celestial. De éstos puede decirse, como de Pedro, que pidiendo con demasiada ligereza su prosperidad temporal, no saben lo que dicen: *Non enim sciunt quid dicunt!*

Aún no había acabado Pedro de pronunciar aquellas palabras, cuando una nube muy resplandeciente cubrió de repente todo el monte, y envolvió en su resplandor á cuantos allí estaban: *Adhuc eo loquente, ecce nubes lucida obumbravit eos.* (Math., 4.) Pero ¿qué significa esta nube, y qué misterio se encierra en ella? Vedlo aquí. El discurso de Pedro, hijo de la ignorancia, de la sorpresa y del gozo, era, dice San León, desordenado é imprudente, pero no malo ni perverso. Necesitaba, por lo mismo, instrucción, y no reprensión; necesitaba luz, y no castigo. Y ved aquí que el mismo Dios se complace en instruir con este prodigio á su discípulo. Por eso esta nube es resplandeciente: *Nubes lucida*; á diferencia de la nube que envolvió á Moisés en el Sinai, que era oscura, para indicar, como observa San Juan Crisóstomo, que la nube del Sinai estaba destinada á causar terror, y la del Tabor á dar lección. Pedro había pedido tres tabernáculos, y Dios, dice San Agustín, con una sola nube, que cubrió no sólo á Elias y á Moisés, sino á los mismos apóstoles, corrigió el error de Pe-

dro, y le hizo conocer con este nuevo prodigio que uno solo es el tabernáculo, una sola la Iglesia, obra divina que sirve para unir con Jesucristo a los hombres del Antiguo y Nuevo Testamento, para protegerlos y salvarlos.

A la instrucción que dió á los apóstoles el eterno Padre con el mitagro de la nube, añadió otra instrucción con la magnificencia de sus palabras. En efecto, en el mismo instante se oyó salir del seno de la nube una voz inefable, majestuosa y solemne, que resonó por los aires y retumbó por el monte, con un eco que había de prolongarse hasta el fin de los siglos por todo el universo. «Este es mi Hijo muy amado, objeto de mis más tiernas complacencias; escuchadle: *Et ex eorum de nube dicens: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacuit. Ipsam audite.* (Matth., 5.) ¡Oh voz! ¡Oh misterio de estas divinas palabras!

Pero si no ha hablado Pedro más que á Jesucristo, ¿por qué es el eterno Padre quien le responde, en vez de su divino Hijo? Para cumplir, dice San Jerónimo, la palabra del mismo Hijo divino, que había dicho: «No soy yo quien da testimonio de mí mismo, sino el Padre, que me ha enviado, es el que dará testimonio de mí, me anunciará y me dará á conocer.» ¡Oh testimonio precioso para nuestra fe! Nosotros sabemos con certeza que Jesucristo es el Hijo consubstancial de Dios, y lo sabemos, no sólo porque él mismo se ha revelado como tal, sino también porque como tal lo ha declarado al mundo su eterno Padre desde el cielo. En efecto, notad bien, dice San Agustín, que se hallaban allí presentes Moisés y Elías, y que se hallaban también Pedro, Santiago y Juan; y sin embargo, de ninguno de ellos dijo el eterno Padre que eran *sus hijos amados*, porque éstos eran sólo sus hijos adoptivos. Solo Jesucristo es hijo que tiene su misma substancia, sólo Jesucristo le complace por sí mismo; los demás no son agradables ni amados sino en Jesucristo y por Jesucristo. Así, pues, sólo es nombrado y alabado el que forma la gloria y el honor de los profetas.

Recordemos también que David había dicho: «El Tabor y el Hermón se verán saltar de alegría al oír, Señor, pronuncia tu nuestro nombre: *Tabor et Hermon in nomine tuo exultabunt.* (Psal. LXXXVII.) Respecto al Hermón, monte que, no lejos de Galboe, domina el lugar del Jordán donde Jesucristo recibió el bautismo, la profecía de David se había cumplido: porque en el misterio del bautismo de su divino Hijo dijo también el eterno Padre: «Este es mi Hijo muy amado, objeto de mis complacencias;» y esta voz divina que dió á Jesucristo su verdadero nombre, resonó en el cercano monte Hermón. Y ved aquí

también cómo se cumple hoy la otra parte de la profecía, porque la misma voz divina que pronunció las mismas palabras y el mismo nombre inefable de Jesucristo, y lo anunció por lo que él es en realidad, se repite y resuena hoy sobre el Tabor.

¡Oh testimonio magnífico y precioso! Con mucha razón San Pedro, en su segunda epístola, insiste tanto en este testimonio, diciendo: «No con la autoridad de doctas fábulas, contadas por otros, os hemos predicado la omnipotencia de nuestro Señor Jesucristo y su presencia divina en todos los lugares, sino porque hemos sido nosotros mismos testigos oculares de su majestad y de su grandeza: *Non doctas fabulas secuti, notam fecimus vobis Domini nostri Jesu Christi virtutem et presentiam; sed speculatores facti illius magnitudinis.* Porque, en efecto, el mismo Dios Padre, con un aparato de magnificencia, le tributó el honor y la gloria que le es debida: como Dios, con aquellas palabras que pronunció sobre él: «Este es mi Hijo amado, en quien yo me complazco; escuchadle;» y esta voz inefable y divina, salida de los cielos, la oímos nosotros con nuestros oídos cuando estábamos en su compañía sobre el monte santo.»

Pero no basta creer los misterios de este divino Hijo, sino que se necesita escuchar con docilidad su doctrina y cumplir su ley; por esta razón añadió el eterno Padre: *Escuchadle; Ipsam audite.* ¡Oh qué magníficas son estas palabras! Ellas nos enseñan, dice San León, que ha cesado la antigua alianza y se ha establecido la nueva; que Jesucristo ha venido á ocupar el lugar de Moisés y de los profetas, y que la ley antigua ha sido substituida por el Evangelio.

Observemos también que el eterno Padre en el bautismo dijo solamente: «Este es mi Hijo amado;» y en el Tabor añade á las mismas palabras estas otras: *Escuchadle;* porque en el bautismo fué constituido Jesucristo nuestro Redentor, y en el Tabor ha sido constituido también nuestro Maestro; en el bautismo fué mostrado como víctima de nuestros pecados, y en el Tabor como doctor y legislador de nuestra vida. En efecto, la palabra *Escuchadle* quiere decir: Mis deseos y mi voluntad los habéis conocido hasta ahora por medio de los patriarcas y de los profetas, pero desde hoy los debéis conocer por este mi Hijo. Este es el único cuyas acciones me complacen en todo, cuya predicación me manifiesta al mundo y cuya humildad me glorifica. Escuchadle, pues, porque escuchándole, es como si me escuchaseis á mí; él es mi virtud y mi sabiduría, él es también el camino que conduce, la verdad que ilumina y la vida que hace inmortal: *Ipsam audite.*

Al oír una voz tan majestuosa, tan magnífica y tan sonora, los

tres apóstoles, poseídos de un religioso temor, cayeron boca abajo en el suelo: *El audientes discipuli ceciderunt in faciem suam; et timuerunt valde* (Matth., 6); porque, como dice San Jerónimo, la fragilidad humana no puede en esta vida sufrir la vista y el peso de la majestad divina.

Pero el amoroso Jesús, añade el Evangelista, acercándose a los tres discípulos con un aspecto de la más grande amabilidad, y extendiendo sobre ellos su mano piadosa, les dijo: «Levantaos, y no temáis»: *Et accessit Jesus, et tetigit eos, dicensque eis: Surgite et nolite timere*, Matth., 7.) Ved aquí el misterio, ved aquí el oficio del tierno y piadoso Jesús, como mediador que es entre Dios y los hombres: el de elevar hasta Dios con su misericordia y con su bondad a aquellos a quienes la idea de la majestad divina confunde, aquellos a quienes la voz de trueno del Dios de justicia espanta y amedrenta.

Habiendo vuelto los apóstoles del éxtasis de su gozo y de su temor, prosigue el Evangelista; habiéndose levantado de la tierra y abriendo sus ojos, vieron tan sólo a Jesucristo: *Levantes autem oculos suos, neminem viderant nisi solum Jesum*, (Matth., 8.) Y ¿qué necesidad hay de ninguna otra persona donde se halla Jesucristo? La posesión de todo, para nada sirve sin Jesucristo, y la posesión de Jesucristo solo basta para compensar la pérdida de todo; porque Jesucristo, como dice San Pablo, lo es todo, la luz que nos ilumina, la gracia que nos sostiene, el gozo que nos consuela y el premio que nos recompensa: todo se encuentra y todo se posee encontrando y poseyendo a Jesucristo: *In ipso omnia*. (Rom., 11.)

Pero estas palabras en su misma sencillez encierran un profundo misterio. Orígenes dice: «Moisés y Elías, que al fin de esta grande visión desaparecen y dejan a Jesucristo solo en compañía de los apóstoles, significan claramente que la ley, representada por Moisés, y los profetas, personificados en Elías, se convierten y se refunden desde este día en el Evangelio de Jesucristo. Y Moisés y Elías, que no se vuelven a ver, indican que ha concluido la misión de la ley de los profetas hoy que Jesucristo se ha manifestado en la gloria de su reino espiritual, y ha sido proclamado y anunciado con tanta solemnidad por su eterno Padre, en presencia del cielo y de la tierra, como Hijo de Dios, como Mesías, como Redentor y Maestro del mundo. ¡Oh gozoso misterio! Moisés y Elías se retiran después de haber tributado el último homenaje a Jesús. Los siervos se retiran cuando se ha presentado el Señor, las figuras desaparecen cuando ha venido el figurado, las profecías cesan cuando se halla presente aquel que las cumple, las sombras ceden el lugar a la realidad, las imágenes se

ocultan en presencia del grande original, los precursores se eclipsan en presencia del Mesías, los hombres se anonadan a la vista de Dios.

Observemos también para nuestro mayor consuelo, que, así como los apóstoles después de la visión quedaron solos con Jesucristo: *Neminem viderant nisi solum Jesum*; así Jesucristo quedó solo en compañía de los apóstoles; y así como Moisés y Elías representaban la Sinagoga, así los tres apóstoles, con Pedro á la cabeza, representaban la Iglesia, porque representaban, no sólo á todos los pastores que la gobiernan, sino también á todos los fieles que la componen. Por consiguiente, el hecho de haber dejado Moisés y Elías á Jesucristo solo con los apóstoles, significaba que la Sinagoga lo cedía y lo transmitía á la Iglesia; que se constituía, por decirlo así, propiedad de la Iglesia, y que comenzaba á habitar en la Iglesia hasta el fin del mundo: *Ecco ego vobiscum sum usque ad consummationem seculi*. Por lo tanto, desde hoy ha pasado á la Iglesia el ministerio de predicar al mundo este Redentor, que la Sinagoga estaba encargada de anunciar; desde hoy tiene ella la misión de hacer que sea conocido, amado y poseído de todos este Redentor, que la Sinagoga había figurado y prometido.

Finalmente, al quedar Jesucristo solo con los apóstoles, sin que estuviere presente Moisés que aterrara con su espada ni Elías que espantase con su fuego, daba á entender que quedaba con nosotros con la mayor familiaridad y bondad, como hermano, como esposo y como amigo, con quien podemos tratar y conversar con la mayor confianza y amor.

Pero una visión tan extraordinaria, un misterio tan grande y tan profundo, que contenía en sí tantos misterios, excedía con mucho la inteligencia carnal de los judíos. En vano, pues, hubieran afirmado los tres apóstoles, aunque hubiera sido con juramento, que lo habían visto con sus mismos ojos; jamás hubieran podido hacerlo creer á los judíos; por el contrario, con semejante narración los hubieran exasperado mucho más, y hubieran excitado en ellos más envidia que amor y más odio que devoción hacia Jesucristo. Por esta razón, al bajar Jesucristo del monte con los tres apóstoles, les dijo: «No contéis á nadie lo que habéis visto hoy; yo os lo mando.» Pero no encargó el Señor á los apóstoles el secreto de este misterio para siempre, sino sólo hasta que resucitase de entre los muertos: *Donec filius hominis à mortuis resurgat*. (Matth., 9.) Y después de la resurrección, en efecto, fué cuando, por medio de los apóstoles y de los evangelistas, conoció el mundo cristiano este misterio, el más grande tal vez y el más glorioso de la vida mortal del Salvador.

Nosotros los cristianos, no sólo tenemos la fe de este gran misterio, sino también su gracia; no sólo hemos recibido su conocimiento, sino que también hemos participado de él; porque habiendo Jesucristo obrado siempre como cabeza, todas las gracias y todas las glorias de sus misterios son comunes á los miembros. Así, pues, esta transfiguración del cuerpo real de Jesucristo fué una figura de la que había de obrar más tarde y obra diariamente en su cuerpo místico, la Iglesia, transformando con su gracia los hijos de los hombres en verdaderos hijos de Dios; *Dedit eis potestatem filios Dei fieri.* (Joan., 1.)

Por esta razón, como observa San Cipriano, al decir de Jesucristo el eterno Padre: «Este es mi Hijo amado», pronunció también para nosotros y quiso imprimir en nuestro entendimiento estas dos palabras de *hijo* y de *amado*, que son las más dulces y suaves que pueden pronunciarse. ¡Oh amor del eterno Padre! Con estas palabras de tanta suavidad y de tanta dulzura, no sólo quiso honrar á su Hijo consubstancial, sino también ablandar el alma de nosotros, sus hijos adoptivos, y atraernos á su confianza y amor, haciéndonos saber que si por la gracia nos unimos á Jesucristo y nos incorporamos á él, nos transfiguraremos también en hijos de Dios, y adquiriendo con la debida proporción los privilegios de la persona de Jesucristo, mereceremos sus mismos nombres y seremos también tratados como *amados* y como *hijos*.

Comprended bien, hermanos míos, la nobleza de la condición á que sois llamados; es decir, á ser *hijos de Dios*. *In spe gloria filiorum Dei.* (Rom., v.) ¿A qué, pues, tantos cuidados, tantos esfuerzos, tantos sacrificios y tanta maldad para alcanzar honores terrenos? ¡Honores vanos, que no os dan el mérito, de que carecéis, y que os hacen más despreciables aún á los ojos de los hombres, mientras que nada os recomiendan á los ojos de Dios! Honores malvados, que, lisonjeando vuestro orgullo, hacen infeliz vuestro corazón! ¡Honores fugitivos, que en el transcurso de pocos lustros, ó tal vez de pocos años, os serán arrebatados por la mano inexorable de la muerte, y no dejarán á vuestra alma más que el disgusto de haberlos disfrutado y el remordimiento de haber abusado de ellos! ¿Por qué, pues, estipidió y neblinosos los buscáis y los amáis hasta el punto de sacrificar á ellos el alma y el cuerpo, el tiempo y la eternidad?

¡Oh fe de Jesucristo, á lo que has venido á parar entre los cristianos! ¿Qué medios no se ponen en juego en el mundo á fin de llegar á ser mayordomo, gentilhombre, caballero, siervo, en una palabra, del rey de la tierra? Y ¡qué poca prisa se dan por hacerse, no siervos, no amigos solamente, sino hijos del gran Monarca de los

cielos! ¡Ay! si el estímulo de la verdadera gloria nos incita, si la ambición nos mueve, aspirémos á cosas más sólidas y más duraderas. Procuremos volver á la gracia de nuestro Dios; adornarnos y embellecernos con las vestiduras de la caridad, que nos transfigurará desde ahora en verdaderos hijos de Dios, y podremos con razón repetir: «Dios, el Criador, el Señor del cielo y de la tierra, es nuestro Padre, y nosotros somos sus hijos.» Procuremos á toda costa hacernos tales desde ahora; porque, si somos hijos de Dios en el tiempo, seremos indudablemente sus herederos en la eternidad. *Así sea.*

DE LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

*Salvátorem expectantibus Dominum nos-
trum Jesum Christum, qui reformabit
corpus humilitatis nostrae, configuratum
corpori claritatis suae.*
Esperamos al Salvador nuestro Señor
Jesucristo, el cual reformará nuestro
cuerpo abatido para hacerlo conforme á
su cuerpo glorioso.

(S. PABLO Á LOS PHILIP., III, 20, 21.)

Todo lo que vieron con sus ojos y oyeron con sus oídos, amados hermanos, los tres apóstoles en el Tabor, en ellos y por ellos, dice San León, lo aprendió la Iglesia. Por consiguiente, en la transfiguración, en la que Jesucristo mostró á los apóstoles su cuerpo real tan magnífico y tan glorioso, reveló á su cuerpo místico, la Iglesia, con una providencia admirable la transfiguración tan feliz que le espera en el cielo, consolidando y avivando sus esperanzas de tal manera, que todos los fieles que son miembros de este cuerpo místico se prometen verse un día rodeados de la misma gloria que hoy ven resplandecer en su cabeza. En efecto, como dice San Pablo, no tendremos nosotros en el cielo, como siervos y extraños, una bienaventuranza aparte; sino como domésticos y familiares de Dios: como sus hijos y

herederos, y coherederos de nuestro hermano primogénito Jesucristo: *Heredes quidem Dei, coheredes autem Christi* (Rom., viii), seremos participantes de su misma felicidad, así como somos en la tierra participantes de sus mismas penas; y así seremos también participantes de su mismo reino. El mismo Jesucristo se ha valido de expresiones más tiernas aún, diciendo: «Yo haré que se sienta junto a mí en mi mismo trono aquel que haya sabido vencerse a sí mismo.» Y en otro lugar dijo también a los apóstoles: En mi reino os haré sentar a mi mesa, y os alimentaré con mi misma comida y con mi misma bebida: *«ulcatis et bibitis super mensam meam, in regno meo.* (Luc., xlii.)

Mas todo esto, que bastaría a nuestra felicidad, no basta a su amor. No sólo nos admitirá en el cielo al goce de los bienes de su mismo reino, sino también a la participación de los privilegios y de la gloria de su misma persona. En efecto; San Pablo ha dicho: «Vosotros, que al presente estáis como muertos, porque vuestra vida está escondida con Jesucristo en el seno de Dios, cuando este mismo Jesucristo se manifieste a vuestra vista, tendréis su misma vida, y os presentaréis en el cielo rodeados de su misma luz y de su misma gloria. Todo lo cual constituirá nuestra semejanza con Dios en el cielo. De esto vengo a hablaros hoy, hermanos míos. Mas antes pidamos la gracia. *Ave María.*»

Esta vida ineffable de Jesucristo en nosotros, por la que seremos semejantes a él y viviremos de él, hermanos míos, comenzará a realizarse en nuestro cuerpo, que, según San Pablo, reformará nuestro amoroso Salvador bajo el modelo de la gloria del suyo. Así se cumplirá la profecía de David, de que nuestros huesos, humillados y abatidos en la tierra, se regocijarán en nosotros a la vista del Señor en los cielos: *Exultabunt Domino ossa humiliata.* (Psal. 51.) ¡Oh felicidad! prosigue diciendo el mismo apóstol. Este cuerpo, dejando en el sepulcro cuanto tenia de miserable y de caduco, despojándose de todas las deformidades y defectos de su antigua creación, en su creación nueva; se levantará en la misma edad del hombre perfecto, con la hermosa estatura y el majestuoso semblante de Jesucristo: *In virum perfectum, in mensuram ætatis plenitudinis Christi.* (Ephes., iv.)

No es esto decir que, despojándonos de este cuerpo, nos vestiremos de otro, sino que sufriremos una verdadera transfiguración, semejante a la de Jesucristo, por la cual, conservando, como él, la identidad de nuestra carne, participaremos de todos los privilegios de la suya; de modo que esta carne, al presente tan inoble, tan pesada, tan gruesa, tan oscura, tan enferma, tan frágil y sujeta a la

muerte, espiritualizada en Jesucristo, adquirirá las cuatro dotes de la gloria: la *sutiliza, la ligereza, la claridad y la impassibilidad*; y será incorruptible con la misma incorruptibilidad, bella con la misma belleza, luminosa con la misma luz, gloriosa con la misma gloria, é inmortal con la misma inmortalidad de la carne glorificada de Jesucristo.

Mas esta felicísima semejanza nuestra no será sólo con la humanidad santísima de Jesucristo, sino también con su divinidad, de la que él mismo nos prometió hacernos participantes: *Ego claritatem, quam dedisti mihi, dedi eis.* (Joan., xvii.) Por consiguiente, siendo semejantes a Jesucristo, seremos también semejantes al mismo Dios, y esta semejanza con Dios será, dice el Evangelista San Juan, una consecuencia necesaria de la clara visión de Dios.

Para entender este misterio, recordemos la filosofía sublime del angélico doctor Santo Tomás, según la cual, tal es la naturaleza del entendimiento, que toma la semejanza de todo cuanto conoce; y cuanto más perfecto es el conocimiento, tanto más perfecta es la semejanza; por consiguiente, aun en el mundo sucede que la cosa conocida, por el acto mismo del conocimiento, se repite y reproduce de un modo intencional en el entendimiento que la conoce: *Omnia cognitum est in cognoscente.* Pues bien, como el bienaventurado conoce claramente a Dios, no sólo en sus obras, sino también en su misma naturaleza, como es en sí: *Sicut est*, y lo conoce con un conocimiento, no ya exterior, accidental, superficial y pasajero, sino interior, esencial, profundo y permanente; por esta razón, dice Santo Tomás, por el hecho mismo de un conocimiento tan perfecto, Dios y su naturaleza, sus atributos y sus perfecciones, se pintan, se graban, se reproducen y se repiten en el entendimiento del bienaventurado, que, abstrorto en la consideración de las bellezas infinitas, se transforma y se hace semejante al grande objeto que ve.

Peró antes que Santo Tomás, nos había explicado San Pablo el mismo misterio con una hermosa comparación: A la manera, dice, que un espejo colocado delante de un objeto reproduce su imagen, así también nosotros, cuando, purificados por la gracia y embellecidos é iluminados por la gloria seamos colocados delante de Dios como espejos muy tersos para contemplarlo en toda su majestad, por la virtud de su divino espíritu copiaremos en nosotros mismos este gran Ser y nos haremos una imagen clara y perfecta de él. Nosotros no comprendemos como sucederá esto, pero sabemos de positivo que sucederá. Y en efecto, ¿no veis en este momento que la misma verdad que yo os anuncio, sin dividirse ni alterarse, se reproduce toda

entera en el entendimiento de todos los que me escuchan? No veis que el que se mira en un espejo dividido en mil pedazos, repite en cada uno de ellos su figura? Pues bien, de la misma manera, dice Santo Tomás, la figura divina, la imagen de Dios, sin dividirse ni alterarse, se repite entera y perfecta en el entendimiento de los bienaventurados, que lo contemplan en el cielo.

Pero la semejanza entre el bienaventurado y Dios no es sólo de conocimiento, dice San Agustín, sino también de afecto. Dios en el cielo está todo en todos; se comunica y se repite, no sólo en el entendimiento, sino también en el corazón de todos; á todos los comprende en su amor, en el que arden siempre, porque siempre lo contemplan; es decir, que la felicidad de conocer claramente á Dios les produce la necesidad de amarle. Y cómo es posible, dice San Agustín, ver una belleza infinita en toda la magnificencia de sus gracias, de sus perfecciones y de sus encantos, y no amarla? Así pues, la visión de los bienaventurados no es una visión abstractiva, sin interés y sin sentimiento; sino, según las magníficas palabras del Eclesiástico, una profunda actuación del entendimiento, unida á una adhesión perfecta de corazón, por la que el alma, con todas sus potencias, con todos sus afectos, con todo el deseo, con todo el ímpetu y con todo el ardor de que es capaz, se fija en esta belleza infinita, que la atrae á sí. Pues bien, las llamas del amor divino, recibidas y transmitidas de Dios en el alma, y del alma en Dios, con un flujo y reflujo permanente, con una circulación eterna, realizan el misterio con que el alma, recibiendo y mandando á Dios un mismo amor, y uniéndose á él de la manera más íntima y más perfecta, Dios está todo en el alma, y el alma está toda en Dios; porque, así como el objeto conocido está en el que conoce, así también el objeto amado, por la condición del amor, se copia y se reproduce en el amante. Ahora bien, es imposible que el corazón lleno de Dios, circundado por las llamas de la caridad infinita de Dios, no imprima en sí la semejanza de Dios. Aquel que se une á Dios por la caridad, se hace, dice San Pablo, un mismo espíritu y una misma cosa con Dios: *Qui adheret Deo, unus spiritus est.* (I. *Corinth.*, iv.) A la manera, dice San Agustín, que un hierro echado en el fuego toma su claridad, su color y su naturaleza de tal modo que no se distingue del fuego, así también el bienaventurado, perdido en la hoguera del amor infinito de Dios, toma la semejanza de este amor y se hace semejante á Dios.

¡Oh condición feliz del hombre en el cielo! dice San Buenaventura: las miserias, las fragilidades humanas no existen allí; el fuego del amor infinito las ha absorbido, las ha destruido, y las ha conver-

tido en propiedades divinas. Allí se halla, no sólo el hierro convertido en fuego, sino el barro transfigurado en Dios. Y ¿qué extraño es esto? Si la caridad divina, infundida con limitación y medida en el corazón de los hombres viadores en estado de gracia, los hace, como dice San Pedro, participantes de la naturaleza divina: *Divina consortes nature* (II, *Petr.*, i), ¿cuánto más íntima y más perfecta será esta participación de la naturaleza divina para el hombre comprensor en el estado de gloria, donde la caridad divina no solo está infundida en su corazón, sino que lo circunda todo, lo rodea, lo penetra y lo llena? No se verifica, pues, en el cielo, dice San Gregorio Niceno, una participación imperfecta ni un consorcio lejano, como el que se obtiene en la tierra: *Divina consortes nature*; sino una elevación inefable de la misma naturaleza humana y una verdadera transformación del hombre en Dios.

Por esta razón el Profeta nos representa á Dios en el cielo como sentado en una magnífica y angusta asamblea de dioses: *Stetit Deus in Synagoga Deorum.* (Psal. *LXXXI*); porque allí los bienaventurados, como dice David, por una infusión inmensa del amor de Dios sobre ellos, son otros tantos hijos verdaderos del Altísimo, que copian su naturaleza y aparecen como otros tantos dioses: *Ego dixit: Dei estis, et filii excelsi omnes* (*Ibid.*). Todas las diferencias están allí abolidas, todas las distinciones destruidas. Allí no queda otra distinción que la de Criador y criatura; pero criatura elevada por el Criador, por una semejanza perfecta con él, á ser por gracia lo que él es por naturaleza; porque recibiendo en su seno, su espíritu la anima, su substancia la mantiene, su ser la sustenta, su divinidad la define sin destruirla; le da una nueva forma sin quitarle su naturaleza, y la hace ser semejante á Dios por participación, sin dejar de ser criatura por esencia.

Mas para que nada falte á la perfección de esta semejanza del alma bienaventurada con Dios, al copiar ella en sí misma la unidad de la naturaleza divina, copia al mismo tiempo la Trinidad de las divinas Personas. Recordemos por lo mismo que todas las tres divinas Personas concurren á la creación del hombre: *Faciamus hominem.* (*Gen.*, i.) El Padre le dio el entendimiento; el Hijo el pensamiento y el Espíritu Santo la voluntad; de tal manera, que, así como Dios, en la unidad de su naturaleza, es Padre, Hijo y Espíritu Santo, así el hombre es entendimiento, sabiduría y amor en la unidad de su substancia espiritual; lleva desde su origen impreso el sello glorioso de la Unidad y de la Trinidad de Dios, y es su imagen fiel y perfecta: *Ad imaginem quippe Dei factus est homo.* (*Ibid.*) Pero esta imagen angusta

de Dios en el hombre, durante esta vida mortal es alterada con frecuencia por los vicios y oscurecida por los vapores de los deseos carnales y de los afectos profanos. Y ¿qué hace entonces la Trinidad augusta? Restaura, dice San Pablo, por medio de la gracia la imagen de Dios en el hombre; sobre las ruinas del hombre viejo reforma el hombre nuevo, el hombre de la creación primitiva, formado antes en la justicia y en la verdad de Dios.

Así como las tres divinas Personas tuvieron parte en nuestra creación y en nuestra santificación, así también la tendrán en nuestra beatificación; así como las tres obraron en nosotros el misterio de la naturaleza y el de la gracia, de la misma manera consumirán también el de la gloria, y nos comunicarán con más abundancia, y de una manera más admirable y más perfecta, el Padre el poder de su entendimiento, el Verbo los tesoros de su sabiduría y el Espíritu Santo las delicias de su bondad. Y de esta manera el bienaventurado, según la energética expresión de San Pablo, será lleno de toda la plenitud de Dios: *Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei*, (Ephes., ii); plenitud de poder, plenitud de sabiduría y plenitud de bondad, con las que el entendimiento criado, revestido de la energía del entendimiento increado, engendrará en sí mismo un verbo inefable, una palabra interior, que será como el eco del Verbo, de la palabra increada; y este entendimiento y esta palabra reposarán uno en otro con una complacencia semejante al Amor increado; es decir, que las potencias del alma se corresponderán en cierto modo entre sí con las relaciones inefables con que se corresponden perennemente las Personas divinas, y que el misterio de la Trinidad, que se obra eternamente en los abismos de la naturaleza infinita, se repite y se reproduce de continuo en la naturaleza finita, no sólo por medio de sello y de ratiño, como se encuentra, según Santo Tomás, en todas las criaturas, sino por vía de semejanza y por medio de una operación continua y permanente. Así el alma bienaventurada no es sólo una imagen muerta, en la que se encuentran los rasgos divinos, sino una imagen viva, en la que se encuentran las divinas Personas; una imitación, una repetición en pequeño, digámoslo así, del Dios uno y trino, poderosa con su mismo poder, sabia con su misma sabiduría, amante con su mismo amor, viva con su misma vida, resplandeciente con su misma luz, bella con su misma hermosura, grande con su misma grandeza, gloriosa con su misma gloria, y feliz con su misma felicidad. Tal será la perfecta semejanza del alma bienaventurada con Dios; ahora vamos á considerar sus efectos.

En primer lugar, asemejarse á Dios el espíritu comprensor de

una manera tan íntima y tan perfecta, no es otra cosa que poseerlo como es poseído por él. Por consiguiente, el misterio de la gloria se contiene todo en aquel pasaje de los *Cantares*, en que la Esposa dice al divino Esposo: «Así como yo soy toda de mi Amado, así mi Amado es todo mío»: *Dilectus meus mihi, et ego illi*, (Cantic., ii.) Dios es el sumo bien, y por lo mismo contiene en sí todos los bienes. Comunicando, pues, Dios al alma todo su ser, le comunica, dice San Ireneo, su misma luz y su misma vida; en una palabra, la hace dueña de todos los bienes que de él proceden. En el Evangelio compara Jesucristo el reino de los cielos á un tesoro: *Simile est regnum celorum thesauro*; porque, así como el que encuentra un tesoro, lo encuentra todo (porque en el oro todo se contiene), así el alma en el cielo, encontrando á Dios y poseyendo á Dios, encuentra y posee todos los bienes, porque todos ellos se contienen en Dios; y de la misma manera que el alma condenada, habiendo perdido á Dios para siempre, se ve privada eternamente de todo bien, y por lo mismo es la víctima de todo mal (porque el mal no es otra cosa que la privación del bien), de la misma manera el alma bienaventurada, poseyendo á Dios por su semejanza con Dios, posee en Dios todos los bienes; y así como el infierno es el estado triste en que se encierran todos los males, de la misma manera el paraíso es el estado feliz por la posesión y por el goce simultáneo, pleno y perfecto de todos los bienes, como enseña la teología católica. Pero geniales y cuántos son estos bienes? Ni yo sabré explicarlos ni vosotros podréis comprenderlo en manera alguna. Contentémonos, pues, con indicar dos solos de ellos, la paz y el gozo; de que con mucha frecuencia se hace mención en la Escritura, y de que nos es en cierto modo posible formar una idea.

Uno de los mayores bienes de que en esta miserable vida goza el alma que está en gracia de Dios, es la paz de Dios; es decir, aquel reposo interior de los afectos; aquella calma del corazón, tan suave, tan dulce y tan inefable, que, como dice San Pablo, y como lo experimentan en sí mismas todas las almas perfectas, excede los placeres más vivos y más intensos, y hace tener por vil todo deleite sensual y todo recreo mundano: *Pax Dei quam exsuperat omnem sensum*, (Philip., iv.) Y no sólo las almas santas y perfectas, sino aun las pecadoras, apenas han confesado sinceramente sus pecados, participan de esta paz divina; de tal manera que, como nos asegura San Agustín, que lo había experimentado, las lágrimas que la verdadera contrición hace correr de un corazón humillado y arrepentido á los pies de Jesús crucificado, son mucho más deliciosas y más dulces que todos los falsos placeres del mundo.

Pues bien, esta paz que goza el alma justificada, que la indemniza de la privación de todos los bienes sensibles, y sin la que todos los bienes sensibles nada valen para hacer tranquilo y feliz el corazón; esta paz, tan santa, tan pura, tan dulce y tan preciosa, que experimenta el alma fiel en la tierra, es apenas el principio, el germen y la muestra de la paz inefable que la semejanza y la posesión de Dios hace experimentar en el cielo, porque es la participación de la paz y de la tranquilidad infinita de que disfruta la misma naturaleza infinita, Dios.

Apenas el alma escogida penetra en los umbrales de la mansión celestial, sentirá correr y venir en su seno, desde el trono de Dios, que contempla, que posee y en quien se transforma, un torrente de paz; experimentará una quietud, una calma tan nueva, tan dulce y tan perfecta, que sólo por ella se llamará mil veces bienaventurada; porque la verdadera bienaventuranza consiste principalmente, como dice San Agustín, en la tranquilidad de los afectos; y arrebatada y fuera de sí por un sentimiento de placer infinito, exclamará: «¡Feliz de mí! Ya veo cumplida en mí la amorosa promesa que me había hecho por medio de su profeta, de que un día me pondría en posesión de las bellezas de la paz en esta región de la santa confianza, y me haría sentar en el seno de un rico y abundante reposo.»

A esta paz, dulcísima e inagotable ya unido también aquello que la teología, con una expresión evangélica, llama el gozo, efecto también de la residencia de Dios en el alma y de la transformación del alma en Dios; porque, así como la separación de Dios hace experimentar al reprobado en el infierno un dolor incomprensible e inmenso, de la misma manera la unión, la semejanza y la transformación en Dios hace experimentar al elegido en la verdadera Jerusalén una dicha, una felicidad y un gozo inmenso también e incomprensible. Deduzcámoslo de lo que sucede en la tierra a aquellas almas heroicas en las que, secándose, según la frase de San Gregorio, el mundo sensible con todo cuanto lo compone *In quorum cordibus mundus aruerat*, y comenzando a adquirir por medio de un amor ferviente aquella feliz semejanza, efecto admirable de la gracia que las hace vivir en Dios y con Dios, comienzan por lo mismo a experimentar una muestra anticipada de la felicidad del cielo. Momentos felices, que no es posible pintar! Un rayo del eterno resplandor ilumina sus entendimientos con una luz purísima, y deja entrever algunos rasgos de la belleza infinita. La voz del Amado resuena con un suavisimo acento en los oídos del corazón: *Vox Dilecti pulsantis* (Cant. v), y el corazón le responde con quejas amorosas sobre la prolongación

de su destierro, con ardientes suspiros, con ternos afectos, con vivos transportes y con cánticos suaves. Se siente una agitación repentina en el fondo del alma, que, profundamente conmovida, se desprende, se eleva sobre sí misma, se apasiona, se enciende y se inflama; como fuera de sí, desea precipitarse en el seno de Dios, que se le muestra desde lejos, y la atrae á sí con las cadenas del amor más tierno: *In vinculis charitatis* (Ose, xi). Entonces los sentidos pierden su natural gravedad, y no oponen más que una ligera resistencia al ímpetu del espíritu. De aquí nacen los dulces delirios, los prolongados éxtasis, los raptos sublimes, las elevaciones de la tierra, la profunda operación de las potencias de Dios, por la que el alma nada entiende ya, ni aun á sí misma; y mientras que la imaginación absorta se fija, y el entendimiento arrebatado contempla, es tal la abundancia de consuelo, de dulzura celestial y de suavidad misteriosa que inunda el corazón, que no distinguen ya estas almas afortunadas si están en el cielo ó en la tierra, en el cuerpo ó fuera de él: *Sive in corpore, sive extra corpus nescio* (I, Cor., xi); hasta tal extremo, que, no pudiendo sufrir el exceso de tanto gozo, se ven obligadas á exclamar, como San Francisco Javier y Santa Teresa: «Basta, basta, Señor; no más delicias.»

Y si tales son los consuelos y tal es el gozo que el amor imperfecto del sumo bien hace experimentar algunas veces en este destierro, ¿cuáles serán los que el mismo amor perfecto hará experimentar en la patria? Si la Bondad divina trata de este modo á los viadores en la tierra, ¿de qué manera recompensará á los comprendedores en el cielo? Si estas pequeñas centellas de las dulzuras celestiales que se desprenden alguna vez de los collados eternos sobre las almas amantes *Stillabant montes dulcedinem*, bastan para hacerlas felices aun en medio de las privaciones más ásteras y de los más atroces tormentos, ¿qué sensación de gozo íntimo y espiritual no excitarán en el alma los torrentes de esas mismas delicias, que de la fuente de los eternos deleites corren en el cielo y vienen á llenar el alma, á inundarla y á embriagarla? *Torrente voluptatis tan potabis eam.* (Ps. xxxv.) *Inebriabuntur ab ubertate domus Dei!* (Ibid.)

Sólo el Espíritu Santo, espíritu de Sabiduría y de luz, que el Padre de la gloria dispensa alguna vez en la tierra, puede dar, dice San Pablo, alguna idea de la riqueza, de la gloria, de la abundancia y de la profusión del gozo que está reservado en el cielo por herencia á los elegidos.

Nos dice en primer lugar que este gozo es pleno y perfecto: *Ut gaudium vestrum sit plenum* (Joan., xv); palabra sencilla, pero que no

hay un entendimiento criado que pueda comprender su extensión y su profundidad; porque gozo pleno significa la posesión entera, perfecta y simultánea de todos los deleites, de todos los placeres, de todas las delicias y de todos los bienes que el alma puede desear. Nuestro corazón es como inmenso en sus deseos, y ningún bien finito puede satisfacerlo. Sólo en el cielo, poseyendo á aquel que todo lo posee; contentiendo á aquel que todo lo contiene, y lleno de aquel que todo lo llena, goza de una felicidad á que nada falta, sino que es más extensa aun y más dilatada que sus mismos deseos, y por lo mismo es más plena y más perfecta de lo que puede desearse: *Ut gaudium vestrum sit plenum.*

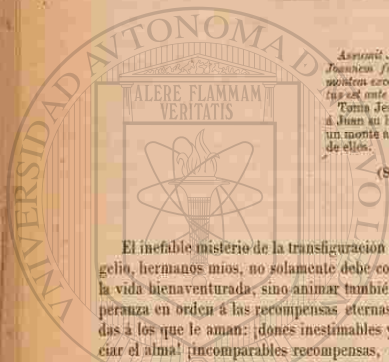
La segunda cualidad que nos ha revelado Jesucristo del gozo del cielo es que la medida de este gozo consiste en no tener medida. El torrente de los deleites corre con tal ímpetu y en tanta abundancia, que el corazón es incapaz de contener toda su plenitud. Por esta razón, en primer lugar inunda toda el alma, se introduce en todas sus potencias, y la penetra en todos sus receptáculos mas secretos y en sus fibras más sutiles, á la manera que el agua penetra las partes más íntimas de una esponja sumergida en ella. Después engendra en el alma un sentimiento exquisito de delicia y de contento, de tal manera, que puede decir que no experimenta ya el gozo, sino que es, como el gozo mismo, personificado y viviente. Finalmente, hace salir al exterior este gozo, la viste de él, la rodea, la cubre y la inunda. Por esta razón dice Jesucristo en el Evangelio, que después que el gozo pleno del Señor entra en el corazón del elegido, *Ut gaudium vestrum sit plenum* (Juan, xvi), el mismo elegido entra en el gozo del Señor: *Entra in gaudium Domini tui.* (Math, xxv.) El corazón es sin duda el centro y la esfera del gozo, porque el corazón es quien lo apetece, lo desea y lo recibe; mas después de haberlo recibido, es circundado por él. El continente se hace á su vez el contenido; mientras el gozo está en el corazón, el corazón está en el gozo. El gozo entra en el corazón como un torrente, y el corazón se sumerge en el gozo como en un piélago de inmensas delicias, y allí permanece como absorbido y náufrago, y allí se abandona y se pierde: *Entra in gaudium Domini tui.*

La tercera cualidad, en fin, y la más importante, del gozo del cielo, consiste, dice Jesucristo, en que, después que el alma ha entrado en posesión de él, no puede perderlo ni puede serle arrebatado por nadie: *El gaudium vestrum nemo tollit à vobis.* (Juan, xvi); porque, por muy grande que sea la felicidad del cielo, dejaría de ser una felicidad verdadera, dice San Agustín, si no fuese inamisible,

inmortal y eterna. El solo pensamiento, el solo temor, aunque fuese remoto, de que esta felicidad pudiese terminar un día, haría más infelices á los santos, que felices los hace el placer de gozar de ella. Luego, así como la felicidad en este mundo es un estado excepcional, una eventualidad pasajera, una variación accidental, que rompe por pocos instantes la monotonía de los disgustos y de las amarguras de la vida, en el cielo esta misma felicidad es una situación inalterable, un estado propio, permanente y eterno, y, por lo mismo, perfecto.

Elevémonos, pues, por encima de esta baja región de los sentidos, de las ilusiones y de los engaños, y fijemos nuestros pensamientos y nuestros afectos en la feliz mansión de los espíritus y de la verdad, donde se encuentran los verdaderos gozos. La tierra es la mansión del trabajo, y el cielo es el lugar del reposo; la tierra es el lugar del mérito, y en el cielo es donde se halla la recompensa; la tierra es el campo de batalla, y en el cielo está la corona; la tierra es la región del llanto, y en el cielo está la verdadera alegría; la tierra es lugar de destierro, y el cielo es la patria. Un hijo, dejado momentáneamente por su padre rico en un país extranjero al cuidado de su madre pobre, se consuela en su miseria, en su humillación y en su dolor, diciendo: «Yo tengo mi padre, á quien nada falta; él vendrá y me volverá á mi patria, donde seré rico y feliz con él.» Pues de la misma manera nosotros, que hemos sido dejados momentáneamente en este país de destierro por nuestro Padre celestial, confiados á los cuidados de nuestra pobre madre la Iglesia, cuando la miseria nos acóse, las enfermedades nos alijian, las tribulaciones nos acometan, la calumnia nos persiga, la injusticia nos oprima, el mundo nos olvide y nos desprecie por causa de nuestra humildad, de nuestro poder, de nuestra justicia y de nuestra piedad, consolemonos diciendo: «Yo tengo por padre al mismo Dios; yo tengo á Jesucristo, que es dueño y Señor del mundo. Un día vendrá este mi tierno Padre, este mi Salvador amoroso, á sacarme de este valle de lágrimas y conducirme á la patria del cielo, y convertirá mi pobreza en riqueza, mis penas en gozo y mis humillaciones en gloria, y me dará parte de su misma grandeza y de su misma felicidad.» Así sea.

DE LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR



Assisum Jesus Petrus, et Jacobum, et Joannem fratrem eius, et duxit illos in montem excelsum secretum, et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesús á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto, y se transfiguró delante de ellos.

(S. Mateo, c. 17, v. 1 y 2.)

El inefable misterio de la transfiguración que nos anuncia el Evangelio, hermanos míos, no solamente debe confirmar nuestra fe sobre la vida bienaventurada, sino animar también y encender nuestra esperanza en orden á las recompensas eternas que tiene Dios preparadas á los que le aman: ¡dones inestimables y los solos capaces de saciar el alma! ¡incomparables recompensas, dignas de la magnificencia del Señor, cuyo objeto adorable es el mismo Dios!

En vano, pues, me fatigaría yo en discutir asunto raro y peregrino para este día, cuando tenemos el cielo abierto, término de nuestra peregrinación. Si, señores, el cielo, nuestra patria permanente, la gloria, digo, de los bienaventurados, que consiste en ver y gozar de Dios eternamente, es el grande objeto de la Iglesia y la dulce recompensa del exacto cumplimiento de los deberes de la religión que profesamos. ¡Qué estímulo tan poderoso para fijarnos en nuestro último fin! En efecto, ¡quién será capaz de separarnos de esta idea, si consideramos que la gloria, representada en la transfiguración de Jesucristo, es en primer lugar la recompensa que nos prepara el Señor en su magnificencia; y en segundo, que ésta consiste en el mismo Dios: dos breves reflexiones que abrazan toda la materia, dignas ciertamente de esta cátedra y á propósito para vuestra instrucción. Pidamos las luces del Espíritu Santo por medio de la poderosa intercesión de María Santísima. Saludémosla humildes con el ángel del Señor. *Ave María.*

Las obras del Señor siempre fueron perfectas, como emanadas del principio y origen de toda perfección. Mas su infinita sabiduría, que todo lo dispone en número, peso y medida, se dignó atender á nuestra limitación, manifestándonos únicamente en ellas la luz y resplandor que somos capaces de sufrir en esta vida mortal, y reservando para la eterna la manifestación de lo que es en sí, y la participación de aquel inefable torrente de delicias, que debe embriagar para siempre el espíritu de sus escogidos.

Así, aunque mientras estuvo Jesucristo sobre la tierra, se dignó darnos pruebas palpables de la verdad de sus promesas, en orden á la gloria preparada á sus siervos en el siglo futuro; ya cuando en su transfiguración permitió que la claridad debida á su sacratísima humanidad difundiese algunos rayos sobre su divino rostro y vestidos, haciéndole brillar más que el sol sobre la blancura de la nieve; ya cuando en el día de su gloriosa ascensión se elevó por su propia virtud sobre las alas de los vientos, no con la rapidez de Elías, sino con lentitud, como quien va á tomar posesión de un reino inmortal, en cuyos derechos nos habia restituído con su propia sangre, y del cual como jefe nos abría las sendas, según la expresión de un profeta; con todo es preciso confesar, que este esplendor de majestad no es más que una figura ó simbolo de la gloria futura: pues como el hombre no puede ver intuitivamente á Dios en vida, según su mismo oráculo le reserva para la eternidad el complemento de sus divinas recompensas.

El Verbo Eterno, por quien todas las cosas fueron hechas, trazo en la eternidad el plan de estas moradas celestiales, no hechas por mano de los hombres, como dice San Pablo, sino fabricadas por sí mismo para su permanencia. Como es la bondad por esencia; quiso hacer comunicables sus dones. De la misma masa de perdición se dignó elegir según su beneplácito unos héroes de santidad, que, desconocidos y aun despreciados comúnmente de los mundanos, le adorasen en espíritu y verdad. Apóstoles celosos, que á costa de trabajos, peregrinaciones, persecuciones, y aun de su propia vida, llevasen su adorable nombre delante de los reyes y príncipes de toda la tierra, estableciendo la fe del Crucificado desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilón al Mediodía. Eremitas austeros, que, encerrados como inocentes palomas en las cavidades de las peñas, viviesen en continua contemplación del cielo, de este libro abierto en que resplandecen las maravillas del Señor. Víctimas de penitencia, angustiados, afligidos, errantes por los desiertos, fugitivos, como Elías, de la crueldad de los tiranos, vestidos de pieles toscas como el Bautista,

y haciendo frente á la iniquidad, hasta agonizar por la justicia. Martires invictos, confesores ilustres, virgenes immaculadas y esposas del Cordero, que por seguir con fidelidad á Jesucristo, se ofrecerian victimas voluntarias en las aras de su amor, alegres en las tribulaciones, y llenos todos de un gozo inexplicable de ser hallados dignos de padecer oprobios en nombre de su Salvador.

¿Qué os parece, señores, del destino de todas estas grandes almas, que por seguir fielmente á Jesucristo, promover su honor y gloria, y acreditar su doctrina, han perseverado hasta el fin de su carrera alabándole y bendiciéndole entre los tormentos, las persecuciones y el desprecio de los mundanos? ¿Vivirán eternamente en el olvido, oprobio y abandono que han sufrido durante su peregrinación? ¿Qué, no ha preparado el Señor un premio correspondiente á sus siervos? ¿Tendrán por ventura igual aceptación delante de Dios los soberbios que los humildes? ¿Los puros que los sensuales? ¿Los avarientos que los misericordiosos? ¿Los penitentes que los disipados en la mesa y en el lujo? ¿Los discípulos fieles de Jesucristo que los esclavos de Satanás? ¿Lejos de aquí, ideas insensatas; la verdadera religión de nuestros padres nos enseña que al justo tiene el Señor preparada una gloria inmortal, una recompensa eterna; recompensa inefable, en la cual solamente es Dios magnífico, como se explica Isaías: *Quia solummodo ih̄ magnificus est Dominus noster.*

Es verdad que aun en vida suele el Señor consolar á los justos, haciéndoles participar de indecibles delicias, para fortalecerlos en sus mayores tribulaciones. Es verdad que los distingue con singulares dones y privilegios, que son muchas veces materia de admiración y de terror para los mismos que los desprecian y persiguen. Es verdad que les hace percibir, no rara vez, tanta dulzura y suavidad en su servicio, que prefieren con el real Profeta vivir despreciados en la casa de Dios, á las comodidades, gustos y diversiones que ofrecen los tabernáculos ó asambleas de los pecadores. Mas todos estos consuelos son pasajeros y momentáneos, correspondientes á su estado de viadores y peregrinos. Cuando se vean libres de los vinculos de esta mortalidad, entonces se les manifestará Dios en su magnificencia: *Quia solummodo ih̄ magnificus est Dominus noster.*

Si, hermanos míos, esta pesada carne, estos cuerpos corruptibles, expuestos cada instante á las enfermedades y fatigas, se levantarán algún día purificados é impassibles. Libres ya los de los justos de los rigores del frío y del calor, de los tormentos y las penas, más brillantes que el sol y las estrellas, dotados de mayor ligereza que la luz, con la virtud de penetrar los cuerpos, como lo ejecutó Jesucristo con la

losa del sepulcro en el momento de su gloriosa resurrección, y después por las puertas del cenáculo en que estaban encerrados sus discípulos. ¿Qué más? resplandecerán llenos de gloria y de una delicia inexplicable, transformados en Jesucristo, cabeza y ejemplar de los predestinados, para alabarle, gozarle y reinar con él eternamente. Este solo destino es el que puede calmar enteramente el ánimo del hombre, pues siendo éste hecho á imagen y semejanza de Dios, no puede quedar saciado su apetito sino cuando se le revele la gloria del Señor. Y no siendo esto posible en la presente vida mortal, reserva para la eternidad la recompensa de los justos, porque solamente allí se les puede comunicar con magnificencia. En confirmación de esta verdad, San Pablo, arrebatado al tercer cielo, donde oyó palabras arcanas, que no es licito al hombre proferir, nos dice expresamente, que ni el ojo vió, ni oyó el oído, ni ascendió al corazón humano lo que Dios tiene preparado para los que le aman.

¿Que podré yo pues decirlos después de estos testimonios? Un hombre carnal y terreno, sumergido en el abismo de su misma miseria é ignorancia, ¿será capaz de daros una idea clara de los bienes celestiales? El hombre que diserta de la eternidad, dice San Gregorio, es semejante al ciego que habla de la luz. ¡Ah! señores, yo me confundo al hablarlos de lo que no comprendo, ni alcanzaron jamás en vida los santos más virtuosos y más sabios. Por tanto sólo me atrevo á decirlos con Isaías, que la magnificencia del Señor para con sus siervos está reservada para la bienaventuranza: Añado con el real Profeta, que sólo podemos ser saciados, cuando aparezca su gloria, porque entonces le conoceremos y veremos como es en sí; y en esto consiste la eterna recompensa de los justos, cuyo simbolo nos representa Jesucristo en su transfiguración. Seguidme sin desmayar, mientras os demuestro esta segunda reflexión.

La vida eterna, dice San Juan, *consiste en que te conozcan por sólo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien enviado.* En el mundo no vemos á Dios sino como en un espejo y por enigma; mas en el cielo lo veremos cara á cara. Aquí no le conocemos sino imperfectamente; allí le conoceremos y veremos como es en sí. Carísimos, dice el mismo evangelista, aunque ahora somos hijos de Dios, no podemos decir lo que seremos en el cielo. Únicamente sabemos, que cuando se nos manifieste, seremos en cierto modo semejantes á él, porque le veremos como es en sí. Cuando contemplaremos la gloria del Señor á cara descubierta, dice San Pablo, seremos transformados en su imagen, é iremos de claridad en claridad, por la iluminación de su Espíritu, que será nuestra luz, segun la expresión del real Profeta. Con-

sistirá pues la vida eterna, prometida á los justos en el siglo futuro, en ver á Dios y contemplarte en sí mismo conociéndole como es en sí.

Para entender este misterio, es necesario elevar el espíritu, sobre las alas de la fe, á la contemplación de unas ideas puramente espirituales, y representarse á Dios, como realmente es, una inteligencia infinita, un pensamiento puro, un acto simplicísimo y único, que con todos los atributos y perfecciones de su ser supremo, comprende todo lo que siempre quiso, ordenó y obró en la extensión de todos los siglos.

Si fuera permitido formar su imagen, dice un sabio, podría compararse al punto céntrico de un círculo, en el cual se reúnen y terminan una infinidad de rayos que de él salen. Este emblema tal vez figurará el principio, indivisible de sus perfecciones y de sus obras. Pero dejemos los símbolos y figuras de lo que ni el ojo, ni el oído, ni la razón humana pueden jamás alcanzar en este valle de lágrimas: y contentémonos por ahora con lo que la Iglesia y los Padres, depositarios de la tradición, nos enseñan acerca de este inefable misterio.

En este único y simple pensamiento, que manifestará Dios á los justos, le verán éstos como es en sí cara á cara, según la expresión de la Escritura. Irán de claridad en claridad, á proporción que quieran contemplar las perfecciones particulares. Verán en la naturaleza divina los altos é inefables misterios que adoramos, cautivando nuestro entendimiento en obsequio de la fe: *Vidēbimus eum sicuti est.*

Verán que el Padre engendra un Hijo verdadero, consubstancial, coeterno y omnipotente como él. Verán que de estas dos personas procede una tercera en unidad de naturaleza, y en todo igual á Hijo y Padre. Verán como este amor que une al Padre y al Hijo, y que caracteriza la tercera persona, pasa á los hombres, los ilumina, los santifica y los asocia á la divinidad. Verán que cada persona divina tiene su operación interior propia é incommunicable, y que sus obras en la ejecución y administración del universo les son comunes: *Vidēbimus eum sicuti est.*

Los santos, dice un contemplativo, verán sin obscuridad lo que sólo han percibido sobre la tierra en la nube opaca de la fe. Verán cómo esta Sabiduría eterna, este Verbo, esta Palabra, por quien todas las cosas fueron hechas, es el mismo Hijo, que tomó nuestra carne, dignándose tomarla para que hiciese con él una sola persona en todas sus acciones. Verán cómo por esta elevación fueron sus méritos de infinito valor; cómo satisfizo á la divina justicia; cómo sólo este

Hijo padecía sin alterar su unión esencial con el Padre y el Espíritu Santo, que obran en él, y el con ellos.

¿Pero qué digo? Verán claramente y con efusión de reconocimiento el amor incomprensible con que el Unigénito de Dios se dignó ser semejante á nosotros, para hacernos miembros suyos, sus hermanos y coherederos de su gloria, y como influye en nuestras almas. Verán como el precio y la eficacia de sus méritos subsistirán eternamente en el cielo, donde es el jefe, medianero y pontífice, en quien están todas las cosas: *Vidēbimus eum sicuti est.* Verán este foco de luz, que encierra todos los rayos y el resplandor del Sol eterno, de donde en esta vida sólo deja escaparse algunos débiles reflejos, para excitarnos el deseo de contemplar eternamente el origen de aquella Justicia soberana, norma del buen orden, de la subordinación, de los derechos del príncipe, de la equidad de las leyes, de la sumisión de los súbditos, de los deberes de la sociedad: *Vidēbimus eum sicuti est.*

Verán y gozarán para siempre de esta Sabiduría increada, que es, dice el Sabio, un espíritu de inteligencia, santo, único, multiplicado en sus efectos, sutil, discreto, ágil, imaculado, amante del bien, irresistible, benéfico, amador de los hombres, benigne, firme, constante, que tiene todo poder y abraza todos los espíritus; inteligible, puro... porque es un aliento de la virtud de Dios, y como una sincera emanación de la claridad del Omnipotente, porque es resplandor de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad de Dios, é imagen de su bondad... que renueva todas las cosas é ilumina las naciones. ¿Qué inagotable manantial de contemplación, de amor y de alabanzas para los elegidos, á quienes está preparada tanta felicidad! *Vidēbimus eum sicuti est.*

¿Qué más? Allí se descubrirán en su origen y en su claridad los grandes misterios que la fe del justo ha tanto deseado conocer, y que le fueron siempre inaccesibles, como se explica San Agustín: ¿Qué dulce complacencia para el alma que entrare en el santuario infinito y en las potencias del Señor! ¿Qué gloria será ver la rectitud y sabiduría de las obras de Dios, su acción, universal sobre todos los seres del universo, la causa del bello orden que reina en las leyes de la naturaleza y de la religión! ¿Qué delicia ver aquella bondad tan dulce, que busca á los pecadores, como Saulo y Agustino; aquella atenta Providencia con que cuida aun de los mas viles insectos! ¡aquel corazón tan tierno, de donde han dimanado á nosotros inmensos beneficios! ¡aquellos inagotables tesoros, de donde han salido tantas gracias!

¡Estado felicísimo! exclama un Padre de la Iglesia! que no deja otro cuidado, otro placer, otra ocupación á los glorificados, que contemplar, alabar y amar á Dios. Cuando veamos al Señor cara á cara, añade este Padre, cuando le veamos en sí mismo, entonces conoceremos la verdad por excelencia; que por esencia es inmutable; que no puede recibir aumento ni disminución; que sera eternamente el mismo, invariable en sus promesas y en sus recompensas. Estaremos plenamente satisfechos, porque nada nos faltará; y por cuanto el objeto que gozaremos, nos contentará completamente, nuestro gozo y satisfacción serán completos, y los transportes con que diremos *Amén*, siempre serán nuevos. En efecto, concluye dicho Padre, como veremos claramente la verdad, cantaremos sus alabanzas sin cesar y con efusión de corazón.

¡Oh vida vital! ¡oh vida sempiterna! dice San Agustín, donde hay gozo sin tristeza, descanso sin trabajo, dignidad sin temor, riqueza permanente, abundancia interminable, salud perpetua, vida sin muerte..., y donde los justos ven siempre y gozan de Dios con anhelo y sin fastidio.

¿Mas para qué me canso y os molesto? ¿Quién puede hablar dignamente de los santos y de su gloria inefable, sino los justos mismos? Nadie conoce estas cosas, dice San Juan, sino quien las recibe: *Nemo scit nisi qui accipit*. Ellos son, como se explica Isaías, los que verán la infinita majestad y hermosura del Rey de todos los siglos. Ellos son únicamente los que pueden deponer por su propia experiencia la verdad de mis asertos, á saber: que sólo en la eterna recompensa de la gloria es Dios nuestro Señor magnífico: *Solummodo ibi magnificus est Dominus noster*. La razón de esto es, porque solamente allí se manifestará como es en sí: *Videbimus eum sicuti est*.

Tal será, señores, la vida de los bienaventurados, tal su continua ocupación. El tiempo de su reposo lo ocupará la contemplación en Dios, el amor y la alabanza; y como el placer y su objeto serán interminables, durará el cántico por toda la eternidad. ¿Qué más se necesita, os ruego, para persuadir y determinar al cristiano al cumplimiento de las leyes evangélicas, cuya obediencia y práctica deben ser tan magníficamente recompensadas?

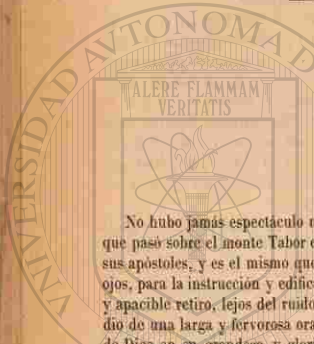
¡Ah! ¿qué no hacen las gentes del siglo para conseguir sus miras temporales, vanas, perecederas, y las más veces criminales? ¿Con qué solicitud no desentrañan la tierra, surcan intrépidas los mares, velan de día y noche calculando el producto de sus intereses, para aumentar el oro, que es su idolo favorito? Omíto las extraordinarias diligencias y el anhelo infatigable de los esclavos de la ambición y

de otras más viles pasiones, que el pudor me hace pasar en silencio. ¿Y no trabajaremos para conseguir una corona incorruptible, como nos reconviene San Pablo? ¡Ah, hermanos míos! Yo me estremezco cuando leo en este Apóstol de las gentes, que ni los sensuales, ni los nefandos, ni los ladrones, ni los avaricentos, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los reos de iniquidad poseerán el reino de Dios, si no hacen en tiempo frutos dignos de penitencia.

¿Pues quién será, Señor, clamaba el real Profeta, el que ascienda al monte excelso de la gloria? ¿Quiénes ocuparán el lugar santo? El que conserve, responde, sus manos inocentes y puro su corazón. Los humildes de espíritu, los misericordiosos, los que padecen persecución por sostener la justicia, los mansos de corazón; en una palabra, el que perseverare hasta el fin amando á Dios con todas sus fuerzas, con toda su mente, con toda su alma, y á su prójimo como á sí mismo; éste poseerá el reino de los cielos, según el oráculo de Jesucristo; éste obtendrá la divina misericordia del Salvador; éste, en fin, recibirá la bendición del Señor.

Meditemos, pues, hermanos míos, en la ciudad de Dios, nuestra verdadera patria. Imitemos, os ruego, á los israelitas, cuando sobre los rios de Babilonia suspiraban y gemían por su amada Jerusalem. El cielo, donde se goza á Dios, es sin duda nuestro único bien y la mayor felicidad á que podemos y debemos aspirar. Trabajemos, pues, sin cesar para conseguir esta eterna recompensa, preparada por el Señor en su magnificencia, para que los justos le vean, le gocen y conozcan como es en sí. Entrad en vosotros mismos, pecadores, que Dios está cerca de los que le invocan en espíritu y verdad. Dejad las erradas sendas de la iniquidad, para entrar por las de la justicia por medio de la penitencia. No temáis, pusilánimes; llegad con confianza al tribunal de la misericordia, que este buen padre os espera con los brazos abiertos, deseando adornaros con la estola de su gracia, y así introducirnos después en las mansiones eternas de la gloria, que á todos os deseo. *Amén*.

DE LA TRANSFIGURACIÓN



*Rabbi, bonum est nos hic esse, et sociari
cum tria tabernacula, tibi unum, Moysi
unum, et Elias unum. Non enim scidat
quid dixerit.*

Maestro, bien será que nos estemos
aquí, y hagamos tres tiendas, para ti
una, para Moisés otra y para Elias otra.
Porque no sabía lo que se decía.

(S. Marcos, c. 9, v. 4 y 5.)

No hubo jamás espectáculo más glorioso ni más admirable que el que pasó sobre el monte Tabor en la persona de Jesucristo á vista de sus apóstoles, y es el mismo que la Iglesia nos pone delante de los ojos, para la instrucción y edificación de nuestras almas. En un santo y apacible retiro, lejos del ruido y comercio de los hombres, en medio de una larga y fervorosa oración, de repente se muestra el Hijo de Dios en su grandeza y gloria. Su rostro se deja ver resplandeciente, espárcese una claridad celestial alrededor de él, y penetrando, digámoslo así, la Divinidad el velo de su carne mortal, deja ver sobre la tierra una imagen de la gloria que los bienaventurados gozan en el cielo. Moisés y Elias son los testigos fieles de estos misterios, y aquí es donde se puede decir con San Pablo, que so vió la justicia de Dios, autorizada por la ley y por los profetas. Pero lo que causa más admiración es, que en medio de esta especie de triunfo no se hable sino de pasión, de sufrimientos, de muerte y de aquellos sagrados, pero tristes misterios, que una excesiva caridad debía hacer cumplir en Jerusalén; para enseñarnos que es necesario en las laces que Dios nos da, en las gracias que nos hace, y en las prosperidades que nos envía, moderar nuestra alegría, á vista de las penas y de las tribulaciones de la vida; y que en los trabajos y malos sucesos que nos aligen, debemos sostener nuestra flaqueza con la esperanza de la gloria, que Jesucristo nos ha prometido.

Todo en esta transfiguración de Jesucristo es no sólo admirable, sino instructivo. La voz del Padre que se hace oír, nos encarga la

obediencia; la majestad del Hijo que se hace ver, nos muestra nuestra bienaventuranza; Elias y Moisés juntos nos representan aquel temperamento de zelo y de caridad, que hace á los hombres evangélicos, los apóstoles ya absortos de alegría, ya abatidos de temor, son figura de esos cristianos imperfectos á quienes las consolaciones afeminan y las dificultades acobardan; y San Pedro, que por una indiscreta pasión de gozar de una felicidad exterior y anticipada, quiere establecerse sobre el Tabor, y no llegar al Calvario, ¿no es imagen de aquellos cristianos preocupados, que ponen toda su dicha en donde no puede hallarse, sin querer buscarla por los caminos que la Providencia divina les ha señalado? Sobre esta parte de nuestro Evangelio tengo ánimo de detenerme, para descubrirnos nuestros errores é imprudencias para buscar nuestra bienaventuranza y procurar nuestra salvación.

Si observamos bien, hermanos míos, los unos están apegados al mundo, quieren hacerse felices en él, y no buscan la bienaventuranza donde conviene. Esta será mi primera idea. Otros no siguen las reglas del Evangelio, y por deseos que tengan de salvarse, no la buscan como conviene. Esta será mi segunda idea. Y ved aquí, hermanos míos, el asunto de este discurso, si me honráis con vuestra atención. *Ave María.*

Nada hay, hermanos míos, que tenga consecuencias más peligrosas que el formarse una falsa idea de felicidad, porque siendo el fin la regla de nuestros deseos y de los movimientos de nuestra alma, cuando uno se engaña en el fin, se propone falsos medios, se alimenta de falsas esperanzas, y siempre se camina por sendas extrañadas. Fórmase como un error universal que se esparea en toda la conducta de la vida; y este es el motivo porque no acertamos el blanco de nuestras miras. Habiendo venido Jesucristo, dice San Juan Crisóstomo, para predicar y establecer el reino de Dios, que es la bienaventuranza cristiana, prohibió expresamente aficionarse á objeto alguno de la concupiscencia, dando á las riquezas, á la grandeza y á la sabiduría mundana un carácter de reprobación, porque de ordinario se pone en ellas la confianza, y en lugar de tomarlas por consuelos que Dios ha concedido á la miseria humana, se las mira como felicidades absolutas; y porque las ventajas de esta vida producen y fomentan malos efectos, que enfrían el amor y el deseo que debemos tener por la otra, según las leyes del cristianismo.

Porque, hermanos míos, hay una mala disposición en el alma de la mayor parte de los cristianos, y aun en personas buenas, que los

aparta de su salvación, quiero decir, grande aplicación y apego á esta vida presente, y una indiferencia y gran tibieza por la que esperan en el cielo. Refiérenlo todo á sí, ó á lo que tiene conexión con ellas; ocupanse en los deseos de su comodidad, de su salud, fortuna, codicias, esperanzas, solicitudes por su establecimiento ó de su familia; embárazanse enteramente en los negocios temporales, y echan á un lado los eternos. No piensan en ellos sino rara vez, fríamente, y de ordinario los olvidan. Se hallan bien en este mundo, contentáanse con los bienes que gozan en él, y no desean, ni buscan (á lo menos con ardor y ansia) los bienes eternos que Jesucristo nos ha prometido. Bastante se deja sentir este desorden, demasiadas experiencias tenemos de ello; y con todo eso bien pocas son las personas que se examinan sobre este punto. Todo lo demás fácilmente se perdona, y aun las mismas gentes que parecen abrazar la piedad, no reflexionan sobre estos.

Yo, hermanos míos, digo que esto es buscar la bienaventuranza donde no está, y esto no conviene á un cristiano. Lo primero, porque así como hay malas obras, que nos excluyen del reino de los cielos, también hay malas disposiciones, que nos apartan y nos hacen indignos de él; esto es resistir al espíritu de Jesucristo, cuyo reino es celestial, cuyas recompensas son espirituales y cuyas promesas son eternas; porque los que se paran en las consolaciones pasajeras y en las bendiciones temporales, por arrebatados que sean por otra parte, tampoco merecen tener sino recompensas temporales y pasajeras. En segundo lugar, este estado es contrario al espíritu de penitencia, porque ¡es acaso estar loco del horror del pecado, vivir con gusto en el mundo, en donde todos los días se está en la ocasión y en el peligro de cometerlo? ¡Es amar á Dios, el complacerse en esta vida y permanecer en la ignorancia de la verdad, estando en la incertidumbre de su amor ó de su odio? ¡Es por ventura sentir la propia miseria, vivir contento con lo que se tiene, sin suspirar por lo que nos falta? El que se halla gustoso en el destierro, hace ver que no tiene mucho amor á la patria, y el que no gime como peregrino sobre la tierra, no se regocijara como ciudadano en el cielo: *Qui non genit ut peregrinus, non gaudet ut civis*; estas son palabras de San Agustín. Lo tercero, este apego natural y presente es contrario al espíritu de oración y de petición, porque no haciendo caso de nuestras miserias, no clamamos al que puede aliviarnos; y siendo la oración una expresión de nuestros deseos, pedimos flojamente el reino de Dios, que no desamos con ansia. De aquí provienen aquellas distracciones de espíritu y de corazón, que nos hacen reflexionar sobre nosotros mismos, mal que

nos pese, cuando queremos recurrir á Dios. De aquí aquellas nubes de distracciones y de aliciones humanas, que se levantan entre Dios y nosotros, aquellos deseos del siglo á que nos hemos acostumbrado, aquellas imágenes del mundo de que tenemos el espíritu lleno, aquellas memorias y aun recuerdos voluntarios de los placeres, ó de las penas que nos suceden, de que está el corazón ocupado; que son otros tantos impedimentos para la oración, y otras tantas señales de nuestra inclinación al mundo. Lo cuarto, porque nada hay tan opuesto al espíritu del cristianismo, que tan necesario es para la salvación. Desear es amar un objeto ausente; esperar es desear este mismo objeto como asequible; luego es destruir el espíritu el quitarle el amor y el deseo; luego aquel que se contenta con esta vida presente y no desea la felicidad de la otra, no tiene esperanza cristiana. Estos son los principios de la religión, y estos principios son los ciertos.

La Fe y la experiencia misma nos enseñan, que las satisfacciones que se buscan en las cosas criadas, pueden ocupar nuestro corazón, pero no saciarlo; que su corta duración no sirve sino para inquietar el ánimo del hombre, que por su disposición natural desea poseer eternamente lo que ama, y no fué criado sino para un objeto permanente. Por eso toda la Santa Escritura se esfuerza en quitarlos este afecto y esta inclinación, que tenemos á las cosas del mundo, mostrándonos por su malignidad, por su fragilidad y vanidad, que no pueden hacer nuestra dicha. Porque ¿qué es lo que nosotros podemos amar tanto? Una salud, que el tiempo arruina, y que es por sí misma causa de muchos desórdenes; una reputación, que muchas veces se gana sin mérito y se pierde sin culpa; unas alabanzas, que la mentira da á la vanidad, y la vanidad paga á la mentira; un espíritu que se agrava con el descanso, y se consume con el trabajo; una fortuna, que se establece con dificultad, y de repente cae por su propio peso; una protección, que vendrá por casualidad y os quitarán por capricho; unas riquezas que disipáis por vuestras profesiones, ó que se os quitan con violencia; unos amigos, á quienes vendréis á ser indiferentes, luego que seáis menos felices. ¿Qué esperanzas podéis fundar sobre cosas tan poco sólidas y tan poco ciertas? Y con todo eso ved aquí lo que compone esa decantada felicidad temporal, de que las gentes del mundo están tan preocupadas.

Acaso diréis, que bien lejos de estar asidos á la vida presente, le tenéis aversión; que los disgustos que se hallan en ella, las desgracias á que está expuesta, las penas que se sufren, bastan para desprender á uno de ella. Yo bien sé, hermanos míos, bien sé que Dios ha sembrado, aun en los estados más felices, amargas saludables, según

la expresión del Profeta; que ha querido desengañar á los hombres del mundo con el mundo mismo; y que por una prudencia del todo particular, derrama tan presto las prosperidades para darnos una idea de las felicidades eternas, como las adversidades para inspirarnos el disgusto de esta vida temporal. Yo bien sé que hay pocos corazones, en donde no haya alguna raíz de melancolía y de aflicción. La pérdida de los parentes, la infidelidad de los amigos, las revoluciones de la fortuna, y no son accidentes bien comunes? ¿Qué reputación hay, por justa y pura que sea, que no se halle, si no ajada, á lo menos acometida por la envidia y la murmuración? ¿Qué familia tan feliz, que no gima bajo el peso de las tribulaciones domésticas? Lo que hace decir á San Agustín, que ya casi no hay mérito en dejar y aborrecer el mundo, cuando ha llegado á hacerse desagradable, cuando ha perdido aquel falso esplendor y aquellas apariencias engañosas, con que solía encantar á los que le siguen: *Ut etiam speciem seductio- nis amisit*. Pero lo más deplorable es, que se lleva en el su cruz sin mérito: que se gasta inutilmente una penosa paciencia; que en lugar de expiar los pecados por las mortificaciones, se aumentan; y lo que se sufre, es una pena, y no una penitencia. Pero lo que más espanta es, que por trabajosa que sea esta vida, estamos muy apegados á ella, por no hacer digno concepto ni estimación de la que Dios nos prepara eternamente feliz.

Pongo aquí por testigo á vuestra conciencia. Vosotros os quejáis del mundo, pero no os desprendéis de él. La codicia derrama sus lágrimas, como la caridad; llorase en Babilonia como en Jerusalén; pero este disgusto no nace de que deseáis vuestra salvación, sino de que estáis sumergidos, y no satisfechos, en vuestros placeres. No es la caridad la que se aflige de estar apartada de Dios; es la codicia la que se queja de no verse satisfecha. No son la alegría ó la tristeza, en las que repara Dios; son sí el corazón y el deseo; y qué diferencia halláis vosotros entre los que tienen su consolación sobre la tierra, y los que gimen por no tenerla? ¿entre los que aman la vida, porque gozan de los bienes del mundo, y los que la aborrecen, porque no llegan á gozarla como quisieran? El menor rayo de fortuna disiparía vuestra tristeza; y la señal más palpable de la pasión ardiente que tenéis por el mundo, es que aún no puede ser apagada por el modo tan dominante y tan tirano con que os trata. Lo que hace ver, que vosotros podéis no estar contentos, pero que aún no estáis desengañados; y que buscáis en él vuestra felicidad, en lugar de buscarla en la posesión del mismo Dios.

¿Queréis, pues, conocer si no tenéis este apego á la vida presen-

te? Pues juzgad vosotros mismos, si tenéis un disgusto general en todo aquello que os aparta de Dios; si camináis acá bajo con actividad, como un pasajero que camina á largas jornadas hacia su patria; si tenéis el peligro en que estáis de perder la felicidad á que aspiráis; si consideraréis como una desgracia el gozar para siempre de todos los bienes de la tierra, si fuese preciso verse privado por esto de los bienes eternos; si lloráis la ceguedad de los hombres, que engañándose en el negocio de la bienaventuranza ó de su salvación, ordinariamente les sucede, ó desear lo que no pueden tener (y este es un tormento), ó tener lo que no debieran desear (y este es un error), ó no amar lo que convendría amar y desear únicamente (y esta es la mayor de todas las desgracias).

Veid aquí cómo se busca la bienaventuranza en donde no está, y cómo se dice: *Bonum est nos hic esse*. Veamos, para nuestra instrucción, quiénes son los que no la buscan como conviene, y á quiénes se les puede decir: *Nesciebat quid diceret*.

Si se hubiese de juzgar de las palabras y de las intenciones de San Pedro sobre el Tabor por las reglas de la razón y del común modo de pensar, parece que nada hay en ellas que no sea virtuoso y loable. Deseó ser feliz, y no hay cosa más natural; no pone su felicidad en las grandezas ó en las fortunas del mundo, sino en la vista y en la contemplación de Jesucristo; ¿hay cosa más santa? Por grandes que sean sus deseos de hacer esta dicha durable, con todo eso nada quiere sino con el beneplácito de su Maestro: *Si vis; si queréis, Señor; ¿hay cosa más razonable, ni acción más sumisa?* Sale como fuera de sí mismo; dice San León, y se eleva sobre todas las cosas criadas, por un exceso de amor, de alegría, de deseo y de admiración de las eternas; ¿hay pensamiento más noble? Y con todo eso el Espíritu Santo nos enseña por sí mismo, que no sabia lo que se decía: *Nesciebat quid diceret*.

¿Cuál es, pues, el defecto de San Pedro? Es, dice San Juan Crisostoma, que la propuesta que hace de quedarse en el Tabor, no tanto proviene de un deseo constante de estar con Jesucristo, como del placer que siente en verle de aquel modo glorioso. Es un fervor pasajero, que una consolación exterior hace producir; y que resfriada en la primera persecución. Quiere gozar de la bienaventuranza y emplearse en la vista de Jesucristo; pero luego que halle alguna dificultad ó algún peligro en seguirle, temblará, se retirará de él y le negará. ¿No reconocéis vosotros en esto aquellos deseos superficiales, interesados y débiles que nos vienen de salvarnos y de gozar de la felicidad de los santos? Y si se considera esta bienaventuranza en

si misma, ¿hay cosa más grande? Es la verdad contemplada sin velo y sin nube; es la caridad sin mezcla alguna de amor propio; es la vista de Dios, no por imágenes y enigmas, sino descubiertamente y cara á cara; es el gozo de un bien eterno é infinito, que se ama ardentemente, pero sin inquietud; que siempre se posee igualmente, pero sin ningún disgusto; es la felicidad del hombre, que en la substancia es del mismo orden que la de Dios, porque así como sólo Dios puede hacerse feliz, y su felicidad no podría ser inferior á lo que él es, así también él solo puede ser su felicidad y ser á un mismo tiempo la felicidad de las criaturas racionales. Digámoslo en una palabra: ese Dios mismo que nos hace semejantes á sí, para hacernos capaces de sus comunicaciones eternas, nos da á gozar en nuestro cuerpo y en nuestra alma de los bienes divinos é incomprensibles que ha preparado á sus escogidos.

Peró como, por un orden de la providencia de Dios, las cosas más elevadas son también las más difíciles, la corrupción de la naturaleza, las preocupaciones de la costumbre y las relajaciones del siglo forman sin cesar obstáculos á nuestra salvación. Es necesario tener, dice San Agustín, un deseo constante y entero; querer fuerte y plenamente, *fortiter et plene*: fuertemente, porque es necesario juntar el trabajo y las buenas obras al deseo y á la esperanza; plenamente, porque es necesario reducir estos deseos y estas buenas obras á un solo y último fin; fuertemente, porque es necesario vencer los obstáculos que se encuentran; plenamente, porque es necesario recoger todos los frutos de las gracias que Dios nos ha hecho; fuertemente, porque Dios se da á título de recompensa; plenamente, porque se da á título de bienaventuranza. No obstante, si examináis ese deseo, que la mayor parte de los cristianos dicen que tienen de conseguir su salvación, hallaréis que es una reflexión del espíritu, y no un movimiento de la voluntad; es un testimonio que se da de que hay una bienaventuranza, y no una resolución que se tiene de hacer todo lo que conviene para conseguirla; es un aspecto de religión, que la conciencia quiere que se dé, cuando enteramente no se ha renunciado á Jesucristo y á su palabra; es un resto de fe, que la vista de algún objeto sensible acaso habrá suscitado; es el objeto de una devoción más aparente que sólida, que produce por intervalos ciertos gustos espirituales en una alma, por otra parte tibia é indiferente.

Desean en general el salvarse, pero no trabajan jamás con ahínco; es un proyecto vago de corregirse y de reformar las costumbres, que siempre se queda en el pensamiento, y jamás se pone por obra; porque el mundo está lleno de gentes bien intencionadas, que jamás

electúan sus buenas intenciones; que conocen la verdad, y que no obran la justicia; que condenan todos sus vicios en conjunto, y jamás castigan uno de ellos en particular; que dicen incesantemente, *quiero, quiero*, y á la menor dificultad que se les presenta, ya olvidan lo que han querido; valientes en palabras, y cobardes en la acción; pacientes y sufridos cuando nada tienen que sufrir; humildes cuando nadie los desprecia; castos cuando no son tentados; justos cuando no se atraviesan sus intereses; caritativos cuando no les cuesta nada.

El segundo defecto de la propuesta que hace San Pedro á Jesucristo, es que quiere hacer él mismo su suerte y eximirse de las órdenes de la providencia de Dios; quiere quedarse á los pies de Jesucristo, estando destinado á predicar su Evangelio; queria más contemplar su rostro resplandeciente que pensar en la conversión de los pueblos, á la cual era llamado; piensa, en fin, en su felicidad particular. En vísperas de la pasión de su Maestro, en su debía prepararse á la persecución y al sufrimiento, quiere vivir en las consolaciones que tiene de Jesucristo y en una ociosa contemplación de su gloria; y así sale de los límites de su destino y de su estado: *Nesciebat quid diceret*. ¿No es este el error de la mayor parte de los hombres, aun de aquellos que hacen profesión de piedad? Quieren distinguirse, singularizarse y hacer un papel diferente del que Dios quiere que hagan.

Es cierto, y toda la Escritura nos lo enseña, que dentro de la misma religión hay vocaciones y estados diversos, que tienen sus virtudes y obligaciones propias y proporcionadas. Dios lo ha querido así, dicen los Padres, para que toda suerte de hombres sirvan á los fines para los cuales han sido destinados; y así como en la creación del mundo mandó á las plantas que cada una llevase el fruto según su especie, así también en el arreglo de su Iglesia ha mandado á todos los cristianos hacer frutos de buenas obras, cada uno según su vocación particular. En lo cual hace ver los diferentes efectos, ó, según las palabras del Apóstol, *las diferentes formas de su gracia*, que se comunica tan diversa y tan abundantemente. También es cierto que Dios conduce á sus escogidos por medios conformes al estado en que los ha puesto; que ha ligado su salvación á estos medios, y que la perfección de cada uno consiste en las prácticas de las virtudes que le convienen en su profesión; pero, sin embargo, no hay tentación más peligrosa ni más común que la de querer salir de los límites de su estado, con apariencia del mayor bien que se cree poder hacer; porque se apodera del espíritu humano no sé qué inquietud en el camino de su salvación, que hace sentir dificultad en mante-

nerse en el orden en que Dios le ha puesto y en que debe estar.

El tercer error de San Pedro, dice San Bernardo, es que quiere participar de la gloria de Jesucristo antes de tener parte en su pasión y sufrimientos; y de este modo invertir el orden establecido por Dios para la conducta de sus escogidos. *Los ha llamado*, dice San Pablo, *y los ha destinado á ser conformes á la imagen de su Hijo*. Pero como fué preciso que Jesucristo sufriese antes de entrar en su reino, ha dispuesto que los que le pertenecen lleguen á su gloria por las penas de esta vida, ya para experimentar su fidelidad, ya porque siendo esta gloria el fruto de los sufrimientos de Jesucristo crucificado, debemos adquirirla por los mismos medios que nos la ha merecido; ya porque la providencia de Dios, que nos ha querido imponer la necesidad de trabajar en nuestra salvación, nos ha querido también excitar á vencer los obstáculos que se encuentran en ella, por la esperanza de una eternidad bienaventurada. Y así todas las expresiones de que la Escritura se vale para denotar esta gloria, comprenden lo que es necesario hacer para conseguirla, y casi no se podría delinir sino por las penas que cuesta. Porque ¿qué es la gloria que Dios prepara á los bienaventurados? Es una recompensa; luego es necesario haber servido para obtenerla; es la corona de justicia; luego es necesario haber combatido á los enemigos de nuestra salvación: es el reino de los cielos, y Jesucristo nos enseña en el Evangelio, que es necesario conquistarlo *y arrebatarlo con violencia*. Es la bienaventuranza, y Jesucristo la aplica en esta vida á la pobreza, á la humildad y á la paciencia. Luego indiscretamente y sin razón, dicen los Padres, se quiere recoger el gozo de la retribución en la eternidad, si no se ha sembrado en las tribulaciones en este mundo, y si en las tentaciones que nos rodean, no se ha pedido á Dios la paciencia antes que la felicidad; porque el tiempo del trabajo y del sufrimiento debe preceder al del reposo y de la gloria.

Pues, hermanos míos, consultad á la mayor parte de los cristianos, y os dirán que aspiran á la eternidad; que el cielo es el objeto de su esperanza; que tienen como los demás sus deseos y sus pretensiones á la bienaventuranza; pero examinad su vida, y veréis que si la mortificación y la penitencia son los medios de llegar á ella, no van por los caminos que son necesarios. El espíritu del mundo, la sensualidad y la delicadeza particularmente reinan en ellos.

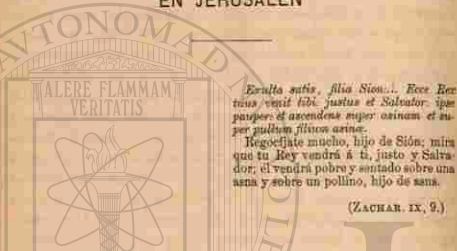
En fin, hermanos míos, lo que el Evangelio reprende en San Pedro, es que quiere detenerse en el Tabor, como si hubiese arribado á su perfección; lo que hace decir á San Juan Crisóstomo: ¿Qué decís, Pedro? ¿Crecéis haber consumado la obra de vuestra santifica-

ción? Todavía tenéis una carrera muy larga que andar; debéis ser apóstol, pontífice y mártir de Jesucristo, y el ministro soberano de su Iglesia; para enseñarnos, que es una ilusión hacerse un plan de piedad distinto del que nos ha señalado la voluntad divina. Por eso la Escritura nos enseña, que es necesario adelantar siempre en los caminos de Dios; que la verdadera virtud no se detiene en un término, ni es limitada por el tiempo; que el justo va siempre de bueno á mejor, y jamás dice *basta*; que el espíritu del hombre jamás permanece en un mismo estado; que es necesario que crezca ó que disminuya en virtud; que el no adquirir es perder, y disipar el no recoger con Jesucristo; y que, en fin, sucede lo mismo en la religión que en aquella escala mística de Jacob, en que los ángeles subían y bajaban; esto es, que no hay medio, dice San Bernardo, entre el fervor y la religión, entre el progreso y la decadencia. No obstante, descuidase mucho; siempre se cree haber hecho bastante; no se aspira sino á una medianía de virtud, con la cual se juzga que infaliblemente se asegura la salvación. Mirase á los más imperfectos, y se hace una conciencia de comparación, por la cual se prefiere uno á los demás. En los bienes de fortuna siempre se mira á los que son superiores, á los más poderosos, á los más felices, á los más ricos, con el fin de excitar la codicia, y se aparta la vista de la indigencia; pero en los bienes espirituales siempre se mira á los que son inferiores, á los que son menos justos, menos caritativos, á los menos pacientes, á los menos sufridos, á fin de lisonjear el orgullo propio, disminuir las obligaciones y autorizar la relajación. ¿Pues no tengo yo motivo de decir á los que quieren conseguir por estos medios la bienaventuranza, como el Evangelio dice de San Pedro, que arriesgan su salvación, y que no saben lo que se dicen ni lo que se hacen? *Nesciebat quid diceret*.

Dichoso, pues, aquel que busca la bienaventuranza donde conviene! Pero más dichoso el que la busca como conviene, y fijando sus pensamientos y deseos en las promesas que le hace la Fe, acomoda su conducta á las reglas que ella le muestra, y de este modo se pone en estado de merecer el cumplimiento de lo que le promete, que es lo que yo os deseo. *Amén*.

LA ENTRADA TRIUNFANTE DE JESUCRISTO

EN JERUSALEN



Exulta satis, filia Sion. i. Ecce Rex tuus venit tibi, justus et Salvator: ipse pauper: et ascendens super osinum et super pulvum filium asinae.
Regocijate mucho, hijo de Sión; mira que tu Rey vendrá á ti, justo y Salvador; él vendrá pobre y sentado sobre una asna y sobre un pollino, hijo de asna.

(ZACHAR. IX, 9.)

Como Jesucristo es hombre y Dios, amados hermanos míos, por eso sus misterios son un compuesto de sencillez y de grandeza, de modestia y de majestad, de pobreza y de magnificencia. Y como las miserias reales de la naturaleza humana, de que se hallaba vestido, en nada alteraron la verdad de su naturaleza divina, por eso las apariencias humildes en nada obscurecieron la grandeza, la magnificencia y la gloria de sus misterios. Mirad, si no, el misterio de hoy, que siete siglos antes fué descrito por Zacarías, más bien como evangelista que como profeta. Es verdad que Jesucristo, según esta admirable historia profética, entra hoy en Jerusalén sin otro séquito que la compañía de sus Apóstoles, sin otro ejército que las turbas devotas, sin otras armas que la palma y la oliva, sin más carruajes que un despreciable jumento, sin más aparato que las pobres vestiduras de sus discípulos, sin más pompa que la modestia de sus miradas, la dulzura de su rostro, la pobreza y la mansedumbre de su aspecto. Sin embargo, bajo unas apariencias tan sencillas y tan pobres, no por eso, como dice el Profeta, deja de manifestarse Hijo de Dios y Salvador del hombre, no por eso deja de mostrarse el Rey justo y poderoso de los judíos, que, destruyendo las armas de sus enemigos, sujeta é incorpora hoy los gentiles á su pacífico reino; no por eso deja de mostrarse Dios Criador y Señor del mundo, cuyo imperio no tiene más límites que el universo ni más término que la eter-

nidad. Y por lo mismo, esta entrada en Jerusalén, tan insignificante en las apariencias, no deja de ser, sin embargo, uno de los más ruidosos milagros, uno de los más grandes acontecimientos de la vida del Señor, digno de la admiración y de la alegría de la verdadera Sión, la Iglesia: *Exulta satis filia Sion.*

Hoy veremos cómo en su entrada en Jerusalén cumplió el Señor en este día una profecía tan espléndida, y cómo bajo unas apariencias tan humildes se manifestó verdadero Dios, verdadero Rey y verdadero Salvador del mundo, manifestando al mismo tiempo los misterios que el orgullo despreciaba porque no los conoce, pero que son de un valor infinito para la fe, que los cree y los admira. *Ave María.*

Estaba mandado á los judíos por la ley, hermanos míos, que en el mes de Nizán, en que se celebraba la Pascua, desde el día diez se proveyese cada uno de un cordero, que se debía inmolarse en el día catorce, para ser comido en aquella tarde. Por consiguiente, en la dominica anterior, tal día como hoy, entraban en la ciudad, adornados con cintas y con flores, entre las aclamaciones del pueblo, los corderos que debían ser sacrificados el jueves siguiente.

No hay cosa más cierta en la Iglesia, exceptuando la autoridad de la Escritura y de la tradición, que la fe de que este cordero que se inmolaba por los hebreos en la Pascua era el tipo y la figura de Jesucristo, verdadero Cordero de Dios, que debía ser sacrificado para borrar el pecado del mundo.

Y para cumplir este rito profético, como dicen los intérpretes, Jesucristo, el Cordero de Dios, que en el mismo rito estaba figurado, quiso entrar hoy en Jerusalén cuando entraban en esta ciudad los corderos, que eran su figura. Y entra en ella entre las aclamaciones del mismo pueblo que debía crucificarle cuatro días después, de la misma manera que entraban en este día en ella los corderos entre las aclamaciones del mismo pueblo por quien eran inmolados cuatro días después. Y así como antes de tomar parte el pueblo en la inmolación de los corderos y derramar su sangre en la tarde del jueves, todo el pueblo los festejaba en la dominica al entrar en la ciudad, y los miraba y los reconocía como el signo visible de la protección divina y de la salvación de todos; de la misma manera Jesucristo, antes que todo este pueblo conspirase el jueves á su muerte y á su inmolación, pidiendo con grandes gritos que su sangre se derramase sobre todas las familias y sobre todas las personas judaicas: *Sanguis ejus super nos et super filios nostros*, quiso también ser festejado hoy por este mismo pueblo, quiso ser reconocido, saludado y aclamado

por él como el verdadero Rey de Israel, el verdadero Mesías, el verdadero Salvador, justo, santo, puro, bendito, separado de los pecadores; y por lo mismo, el verdadero Cordero, la verdadera víctima, la única digna de ser ofrecida en sacrificio a Dios por la salvación del mundo.

¡Oh sabiduría, oh providencia, oh consejo de este Dios Salvador, cuidadoso de darse a conocer como el tipo de todas las figuras, el objeto de todas las profecías, la realidad de todas las imágenes, la verdad de todas las sombras, probando al mismo tiempo que todo fue escrito por él, que todo se refería a él; que la ley, con sus ritos, con sus ceremonias, se ordenaba a él, y que por lo mismo, en él y por él debía tener su fin, su realidad y su cumplimiento.

Reflexion los evangelistas que, dirigiéndose el Salvador a pie a Jerusalén, parándose a una milla de distancia de la ciudad, en Betania, junto a Betfage, llamó a dos de sus discípulos y les dijo: «Id al momento a esa aldea que está enfrente de vosotros, y allí hallaréis una asna y un pollino con ella, atados fuera de una puerta, en medio del camino público. No os informéis de quién es su dueño; no perderéis tiempo en examinar si es conveniente tomarlos sin decir nada; desatadlos y traedme al momento la madre y el hijo. Este hijo sé que todavía no ha sido montado por nadie; por lo mismo, podéis considerarlo como indómito y poco a propósito para mí, ó al menos inútil, porque una sola cabalgadura sería bastante; pero yo quiero que traigáis los dos. Si alguno os dijere: «¿Qué es lo que hacéis? ¿Por qué desatáis esos animales? ¿Con qué derecho tomáis lo que no es vuestro?» Sin entrar en largos discursos, le responderéis simplemente: «El Señor tiene necesidad de estos jumentos; el Señor los ha menester; y al momento os los dejarán.»

¡Cuán majestuosa en su misma sencillez es esta orden del Salvador! ¡Cuán magníficas son estas palabras que él pone en la boca de sus Apóstoles: *El Señor tiene necesidad de ellos!* Prohibiéndoles que digesen: El Señor nuestro, el Señor vuestro, el Señor de Nazaret, el Señor de Jerusalén; y mandándoles que digesen sólo *el Señor*, sin otro agregado que, particularizándolo, no hubiera hecho más que limitar su dominio y su poder, les manda que lo anuncien como *el Señor por excelencia*, el Señor absoluto, el Señor verdadero, el Señor único, que, por lo mismo que no es el Señor de una cosa ni de un lugar especial, es el Señor universal de todo, del cielo y de la tierra, de los hombres y de los animales, de todo cuanto vive y de todo cuanto existe. ¡Cuán poderosas son también estas palabras: *Y al momento os serán entregados!* Porque fue lo mismo que decirles: «Vues-

tras palabras tendrán al momento un efecto infalible, porque recibirán de mí, que os las he sugerido, una fuerza a la que nada resiste. Nada se os replicará a esta vuestra respuesta; no se os pedirá prenda ni garantía alguna; no vendrá ninguno tras de vosotros para ver dónde conducis estos animales; no se os encargará que los volváis al momento después que yo me haya servido de ellos, sino que los dejarán en vuestro poder, como si fueseis sus dueños.»

Todo esto se verificó de la misma manera que Jesucristo lo ha dispuesto y anunciado. Los discípulos encuentran los dos jumentos en el lugar indicado y se apresuran a desatarlos. El dueño los reconviene; pero habiendo oído las sublimes palabras que Jesucristo había dictado a los discípulos, «El Señor necesita de ellos», sin dificultad alguna se los dejó llevar. Habiendo presentado, pues, ante Jesucristo la asna y su hijo, los Apóstoles colocaron sobre ellos sus mismas vestiduras, en lugar de albardas, é hicieron que el Señor se subiese en ellos.

Pero ¿qué significa todo esto? Desde Betania a Jerusalén sólo había la distancia de una milla, y el Salvador la había andado siempre a pie. ¿Por qué, pues, quiere hoy andarla subido en un jumento?

San Mateo, citando el vaticinio de Zacarías, dice que este hecho tan singular, tan extraordinario y tan nuevo, fue el cumplimiento de la citada profecía. Y el evangelista San Juan observa que los mismos Apóstoles no comprendieron al principio cosa alguna de este acontecimiento, y que sólo después de la resurrección del Señor, cuando recibieron de él el conocimiento y la inteligencia de la Escritura, acordándose de este día, comprendieron que Jesucristo había cumplido en él la profecía de Zacarías; que este vaticinio se refería a él, y que ellos, sin comprender entonces el misterio que se representaba, habían cooperado a cumplirlo. Es un hecho indudable, y los mismos judíos convienen en él, que las magníficas y misteriosas palabras de Zacarías ya citadas son una profecía que se refiere al Mesías, y que a ningún otro pueden referirse, porque el Mesías está retratado en ellas con todos los rasgos de su persona, de su misión y de sus prodigios. Es indudable también que esta profecía no se cumplió a la letra más que en Jesucristo y por Jesucristo, porque de él solo se lee que entrase en Jerusalén de la manera indicada por el Profeta; y ninguno, ni antes ni después de él, entró en Jerusalén de ese modo. Ved aquí, pues, en esta conformidad perfecta de la profecía con el hecho, un nuevo argumento, contra el cual nada se puede objetar, de que Jesucristo es el verdadero Mesías, el verdadero Salvador anunciado al mundo y esperado por el mundo. Y ved aquí la

primera razón por que el Señor ha querido entrar hoy en Jerusalem en una actitud tan humilde y tan gloriosa, esto es, para cumplir la luminosa profecía, y obtener de ese modo la fe de los judíos y confirmarnos á nosotros en la nuestra.

Pero ¿qué significa la circunstancia notada por los evangelistas, de que los Apóstoles pusieron sus mantos sobre los dos jumentos y ayudaron á Jesucristo á subir á ellos?

¡Oh, cuán bello é importante misterio figuraron los Apóstoles en este acto de respetuosa piedad! dice San Jerónimo. Ellos nos enseñaron que la Iglesia está fundada sobre los mismos Apóstoles; que ellos son los verdaderos doctores del uno y del otro pueblo; que para tener una fe saludable, es necesario creer como ellos; que las verdaderas doctrinas son las que ellos enseñaron; que la verdadera Iglesia no abandona sus vestiduras, herencia preciosa que de ellos ha recibido, ni las oculta debajo de otras más nuevas; es decir, que toda doctrina nueva es una invención humana; que todo aquello que tiene el sello de la novedad, tiene también el sello del error; que el verdadero pueblo en que se sienta Jesucristo, en que Jesucristo reina, en que Jesucristo reposa, que Jesucristo dirige y que Jesucristo guía, es aquel pueblo, son aquellas almas que se hallan cubiertas con las vestiduras de los Apóstoles, con su doctrina, con sus ejemplos y con sus virtudes, que creen lo que ellos, primeros maestros de la fe, creyeron, y practican lo que ellos practicaron; vestiduras siempre nuevas y siempre candidas, que jamás cuvejecen, que jamás se manchan, que jamás se rompen, que ostentan los colores más vivos, y que son las únicas que atraen las miradas y las complacencias de Jesucristo.

Mas apenas los que habían encontrado al Señor en Betania esperecen la noticia de que él iba á Jerusalem, toda la ciudad se pone en movimiento, todo el pueblo sale en turba á su encuentro para acompañarlo en el camino. Unos van delante de él y otros le siguen. Al pasar por el monte Olivete, todos cogen ramos. Cada cual desea tener un ramo de oliva ó una palma en la mano y tomar parte en este triunfo. Porque con la palma, símbolo de la victoria, como dice San Agustín, debía ser acompañado aquel que iba á triunfar de la muerte, muriendo, y á triunfar con el trofeo de la cruz, del diablo, autor de la muerte. La turba crece por momentos; el ancho camino que conduce á la ciudad no basta á contenerla. Todos elevan sus manos, todos agitan en los aires la oliva ó la palma, la alegría brilla en los ojos de todos, el entusiasmo se ve pintado en todos los semblantes, todas las lenguas se desatan en bendiciones y en alabanzas,

los gritos festivos de toda la multitud resuenan en el cercano monte, y desde el monte Olivete retumban en el Calvario. El fin de la vida preciosa del Salvador del mundo es acompañado por el pueblo con el mismo cántico con que los ángeles anunciaron su nacimiento, gritando todos á la vez: «La paz del cielo sea hoy para los hombres en la tierra, y gloria para Dios en lo más alto de los cielos. Ved aquí el Rey bendito que viene en el nombre del Señor.» Y después continúan: «El es el que fué prometido á David, nuestro Padre, como restaurador de su reino.» Salvados, Señor, verdadero Hijo de David; salvados, no en el cuerpo, sino en el alma; no sólo en la tierra, sino en los cielos: *Hosanna filio David, hosanna in excelsis!* Y los que preceden y los que siguen repiten: *Hosanna!* El gozo es general, la alegría es común, todos los entendimientos se elevan, todos los corazones se estremecen, todas las cabezas se inclinan ante él, todas las manos lo señalan, todas las lenguas lo alaban, todas las bocas lo bendicen. Y notad también que el hecho de esparcir flores y hojas, principalmente de laurel, al paso de los reyes y de los conquistadores, se practicaba con mucha frecuencia; pero no se lee en ninguna historia que los súbditos se despojasen de sus vestiduras para tenderlas bajo los pies de sus reyes. Esta demostración, absolutamente nueva, de religiosa piedad, dió también el pueblo de Jerusalem al Salvador del mundo.

Pero ¿de dónde ha podido nacer una resolución tan pronta y tan general? ¿Qué ven ellos en Jesucristo para acclamationarlo rey con tanto entusiasmo y con tanto fervor? Ningun rey, ni antes ni después, entró con más honores en la metrópoli de su reino, que Jesucristo entra hoy en Jerusalem; pero ninguno entró tampoco, observa el Crisóstomo, con aparato tan sencillo y tan modesto. No le preceden trofeos de ciudades conquistadas, ni le rodean guardias de honor, ni le siguen reyes prisioneros, ni le acompañan ejércitos victoriosos. En vez de una carroza real, se presenta sobre un humilde jumento prestado, y enjaezado por los pobres mantos de los discípulos; en vez de cortesanos armados, se presenta rodeado de sus doce Apóstoles. Nada tiene de la gloria, de la magnificencia, de la riqueza, del lujo, del estrépito ni del terror que acompaña á los reyes de la tierra. Nada tiene de lo que pueda hacerlo temer, sino todo aquello que pueda hacerlo amar; todo en él y á su alrededor respira modestia, pobreza, mansedumbre, gracia y dulzura. El camino, no imponiendo tributos, sino prometiendo gracias; no intimando la servidumbre, sino llevando la salud. Entra, en fin, como lo había anunciado el Profeta, cuando tantos siglos antes lo pintó con los más vivos colores, con los ras-

gos más fees, como si lo hubiese visto con sus propios ojos: *Ecos Rex tuus vestit tibi justus (mansuetus) et pauper et Salvator, sedens super pullum asinum?*

¡Oh cuán bello es ver á Jesucristo, mientras cumple tantas profecías antiguas, obrar tan grandes, tan nuevos y tan estrepitosos prodigios! Porque, en efecto, ¿quién pudo revelar tan claramente al pueblo, que Jesucristo con un exterior tan poco á propósito para subyugar é imponer, era el verdadero rey de Israel, el Mesias prometido por Dios á David, su verdadero heredero, el restaurador de su reino espiritual, el Salvador del mundo, y hacer que lo saludase como el verdadero enviado de Dios, el bendito de Dios, que viene á traer la bendición al pueblo, la paz á la tierra y la gloria al cielo? ¿Quién ha podido mudar en un instante las ideas equivocadas, las preocupaciones inveteradas que este pueblo se habia formado del Mesias que esperaba? ¿Quién ha podido elevar sus almas hasta el punto de no escandalizarse de un aparato de tanta humildad y de tanta miseria, y hacerles entender el misterio del Mesias, como lo entendieron Moisés y los profetas? ¿Quién ha podido, de un pueblo material, corrompido y enemigo de Jesucristo, formar de repente un pueblo espiritual, santo y amoroso? ¿Quién ha podido domesticar este indócil jumento, ponerle el freno y hacer que de su boca, acostumbrada á la blasfemia, saliesen los himnos de los ángeles y la alabanza y la bendición de los profetas? ¿Quién ha podido disipar en un momento el temor infundido por la Sinagoga á todo el que osase siquiera nombrar á Jesucristo, y que obligaba á todos al silencio, y no permitía que ninguno se declarase á su favor? ¿Qué se hicieron las amenazas, repetidas tantas veces por los sacerdotes, de excomulgar á todo el que osase reconocer á Jesucristo por el Mesias? ¿Quién ha podido obrar estos cambios tan grandes y tan repentinos? ¿Quién ha podido inspirar de improviso un celo por honrar á Jesucristo, tan vivo, tan universal, tan firme y tan superior á todas las consideraciones humanas? Buen Dios, exclama en este lugar el Crisóstomo, ¿cuántos prodigios no supone este prodigio! Los reyes de la tierra nada pueden por sí mismos, porque nada han criado. Toda su riqueza es ajena, toda su magnificencia es prestada, toda su fuerza sensible resulta de los impuestos públicos, que les proporcionan hombres y dinero. Pero Jesucristo demuestra hoy que dispone de una fuerza invisible, pero omnipotente, que reside plenamente en él. Jesucristo se anuncia hoy Rey semejante á los otros reyes, Rey único y verdadero, que, en las apariencias humildes del hombre, es verdaderamente Dios, Rey de una independencia absoluta y de una grandeza infinita, Rey cuyo

reino sólo depende de su voluntad, y que tiene en sí el principio, el derecho de su imperio y la fuerza necesaria para hacerse obedecer. Jesucristo se manifiesta hoy un Rey, á quien está sujeta la naturaleza espiritual y corpórea, que dispone de las voluntades libres lo mismo que de las cosas insensibles; que se forma é mismo todos sus súbditos, cuya obediencia es un efecto secreto de su gracia; que no necesita más que descorrer un poco el velo, para manifestarse cómo es en sí, y que en el momento en que le place reinar sobre un pueblo, sin más armas que las impresiones de su gracia, sin otro cetro que la mansedumbre y la paz, somete á sí las gentes, hace que todos los espíritus se humillen para reconocerle, que todos los corazones se muevan para amarle, que todas las lenguas se apresuren á tributarle homenaje, y de este modo funda un imperio que no conoce límites.

Mas al cumplir el vaticinio de Zacarías, hace el mismo otro vaticinio más espléndido y más magnífico. Los prodigios que obra en Jerusalén son prendas y figuras de otros prodigios mayores que ha de hacer dentro de poco en todo el mundo. El no dirá terrenos herenos á sus discípulos, sino que les aconsejará su misma pobreza. No llenará la tierra de armas y guerreros, sino que mostrará tan sólo un leño de deshonor. No derramará la sangre de sus enemigos, sino su propia sangre y la de sus amigos. Será rey, pero tendrá por cetro una caña, por diadema una corona de espinas, por manto real un girón de púrpura, por oro su caridad, por trofeos sus llagas, y por trofeo su cruz. No hará la guerra, sino que llevará la paz; no usará de la fuerza, sino de la gracia; no llevará el espanto á los espíritus, sino el amor á los corazones. Sin embargo, conseguirá derrocar el poder humano, que se ha de oponer al establecimiento de su reino; reducirá á polvo el cetro de los Césares, que intentarían perseguir su religión; humillará el orgullo de los grandes de la tierra y las fuerzas del infierno; unirá los judíos á los gentiles; sujetará el mundo de un extremo á otro, y fundará un reino para toda la eternidad. ¡Oh dulcísima regalía de Jesucristo, cuya base es la santidad, cuyo ornato es la mansedumbre, cuya gloria es el perdón, cuya magnificencia es la gracia, y cuyo fruto es la salvación eterna! Sed, Señor, nuestro Rey verdadero y único. Reinad en nuestro entendimiento con vuestra fe, en nuestro corazón con vuestra caridad, y en nuestra conducta con vuestros ejemplos. No nos separéis de Vos ni os separéis de nosotros, sino reinad en nosotros y con nosotros, en el tiempo y en la eternidad. *Amén.*

TRIUNFO DE JESUCRISTO EN JERUSALÉN

*Dixit Altis Sion, ecce Rex tuus venit tibi munusculus.
Dixit á la hija de Sion: he aquí tu rey viene manso para tí.*

(S. MAT. c. 21, v. 5.)

Este es el día en que da principio el solemne recuerdo de los misterios más tristes y melancólicos, que tan amargamente lamenta el profeta Jeremías; y no obstante esto la Iglesia, que para preparar mejor á sus hijos á la celebración de estos misterios, quiere que se entreguen á un llanto copioso y amargo; esta misma cariñosa madre no sólo suspende en este día todas las demostraciones del dolor y la tristeza, sino que convida á todos á participar de su inmenso regocijo. Esto parece tanto más extraño cuanto que el motivo que nos propone para inspirarnos este regocijo, debería excitar con más poderosa razón á una profunda tristeza, á un llanto inconsolable. Es verdad que hoy se presenta en medio de las más festivas aclamaciones el Rey más justo y poderoso, el Rey más amable de los reyes, ostentando por su numerosa, lucida y entusiasmada comitiva las señales de un célebre y glorioso triunfo; pero este pueblo que de tal manera le honra, ¿no es la ciudad de Jerusalén? ¿no es la ciudad decidida? ¿esa misma ciudad, en que hace pocos días se ha decretado irrevocablemente su muerte? ¿esa misma ciudad, en la que se le busca con la más exquisita diligencia, para asegurarle y hacerle sufrir una sentencia tan inhumana? ¿esa misma ciudad, en que realmente ha de morir dentro de cinco días?

Si los hebreos, oprimidos con una cruel esclavitud, hubieran conocido que Moisés se presentaba en la corte de Faraón por misión divina; hubieran experimentado un consuelo inexplicable, y entregados á las demostraciones más públicas y expresivas de su regocijo, si la falta de libertad no se lo impidiera, celebrando la entrada de su libertador, bendiciendo con humilde reconocimiento al Señor que se dignaba enviarle, y tributando mil elogios al enviado, que con

tan heroica firmeza arrostraba los grandes peligros á que le exponía aquella empresa, cuyo objeto era poner fin á sus trabajos y conducirlos á la posesión de la tierra prometida. Nosotros que sabemos con certeza que el Rey que hoy entra triunfante en Jerusalén, viene precisamente para nosotros, para sacarnos de la esclavitud de Satanás, ¿cómo podremos ocultar nuestro regocijo, aunque preveamos su muerte, si no podemos dudar que nuestra salvación pende de este sacrificio?

Esta es, señores, la causa de exhortarnos hoy la Iglesia santa á la satisfacción y al júbilo; y por esto mismo os exhortaré yo también á que, sin olvidar el sacrificio de la cruz, celebréis el misterio de este día. Para poder hacerlo con acierto, pidamos al Señor los auxilios de su gracia soberana. *Ave María.*

Tal era la admiración que ocasionó á las turbas la vista del poder, de la sabiduría y bondad de Jesús Nazareno, que estaban decididas á aclamarle públicamente por su rey; pero este amable redentor, movido de aquella humildad sublime que tanto procuraba inspirar á su pueblo, se ocultó á su vista por una especie de milagro, para impedir lo que hubiera sido muy difícil permaneciendo en su compañía. Este notable acontecimiento habia tenido lugar muy pocos días antes; y á pesar de esto, hoy se presenta el mismo sin que nadie le busque ni solicite al efecto; el mismo por un movimiento propio de su voluntad se presenta en Jerusalén de un modo no acostumbrado, con el fin de recibir los aplausos y aclamaciones de todos sus habitantes y de las mismas turbas, cuyos obsequios acababa de despreciar; el mismo se presenta á propósito para llamar sobre sí la atención universal.

Si se trata de averiguar la causa de esta conducta, tan contradictoria al parecer, luego se ofrece á la imaginación otras circunstancias no menos extrañas. Sin contar con nadie, ordena á dos de sus discípulos que se adelanten y conduzcan á su presencia dos jumentos, madre é hijo, que se hallaban á muy poca distancia, diciendo, por desvanecer cualquier temor ó recelo que pudiera ocurrirles, que su dueño no opondría la menor resistencia, apenas le hicieran entender que los necesitaba; lo que sucedió con efecto. Los discípulos, sin reparar tal vez en esta especie de prodigio, colocan sus vestiduras sobre las bestias, para que les sirvieran de adorno, y de comodidad á su maestro, y haciendo subir á este en una de ellas, se dirigen á Jerusalén, en cuya ciudad les esperaba un espectáculo verdaderamente raro. Una prodigiosa multitud de pueblo, hombres y mujeres,

ancianos y niños, salen á recibirle con las demostraciones del más completo regocijo; tienden por el suelo sus vestidos para que le sirvan de alfombras; adornan el paso con ramos de árboles, y llevando todos en las manos otros ramos de olivas y de palmas, le acompañan entusiasmados, celebran su entrada triunfante en la ciudad, cuyos principales habitantes tanto se afanaban por ver humillado y abatiendo, por quitar del medio al amantísimo Jesús; y creyendo llegada la ocasión que antes habían perdido, le aclaman por su rey verdadero con las voces más expresivas, le colman de bendiciones como á un rey extraordinario, como á un rey superior á todos los reyes, como á un rey que les ha enviado de lo más alto de los cielos el Padre celestial.

¿Qué escenas tan maravillosas é inesperadas! ¿Quién es capaz de descubrir la causa, y mucho menos de comprender esto mismo que se está viendo? ¿Lo creéis, lo comprendéis vosotros, obstinados pontífices, orgullosos fariseos? Decidnos, ¿quién os impide ejecutar ahora la sentencia cruel que contra ese inocentísimo cordero habéis ya fulminado? ¿Cómo no aseguraréis al supuesto reo, á ese pretendido delincente, á quien habéis perseguido con tan enconado furor, denunciándole públicamente como perturbador del orden? ¿En qué consiste que dejáis en libertad á ese nazareno, en cuya muerte creéis cifrarse la tranquilidad y la dicha de toda la nación? ¿Será tal vez por temor de la plebe? No, ciertamente, porque concluidas las aclamaciones, después de haber cesado el aparato y retirádose la multitud que le rodeaba al entrar en la ciudad, permanece allí cinco días sin ocultarse de vosotros, y celebrando la pascua con sus discípulos, sin que nadie le oponga la menor resistencia; y si se retiró al huerto de las olivas, fué por voluntad y sin el menor disimulo. ¿Qué es pues lo que os detiene? ¿Ciegos! ¿que no lleguéis á descubrir una fuerza superior que se opone á vuestros infernales proyectos! Ahrid esos ojos cerrados por desgracia á la evidencia, y experimentaréis el poder irresistible de su voluntad, palparéis su omnipotencia, conoceréis su divinidad. Volved sobre vosotros mismos; comparad vuestro proceder con vuestros sentimientos y no podréis menos de quedar convencidos. Vuestro odio contra él, en nada se ha disminuido; vuestro furor recibe cada día un aumento considerable; de ningún modo desistis del impío proyecto de hacerle morir en una cruz, y á pesar de eso no os sentis con fuerzas suficientes para ejecutarlo; vuestras manos se hallan atadas al querer prenderle; vuestros pies quedan inmóviles al tratar de acercaros... Confesad, miserables, lo que ya no podéis desconocer; confesad que todo es efecto de su divina omnipotencia. Re-

conced el dominio que como á criador universal le compete, como lo reconoció sin duda el dueño de los jumentos, al decirle que él los necesitaba. Reconocedlo y confesadlo de buena fe. ¿Qué! ¿será tan extremada vuestra ceguedad, que no os deje ver realizada en el triunfo del Nazareno la figura misteriosa, con que en la fiesta de los tabernáculos se celebraba todos los años por orden de Dios la grata memoria de uno de los más señalados beneficios que había dispensado á su pueblo, de la libertad que le proporcionó por Moisés?

Esta obcecación, señores, no puede menos de sorprenderme, porque no sólo era idéntica la figura, sino que eran las mismas las ceremonias y todas las circunstancias, al menos en su esencia. Si entonces celebraba el pueblo aquella festividad en virtud de una ley que se le había intimado pública y solemnemente, ahora celebra esta en virtud de otra inspirada por el mismo Dios; aunque en el interior de cada uno: si entonces celebraba la libertad que el Señor le había concedido por ministerio de Moisés, ahora sin conocerlo celebra otra libertad incomparablemente más feliz y gloriosa, que proporciona á todo el género humano por medio de su propio Hijo. ¡Libertad dichosa! ¡libertad encantadora! ¡Bendito sea el Hombre-Dios que se digna así favorecernos! ¡Bendito sea ese divino Mesías, que viene en nombre del Señor á sacarnos de la odiosa esclavitud de Satanás! ¡Bendito sea ese glorioso triunfador, cuya entrada en Jerusalén se celebra con tantas aclamaciones!

Reparad, amados hermanos míos, en esa multitud de palmas que se ofrecen á vuestra vista, y descubriréis en ella el triunfo más completo de nuestro divino Salvador, no contra los príncipes temporales, si contra el orgulloso príncipe de la soberbia, á quien vence con las armas de la humildad y mansedumbre. Fijad vuestra atención en los ramos de oliva, y veréis significada en ellos la paz apreciable que se ofrece este día, no sólo al pueblo de Israel, sino á todos los habitantes del universo; porque en las dos bestias, madre é hijo, en las turbas que precedían y en las que iban en pos del Salvador, están representados los pueblos judío y gentil, ó, lo que es lo mismo, todos los descendientes de Adán sin excepción alguna. Atended á todas las ceremonias de este glorioso día, y os convenceréis de que está destruido el imperio de Lucifer, del pecado y de todo el infierno; llegaréis á conocer que este es el momento feliz en que se llama á todos á la posesión del reino más abundante, más poderoso, más seguro y más delicioso; que á todos se convida con el perdón de sus delitos, con la gracia del divino Rey y con la herencia de su reino celestial. Todo, hasta la más mínima circunstancia, tiene mucha significa-

ción en este misterio. Los judíos aclaman a Jesús por su rey; le consideran como el rey más fuerte, el más desinteresado, el más amante de sus vasallos, porque conocen que nada necesita, puesto que nada exige de ellos, sino su amor, su gratitud, y esto a poder derramar sobre ellos, sin derogar los derechos de la justicia, los inmensos tesoros de su reino. Por eso dicen los profetas que viene precisamente para nosotros. ¡Ah! ¡qué reflexiones tan edificantes padiera yo hacerlos, si las circunstancias me dejaran el tiempo necesario, comparando aquellas concisas palabras del evangelio, con que nos presenta a Jesucristo, recibido en triunfo en Jerusalén, *venit tibi*; viene para ti, con aquellas otras con que se nos describe la vía dolorosa del Salvador, *bajalans sibi crucem*, llevando para sí la cruz. Pero me contentaré con decir de paso y valiéndome de las palabras de este Padre, que el Rey supremo de los cielos, viniendo a este valle de miserias, sólo busca para sí la prisión, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz, la hiel, los tormentos y la muerte, y trae la salud, la vida, la paz, la abundancia y la gloria de toda la eternidad, para repartirlas entre nosotros a manos llenas, de modo que cada uno reciba sin otra medida que su deseo.

Y es de admirar que en medio de un júbilo tan puro y universal sólo el Salvador se manifieste triste, como poseído de un agudo pesar, que no pudiendo oírse en su corazón, se descubre exteriormente; sus ojos vierten copiosas lágrimas al ver la obstinada dureza de los judíos, aquella imprudente pertinacia que les hace repeler tan apreciables beneficios, que por lo mismo se convierten en males de la mayor consideración. ¿Quién no conoce que esta sola previsión es más que suficiente para acibarar el dulce placer que experimenta, viéndose tan festiva y gloriosamente aclamado por rey de todo el universo, cuando su venida tiene por objeto único y exclusivo el colmar de bienes a todos sus vasallos? Pero no digo bien; el regocijo es universal, ni sólo Jesucristo padece interiormente en esta ceremonia. Los prodigiosos elogios que la plebe sencilla tributa al nuevo rey, son otras tantas saetas que traspasan el corazón de los escribas y fariseos, de los pontífices y demás interesados en perderle; se ven precisados a guardar el más profundo silencio; no se atreven a manifestar el furor de que se hallan animados; se conducen en la apariencia como uno de tantos, como si creyeran la divina misión del Nazareno; tal vez sus lenguas, dirigidas por una fuerza desconocida, se moverán para bendecirle, y sus elogios se mezclarán con los de la plebe; pero en su interior le desconocen, le niegan, le juran un odio eterno, un horror que ni aun ha de acabar con la muerte.

¡Ah hermanos míos! ¡cuánto mayor que la de éstos es nuestra ceguera y locura, si desconocemos el sumo interés que nos resulta de la solemne aclamación de Jesucristo y de su glorioso triunfo! ¡Cuánto más criminal nuestra ingratitud, si conociéndolo, presenciámoslo con indiferencia su recuerdo no tomando en él una parte muy activa! Nosotros sabemos lo que aquellos ignoraban: para nosotros ha descubierto la fe el denso velo que ocultaba a sus ojos la realidad, dejándoles sólo percibir una debilísima y oscura sombra de tan interesantes misterios. A pesar de todas las apariencias que rodean esta ceremonia, no obstante la pobreza, el abatimiento y la humildad, no nos es permitido dudar que nuestro amabilísimo Jesús, que verifica hoy su entrada en Jerusalén, es nuestro verdadero rey, nuestro redentor, nuestro juez, el Unigénito de Dios; tan infinitamente sabio, justo, poderoso, bueno y perfecto como su Padre, con quien y con el Espíritu Santo es el único Dios criador, conservador y dueño de cielos y tierra; un padre amantísimo, en fin, que abrasado del más intenso amor hacia el hombre, viene a cortar de raíz todas sus miserias, y poner en posesión de todos los tesoros y delicias celestiales a cuantos quieran reconocerle con sinceridad, adorarle en espíritu y en verdad, y aprovecharse de su beneficencia.

Acompañémosle con el mayor regocijo; pongámonos con generosidad a sus pies todo lo que pueda cebar nuestra vanidad y codicia; aclamémosle con toda la energía posible rey soberano de la tierra y de los cielos, de los hombres y de los ángeles; publíquemos llenos de confianza que aunque su propia morada es la inmensidad de los cielos, en que recibe sin cesar el homenaje y la adoración de tantos millones de millones de ángeles, se digna hoy precisamente, por nuestro amor y para nuestro provecho, presentarse en la tierra y ofrecerse para el sacrificio más acceptable a Dios y más interesante a nosotros; para aquel sacrificio, de que recibieron todo su valor y eficacia cuantos se le han ofrecido siempre; para el sacrificio que por una necesidad absoluta ha de apagar el fuego de la indignación divina; satisfacer abundantísimamente a su infinita justicia, reparar en su totalidad el honor y la gloria de su divina Majestad ofendida, y obtener para nosotros el perdón y la bienaventuranza; para el sacrificio de la cruz, de esa vara misteriosa, cuyo contacto hará que se abran seguramente para nosotros las puertas del templo material, cerradas por el pecado, y nos franqueará la entrada en el de la inmortalidad, del mismo modo que el contacto de la vara de Moisés obligó a las aguas a retirarse y abrir en medio del mar paso franco a los israelitas para la tierra de promisión; para el sacrificio de la cruz, que nos proporciona

en la mayor abundancia á todos los cristianos un alimento espiritual, incomparablemente más dulce y saludable que el maná y las codornices, que para sustento de los judíos envió el cielo á ruegos de Moisés; un alimento que nos asegura la vida por toda una eternidad. Si las venenosas serpientes...

Me olvido de lo que prometí al principio. Concluyo: cuanto las serpientes infernales son más terribles que las terrenas; cuanto es más duro y odioso el yugo de Lucifer que el de Faraón; cuanto son más sensibles los tormentos del infierno que los trabajos que oprimían á los hebreos en Egipto; cuanto son más apreciables y abundantes los tesoros y delicias del cielo que la fertilidad de la Palestina; cuanto excede la duración de la eternidad á la del momento, y la perfección infinita de Dios á la de sus criaturas, tanto debe ser mayor, más sólido, más religioso el júbilo con que debemos manifestar nuestro reconocimiento por el imponderable beneficio que viene á dispensarnos nuestro divino Salvador, que el que pudieran y debieran manifestar los judíos por los que el eterno Padre les concedió por el ministerio de Moisés. Detestemos la perversa obstinación de éstos, y mezclados con las turbas reconocidas, contribuyamos, en cuanto nos sea posible, á solemnizar el triunfo de Jesucristo, reconociéndole y confesándole por rey de Israel, por el Mesías deseado, en todos los siglos, por el redentor, salvador y glorificador del género humano, por el Dios único verdadero; y jurando sacrificar cuanto tenemos y somos, en obsequio de quien se ha sacrificado á sí mismo por nuestra eterna felicidad, hendigámonos en la tierra, para que él nos glorifique en el cielo. *Amén.*

JESUCRISTO LLORA SOBRE JERUSALEN

*Et ut appropinquaret, videns civitatem
flevit super illam.
Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad
lloró sobre ella.*

(Luc. c. xix, v. 41.)

El sagrado Evangelio nos refiere, hermanos míos, que Jesucristo al llegar cerca de Jerusalén, y al ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: *¡Ah, si tú reconocieses signiera en este tu día lo que puede traerte la paz! mas ahora está encubierto de tus ojos.* El momento en que el escritor sagrado nos representa á Jesucristo afligido y llorando, es aquel en que era recibido en triunfo dentro de Jerusalén. Lo que excitaria el regocijo en cualquiera otro hombre, parece que causa su dolor. Un sentimiento profundo le afecta. Conociendo con seguridad el porvenir, dirige sus miradas hacia los acontecimientos que deben seguir á aquel día de gloria. El veía que aquel mismo pueblo que entonces le victoreaba con transportes de júbilo, le rodearía más tarde con furor, pasando del entusiasmo del reconocimiento, á la embriaguez del odio, cambiando sus bendiciones en impropiedades, sus canticos de alegría en gritos de rabia, y pidiendo en alta voz la muerte de aquel en favor del cual hacía, pocos momentos antes, los más ardientes votos. Su presencia le lleva todavía más lejos: á consecuencia del crimen que va á cometer aquella desgraciada nación, él ve el castigo terrible que algunos años más tarde le será impuesto, y que no es más que el preludio de otros castigos mucho más espantosos. La comparación del instante aquel tan grato con los terribles días que habían de venir, es lo que conmueve las sensibles entrañas del Salvador.

Detengámonos, hermanos míos, en la consideración de esta profunda aflicción de Jesucristo, y veamos lo que nos enseñan sus ternas y amorosas lágrimas que derrama sobre Jerusalén. *Ave María.*

Al revestirse Jesucristo de la humanidad, tomó las diferentes afecciones á que ella está sujeta; pero todos los sentimientos que le agitaron, tuvieron siempre por objeto el ministerio á que se había consagrado voluntariamente, y en ninguno jamás tuvo parte el interés por él. Aquí le vemos entregarse á una profunda aflicción; pero ¿cuál es la causa? ¿Es acaso la previsión de los tormentos dolorosos que va á sufrir? No, no es por el por quien vierte sus lágrimas, sino por Jerusalén desgraciada y culpable. Lo que le afecta es el crimen atroz y el terrible castigo de aquella ciudad ingrata.

Sería formarse una falsa idea de la piedad, el creerla incompatible con los diferentes movimientos de alegría, de tristeza, de repugnancia, de temor, de deseo y de indignación que naturalmente experimentamos. La virtud no es la apatía. La religión no aniquila la naturaleza, sino que la perfecciona; no destruye los sentimientos naturales, sino que los modera y ajusta; no nos impide, en fin, regocijarnos ó afligirnos, sino que nos hace conocer cuáles son los verdaderos objetos que deben motivar nuestra alegría ó nuestra tristeza. Si considerásemos las cosas humanas con los ojos de la fe, nos afectaríamos de una manera muy distinta de lo que nos afectamos; no nos afligirían tan dolorosamente los males temporales, sino que, por el contrario, los males verdaderos, los que lo son por esencia, es decir, los pecados y sus consecuencias terribles, á que somos hoy casi indiferentes, serían el objeto de nuestro más profundo dolor. Es verdad que nosotros no podemos, como el Salvador divino, ocuparnos tan exclusivamente en las cosas del cielo, que lleguemos á ser del todo insensibles á las de la tierra; porque este, al fin, es un grado de perfección de que no es susceptible la frágil naturaleza humana. Pero lo que podemos y debemos, es estimar los bienes celestiales más que los terrenales, desearlos más, temer más su privación y sentir más el perderlos. Si nuestras afecciones han de estar necesariamente divididas, que éstos lleven la mayor parte, y démosles al menos la preferencia de nuestra voluntad, que es cuanto Dios exige de nosotros. Que nuestra voluntad, sobreponiéndose á los movimientos sensuales que levanta en nuestro corazón la naturaleza corrompida, prefiera decididamente sufrir todos los males antes que dejarse manchar por un pecado; así cumpliremos nuestro deber, y Dios quedará satisfecho.

El principal objeto de nuestra aflicción debe ser el pecado. Desde luego debemos tener un dolor profundo por los nuestros, y además una compasión sincera por los de nuestros hermanos. Al reprender á los pecadores, el justo los compadece más todavía. Obligado Sa-

mel á pronunciar la sentencia de reprobación contra Saúl, la llora toda su vida. Jesucristo conoce toda la enormidad del crimen que va á cometer Jerusalén, siente la justicia de tal castigo; pero no por esto se extingue su compasión, sino que, por el contrario, se hace más viva. La equidad exige el castigo de los culpables, pero la caridad prohíbe gozarse en él. Cuanto más graves son los pecados y mayor el castigo que merecen, más deben excitar nuestro dolor. Y volviendo la vista sobre nosotros mismos, ¿no debe hacernos temblar su suerte? ¿Estamos nosotros, hemos estado siempre exentos de culpa? Si nos lisonjamos de poseer la amistad de Dios, ¿no hemos estado alguna vez á punto de perderla? ¿No nos sentimos continuamente próximos á esta desgracia? Pensemos en la humana fragilidad, reflexionemos sobre la nuestra, no confundamos nunca el vicio con los viciosos, y conservando tocante á aquel nuestra justa severidad, tengamos siempre respecto á estos la compasión más tierna.

El primer motivo del dolor que Jesucristo siente por Jerusalén es el que esta ciudad hubiese despreciado las gracias de que el Señor la había colmado. En aquel mismo momento ella desconocía el favor que le dispensaba viniendo á visitarla. Aquel día, y algunos pocos más, eran los últimos que la misericordia suprema le otorgaba para reconocer sus errores y sus crímenes. Algunos días más, y si en este intervalo no se arrepiente, llenará el colmo de sus iniquidades por una maldad nunca oída en la historia de los siglos. Es una verdad tan cierta como terrible que hay un número determinado de días concedidos al pecador, pasados los cuales, no hay ya lugar al arrepentimiento; también lo es que la medida de las gracias está fijada por decretos irrevocables, y que cuando ésta se llena, las gracias dejan de correr. ¡Oh vosotros, los que sufrís el vergonzoso yugo del pecado, la mayor de vuestras desgracias no es la terrible enemistad de Dios, que aquel os acarrea, sino el desprecio que habéis hecho de sus instancias para devolveros su amistad! Lo que hace á un enfermo incurable es el negarse á todo remedio. ¡Contraste asombroso! Aquí el ofendido es el que da los primeros pasos hacia la reconciliación, y el que ha causado la ofensa el que los rechaza. El Creador omnipotente, teniendo en su mano medios para vengarse, es el que obliga en cierta manera á su criatura á aceptar el perdón; mientras que ésta, vil y flaca, bajo la mano pronta á aniquilarla, rechaza insolentemente la indulgencia que le es ofrecida. ¡No parece, según la conducta de Dios para con nosotros, y la que nosotros usamos con él, sino que es el Señor el que debe pedirnos gracia, y nosotros los que hemos de concederla! ¡Desgraciados! lo que rehusamos hoy, qui-

zás se nos niegue algún día. Los frutos de penitencia no son de todas las estaciones. Como á Jerusalén, hoy se nos concede este plazo; aprovechémoslo por temor de que la ocasión no vuelva.

Porque vendrán días contra ti, en que tus enemigos te cercarán de trincheras y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán en tierra, y á tus hijos, que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conoció el tiempo de tu visitación. He aquí una profecía bien positiva y bien clara; Jesucristo predice en términos formales á Jerusalén su destrucción. Cuando pronunciaba este oráculo, y cuando, algunos años después, lo escribía su evangelista, nada podía anunciar su cumplimiento. Los judíos, tranquilos bajo el yugo de los romanos, no hacían esfuerzo alguno para librarse de él, y disfrutaban, en medio de una paz profunda, de sus leyes, de su religión y de su templo. Ni en la política de los romanos estaba el turbar esta paz, ni en la de aquellos el rebelarse. ¿Quién podía prever en aquella época, á no estar iniciado en los secretos de la Providencia divina, que aquellos temibles conquistadores, después de haber sido los ministros de la justicia de Dios contra las monarquías predichas por Daniel, serían también los instrumentos de su venganza contra su propio pueblo? Esta predicción de Jesucristo tenía tal autoridad entre sus discípulos, que cuando estallaron las disensiones entre los judíos y romanos, San Siméon, obispo entonces de Jerusalén, salió de la ciudad, y se retiró con todos los cristianos fuera del teatro de los combates. ¿Qué pueden oponer los incrédulos á una prueba tan evidente de la misión de Jesucristo? ¿Negarán la profecía? Ella era conocida públicamente, y estaba consignada por escrito en una época en que el acontecimiento no tenía el menor asomo de verosimilitud. ¿Dirán que la ruina de Jerusalén no era el cumplimiento del vaticinio ni tenía con él relación alguna? Que cotejen los hechos constantes y referidos por todos los historiadores, con las palabras de nuestro Señor, y hallarán, como estaba anunciado, la venida de los enemigos, las trincheras que rodean la ciudad, el extremo á que la reducen estrechándola, su destrucción, que no dejó piedra sobre piedra, y la mortandad de todos sus defensores y habitantes. ¿Puede la casualidad hacer convenir de este modo el acontecimiento con la predicción? ¿No hay entre el uno y la otra una relación perfecta de hechos y de circunstancias? Toda la humana sagacidad no podía imaginar siquiera una revolución tan imposible de prever como lejana de todo cálculo.

Al derramar lágrimas sobre la catástrofe de su país, Jesucristo nos enseña á interesarnos en la prosperidad de la patria á que debe-

mos nuestro nacimiento. La religión, que extiende nuestra caridad á todos los hombres, no nos hace por esto cosmopolitas; antes, por el contrario, estrecha los vínculos con que estamos ligados al suelo en que nos ha colocado la Providencia. Las súplicas que se le dirigen por el esplendor de los imperios, por la paz de las naciones, por la conservación de sus soberanos, por la salubridad del aire, por la fertilidad de la tierra y por la regularidad de las estaciones, forman parte de las preeces ordinarias de los fieles. Si la Providencia aflige con alguna calamidad á alguna región particular, la Iglesia convoca á sus hijos en el templo, para desarmar, reunidas todas sus plegarias, la cólera celeste. Muy injustos son los que acusan al Cristianismo de hacer al hombre indiferente al bienestar de la sociedad. Semejante reproche sienta muy mal en los labios de los que tienen por único principio la tendencia á subvertir y desorganizar todas las sociedades. Comparad el patriotismo del cristiano con el del incrédulo, y veréis que aquel reconoce por principio del orden social la voluntad de Dios, mientras que éste lo funda en un contrato, cuya realidad incierta y cuyas cláusulas equívocas son casi por todas partes objeto de disputas y turbulencias, y pretextos de revueltas ó de opresión. El uno está unido á su patria por el deber; el otro por su interés particular. El primero se ocupa por motivo de religión en el bien público, el segundo únicamente apoyado en su propio bienestar; esto prueba que, por una parte, se sirve á la patria con desinterés, y que, por la otra, se sirve sólo por ambición. Mientras que aquel trabaja para soportar las cargas que ella le impone, éste trata sólo de obtener las ventajas que ella proporciona. Colocad á estos dos hombres en las circunstancias difíciles, y sin embargo frecuentes, en que el interés público exige que se le sacrifique algo del interés particular, y veréis cuál de los dos lo hace con más gusto; si el que espera en la otra vida una gran recompensa á sus sacrificios, ó el que, cifrando todos sus deseos en la vida presente, pierde á un mismo tiempo sus intereses y sus esperanzas. Preguntad al avaro si contribuiría con sus riquezas á la salvación de la patria; al ambicioso si consentiría en perder por ella sus honores; al voluptuoso, si renunciaría á sus placeres; al orgulloso, si sufriría que su reputación fuese lastimada, y veréis lo que os contestan. Preguntad en seguida al hombre verdaderamente religioso si tiene dificultad en hacer á un tiempo todos estos sacrificios, y veréis si vaécia un instante. No hay más patriotismo verdadero que el que inspira la religión, porque él es el único puro en su origen, seguro en sus efectos, constante en su duración é inquebrantable en todas las circunstancias.

Al manifestar su dolor por los males que van á afligir á Jerusalén, Jesucristo indica su causa, y es la de haber conocido el tiempo de su visitación. Los males que afligen á las naciones son casi siempre castigos de la Justicia divina. La ley del pueblo judío nos presenta las promesas y amenazas de Dios, y su historia nos prueba su realización constante. Leed en los profetas las desgracias predichas á Damasco, á Tiro, á Nínive, á Babilonia y al Egipto, á causa de sus crímenes, y veréis que todas estas predicciones han ido siempre seguidas de su cumplimiento. Seguid, con las profecías en la mano, las venganzas del Señor contra los imperios que sucesivamente habian provocado su cólera; considerad al Eterno transportando, como el mismo dice, los reinos de una en otra nación, por sus iniquidades, castigando á la Asiria por medio de la Caldea, á ésta por la Persia, á la Persia por la Grecia, á la Grecia por Roma, y á esta última por medio de los bárbaros. Ved cómo todas las naciones más florecientes pierden su gloria y hasta sus costumbres, ¡Y somos tan ciegos, que imaginamos ver el origen de estas revoluciones, que tanto nos asombran, en causas puramente naturales! ¡Y no conocemos que estas causas, secundarias en sí mismas, son otros tantos medios de que la Providencia se vale para ejercer su terrible justicia! Cuando las iniquidades de los pueblos, amontonadas sobre su cabeza, llegan hasta el cielo, entonces cesa la paciencia de Dios, porque ha llegado á su término, y empieza su venganza. Dios no hace más que entregar á las naciones á sus propios crímenes, que son los que constituyen su primer castigo.

¡Ay! para probar esta gran verdad no es necesario recurrir á ejemplos remotos, pues los tenemos en nuestros días bien auténticos y deplorables. Recordemos lo que hemos sido, y veamos lo que hoy somos. Consideremos de cuantos crímenes somos culpables, ó por mejor decir, de cuan pocos estamos exentos. A todos los desórdenes que habian afligido á los siglos precedentes, el nuestro, más desgraciado aún, ha añadido otro más funesto todavía. El libertinaje de espíritu ha venido á aumentar, á fortalecer y á hacerse inseparable del libertinaje de corazón. Los errores que habian afectado á las generaciones pasadas, dejaban siquiera en los espíritus ideas de religión y principios de moral; y aun atacando los dogmas del Evangelio, dejaban á salvo sus reglas; pero la incredulidad, ese monstruo de nuestros días, ha venido á quitar á los hombres todo principio, todo yugo, toda virtud y hasta á suprimir á Dios. ¿Cuál es la pasión de que se han ruborizado los hombres, ni qué autoridad ha merecido su respeto? Cuando consideramos, por una parte, los desórdenes en que la falta

de toda creencia religiosa habia sumido á nuestra nación, y por otra, el triste estado á que hoy se halla reducida, ¿podemos dejar de conocer la causa y su efecto; es decir, el crimen y su castigo?

Conservad vuestro amor á la religión y vuestro respeto á sus antiguas y santas máximas. Contemplad y ved en lo que para el pueblo que las abandona. Las virtudes mantendrán la feliz sencillez de vuestras costumbres, conservarán vuestra preciosa unión, sostendrán vuestra sumisión á la autoridad que os gobierna, y siendo éstos constantemente los principios de vuestra conducta, serán al mismo tiempo la prenda de vuestra felicidad. *Amen.*

LA CASA DE ORACIÓN CONVERTIDA EN CAVERNA DE LADRONES

Domus mea domus orationis vocabitur, vos autem fecistis eam speciemus latronum.

MI casa, casa de oración será llamada: mas vosotros la habéis hecho caverna de ladrones.

(S. MATH. c. XXI. v. 12.)

¡Qué extraño y singular espectáculo, hermanos míos, nos presenta el Evangelio en este pasaje! El Dios salvador, cuyo corazón no late sino con las emociones de la bondad y del amor, cuya mirada es tan tierna, tan dulce su palabra, tan simpática su fisonomía y tan afectuosa su mano; El, cuyo continente no anuncia más que mansedumbre y compasión, que responde con beneficios á las ofensas, á las calumnias con silencio, á los insultos con una paciencia inalterable, á las blasfemias con el perdón, se muestra repentinamente ardiendo en indignación, con la frente amenazadora, los ojos centelleantes y el gesto severo; después se arma de un azote, pega, hiere

Al manifestar su dolor por los males que van á afligir á Jerusalem, Jesucristo indica su causa, y es la de haber conocido el tiempo de su visitación. Los males que afligen á las naciones son casi siempre castigos de la Justicia divina. La ley del pueblo judío nos presenta las promesas y amenazas de Dios, y su historia nos prueba su realización constante. Leed en los profetas las desgracias predichas á Damasco, á Tiro, á Nínive, á Babilonia y al Egipto, á causa de sus crímenes, y veréis que todas estas predicciones han ido siempre seguidas de su cumplimiento. Seguid, con las profecías en la mano, las venganzas del Señor contra los imperios que sucesivamente habian provocado su cólera; considerad al Eterno transportando, como el mismo dice, los reinos de una en otra nación, por sus iniquidades, castigando á la Asiria por medio de la Caldea, á ésta por la Persia, á la Persia por la Grecia, á la Grecia por Roma, y á esta última por medio de los bárbaros. Ved cómo todas las naciones más florecientes pierden su gloria y hasta sus costumbres, ¡Y somos tan ciegos, que imaginamos ver el origen de estas revoluciones, que tanto nos asombran, en causas puramente naturales! ¡Y no conocemos que estas causas, secundarias en sí mismas, son otros tantos medios de que la Providencia se vale para ejercer su terrible justicia! Cuando las iniquidades de los pueblos, amontonadas sobre su cabeza, llegan hasta el cielo, entonces cesa la paciencia de Dios, porque ha llegado á su término, y empieza su venganza. Dios no hace más que entregar á las naciones á sus propios crímenes, que son los que constituyen su primer castigo.

¡Ay! para probar esta gran verdad no es necesario recurrir á ejemplos remotos, pues los tenemos en nuestros días bien auténticos y deplorables. Recordemos lo que hemos sido, y veamos lo que hoy somos. Consideremos de cuantos crímenes somos culpables, ó por mejor decir, de cuan pocos estamos exentos. A todos los desórdenes que habian afligido á los siglos precedentes, el nuestro, más desgraciado aún, ha añadido otro más funesto todavía. El libertinaje de espíritu ha venido á aumentar, á fortalecer y á hacerse inseparable del libertinaje de corazón. Los errores que habian afectado á las generaciones pasadas, dejaban siquiera en los espíritus ideas de religión y principios de moral; y aun atacando los dogmas del Evangelio, dejaban á salvo sus reglas; pero la incredulidad, ese monstruo de nuestros días, ha venido á quitar á los hombres todo principio, todo yugo, toda virtud y hasta á suprimir á Dios. ¿Cuál es la pasión de que se han ruborizado los hombres, ni qué autoridad ha merecido su respeto? Cuando consideramos, por una parte, los desórdenes en que la falta

de toda creencia religiosa habia sumido á nuestra nación, y por otra, el triste estado á que hoy se halla reducida, ¿podemos dejar de conocer la causa y su efecto; es decir, el crimen y su castigo?

Conservad vuestro amor á la religión y vuestro respeto á sus antiguas y santas máximas. Contemplad y ved en lo que para el pueblo que las abandona. Las virtudes mantendrán la feliz sencillez de vuestras costumbres, conservarán vuestra preciosa unión, sostendrán vuestra sumisión á la autoridad que os gobierna, y siendo éstos constantemente los principios de vuestra conducta, serán al mismo tiempo la prenda de vuestra felicidad. *Amen.*

LA CASA DE ORACIÓN CONVERTIDA EN CAVERNA DE LADRONES

Domus mea domus orationis vocabitur; vos autem fecistis eam specum latronum.

MI CASA, CUA DE ORACIÓN SERÁ LLAMADA: MAS VUESTROS LA HABÉIS HECHO CAVERNA DE LADRONES.

(S. MATH. c. XXI. v. 12.)

¡Qué extraño y singular espectáculo, hermanos míos, nos presenta el Evangelio en este pasaje! El Dios salvador, cuyo corazón no late sino con las emociones de la bondad y del amor, cuya mirada es tan tierna, tan dulce su palabra, tan simpática su fisonomía y tan afectuosa su mano; El, cuyo continente no anuncia más que mansedumbre y compasión, que responde con beneficios á las ofensas, á las calumnias con silencio, á los insultos con una paciencia inalterable, á las blasfemias con el perdón, se muestra repentinamente ardiendo en indignación, con la frente amenazadora, los ojos centelleantes y el gesto severo; después se arma de un azote, pega, hiere

y rompe golpeando á derecha é izquierda, sin distinción, sin miramiento, á los que venden y compran en el templo los objetos necesarios al culto; arroja á los cambiantes, esparce por tierra el dinero, dispersa á las víctimas y pone en fuga á la multitud de profanos. ¡Qué enormidad debe ser profanar el templo de Dios, puesto que este crimen inspira tal celo, tal indignación en Dios! ¡Qué crimen, cuando el Juez cree deber castigarlo por su propia mano, y lo hace con tanta prontitud, tan severa, tan pública y tan solemnemente, sin admitir excusa, sin esperar el arrepentimiento, sin mostrar piedad!

Por eso al mismo tiempo que el Salvador arroja y pone en fuga con el azote en la mano á la turba, grita con el tono de la indignación y venganza, según los Evangelistas: «Escrito está: mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.»

He aquí como el Señor, hermanos míos, ha querido darnos la verdadera idea de nuestros santos templos. Veamos, pues, analizando estas palabras, mi casa es casa de oración, la reverencia que se debe al templo de Dios, á fin de evitar toda irreverencia y profanación. *Ave Maria.*

Cinco días antes, hermanos míos, que nuestro bien amado Salvador se hiciese inmolarse como Víctima por nosotros, después de haber hecho su entrada triunfal en Jerusalén, entre las aclamaciones de todo un pueblo, como nos refiere San Mateo, se fué inmediatamente al templo. No nos sorprendamos, nos dice San Juan Crisóstomo; el templo de Dios, hasta para Dios mismo, es la verdadera casa de oración. Correspondía, pues, á Jesucristo, Hijo amante, Hijo consubstancial de Dios, dirigirse á la casa de su eterno Padre para rogarle y ofrecerle un culto y un homenaje público. Y vosotros también, cristianos, aprended de este ejemplo del Salvador, y en cualquier pueblo á donde lleguéis, dirigid vuestros primeros pasos á la Iglesia, á la casa de Dios, nuestro Padre celestial, para ofrecerle el homenaje de vuestra oración, de vuestra adoración, de vuestro amor.

¡Cuán bella y profunda es esta alegoría en que Dios mismo nos da la verdadera idea de su templo, llamándole «la casa de oración!»

Penetremos bien del sentido de esta palabra. Observemos ahora que la palabra *oración* es un término genérico, que expresa, no solamente la súplica, sino la adoración, la alabanza, el sacrificio y todo acto de culto de parte del hombre para con Dios. Luego el templo casa de oración significa que, si bien toda la tierra, como dice San Agustín,

es un vasto templo donde Dios puede recibir los homenajes y escuchar las oraciones de los niños y de los hombres, los templos que se ha hecho erigir los ha elegido, dice el Profeta, como un lugar que le pertenece particularmente, que le ha sido exclusivamente dedicado y consagrado, donde ese Dios, que tiene su corte en el cielo, recibe particularmente las oraciones, los homenajes, las adoraciones y los sacrificios de los habitantes de la tierra. Y, en efecto, en el templo es donde los hombres, reuniéndose, se olvidan de ellos mismos para no ocuparse más que en Dios y en la religión, elevándose más allá de los sentidos y penetrando á través del velo que cubre la Divinidad, deponiendo los grandes el fausto de su pasajera grandeza, é inclinándose ante la grandeza suprema. Allí es donde todos los rangos de la sociedad, todos los estados, todas las condiciones, hombres y mujeres, niños y adultos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, vasallos y monarcas, seglares y sacerdotes, se confunden sin distinción, formando un solo pueblo ante Dios, y Dios sólo aparece grande y es de una manera sensible reconocido, confesado, adorado como el Dios de todas las condiciones, de todos los estados. Allí es donde el Señor y Maestro de todos recibe un culto público, solemne, reúne todos los corazones en el amor de un Padre común, de un común Soberano, recibe un culto que, siendo la reunión de todas las adoraciones particulares, forma como una adoración universal y pública. Allí es donde aparece verdaderamente Dios. Por eso la Iglesia, inspirándose en los oráculos sagrados, no cesa de dirigirnos esta exhortación: Venid, adoremos al gran Rey por quien todo tiene vida en el universo. Venid á mezclar vuestras adoraciones con las de los ángeles, porque del templo, como de su palacio terrestre, nuestras oraciones se elevan á su palacio celestial.

Pero *oración* significa también *sacrificio*, porque, en efecto, si el primero y mayor sacrificio del hombre á Dios es humillarse, inclinarse ante El, rogarle como Príncipe, Manantial, Maestro y Arbitro de todo bien, hay en eso, dice Clemente de Alejandría, lo que puede llamarse, según San Pablo, el sacrificio de los labios. El templo, casa de oración, es, pues, el lugar donde debemos ofrecer á Dios el sacrificio de alabanza.

La oración comprende también el sacrificio inmolación real, porque el sacrificio es el acto de latria, es la adoración, la oración por excelencia. Luego cuando Dios afirma que el templo es la casa de oración, exige de nosotros que vayamos al templo para ofrecerle un sacrificio. En efecto, de toda la inmensa multitud de judíos que tres veces al año, según la ley de Dios, venía de la Palestina á rogar en

el templo de Jerusalén, no había uno que no ofreciese un sacrificio. Así, en las vastas explanadas del templo se vendían en gran cantidad, no solamente bueyes y corderos, sino palomas y tórtolas, para que el pobre que no pudiese comprar el buey ó el cordero, pudiese al menos comprar la paloma ó la tórtola, porque de esta manera no hubiese quien dejase de ofrecer su sacrificio, puesto que la ley había prescrito que no se presentase nadie ante Dios con las manos vacías.

Debemos, pues, presentarnos en el templo con la disposición santa, generosa y determinada de que estaba animado el Profeta, cuando decía: «Si queréis de mí un sacrificio, estoy pronto á ofrecerlo».

Pero ¿cuál es el sacrificio que Dios exige de nosotros en el templo? ¿Puede ser el de las cosas exteriores y sensibles? No, esos holocaustos, á los cuales ha sucedido el grande y sublime holocausto de su Hijo en la cruz, perpetuado en la Eucaristía, no le son ya agradables. El sacrificio que nos pide, que no rechaza, que le es siempre agradable, es el de nosotros mismos, que debemos unir al sacrificio de su Hijo, ofreciéndonos á El y con El; es el sacrificio de un espíritu inclinado por la humildad, de un corazón henchido de contrición y amor. Por eso debemos, con el Profeta, añadir esa oración que Dios acepta con la misericordia y bondad que prodiga á la nueva Sión, á la Iglesia, levantar un muro de división entre la mística Jerusalén de nuestro corazón y las profanas inclinaciones del mundo, y entonces, recogidos y concentrados en nosotros mismos, podremos deponer en el altar nuestras pasiones y nuestros vicios, é inmolarnos á Dios en sacrificio de justicia y de santidad.

Pero esa expresión parabólica con que Dios ha designado el templo, llamándole casa de oración, encierra otro sentido, fuente abundante de confianza y de consuelo para nosotros. Significa que como el templo es el lugar donde la Divinidad pide sea particularmente honrada, aunque toda la tierra sea el templo de Dios y el teatro de la divina misericordia, el templo es el lugar en donde Dios se complace más en ejercer esa misericordia y en hacerla reinar como en su propia casa, la habitación que prefiere y en fin, que ha hecho del templo el trono de su majestad y el santuario de su amor. En efecto; el amor le hace descender y permanecer en esos edificios materiales. Luego si en el cielo, Señor y Arbitro del mundo, prepara sus rayos, enciende el fuego vengador y lo envía á devorar la tierra, cuyos crimenes han llegado al colmo, al contrario en los templos, todo amor, no medita más que desos de amor, de paz y misericordia. En el cielo ejerce la justicia, en el templo la clemencia y la piedad. En el cielo amenaza al pecador con el castigo, en el templo le ofrece el perdón. Desde el

cielo hace llover el fuego que hiere y arrasa, en el templo derrama el bálsamo de la piedad que cura y restaura; y es porque en cualquier otro lugar ha fijado una mirada escrutadora y vengadora de la molicie de los hombres, y en el templo particularmente ha depositado su amor.

He aquí por qué también ha dicho que el templo es la casa de oración. Ha querido mostrar que allí ha establecido, no solamente un trono de gloria para El, sino también un lugar de consuelo, de asilo, de misericordia, y de gracia para los hombres. Si, Dios concede las gracias al mérito de la oración, y las que escucha más favorablemente son las que se le dirigen en el templo.

En el cielo es necesario merecer las gracias, aquí basta pedir las. Los votos formados al pie de los altares son particularmente los que, llevados en manos de los angeles, atraen fácilmente las miradas de Dios y alcanzan sus gracias y bendiciones. En el cielo las gracias se distribuyen con peso y medida; en el templo, el amor divino las derrama con profusión. Allí, sólo las almas privilegiadas son admitidas á presentar sus oraciones á Dios y esperar los efectos de ellas; aquí se les admite á todos sin excepción, aun á los pecadores. La Iglesia es, pues, no solamente la sala del trono donde el Rey de los cielos recibe todos los homenajes, sino la gran sala de audiencia donde escucha todas las súplicas. Aquí no se necesitan títulos ni escudos nobiliarios; no hace falta ni hombre poderoso que os recomiende, ni introductor que os presente; el Rey de la misericordia y de la bondad les admite á todos para exponer sus necesidades, é implorar sus socorros; nadie es rechazado, ninguno excluido; aquí, como El ha dicho en el Antiguo y Nuevo Testamento, sus ojos están abiertos para atender á las necesidades de todos, sus oídos están atentos para escucharlo todo, su mano pronta para socorrerlo todo.

Es verdad que no vemos en nuestros templos esos prodigios exteriores y sensibles de poder, de majestad, de terror y de espanto que tenían lugar en el templo de Jerusalén; pero en cambio se operan prodigios de gracia y misericordia en lo más secreto de los corazones, y esos prodigios, por estar velados y enteramente ocultos, no son menos sorprendentes y preciosos. Cuando el cristiano está agobiado por el peso de la tribulación y de la vida, va á llamar á la puerta de una iglesia, cae de rodillas, reza y con la oración se eleva hasta el cielo. En el recinto de esos muros santificados por la presencia de Dios, su alma respira una atmosfera de santidad y gracia que no puede penetrarse ni respirarse sin sentirse aliviado. Si es verdad que de las reuniones profanas, de los bailes y de los teatros se sale siempre menos

hombre, al contrario, de nuestros santos templos, cuando se ha estado con la modestia y el recogimiento conveniente, se sale siempre más cristiano. Dadme al más pecador, al más vicioso, al más obstinado; hacedle entrar en el templo y que permanezca algunos instantes como cristiano, y es imposible que no sienta nacer en su corazón un secreto disgusto de su mala vida, un atractivo por la virtud, un deseo de conversión, una esperanza de perdón y de salud; y si quiere corresponder á esta primera gracia, se ha convertido, se ha salvado. ¡Ah! Casa de oración significa que no solamente es allí donde debe orarse, sino donde la oración es atendida. Pero no, me engaño; hay una oración que no es acogida en ninguna parte, ni aun en el templo; una oración prohibida terminantemente por Dios mismo: la que se haga por la salud de los profanadores del templo, puesto que Dios mismo dijo: Profeta, no ruegues á Dios por Israel; la voz de la venganza que se eleva hacia Mí á causa de sus profanaciones, habla contra ellos; y en vano la voz de vuestras lágrimas hablara en su favor. Israel no es ya mi pueblo más que para insultarme hasta en mi casa. Pues bien, Yo no soy ya su Dios más que para castigarlo.

He ahí cómo significa también que el templo es casa de oración: por eso el pecado de los que le profanan es grande y horrendo. En el foro de la justicia humana no hay atentado más injurioso para el príncipe, que el que se comete contra él en su presencia, en su mismo palacio; porque es una violación de su morada y un ultraje á su persona, que prueba el desprecio á la majestad y el poco miedo á la justicia. Pues tal es el crimen del que comete irreverencias y profanación en el templo.

Por eso el castigo corporal y visible que Jesucristo infligió á los judíos profanadores del templo, no fué nada en comparación del castigo espiritual é invisible con que los hirió cuando quiso que Jerusalén, su patria, fuese envuelta en las ruinas del templo que habían profanado, y que fuesen arrojados del templo espiritual de su Iglesia. Así también, en el tiempo presente, los castigos temporales y visibles que Dios envía al mundo, no son nada en comparación de los espirituales é invisibles con que castiga la profanación de sus templos.

Reflexionad pues seriamente, hermanos míos, cuando es tiempo aún. Comprended bien que la indiferencia en el templo lo hace inútil para vosotros, y la profanación lo convierte en un lugar funesto; y que si el respeto en el templo ha de ser vuestra salud, la impiedad y la ausencia de él será vuestra perdición. Temed por vuestra fortuna, por vuestra reputación, por vuestra familia, por vuestra persona, y

sobre todo por vuestra alma. Renunciad más bien á venir á la iglesia, porque eso será menos malo que venir á la casa de Dios y atraer sobre vuestras cabezas los más terribles castigos.

Pero no; quiero más bien que vengaís á este santo templo, aunque con disposiciones y sentimientos diferentes de los que habéis traído hasta ahora. No, Dios no quiere perderos. El, que se inmola todos los días en el altar por vosotros. Venid con el arrepentimiento de las irreverencias pasadas; venid con la humildad del espíritu, con la modestia de los ojos, con verdadero recogimiento, con sentimientos de piedad y de religión. Empezad agradando á Dios con vuestro dolor en el mismo lugar donde le habéis ofendido con vuestras alegrías culpables. Confesad con amarga contrición el detrimento que le habéis causado tantas veces; compensad con vuestro ejemplo el honor que le habéis arrebatado, el respeto que por vuestra falta ha dejado de obtener, y en este mismo templo donde vuestras irreverencias no os habrán preparado más que castigos, encontraréis gracia, misericordia y perdón; y reconciliados con Dios en el tiempo, podréis gozar eternamente de dulce y amable compañía en la gloria. Así sea.

EL LAVATORIO DE LOS PIES

Exemplum dedit vobis, ut quemadmodum feci vobis, ita et vos faciatis.

Os dió el ejemplo, para que hagáis del mismo modo que lo hice con vosotros.

[S. JUAN, c. 13, v. 15.]

Los judíos carnales y ambiciosos, aquella tropa de gente cruel y maliciosa, que Dios había consentido en el mundo, para hacer por ella la más magnífica ostentación de su poder y justicia, no tuvieron luces para discernir que las promesas hechas á los antiguos padres de la ley, sobre la venida y grandeza del Mesías, debían cumplirse por un medio y modo enteramente opuesto á su soberbia, ambición

y locura. Ellos creían vanamente que había de renovarse en aquel entonces la opulencia toda que adquirió el reino de Judea en tiempo de David y Salomón; que su imperio se había de fundar sobre las ruinas de las demás naciones, y que las victorias, tan repetidas veces insinuadas en los divinos oráculos, les darían amplio derecho para oprimir á todos sus enemigos. Aquellos gloriosos epítetos de *príncipe del siglo, terrible, Dios fuerte, Señor de los reyes de la tierra*, y otros admirables títulos aplicados á nuestro soberano Redentor por el Espíritu santo, fundaron en la nación réproba una firme, aunque falsa persuasión de poner bajo su yugo y voluntad á todo lo criado, en el mismo instante en que se liciese compañera y cohabitadora suya la Sabiduría que había de bajar de los collados eternos.

Pero las almas santas, aquellas que sin apartarse de la justa idea que tenían formada del carácter del verdadero Mesías, penetraron en el espíritu sencillo de las antiguas predicciones, si bien estaban seguras de su venida, jamás creyeron que sería un Dios que hablase como en otro tiempo en medio de las llamas; un juez severo que por la falta más tenue hiriese con un rayo de su diestra á tantos Ozas imprudentes, y finalmente un tirano que cantivase para servicio de los judíos á todas las generaciones. Sin más que registrar los lugares más obvios de Isaías, historiador verídico de su venida, conocían con evidencia que su Rey glorioso había de ser manso y apacible, que Jerusalén no debía prometerse otro esplendor, que el establecer unas máximas de abnegación y de humildad; y, finalmente, que ordenándose los fines del Redentor á traer todos los pueblos al conocimiento de su persona, no de otro modo podía verificarse esta reunión portuosa, sino por medio del abatimiento, como dice San León.

En efecto, hermanos míos, luego que, según el Apóstol, apareció la benignidad de nuestro Redentor, para consumir la obra grande y más interesante para nosotros, hasta que dió por concluido semejante ministerio, se empleó solamente en repetidas obras de humildad. Esta virtud sola parece que era necesaria á su augusto carácter de Salvador. Ya había muchos siglos que la humildad santa era desconocida y despreciada; los hombres amantes de sí mismos huban de semejante práctica, en cuanto se oponía á su amor propio; y si entre ellos había alguno que fuese humilde, se desdeñaban los demás, dice San Agustín, de imitar su ejemplo. Era pues necesario que el mismo Dios se humillase, para que conociendo los hombres su grandeza en la misma humillación, conociesen claramente la gloria que les resultaría de seguir su ejemplo, prescindiendo aun de los actos humildes que practicó en toda su vida. Ya me parece que estáis contemplando á

Jesucristo como lava los pies á sus discípulos. El Hijo de Dios vivo no podía ser humilde de espíritu, porque conociéndose á sí mismo, no hallaba cosa alguna en su persona que fuese acreedora del desprecio; fue humilde de corazón, porque después de haber tomado la forma humillante de siervo, quiso ser el oprobio de los hombres, y hoy se postra delante de sus criaturas. El ejemplo, pues, de Jesucristo nos obliga á ser humildes de corazón; pero como, colocado á los pies de los discípulos, nada pierde de su grandeza, antes ella misma adquiere un nuevo lustre, nos da á conocer con evidencia que en la humillación consiste precisamente nuestro mayor encumbramiento. Mi designio es probaros que, así como Jesucristo es grande en medio de la humillación del lavatorio, del mismo modo los hombres son grandes cuanto más se humillan. Impléremos los auxilios de la divina gracia. *Ave Marta.*

La soberbia ha sido en todos tiempos la caída más peligrosa del hombre: formado éste por la mano poderosa del Excelso para ser arbitro de todo lo criado, conservó en su corazón estas primeras impresiones de su origen; hallando continuamente en su interior los dictámenes secretos de su excelencia, que no borró del todo su fatal caída, se entregó muy al principio á ideas tan lisonjeras, que pretendió elevarse de grado en grado hasta el trono augusto de su Hacedor omnipotente. El hombre mismo tuvo el loco pensamiento de que se le tributasen los honores que se deben á Dios solo, y el universo todo adoró como á sus autores á unos insensatos, á quienes había visto nacer, y que eran muy posteriores á su existencia. De aquí principió aquella sed insaciable, con que los infelices mortales corren presurosos en pos de la ambición y grandeza, en donde colocan á su parecer todo el cúmulo de sus felices esperanzas. Los judíos sólo suspiraban por un Mesías carnal, que sometiendo á todas las naciones, las hiciese tributarias de Jerusalén. Los filósofos pedían el remedio de sus males por los vanos esfuerzos de una razón enferma; y el mundo, finalmente, estaba persuadido de que la grandeza del Mesías consistía tan sólo en un fausto exterior.

Mas la conducta de Jesucristo debía ser enteramente opuesta á unas ideas tan poco conformes con sus misterios principales; persuadido firmemente de que la humildad santa es la que con propiedad convenia tanto á su carácter como á la esencia del cristianismo, desprecia al parecer todos los visos de majestad y grandeza, y abraza gustosísimo los mayores abatimientos. Si venia á dirigir al hombre pervertido y extraviado por el orgullo, era necesario é indispensable

que la redención se hiciese por el camino de la humildad. Si aquel se había precipitado por la sugestión de un ángel soberbio, sólo podía repararse su fatal caída por un humilde mediador, que le inspirase unas máximas tan sanas como santas. Finalmente era necesario que, instruidos los cristianos en la unión hermosa de la soberanía y humildad, que el Redentor acreditó en todas sus obras, y con especialidad en el acto del lavatorio, quedasen enteramente convencidos de que la gloria verdadera se cifra precisamente en la humildad. Recorred si no todos los pasos de su vida, y notaréis con asombro estas dos cualidades unidas con la armonía mas prodigiosa. Si nace en un portal desvalido y expuesto a las inclemencias de un tiempo el más cruel, los ángeles pueblan los aires de acentos armoniosos y publican con gozo que su nacimiento en la tierra no sólo es grato al Excelso, sino que une a los hombres con su Padre con pacto sempiterno é inmutable. Cuando ofrecido en el templo pretende confundirse con los pecadores, un anciano justo y una mujer santa declaran su futura grandeza, y esperan con rostro alegre el fin dichoso de sus días, después de haber visto al que llaman luz del mundo; salud de las naciones y gloria de Israel. Nada importa que pida é inste al Bautista para que ejecute en su persona lo que practicaba en las riberas del Jordán; el Hijo de Zacarías se postrará en su presencia, y el cielo todo dará a conocer con la mayor claridad que es el Primogénito de toda criatura; sólo trata en el Tabor de su pasión sacrosanta, é inmediatamente le ven los discípulos rodeado de una luz hermosa que hacia brillar su rostro divino.

Pero en la ceremonia de que os hablo parece que se halla cubierto con el velo de los más profundos abatimientos, sin manifestar vislumbre alguno de su gloria. No se deja ver ahora poderoso en obras y palabras, ni poniendo con sus milagros los inmuebles fundamentos de la ciudad santa en la tierra. Si antes le habían admirado los discípulos como profeta prometido por Moisés, un Dios de justicia anunciado por Joel, una luz viva cuyos hermosos brillos dirigian á los que caminaban ciegos por la región lúgubre del pecado, como manantial fecundo de salud para los enfermos, de consuelo para los afligidos, de doctrina, bondad y misericordia para con todos los hombres; nosotros le contemplamos en estos momentos como una criatura de la mas infima esfera, y que sólo acredita palpablemente el heroismo del abatimiento.

Colocado á los pies de sus discípulos se despoja, si me es lícito hablar así, de su divinidad misma; pero esta humillación es la que conviene con toda propiedad á su angusta grandeza. Cuando reflexio-

na que es Hijo del Eterno Padre, engendrado antes que la existencia del firmamento y de los tiempos; cuando comprende los insondables tesoros de omnipotencia de que se halla poseído; cuando contempla que es el Dios terrible de Faráon, que tiene en sus manos los rayos y las tempestades, y que como jugando sostiene el universo; finalmente, cuando considera que es tan noble por su origen, tan grande por su gloria y tan tremendo por su potestad, es cuando se levanta de la mesa para lavar los pies. Más benévolo que Abraham, da á aquellos con quienes había conversado como huésped, la última y nunca de ellos esperada prueba de humildad. Miradme aqui, discípulos míos, les diria, miradme vuestro siervo, que se ocupa sólo en el lavatorio de vuestras plantas. Nada importa sea yo el mismo que me manifesté en otro tiempo á los patriarcas, para confirmarles en la esperanza de mi venida; á los profetas, para que la publicasen; y á quien toda la naturaleza esperaba impaciente para ser eximida de la maldición á que se había hecho acreedora por sus iniquidades. Los hombres extraordinarios que hubo en los siglos antecedentes, eran unas imágenes imperfectas de mi persona; el sacerdocio en Melquisedech, la cualidad excelente de padre de los creyentes en Abraham, el sacrificio de Isaac, Moisés mediador, Josué triunfante, eran unos toscos rasgos de mi grandeza. Yo llamé á Ciro por su nombre antes de su existencia, y santifiqué al Bautista para que me preparase los caminos. La Belén famosa me ha visto nacer en su recinto; las ciudades de Judea, los confines de Tiro y de Sidón, las inflexibles tierras de Samaria, han sido testigos oculares de mis prodigios; pero todos estos nobles epítetos los estimo en nada respecto de la gloria que me resulta en el acto mismo de postrarme á vuestros pies.

¡Qué lección tan grande para los espíritus soberbios! Vosotros que, llenos de una vanidad que no reconoce limites, recreáis vuestros oídos con los elogios bisonjeros que os tributan, presentaos llenos de rubor en el cenáculo. Los que os descomponéis de repente y dais á conocer en el semblante calórico el enojo que habéis concebido por el más tenue desprecio, advertid llenos de una confusión asombrosa, si se conforma vuestra conducta con la de Jesucristo. Los que pretendéis levantaros sobre vuestros mismos envilecimientos en la estimación de los hombres sensatos y de buen juicio; los que teniendo alguna superioridad sobre otros, los tratáis con altivez, hablais con imperio, os explicáis en su presencia con tono de autoridad, y los tenéis en una sujeción dura y dependencia del todo servil, mirad al Rey de la gloria que, puesto á los pies de sus discípulos, no disminuye en nada los rasgos magníficos de su grandeza. En una acción humilde

y haya resplandee más y más su angusta soberanía y majestad; el mismo confesa, en persona del evangelista, que ha depositado el eterno Padre en sus manos todo el orden de lo criado, para disponer de ello según su arbitrio, y se atribuye al mismo tiempo la cualidad excelente y noble prerrogativa de señor y maestro.

Movido el grande apóstol San Pedro por un sentimiento de profunda humildad, exclama penetrado de un entusiasmo santo: *¡Vos, Señor, habéis de lavar mis pies!* Tú á quien sirve el ejército numeroso de los ángeles, y príncipe superior á todo lo del mundo, ¿te has de humillar, lavando con tus manos los pies de esta criatura, del infimo de los apóstoles, del pecador más indigno? El Verbo creador se ha de postrar ante su hechura, el que gobierna con impulso irresistible la gran máquina del universo, esas manos que son el depósito de la potestad de Dios Padre, ¿has de emplear en tocar los pies inmundos de unos hombres miserables? Nada menos, señor y maestro mío; no consentiré de modo alguno se emplee Vuestra Majestad en el vil oficio y ministerio de siervo. Tengo muy presente el modo admirable y estupendo con que se vistió de gloria vuestra humanidad en las alturas del Tabor, y resuelto estoy á no permitirlos tal exceso de humildad.

Suspended vuestra admiración, amados míos, y si os hallais sobrecogidos de temor, cuando veis al Redentor postrado á los pies de Pedro, renovad sin comparación vuestra sorpresa al contemplarle conmigo á los pies del pérfido Judas. Esto fué el mayor fondo de la humildad de Jesucristo, lavar los pies con el amor, propio de un padre tierno y obsequioso, á un hijo que habia de entregarte, cuyo vil y torpe delito maquinaba ya en su corazón, es un rasgo de abatimiento que cabe solo en la idea de un Hombre-Dios. Advertid, no obstante, que luego que cajúga sus pies inmundos, imprime en ellos con sus labios el osculo más cariñoso. ¡Dios grande! ¿que es lo que hacéis? ¿á donde os conduce una humildad sin semejanza? Yo veo, hermanos míos, que los ángeles mismos se sorprenden en un todo, y apenas dan crédito á lo que advierten.

Embelesado con un raptó de humildad, no tiene embarazo en postrarse á los pies de un pérfido, y ¿todo esto para qué? ¡Ah! el mismo Señor lo declara en los términos más sencillos. Concluido el lavatorio y sentado segunda vez á la mesa, dirige á sus discípulos estas expresiones: vosotros me llamáis con toda verdad vuestro señor y maestro; si reconociendo, pues, mi dignidad y grandeza, os he lavado los pies, sea esta mi última lección, por la que os digo, que así como me habéis visto humilde y obsequioso ocultar toda mi soberanía, fijando mi principal cuidado en la humillación, donde me resul-

taba la mayor gloria, podéis inferir justamente, que cuanto sea mayor vuestra bajaça, tanto será mayor el honor que os resulte.

Si Jesucristo pues ha decidido que la mayor grandeza se cifre en la humildad, esta sola expresión debía ser suficiente para que vosotros la guardaseis, convencidos de una máxima que es tan clara como su origen. El mismo Señor une el ejemplo al consejo y al precepto de esta virtud. En el tiempo crítico en que los apóstoles, todavía carnales y groseros, disputan fogosamente á quién se debe el primado de excelencia en esta vida, les declara en la persona de un niño, que la grandeza verdadera se funda en la humildad, como en una base firme é inmutable. De aquí adelante no se debe clamar con el Apóstol, que os humilléis en presencia de la angusta persona del Señor, sino que practiquéis las obras, de las que él mismo se os muestra hoy el modelo más perfecto.

Los hombres mismos habian instruido á su posteridad en muchas de las virtudes que forman el cuadro hermoso de la religión. Todas estas cualidades excelentes habian tenido su héroe: la penitencia en Adán, la fidelidad en Noé, la obediencia en Abraham, la paciencia en Job, la castidad en Josef, la mansedumbre en Moisés y el perdón de los enemigos en David; sola la humildad, sólo el heroismo de humildad parece no podia ocupar otro lugar, sino en la persona de Jesucristo. ¿Qué mayor gloria para un cristiano que emplearse en una virtud, de la que el Verbo encarnado hizo una estimación tan impenderable? Si el suplicio de cruz, que anteriormente se reputaba por ignominia, adquirió un superior lustre después que padeció muerte en él el Redentor del mundo, ¿con cuánta mayor razón no ha de ser acreedor á todos los encomios el que siga las humildes huellas de este mismo Salvador? El impio Acab, aunque cubierto de iniquidades, obtiene la benevolencia del Omnipotente, cuando se presenta lleno de humillación. David, ceñido con la real diadema y lleno de la gloria que correspondía á un rey de Judá, nunca es más grande á la presencia del Dios de sus padres, que cuando se muestra humilde delante del Arca.

Entre el humilde y el soberbio se halla esta diferencia tan notable, que buscando el segundo la gloria, no la halla, encontrándola el primero sin buscarla, y aun sin apetecerla. El mismo Dios, cuyas promesas son superiores á todo evento, asegura con decreto irrevocable, que se dirigen sus desvelos á ensalzar al humillado y abatir al soberbio y altanero. No hubo otro pecado en nuestro primer padre que la soberbia, y esta sola fué la causa de que el Señor le despojase de los dotes con que su benéfica mano le habia ennoblecido. tanto á

él como á su descendencia. Los ángeles réprobos fueron objeto de la indignación de todo un Dios, porque quisieron compararse con aquel de quien habían recibido su existencia. Jamás se borrará de la memoria de los hombres la conducta del publicano declarando su miseria, cuando el altanero fariseo pedía casi por justicia la eterna patria, mereciendo las oraciones del primero un pronto despacho, y decretándose en el consistorio eterno la reprobación de las del segundo. Moisés se llena de pavor, cuando oye de la boca del mismo Dios las grandes empresas á que le destinaba; pero su humildad es la principal causa para asegurarle con toda certeza, que le hará la gracia de ser superior á los fuertes brazos de los poderosos de la tierra. La humildad es grandeza sólida, porque no tiene otro principio que el mismo Dios. Ella sujeta el entendimiento á las obscuras luces de la fe, é impide que se precipite en una culpable curiosidad; ella contiene á la esperanza en los límites de una confianza justa, eximiéndola, como á la del publicano, de una presunción vana; ella sola es la que formando en el hombre los primeros sentimientos de la caridad, le hace salir fuera de sí mismo; ella es en fin la que arregla las principales obligaciones de justicia, enseña la resignación con la voluntad divina, y mantiene la paz y unión entre los hombres por una dulce condescendencia: la humildad sola es la que hace comprender con evidencia las enfermedades del cuerpo, los errores é ignorancias en el espíritu, las pasiones y malignidad en el corazón, la corrupción en la voluntad; la propensión en el deleite y la inconstancia en el bien. Instruidos nosotros en unas máximas tan interesantes, clamaremos con instancia al augusto trono de la gracia, de donde saldrán en abundancia todos los socorros de misericordia, en cuya influencia se cifra nuestra grandeza verdadera. Semejantes sentimientos son los que exige Jesucristo de nosotros. La conducta misma del Redentor debe ser el blanco á que se dirijan nuestras miras. Si el Señor manifiesta su grandeza en medio de la humildad, sin duda nuestros abatimientos darán un lustre y nuevo realce á nuestras obras. Si, Redentor amable, dulce ímán de nuestro cariño, todos los que hemos concurrido á contemplar el exceso de vuestro abatimiento, estamos resueltos á graduar nuestra conducta con un tan vivo modelo como vos. Si sois grande en medio de los excesos de la humillación, imitando nosotros vuestro ejemplo, adquiriremos un nombre memorable en la tierra y en la gloria. *Amén.*

EL MANDATO

Sciens Jesus quia venit hora ejus ut transeat ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

Sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre; como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

(S. JUAN, c. 13, v. 1.)

¡Que en fin te vas y nos dejas! ¿que se acerca ya vuestra hora? ¿qué por fin llegó ya el día de partir al Padre? ¿y que os habéis de ir por fin tan distante de la tierra? Pero tenéis mucha razón, Señor, tenéis mucha razón en hacerlo así; que si los hombres os pagan tan mal, si son tan ingratos á vuestras finezas, si son tan desatentos á vuestros beneficios, si son tan desconocidos á vuestros favores; ¿qué habéis de hacer sino dejarlos por sus ingratitudes, y buscar otra región donde tengáis otra correspondencia? Sean enhorabuena los ángeles los que gocen de vuestra vista; sean aquellos espíritus abrasados los que experimenten vuestro amor, supuesto que ellos son los que os saben dar la debida alabanza, y corresponder como es justo á vuestras finezas. Sean ellos, digo, en buen hora que gocen de esta dicha; y nosotros abandonados, desamparados y huérfanos en este destierro, experimentemos desde hoy el merecido castigo, ya que por nuestro pecado y nuestra maldad somos tan indignos de vos.

¡Mas ay, oyentes míos! no debe ser ésta la causa de nuestro llanto, no es éste el motivo por que Cristo se ausente de nosotros. ¿No oísteis poco ha el Evangelio que se cantó? ¿No atendisteis á las voces con que se explica en él el evangelista amado y amante? Pues sabed que la causa de ausentarse Cristo, el motivo de partirse hoy para el cielo, no fué nuestra ingratitud, sino su amor; no nuestro desconocimiento, sino su piedad; no la justa queja que tenía y podía tener de nuestras culpas, sino el deseo de manifestar á favor nuestro sus mayores finezas.

Su amor fué el que le obligó hoy á dejar el manto; el que le hizo levantarse de la mesa; el que le movió á echar agua en el lebrillo; el que le indujo á ceñirse la toalla; el que le humilló á lavar los pies de los hombres; y finalmente, por el que, como si todavía no bastasen tantas pruebas de su fineza, instituyó para los mismos hombres un Sacramento soberano, en que nos dejó todos los regalos de su cariño y todas las dulzuras de su amor; quedándose en él para siempre con los que amaba, para templar con esta compañía la amargura que nos causa hoy su ausencia. Meditemos por algunos momentos tantas finezas de amor. *Ave María.*

Era muy justo, hermanos míos, que el hombre, á quien su soberbia había precipitado de una elevación que no pudiera merecer, al abismo de una miseria que no le fuera dado evitar por otro medio, se humillara todo lo posible para reparar su caída; esto era muy regular, digo; mas que un Dios, á quien por la más inviolable justicia son debidas las adoraciones de todas las criaturas; que un Dios, incapaz de reconocer otro principio y de dirigirse á otro fin que á su misma divinidad; que un Dios, que en su inmutable naturaleza reúne cuanto puede contribuir á la gloria infinita de su majestad; que un Dios, supremo señor y absoluto dueño del universo, se humille, deje obscurecer el resplandor de su gloria, sólo por engrandecer á la vil criatura, que correspondiendo con la mayor ingratitud al amor sin límites que le había profesado, se había rebelado contra su adorable majestad; esto es una cosa extraordinaria; esta conducta es enteramente desconocida del hombre, una conducta que sólo puede dirigir la caridad más acendrada.

¡La caridad! ¿Quién sino ésta pudiera obligar al Unigénito de Dios á que descendiese del elevado trono de los cielos, para confundirse entre los miserables habitantes de la tierra? ¿Totaba ya en el término de su carrera mortal este padre de bondad en cuya crítica circunstancia es preciso que se aumentara, que se manifestara por todos los medios posibles aquel amor inmenso, precisándole á arriesgarlo todo, á sacrificarlo todo por el hombre, que de ningún modo podía salir de su miseria sino por la humillación.

La continuada experiencia, las lecciones más instructivas, los más expresos y repetidos preceptos, nada parecía poder arrancar del corazón de esta vil criatura la soberbia que era la raíz de todo su mal; para conseguirlo era necesario recurrir al último extremo; éste no era otro que un ejemplo el más eficaz. Con este objeto, concluida la misteriosa cena, en que Jesucristo había dado á todos y cada uno de

sus discípulos las pruebas más palpables de un amor el más intenso, como si no fuera suficiente para ello el haber cubierto su gloria con el velo de nuestra naturaleza, y ocultado su santidad esencial sujetándose á las miserias que en todos los hombres son efecto de su pecado, resuelve hoy desfigurar su grandeza, disfrazar su majestad, descendiendo hasta á ocuparse en el ministerio más ínfimo: hace sentar á sus discípulos, y ceñiéndose una toalla y poniendo agua en un lebrillo, se arrodilla y se empeña en lavarles los pies.

¿Cómo es posible formar idea de una humillación tan heroica? ¿Quién, á no asegurarlo los sagrados evangelistas, dejaría de tenerlo por una paradoja? Cuando lo considero con más atención, tanto más me confundo y me pierdo en inútiles reflexiones.

¡Ah! qué es el hombre, si se compara con su Dios? ¿Qué es el hombre, aun prescindiendo de esta comparación? Qué es el hombre en sí mismo? Para conocerlo, no necesitamos consultar cosa alguna exterior; dentro de nosotros mismos tenemos testimonios bien degradantes, testimonios que á pesar nuestro y para nuestra confusión se presentan en todas partes, á todas horas, en todas circunstancias. A ninguno puede ocultársele su ignorancia, su debilidad, su imperfección y miseria. Tal es el hombre y más aún, el único entre todas las criaturas corpóreas que se ha degradado, que ha merecido ser, y ha sido positivamente despojado por su soberbia de la belleza, de la justicia, del honor, del derecho á la gloria que recibió gratuitamente con la vida; el único entre todas ellas que se ha atraído el odio y la maldición de un Dios, que le había formado precisamente para colmarle de bienes y bendiciones. Esta consideración hizo que el santo Job tuviera por ajeno é indigno de la divina Majestad el fijar su vista en el hombre, y aun, que le llamara á su presencia para juzgarle; en cuyo caso qué tiene de particular que Pedro se admire, se resista, se niegue absolutamente á presentar sus pies inmundos al Señor, que se los pedía para lavar? Nada, nada tiene de extraño, antes bien esta resistencia manifiesta en cierto modo su humildad; pero es incomparablemente más profunda la de su divino Maestro, quien no dándose por satisfecho con manifestar su desigmo á los discípulos, les hace ver que á toda costa está resuelto á ponerlo en ejecución. Al efecto, y no siendo suficiente declararles que tiene para ello motivos que después les haría saber, recurre al imperio, y luego á las amenazas, por cuyo medio logra convencer al discípulo y reducirle á la debida obediencia.

Venid, hombres orgullosos, venid al cenáculo, y veréis al más grande y poderoso de los reyes, á todo un Dios postrado á los pies de sus criaturas; venid y le veréis arrodillado en presencia del más

perverso de los hombres, del más abominable de los monstruos. Orgullosos fariseos, tú que suponías indigno de la grandeza de un profeta que permitiera lavar sus pies con las lágrimas de una pecadora reconocida, ven, entra en el cenáculo, y verás á ese mismo Señor, no un mero profeta, sino el que inspiró á los profetas de todos tiempos, lavando con sus hendidas manos los pies de un obstinado y horrendo pecador, purificándolos é imprimiendo en ellos sus purísimos labios; mirale, y cubierto de confusión, adora á quien te da un ejemplo tan singular de humildad y de amor.

¡Oh humildad, oh amor de Dios para con el hombre! Un Dios que para nada pueda necesitar á sus criaturas; un Dios cuya gloria se manifestaría del mismo modo en el castigo ejemplar del pecador, que en el perdón más benigno; un Dios á cuya penetración no puede ocultarse la felonía de Judas, la negación de Pedro, el abandono de los demás discípulos; ese Dios bueno y misericordioso por esencia, todo lo olvida, en nada se detiene, á todos manifiesta una ternura verdaderamente paternal; este Dios grande se humilla, solo porque les ama; el deseo de hacerlos felices le obliga á husearlos por los caminos más escabrosos, por los de la humillación y abatimiento, sin cuya práctica sabe muy bien que no pueden salir del profundo abismo de miseria en que los ha precipitado su orgullo.

Tal es la benignidad de este amantísimo Padre, que no se contenta con tales demostraciones de amor, sino que quiso darnos la última fineza de su ardentísima caridad, instituyendo el adorable sacramento del altar. Sí, hermanos míos, para no apartarse un punto de los que amaba, ni perder un instante de estar con ellos, ideó hoy ocultarse en esa sagrada Hostia, para servirles siempre de dulce convite y acompañarles siempre en esta mesa divina.

¡Ah, hermanos míos! ¡Cuán hermosamente estaba simbolizado este misterio de amor en aquella piedra del desierto, de que nos habla Isaías y el apóstol San Pablo! ¡Cuándo, hermanos míos, la piedra del desierto no brotó dulzuras para el pueblo escogido? ¿Qué era aquella agua milagrosa que hizo brotar la omnipotencia del Señor de la piedra, sino la figura de la sangre de Cristo, que, como él nos dice, es verdadera bebida? Pero á qué impulso dió de sí tan dulces aguas la piedra del desierto? ¿Tomó Moisés aquella vara con que hizo tantos portentos, como ya sabéis, y haciendo con ella en la piedra dos heridas, inmediatamente se desató toda en dulces aguas? ¿A fuerza de golpes dió aquella piedra el raudal de sus entrañas, y no de otra suerte, que á fuerza de dos heridas, manasteis, ¡oh Jesús amoroso! ese licor precioso de vuestras venas? Así respondisteis, en esta

hora, á la ingratitude de dos discípulos, que con dos grandes golpes hirieron tu corazón amante: uno entregándote traidoramente á tus enemigos y otro negándote con infidelidad y desconociéndote por su maestro.

En efecto, hermanos míos, ¿cuándo obró aquella fineza tan inaudita de amor? ¿En qué ocasión dispuso una maravilla tan grande como la sagrada Eucaristía? En la misma noche en que había de ser vendido, en la misma hora en que había de verse preso. ¡Oh divino amante! ¿Y en esta misma noche os prevenisteis á acción tan piadosa? Sí, católicos, en esta noche misma, porque esta es la noche de su piedad, esta es la hora de su piedad, esta es la hora de sus mayores ansias, y en fin esta es la hora de derretirse hasta las mismas piedras. Por esto instituyó hoy este sacramento soberano, donde desleída á tanta ternura esta piedra, se nos dió en manjar suave y bebida deliciosa, para que habiésemos siempre de sus espirituales dulzuras.

Ved aquí, aunque mal pintado, el amor de Cristo para con los suyos: ved también á Su Majestad triunfante del odio y vencido del amor. Resta ahora exhortaros á su ejemplo, como lo hizo Jesús con sus discípulos: *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis*. Cristo tan amante de nuestra pureza, que por lavar las más leves manchas, se abate á los pies de los hombres (que eso significa propiamente lavar hoy los pies á sus discípulos); y nosotros tan omisos en precaver las más graves y enormes. Cristo tan cuidadoso de nuestro bien, que para alimentarnos se dió por pasto á sí mismo, convirtiendo en pan de vida su sagrado cuerpo, y en bebida su preciosa sangre; y nosotros tan insensibles á las miserias de los pobres, que sin compasión á veces dejamos de socorrerlos en sus más apremiantes necesidades. ¡Oh qué dolor! ¡qué diversa es esta conducta de la de Cristo!

Consideremos que las lecciones que da un padre á sus hijos, cuando se halla postrado en el lecho del dolor y próximo á morir; cuando rompiéndose el velo con que tenían sus ojos vendados las pasiones, distingue la verdad de la mentira, la realidad de la sombra, los intereses verdaderos de los aparentes; son las más sabias é instructivas, y que por tanto no pueden menos de serlo éstas que nos da nuestro adorable Redentor, pocas horas antes de su sacrificio, de aquel sacrificio á que se entrega, no por necesidad, sino voluntariamente por nuestro amor. Consideremos, por último, que acompaña esta lección de heroica humildad, con los testimonios más relevantes de su cariño, de su ternura y benignidad, precisamente en el momento en

que por un prodigio que no ha tenido ni tendrá semejante, nos deja para siempre su cuerpo sacratísimo por prenda de su amor.

Y vosotros, hermanos míos, atended también á este ejemplo; y cuando Cristo os llama *suos* por el amor, no os hagáis ajenos de él por la ingratitud. ¿Podré esperarle de vosotros, amados oyentes? ¡Oh cómo me temo que no, porque es mucho lo que puede la mundanal soberbia! ¿Cuántos habrá en mi auditorio que aun á vista de este ejemplo no quieran perdonar á su enemigo, no quieran humillarse por el bien de su hermano, y aun despues de haber oido este amor de Cristo, se lleven en el corazón todo su odio? Pues no ha de ser así, oyentes míos, no ha de ser así; fuera desde ahora sinrazones: ya no más, Señor, ser ingratos, ya no más ser desatentos. Mas para esto, Señor mío, ayúdenos vuestro dulce amor; aquel amor con que lavaste hoy los pies á Judas; aquel amor con que instituíste ese Sacramento; y finalmente aquel amor con que te despediste hoy de los tuyos que estaban en el mundo. ¡Así lo habéis de hacer, oh divino amante! por la gloria que os dieron los ángeles viéndoos arrodillado á los pies de vuestros discípulos; que nosotros rendidos y postrados, como debemos, á los vuestros, os ofrecemos desde hoy una voluntad tan fina, tan constante, y tan arreglada á lo que merece vuestro amor, que no haya punto ni instante en que no os amemos, teniendo siempre presente nuestro amor sin fin, *in finem*, para que nunca tenga fin nuestro amor. Así lo esperamos, Señor, de vuestra clemencia, mediando para ello vuestra gracia, que es prenda segura de la gloria. Yo os la deseo.

LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.
Hablando amado á los ayos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

(S. JUAN, c. XIII, v. 1.)

Si es ingenioso el amor y si produce siempre grandes y nobles esfuerzos, hermanos míos, es principalmente al fin de la vida, cuando manifiesta sus más bellas invenciones y sus más generosos empeños. Como parece que sólo puede vivir en la compañía del objeto amado, si alguna vez se ve amenazado de una eterna separación, procura fijarlo en su memoria con la misma fuerza con que una ley fatal lo aparta de su presencia. Por esto los amigos y los amantes mezclan ordinariamente acciones y palabras muy notables con el pesar y las lágrimas del último adiós, y la historia nos conserva preciosos detalles de las cosas que sobre esto ha podido penetrar; detalles que son y serán siempre el embeleso y el encanto de todas las almas sensibles.

La historia santa, á pesar de ser tan laconica y circunspecta en todo lo demás, no las olvida sin embargo, y tenemos de ello una hermosa prueba en el Evangelio que os he citado. San Juan, el discípulo del amor, ese privado del Salvador, que en aquellos solemnes y augustos momentos mereció descansar en su divino seno y conocer allí las profundidades del amor inmenso, nos refiere en él y se detiene más que los otros evangelistas en hacernos comprender toda la efímera y energía del amor con que Jesucristo nos amaba.

¡Ah, hermanos míos! Es tan magnífico el cuadro que se presenta hoy á nuestra vista, es tan bello, tan brillante y tan inmenso, que seguramente lo comprenderíais mejor, si, postrados y confundidos delante de ese tabernáculo del Dios vivo, adoraseis su majestad y contemplaseis con humildad y con fe á Jesucristo, escondido en aquel pan bendito bajado del cielo para darse en alimento á los elegidos del Señor; si, lo comprenderíais mejor que al esfuerzo de las

palabras humanas, indignas todas de tan grande panegirico. Pero ya que es preciso hablar, procuraré haceros entrever que en la institución de la Eucaristía agotó Jesucristo toda la fecundidad del divino amor. He aquí el asunto de mi discurso. Pidamos los auxilios de la gracia, por la intercesión de la santa Virgen. *Ave Marta.*

El amor verdadero, no sólo se declara, hermanos míos, sino que se demuestra con obras, y si le es posible, no sólo se declara y se demuestra, sino que, según la bellísima expresión del apóstol San Juan, se da todo entero y sin reserva. Por eso Dios, que es el amor puro, el amor perfecto, el amor absoluto, no sólo se declaró y se demostró, sino que viendo que la naturaleza humana se mantenía aún insensible á la suavidad de sus complacencias y al esplendor de sus encantos, le dio por fin á su Hijo único para que la rehabilitara y sacrificara, y pudiera así anegarla en los océanos infinitos de su amor. Por esto también ese Hijo, imagen de la bondad del Padre y figura de su substancia, vestido de nuestra carne y habitando entre los hombres, lleno de gracia y de verdad, no sólo se declaró y se demostró, sino que se dió todo entero á la naturaleza humana redimida á fin de consumir su rehabilitación, transfigurándola y transubstanciándola en la naturaleza gloriosa de Dios.

He aquí por qué todo es amor en Jesucristo y por qué lleva este amor por el hombre hasta los más inconcebibles abatimientos, hasta la insensatez, según la poética expresión de San Bernardo; la insensatez de la eucaristía y de la cruz.

Estudad bien su carácter y veréis que todas sus acciones y conducta corresponden siempre perfectamente á la más excelente idea que podamos tener de un buen corazón y de un verdadero amigo de los hombres, pues en él solo es en quien se halla esta tierna é interesante disposición, sin mezcla alguna de defectos que la alteren ó la oscurezcan y sin desmentirse en ninguna situación. Parece que sólo teme que los hombres no están bastante convencidos de que su felicidad es el único objeto de su trabajoso ministerio y de sus más vivos deseos. Sus mismos milagros son también efusiones de sensibilidad y de amor; y se manifiesta siempre más ocupado del placer de hacernos bien, que del cuidado de hacernos adorar su poder. No, de todos cuantos prodigios obra para convencer al mundo de que es Dios quien lo envía, no hay uno siquiera que no haya dilatado un corazón afligido, enjugado lágrimas, socorrido necesidades, consolado algunos desgraciados ó restituido la vida y la alegría al seno de la naturaleza angustiada.

Pero si en todo el curso de su vida declaró y demostró así tanto cariño á los hombres, cuando se acercaba el fin, su ingenioso amor supo hallar un nuevo medio para quedarse entre nosotros. Su amor entonces hizo los últimos esfuerzos para agotarse y darse todo. No es necesario más que referir sencillamente aquella escena para enternecer y arrancar lágrimas.

Jesús, dice San Juan, sabiendo que se acercaba la hora en que debía volver al seno de su Padre, se retira por la última vez con sus discípulos, y como había amado con el más fuerte amor á los suyos, á quienes iba á dejar en medio del mundo, quiso manifestarles hasta el fin cuanto les amaba. A este efecto toma el pan, prosigue el Evangelista, y teniéndolo en sus manos, levanta al cielo los ojos en los cuales estaba pintado todo el ardor y toda la vivacidad de un amor impaciente por echar el sello á todos sus beneficios, y presentándose á los apóstoles, les dice así: «Tomad todos y comed; este es mi cuerpo.» ¡Ah! sólo esta invención del poder del Altísimo corresponde á la grandeza de sus designios sobre vosotros y completa todo el desseo de mi caridad.

Entonces todo cuanto la elocuencia de un corazón triunfante, con haber sabido darlo todo á quien ama tanto, tiene de más vehemente y enérgico, se ve resplandecer en todos los movimientos y discursos de Jesucristo. Ya pueden mis enemigos, exclama, derramar sobre mi todo el torrente de su saña y de su furor; mi corazón está pronto; mi amor no tiene ya más dones que derramar; ved cómo todo es para vosotros, y el seno de la magnificencia divina nada encierra más precioso que lo que ahora poseéis. ¡Ah! mi impaciente ternura no veía llegar este momento tan notable y solemne para vosotros y para mi corazón.

Entonces sirvió este corazón oprimido de ternura; su amor absorbía todos sus movimientos é ideas y ya moría de amor antes de padecer en los tormentos. Yo voy á dejaros, discípulos míos, añade luego el divino Maestro, pero no se turbe vuestro corazón. Creed en Dios; creed en mi también, y sabed que hay muchas moradas en la casa de mi Padre. ¿Podréis creer que yo quiera entreteueros con una vana esperanza, y que en este momento en que voy á morir os aseguraría que es por adelantarme para preparar vuestros asientos en el reino de mi Padre, si yo no sintiese en mi el convencimiento de la verdad y el poder necesario para cumplir todas mis promesas? ¿Sería posible que después de haber vivido tanto tiempo entre vosotros no me conociéseis aún, y que no estuviéseis seguros de que mi Padre está en mi y yo en mi Padre?... Acordaos de mis obras y juzgad. No:

al morir mi corazón no padece la pena de dejar en vosotros unos huérfanos que todo lo van á perder. Dentro de poco no me verá ya más el mundo, pero vosotros me poseeréis siempre. Yo os dejo mi carne y mi divinidad en este sacramento inefable: sea este pan para vosotros el pan de cada día, y yo os aseguro que poseeréis la vida eterna; porque así como yo vivo eternamente, vosotros viviréis también de la misma vida. El que come dignamente mi carne, sobrevive á todo, no puede morir. En el gran día de la eterna é irrevocable adopción en el origen eterno de la vida, será cuando conoceréis y veréis como en este pan sagrado que os dejo, yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí, y yo en vosotros.

Es imposible, católicos, escuchar semejante lenguaje sin sentir un estremecimiento simpático de dulzura y de amor que no puede expresarse ni concebirse siquiera. En tales casos necesita á veces el justo distraerse para no morir de ternura y de alegría. En el Tabor Jesucristo se había transfigurado en gloria; en el Cenáculo se transfigura en amor, y agota su omnipotencia, y abraza el universo. Pero veamos el fin de aquella inexplicable escena.

Habiendo así hablado Jesucristo, prosigue el Evangelista, levanta al cielo los ojos y exclama: «Padre mío! he aquí la hora en que va á cumplirse el más grande de todos los acontecimientos. Glorifícad á vuestro hijo para que vuestro hijo ós glorifique y sea por él conocido y adorado vuestro nombre en todo el universo. Vos le habéis hecho jefe de la naturaleza humana y revestido de poder para gobernar eternamente las naciones de la tierra, para que comunique la inmortalidad á todo cuanto le habéis dado. ¡Padre mío! yo os ruego por todos los que habéis confiado á mi ternura y á quienes he hecho conocer vuestra verdad eterna. Ellos son vuestros, puesto que me pertenecen á mí, porque mi posesión es la vuestra y vuestra posesión lo es mía... Ahora yo dejo el mundo, mas ellos quedan en él... ¡Padre mío, Dios santo! conservad lo que me habéis dado y me es tan amable, para que ellos formen un solo cuerpo conmigo, así como nosotros formamos desde la eternidad un solo espíritu y una misma inteligencia. ¡Padre mío! no os pido que los saquéis del mundo; pero os suplico que los preservéis de su maldad. Mientras yo he vivido entre ellos, los he conducido, consolado y guardado en nombre vuestro; mas ahora van á dejar de verme y oírme... ¡Padre mío! conservadlos en la verdad. Ante ellos os dirige estos últimos votos el amor que les profeso, para que la alegría que les causa mi presencia no se debilite con mi regreso hacia vos, sino que antes bien crezca todos los días hasta el momento en que vean sus ojos á quien tanto les ha amado.

Y no es sólo por ellos por quienes os suplico, sino por todos aquellos á quienes anunciareis mi palabra y crean en mí en virtud de su predicación; para que los justos de todas las edades formen un solo cuerpo, y que así como vos, oh Padre mío, habitais en mí y yo en vos, ellos sean también una misma cosa con nosotros y eternamente adoptados y consumados en la unidad de nuestro grande esplendor.

Insiste aún después que sabe todo lo ha dicho. Su corazón está tan lleno de esta idea, que cree no hacer nunca demasiado para llenar el alma de los que le escuchan. El amor no sabe acabar jamás. ¡Padre mío, continúa, Dios santo y siempre adorable! si, yo quiero que á donde voy vayan también todos los que me habéis dado, para que vean mi gloria, y como me habéis amado desde antes que hubiera universo. Quiero que todos los brillos de la grandeza que poseo en vuestra inmensidad se comuniquen á ellos, que todo el torrente de vuestra bienaventuranza corra por entre sus corazones, que todo vuestro amor por mí se derrame sobre ellos y los envuelva conmigo en la eterna inmutabilidad de nuestros gozos.

¿Habéis comprendido, amados míos, cómo debía estar el corazón de Jesucristo en aquellos momentos últimos de su vida para apresurarse de un modo tan nuevo y tan extraordinario? ¿Quién dió jamás un recale tal á la ternura? No; no es bastante fuerte el corazón humano para concebir un amor de esta energía y formar unos votos tan extensos. Sólo Jesucristo podía mostrarnos un amor de esta naturaleza en el momento en que acababa de hacernos la mayor de las finezas, en el instante en que, abrasada su purísima alma por haber obrado el más grande de todos los portentos en favor de los hombres, estaba satisfecho su mismo amor por haberlo dado todo á su pueblo querido; por no tener, ni saber, ni poder tener ya nada más grande ni más glorioso para sus elegidos.

Jesucristo, pues, habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Á la manera que un Padre amoroso que viendo acercarse su última hora consuela á sus hijos del dolor que debe causarles su separación reuniendo todas las fuerzas de su cariño para dejarles una memoria indeleble de la ternura con que los amaba, Jesucristo como padre, como amigo y como amante lo hace todo, y ya no puede hacer más.

Porque, reparado bien, hermanos míos; la mayor fineza que pueda hacer un amante es darse á sí mismo. Todo cuanto no es su propia persona es poco interesante; porque no hay cosa alguna que pueda uno amar tanto como á sí mismo, y como el valor de una dádiva se gradúa siempre por el aprecio en que se tiene la cosa que se da, nada

hay más generoso ni fineza igual á la de dar el cuerpo y el alma en regalo del amado. Por esto nuestros libros santos no saben expresar mejor el amor de un Padre que en el deseo de darse por sus hijos; el cariño de un pastor que en el de dar su vida por sus ovejas; el afecto de una esposa santa que en el de darse toda por su amado; y el amor de Jesucristo no, no podía expresarse mejor tampoco, que dándose todo entero; su cuerpo, su alma y su divinidad con toda la infinitud de sus gloriosas perfecciones.

Repitámoslo, pues, para nuestro consuelo, hermanos míos; Jesucristo en la institución de la Eucaristía agotó la fecundidad del divino amor. Un Dios infinito en sus perfecciones, omnipotente en sus obras, eterno é inmortal en sus grandezas; una Hostia pura, santa é inmaculada, pan santo de vida eterna, y cáliz de perpetua salud: un sacerdote santo, inocente, sacregado de los pecadores y más sublime que los cielos; un hijo imagen de la bondad del Padre, esplendor de su gloria y figura de su substancia; ¿cómo que podía habérsenos dado una cosa más excelsa? ¡Testamento admirable, en el que el testador es porción de la herencia, el padre patrimonio de los hijos, y Dios el legado de los cristianos! ¡Inefable y riquísimo misterio, donde se oferta todo entero el amor de nuestro dulcísimo Jesús!

Si, el amor de nuestro dulcísimo Jesús; porque el amor verdadero, el amor puro y perfecto pone el corazón en un éxtasis suavísimo, haciéndolo salir como fuera de sí para irse á juntar con el objeto amado. El amor sincero es una inclinación igualmente suave y violenta que saca al alma fuera de sí misma para unirle y fijarle en el objeto de sus ansias: es un desapego, una renuncia, una abnegación voluntaria de sí mismo para vivir solamente en el objeto amado. Por esto se dice comunmente que dos amigos no son más que una sola alma ó que están animados de un mismo espíritu. Y Jesucristo que había venido á la tierra, no á destruir los movimientos de la naturaleza; sino á perfeccionarlos y santificarlos, no sólo se da por los que son sus amigos, sino que hace aún más: se une á ellos, instituye un sacramento de amor para mancomunarse con ellos y para que todos sus amigos vivan la misma vida que vive él con su Padre celestial.

Buscad ahora un idioma que sea capaz de narrar todas estas maravillas, y las maravillas sensibles y prácticas que el mundo atento ve surgir todos los días en su seno por la influencia y la virtud de ese sacramento del amor. Una reina del Oriente mandó disolver en su copa una perla de incomparable valor y la bebió después de un lujurioso festín, creyendo exceder así todas las vanidades de las riquezas y del lujo. ¡Ah! El Rey del cielo y de la tierra ha querido que

el más humilde y desvalido de sus hijos fuese más fastuosamente servido en su santa mesa que el más grande de todos los monarcas, y en la copa que él mismo le presenta ha disuelto una perla de tal belleza, que todos los reinos del mundo, y todos los mundos del firmamento no serian suficientes para pagar su precio, una perla de tan gran virtud que extingue hasta la misma sed de la eternidad y deja completamente satisfechos los deseos que la opulencia y la grandeza no hacen más que irritar hasta la muerte.

Sólo Jesucristo era capaz de tan sublime concepción, que no tiene modelo ni en la naturaleza ni en el cielo. Como remedio y como alimento lo es siempre todo para todos. Es el pan del sacerdote á quien comunica las más fecundas virtudes y el heroísmo de todas ellas. Es el pan de los reyes cuya grandeza, que honra siempre todos los banquetes, es honrada por él y ennoblecida con resplandores á que no puede igualar toda su gloria. Es el pan de los pobres, el único que jamás piden en vano y que no tiene para ellos mezcla alguna de amargura. Es el pan de las vírgenes, la divina levadura que las hace germinar y brotar flores de la más encumbrada santidad. Es el pan de los adolescentes que reciben con él el germen de todas las virtudes y las semillas de su futura suerte. Es el pan de los ancianos que hace correr una nueva existencia por sus miembros rejuvencidos con la substancia del Dios vivo. Es el pan de los fuertes y de los débiles, de los justos y de los pecadores, de los reconciliados, de los dichosos y de los atribulados; de todos en fin los que tienen deseos en su corazón de amor divino y quieren pasar de las tinieblas á esa fuente de luz. Todas las necesidades humanas proceden originariamente de la soberbia ó de la gula; de la soberbia que personifica todos los pecados del espíritu, y de la gula que personifica todos los pecados de la carne; de la soberbia que en el paraíso fué el principio del pecado, y de la gula que lo consumió. En la Eucaristía, destruye Jesucristo la soberbia haciéndonos dioses, y satisface completamente la gula dándonos un bocado de vida eterna. En una palabra; el amor sugirió á Jesucristo la institución de la Eucaristía no sólo para extinguir todas las necesidades, sino el mismo germen de todas ellas, y si en la cruz mató á la muerte, en ese sacramento de vida mató hasta los pretextos de la muerte, y lo venció todo y hasta El mismo quedó vencido colocándose en la impotencia de poder hacer ya nada mejor en obsequio de su criatura, ni aun en el cielo, cuya felicidad no es otra cosa que una comunión sempiterna de verdad y de amor.

¿Deberé detenerme ahora en manifestaros lo que de nosotros exige Jesucristo en ese sacramento del amor inmenso agotado por nos-

otros? ¡Ah! Esto sería quizás hacer agravio á vuestra piedad y más que todo á vuestros naturales instintos, porque el agradecimiento y la correspondencia son innatos y espontáneos en el hombre y sobre todo en el hombre iluminado por la luz del Evangelio. Con deciros, pues, que contempléis con humildad y con fe ese inefable y augustísimo misterio os lo habré dicho todo, porque aquí la contemplación no puede dejar de encender el amor, y el amor tiende siempre á la acción, á la posesión recíproca, al término supremo de la unión que es la fusión, la más íntima posesión de dos seres el uno en el otro en dulcísima unidad, único y exclusivo deseo de nuestro amante Salvador en la institución de la adorable Eucaristía.

¡Divino Jesús mío! hacednos, pues, la gracia de que se cumplan en todos nosotros estos amorosos designios, y recibid desde ahora la mística ofrenda que os hacemos de toda nuestra existencia para que sea consumida en las aras de vuestro amor. Bendecidnos por fin á todos, Dios mío, para que la caridad que enciende ahora en nosotros el sacramento de vuestro amor, vaya creciendo todos los días hasta verla consumada en el cielo. Amén.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO PRIMERO

	Págs.
Prólogo	Y
Cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento, referentes á Nuestro Señor Jesucristo.	1
El cumplimiento de las profecías, prueba la Divinidad del Salvador.	9
Jesucristo anunciado en las figuras del Antiguo Testamento.	18
Preexistencia de Jesucristo en la nación hebrea.	26
Lo que ha sido Jesucristo antes de los siglos.	34
Lo que ha sido y es Jesucristo desde el principio hasta el fin de los siglos.	39
Lo que será Jesucristo por toda la Eternidad.	48
De la Encarnación del Verbo.	47
El Misterio de la Encarnación.	54
La Natividad de Jesucristo.	61
Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.	71
Circuncisión de Jesucristo.	77
De la Circuncisión.	89
El nombre de Jesús, impuesto en la Circuncisión del Señor.	96
Del dulce nombre de Jesús.	103
Del dulce nombre de Jesús.	113
Epifanía.	126
La Adoración de los Reyes.	134
Presentación de Nuestro Señor Jesucristo en el Templo.	142
Jesucristo en brazos de Simón.	149
Huida de Jesús á Egipto y Degollación de los Inocentes.	153
Jesús en el Templo.	161
Jesús en Nazareth y en el Jordán.	169
El Bautismo de Jesucristo.	176
Bautismo de Jesucristo.	183
Jesucristo amable por excelencia.	191
Jesucristo amable por excelencia.	199
Jesús el amado por excelencia.	205
Jesús el amado por excelencia.	212
Jesús en el Desierto.	217
La Tentación en el Desierto.	223
Tentación en el Desierto.	233
Las bodas de Caná.	240
Las bodas de Caná.	249

otros? ¡Ah! Esto sería quizás hacer agravio á vuestra piedad y más que todo á vuestros naturales instintos, porque el agradecimiento y la correspondencia son innatos y espontáneos en el hombre y sobre todo en el hombre iluminado por la luz del Evangelio. Con deciros, pues, que contempléis con humildad y con fe ese inefable y augustísimo misterio os lo habré dicho todo, porque aquí la contemplación no puede dejar de encender el amor, y el amor tiende siempre á la acción, á la posesión recíproca, al término supremo de la unión que es la fusión, la más íntima posesión de dos seres el uno en el otro en dulcísima unidad, único y exclusivo deseo de nuestro amante Salvador en la institución de la adorable Eucaristía.

¡Divino Jesús mío! hacednos, pues, la gracia de que se cumplan en todos nosotros estos amorosos designios, y recibid desde ahora la mística ofrenda que os hacemos de toda nuestra existencia para que sea consumida en las aras de vuestro amor. Bendecidnos por fin á todos, Dios mío, para que la caridad que enciende ahora en nosotros el sacramento de vuestro amor, vaya creciendo todos los días hasta verla consumada en el cielo. Amén.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO PRIMERO

	Féj.
Prólogo	v
Cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento, referentes á Nuestro Señor Jesucristo	1
El cumplimiento de las profecías, prueba la Divinidad del Salvador	9
Jesucristo anunciado en las figuras del Antiguo Testamento	18
Preexistencia de Jesucristo en la nación hebrea	26
Lo que ha sido Jesucristo antes de los siglos	34
Lo que ha sido y es Jesucristo desde el principio hasta el fin de los siglos	39
Lo que será Jesucristo por toda la Eternidad	48
De la Encarnación del Verbo	47
El Misterio de la Encarnación	54
La Natividad de Jesucristo	61
Natividad de Nuestro Señor Jesucristo	71
Circuncisión de Jesucristo	77
De la Circuncisión	89
El nombre de Jesús, impuesto en la Circuncisión del Señor	96
Del dulce nombre de Jesús	103
Del dulce nombre de Jesús	113
Epifanía	126
La Adoración de los Reyes	134
Presentación de Nuestro Señor Jesucristo en el Templo	142
Jesucristo en brazos de Simón	149
Huida de Jesús á Egipto y Degollación de los Inocentes	153
Jesús en el Templo	161
Jesús en Nazareth y en el Jordán	169
El Bautismo de Jesucristo	176
Bautismo de Jesucristo	183
Jesucristo amable por excelencia	191
Jesucristo amable por excelencia	199
Jesús el amado por excelencia	205
Jesús el amado por excelencia	212
Jesús en el Desierto	217
La Tentación en el Desierto	223
Tentación en el Desierto	233
Las bodas de Caná	240
Las bodas de Caná	249

	Pág.
Sobre el primer Milagro de Jesús hecho á instancias de María.	255
Jesús arroja del templo á los vendedores.	259
Poder y universalidad de la enseñanza de Jesucristo.	267
Sabiduría de Jesucristo.	277
Santidad de Jesucristo.	284
La santidad de Jesucristo es sólida.	292
La santidad de Jesucristo es sencilla.	296
La santidad de Jesucristo es bella.	304
Jesucristo propone las ocho bienaventuranzas.	311
Jesucristo enseña una justicia más abundante que los escribas y fariseos.	328
Sumisión á las potestades como precepto de la religión de Cristo.	327
Nadie puede servir á dos señores.	344
Confianza en la Divina Providencia.	351
Precepto de la misericordia.	356
Parábola del Fariseo y del Publicano.	364
La semilla ó la palabra de Dios.	373
Parábola de la Oveja descarriada.	382
Milagros de Jesucristo.	389
Los Milagros de Jesucristo como pruebas de su divina misión.	408
Misión de Jesucristo manifestada en la parábola del Samaritano.	411
Milagro de la multiplicación de los panes.	418
Milagro de la curación del mudo poseído por el demonio.	425
Jesús en el templo confunde la peregrinidad de los fariseos.	431
La mujer adúltera.	438
Sobre la mujer adúltera.	443
La curación del ciego de nacimiento.	456
La comunión con Jesucristo manifestada en la parábola de la Vitis.	465
El grano de mostaza ó la Iglesia.	473
La Transfiguración de Jesucristo.	485
De la Transfiguración del Señor.	497
De la Transfiguración del Señor.	508
De la Transfiguración.	516
La entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalén.	526
Triunfo de Jesucristo en Jerusalén.	534
Jesucristo ilustra sobre Jerusalén.	541
La casa de oración convertida en caverna de ladrones.	547
El lavatorio de los pies.	553
El Mandato.	561
La institución de la Eucaristía.	567

